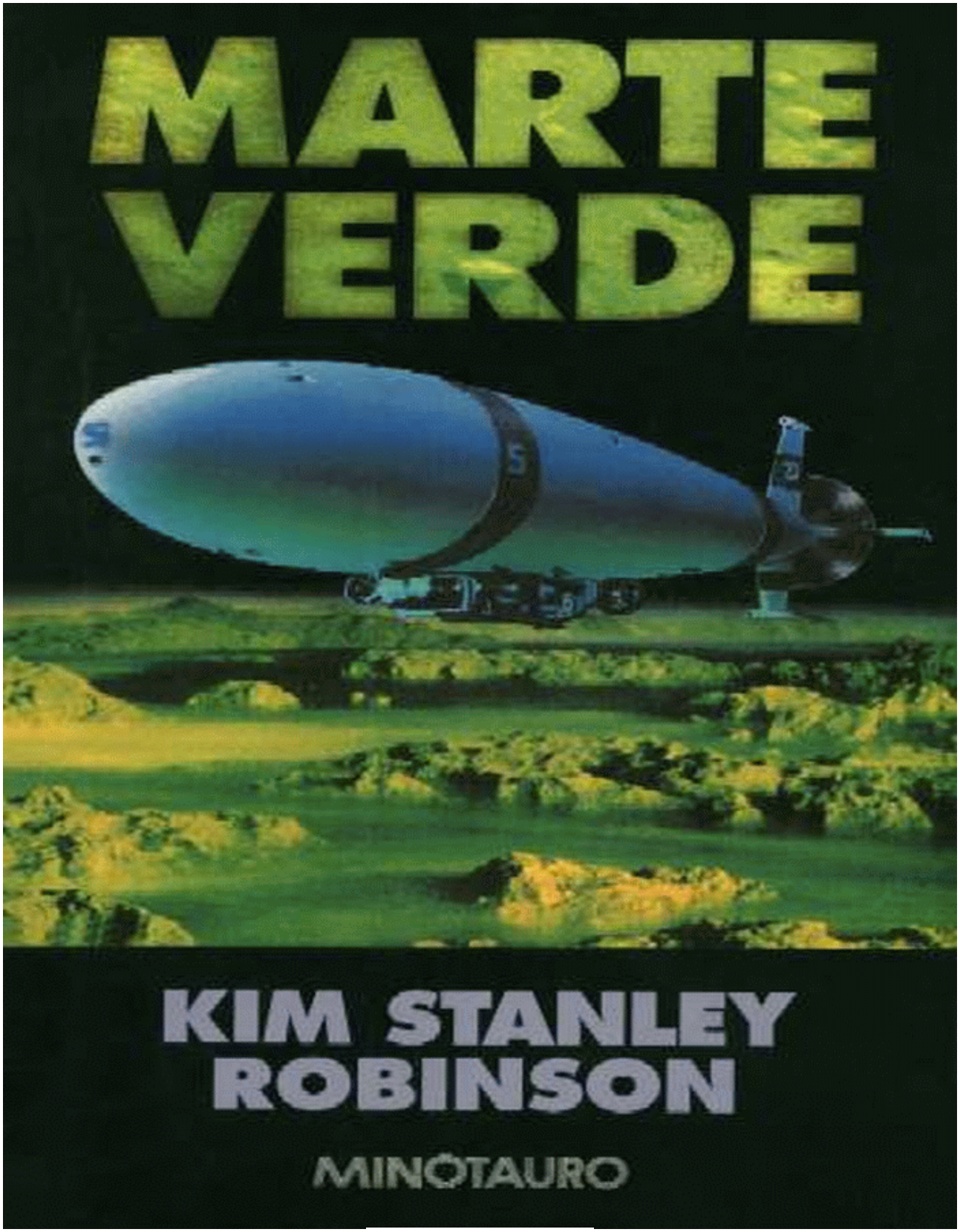
Marte Verde
KIM STANLEY ROBINSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

para Lisa y David

PRIMERA PARTE

Areoformación

La cuestión no es crear otra Tierra, ni otra Alaska u otro Tibet, ni un nuevo Vermont o una nueva Venecia, ni siquiera otra Antártida. La cuestión es crear algo nuevo y extraño, algo marciano.

En cierto modo, nuestras intenciones tampoco importan. Aunque tratásemos de crear otra Siberia u otro Sahara, no lo conseguiríamos. La evolución no lo permitiría, y en esencia este es un proceso evolutivo, un empeño que escapa a la intención, como cuando la vida saltó milagrosamente de la materia, o cuando se arrastró de los mares a la tierra firme.

Luchamos otra vez en la matriz de un mundo nuevo, esta vez en verdad alienígena, A pesar de los grandes glaciares que las gigantescas inundaciones de 2061 dejaron atrás, éste es un mundo muy árido; a pesar de que se está creando una incipiente atmósfera, el aire es aún muy tenue; a pesar de todos los métodos para generar calor, la temperatura media todavía está muy por debajo del punto de congelación. Estas condiciones hacen que la supervivencia sea extremadamente difícil. Pero la vida es resistente y adaptable, es la fuerza verde de la viriditas que se agita en el universo. En la década que siguió a las catástrofes de 2061, la población se esforzó por reconstruir las cosas y salir adelante en las cúpulas resquebrajadas y las tiendas rasgadas, y la labor de formación de una nueva sociedad continuó en nuestros refugios ocultos. Y en el exterior, sobre la fría superficie del planeta, proliferaron nuevas plantas, que cubrieron los flancos de los glaciares y las cuencas templadas con una marea lenta e inexorable.

Naturalmente, todos los modelos genéticos de nuestra nueva biota son Terranos, y también las mentes que los diseñan, pero el suelo es marciano. Y el suelo es un poderoso ingeniero genético: determina qué florece y qué no, provocando una progresiva diferenciación, y por tanto la evolución de nuevas especies. Y a medida que se suceden las generaciones, todos los miembros de una biosfera evolucionan juntos, se adaptan al terreno mediante una compleja respuesta común, la capacidad creativa del autodiseño. Este proceso, no importa cuánto intervengamos en él, es en esencia incontrolable. Los genes mutan, las criaturas evolucionan: una nueva biosfera emerge, y con ella una nueva noosfera. Y al fin la mente de los diseñadores, igual que todo lo demás, ha cambiado para siempre. Éste es el proceso de areoformación.

Un día el cielo cayó. Las láminas de hielo se precipitaron en el lago y luego empezaron a estrellarse contra la playa. Los niños se dispersaron como chorlitos asustados. Nirgal corrió por las dunas hasta la aldea y entró como una tromba en el invernadero, gritando:

—¡El cielo se está cayendo, el cielo se está cayendo! —Peter se precipitó al exterior y corrió tan rápido hacia la playa que Nirgal no fue capaz de seguirlo.

En la playa las grandes placas de hielo caían como puñales sobre la arena, y algunos trozos de hielo seco burbujeaban en el agua del lago. Los niños se acercaron a Peter, que echó la cabeza hacia atrás y observó la cúpula lejana.

—Todos a la aldea —dijo, y su tono indicaba que no admitía tonterías. Mientras caminaban de regreso, rió—. ¡El cielo se está cayendo! —gritó con voz aguda, revolviéndole el pelo a Nirgal. Éste se sonrojó y Harmakhis y Jackie rieron y el aliento escarchado de ambos asomó en rápidos penachos blancos.

Peter fue uno de los que escaló el costado de la cúpula para repararla. Kasei, Michel y Peter treparon como arañas sobre la aldea a la vista de todos, por encima de la playa y luego sobre el lago, y pronto parecieron más pequeños que los niños. Se descolgaron en eslingas y rociaron la grieta de la cúpula con agua hasta que se congeló formando una nueva capa transparente que recubrió el hielo seco. De nuevo abajo, hablaron del mundo cada vez más caliente del exterior. Hiroko había salido de su pequeña casita de bambú, y Nirgal le preguntó:

—¿Tendremos que irnos?

—Siempre tendremos que irnos —dijo Hiroko—. Nada perdurará en Marte.

A Nirgal le gustaba la vida bajo la cúpula. Por la mañana se despertaba en la redonda habitación de bambú, en la parte alta del Creciente Guardería, y bajaba corriendo hasta las dunas escarchadas con Jackie, Rachel, Frantz y el resto de los madrugadores. Veía a Hiroko en la orilla lejana, paseando por la playa como una bailarina, flotando sobre su propio reflejo húmedo. Le hubiera gustado acercarse a ella, pero era hora de ir a la escuela.

Volvían a la aldea y se apiñaban en el vestuario de la escuela, colgaban las chaquetas de plumas y extendían las manos amoratadas hacia la parrilla del calefactor, mientras esperaban al maestro del día. Podía ser el Doctor Robot, y en ese caso se morirían de aburrimiento y contarían los parpadeos del hombre como si fueran los indicadores de segundos de un reloj. Podía ser la Bruja Buena, vieja y fea: entonces saldrían y pasarían el día construyendo, disfrutando de las herramientas. O podía ser la Bruja Mala, vieja y hermosa, y pasarían la mañana pegados a los atriles tratando de pensar en ruso, arriesgándose a recibir un golpe en la mano si reían o se quedaban dormidos. La Bruja Mala tenía el pelo plateado y una mirada feroz sobre la nariz ganchuda, como los halcones pescadores que vivían en el pinar del lago. Nirgal le tenía miedo.

Así que, al igual que los demás, ocultó su desaliento cuando la puerta de la escuela se abrió y por ella entró la Bruja Mala. Sin embargo, ese día parecía cansada y los dejó salir antes a pesar de que la clase de aritmética había sido desastrosa. Nirgal siguió a Jackie y Harmakhis; doblaron la esquina y se metieron en el callejón entre el Creciente Guardería y la parte trasera de la

cocina. Harmakhis orinó contra el muro y Jackie se bajó los pantalones para demostrar que ella también era capaz, y justo en ese momento la Bruja Mala apareció en la esquina. Los arrastró fuera del callejón por el brazo, Nirgal y Jackie aferrados por la misma garra, y en la plaza le dio unos azotes a Jackie mientras gritaba furiosamente a los chicos:

—¡Vosotros dos, manteneos lejos! ¡Es vuestra hermana! —Jackie, que lloraba y se debatía intentando subirse los pantalones, descubrió las miradas de Nirgal y lanzó un golpe furioso contra él y contra Maya, pero erró y cayó al suelo con el trasero al aire y se puso a berrear.

No era cierto que Jackie fuese su hermana. Había en Zigoto doce sansei, o niños de la tercera generación, y se conocían como si fueran hermanos, y muchos lo eran, pero no todos. Raras veces se hablaba del tema, demasiado confuso. Jackie y Harmakhis eran los mayores, Nirgal una estación más joven, y el resto había llegado una estación después: Rachel, Emily, Reull, Steve, Simud, Nanedi, Tiu, Frantz y Huo Hsing. Hiroko era la madre de todo el mundo en Zigoto, aunque en verdad sólo de Nirgal y Harmakhis y otros seis de los sansei, y de varios de los nisei adultos también. Hijos de la diosa madre.

Pero Jackie era hija de Esther, que se había mudado después de una pelea con Kasei, el padre de Jackie. No había muchos que conociesen a sus progenitores. Cierto día Nirgal gateaba por una duna persiguiendo un cangrejo cuando Esther y Kasei aparecieron arriba; Esther lloraba y Kasei gritó:

—¡Si vas a dejarme, déjame ahora! —y se echó a llorar también. Kasei llevaba un colmillo de piedra rosada *y* era uno de los hijos de Hiroko; por tanto, Jackie era nieta de Hiroko. Así funcionaban las cosas. Jackie tenía el cabello largo y negro y era la corredora más rápida de Zigoto, después de Peter. Nirgal era el que tenía más resistencia, y a veces corría dos o tres veces seguidas el perímetro del lago sólo por el placer de hacerlo, pero Jackie era más rápida en trayectos cortos. Siempre estaba riendo. Si Nirgal discutía con ella, se burlaba de él y le decía:

—De acuerdo, tío Nirgie. —Aunque fuese una generación mayor, era su sobrina. Pero no su hermana.

La puerta de la escuela se abrió de par en par y apareció Coyote, el profesor ese día. Coyote había recorrido el mundo entero en sus viajes y pasaba muy poco tiempo en Zigoto. Tenerlo de profesor era como estar de fiesta. Los llevaba por la aldea, les buscaba ocupaciones extrañas, hacía que uno de ellos leyera en voz alta todo el tiempo fragmentos de libros imposibles de comprender, escritos por filósofos, que eran personas muertas hacía mucho. Bakunin, Nietzsche, Mao, Bookchin; los pensamientos comprensibles de esas gentes yacían como guijarros inesperados en una larga playa de galimatías. Las historias que Coyote les había leído de la *Odisea* o de la Biblia eran más sencillas, aunque también más inquietantes, porque la gente de la que hablaban no hacía más que matarse entre ellas e Hiroko decía que eso no estaba bien. Coyote se reía de Hiroko y aullaba

con frecuencia sin ninguna razón aparente mientras leían aquellos cuentos espantosos, les hacía preguntas difíciles sobre lo que habían escuchado y discutía con ellos como si supieran de lo que estaban hablando; algo muy desconcertante.

—¿Qué haríais *vosotros? ¿Por qué* lo haríais? —Y mientras tanto les enseñaba cómo funcionaba el reciclador de combustible del Rickover o les pedía que comprobasen los émbolos del sistema hidráulico de la máquina de olas del lago, hasta que las manos les pasaban del azul al blanco y los dientes les castañeteaban tanto que no podían hablar con claridad.— Os enfriáis en seguida, chicos —les decía Coyote—. Todos menos Nirgal.

Nirgal aguantaba bien el frío. Lo conocía íntimamente y no le desagradaba sentirlo. La gente que detestaba el frío no comprendía que es posible adaptarse a él, que uno puede contrarrestar sus efectos adversos. Estaba muy familiarizado también con el calor. Si se empujaba el calor al exterior con la suficiente fuerza, el frío se transformaba en una especie de envoltura intensa en la que uno se movía. Y así el efecto último del frío era estimulante, pues hacía que uno deseara echar a correr.

—Eh, Nirgal, ¿cuál es la temperatura ambiente?

—Doscientos setenta y uno.

La risa de Coyote era espantosa, un cacareo animal que incluía todos los sonidos posibles, y cada vez diferentes.

—Atended, vamos a parar la máquina de olas y veremos qué aspecto tiene el lago tranquilo.

El agua del lago se mantenía siempre líquida, y el hielo de agua recubría la parte inferior de la cúpula. Esto explicaba en su mayor parte el clima del mesocosmos, según Sax: brumas y vientos súbitos, lluvia y nieblas, y a veces nieve. Ese día la máquina meteorológica estaba casi silenciosa, y en el gran espacio hemisférico bajo la cúpula apenas corría viento. Con la máquina de olas desconectada, las aguas del lago pronto se aquietaron y sobre la superficie se formó una lámina circular del mismo blanco que la cúpula; pero el fondo del lago, cubierto de algas verdes, podía verse aún a través de la capa blanca. Así, el lago mostraba al mismo tiempo un blanco inmaculado y un verde intenso. En la orilla lejana esta agua de dos tonalidades reflejaba invertidos las dunas y los pinos achaparrados con la perfección de un espejo. Nirgal contempló el espectáculo extasiado, y todo lo demás desapareció, no quedó otra cosa que esa vibrante visión verde y blanca: había dos mundos, no uno, dos mundos que coexistían en el mismo espacio, ambos visibles, separados y diferentes, pero superpuestos, de tal modo que sólo desde ciertos ángulos podía verse que eran dos. Empujó la envoltura de la visión, como cuando uno empuja contra la envoltura del frío: *¡Empuja!* ¡Qué colores!...

—¡Marte con Nirgal, Marte con Nirgal!

Los demás reían. Siempre le pasaba lo mismo, le dijeron. Se desconectaba. Pero lo querían bien, lo veía en sus caras. Coyote partió una lámina de hielo e hizo saltar los pedazos sobre el lago. Los demás lo imitaron, y en las ondas blancas y verdes que se entrecruzaban el mundo invertido se agitaba y bailaba.

—¡Mirad eso! —gritó Coyote, que entre tiro y tiro cantaba en un inglés

cadencioso que era como una perpetua salmodia—. Chicos, estáis disfrutando de las mejores vidas de la historia; la mayoría se limita a fluir en la gran máquina del mundo, ¡y aquí estáis vosotros, en el nacimiento de un mundo nuevo! ¡Increíble! Pero es pura suerte, vosotros no tenéis ningún mérito, no hasta que hagáis algo. Podríais haber nacido en una mansión, una cárcel, un barrio de chabolas en Puerto España, ¡pero aquí estáis, en Zigoto, el corazón secreto de Marte! Es cierto que por el momento estáis escondidos como topos en vuestras madrigueras, y los buitres revolotean en lo alto, listos para devoraros; pero se acerca la hora en que caminaréis por este planeta en completa libertad. ¡Recordad lo que os digo, es una profecía, hijos míos! Y mientras tanto, ¡mirad qué hermoso es este pequeño paraíso de hielo!

Arrojó un trozo de hielo hacia la cúpula, y todos cantaron «¡Paraíso de hielo! ¡Paraíso de hielo!» hasta que no pudieron contener la risa.

Sin embargo, esa noche, cuando creía que nadie lo escuchaba, Coyote le dijo a Hiroko:

—Hiroko, tienes que llevar a los chicos al exterior y mostrarles el mundo, aunque sea bajo el manto de niebla. Aquí son como topos atrapados en sus propias madrigueras.

Entonces partió de nuevo, quién sabía adonde, en uno de sus misteriosos viajes a ese otro mundo que los rodeaba.

Algunas veces Hiroko iba a la aldea para darles clase. Ésos eran los mejores días para Nirgal. Siempre los llevaba a la playa, y bajar a la playa con Hiroko era como ser tocado por un dios. Aquél era su mundo —el mundo verde dentro del mundo blanco— y lo sabía todo sobre él, y cuando ella estaba allí los sutiles colores nacarados de la arena y la cúpula, los colores de los dos mundos, latían a la vez, como si trataran de liberarse de aquello que los aprisionaba.

Solían sentarse en las dunas y contemplaban las bandadas de aves acuáticas sobrevolar la playa rozando la superficie y graznando. Las gaviotas revoloteaban en lo alto e Hiroko les hacía preguntas con un brillo alegre en los ojos. Ella vivía junto al lago con un pequeño grupo de allegados, Iwao, Rya, Gene, Evgenia, todos en una pequeña casa de bambú en las dunas. Y como pasaba mucho tiempo visitando recónditos refugios alrededor del Polo Sur, siempre necesitaba ponerse al corriente de las noticias de la aldea. Era una mujer esbelta, alta para ser una issei, con la grácil simplicidad de las aves zancudas en el vestido y los movimientos. Era vieja, desde luego, increíblemente anciana, como todos los issei, pero había algo en sus maneras que la hacía parecer más joven incluso que Kasei o Peter, en realidad sólo un poco mayor que los chicos, y en su presencia todo parecía nuevo, ansioso por desplegar sus colores.

—Mirad el dibujo de esta concha marina. La espiral moteada se curva hacia el interior hasta el infinito. Ésta es la estructura del universo. Hay una presión constante que empuja hacia adentro, una tendencia de la materia a evolucionar hacia formas cada vez más complejas. Es una especie de fuerza gravitatoria, una energía verde sagrada que llamamos viriditas, la fuerza que mueve el cosmos. La vida, ¿comprendéis? Como las pulgas de arena y las lapas y el krill; aunque este krill en particular está muerto, ayuda a las pulgas. Como todos nosotros —dijo, agitando la mano con la delicadeza de una bailarina—. Podemos decir que el

universo está vivo porque estamos vivos. Nosotros somos su conciencia además de la nuestra. Procedemos del cosmos y contemplamos sus engranajes y nos parecen hermosos. Y ese sentimiento es lo más importante del universo, su culminación, como el color de la flor que se abre por primera vez con el rocío de la mañana. Es un sentimiento sagrado, y nuestro deber en el mundo es hacer cuanto podamos para favorecerlo. Y una manera es esparcir la vida por todas partes, ayudarla a existir donde nunca antes existió, como aquí en Marte.

Éste era para ella el acto supremo de amor, y a pesar de que no lo entendían del todo, cuando Hiroko hablaba ellos experimentaban ese amor. Otro empujón, un calor distinto en la envoltura del frío. Hiroko los acariciaba mientras hablaba, y ellos cavaban en busca de caracolas y la escuchaban.

—¡Almejas del fango! Lapas antárticas. Esponja de cristal... Cuidado, podéis cortaros. —Con sólo mirarla Nirgal se sentía feliz.

Y una mañana, cuando se levantaron para ir a excavar a otro lugar de la playa, ella le devolvió la mirada, y Nirgal reconoció la expresión: era la de él cuando la miraba. ¡Así que él también la hacía feliz! Se sintió ebrio de alegría.

Nirgal la tomó de la mano mientras paseaban por la playa.

—Es una ecología sencilla en muchos aspectos —dijo ella al arrodillarse para examinar la concha de otra almeja—. No hay muchas especies, y las cadenas alimenticias son cortas, pero tan ricas, tan hermosas. —Comprobó la temperatura del lago con la mano.— ¿Ves la neblina? El agua debe de estar caliente hoy.

En ese momento estaban solos, los demás niños correteaban por las dunas o por la playa. Nirgal se inclinó para tocar una ola que iba a morir a sus pies dejando un blanco encaje de espuma.

—Está a poco más de doscientos setenta y cinco grados.

—¡Siempre tan seguro!

—Siempre puedo decirlo.

—A ver —le desafió ella—, ¿tengo fiebre?

Él alzó la mano y la posó en el cuello de Hiroko.

—No, estás fría.

—Así es. Siempre estoy medio grado por debajo. Vlad y Ursula no se explican por qué.

—Es porque eres feliz.

Hiroko rió, igual que Jackie, llena de alegría.

—Te quiero, Nirgal.

Él sintió que su interior se calentaba como sí cobijara una estufa. Medio grado al menos.

—Y yo te quiero a ti.

Siguieron paseando por la playa tomados de la mano, caminando en silencio tras los chorlitos.

Coyote regresó e Hiroko le dijo:

—Muy bien, vamos a llevarlos fuera.

Y a la mañana siguiente, Hiroko, Coyote y Peter los guiaron a través de las antecámaras y por el largo túnel blanco que conectaba la cúpula con el mundo exterior. Al final del túnel estaba el hangar y sobre él la galería del acantilado. Los niños habían visitado la galería con Peter otras veces, y habían visto la arena helada y el cielo rosado a través de las pequeñas ventanas polarizadas, tratando de imaginar la gran pared de hielo que los albergaba: el casquete polar meridional, la base del mundo, donde vivían para escapar de gentes que los meterían en la cárcel si los descubrieran.

Por eso no habían salido nunca de la galería. Pero aquel día entraron en las antecámaras del hangar y se enfundaron en unos monos elásticos, luego se pusieron unas pesadas botas y gruesos guantes y por último unos cascos con una ventana con forma de burbuja en la parte frontal. Los chicos estaban cada vez más excitados, pero al fin la excitación se transformó en algo parecido al miedo, y Simud empezó a llorar y a decir que no quería ir. Hiroko la tranquilizó con una larga caricia.

—Vamos, yo iré contigo.

Los niños se apretaron unos contra otros en silencio y siguieron a los adultos hasta la antecámara. La puerta exterior se abrió con un siseo. Apiñados en torno a Peter, Coyote e Hiroko, salieron con cautela, entrechocándose.

Un resplandor intenso los enceguеció. Una niebla blanca lo envolvía todo. El suelo estaba moteado de intrincadas flores de hielo que centelleaban en aquel baño de luz. Hiroko y Coyote, que llevaban a Nirgal de la mano, lo impulsaron hacia adelante y lo soltaron. Él se tambaleó ante la embestida del blanco resplandor.

—Éste es el manto de niebla —dijo Hiroko por el intercomunicador—. Se mantiene durante todo el invierno. Pero ahora estamos en Ls 205, en primavera, cuando la fuerza verde empuja con más vigor en el mundo, alimentada por la luz solar. ¡Miradla!

Nirgal no veía más que una blanca bola de fuego. De repente, la luz traspasó esa bola y la transformó en un manantial de colores: la arena helada se convirtió en magnesio pulido y las flores de hielo en joyas incandescentes. El viento sopló y rasgó la niebla; se abrieron claros y aparecieron porciones de tierra en la distancia, y Nirgal sintió vértigo.

¡Todo era tan grande! Apoyó una rodilla en la arena y puso las manos sobre la otra pierna para mantener el equilibrio. Las rocas, tachonadas de escamas circulares de liquen negro y verde, y las flores de hielo brillaban como bajo un microscopio.

Una colina de cima chata se recortaba en el horizonte: un cráter. Las rodadas de un rover, casi cubiertas por la escarcha, como si llevaran allí un millón de años, surcaban la grava. El orden latía en el caos de luz y roca, el liquen verde se fundía con el mundo blanco...

Todos hablaban a la vez. Los niños correteaban y gritaban alborozados cada

vez que la niebla se abría y les permitía atisbar el rosa intenso del cielo. Coyote reía con ganas.

—Son como terneros de invierno que salen del establo en la primavera. Míralos, dando traspiés, pobres pequeños. ¡Ja, ja, ja! Hiroko, no pueden seguir viviendo así. —Y soltaba su extraño cacareo mientras levantaba niños de la arena y los ponía en pie.

Nirgal se incorporó y dio un salto experimental. Sintió que podía volar, y se alegró de que las botas fueran tan pesadas. Un montículo alargado, de su misma altura, partía serpenteando de la pared de hielo. Jackie caminaba por esa cresta y fue a reunirse con ella. Avanzaba con dificultad a causa de la pendiente y la profusión de rocas que había en el suelo. Pero una vez en la cresta echó a correr, y le pareció volar, como si pudiera correr eternamente.

Nirgal alcanzó a Jackie y juntos contemplaron la muralla de hielo, que se elevaba hasta el infinito bajo la niebla, y gritaron felices. Un rayo de luz matinal se derramó sobre ellos como agua fundida, y tuvieron que volverse, los ojos llenos de lágrimas. Nirgal vio su sombra proyectada en la niebla que se arrastraba sobre las rocas. Una banda circular de luz irisada la rodeaba. Nirgal soltó un chillido y Coyote se acercó deprisa, gritando:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? Se detuvo al ver la sombra.

—¡Eh! ¡Es un halo! Eso es lo que llaman un halo. Es como el Espectro de los Brocken. ¡Agitad los brazos arriba y abajo! ¡Mirad esos colores!

¡Jesús todopoderoso, sois los seres más afortunados del planeta! Impulsivamente, Nirgal se acercó a Jackie y los halos de ambos se fundieron en un nimbo irisado y resplandeciente que orlaba la doble sombra azul. Jackie rió encantada y se alejó para probarlo con Peter.

Un año más tarde, Nirgal y los otros niños de Zigoto habían empezado a desarrollar un sistema para hacer frente a los días en que Sax era el profesor. Sax se colocaba ante la pizarra y empezaba a hablar con el tono inexpresivo de una IA, y a su espalda los niños ponían los ojos en blanco y hacían muecas mientras el hombre hablaba de presiones parciales y radiación infrarroja. Cuando uno de ellos veía una oportunidad, empezaba el juego. Sax siempre caía en la trampa.

—En la termogénesis sin temblor el cuerpo produce calor empleando ciclos inútiles —decía él.

Entonces alguien levantaba la mano.

—¿Pero por qué, Sax?

Todos mantenían la vista clavada en los atriles, y Sax fruncía el ceño como si aquello no hubiese ocurrido nunca antes y decía:

—Bueno, porque no emplea tanta energía como cuando se tirita. Las proteínas del músculo se contraen, pero en vez de pegarse se desplazan unas

sobre otras, y eso origina el calor.

Y Jackie, con tanta sinceridad que la clase entera se estremecía, exclamaba:

—¿Pero cómo?

Sax parpadeaba tan deprisa que los niños casi explotaban al mirarlo.

—Bien, los aminoácidos de las proteínas rompen enlaces covalentes, y esas rupturas liberan la llamada energía de disociación de los enlaces.

—¿Pero por qué?

Sax parpadeaba aún más deprisa.

—Bien, es una simple cuestión de física —decía, y empezaba a dibujar esquemas vigorosamente—. Los enlaces covalentes se forman cuando las órbitas de dos átomos se funden en una sola, ocupada por los electrones de ambos átomos. Al romperse ese enlace, se liberan de treinta a cien kilocalorías de energía almacenada.

Entonces varios preguntaban a coro:

—¿Pero *por qué?*

Esto llevaba a Sax a la física subatómica, donde la cadena de las preguntas y respuestas podía prolongarse más de media hora sin que el pobre hombre dijera nada que ellos entendieran. Al cabo, los chicos sentían que el juego se acercaba a su fin.

—¿Pero por qué?

—Bueno —decía Sax, haciendo un esfuerzo por recapitular—, porque los átomos quieren recuperar un número estable de electrones, y sólo comparten electrones cuando se ven obligados a hacerlo.

—¿Pero por qué?

A esas alturas Sax estaba atrapado.

—Porque ésta es una de las formas de unión de los átomos. Entre otras.

—¿Pero por qué?

Sax se encogía de hombros.

—Porque así funciona la energía atómica. Porque así se originaron las cosas…

Y todos gritaban:

—…en el Big Bang.

Los niños aullaban alborozados y Sax fruncía el ceño al darse cuenta de que había vuelto a caer. Suspiraba y retomaba el tema que estaba tratando cuando el juego empezara. Pero por más veces que ellos lo hubieran hecho, él nunca parecía acordarse, siempre que él por qué inicial fuese plausible. E incluso cuando se daba cuenta parecía incapaz de evitarlo. Su única defensa era decir, ligeramente contrariado: «¿Por qué *qué?*». Eso dificultó el juego durante algún tiempo; pero Nirgal y Jackie pronto se convirtieron en maestros en el arte de adivinar lo que en cualquier planteamiento merecía un por qué, y entonces Sax se sentía obligado a continuar respondiendo hasta que la cadena llegaba al Big Bang o, de cuando en cuando, incluso a un apenas audible «No lo sabemos».

—¡No lo sabemos! —exclamaba entonces la clase en pleno con fingida consternación—. *¿Por qué no?*

—No ha podido dársele una explicación —decía él, nervioso—. Aún no.

Y así transcurrían las buenas mañanas con Sax; y tanto los niños como él parecían estar de acuerdo en que eran mejores que aquellas en las cuales Sax escribía en la pizarra, salmodiaba sin interrupción, se volvía, los encontraba dormidos sobre los pupitres y entonces protestaba:

«Ésta es una cuestión muy importante».

Cierta mañana, pensando en el desconcierto de Sax, Nirgal esperó en la clase hasta que él y Sax se quedaron solos, y entonces le preguntó:

—¿Por qué te disgusta tanto no poder explicar el porqué de algo? Sax volvió a fruncir el ceño. Tras un largo silencio, dijo con lentitud:

—Yo intento comprender. Presto atención a las cosas, las examino muy de cerca. Me aproximo cuanto puedo. Me concentro en la especificidad de cada momento y deseo comprender por qué las cosas ocurren como ocurren. Soy curioso y creo que todo sucede por alguna razón. Todo. Por tanto, en teoría tendríamos que ser capaces de encontrar esas razones siempre. Cuando no podemos... bien, me siento ultrajado. A veces lo llamo... —miró con timidez a Nirgal, y éste comprendió que Sax nunca le había contado aquello a nadie—, lo llamo la Gran Incógnita.

Nirgal tuvo la súbita certeza de que Sax estaba definiendo el mundo blanco. El mundo blanco dentro del verde, lo opuesto al mundo verde de Hiroko dentro del blanco. Y ambos tenían sentimientos opuestos con relación a ellos. En el mundo verde, cuando se enfrentaba a algo misterioso, Hiroko lo reverenciaba y se sentía feliz: era la viriditas, un poder sagrado. Cuando eso mismo le ocurría a Sax en su mundo blanco, para él era la Gran Incógnita, peligrosa y angustiante. A él le interesaba la verdad, mientras que a Hiroko le interesaba lo real. O tal vez fuera al revés, esas palabras eran engañosas. Era mejor decir que ella amaba el mundo verde y Sax, el mundo blanco.

—¡Exactamente! —exclamó Michel cuando Nirgal compartió con él esta observación—. Muy bien, Nirgal. Eres muy perspicaz. Según la terminología arquetípica, llamaríamos al verde y al blanco el Místico y el Científico, ambas figuras muy poderosas, como ya sabes. Pero lo que necesitamos, si me lo preguntas, es una combinación de las dos, lo que llamamos el *Alquimista.*

El verde y el blanco.

Los niños tenían las tardes libres y podían hacer lo que quisieran, y a veces se quedaban con el profesor del día. Pero con más frecuencia corrían por la playa o jugaban en la aldea, que se acurrucaba entre un grupo de colinas bajas, entre el lago y el túnel de entrada. Trepaban por las escaleras de caracol de las grandes casas de bambú y jugaban al escondite en las habitaciones superpuestas y los puentes colgantes que comunicaban las diferentes ramas. Los dormitorios de bambú formaban una medialuna que ceñía la mayor parte de la aldea. Los grandes troncos tenían una altura de seis o siete segmentos, y cada segmento albergaba una habitación, más reducida cuanto más arriba estuviese. Los niños ocupaban habitaciones individuales en la parte alta: cilindros verticales con ventanas de tres o cuatro metros de ancho, como las torres de los castillos de los cuentos. En los segmentos intermedios se alojaban los adultos, casi siempre solos, aunque también había algunas parejas. Las salas comunes ocupaban los segmentos inferiores. Desde las ventanas de las habitaciones superiores se dominaban los tejados de la aldea, apiñados en el círculo de colinas, bambúes e invernaderos como los mejillones en los bajíos del lago.

En los juegos, Jackie y Harmakhis solían llevar la voz cantante, y Nirgal y los otros los seguían. El grupo se regía por unas complicadas relaciones jerárquicas, y a veces Nirgal se cansaba de esos juegos y bajaba a correr solo alrededor del lago. El ritmo continuo y lento de la carrera parecían envolver el mundo entero.

Siempre hacía frío bajo la cúpula, pero la luz cambiaba continuamente. En verano, la cúpula mostraba un blanco azulado y unos lápices luminosos surgían de los huecos de las claraboyas. En invierno reinaba la oscuridad, la cúpula reflejaba la luz de las lámparas y semejaba el interior de una concha marina. En primavera y otoño la luz se debilitaba por las tardes hasta convertirse en una penumbra gris y espectral, y los colores desaparecían o sólo se insinuaban en los diferentes tonos grises, y las hojas de los bambúes y las agujas de los pinos parecían trazos negros contra el débil blanco de la cúpula. En esas horas, los invernaderos brillaban como grandes lámparas encamadas en las colinas, y los niños, como gaviotas, regresaban a casa, hacía los baños. Allí, en el edificio alargado contiguo a la cocina, se desnudaban y se sumergían en el vapor del baño principal, se deslizaban sobre los azulejos del fondo y el calor volvía a las manos, pies y caras mientras chapoteaban alegremente alrededor de los issei empapados con caras de tortuga y cuerpos arrugados y velludos.

Después del baño caliente se vestían y desfilaban hacia la cocina; húmedos y con la piel sonrosada, hacían cola y llenaban sus bandejas, y luego se sentaban a las mesas mezclados con los adultos. Zigoto tenía ciento veinticuatro residentes permanentes, pero era habitual que el número se elevara a doscientos. Cuando se sentaban, tomaban las jarras de agua y se servían unos a otros, y luego atacaban la comida caliente con fruición, y engullían patatas, tortillas, pasta, tabouli, pan, cien vegetales distintos y de vez en cuando pescado o pollo. Tras las comidas, los adultos hablaban de las cosechas o el Rickover, un viejo reactor nuclear rápido del que estaban muy orgullosos, o de la Tierra, mientras los niños despejaban las mesas, y luego tocaban música o jugaban, y todos iniciaban el lento proceso de quedarse dormidos.

Un día, poco antes de la cena, un grupo de veintidós personas llego a Zigoto

desde el otro lado del casquete polar, porque su pequeña cúpula había perdido su ecosistema debido a lo que Hiroko llamaba desequilibrio complejo en espiral, y sus reservas se habían agotado. Necesitaban asilo.

Hiroko los acomodó en tres de las nuevas casas-árbol. Los visitantes treparon por las escaleras en espiral de la cara externa de los gruesos troncos redondos, lanzando exclamaciones de admiración al ver los segmentos cilíndricos con las puertas y ventanas encajadas en ellos. Hiroko les asignó la conclusión del acondicionamiento de las habitaciones y la construcción de un nuevo invernadero en las afueras de la aldea. Era evidente que ahora Zigoto no producía comida suficiente para todos. Los chicos imitaban a los adultos y trataban de comer con moderación.

—Teníamos que haber llamado Gameto y no Zigoto a este lugar —le comentó Coyote a Hiroko, con una risa áspera, en su siguiente visita.

Ella lo ignoró. Pero quizá la preocupación explicara el aire cada vez más distante de Hiroko. Pasaba los días trabajando en los invernaderos, y raras veces daba clase a los niños. Cuando lo hacía, ellos se limitaban a seguirla y a trabajar a sus órdenes, cosechando, abonando o escardando las malas hierbas.

—Nosotros no le importamos nada a ella —dijo Harmakhis furioso, una tarde mientras paseaban por la playa, y dirigió la queja a Nirgal—. De todas formas, ella no es nuestra madre en realidad.

Y llevó al grupo a los laboratorios situados junto al invernadero de la colina. En el interior señaló una hilera de gruesos tanques de magnesio que parecían refrigeradores.

—Éstos son nuestros padres. Nosotros crecimos ahí dentro. Kasei me lo dijo y yo le pregunté a Hiroko, y es verdad. Nosotros somos ectógenos, y no nacimos, nos *decantaron* —dijo, y miró con aire triunfal a la pequeña banda de niños asustados y fascinados. Entonces le dio un empujón a Nirgal que lo envió al otro extremo del laboratorio y se marchó sentenciando—: Nosotros no tenemos padres.

Los visitantes suponían una carga ahora, pero cuando llegaban había una gran animación y muchos pasaban la primera noche hablando y escuchando las noticias de otros refugios. Había toda una red de ellos en la región polar; en el atril de Nirgal unos puntos rojos señalaban la posición de treinta y cuatro refugios. Y Nadia e Hiroko sospechaban que había más, agrupados más al norte o completamente aislados, pero no podían estar seguras porque el silencio de la radio era absoluto. De modo que las noticias eran bien recibidas: por lo general eran lo más preciado que los viajeros traían consigo, aunque viniesen cargados de regalos, como era habitual, y compartiesen con sus huéspedes aquello que pudiese serles útil.

Durante esas visitas, Nirgal escuchaba con atención las animadas conversaciones que se prolongaban toda la noche; se sentaba en el suelo o circulaba llenando las tazas de té vacías. Tenía la aguda sensación de que no entendía las reglas que regían el mundo; le parecía inexplicable que la gente actuase como lo hacía. No se le escapaba la situación básica, que dos bandos se disputaban el control de Marte, y Zigoto lideraba el bando que tenía razón, y que con el tiempo la areofanía saldría vencedora. Le parecía extraordinario estar

involucrado en esa lucha, ser una parte importante de la historia, y a menudo, en la cama, el alba lo sorprendía perdido en ensoñaciones sobre su participación en ese gran drama, que le valdría la admiración de Jackie y todo el mundo en Zigoto.

En su deseo de aprender más, a veces escuchaba a escondidas: se tumbaba en un sofá en cualquier esquina y miraba su atril con atención, garabateaba o fingía leer, o se hacía el remolón en el vestíbulo. Muchas veces los otros no advertían que él estaba escuchando, y hasta hablaban de los niños de Zigoto.

—¿Has notado que casi todos son zurdos?

—Apuesto a que Hiroko pellizcó los genes.

—Ella dice que no.

—Ya casi son tan altos como yo.

—Eso es por la gravedad. Vaya, sólo tienes que mirar a Peter y los demás nisei. Nacieron de forma natural, y la mayoría son muy altos. Pero en lo de ser zurdos tiene que haber una causa genética.

—Ella me explicó una vez que con una simple inserción transgénica se incrementaría el tamaño del cuerpo calloso. Tal vez jugueteó con eso y los niños salieron zurdos como efecto secundario.

—Yo creía que el hecho de ser zurdo se debía a algún daño cerebral.

—No se sabe con certeza. Creo que ni siquiera Hiroko lo sabe.

—No puedo creer que manipulara los cromosomas para conseguir un mayor desarrollo cerebral.

—Son ectógenos, recuerda: un acceso más fácil.

—He oído que tienen una densidad ósea pobre.

—Es cierto. Tendrían problemas en la Tierra. Les están dando suplementos para paliarlo.

—Eso también es por la gravedad. En realidad es un problema para todos.

—A mí me lo vas a decir. Me rompí el antebrazo agitando una raqueta de tenis.

—Nos estamos convirtiendo en pájaros humanos gigantes y zurdos. Y te diré que me parece muy extraño. Los ves correr por las dunas y esperas que echen a volar en cualquier momento.

Esa noche Nirgal tardó en dormirse, como siempre. Ectógenos, transgénicos... se sentía extraño. Lo blanco y lo verde en la doble hélice de sus cromosomas... Pasó horas revolviéndose en la cama, sin acertar a comprender la razón de su desasosiego, preguntándose qué *debería* sentir.

Al fin, exhausto, se quedó dormido. Hasta entonces siempre había soñado con Zigoto, pero esa noche soñó que volaba sobre la superficie de Marte. Unos inmensos cañones rojos cruzaban el suelo y los volcanes se elevaban a unas alturas casi inimaginables para él. Pero algo lo perseguía, algo mucho más grande y rápido que él; la criatura venía desde el sol y se abatió sobre él batiendo las alas y con las garras extendidas. Él le apuntó con los dedos y de las puntas brotaron unos rayos que hicieron oscilar a la criatura alada. Cuando ésta remontaba el vuelo para atacar otra vez él se despertó, sudoroso, los dedos

temblando y el corazón latiéndole como la máquina de olas: *ka-bump, ka-bump, ka-bump.*

A la mañana siguiente, la máquina producía demasiadas olas, como dijo Jackie. Estaban jugando en la playa, y creían tener las olas grandes controladas; pero de repente una muy grande se alzó sobre la filigrana de hielo y derribó a Nirgal de rodillas, y al retirarse lo arrastró con una fuerza irresistible. Él intentó incorporarse, pero no lo consiguió y volvió a hundirse en el agua helada. Las olas lo envolvieron y lo vapulearon con violencia.

Jackie lo agarró por el brazo y el pelo y lo arrastró hasta la orilla. Harmakhis los ayudó a ponerse de pie, gritando:

—¿Estáis bien, estáis bien?

Si se mojaban, la norma era ir a la aldea lo más deprisa que pudieran, y Nirgal y Jackie echaron a correr por las dunas, los demás niños siguiéndolos, muy rezagados. El viento penetraba hasta los huesos. Se dirigieron directamente a los baños, atravesaron las puertas y se quitaron las ropas tiesas con manos temblorosas, ayudados por Nadia, Sax, Michel y Rya, que estaban allí bañándose.

Mientras los empujaban hacía el gran baño común, Nirgal recordó su sueño y dijo:

—Esperad, esperad.

Los otros se detuvieron, confusos. Nirgal cerró los ojos y contuvo la respiración. Asió el brazo frío de Jackie y volvió a verse en el sueño: nadando en el aire, sintió el calor en las puntas de los dedos. El mundo blanco dentro del verde.

Buscó en su interior el punto que siempre estaba caliente, incluso cuando tenía tanto frío, como ahora. Mientras viviese, ese punto estaría allí. Lo encontró y con el ritmo de la respiración empujó el calor a través de su carne. Era difícil, pero lo sentía moverse: el calor extendiéndose por sus costillas como el fuego, bajándole por los brazos y las piernas hasta las manos y los pies. Nirgal había aferrado a Jackie con la mano izquierda, y ahora temblaba ligeramente, aunque no por el frío. Miró el cuerpo desnudo de la muchacha, que tenía la carne de gallina, y se concentró en enviarle calor.

—¡Estás caliente! —exclamó Jackie.

—Siéntelo —dijo Nirgal, y por un momento ella se abandonó a él. Luego, alarmada, se separó de Nirgal y se metió en la piscina. El se quedó en el borde hasta que dejó de temblar.

—Caramba —dijo Nadia—. Una especie de combustión metabólica. Había oído hablar de eso, pero nunca había presenciado ninguna.

—¿Sabes cómo lo haces? —le preguntó Sax. Nadia, Michel y Rya lo miraban con una expresión curiosa que él no deseaba enfrentar.

Nirgal negó con la cabeza y se sentó en el borde de la piscina, de repente exhausto. Sumergió los pies y sintió el agua como fuego líquido. Peces que saltan libres hacia el aire, el fuego interior, el blanco dentro del verde, la alquimia, el vuelo con las águilas... ¡rayos brotando de las puntas de sus dedos!

La gente lo miraba. Los habitantes de Zigoto le echaban miradas de soslayo cuando él reía o decía algo inusual, cuando creían que no los veía. A ellos era fácil ignorarlos, pero con los visitantes era más difícil, porque eran muy directos.

—Oh, tú eres Nirgal —dijo una mujer pelirroja que llevaba el pelo cano—. He oído decir que eres brillante.

Nirgal, siempre al límite de su capacidad de comprensión, se ruborizó y sacudió la cabeza mientras ella lo inspeccionaba con detenimiento. La mujer pareció quedar satisfecha con el examen, sonrió y le tendió la mano.

—Me alegro de conocerte.

Una vez, cuando tenían cinco años, Jackie llevó a la escuela una vieja IA. Ignorando la mirada furiosa de Maya, la profesora de ese día, la mostró a los demás.

—Ésta es la IA de mi abuelo. Conserva un montón de las cosas que dijo. Kasei me la ha dado.

Kasei iba a abandonar Zigoto para ir a vivir a otro refugio, aunque no al refugio donde vivía Esther.

Jackie activó el atril.

—Pauline, reproduce algo de lo que dijo mi abuelo.

—Bien, aquí estamos —dijo una voz de hombre.

—No, algo diferente. Lo que decía sobre las colonias ocultas. La voz del hombre dijo:

—La colonia oculta tiene que tener por fuerza contacto con asentamientos en la superficie. Hay demasiadas cosas que ellos no pueden elaborar si permanecen ocultos. Por ejemplo, las barras de combustible nuclear. Hay un control muy estricto, y los archivos podrían revelar que han estado desapareciendo.

La voz calló. Maya ordenó a Jackie apagar el atril, y empezó con otra lección de historia, el siglo XIX explicado en un ruso tan seco y con frases tan cortas que la voz le temblaba. Y después siguieron con álgebra. Maya insistía en que tenían que aprender bien las matemáticas.

—Estáis recibiendo una educación horrorosa —solía decir, sacudiendo la cabeza amenazadoramente—. Pero sí aprendéis matemáticas, podréis recuperaros más tarde. —Les echaba una mirada furibunda y les exigía la siguiente respuesta.

Nirgal la miraba y recordaba el tiempo en que había sido la Bruja Mala para ellos. Era extraño ser ella, tan sombría unas veces y tan alegre otras. Nirgal podía mirar a la mayoría de los habitantes de Zigoto y sentir cómo sería ser ellos. Podía leerlo en las caras, del mismo modo que podía ver el segundo color en el interior del primero: era como un don, como su hiperaguda sensación de la temperatura. Pero no entendía a Maya.

En invierno hacían incursiones en la superficie, hasta el cráter cercano donde Nadia estaba construyendo un refugio, y las dunas salpicadas de hielo, más allá. Pero cuando el manto de niebla se levantaba, debían quedarse bajo la cúpula, o como mucho en la galería de los ventanales. Tenían que cuidarse de no ser vistos desde arriba. Nadie sabía con certeza si la policía seguía vigilando desde el espacio, pero era mejor mantenerse a cubierto. Eso decían los issei. Peter se ausentaba a menudo, y sus viajes le habían hecho llegar a la conclusión de que la caza de las colonias ocultas había terminado. Y que, de todas formas, la caza era inútil.

—Hay asentamientos de la resistencia al descubierto y mucho ruido ahora allá afuera, térmico y visual, e incluso de radio —dijo—. No hay forma de que identifiquen todas las señales que reciben.

Sax no estaba de acuerdo.

—Los programas algorítmicos de búsqueda son muy eficaces.

Maya insistía en que se mantuviesen a cubierto y reforzasen los sistemas electrónicos, y enviasen el excedente de calor al corazón del casquete polar. A Hiroko le parecieron razonables estas medidas, y por tanto los demás también las aceptaron.

—Es diferente para nosotros —le dijo Maya a Peter, con una expresión angustiada.

Una mañana en la escuela, Sax les explicó que había un agujero de transición a unos doscientos kilómetros al noroeste. La nube que veían a veces en esa dirección era el penacho termal del agujero; algunos días era compacta y permanecía inmóvil; otros, el viento arrastraba delgados jirones hacia el este. En la siguiente visita de Coyote, durante la cena, le preguntaron si lo había visitado, y él les dijo que sí y les explicó que el agujero casi había alcanzado el centro de Marte y el fondo era lava líquida y burbujeante.

—Eso no es cierto —dijo Maya, despectivamente—. Sólo han bajado diez o quince kilómetros. El fondo es de roca dura.

—Pero roca caliente —dijo Hiroko—. Y ahora ya son veinte kilómetros.

—Claro, y eso significa que están haciendo el trabajo por nosotros — se quejó Maya—. ¿No crees que somos parásitos de los asentamientos de la superficie? Tu viriditas no llegaría muy lejos sin la ingeniería del exterior.

—Al final se revelará que es una simbiosis —dijo Hiroko, serena. Miró a Maya hasta que ésta se levantó y salió de la habitación. Hiroko era la única persona en Zigoto que podía obligar a Maya a bajar la mirada.

Hiroko era muy extraña, pensó Nirgal al observar a su madre después de este intercambio. Hablaba con él y con todo el mundo como con iguales, era evidente que para ella todos eran iguales, y que nadie era especial. Nirgal recordaba vivamente el tiempo en que las cosas habían sido diferentes, cuando ellos dos eran las dos partes de un todo. Pero ahora ella tenía el mismo interés por él que por los demás, impersonal y distante. Hiroko actuaría siempre del mismo modo, sin importarle lo que pudiera ocurrir, pensó. Nadia o Maya se preocupaban más por él. Y sin embargo Hiroko era la madre de todos. Y Nirgal, como el resto de los

residentes de Zigoto, todavía bajaba a la pequeña casita de bambú cuando necesitaba algo que no podía encontrar en la gente corriente: consuelo, consejo…

Pero cuando lo hacía, la mitad de las veces encontraba a Hiroko y a su pequeño grupo de allegados «en silencio», y si quería quedarse tenía que callar. A veces esto se prolongaba durante días, y él acababa por desistir. O quizá llegaba durante la areofanía y se elevaba en el canto extático de los nombres de Marte, y se convertía en parte integrante del pequeño grupo cerrado en el corazón del mundo, con Hiroko a su lado, rodeándolo con el brazo, apretándolo fuerte.

Eso era una especie de amor, y él lo atesoraba. Pero ya no era como en los viejos días, cuando paseaban juntos por la playa.

Una mañana Nirgal entró en la escuela y encontró a Jackie y Harmakhis en el vestuario. Se sobresaltaron cuando entró, y Nirgal se quitó el abrigo y se dirigió al aula con la certeza de que habían estado besuqueándose.

Después de la escuela fue a pasear alrededor del lago bajo el resplandor blanco-azulado de la tarde estival, y observó la máquina de las olas, que subía y bajaba como la opresión que le atenazaba el pecho. El dolor le ondeaba por el cuerpo como las olas sobre la superficie del agua. Era ridículo, lo sabía, pero no podía evitarlo. En los últimos tiempos era cosa común entre ellos eso de besarse, sobre todo cuando chapoteaban, forcejeaban y se hacían cosquillas en los baños. Las chicas se besaban entre ellas y decían que esas «prácticas» no contaban, y a veces lo hacían con los chicos. Rachel había besado muchas veces a Nirgal, y también Emily y Tiu y Nanedi lo habían abrazado y le habían besado las orejas para avergonzarlo con una erección delante de todos en el baño común. En otra ocasión, Jackie lo había liberado de ellas y lo había empujado hacia el fondo y le había mordido en el hombro mientras luchaban. Y éstos eran sólo los más memorables de los cientos de contactos húmedos y resbaladizos que estaban convirtiendo el baño en el momento culminante del día.

Pero fuera de los baños, como si intentaran contener esas fuerzas volátiles, mantenían unas relaciones escrupulosamente formales entre ellos, y chicos y chicas formaban grupitos que por lo general jugaban separados. Así pues, besarse en el vestuario era algo nuevo, y serio; y Jackie y Harmakhis lo habían mirado con aire de superioridad, como si supieran algo que él ignoraba, lo que era cierto. Y esa exclusión era dolorosa. Sobre todo porque en realidad no era tan ignorante: Nirgal estaba seguro de que se habían acostado juntos y habían hecho el amor. Eran amantes, los delataba la mirada. Su risueña y hermosa Jackie había dejado de ser suya. Aunque en realidad nunca lo había sido.

Las noches siguientes Nirgal durmió muy mal. La habitación de Jackie estaba en el tronco situado detrás del suyo, y la de Harmakhis, dos troncos más allá en dirección contraria. Los crujidos en los puentes colgantes sonaban como pasos, y a veces en la ventana de ella brillaba una vacilante luz anaranjada. Para evitar la tortura, Nirgal empezó a quedarse levantado hasta tarde en las salas comunes,

leyendo y escuchando a hurtadillas las conversaciones de los adultos.

Por eso, cuando empezaron a hablar de la enfermedad de Simón, él estaba allí. Simón era el padre de Peter, un hombre silencioso que pasaba mucho tiempo fuera, de expedición con Ann, la madre de Peter. Al parecer, tenía una cosa que ellos llamaban leucemia resistente. Vlad y Ursula advirtieron que Nirgal estaba escuchando y trataron de tranquilizarlo, pero Nirgal supo que no le estaban diciendo toda la verdad. De hecho lo miraban con una extraña expresión especulativa. Cuando más tarde Nirgal trepó a su habitación y se metió en la cama, activó el atril, buscó «Leucemia», y leyó el resumen inicial. *Enfermedad potencialmente mortal. Por lo general responde favorablemente al tratamiento.* Enfermedad potencialmente mortal, sonaba aterrador. Durmió inquieto esa noche, y las pesadillas lo atormentaron hasta que los pájaros anunciaron el alba gris. Las plantas morían, los animales morían, pero las personas no. Aunque también eran animales.

La noche siguiente volvió a quedarse levantado con los adultos, exhausto y en un extraño estado de ánimo. Vlad y Ursula se sentaron en el suelo junto a él y le explicaron que un transplante de médula ósea ayudaría a Simón. Él y Nirgal tenían el mismo tipo de sangre, un grupo sanguíneo muy raro. Ni Ann ni Peter la tenían, ni tampoco ninguno de los hermanos y hermanas o parientes de Nirgal. Él la había recibido de su padre, que tampoco la tenía. Sólo él y Simón, en todos los refugios. La población de los refugios era de unas cinco mil personas, y la presencia del grupo sanguíneo de Nirgal y Simón era de uno en un millón. Le pidieron que donase un poco de su médula ósea.

Aunque no solía pasar las tardes en la aldea, Hiroko estaba allí y lo miraba. Nirgal no necesitaba mirarla para saber lo que estaba pensando. Estaban hechos para dar, les había dicho siempre, y éste sería el regalo último. Un acto puro de viriditas.

—Claro que sí —dijo Nirgal, feliz por la oportunidad que se le presentaba.

El hospital estaba al lado de los baños y la escuela. Era más pequeño que la escuela y tenía cinco camas. Tendieron a Simón en una y a Nirgal en otra.

El hombre le sonrió. No parecía enfermo, sólo viejo. Igual que los otros ancianos. Simón raras veces hablaba, y ahora sólo dijo:

—Gracias, Nirgal.

Nirgal asintió, pero para su sorpresa Simón continuó:

—Aprecio mucho lo que estás haciendo por mí. La extracción te dolerá durante una semana o dos, en lo profundo del hueso. Lo que haces es demasiado importante para hacerlo con cualquiera.

—No si la persona lo necesita —dijo Nirgal.

—En todo caso, es un regalo que trataré de retribuirte.

Vlad y Ursula le anestesiaron el brazo a Nirgal con una inyección.

—En realidad, no es necesario hacer las dos operaciones a un tiempo —le dijeron—, pero es bueno que estéis juntos. Vuestra amistad favorecerá la

curación.

Así que se hicieron amigos. Al salir de la escuela, Nirgal esperaba a la puerta del hospital y Simón salía caminando despacio, y los dos recorrían el sendero de las dunas y bajaban a la playa. Contemplaban las olas ondularse sobre la superficie blanca y levantarse y desplomarse sobre la orilla. Simón era la persona menos habladora que Nirgal había conocido; era como estar en silencio con el grupo de Hiroko, sólo que con él no se acababa nunca. Al principio se sentía un poco incómodo, pero después advirtió que el silencio le proporcionaba tiempo para mirar de verdad las cosas: las gaviotas revoloteando bajo la cúpula, las burbujas de los cangrejos en la arena, los círculos que rodeaban cada mata de hierba en la playa. Peter pasaba muy a menudo por Zigoto, y muchas veces los acompañaba. E incluso Ann interrumpía de cuando en cuando sus perpetuos viajes y los visitaba. Peter y Nirgal corrían y jugaban al pillapilla o al escondite, mientras Ann y Simón paseaban por la playa tomados del brazo.

Simón sin embargo estaba cada vez más débil. Era difícil no juzgar lo que estaba sucediendo como una especie de fracaso moral; Nirgal nunca había estado enfermo y el concepto le disgustaba. Eso sólo les podía ocurrir a los viejos. Y ni siquiera a ellos, porque se suponía que el tratamiento gerontológico tenía que salvarlos, de modo que no morirían nunca. Sólo las plantas y los animales morían. Y aunque las personas también fuesen animales, habían inventado el tratamiento. Preocupado por estas discrepancias, Nirgal estudiaba por las noches la información de su atril sobre la leucemia, y la leyó entera aunque tenía la extensión de un libro. Cáncer de la sangre. Los glóbulos blancos proliferaban en la médula ósea, invadían el organismo y atacaban los sistemas sanos. Para eliminar los glóbulos blancos, administraban a Simón quimioterapia, irradiaciones y pseudovirus, y trataban de reemplazar su médula enferma por la de Nirgal. Además, le habían aplicado el tratamiento gerontológico tres veces. Nirgal también había leído sobre eso. Era cuestión de buscar enlaces defectuosos en el genoma, encontrar los cromosomas dañados y repararlos para evitar los errores en la división celular. Pero era muy difícil introducir las células autorreparadoras en la médula ósea, y en el caso de Simón unas pequeñas bolsas de células cancerígenas habían subsistido después de cada tentativa. El atril dejaba bien claro que los niños tenían más posibilidades de recuperación que los adultos. Pero con el tratamiento gerontológico y las transfusiones de médula por fuerza tenía que mejorar. Sólo era cuestión de tiempo y de dar. Los tratamientos finalmente lo curaban todo.

—Necesitamos el biorreactor —le dijo Ursula a Vlad.

Estaban tratando de reconvertir uno de los tanques de los ectógenos en un biorreactor: lo habían llenado de un tejido esponjoso compuesto de colágeno animal donde habían inoculado células de la médula de Nirgal, con la esperanza de generar una serie de linfocitos, macrófagos y granulocitos. Pero no habían conseguido que el sistema circulatorio funcionase del todo bien, o quizá el problema estaba en la matriz, no estaban seguros. Nirgal continuaba siendo un biorreactor viviente.

Las mañanas en que Sax era el profesor, les enseñaba la química del suelo. De cuando en cuando los llevaba a los laboratorios para que practicasen: introducían biomasa en la arena y después la carreteaban a los invernaderos o a la playa. Era un trabajo entretenido, pero Nirgal apenas lo advertía, se movía

como un sonámbulo. Bastaba que viese a Simón fuera, caminando dificultosamente, para que olvidara lo que había ido a hacer con la clase.

A pesar del tratamiento, los pasos de Simón eran lentos y rígidos. Caminaba con las piernas arqueadas y los pasos eran cada vez más cortos. Un día Nirgal se reunió con él y los dos se quedaron de pie sobre la última duna delante de la playa. Los chorlitos se lanzaban hacia la orilla y luego remontaban el vuelo perseguidos por el blanco encaje de la espuma. Simón señaló el rebaño de ovejas negras que ramoneaba entre las dunas, y el brazo que levantó parecía una vara de bambú. El aliento escarchado de las ovejas se derramaba sobre los pastos.

Simón dijo algo que Nirgal no entendió; en los últimos tiempos tenía los labios rígidos y le costaba mucho pronunciar algunas palabras. Quizá por eso estaba más silencioso que nunca. El hombre volvió a intentarlo, una y otra vez, pero por más empeño que puso Nirgal no consiguió entender lo que decía. Al fin, Simón se dio por vencido y se encogió de hombros, y quedaron mirándose, mudos y desvalidos.

Cuando Nirgal jugaba con los otros niños, sentía que lo aceptaban y lo rechazaban a un tiempo: se movía siempre en una especie de círculo. Sax lo reñía con afecto por su aire ausente en la clase.

—Concéntrate en el momento —le decía, y obligaba a Nirgal a recitar los estadios del ciclo del nitrógeno, o a amasar la tierra negra y húmeda en la que estaban trabajando para romper los largos filamentos de los brotes diatómicos, de los hongos, líquenes y algas y de todas las invisibles microbacterias que habían creado y distribuirlos en los herrumbrosos terrones de arena.

—Distribuidlo de manera uniforme. Escuchad. Esto es lo que cuenta.

La singularidad es una cualidad muy importante. Observad las estructuras en la pantalla del microscopio. Eso de color claro que parece un grano de arroz es un quimiolitótrofo, el *Thiobacillus denitrificans.* Y ahí tenemos un montón de sulfuras. Pues bien, ¿qué pasa cuando el primero se come lo segundo?

—Que oxida el sulfuro.

—¿Y?

—Y desnitrifica.

—¿Y eso qué es?

—Convertir los nitratos en nitrógeno. Para que pase del suelo al aire.

—Muy bien. Ésa de ahí es, por tanto, una bacteria muy útil.

Sax lo obligaba a prestar atención al momento, pero el precio que Nirgal pagaba era alto. A mediodía, cuando las clases terminaban, estaba exhausto y apenas podía hacer algo durante el resto del día.

Entonces, una tarde, le pidieron que donara un poco más de médula para Simón, que yacía en el hospital mudo y avergonzado, con una mirada de disculpa en los ojos. Nirgal se obligó a sonreír y a rodear el antebrazo de bambú de Simón con los dedos.

—Está bien —dijo alegremente, y se tendió en la camilla.

En realidad, Nirgal pensaba que Simón estaba haciendo algo mal, era débil o perezoso, o le gustaba estar enfermo. No había otra explicación para su estado. Le pincharon y el brazo se le entumeció. Le clavaron la aguja intravenosa en el dorso de la mano y poco después también ésta se adormeció. Allí estaba tendido, como una parte más del tejido del hospital, tratando de insensibilizarse. Una parte de él sentía la gran aguja de extracción de la médula presionando contra el hueso de su brazo. No sentía dolor en la carne, sólo una presión en el hueso. Entonces la presión cedió y supo que la aguja había penetrado en el tierno interior del hueso.

Esta vez el proceso no sirvió de nada. Simón apenas podía moverse y no salía del hospital. Nirgal lo visitaba con frecuencia y jugaban a un juego climatológico en la pantalla de Simón; en vez de tirar dados, pulsaban teclas, y vitoreaban cuando el uno o el doce los lanzaban abruptamente a otro cuadrante de Marte, con un clima distinto. La risa de Simón, que nunca había sido más que un sonido entre dientes, se había reducido ahora a una sonrisa descolorida.

Nirgal tenía el brazo dolorido y dormía mal, se agitaba en sueños y se despertaba bañado en sudor, e inexplicablemente asustado. Una noche Hiroko lo arrancó de las profundidades de ese duermevela y lo llevó por la escalera de caracol hasta el hospital. Incapaz de sacudirse el sopor, Nirgal se apoyaba tambaleante en ella. Hiroko parecía tan impasible como de costumbre, pero le rodeaba los hombros con el brazo y lo sostenía con un vigor inesperado. En la entrada del hospital pasaron junto a Ann, que estaba sentada allí, y algo en la inclinación de sus hombros hizo que Nirgal se preguntase por qué Hiroko estaba en la aldea de noche y que se despabilase del todo, con aprensión.

La habitación del hospital estaba muy iluminada, todo se perfilaba con una cruel nitidez, como si los objetos fueran a estallar y a liberar la luz. Simón estaba tendido y su cabeza descansaba en una almohada blanca. Tenía la piel pálida y cerosa y parecía tener mil años.

Volvió la cabeza y sus ojos oscuros miraron el rostro de Nirgal con expresión ávida, como si tratara de encontrar una manera de entrar en Nirgal, de saltar dentro de él. Nirgal se estremeció y mantuvo la mirada oscura e intensa, pensando: «De acuerdo, entra en mí. Hazlo, si quieres. Hazlo».

Pero no había ningún camino que franqueara ese espacio, y ambos lo comprendieron. Se relajaron. Una débil sonrisa cruzó el rostro de Simón; haciendo un esfuerzo alargó el brazo y asió la mano de Nirgal. Ahora sus ojos inquietos buscaban el rostro de Nirgal con una expresión distinta, como si tratase de encontrar palabras que ayudasen a Nirgal en años venideros, palabras que le transmitiesen todo aquello que Simón había aprendido.

Pero comprendieron que tampoco eso era posible. Simón tendría que confiar a Nirgal a su suerte. No podía ayudarlo de ninguna manera.

—Sé bueno —murmuró al fin, e Hiroko sacó a Nirgal de la habitación. Ella lo llevó a través de la oscuridad de vuelta a su habitación, y Nirgal cayó en un sueño muy profundo. Simón murió esa misma noche.

Fue el primer funeral celebrado en Zigoto, y el primero al que asistían los niños. Pero los adultos sabían lo que debía hacerse. Se reunieron en uno de los invernaderos, entre los bancos de trabajo, y se sentaron formando un círculo

alrededor de la caja alargada que contenía el cuerpo de Simón. Hicieron circular una botella de licor de arroz y cada uno llenó la copa de su vecino. Después de beber, los mayores rodearon el féretro tomados de la mano y se sentaron formando un grupo compacto alrededor de Ann y Peter. Maya y Nadia se sentaron junto a Ann y le rodearon los hombros. Ann parecía aturdida, y Peter, desconsolado. Jurgen y Maya contaron historias sobre la legendaria taciturnidad de Simón.

—Una vez —dijo Maya—, estábamos en un rover y una bombona de oxígeno explotó y agujereó el techo de la cabina, y todos empezamos a gritar y a correr como locos. Simón estaba fuera y recogió una piedra de la medida justa, saltó y la encajó en el agujero. Más tarde, estábamos comentando lo ocurrido y trabajando para hacer un sello definitivo, y de repente nos dimos cuenta de que Simón no había dicho ni una palabra todavía, y todos nos detuvimos y lo miramos, y entonces él dijo: «Faltó poco».

Rieron.

—O la vez que concedimos aquellos premios parodia en la Colina Subterránea —recordó Vlad—. Simón recibió uno por el mejor vídeo, y cuando subió para recogerlo dijo: «Gracias», y se dirigió a su asiento; pero a medio camino se detuvo y regresó a la plataforma, como si se le hubiese olvidado algo. Todos estábamos intrigadísimos, y entonces él carraspeó y dijo: «*Muchas* gracias».

Ann casi se rió al oír esto, y se puso de pie y todos salieron al aire glacial. Los mayores cargaron la caja y abrieron la marcha hacia la playa, y los demás los siguieron. La nieve caía entre la niebla cuando sacaron el cuerpo y lo enterraron profundamente en la arena, justo por encima del nivel de las olas más altas. Grabaron el nombre de Simón en la tapa de la caja con el soplete de Nadia y la clavaron en la primera duna. Ahora Simón formaría parte del ciclo del carbono, sería comida para las bacterias, los cangrejos, los chorlitos y las gaviotas, y lentamente se convertiría en parte de la biomasa que habitaba bajo la cúpula. Eso era un entierro. Y en cierto modo era reconfortante; la idea de esparcirse en el mundo, de integrarse en él. Sin embargo, terminar como ser individual y desaparecer…

Habían enterrado a Simón y caminaban bajo la cúpula oscurecida, tratando de comportarse como si la realidad no se hubiera desgarrado de repente y les hubiera arrebatado a uno de ellos. Para Nirgal era inconcebible. Volvían hacia la aldea en pequeños grupos dispersos, soplándose las manos, hablando en voz baja. Nirgal se acercó a Vlad y Ursula; necesitaba alguna seguridad. Ursula estaba muy triste y Vlad trataba de animarla.

—Ha vivido más de cien años, no podemos pretender que su muerte haya sido prematura o nos estaríamos burlando de toda esa pobre gente que se muere a los cincuenta años, o a los veinte, o en el primer año de vida.

—Ha sido prematura —dijo Ursula con obstinación—. Ahora que tenemos el tratamiento, ¿quién sabe? Podía haber vivido mil años.

—No estoy tan seguro. Me parece que el tratamiento no llega a todos los rincones de nuestro cuerpo. Y con toda la radiación que hemos estado recibiendo quizá tengamos más problemas de los que esperamos.

—Tal vez. Pero si hubiésemos estado en Acheron, con todo el equipo y las instalaciones, estoy segura de que lo habríamos salvado. Y quién sabe cuántos

años habría vivido entonces. Sigo diciendo que ha sido prematuro.

Se alejó para estar sola.

Esa noche Nirgal no durmió. Recordaba todas las transfusiones, las visualizaba paso a paso, e imaginaba que algún reflujo en el sistema le había contagiado la enfermedad. O podía haberse contagiado simplemente por el contacto, ¿por qué no? ¡O por esa última mirada de Simón! Y había pescado la enfermedad que nadie podía curar, y moriría. Se pondría rígido, se quedaría mudo y quieto, y desaparecería. Eso era la muerte. El corazón le latió con violencia y empezó a sudar, y gritó aterrorizado. No había escapatoria y era espantoso. Espantoso sin importar cuándo ocurriera. Era horrible que el círculo funcionase de esa manera, que girase y girase y girase, y que ellos vivieran sólo una vez y muriesen para siempre. ¿Para qué vivir? Era demasiado extraño, demasiado terrible. Y pasó aquella larga noche temblando, perdido en un torbellino de miedo.

Después de eso le resultó muy difícil concentrarse. Se sentía todo el tiempo distanciado de las cosas, como si se hubiera deslizado al mundo blanco y no pudiese alcanzar el mundo verde.

Hiroko advirtió el problema y le sugirió que acompañase a Coyote en uno de sus viajes. La propuesta sorprendió a Nirgal, que no se había alejado de Zigoto más que lo exigido por un paseo. Pero Hiroko insistió. Ya tenía siete años, le dijo, era casi un hombre. Era hora de que viese un poco del mundo de la superficie.

Unas pocas semanas más tarde, Coyote visitó Zigoto, y cuando partió Nirgal lo acompañaba, sentado en el asiento del copiloto del rover-roca y mirando con ojos desorbitados a través del parabrisas bajo el arco púrpura del cielo vespertino. Coyote hizo girar el coche para que Nirgal pudiese tener una visión de conjunto de la gran muralla rosada y resplandeciente del casquete polar, que se arqueaba en el horizonte como una inmensa luna creciente.

—Cuesta creer que algo tan grande pueda derretirse algún día —dijo Nirgal.

—Llevará su tiempo.

Enfilaron hacia el norte a un ritmo tranquilo. El rover-roca no dejaba rastros: la roca hueca que lo cubría disponía de un sistema de regulación térmica que la mantenía siempre a temperatura ambiente, y también de un dispositivo en el eje frontal que leía el terreno y pasaba la información al eje trasero, donde unos raspadores-modeladores borraban las rodadas del vehículo y dejaban la arena como estaba antes de que pasaran.

Viajaron en silencio mucho tiempo, aunque era un silencio distinto al de Simón. Coyote canturreaba, murmuraba, le hablaba con un sonsonete monótono a su IA, en un idioma que sonaba como el inglés pero era incomprensible. Nirgal trató de concentrarse en el limitado panorama que le ofrecía la ventana, sintiéndose torpe y cohibido. La región que rodeaba el casquete polar sur estaba constituida por una serie descendente de anchas terrazas llanas comunicadas

por rutas que parecían haber sido memorizadas por el rover; bajaron terraza tras terraza y Nirgal pensó que el casquete polar debía descansar en una especie de pedestal inmenso. Miraba, impresionado por el tamaño de todo, pero también feliz porque no era absolutamente abrumador como le había parecido en aquel lejano primer paseo por el exterior. Todavía recordaba cuánto lo había asombrado. Ahora era distinto.

—No es tan grande como yo esperaba —dijo—. Creo que es por la curvatura del terreno, porque es un planeta muy pequeño. —Eso decía su atril.— ¡El horizonte no está más lejos que los dos extremos de Zigoto uno de otro!

—Aja —dijo Coyote, echándole una mirada—. Pero será mejor que el Gran Hombre no te oiga decir eso, o te dará una patada en el trasero. — Calló un momento y luego preguntó:— ¿Quién es tu padre, chico?

—No lo sé. Mi madre es Hiroko. Coyote soltó un bufido.

—Hiroko está llevando el matriarcado demasiado lejos, si quieres saber mi opinión.

—¿Se lo has dicho a ella?

—Puedes apostar a que sí, pero Hiroko sólo me escucha cuando digo lo que ella quiere oír. —Soltó una risa aguda—. Hace lo mismo con todo el mundo, ¿no es cierto?

Nirgal asintió, y una sonrisa hendió su intento de parecer impasible.

—¿Quieres averiguar quién es tu padre?

—Claro.

En realidad, Nirgal no estaba seguro de querer saberlo. El concepto de padre no significaba gran cosa para él; además, temía que resultara ser Simón. Después de todo, Peter era como un hermano para él.

—Tienen el equipo necesario en Vishniac. Si quieres, podemos intentarlo allí. —Coyote meneó la cabeza.— Hiroko es tan extraña... Cuando la conocí nunca hubiese dicho que las cosas acabarían así. Éramos jóvenes entonces, casi tanto como tú, aunque te resulte difícil de creer.

Y era verdad.

—Cuando la conocí, ella sólo era una joven estudiante de eco- ingeniería, rápida como un látigo y sexy como una pantera. Nada que ver con toda esta palabrería de la diosa madre. Pero empezó a leer libros que no eran los manuales técnicos que tenía que leer, y ya nunca los dejó, y para cuando llegó a Marte había perdido el juicio por completo. Antes, en realidad. Lo que fue una suerte para mí, porque si no no estaría aquí. Pero Hiroko... ¡madre mía! Estaba convencida de que la historia de la humanidad se había torcido en el principio. En los albores de la civilización, solía decirme muy seria, existían Creta y Sumeria, y Creta era una cultura de pacíficos comerciantes, gobernada por las mujeres y rebosante de arte y belleza; una utopía, en verdad, en la que los hombres eran acróbatas que se pasaban el día saltando sobre los toros y la noche saltando sobre las mujeres, y preñaban a las mujeres y las veneraban, y todos eran felices. Suena estupendo, excepto para los toros. Mientras que en Sumeria gobernaban los hombres, que inventaron la guerra y conquistaron todo lo que había a la vista y fueron el origen de todos los imperios esclavistas que han

existido. Y nadie sabe, decía Hiroko, lo que habría ocurrido si esas dos civilizaciones hubieran tenido la oportunidad de disputarse el gobierno del mundo, porque un volcán mandó a Creta al otro barrio, y el mundo pasó a manos sumerias y nunca ha salido de ellas. Si el volcán hubiese estado en Sumeria, me decía siempre, todo habría sido diferente. Y quizá sea cierto. Porque difícilmente podría la historia ser más negra de lo que ha sido.

Nirgal estaba sorprendido por esta descripción.

—Pero ahora —aventuró— estamos empezando de nuevo.

—¡Así es, muchacho! Somos los seres primitivos de una civilización desconocida. Vivimos en nuestro pequeño matriarcado tecno-minoico. ¡Ja! A mí me parece muy bien. Para empezar, el poder que han asumido las mujeres nunca fue tan deseable. El poder es la mitad del yugo, ¿recuerdas esto de las lecturas que os proponía? El amo y el esclavo comparten el yugo. La anarquía es la única libertad verdadera. Así que todo lo que hacen las mujeres parece volverse contra ellas. Si son los burros de carga de los hombres, trabajan hasta caer muertas. ¡Y si son nuestras reinas y diosas, se ven obligadas a trabajar aún más, porque tienen que hacer el trabajo del burro y además llevar el papeleo! Es imposible. Da gracias por ser un hombre, por ser libre como el cielo.

Era un modo curioso de ver las cosas, pensó Nirgal, pero no dejaba de pensar en la belleza de Jackie, del inmenso poder que ejercía sobre sus pensamientos. Bajó de su asiento y contempló las estrellas blancas en el cielo negro. «¡Libre como el cielo! ¡Libre como el cielo!».

Estaban en Ls 4, el 22 de marzo del año marciano 32, y los días en el sur empezaban a acortarse. Coyote conducía muchas horas cada noche, siguiendo senderos invisibles e intrincados, a través de un terreno que se hacía más y más accidentado a medida que se alejaban del casquete polar. Se detenían y descansaban durante el día. Nirgal luchaba por mantenerse despierto, pero el sueño lo vencía invariablemente y dormía la mayor parte de la noche y buena parte del día también, hasta que perdió por completo la noción de tiempo y espacio.

Pero cuando estaba despierto miraba por la ventanilla la superficie cambiante del planeta. No se cansaba de hacerlo. El terreno laminado estaba surcado por infinidad de dibujos: el viento había cincelado los montones estratificados de arena hasta dar a las dunas la forma del ala de un pájaro. Cuando el terreno estratificado finalmente dejó al descubierto el lecho de roca, las dunas laminadas se convirtieron en islas solitarias de arena desparramadas sobre una llanura poblada de afloramientos y rocas sueltas. La piedra roja estaba por todas partes, desde grava hasta bloques inmensos que descansaban en el suelo como edificios. Las islas de arena se asentaban en cualquier declive y depresión de aquel paisaje rocoso, y se amontonaban también al pie de los grandes grupos de bloques y al abrigo de los escarpes bajos y en el interior de los cráteres.

Había cráteres allá donde uno mirara. El primero apareció en forma de dos

bultos que se alzaban sobre el horizonte, que muy pronto resultaron ser los puntos exteriores conectados de una cresta baja. Dejaron atrás docenas de esas colinas de cima chata, unas empinadas y escarpadas, otras casi enterradas, y también algunas con los bordes destrozados por impactos posteriores menos importantes, de modo que se podía ver perfectamente la arena que las llenaba.

Una noche, justo antes del alba, Coyote detuvo el coche.

—¿Ocurre algo?

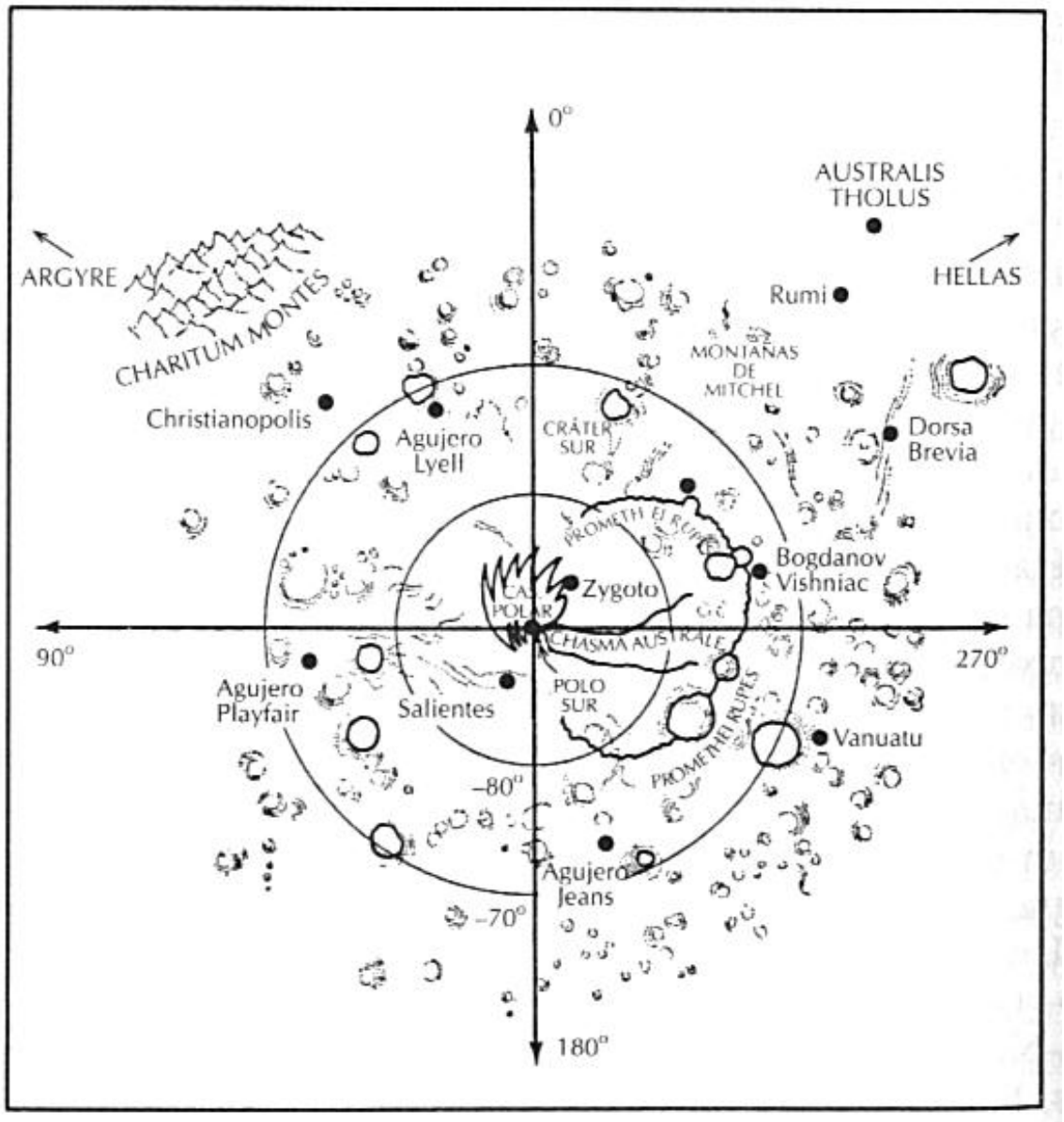
—No. Hemos llegado al Mirador de Rayleigh y quiero que lo veas. Falta una hora para que salga el sol.

Contemplaron el amanecer desde sus asientos.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Siete.

Región Polar sur marciana



—¿Y eso cuánto es en años terrestres? ¿Catorce?

—Creo que sí.

—Caramba. Y ya eres más alto que yo.

—Aja. —Nirgal reprimió la observación de que no hacía falta ser muy alto para sobrepasar a Coyote—. ¿Cuántos años tienes tú?

—Ciento nueve. ¡Ja, ja, ja! Será mejor que cierres los ojos o se te caerán. No me mires así. Yo era viejo el día que nací y seré joven el día que me muera.

Dormitaron mientras la línea del horizonte oriental adquiría un intenso azul cobalto. Coyote tarareaba una pequeña melodía, como si hubiese tomado una tableta de omegondorfo, como solía hacer en Zigoto al caer la noche. Poco a poco fue haciéndose evidente que el horizonte estaba muy lejos y muy alto; Nirgal nunca había visto una extensión de tierra tan vasta, un inmenso muro negro y curvo que dominaba en la lejanía una llanura de roca negra.

—¡Eh, Coyote! —exclamó—. ¿Qué es eso?

Coyote soltó una carcajada, al parecer muy satisfecho.

El cielo se iluminó y de pronto el sol quebró el borde superior de la pared lejana y deslumbró momentáneamente a Nirgal. A medida que el sol subía, las sombras del enorme acantilado semicircular cedieron ante unas cuñas de luz que iluminaron unas bahías recortadas y angulosas que festoneaban la curva más grande del muro, tan grande que Nirgal, con la nariz pegada al parabrisas, se quedó sin aliento. Casi daba miedo.

—Coyote, ¿qué es eso?

Coyote soltó otra de sus inquietantes carcajadas.

—Ya ves que después de todo no es un mundo tan pequeño, ¿eh, muchacho? Estamos en el suelo de la Cuenca Promethei. Es una cuenca de impacto, una de las mayores de Marte, casi tan grande como Argyre, pero el impacto se produjo cerca del Polo Sur, y la mitad del borde quedó sepultada bajo el casquete polar y el terreno estratificado. La otra mitad es el escarpe curvo que tenemos delante. —Hizo un ademán amplio—. Es una especie de supercaldera, pero como está reducida a la mitad, puedes entrar en ella con el rover. Esta pequeña elevación es el mejor lugar que conozco para contemplarla. —Puso un mapa de la región en pantalla y señaló.— Nos encontramos en las faldas de este pequeño cráter, el Vt, mirando al noroeste. El acantilado es Promethei Rupes, allí. Tiene casi un kilómetro de altura. Naturalmente, el acantilado de Echus tiene tres kilómetros de altura y el del Monte Olimpo seis, ¿has oído eso, señor Planeta Pequeño? Pero esta mañana tendrás que conformarte con este bebé.

El sol siguió subiendo e iluminó la curva del acantilado desde arriba. La pared estaba cortada por profundas barrancas y cráteres más pequeños.

—El Refugio de Prometheus está en el flanco de ese gran desfiladero, allí —dijo Coyote, y señaló el lado izquierdo del semicírculo—. El Cráter Wj.

Durante la larga espera diurna, Nirgal no dejó de contemplar el gigantesco acantilado. Parecía cambiar continuamente: las sombras se acortaban y desplazaban, revelando nuevos accidentes *y* ocultando otros. Se habrían necesitado años para mirarlo en detalle, y Nirgal no pudo evitar la sensación de que el muro era antinatural, increíblemente enorme. Coyote tenía razón: los horizontes cercanos lo habían engañado, nunca había pensado que el mundo pudiese ser tan grande.

Esa noche condujeron hasta el interior del Cráter Wj, una de las ensenadas más grandes de la gigantesca pared, y luego alcanzaron el acantilado curvo de Promethei Rupes, que se elevaba sobre ellos como la pared vertical del universo; el casquete polar no era nada comparado con esa masa de roca. Lo cual significaba que el Monte Olimpo mencionado por Coyote tenía que ser… Nirgal no sabía en qué términos imaginarlo.

Al pie del acantilado, en un punto donde la piedra sin estrías caía casi verticalmente hasta la arena lisa, había una puerta escondida en un hueco. Tras ella estaba el refugio llamado Prometheus, una serie de habitaciones apiladas, como las de una casa de bambú, con ventanas curvas de cristales polarizados que miraban al Cráter Wj y a la cuenca que había detrás. Los habitantes del refugio hablaban francés, y en esa lengua les habló Coyote. Eran viejos, aunque no tanto como Coyote o los otros issei, de estatura terrana, lo que los obligaba a mirar hacia arriba cuando hablaban con Nirgal, hospitalarios, en un inglés fluido aunque con acento.

—¡Así que tú eres Nirgal! *¡Enchanté!* ¡Nos han hablado mucho de ti, nos alegra conocerte!

Un grupito se lo llevó a dar una vuelta mientras Coyote se ocupaba de otras cosas. El refugio no podía ser más diferente de Zigoto. A decir verdad, no era más que un montón de salas. Las más grandes estaban contra el muro. Tres de las habitaciones pegadas a las ventanas eran invernaderos, y la temperatura se mantenía muy alta en todo el refugio. Había plantas por todas partes y tapices en las paredes, y estatuas y fuentes. Era un hogar muy reducido y tórrido, pero fascinante para Nirgal. Pero sólo se quedaron un día. Coyote metió el rover en un gran ascensor en el que permanecieron una hora entera. Cuando salieron por la puerta opuesta, se encontraron en lo alto del altiplano accidentado que se extendía detrás de Promethei Rupes. Y Nirgal volvió a quedarse mudo de asombro. Desde el Mirador de Ray, el gran acantilado limitaba el panorama que tenían a la vista. Pero al mirar abajo desde lo alto del acantilado, las distancias eran tan vastas que Nirgal no podía asimilar lo que veía. El mundo se había convertido en una masa confusa de colores en movimiento: blanco, púrpura, marrón, tostado, rojizo. Nirgal sintió vértigo.

—Se acerca una tormenta —dijo Coyote, y de pronto Nirgal vio que los colores allá en lo alto eran una flota de nubes sólidas que surcaban un cielo violeta y habían dejado el sol muy atrás, en el oeste. La parte superior de esas nubes era blanca y profusamente lobulada, pero la inferior, lisa, de color gris oscuro, estaba mucho más cerca de sus cabezas que el suelo de la depresión, y parecía deslizarse sobre un suelo transparente. El mundo que se extendía debajo era una masa informe de manchas de color ocre y chocolate, las sombras de las nubes, que se movían velozmente. ¡Y esa medialuna blanca en medio era el casquete polar! ¡Podía ver el camino a casa en toda su longitud! Al reconocer el hielo Nirgal

consiguió la perspectiva necesaria para que todo cobrara sentido, y las manchas de color se estabilizaron y formaron un paisaje circular desigual y accidentado, salpicado por las sombras huidizas de las nubes.

Ese vertiginoso acto de percepción sólo había durado unos segundos. Al volverse descubrió a Coyote observándolo con una sonrisa en los labios.

—¿Hasta dónde alcanzamos a ver, Coyote? ¿Cuántos kilómetros dirías tú?

Coyote rió.

—Pregúntale al Gran Hombre, chico. O calcúlalo tú mismo. Algo así como unos tres mil kilómetros. Un saltito para los grandes. Mil imperios para los pequeños.

—Quiero recorrerlo todo.

—Estoy convencido de que lo harás. ¡Eh, mira eso! Allí, sobre el casquete de hielo. ¿Lo ves? Esas llamitas que salen de las nubes son rayos.

Era la primera vez que Nirgal veía rayos: brillantes hebras de luz que aparecían y desaparecían en silencio cada pocos segundos y que conectaban los nubarrones oscuros con el suelo blanco. El mundo blanco enviaba chispas al mundo verde y lo sacudía.

—No hay nada como una gran tormenta —decía Coyote—. ¡No hay nada como estar ahí fuera con el viento! Nosotros hemos hecho esa tormenta, muchacho. Aunque creo que yo podría fabricar una aún mayor.

Pero una tormenta mayor quedaba más allá de la imaginación de Nirgal. Ante ellos se extendía un panorama vasto, cósmico, electrizado, de colores cambiantes y amplios espacios barridos por el viento. Nirgal se sintió aliviado cuando Coyote hizo girar el coche y se alejó del borde, y el paisaje brumoso desapareció y el borde del acantilado se convirtió en un nuevo horizonte a sus espaldas.

—¿Puedes explicarme qué es un rayo?

—Bien, el rayo... caramba. Tengo que confesar que es uno de esos fenómenos que no acabo de entender del todo. Me lo han explicado cientos de veces, pero siempre se me escapa. Electricidad, desde luego, algo sobre electrones o iones, positivos y negativos, cargas que se concentran en los cúmulos y que se descargan hacia el suelo, o en los dos sentidos a la vez, creo recordar. ¿Quién sabe? ¡Ka bum! Eso es el rayo,

¿no?

El mundo blanco y el mundo verde, frotándose uno contra otro y chisporroteando a causa de la fricción. Así de sencillo.

Había muchos refugios en el altiplano al norte de Promethei Rupes, algunos ocultos en escarpes y bordes de cráteres, como el proyecto de túneles exteriores de Zigoto diseñado por Nadia, y otros simplemente en el interior de los cráteres, bajo tiendas-cúpula transparentes, expuestos a los ojos de la policía espacial, si

la había. La primera vez que Coyote se detuvo en el borde de uno de esos cráteres y miraron a través de la tienda transparente el pueblo bajo las estrellas, Nirgal se quedó estupefacto. También allí había edificios como el de la escuela, los baños y la cocina, y también árboles e invernaderos; todo le resultaba familiar y por eso mismo se preguntaba cómo era posible que consiguieran vivir así, al descubierto. Era desconcertante.

Y había mucha gente. Nirgal sabía que en los refugios del sur vivían muchas personas, unas cinco mil, decían, todos rebeldes derrotados en la guerra de 2061. Pero una cosa era saberlo y otra muy distinta encontrarse con tantos de golpe y comprobar que era cierto. Y estar en un refugio al descubierto lo ponía muy nervioso.

—¿Cómo es posible? —le preguntó a Coyote—. ¿Por qué no los arrestan y se los llevan?

—Me has pescado, chico. Puede suceder. Pero de momento no ha sucedido, y por eso piensan que no vale la pena ocultarse. Ya sabes que requiere un gran esfuerzo: hay que instalar todo el dispositivo de eliminación termal y reforzar los sistemas electrónicos, y mantenerse fuera de la vista todo el tiempo. Es un engorro. Y algunos sencillamente no están dispuestos a hacerlo. Se llaman a sí mismos el *demimonde.* Tienen planes de emergencia por si los investigan o los asaltan: túneles de escape, como los nuestros, e incluso armas escondidas. Pero se figuran que al estar en la superficie en realidad no hay razón para que los investiguen. Los habitantes de Christianopolis le comunicaron a la UN que tenían la intención de instalarse aquí en el sur para salirse de la red. Sin embargo, coincido con Hiroko en que algunos tenemos que andarnos con un poco más de cuidado. La UN anda detrás de los Cien Primeros, ¿sabes? Y de su familia también, por desgracia a vosotros, chicos. En fin, ahora la resistencia incluye el movimiento clandestino y el demimonde, y las ciudades al descubierto son de gran ayuda para los refugios ocultos, así que me alegro de que existan. En estos momentos, dependemos de ellas.

En aquella ciudad, como en todas, ocultas o expuestas, Coyote fue recibido efusivamente. Tras las salutaciones se instaló en una esquina del gran garaje del borde del cráter e inició un ajetreado intercambio de bienes, desde semillas a software, bombillas, piezas de recambio y maquinaria pequeña. Todo esto al cabo de largas sesiones de consulta y regateo con sus huéspedes que Nirgal no pudo entender. Después de una breve visita a la ciudad en el fondo del cráter, que se parecía extraordinariamente a Zigoto bajo la brillante cúpula púrpura, partieron de nuevo.

Camino de otro refugio Coyote intentó explicarle, con poco éxito, esos regateos.

—¡Estoy liberando a la gente de su ridícula noción de la economía, eso es lo que estoy haciendo! La economía del regalo está muy bien, pero no está lo suficientemente organizada para nuestra situación actual. Hay artículos esenciales que todo el mundo necesita, y la gente *tiene* que darlos, lo cual es una contradicción, ¿no es cierto? Por eso estoy tratando de crear un sistema racional. En realidad son Vlad y Marina quienes lo están elaborando, pero yo intento mejorarlo, lo que significa que me llevo todas las quejas.

—Y ese sistema…

—Bien, es una especie de vía de doble sentido: pueden seguir dando cuanto quieran, pero se asigna un valor a los artículos de primera necesidad y se los distribuye de manera adecuada. Y no te puedes imaginar la de discusiones que me trae el asunto; la gente puede ser muy insensata. Yo sólo intento asegurarme de que todo contribuya a una ecología estable, como en los sistemas de Hiroko, en la que cada refugio cubra sus necesidades y provea su especialidad. ¿Y qué consigo?

¡Insultos, nada más que insultos! Trato de evitar el despilfarro y me llaman salteador de caminos, trato de evitar el acaparamiento y me llaman fascista. ¡Banda de idiotas! ¿Qué piensan hacer si ninguno es autosuficiente y la mitad están paranoicos perdidos? —Suspiró con aire dramático.— En uno de todos modos estamos haciendo progresos. Christianopolis tiene bombillas, y Mauss Hyde cultiva nuevos tipos de vegetales, como has visto, y Bogdanov Vishniac fabrica las cosas grandes y complicadas, como las barras para los reactores y los vehículos de camuflaje y la mayor parte de los grandes robots, y tu Zigoto está a cargo del instrumental científico, y así todos. Y yo lo distribuyo.

—¿Eres el único que hace este trabajo?

—Mas o menos. En realidad, todos los refugios son autosuficientes salvo en esos artículos esenciales. Todo el mundo tiene programas y semillas, es decir, tienen cubiertas las necesidades básicas. Y además, no muchos conocen la localización de todos los refugios secretos.

Nirgal digirió la información y sus implicaciones mientras continuaban su viaje nocturno. Coyote habló entonces del patrón de peróxido de hidrógeno y nitrógeno, un sistema nuevo ideado por Vlad y Marina, y él se esforzó por seguir la explicación, pero ya fuese por la dificultad de los conceptos o porque Coyote aderezaba el discurso despotricando sobre las dificultades que había encontrado en algunos refugios, le resultó imposible. Decidió que preguntaría a Sax o Nadia sobre el tema cuando regresara a casa y dejó de escuchar.

En la región que atravesaban predominaban los anillos de cráteres; los más recientes se superponían y a veces incluso enterraban a los antiguos,

—A esto se le llama cráteres de saturación; es un terreno muy antiguo.

Un gran número de cráteres no tenían bordes, sólo eran agujeros circulares en el suelo, poco profundos y de fondo llano.

—¿Qué ha pasado con los bordes?

—Se han desgastado.

—¿Qué los ha desgastado?

—Según Ann, el hielo y el viento. Asegura que a lo largo del tiempo las tierras altas del sur perdieron un kilómetro a causa de la erosión.

—¡Pero eso lo arrasaría todo!

—También trajo nuevos materiales. Éste es un terreno muy antiguo. Entre los cráteres la superficie estaba cubierta de rocas sueltas y era increíblemente irregular: había depresiones y pendientes, hondonadas y lomas, zanjas y fosas tectónicas, elevaciones, colinas y valles. Ni un solo centímetro llano, excepto los bordes de los cráteres y algunas crestas bajas, que Coyote utilizaba como carreteras siempre que podía. Pero el sendero que seguía a través de ese paisaje

accidentado era tan tortuoso y complicado que a Nirgal le costaba creer que pudiera memorizarse, y lo dijo en voz alta. Coyote rió.

—¿Qué quieres decir con memorizado? ¡Nos hemos extraviado! Aunque en realidad no se habían extraviado, o al menos no por mucho tiempo. El penacho de una nube termal apareció en el horizonte y Coyote avanzó hacia él.

—Ya lo sabía yo —murmuró—. Ése es el agujero de transición de Vishniac. Se trata de un pozo vertical de un kilómetro de profundidad que llega hasta el lecho de roca. Se empezaron a excavar cuatro agujeros alrededor de la línea de setenta y cinco grados de latitud, pero dos fueron abandonados, ni siquiera quedan los robots. Vishniac es uno de esos dos y un grupo de bogdanovistas se han instalado allí. —Soltó una carcajada.— Muy bien pensado, porque pueden excavar en la pared lateral siguiendo la carretera que lleva al fondo, y ahí abajo pueden generar todo el calor que quieran sin que nadie sospeche que no proviene de la emisión de gases del agujero. Así que pueden hacer cualquier cosa, incluso procesar el uranio para las barras de combustible de los reactores. Se ha convertido en una ciudad industrial y es uno de mis lugares favoritos: organizan unas fiestas estupendas.

Metió el rover en una de las muchas zanjas que cortaban la superficie; luego frenó y tecleó en la pantalla. Una gran roca se abrió a un lado de la zanja, descubriendo un túnel oscuro. Entraron en él y la puerta de piedra se cerró tras ellos. Nirgal creía que ya nada podía sorprenderlo, pero miró con ojos desorbitados mientras avanzaban por el túnel, cuyas paredes rugosas permitían apenas el paso del rover-roca. Parecía no tener fin.

—Han excavado unos cuantos túneles de entrada, y así el agujero parece abandonado. Nos quedan aún unos veinte kilómetros de marcha.

Coyote apagó los faros y el coche avanzó en esas tinieblas color berenjena. Seguían una carretera de pendiente muy pronunciada que parecía bajar en espiral por la pared que bordeaba el agujero. Las luces del panel de instrumentos del rover semejaban linternas diminutas y al mirar a través de su propio reflejo en la ventana Nirgal vio que la carretera era cuatro o cinco veces más ancha que el coche. No alcanzaba a verse toda la extensión del agujero, pero a juzgar por la curva que describía el camino tenía que ser inmenso.

—¿Estás seguro de que vamos a la velocidad adecuada? —le peguntó con ansiedad a Coyote.

—Confío en el piloto automático —contestó Coyote irritado—. No conviene discutir con él.

Después de descender durante más de una hora, el panel de instrumentos emitió un pitido y el coche giró y se arrimó a la pared de roca a su izquierda. Y allí lo tenían, un tubo-garaje que resonó con estrépito metálico al pegarse a la antecámara exterior del coche.

En el garaje fueron recibidos por una veintena de personas. Después de los saludos los guiaron a través de una hilera de recintos altos que daban a una especie de caverna. Las salas que los bogdanovistas habían excavado en el flanco del agujero eran grandes, mucho mayores que las de Prometheus. Las posteriores tenían unos diez metros de altura, y algunas casi doscientos metros de profundidad. Y en cuanto a la caverna principal, rivalizaba con Zigoto en amplitud y tenía grandes ventanales que daban sobre el agujero de transición. Al

mirar de reojo por la ventana, Nirgal advirtió que el cristal visto desde fuera tenía el aspecto de la roca. Además, los revestimientos filtrantes habían sido escogidos con astucia, porque cuando llegó la mañana la luz entró a raudales. Aunque desde las ventanas sólo se veía la pared opuesta del agujero y un giboso fragmento de cielo, los recintos parecían extraordinariamente amplios y luminosos, una sensación que la cúpula de Zigoto nunca podría brindar.

Ese primer día un hombre menudo de piel oscura llamado Hilali tomó a Nirgal a su cuidado y lo llevó por las diferentes salas, interrumpiendo a la gente en sus ocupaciones para presentarlo. Todos lo recibieron con cordialidad.

—Tú tienes que ser uno de los chicos de Hiroko. ¡Ah, eres Nirgal!

¡Encantados de conocerte! ¡Eh, John, ha llegado Coyote, habrá fiesta esta noche!

Lo llevaron a unos recintos más pequeños, detrás de los que daban al agujero, y le mostraron las diferentes actividades: bajo la luz brillante había granjas y fábricas que parecían extenderse hacia el interior de la roca hasta el infinito. En todas partes hacía mucho calor, como si estuviesen en una sauna, y Nirgal no dejaba de sudar.

—¿Qué hacen con la roca que extraen en las excavaciones? —le preguntó a Hilali, porque una de las ventajas de cavar una cúpula bajo el casquete polar era que el hielo extraído simplemente sublimaba, había dicho Hiroko.

—Se ha utilizado para empedrar la carretera cerca del fondo del agujero de transición —le explicó Hilali, complacido por la curiosidad de Nirgal, como los demás. En general, los habitantes de Vishniac parecían felices, una muchedumbre ruidosa que siempre celebraba la llegada de Coyote. Una excusa tan buena como otra, concluyó Nirgal.

Hilali recibió una llamada de Coyote y llevó a Nirgal a un laboratorio, donde le tomaron una muestra de piel del dedo. Entonces regresaron a la caverna sin prisas y se unieron a la gente que hacía cola frente a las ventanas de la cocina, al fondo.

Después de una comida especiada de alubias y patatas empezó la fiesta. Una nutrida e indisciplinada banda de percusión empezó a tocar melodías en staccato y la gente bailó durante horas, deteniéndose de cuando en cuando para beber un licor atroz que llamaban kavajava o para participar en algún juego. Después de probar el kavajava y de tragar la tableta de omegendorfo que le había dado Coyote, Nirgal tocó un rato con la banda y luego se sentó sobre un pequeño montículo herboso en el centro de la cámara sintiéndose demasiado borracho para seguir de pie. Coyote había bebido sin parar pero no tenía ese problema: bailaba salvajemente, con grandes saltos y riendo.

—¡Nunca sabrás lo maravillosa que es tu propia gravedad, muchacho!

—le gritó a Nirgal—. ¡Nunca lo sabrás!

La gente se acercaba y se presentaba. Algunos pedían a Nirgal que les hiciese una demostración de su tacto caliente; un grupo de chicas de su edad insistieron en que les calentara las mejillas, que previamente habían enfriado con el hielo de sus bebidas, y cuando él las calentó ellas rieron y abrieron mucho los ojos y lo invitaron a darles calor en otras partes del cuerpo. En lugar de eso, Nirgal salió a bailar, sintiéndose mareado y torpe, y corrió en pequeños círculos para descargar

un poco de energía. Cuando regresó al montículo, Coyote llegó abriéndose paso entre la multitud y se sentó pesadamente a su lado.

—Es tan fantástico bailar con esta g, nunca me canso de hacerlo. Coyote, las trenzas grises cayéndole sobre la cara, le echó una mirada desenfocada a Nirgal y éste advirtió de nuevo que la cara del hombre parecía de algún modo quebrada, quizá a la altura de la mandíbula, y que una mitad era más ancha que la otra. Algo por el estilo. Se le hizo un nudo en la garganta.

Coyote lo agarró por el hombro y lo sacudió con fuerza.

—¡Por lo visto yo soy tu padre, chico! —exclamó.

—¡Bromeas! —dijo Nirgal.

Un estremecimiento eléctrico le recorrió la espalda y le sonrojó la cara. Se miraron y Nirgal se maravilló de cómo el mundo blanco podía sacudir el mundo verde tan completamente, como el rayo latiendo a través de la carne. Al fin se abrazaron.

—¡No estoy bromeando! —dijo Coyote. Volvieron a mirarse.

—No me extraña que seas tan listo —continuó Coyote, y rió con ganas—. ¡Ja, ja, ¡a! ¡Ka bum! ¡Espero que te parezca bien!

—Pues claro que sí —dijo Nirgal, sonriendo con cierto malestar. No conocía bien a Coyote, y el concepto de padre era para él aún más vago que el de madre. Nirgal no sabía cómo se sentía. Herencia genética, sí,

¿pero qué significaba eso? Todos habían sacado sus genes de algún sitio, y los de los ectógenos eran transgénicos al fin y al cabo, o eso decían.

Pero Coyote, que en ese momento maldecía de cien maneras distintas a Hiroko, parecía contento.

—¡Esa zorra, esa tirana! ¡Matriarcado y un cuerno! ¡Está loca! Me sorprenden las cosas que llega a hacer. Aunque hay una cierta justicia en eso, desde luego que la hay. Porque en el amanecer de los tiempos Hiroko y yo fuimos novios, en nuestra juventud allá en Inglaterra. Ésa es la razón por la que estoy en Marte. Toda mi vida he sido un polizón en el armario de Hiroko. —Rió y le palmeó el hombro a Nirgal.— Bueno, muchacho, con el tiempo averiguarás qué tal te sienta la noticia.

Salió a bailar otra vez, y dejó a Nirgal sumido en sus pensamientos. Al mirar los giros de Coyote, Nirgal sacudió la cabeza. No sabía qué pensar; además, en esos momentos pensar le resultaba increíblemente difícil. Sería mejor que bailara o buscase los baños.

Pero allí no tenían baños públicos. Dio varias vueltas alrededor de la pista de baile, haciendo de la carrera un baile, y regresó al montículo. Pronto se le unieron Coyote y un grupo de bogdanovistas.

—Es como ser el padre del Dalai Lama, ¿eh? ¿No te dan un título por eso? — dijo uno.

—¡Vete al cuerno! Como estaba diciendo, Ann asegura que dejaron de excavar los agujeros de transición de la línea de los setenta y cinco grados porque allí la litosfera es más delgada. —Coyote meneó la cabeza con aire profético.— Me propongo ir a uno de esos agujeros fuera de servicio, poner a trabajar a los robots

y ver si excavan tan hondo como para activar un volcán.

Todos rieron, salvo una mujer, que sacudió la cabeza con desaprobación.

—Si lo haces, vendrán aquí a ver lo que pasa. Si estás decidido, sería mejor que fueses hacia el norte y atacases uno de los agujeros de la latitud sesenta, que también están abandonados.

—Pero Ann dice que la litosfera es más gruesa allí.

—Pues claro, pero los agujeros son más profundos también.

Coyote no contestó y la conversación derivó hacia cuestiones más serias, sobre todo las inevitables escaseces o los progresos de la reconstrucción allá en el norte. Sin embargo, al final de esa semana, cuando dejaron Vishniac por un túnel distinto y más largo, enfilaron hacía el norte.

—Todos mis planes tirados por la borda. Es la historia de mi vida, chico.

En la quinta noche de viaje por las accidentadas tierras altas del sur, Coyote aminoró la marcha y rodeó un antiguo cráter cuyo borde estaba casi al nivel de la llanura circundante. Desde una brecha en el borde se alcanzaba a ver un gigantesco agujero circular negro en el suelo arenoso del cráter. Ése debía de ser el aspecto de un agujero de transición visto desde la superficie. Un penacho escarchado flotaba a unos centenares de metros sobre el agujero, como salido del sombrero de un mago. El borde del agujero estaba biselado por una franja de hormigón en forma de embudo que descendía hacia el fondo en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Era difícil precisar el tamaño real de ese remate, que no parecía sino un estrecha cinta. El filo exterior del bisel estaba protegido por una alta alambrada. Coyote miró pensativamente a través del parabrisas, hizo retroceder el vehículo y lo aparcó al abrigo del desfiladero. Luego se puso un traje.

—Volveré pronto —dijo, y saltó a la antecámara.

La noche fue larga y angustiosa para Nirgal. Apenas durmió, y ya empezaba a preocuparse cuando Coyote apareció al fin en la antecámara exterior del rover-roca, alrededor de las siete de la mañana. Era evidente que estaba de un humor de perros. Coyote se pasó todo aquel día enfrascado en una conferencia con su IA, soltando exabruptos, ajeno a su joven y hambriento compañero. Nirgal tomó la iniciativa y calentó comida para los dos, y después descabezó un sueño intranquilo. Despertó cuando el vehículo echó a andar con una sacudida.

—Voy a intentar atravesar el portón —dijo Coyote—. Ésa es toda la seguridad que tiene el agujero. Una noche más y lo conseguiremos.

Rodeó el cráter y aparcó del otro lado, y al anochecer volvió a partir a pie.

Estuvo ausente toda la noche, y de nuevo Nirgal no pudo dormir,

preguntándose que haría si Coyote no volvía.

Al alba aún no había regresado. Aquél fue el día más largo de su vida. Nirgal no sabía que hacer: ¿debía intentar rescatar a Coyote, o era mejor regresar a Zigoto o Vishniac, o tal vez bajar al agujero de transición y entregarse al misterioso sistema de seguridad que se había tragado a Coyote? Todas las opciones parecían imposibles.

Una hora después de la puesta de sol, Coyote dio unos golpecitos en la antecámara y entró con expresión furiosa. Se bebió todo un litro de agua y buena parte de otro, y resopló con disgusto.

—Larguémonos de aquí —dijo.

Después de dos horas de viaje silencioso, a Nirgal se le ocurrió abordar otro tema, y dijo:

—Coyote, ¿cuánto tiempo crees que tendremos que estar escondidos?

—¡No me llames Coyote! Yo no soy el Coyote. El Coyote vagabundea libre en las colinas, y respira aire y hace lo que le viene en gana, el bastardo. Mi nombre es *Desmana,* así que llámame Desmond,

¿comprendido?

—De acuerdo —dijo Nirgal, asustado.

—Y en cuanto al tiempo que tendremos que pasar escondidos, creo que será para siempre.

Siguieron viaje hacia el sur, hacia el agujero de transición de Rayleigh, adonde Coyote (la verdad es que no tenía aspecto de ser un Desmond) había pensado ir desde el principio. Estaba completamente abandonado; no era más que un agujero oscuro en las tierras altas, y el penacho termal flotaba en el aire como el fantasma de un monumento. Podrían aparcar sin trabas en el garaje vacío y cubierto de arena del borde, entre una pequeña flota de vehículos robóticos amortajados con lona alquitranada y montones de arena.

—Esto está mucho mejor —murmuró Coyote—. Ven conmigo, echaremos un vistazo. Vamos, métete en el traje.

Era una sensación curiosa la de estar fuera, expuesto al viento, en el filo de esa brecha inmensa en medio de las cosas. Se asomaron por un pretil que les llegaba al pecho, pero sólo alcanzaron a ver el bisel de hormigón que bordeaba el agujero y caía en ángulo unos doscientos metros. Para ver el pozo tuvieron que bajar casi un kilómetro por una carretera curva excavada en el hormigón.

Una vez abajo, se asomaron y estudiaron la negrura. Coyote estaba de pie justo en el borde, y eso ponía nervioso a Nirgal. Él se puso a gatas para mirar. No parecía tener fondo, como si mirasen el centro del planeta.

—Veinte kilómetros —dijo Coyote por el intercomunicador. Extendió una mano sobre el abismo y Nirgal lo imitó; se percibía la corriente ascendente—. Bien, a ver si podemos activar los robots —dijo, y desanduvieron el camino.

Coyote había pasado horas estudiando viejos programas en su IA. Después de bombear el peróxido de hidrógeno del rover a dos de los mastodontes robóticos del aparcamiento, empezó a manipular los paneles de control. Cuando terminó, observaron las dos máquinas, cuyas ruedas eran cuatro veces más altas que las

del vehículo de Coyote, hasta que desaparecieron por la curva de la carretera, rumbo al fondo del agujero.

—Estupendo —dijo Coyote, el buen humor recuperado—. Emplearán la energía de sus paneles solares para procesar los explosivos de peróxido y el combustible que necesitan, y trabajarán sin prisa pero sin pausa hasta que den con algo caliente. ¡Es posible que hayamos activado un volcán!

—¿Y eso es bueno?

Coyote soltó una risa salvaje.

—¡No lo sé! Pero nadie lo ha hecho antes, y ésa es una buena razón para intentarlo.

Retomaron la vieja rutina de viaje: visitaban los diferentes refugios, ocultos o al descubierto, y allá donde estuvieran Coyote proclamaba:

—La semana pasada reanudamos la actividad del agujero de transición de Rayleigh. ¿Todavía no habéis visto ningún volcán?

No, nadie había visto nada. Rayleigh se comportaba como de costumbre, y el penacho termal no parecía alterado.

—Bueno, tal vez no haya funcionado —decía entonces Coyote—. Seguramente es cuestión de tiempo. Aunque, por otra parte, si el suelo de ese agujero es ahora de lava líquida, ¿cómo saberlo?

—Nosotros podríamos —contestaba uno, y otros replicaban—: ¿Por qué harías una cosa tan estúpida? Podrías llamar a la Autoridad Transitoria y decirles que echen un vistazo.

Así que Coyote no volvió *a* mencionar el tema. Continuaron bajando de un refugio a otro en ruta hacia el sur: Mauss Hyde, Gramsci, Salientes, Christianopolis… En todos Nirgal era bien acogido, y muchos ya habían oído hablar de él. La variedad y el número de refugios que integraban ese extraño mundo, a medias secreto, a medias expuesto, lo impresionaban. Y ese mundo era sólo una pequeña parte de la civilización marciana. ¿Cómo serían las ciudades en la superficie en el norte lejano? Aquello parecía exceder su capacidad de comprensión, que por otro lado no dejaba de ampliarse a medida que el viaje le descubría nuevas maravillas. Después de todo, uno no podía explotar de asombro.

—Bueno —dijo Coyote—, tal vez hayamos activado un volcán o tal vez no. Pero era una idea nueva en todo caso. Eso es lo mejor de este proyecto marciano. Que todo es *nuevo.*

Coyote había enseñado a conducir a Nirgal y se alternaban al volante. Luego de algunas jornadas de marcha, la muralla fantasmal del casquete polar se perfiló en el horizonte. Muy pronto estarían en casa.

Nirgal pensó en todos los refugios que habían visitado.

—¿De verdad crees que tendremos que ocultarnos siempre, Desmond?

—¿Desmond? ¿Desmond? ¿Quién es Desmond? —Coyote resopló.— Ah,

chico, no lo sé. Nadie lo sabe con certeza. Los que se ocultan se vieron empujados a hacerlo en unos tiempos extraños, cuando su forma de vida se vio amenazada, y no estoy tan seguro de que ése sea el caso en las ciudades de la superficie que están construyendo en el norte. Los amos de la Tierra aprendieron la lección, parece, y la gente de esas ciudades vive con más comodidad. O tal vez, sencillamente, todavía no han reemplazado el ascensor espacial.

—¿Eso quiere decir que no habrá otra revolución?

—No lo sé.

—¿O al menos no hasta que haya un nuevo ascensor?

—¡No lo sé! Pero pronto habrá un ascensor, y están construyendo unos espejos inmensos en el cielo, o alrededor del sol; a veces puedes verlos brillando por la noche. Puede ocurrir cualquier cosa, supongo. Aunque las revoluciones son raras. Y muchas son reaccionarias en esencia. Verás, los campesinos tienen una tradición, unos valores y hábitos que les permiten seguir adelante. Pero viven tan cerca del límite que un cambio brusco puede arrojarlos al abismo, y en ese caso ya no es una cuestión política, sino de supervivencia. Cuando yo tenía tu edad eso ocurrió muchas veces. Pero la gente que enviaron aquí no era pobre, aunque tenía sus propias tradiciones, y como los pobres, tampoco tenía poder. Cuando se produjo la emigración masiva de la década del cincuenta, la tradición fue arrasada y ellos pelearon entonces por conservar lo que tenían. Y perdieron. No se puede luchar contra los poderes establecidos, sobre todo aquí, porque las armas son demasiado poderosas y nuestros refugios demasiado frágiles. Tendríamos que armarnos hasta los dientes o utilizar una estrategia alternativa. Por eso nos escondemos, *y* mientras tanto ellos están inundando Marte con una población de otro tipo: gente que ha soportado unas condiciones de vida tan duras en la Tierra que las de aquí no les parecen tan malas. Además, tienen asegurado el tratamiento gerontológico: la felicidad completa. Ya no se ve a tantos tratando de alcanzar los refugios del sur como en los años anteriores al sesenta y uno. Algunos lo intentan, pero no muchos. Mientras disfruten de sus diversiones, de su pequeña tradición propia, no moverán un dedo.

—Pero... —empezó a decir Nirgal vacilante. Al ver su expresión Coyote se echó a reír.

—¡Hey! ¿Quién sabe? Muy pronto colocarán en posición un nuevo ascensor en el Monte Pavonis, y es muy probable que empiecen a apretar las tuercas otra vez, como los codiciosos bastardos que son. Y a vosotros, jovencitos, quizá no os interese que la Tierra lleve la voz cantante aquí. Cuando llegue el momento, ya veremos. Mientras tanto, nos divertimos. Y mantenemos la llama encendida.

Esa noche Coyote detuvo el rover y le dijo a Nirgal que se pusiese el traje. Salieron y Coyote le dijo:

—Mira hacia el norte.

Nirgal volvió la cabeza. Mientras miraba, una nueva estrella apareció sobre el horizonte boreal, y en unos instantes se transformó en un cometa de larga cola que volaba de oeste a este. Cuando había recorrido la mitad del cielo, la brillante cabeza del cometa estalló y los fragmentos se dispersaron en todas direcciones, blanco sobre negro.

—¡Un asteroide de hielo! —exclamó Nirgal.

—¿Es que no hay nada que te sorprenda, muchacho? —rezongó Coyote—. Pues te diré una cosa que no sabes: ése era el asteroide 2089

C. Ha sido el primero en estallar. Lo hicieron a propósito. Si los hacen explotar cuando entran en la atmósfera, pueden utilizar asteroides más grandes sin poner en peligro la superficie. ¡Y fue idea mía! Yo fui quien les sugirió que lo hicieran. Dejé una nota anónima en la IA del Asentamiento de Greg, cuando estuve allí urgando en el sistema de comunicaciones, y les gustó. A partir de ahora lo harán siempre así, uno o dos en cada estación. Eso espesará la atmósfera bastante deprisa. Mira cómo titilan las estrellas. En la Tierra lo hacían todas las noches. Ah, chico... Algún día también será así aquí. Respirarás el aire como un pájaro en el cielo. Quizás eso nos ayude a cambiar el orden de las cosas. Nunca se sabe.

Nirgal cerró los ojos y unas manchas luminosas bailaron ante sus párpados, como las chispas del cometa. Meteoritos que parecían fuegos de artificio, agujeros que penetraban en el manto, volcanes... Se dio vuelta y vio a Coyote saltando por la planicie, menudo y delgado, el casco extrañamente grande sobre la cabeza, como si fuese un mutante, o un chamán que llevaba la cabeza de un animal sagrado y ejecutaba una danza de transformación sobre la arena. Aquél era el Coyote, no cabía duda. ¡Y era su padre!

Habían circunnavegado el mundo, aunque en el extremo meridional. El casquete polar apareció en el horizonte y creció y creció, y al fin estuvieron bajo el saliente de hielo, que ya no le pareció tan enorme como al comienzo del viaje. A la vuelta de esa masa helada estaba el hogar. Una vez en el hangar salieron del pequeño rover-roca que Nirgal había llegado a conocer tan bien en esas dos últimas semanas, cruzaron las antecámaras y avanzaron por el largo túnel que llevaba a la cúpula con pasos rígidos. Y de pronto se encontraron rodeados de rostros familiares, y los abrazaban y acariciaban y les hacían mil preguntas. Nirgal se retrajo con timidez, pero no tenía necesidad de hacerlo; Coyote contó todas las historias y Nirgal sólo tuvo que reír y negar su responsabilidad en los hechos. Mirando más allá de su familia, Nirgal advirtió lo reducido que era el pequeño mundo en el que habitaban: la cúpula tenía menos de cinco kilómetros de ancho y doscientos cincuenta metros de altura sobre el lago. Un mundo minúsculo.

Cuando el recibimiento terminó, Nirgal paseó inmerso en la incandescencia de la mañana temprana, sintiendo la estimulante mordedura del aire frío y contemplando los edificios y los bosques de bambúes de la aldea, acurrucada en su nido de colinas y árboles. Todo le parecía pequeño y extraño. Paseó por las dunas y se acercó a la casita de Hiroko; las gaviotas revoloteaban en lo alto y él se detenía a menudo y miraba. Aspiró el aroma a sal y algas que subía de la playa y esa familiar percepción desató en él un millón de recuerdos simultáneos, y supo al fin que había regresado al hogar.

Pero el hogar había cambiado. O había cambiado él. El intento de salvar a Simón y el viaje con Coyote habían transformado su vida. Sí, había vivido las fantásticas aventuras que tanto había anhelado, pero con ello sólo había conseguido ser un exiliado para el grupo. Jackie y Harmakhis estaban mas unidos que nunca y actuaban como un escudo entre él y los jóvenes sansei. Nirgal se dio cuenta de que en realidad nunca había querido ser diferente. Su único deseo era reintegrarse a la intimidad de la pequeña pandilla y ser uno con sus hermanos.

Pero cuando se acercaba, todos callaban, después de los contactos más torpes que pudieran imaginarse, y Harmakhis se los llevaba. Y a él sólo le quedaba regresar con los adultos, que empezaron a dejarlo pasar las tardes con ellos como cosa normal. Quizá la intención era ahorrarle los desaires de sus compañeros, pero con ello lo marcaban aún más. No había solución. Cierto día, mientras paseaba por la playa envuelto en la luz gris del atardecer otoñal, sintiéndose muy desgraciado, se le ocurrió que su infancia había terminado. Ahora era otra cosa, ni adulto ni chiquillo, un ser solitario, un extranjero en su propia tierra. Y a pesar de la sensación de profunda melancolía, el descubrimiento le proporcionó también un extraño consuelo.

Cierto día, después de comer, Jackie se quedó en el aula con Nirgal e Hiroko, la maestra del día, y le pidió que la incluyera en la clase de la tarde.

—¿Por qué habrías de enseñarle a él y no a mí?

—No hay razón —declaró Hiroko impasible—. Quédate si quieres. Sacad los atriles y poned en pantalla Ingeniería Termal, página mil cinco. Tomaremos como modelo Zigoto. Decidme, ¿cuál es el punto más caliente bajo la cúpula?

Nirgal y Jackie atacaron el problema, compitiendo y sin embargo unidos. Él se sentía tan feliz por la presencia de Jackie que casi olvidó el problema, y ella levantó el dedo antes de que Nirgal tuviese tiempo de organizar los datos. Jackie se rió de él, desdeñosa, pero también satisfecha. A pesar de todos los cambios que se habían operado en ambos, Jackie conservaba aún aquella alegría contagiosa y risueña de la que era tan duro verse excluido.

—Ahora os plantearé un problema para el próximo día —les dijo Hiroko—. Todos los nombres de Marte en la areofanía son nombres dados por los terranos. Casi la mitad de ellos significan *estrella de fuego* en los idiomas de los que proceden. Pero, con todo, sigue siendo un nombre impuesto desde el exterior. La pregunta es: ¿qué nombre se da Marte a sí mismo?

Unas semanas más tarde Coyote volvió a Zigoto, y Nirgal sintió una curiosa mezcla de alegría e inquietud. Coyote les dio clase una mañana, pero por fortuna no le dispensó un trato especial.

—La Tierra está en horas bajas —les comentó mientras trabajaban en las bombas neumáticas de los tanques de sodio fundido del Rickover—, y la situación empeorará. Por tanto el control que los terranos tienen sobre Marte es aún más peligroso para nosotros. Tenemos que permanecer ocultos hasta que nos hayamos librado del yugo, y mantenernos al margen mientras ellos se hunden en

la locura y el caos. Recordad mis palabras, son una profecía tan verdadera como la verdad.

—Eso no es lo que decía John Boone —declaró Jackie.

Ella pasaba mucho tiempo explorando la IA de John Boone. En ese momento se la sacó del bolsillo, buscó con rapidez el pasaje y una voz cordial en la IA dijo: «Marte nunca estará verdaderamente a salvo hasta que la Tierra lo esté también».

Coyote soltó una risa estridente.

—Sí, bien, John Boone era así. Pero observa que él está muerto, mientras que yo sigo aquí.

—Cualquiera puede esconderse —replicó Jackie con acritud—. Pero John Boone salió afuera y guió a los demás. Por eso soy booneana.

—¡Tú eres una Boone y una booneana! —exclamó Coyote, provocándola—. Y el álgebra booneana nunca funcionó. Pero mira, muchacha, si quieres ser booneana tendrás que comprender a tu abuelo un poco mejor. No puedes convertir a John Boone en una especie de dogma sin traicionar lo que él era. He visto a otros entendidos booneanos y sé bien cómo actúan. Me dan risa cuando no me hacen echar espumarajos de rabia. Porque verás, si John Boone te conociera y hablara contigo sólo una hora, al final sería un jackista. Y si hablara con Harmakhis, se convertiría en harmakhista, quizás hasta se haría maoista. Ésa era su manera de ser, y era buena, ¿sabes?, porque de ese modo obligaba a los demás a pensar y a asumir responsabilidades. Nos forzaba a contribuir, porque sin nuestra contribución Boone no podía hacer nada. Su lema no era «todo el mundo puede hacerlo», sino «todo el mundo debe hacerlo».

—Incluyendo a la gente de la Tierra —replicó Jackie.

—¡Otra respuesta aguda no, por favor! —suplicó Coyote—. Oh, jovencita, abandona a esos niños y cásate conmigo. Beso igual que esta bomba neumática. Anda, acércate y te haré una demostración.

Sacudió la bomba y Jackie lo empujó y echó a correr. Ahora era la corredora más rápida de Zigoto; ni siquiera Nirgal con su resistencia podía competir con ella, y los chicos rieron cuando Coyote saltó tras ella. A pesar de la edad, era bastante veloz. Gruñendo y resoplando, se volvió y empezó a perseguirlos a todos. Acabó debajo de una pila de niños, gritando:

—¡Oh, mi pobre pierna! ¡Me las pagaréis! ¡Estáis celosos porque voy a birlaros a vuestra chica! ¡Basta, basta!

Ese tipo de bromas incomodaban a Nirgal e Hiroko las desaprobaba. Con una expresión severa, ella conminó a Coyote a detener el juego, pero él se rió en su cara.

—Fuiste tú quien convirtió esto en un pequeño campamento de incesto —le dijo—. ¿Qué piensas hacer, castrarlos? —El rostro de Hiroko se ensombreció aún más.— Muy pronto tendrás que renunciar a ellos y soltarlos. Y puede que entonces yo me quede con alguno.

Hiroko lo despidió, y muy pronto él emprendió un nuevo viaje. La siguiente vez que Hiroko les dio clase, los llevó a los baños y todos se sentaron a los pies de ella en el agua poco profunda y humeante mientras hablaba. Nirgal se sentó cerca del cuerpo desnudo y esbelto de Jackie, tan familiar para él a pesar de los

cambios dramáticos que había experimentado el año anterior, y descubrió que no podía mirarla.

—Todos vosotros sabéis cómo funciona la genética, yo misma os lo he enseñado —dijo su anciana madre desnuda—. Y también sabéis que muchos sois medio hermanos, tíos, sobrinos y primos. Yo soy la madre o la abuela de buena parte de vosotros. Por consiguiente, no debéis tener hijos entre vosotros. Es así de sencillo, una simple ley de la genética.

Alzó una mano, mostrando la palma, como diciendo «Éste es nuestro cuerpo compartido».

—Pero todas las criaturas vivientes están impregnadas de viriditas —

continuó—, la fuerza verde que empuja para salir al exterior. Y por eso es normal que os améis los unos a los otros, sobre todo ahora que vuestros cuerpos están floreciendo. No hay nada malo en ello, a pesar de lo que diga Coyote. Sólo está bromeando. Sin embargo, en una cosa tiene razón: muy pronto conoceréis a otros jóvenes de vuestra edad, que con el tiempo se convertirán en vuestras parejas y compartirán la paternidad de vuestros hijos, y que estarán más cerca de vosotros que los miembros del clan incluso, a quienes conocéis demasiado bien para amarlos como a un ser distinto. Aquí todos formamos parte de un mismo ser, y el amor verdadero va siempre dirigido a otro ser.

Nirgal no apartaba los ojos de su madre, y sin embargo supo el momento exacto en que Jackie había cruzado las piernas, percibió el cambio ínfimo de la temperatura del agua que se arremolinaba entre ellas. Y se le ocurrió que su madre se equivocaba en parte. Aunque conocía muy bien el cuerpo de Jackie, ella seguía estando en muchos aspectos tan distante como una estrella, brillante e imperiosa en el cielo. Ella era la reina de la pequeña banda, y podía aplastarlo con una mirada si quería; de hecho lo hacía con frecuencia a pesar de que él llevaba toda la vida estudiando los estados de ánimo de ella. Ésa era toda la alteridad que él deseaba. Y estaba seguro de quererla. Sin embargo, ella no lo amaba, al menos no de la misma forma. Ni tampoco amaba así a Harmakhis, pensó Nirgal, lo que era un pequeño consuelo. Era a Peter a quien ella miraba con esa clase de amor, pero él estaba casi siempre fuera. Por tanto, no había nadie en Zigoto a quien ella amase como Nirgal la amaba. Quizá para Jackie las cosas eran como había dicho Hiroko, y Harmakhis y Nirgal y los demás eran demasiado conocidos. Y para ella sólo eran hermanos, a pesar de los genes.

Un día, el cielo se cayó de verdad. Toda la parte superior de la capa de hielo de agua se resquebrajó y se separó del hielo carbónico, y se desplomó sobre el lago, la playa y las dunas. Por fortuna, sucedió a primera hora de la mañana, cuando nadie había salido. Pero en la aldea los primeros estampidos y crujidos sonaron como explosiones y todos se precipitaron a las ventanas y presenciaron el desprendimiento; las gigantescas placas de hielo caían como bombas o girando como lascas, y el agua del lago saltaba y arremetía contra las dunas. La gente salió apresuradamente de las habitaciones, y en medio del ruido y el pánico

Hiroko y Maya reunieron a los niños en la escuela, que disponía de un sistema de ventilación autónomo. Después de unos minutos pareció que la cúpula resistiría, y Peter, Michel y Nadia, sorteando escombros y pedazos de hielo, rodearon el lago para ir a comprobar el estado del Rickover. Si había sufrido daños, sería una misión mortal para ellos, y los demás estarían en peligro de muerte. Desde la ventana de la escuela Nirgal alcanzaba a ver la orilla opuesta del lago, cuajada de icebergs. Los graznidos de las gaviotas llenaban el aire y había un gran revuelo de plumas. Las tres figuras serpentearon por el estrecho sendero elevado que nacía en la base de la cúpula y desaparecieron en el interior del Rickover. Jackie se mordía los nudillos, nerviosa. Poco después los expedicionarios informaron por teléfono de que todo estaba en orden. El hielo sobre el reactor estaba sostenido por una red metálica muy densa y había resistido.

Estaban a salvo, por el momento. No obstante, en los días que siguieron la pequeña aldea vivió sumida en una angustiosa incertidumbre. La investigación reveló que la masa de hielo seco sobre ellos se había pandeado ligeramente y por eso la capa de hielo de agua se había cuarteado y desprendido de la red metálica. Al parecer, la sublimación del hielo exterior se estaba acelerando notablemente a medida que la atmósfera se espesaba y el mundo se calentaba.

Los icebergs del lago se derritieron lentamente, pero las placas de hielo que habían caído sobre las dunas permanecieron allí toda la semana, derritiéndose aún más despacio. Los niños ya no podían bajar a la playa, porque no se sabía si lo que quedaba de la capa de hielo era estable.

En la décima noche después del accidente los doscientos habitantes de la aldea se reunieron en el comedor. Nirgal miró su pequeña tribu reunida: los sansei parecían asustados; los nisei desafiantes; los issei, aturdidos. Los más viejos llevaban catorce años marcianos viviendo en Zigoto, y era evidente que les resultaba muy difícil recordar una forma de vida que no fuera ésa. Para los niños, que no habían conocido otra cosa, era imposible.

No era necesario señalar que nadie entraría en el mundo de la superficie. Pero la cúpula amenazaba hundirse y eran un grupo demasiado numeroso para pedir asilo en otros refugios. Separándose resolverían el problema, pero no era una solución que los alegrara.

Discutieron durante una hora antes de resumir la situación en esos términos.

—Podemos intentarlo en Vishniac —dijo Michel—. Es grande y seremos bien recibidos.

Pero Vishniac era el hogar de los bogdanovistas, no el suyo. Eso era lo que se leía en las caras de los mayores. Nirgal pensó que eran ellos los que tenían más miedo.

—Podemos mudarnos hielo adentro —propuso. Todos lo miraron.

—¿Te refieres a fundir una nueva cúpula? —preguntó Hiroko con interés.

Nirgal se encogió de hombros. Después de proponerla, se dieron cuenta de que la idea le desagradaba.

—El casquete es más grueso hacia el interior —dijo Nadia—. Pasará mucho tiempo antes de que se sublime lo suficiente como para preocuparnos. Y para entonces todo habrá cambiado.

—Es una buena idea —dijo Hiroko tras un corto silencio—, Podemos continuar aquí mientras fundimos una nueva cúpula, e ir trasladando las cosas a medida que haya espacio disponible. Sólo tardaremos unos meses.

—*Shikata ga nai* —dijo Maya con ironía.

No hay otra elección. Por supuesto que había elección. Pero ella parecía satisfecha con la perspectiva de un nuevo proyecto, y también Nadia. Y los otros parecían aliviados por tener la oportunidad de permanecer juntos y escondidos. Los issei, comprendió Nirgal de pronto, temían quedar al descubierto. Se reclinó en la silla, pensativo, y recordó las ciudades abiertas que había visitado con Coyote.

Emplearon mangueras de vapor alimentadas por el Rickover para abrir dos túneles, uno hacia el hangar y otro, más largo, que se adentraba en el casquete, hasta que la capa de hielo sobre él alcanzó los trescientos metros de grosor. Después empezaron a sublimar una nueva caverna de cúpula circular y excavaron el lecho de lago poco profundo. La mayor parte del CO_2 fue capturado, refrigerado a la temperatura exterior y liberado. Separaron el oxígeno y el carbono del resto y lo almacenaron.

Arrancaron de raíz los grandes bambúes de la nieve y los transportaron en camión hasta la nueva caverna, dejando un reguero de hojas a lo largo del túnel. Desmontaron los edificios de la aldea y los volvieron a montar en sus nuevos emplazamientos. Los bulldozer y los camiones robot trabajaron día y noche para cargar la arena de las dunas y transportarla hasta el nuevo hogar: contenía demasiada biomasa (incluyendo a Simón) para dejarla atrás. En verdad, iban a llevarse todo lo que contenía la concha de Zigoto. Cuando las obras concluyeron, la vieja caverna no era más que una burbuja vacía en el corazón del casquete polar, hielo arenoso encima, arena helada debajo, y el aire del interior era la atmósfera marciana, 170 milibares compuestos principalmente de dióxido de carbono a 240 grados Kelvin. Un veneno tenue.

Tiempo después Nirgal acompañó a Peter en una visita a la vieja casa. Se le encogió el corazón al ver el único hogar que había conocido reducido a una simple cáscara: el hielo de la cúpula estaba cuarteado, la arena, desparramada; en el suelo, los agujeros de los cimientos se abrían como heridas horribles; el lecho del lago estaba desnudo, sin algas. El lugar parecía minúsculo y desordenado, la guarida de algún animal desesperado. Topos en un agujero, había dicho Coyote. Escondiéndose de los buitres.

—Vamonos —dijo Peter con tristeza, y caminaron por el largo túnel desnudo y mal iluminado que conducía a la nueva cúpula, el camino de asfalto que Nadia había construido, surcado ahora por mil huellas.

La nueva cúpula tenía una distribución diferente de la primera: la aldea estaba en el lado opuesto a la entrada, cerca de un túnel de emergencia que corría bajo el hielo hasta una salida en la cabecera de Chasma Australis. Los invernaderos se instalaron cerca de las luces de perímetro, y las dunas eran más altas. La maquinaria climatológica estaba justo al lado del Rickover. Los pequeños cambios eran innumerables y evitaban que aquél fuese una réplica del

antiguo hogar. Y había tanto trabajo pendiente que no quedaba tiempo para lamentarse. Los robots versátiles no bastaban. Las clases de la mañana se habían suspendido desde el accidente, y los chicos formaban un equipo de apoyo que trabajaba con quien los necesitase. Algunos adultos intentaban convertir el trabajo en una lección —sobre todo Hiroko y Nadia— pero no había tiempo que perder y además eran trabajos sencillos que no requerían explicación, como apretar los módulos de las paredes con llaves Allen, trasladar planteles y tinajas de algas en los invernaderos, y así por el estilo.

Inmerso en la actividad, Nirgal era feliz la mayor parte del tiempo. Sin embargo, cierto día, al salir de la escuela y ver el edificio del comedor en vez de los grandes troncos del Creciente Guardería, se detuvo como herido por el rayo. El viejo mundo familiar había desaparecido para siempre. Así trabajaba el tiempo. Experimentó una dolorosa sensación de pérdida y se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo aquel día anduvo aturdido y distante, viendo las cosas despojado de toda emoción, aislado como después de la muerte de Simón, exiliado en el mundo blanco más allá del mundo verde. No sabía si alguna vez podría librarse de esa melancolía. Los días de su niñez habían terminado, igual que Zigoto, y nunca volverían. Y ese día terminaría y se borraría también, esa cúpula se sublimaría poco a poco y acabaría por resquebrajarse. Nada perduraría. Entonces, ¿que sentido tenía todo? La pregunta lo atormentaba y le arrebataba el color y el sabor a todas las cosas. Hiroko advirtió su abatimiento y le preguntó qué le ocurría.

—¿Por qué hacemos todo esto, Hiroko? ¿Por qué nos molestamos en hacerlo si al fin todo acaba siendo blanco, sin importar cuánto nos esforcemos? —dijo Nirgal.

Uno podía preguntárselo todo a Hiroko, incluso lo trascendental. Ella lo miró con la cabeza inclinada a un lado, como un pájaro, y Nirgal pensó que aquella postura delataba el afecto que Hiroko sentía por él. No podía asegurarlo, sin embargo: cuanto mayor era, menos entendía a Hiroko y al mundo.

—Es triste que el viejo hogar haya desaparecido —dijo ella—. Pero tenemos que pensar en lo venidero. Eso también es viriditas: concentrarse no en lo que hemos creado, sino en lo que crearemos. La cúpula era como una flor que se marchita y muere, pero que lleva en ella la semilla de una nueva planta, que al crecer da nuevas flores y semillas. El pasado se ha ido, y pensar en el sólo te procurará tristeza. ¡Vaya, hace mucho tiempo yo fui una jovencita en el Japón, en la isla de Hokkaido! ¡Sí, tan joven como tú! Y no puedes imaginar cuánto tiempo hace de eso. Pero aquí estamos ahora, tú y yo, rodeados de estas plantas y estas gentes, si piensas en ellas y en cómo ayudarlas a crecer y medrar otra vez, sientes el *kami* que llena todas las cosas, y eso es todo lo que necesitas. Nosotros sólo podemos vivir el momento.

—¿Y el pasado? Ella rió.

—Vaya, estás creciendo, Nirgal. Bien, tienes que recordar el pasado de cuando en cuando. Fueron años buenos, ¿no es cierto? Tuviste una infancia feliz, y eso es una bendición. Pero también los días que estamos viviendo son buenos.

Se hicieron los preparativos para el viaje con Coyote y continuaron

trabajando en el nuevo Zigoto, al que informalmente habían bautizado Gameto. Por las noches, en el viejo comedor trasladado, los adultos discutían largo y tendido sobre la situación. Sax, Vlad y Ursula, entre otros, querían volver a la superficie. En los refugios ocultos no podían desarrollar su trabajo de investigación de forma adecuada; querían volver a sumergirse en la corriente de la ciencia médica, de la terraformación, de la construcción.

—Nunca podremos disfrazarnos —señaló Hiroko—. Nadie puede cambiarse el genoma.

—No es el genoma lo que tenemos que cambiar, sino los archivos — dijo Sax—. Eso es lo que ha hecho Spencer. Ha introducido sus características físicas en un nuevo archivo de identidad.

—Y le alteramos las facciones con cirugía plástica —dijo Vlad.

—Sí, pero los cambios fueron mínimos debido a la edad. Ninguno de nosotros tiene el mismo aspecto. De todos modos, si se deciden por eso, les daremos nuevas identidades.

—¿De verdad que Spencer entró en *todos* los archivos? —preguntó Maya.

—El se quedó en Cairo —dijo Sax—, y tuvo la oportunidad de entrar en algunos archivos que ahora utilizan los de seguridad, eso bastó. Yo intentaré hacer algo parecido. Esperemos a ver qué dice Coyote sobre el asunto. Él no está en ningún archivo, así que seguramente sabe cómo hacerlo.

—Pero él ha estado escondido desde el principio —dijo Hiroko—. Eso es diferente.

—Es cierto, pero quizá tenga alguna idea.

—Podríamos trasladarnos al demimonde —propuso Nadia—, y permanecer fuera de los archivos. Creo que me decidiré por eso.

Maya asintió.

—Bueno, de todas maneras, un pequeño cambio de apariencia sería aconsejable. Ya sabéis que Phyllis ha vuelto.

—Todavía no puedo creer que hayan sobrevivido. Ella debe de tener nueve vidas.

—En cualquier caso, salimos en muchos noticiarios. Tendrémos que ir con cuidado.

Gameto iba completándose poco a poco. Pero por más que intentó concentrarse en la construcción, en el presente, Nirgal nunca lo sintió como su casa.

Un viajero les trajo la noticia de que Coyote llegaría pronto. A Nirgal se le aceleró el pulso: viajaría otra vez bajo el cielo nocturno cuajado de estrellas, en el rover-roca de Coyote, de refugio en refugio...

Jackie lo observó con una expresión curiosa mientras Nirgal compartía con ella esas sensaciones. Y esa tarde, después de que les dieran permiso en el trabajo, lo llevó hasta las nuevas dunas y lo besó. Cuando recobró el sentido, Nirgal le devolvió la caricia y empezaron a besarse apasionadamente; se

abrazaron con fuerza y el vapor de sus respiraciones les humedeció las caras. Se arrodillaron en la depresión entre dos dunas altas, bajo una pálida neblina, y se tendieron en el nido formado por los abrigos de plumón. Se besaron y acariciaron y se fueron quitando la ropa, creando una envoltura con su propio calor, soltando vapor y quebrando la escarcha de la arena debajo de ellos. Y todo eso sin una palabra, fundiéndose en un ardiente circuito eléctrico, desafiando a Hiroko y al mundo entero. Así que esto es lo que se siente, pensó Nirgal. Bajo los cabellos negros de Jackie los granos de arena centelleaban como joyas, como si encerraran diminutas flores de hielo.

Cuando terminaron, gatearon hasta la cresta de la duna para asegurarse de que no venía nadie, y luego volvieron a su nido y se cubrieron con las ropas para calentarse. Se acurrucaron muy juntos y se besaron voluptuosamente, sin prisa. Jackie lo golpeó en el pecho con la punta del dedo y le dijo:

—Ahora nos pertenecemos el uno al otro.

Nirgal sólo pudo asentir, feliz; besó el largo cuello de la muchacha yenterró la cara en su cabello negro.

—Ahora me perteneces —dijo ella.

Él esperaba sinceramente que fuese cierto. Era lo que siempre había deseado, desde que tenía memoria.

Esa noche, sin embargo, en los baños Jackie se lanzó a la piscina, alcanzó a Harmakhis y lo abrazó estrechamente. Después se apartó un poco y miró a Nirgal con una expresión vacía, los ojos oscuros como pozos. Nirgal se sentó en el fondo poco profundo, sintiéndose helado, el torso rígido como si se preparara para recibir un golpe. Sus testículos aún estaban doloridos por el encuentro amoroso y ahí estaba ella, pegadita a Harmakhis como no lo había estado en meses, y echándole a él una mirada de basilisco.

Una sensación extraña lo recorrió: supo que aquél sería un momento que recordaría el resto de su vida, un momento crucial. Estaban en ese baño humeante y agradable, bajo la mirada de halcón de la hierática Maya, a quien Jackie detestaba con un odio refinado, que los miraba con sospecha. Así eran las cosas. Jackie y Nirgal tal vez se pertenecían el uno al otro; pero él con toda seguridad le pertenecía a ella. Aunque la idea que ella tenía de la pertenencia no coincidía con la suya. Nirgal advirtió que todas sus certezas se desmoronaban. Volvió a mirarla, aturdido, herido, furioso —ella se apretaba contra Harmakhis aún más—, y al fin comprendió: los poseía a los dos. Claro. Y Reull y Steve y Frantz sentían la misma devoción por ella. Quizás era un vestigio del dominio de Jackie sobre la pequeña banda. Tal vez todos formaran parte de su colección. Y era evidente que ahora que Nirgal era una especie de extranjero para ellos, Jackie se sentía más cómoda con Harmakhis. Era un exiliado en su propio hogar y en el corazón de su amada. ¡Si es que ella tenía corazón!

Ignoraba si había algo de verdad en esas impresiones, y no estaba seguro de

querer saberlo. Salió de la piscina y fue a refugiarse en el vestuario de hombres, sintiendo la mirada de Jackie, y también la de Maya, taladrándole la espalda.

Al entrar vio por el rabillo del ojo una cara desconocida en el espejo. Se detuvo y la reconoció: era su propia cara, contraída de angustia.

Se acercó al espejo lentamente, de nuevo con aquella extraña sensación de trascendencia. Estudió la cara, y supo que él no era el centro del universo, ni tampoco su única conciencia, sino una persona corriente, y que los otros lo veían como él a ellos cuando los miraba. Y ese extraño Nirgal del espejo era un apuesto muchacho de cabellos negros y ojos castaños, apasionado, casi el gemelo de Jackie, de gruesas cejas negras y... una mirada peculiar. La energía hormigueó en las puntas de sus dedos y recordó cómo lo miraban todos, y comprendió que él debía de representar para Jackie la misma clase de poder peligroso que ella para él. Y por eso necesitaba mantenerlo a distancia de alguna forma —por ejemplo, utilizando a Harmakhis—, para crear un cierto equilibrio, para afirmar su poder. Para demostrarle que eran una pareja de iguales. Y de súbito, la tensión del torso se aflojó y Nirgal tembló. Esbozo una media sonrisa: era cierto que se pertenecían, pero él seguía siendo él mismo.

Cuando Coyote llegó al fin y le pidió que lo acompañara, Nirgal accedió al instante, agradecido por la oportunidad. Le dolió ver el relámpago de rabia en la cara de Jackie cuando se enteró de la noticia; pero una parte de Nirgal se sintió exultante por su alteridad, por su habilidad para escapar de ella, o al menos para mantener una cierta distancia. Pareja o no, él necesitaba su identidad.

Unas noches más tarde, Coyote, Michel, Peter y él dejaron atrás la mole inmensa del casquete polar y se adentraron en el terreno fracturado, negro bajo el manto de estrellas.

Nirgal miró atrás, el luminoso acantilado blanco, con una mezcla de sentimientos en la que predominaba el alivio. Quizás excavarían cada vez más profundamente en el hielo y vivirían en una cúpula bajo el mismo Polo Sur; y mientras tanto el planeta rojo giraría en el cosmos, libre entre las estrellas. Tuvo la súbita certeza de que él nunca más viviría bajo la cúpula, volvería a ella sólo para visitas cortas. No porque él lo eligiese, sino porque ése era su destino. Una certidumbre como una piedra roja en la mano. En adelante no tendría hogar, no hasta que el planeta entero se convirtiese en su hogar, y conociera cada cráter y cañón, cada planta, cada persona, todo, en el mundo verde y en el mundo blanco. Recordando la tormenta que había visto desde el borde de Promethei Rupes, pensó que aquélla sería una tarea que ocuparía muchas vidas. Tendría que empezar a aprender.

SEGUNDA PARTE

El embajador

Los asteroides con órbita elíptica que cruzan la órbita marciana reciben el nombre de asteroides Amor. (Si cruzan la órbita terrestre se los denomina Troyanos.) En 2088, el asteroide Amor conocido como 2034 B intersectó el curso de Marte unos dieciocho millones de kilómetros detrás del planeta, y un grupo de vehículos de descenso robóticos partieron de la Luna y atracaron en él poco después. El 2034 B era una bola irregular de unos cinco kilómetros de diámetro, con una masa aproximada de quince mil millones de toneladas. Cuando los cohetes aterrizaron, el asteroide se convirtió en Nuevo Clarke.

Los cambios pronto fueron evidentes. Algunas naves se posaron en la superficie polvorienta del asteroide y empezaron a perforar, excavar, triturar, clasificar, transportar. Un reactor nuclear entró en funcionamiento y las varillas de combustible ocuparon su lugar. Se encendieron hornos y las cargadoras robóticas se prepararon para palear. Otras naves abrieron sus bodegas y diversos ingenios robóticos se descolgaron como arañas sobre la superficie y anclaron en las regulares superficies de roca. Las taladradoras actuaron. El polvo se levantó y envolvió el asteroide y volvió a posarse o escapó para siempre. Las naves extendieron tuberías y cables y se ensamblaron unas con otras.

El asteroide estaba formado por condrita carbonoso, y tenia un alto porcentaje de hielo de agua enferma de venas y burbujas en el interior de la roca. No mucho después el complejo de fábricas empezó a producir diferentes materiales con base de carbono y algunos compuestos.

El agua pesada, una parte en cada seis mil del hielo de agua del asteroide, fue separada, y a partir de ella se elaboró deuterio. Se fabricaron las piezas a partir de los compuestos de carbono y se ensamblaron. Aparecieron nuevos robots, hechos en su mayoría empleando la roca del propio Clarke. Y así, a medida que los ordenadores de las naves dirigían la creación del complejo industrial, el número de máquinas fue creciendo.

Después el proceso se simplificó, por algunos años. La fábrica principal de Nuevo Clarke hizo un cable de filamentos de nanotubo de carbono. Los nanotubos estaban formados por cadenas de átomos de carbono, y los enlaces que los mantenían unidos eran los más fuertes que podían elaborar los humanos. Los filamentos sólo tenían unas pocas docenas de metros de longitud, pero estaban agrupados en haces superpuestos que se unían a otros haces hasta que el cable alcanzo nueve metros de diámetro. Las fábricas producían los filamentos y componían los haces con tal facilidad que extraían cable a un ritmo de cuatrocientos metros a la hora, diez kilómetros al día, hora tras hora, día tras día,

año tras año.

Mientras la delgada hebra de luces de carbono salía al espacio, en otra faceta del asteroide otros robots construyeron un conductor de masa, un ingenio que utilizaba el deuterio del agua para proyectar la roca triturada al espacio, a doscientos kilómetros por segundo. Se construyeron también ingenios mas convencionales alrededor del asteroide, y se los abasteció de combustible, a la espera del momento en que actuarían como cohetes de posición. Se construyeron vehículos con grandes ruedas que podían desplazarse a lo largo del cable, cada día más extenso. A medida que el cable salía se le añadían unos pequeños cohetes y maquinaria diversa.

Se activó el conductor de masa. El asteroide empezó a variar su órbita.

Pasaron los años. La nueva órbita del asteroide lo acercó a diez mil kilómetros de Marte y se encendieron los cohetes para permitir que el campo gravitatorio del planeta lo atrapara en una órbita al principio marcadamente elíptica. Los cohetes siguieron encendiéndose y apagándose para regularizar la órbita. Siguió extrayéndose cable. Pasaron los años.

Poco mas de una década después de que las naves robot aterrizaran, el cable tenía unos treinta mil kilómetros de largo. La masa del asteroide era de ocho mil millones de toneladas aproximadamente, la masa del cable, de unos siete mil millones. La órbita elíptica del asteroide tenía una periapsis de cincuenta mil kilómetros. Todos los cohetes y conductores de masa de Nuevo Clarke y del cable se pusieron en funcionamiento, algunos de forma continua y la mayoría intermitentemente. Uno de los ordenadores más poderosos jamás creados empezó a *funcionar en una de las naves para coordinar los datos de los sensores y determinar qué cohetes tenían que encenderse. El cable, que apuntaba hacia el espacio, empezó a girar hacia Marte con la precisión y delicadeza de un reloj. La órbita del asteroide se hizo más regular.*

Otras naves aterrizaron en Nuevo Clarke, y los robots que transportaban iniciaron la construcción de un puerto espacial. El extremo del cable descendió hacia Marte y los cálculos del ordenador alcanzaron una complejidad casi metafísica. La danza gravitatoria del asteroide y el cable con el planeta se hizo aún más precisa, al compás de una música de ritmo cada vez más pausado; a medida que el cable se aproximaba a su posición definitiva, sus movimientos eran más lentos. Si alguien hubiese podido contemplar este espectáculo en toda su extensión, le habría parecido una espectacular demostración física de la paradoja de Zenón, según la cual el corredor se acerca a la meta dividiendo infinitamente la distancia que le queda por cubrir... Pero nadie presenció el espectáculo completo, porque no existía un testigo dotado de los sentidos necesarios para ello. A distancia, el cable podía parecer mucho más fino que un cabello humano, y por tanto sólo eran visibles algunas porciones. Tal vez el ordenador que lo guiaba tenía una visión global de la extensión del cable. Pero para los observadores en la superficie de Marte, en la ciudad de Sheffield, en el volcán Pavonis Mons (la Montaña del Pavo Real), el cable hizo su primera aparición como un pequeño cohete que descendía con un delgado cable guía sujeto a él; como si algún dios allá en el universo hubiese arrojado un delgado sedal de pesca con un anzuelo en su extremo. Desde esta perspectiva de fondo oceánico, el cable en sí siguió al cabo guía hacia el inmenso bunker de hormigón situado al este de Sheffield con una lentitud casi dolorosa, y muchos simplemente dejaron de prestar atención a ese negro trazo

vertical en la atmósfera superior.

Sin embargo, llegó el día en que el extremo inferior del cable, con los cohetes encendidos para mantener la posición en medio del viento racheado, entró en el agujero del techo del bunker de hormigón y quedó anclado en el anillo. Ahora la porción de cable por debajo del punto geosincrónico, estaba atrapada por la gravedad marciana; la porción por encima del punto areosincrónico trataba de seguir a Nuevo Clarke en un vuelo centrífugo que lo alejaría del planeta, y los filamentos de carbono del cable soportaban esa tensión; todo el dispositivo rotaba a la misma velocidad que el planeta, anclado sobre el Monte Pavonis y con una ligera oscilación que le permitía esquivar a Deimos. Y todo estaba controlado por el gran ordenador de Nuevo Clarke y la inmensa batería de cohetes desplegada sobre la hebra de carbono.

El ascensor había regresado. Las cabinas subían desde Pavonis y bajaban desde Nuevo Clarke, proporcionando un contrapeso que reducía enormemente la energía necesaria para ambas operaciones. Las naves espaciales se aproximaban al puerto espacial de Nuevo Clarke, y cuando partían aprovechaban el efecto honda del asteroide. El pozo de gravedad de Marte se mitigó así de forma sustancial, y el intercambio con la Tierra y el resto del sistema solar se abarató. Era como si se hubiera vuelto a conectar un cordón umbilical.

Estaba inmerso en una vida perfectamente ordinaria cuando lo reclutaron y lo enviaron a Marte.

La citación llegó en un fax al apartamento que había alquilado un mes antes, cuando él y su mujer habían decidido separarse provisionalmente. El fax era breve: *Estimado Arthur Randolph: William Fort le invita a asistir a un seminario privado. El avión saldrá del aeropuerto de San Francisco el día 22 de febrero de 2101, a las 9 A.M.*

Art miró el papel sorprendido. William Fort era el fundador de Praxis, la transnacional que había adquirido la compañía de Art unos años antes. Fort era muy anciano, y se decía que ahora su cargo en la transnacional era honorario. Sin embargo seguía organizando seminarios privados que eran toda una leyenda, aunque se sabía muy poco de ellos. Los rumores decían que Fort invitaba a personal de las compañías subsidiarias, los reunía en San Francisco y, una vez allí, un avión privado los llevaba a un lugar secreto. Nadie sabía lo que ocurría en esos seminarios. Por lo general, los asistentes eran transferidos a otros lugares, y de no ser así mantenían la boca tan cerrada que daba que pensar. Un asunto muy misterioso.

La invitación lo dejó perplejo, y a pesar de la aprensión, se sintió muy complacido. Dumpmines, la empresa de la que Art era cofundador y director

técnico, y que se dedicaba a escarbar en antiguos vertederos para recuperar y procesar materiales útiles fechados en épocas más prósperas, había sido adquirida por Fort inesperadamente. Una sorpresa agradable, sin embargo, los empleados de la firma pequeña que era Dumpmines pasaron a ser miembros de una de las organizaciones más ricas del mundo; recibieron acciones, el derecho a voto en la empresa, la libertad para utilizar todos sus recursos. Era como si los hubiesen armado caballeros.

Art ciertamente se alegró, y su mujer también, pero ella mostró un talante elegiaco desde el primer momento. Mitsubishi la había contratado para su departamento de dirección, y las grandes transnacionales, dijo ella, eran como mundos separados. Trabajando los dos para diferentes transnac, era inevitable que se distanciaran aún más. Ya no se necesitaban para conseguir el tratamiento de longevidad, porque las transnac lo proporcionaban con más garantías que el gobierno. Así que era como si viajaran en barcos distintos, dijo ella, que zarpaban de San Francisco con diferentes destinos. Como barcos que se cruzaban en la noche, en realidad.

Art pensaba que habrían podido mantener el contacto entre los dos barcos sí no fuera porque su mujer estaba demasiado interesada en uno de sus compañeros de viaje, uno de los vicepresidentes de Mitsubishi, encargado de la expansión en el Pacífico este. Pero Art fue incluido en el programa de arbitraje de Praxis casi en seguida, y empezó a viajar con frecuencia para tomar clases o arbitrar en las disputas entre pequeñas subsidiarias de Praxis que se dedicaban a la recuperación de recursos, y cuando estaba en San Francisco raras veces coincidía con Sharon. Los barcos de ambos estaban cada vez más distanciados y ya no podían oír sus voces, había dicho ella, y él se encontraba demasiado desmoralizado para rebatir sus afirmaciones. Siguiendo la sugerencia de Sharon, poco después se mudó. Podía decirse que le había dado la patada.

Mientras releía el fax por cuarta vez, se restregó el mentón moreno y sin afeitar. Art era un hombre de constitución robusta y andar desgarbado. Su mujer sostenía que era «patoso», pero él prefería la definición de su secretaria en Dumpmines: «andares de oso». En verdad tenía algo del aire torpe y pesado de un oso, y también la sorprendente rapidez y fuerza de ese animal. Había jugado como defensa en la Universidad de Washington, y aunque era de carrera lenta, sus intervenciones eran decisivas y no había forma de derribarlo. Lo apodaban el Hombre Oso, y pocos se atrevían a intentar un placaje con él.

Se licenció en ingeniería y fue a trabajar a los campos petrolíferos de Irán y Georgia. Durante el tiempo que pasó allí perfeccionó varios procedimientos que permitían extraer el petróleo de esquistos bituminosos extremadamente marginales. Se doctoro en la Universidad de Teherán y luego se trasladó a California, donde se asoció con un amigo en una empresa que fabricaba el oxigeno de inmersión empleado en las plataformas petrolíferas de alta mar. Ese tipo de prospección se realizaba cada vez a mayor profundidad a medida que los depósitos más accesibles se agotaban. Durante esa etapa Art realizó una serie de mejoras tanto en sus equipos de inmersión como en las perforadoras submarinas. Pero un par de años pasados en las cámaras de descompresión sobre la plataforma continental fueron suficientes para él. Vendió las acciones a su socio y volvió a su incesante peregrinar. En rápida sucesión fundó una compañía de construcción de habitáts para climas fríos, trabajó para una firma de paneles solares y construyó torres de lanzamiento de cohetes. Disfrutaba de

todos los trabajos, pero con el tiempo descubrió que le interesaban mucho más los problemas humanos que los técnicos. Se metió de lleno en la dirección de proyectos y luego se pasó al arbitraje. Le gustaba intervenir en las disputas y resolverlas a gusto de todos. Era otro tipo de ingeniería, más absorbente y gratificante que la mecánica, y mucho más complicada. Varias de las compañías para las que trabajó durante esos años pertenecían a alguna transnacional, y acabó envuelto no sólo en el arbitraje de disputas entre sus compañías sino también en otras más lejanas que requerían el arbitraje de un tercero. Ingeniería social, lo llamaba él, y le fascinaba.

Cuando fundó Dumpmines asumió la dirección técnica e introdujo importantes mejoras en el SuperRathje, el vehículo robot gigante que realizaba la extracción y selección de los materiales en los vertederos. Pero al mismo tiempo intervino más que nunca en disputas y conflictos laborales. Esa tendencia de su carrera se acentuó después de la adquisición de la compañía por Praxis. Y los días que el trabajo acababa bien, regresaba a casa sabiendo que debería haber sido juez, o diplomático. Sí, en el fondo era un diplomático.

Lo cual hacía más embarazoso aún que hubiese sido incapaz de negociar una solución satisfactoria para su matrimonio. Y no había duda de que Fort, o quienquiera que lo hubiese invitado a ese seminario, estaba al corriente de la ruptura. Era incluso posible que hubiesen puesto micrófonos ocultos en su viejo apartamento y escuchado el patético desorden de sus últimos meses de vida en común con Sharon, lo que no habría dicho mucho a favor de ninguno de los dos. Se encogió sólo de pensarlo, todavía frotándose el mentón áspero, y fue al baño y conectó el calentador agua de portátil. La cara en el espejo mostraba una expresión de ligera incredulidad. Sin afeitar, cincuentón, separado, con el empleo equivocado la mayor parte de su vida, apenas empezando a seguir su auténtica vocación... no era la clase de persona que uno imaginaba recibiendo un fax de William Fort.

Su mujer, o su ex mujer, llamó por teléfono y se mostró igualmente incrédula.

—Tiene que ser un error —afirmó cuando Art le dio la noticia.

Ella llamaba a propósito de uno de los objetivos de su cámara que no encontraba. Sospechaba que Art se lo había llevado al mudarse.

—Voy a ver si lo encuentro —dijo Art.

Fue hasta el armario para mirar en las dos maletas, aún por deshacer. Sabía que el objetivo no estaba allí, pero de todas maneras las revolvió ruidosamente. Si trataba de simular, Sharon lo descubriría. Mientras él buscaba ella continuó hablando y la voz metálica resonó en el apartamento vacío.

—Eso demuestra lo extravagante que es ese Fort. Te encontrarás en una especie de Shangri-La y él llevará cajas de kleenex en vez de zapatos y hablará en japonés, y tú le clasificarás la basura y aprenderás a levitar y no volveré a verte nunca más. ¿Lo has encontrado?

—No. No está aquí.

Cuando se separaron, habían repartido las posesiones comunes: Sharon se había quedado con el apartamento, la colección de figurillas de la mesa de despacho, el atril, las cámaras, las plantas, la cama y el resto del mobiliario. Art se había llevado la sartén de teflón. No había sido, desde luego, el mejor de sus

arbitrajes. Pero eso significaba que tenía muy pocos sitios donde buscar el objetivo.

Sharon podía convertir un simple suspiro en una acusación.

—Te enseñarán japonés y nadie volverá a verte jamás. ¿Qué puede querer William Fort de ti?

—¿Asesoramiento matrimonial? —propuso él.

Para sorpresa de Art, muchos de los rumores que corrían sobre los seminarios de Fort resultaron ser ciertos. En el aeropuerto internacional de San Francisco, subió a un gran jet privado con otras seis personas. Tras el despegue, las ventanillas, al parecer con doble polarización, se oscurecieron, y la puerta que llevaba a la cabina del piloto quedó cerrada. Dos de los compañeros de Art jugaron a las adivinanzas, y después de varios virajes suaves a derecha e izquierda, afirmaron que el avión se dirigía a algún sitio entre el sudoeste y el norte. Los siete intercambiaron información; todos pertenecían a la vasta red de compañías de Praxis. Habían volado a San Francisco desde todas partes del mundo. Algunos se sentían excitados al ser invitados a conocer al ermitaño fundador de la transnacional; otros sentían una cierta aprensión.

El vuelo duró seis horas, y durante las maniobras de descenso los dos orientadores se entretuvieron en delimitar el área de su posible localización, un círculo que incluía Juneau, Hawai, Ciudad de México y Detroit, aunque podía ser aún más extenso, señaló Art, si viajaban a bordo de uno de los nuevos aviones aire-espacio, tal vez medio planeta o más. Del avión pasaron a una furgoneta con los cristales tintados y una barrera sin ventanas entre ellos y el conductor. Cerraron las puertas desde fuera.

Después de media hora de viaje, el chófer, un hombre mayor que vestía pantalones cortos y una camiseta con un anuncio de Bali, les abrió la puerta.

La luz del sol los deslumbró. Desde luego aquello no era Bali. Estaban en un pequeño aparcamiento asfaltado rodeado de eucaliptos, al pie de un estrecho valle costero. Hacia el oeste se extendía, por espacio de kilómetro y medio, el océano o un gran lago del que sólo era visible una pequeña porción triangular. Un riachuelo discurría por el valle y desaguaba en una laguna situada detrás de una playa. Los flancos del valle estaban cubiertos de vegetación seca en el sur y de cactus en el norte, y las crestas eran de roca parda y desnuda.

—¿Baja? —propuso uno de los orientadores—. ¿Ecuador, Australia?

—¿San Luis Obispo? —aventuró Art.

El chófer abrió la marcha. Caminaron por una carretera estrecha que llevaba a un pequeño recinto. Allí, acurrucados en el fondo del valle, entre pinos costeros, se levantaban siete edificios de madera de dos pisos. Se alojarían en un par de casitas junto al riachuelo. Dejaron el equipaje en las habitaciones y el chófer los guió hasta el comedor en otro edificio. Media docena de empleados, bastante mayores, les sirvieron una comida sencilla: ensalada y estofado. De vuelta a las habitaciones, los dejaron a su aire.

Se reunieron en la sala central alrededor de una estufa de leña. Hacia calor

fuera y la estufa estaba apagada.

—Fort tiene ciento doce años —dijo el orientador de nombre Sam—. Y parece que los tratamientos no le han hecho efecto en el cerebro.

—Nunca lo consiguen —dijo Max, otro orientador.

Hablaron sobre *Fort.* Todos habían oído rumores, ya que William Fort era una leyenda de la medicina, el Pasteur de su siglo, el hombre que había vencido al cáncer, proclamaban falazmente los tabloides. El hombre que había vencido al resfriado común. Había fundado Praxis a los veinticuatro años para comercializar algunas innovaciones en antivirales, y a los veintisiete ya era multimillonario. Luego había convertido a Praxis en una de las transnacionales más poderosas del mundo. Ochenta años de metástasis continua, según Sam. Y entre tanto había ido mutando hasta convertirse en una especie de súper Howard Hughes, decían, haciéndose cada vez más poderoso. Al fin, como un agujero negro, había desaparecido por completo en el horizonte de sus logros y su poder.

—Sólo espero que esto no sea demasiado extravagante —dijo Max. Los demás —Sally, Amy, Elisabeth y George— se mostraban más optimistas. Pero todos se sentían inquietos por el peculiar recibimiento, o mejor dicho por la falta de recibimiento, y cuando nadie fue a visitarlos esa noche, se retiraron a sus habitaciones con expresión preocupada.

Art durmió bien, como de costumbre, y despertó al alba con el grito opaco de una lechuza. El riachuelo borbotaba bajo la ventana. El amanecer fue gris y la bruma envolvía los pinos. De algún lugar del edificio llegaba un martilleo suave.

Se vistió deprisa y salió. Todo rezumaba humedad. Abajo, más allá de las casas, sobre unas terrazas estrechas, había hileras de lechugas y unos manzanos que habían podado hasta reducirlos a meros arbustos.

Cuando Art llegó al pie de la pequeña granja sobre el lago, los colores empezaban a insinuarse. Una alfombra de césped se extendía bajo un viejo roble. Se sintió atraído por el árbol y se acercó a él; tocó la corteza áspera y agrietada. Entonces oyó voces. Subiendo por un sendero que bordeaba el lago se acercaba un hilera de personas: vestían trajes de goma negros y cargaban planchas de surf o alas delta plegadas. Al cruzarse con él, Art reconoció las caras del personal de cocina de la noche anterior y también al chófer. Éste lo saludó con la mano y continuó su camino. Art bajo hasta el lago. El murmullo de las olas poblaba el aire salado y los pájaros nadaban entre los juncos.

Después de un momento, Art desanduvo el sendero y fue al comedor. Las personas con las que se había cruzado estaban en la cocina preparando tortas. Cuando Art y los otros huéspedes hubieron comido, el chófer los llevó a una gran sala de reuniones en el piso de arriba. Se acomodaron en unos sofás dispuestos en cuadrado. Los grandes ventanales dejaban entrar la luz mortecina de la mañana. El chófer se sentó en una silla entre dos sofás.

—Soy William Fort —dijo—. Me alegra que hayan venido.

Si se lo examinaba con detenimiento, Fort era un anciano singular. Cien años de ansiedad le habían dejado una cara devastada, pero la expresión era serena y

despreocupada. Un chimpancé, pensó Art, con un pasado en los laboratorios de experimentación y que ahora estudiaba zen. O sencillamente un viejo surfista o practicante de ala delta curtido, calvo, de cara redonda y nariz chata, que los examinaba uno a uno. Sam y Max, que habían ignorado a Fort cuando era chófer o cocinero, parecían incómodos, pero él no pareció advertirlo.

—Un indicador para medir el impacto de los humanos y sus actividades en el mundo —dijo— es la distribución del producto neto de la fotosíntesis del suelo.

Sam y Max asintieron, como si aquélla fuese la manera habitual de iniciar una reunión.

—¿Puedo tomar notas? —preguntó Art.

—Por favor —dijo Fort. Señaló la mesita de café que había en el centro del cuadrado de sofás, cubierta de cuadernos y atriles—. Más tarde propondré algunos juegos, así que pueden usar los atriles y los blocs de notas, lo que necesiten.

La mayoría de los asistentes habían traído sus propios atriles y hubo un pequeño revuelo mientras los sacaban y los activaban. Cuando se hizo el silencio, Fort se levantó y empezó a caminar alrededor de los sofás, completando una revolución cada pocas frases.

—Actualmente utilizamos cerca del ochenta por ciento del producto neto de la fotosíntesis del suelo —dijo—. El cien por cien es prácticamente inalcanzable, y nuestra capacidad de transporte se ha estimado en un treinta por ciento. Por tanto, puede afirmarse que nos encontramos ampliamente desbordados.

»Hemos estado liquidando nuestro capital natural como si fuera sustituible, y esto nos ha llevado al borde del agotamiento de ciertos productos vitales, como el petróleo, la madera, el suelo, los metales, el agua potable, los peces y los animales. Esto hace difícil la expansión económica continua.

¡Difícil!, anotó Art. *¿Continua?*

—Tenemos que continuar —dijo Fort, echándole una mirada penetrante a Art, que ocultó con disimulo el atril con el brazo—. La expansión continua es uno de los principios fundamentales de la economía, y por tanto uno de los fundamentos del universo. Porque todo es economía. La física es economía cósmica, la biología es economía celular, las ciencias humanas son economía social, la psicología es economía mental, y así todo.

Su auditorio asintió con poco entusiasmo.

—Todas las cosas tienden a expandirse. Pero eso no puede producirse ignorando la ley de conservación de la materia-energía. Por muy eficiente que sea el procesamiento, no se puede conseguir una producción mayor que la entrada de materia prima.

Art escribió en su anotador: *Producción mayor que entrada de materia prima - todo es economía - capital natural - masivamente desbordados.*

—En respuesta a esta situación, una división de Praxis ha estado trabajando en lo que nosotros llamamos economía de mundo lleno.

—¿No sería mejor decir «de mundo saturado»? —preguntó Art.

Fort ignoró el comentario.

—Bien, como afirma Daly, el capital humano y el capital natural no son sustituibles. Quizá sea obvio, pero en vista de que muchos economistas se empeñan en que *sí* son sustituibles, hay que insistir. Por poner un ejemplo sencillo, uno no puede sustituir bosques con aserraderos. Si se está construyendo una casa, se puede jugar con el número de sierras eléctricas y carpinteros, lo que significa que son sustituibles, pero no puede construirse la casa con la mitad de la madera, no importa cuántas sierras o carpinteros se tengan. Pruébenlo y tendrán una casa de aire, que es donde estamos viviendo ahora.

Art meneó la cabeza y miró la página del atril, llena otra vez. *Recursos y capital no sustituibles - sierras eléctricas y carpinteros - casa de aire.*

—Perdone un momento —dijo Sam—. ¿Ha dicho usted capital natural? Fort se sobresaltó y se volvió para mirar a Sam.

—Creía que el capital era por definición lo que el hombre crea. Los medios de producción producidos, o así me enseñaron a definirlo.

—Tiene razón. Pero en un mundo capitalista, la palabra *capital tien*e cada vez más acepciones. Se habla por ejemplo de capital humano, que es lo que la clase obrera acumula a través de la educación y la experiencia laboral. El capital humano difiere del capital clásico en que no puede heredarse, y sólo puede ser contratado, no vendido ni comprado.

—A menos que tengamos en cuenta la esclavitud —apuntó Art. Fort frunció el ceño.

—El concepto de *capital natural* se parece más a la definición tradicional que el de capital humano, porque puede ser poseído y legado, y se lo puede dividir en renovable y no renovable, comercializable y no comercializable.

—Pero, si todo es capital de una clase u otra —observó Amy—, no es extraño que haya quien crea que son intercambiables. Si se racionaliza el capital producido por el hombre de manera que se utilice menos capital natural, ¿no es eso en efecto una sustitución?

Fort meneó la cabeza.

—Eso es eficiencia. El capital es la cantidad de materia prima y la eficiencia es la relación entre la materia prima y la producción. Por eficiente que sea el capital, no puede crear a partir de la nada.

—Nuevas fuentes energéticas… —sugirió Max.

—Pero no podemos fabricar tierra a partir de la electricidad. La energía nuclear y la maquinaría autorreplicante nos han proporcionado un potencial enorme, pero tenemos que poseer unos bienes básicos a los que aplicar esa energía. Y es ahí donde topamos con un límite.

Fort los observó con esa calma de primate que Art había advertido al principio. Art leyó la pantalla de su atril. *Capital natural - capital humano - capital tradicional - energía versus materia - suelo eléctrico - no hay sustitutos satisfactorios.* Hizo una mueca y cambió de página.

—Desgraciadamente —continuó Fort—, muchos economistas aun trabajan con el modelo económico de mundo vacío.

—La validez del modelo de mundo lleno es evidente —dijo Sally—, de sentido común. ¿Por qué habría de ignorarlo un economista?

Fort se encogió de hombros y completó otra circunnavegación silenciosa de la habitación. Art tenía el cuello dolorido.

—Nosotros entendemos el mundo mediante paradigmas. El cambio de la economía de mundo vacío a la de mundo lleno es un paradigma muy importante. Max Planck dijo una vez que un nuevo paradigma se impone, no cuando convence a sus oponentes, sino cuando los oponentes mueren.

—Y ahora ya no mueren —observó Art. Fort asintió.

—El tratamiento mantiene a la gente en circulación, a la gente y a sus ideas.

Sally parecía enfadada.

—Pues tendrán que aprender a pensar de otra manera. Fort la miró.

—Es lo que haremos ahora, al menos en teoría. Quiero que inventen estrategias económicas de mundo lleno. Es un juego que suelo practicar. Si conectan sus atriles a la mesa, les daré los datos de partida.

Todos se inclinaron hacia adelante y se conectaron a la mesa.

El primer juego que les propuso Fort consistía en estimar la población máxima que la Tierra podía sustentar.

—¿No depende eso del estilo de vida? —preguntó Sam.

—Abarcaremos una amplia gama de supuestos —dijo Fort.

Y no bromeaba. Fueron de escenarios donde cada hectárea arable de tierra era explotada con la máxima eficiencia a escenarios en los que se había vuelto al régimen de caza y recolección; del consumo excesivo universal a las dietas de subsistencia universales. Sus atriles les marcaron las condiciones iniciales y ellos empezaron a teclear, algunos con expresión de aburrimiento o nerviosismo, otros impacientes o absortos, utilizando las fórmulas de la tabla o añadiendo las propias.

La tarea los tuvo ocupados hasta la hora de comer, y luego toda la tarde. A Art le gustaban los juegos, y él y Amy terminaron mucho antes que los demás. Los resultados de población iban desde los cien millones (el modelo «tigre inmortal», como lo llamaba Fort) a los treinta mil millones (el modelo «hormiguero»).

—Ésa es una escala muy amplia —señaló Sam.

Fort asintió con un movimiento de cabeza y los miró con paciencia.

—Pero si consideras sólo los modelos con las condiciones más realistas —dijo Art—, por lo general te quedas entre los tres mil y los ocho mil millones.

—Y la población actual es de cerca de doce mil millones —dijo Fort—. Así pues, estamos desbordados. Y bien, ¿qué podemos hacer respecto a esto? Al fin y

al cabo, tenemos empresas que mantener. Los negocios no van a detenerse sólo porque haya demasiada gente. La economía de mundo lleno no es el fin de la economía. Sólo significa el fin de los negocios como se habían venido haciendo hasta ahora. Es mi deseo que Praxis vaya a la cabeza en la nueva etapa. Bien. La marea está baja y voy a salir otra vez. Los invito a acompañarme si les parece. Mañana jugaremos al «Mundo saturado».

Y con esto abandonó la sala y los dejó solos. Regresaron a las habitaciones, y luego, como se acercaba la hora de la cena, fueron al comedor. Fort no estaba allí, pero sí varios de sus asociados, a los que se había sumado un grupo de hombres y mujeres jóvenes, todos ellos delgados, de rostros brillantes y aspecto saludable. Más de la mitad eran mujeres. Recordaban a un equipo de atletismo o de natación. Las cejas de Sam y Max subían y bajaban en una especie de Morse fácilmente traducible: «¡Vaya, vaya! ¡Vaya, vaya!». Los jóvenes los ignoraron, les sirvieron la cena y volvieron a la cocina. Art comió deprisa, preguntándose si Sam y Max estarían acertados en sus suposiciones. Cuando terminó de cenar, llevó el plato a la cocina y ayudó con el lavaplatos. Mientras lo hacía, habló con una de las mujeres.

—¿Qué te ha traído aquí?

—Una especie de programa de becas —contestó ella. Se llamaba Joyce—. Todos somos aprendices y entramos en Praxis el año pasado; nos han seleccionado para seguir un curso aquí.

—¿Habéis estado trabajando hoy en la economía de mundo lleno?

—No. Hemos jugado al voleibol.

Art salió de la cocina deseando que lo hubiesen escogido para ese programa. Se preguntaba si habría allí alguna sauna desde la que se dominase el océano. No parecía tan descabellado: el océano allí era frío, y si era cierto que todo era economía, podría considerarse como una inversión. Para mantener la infraestructura humana, por así decirlo.

De vuelta en la residencia encontró a sus compañeros comentando la jornada.

—Odio estas situaciones —decía Sam.

—Pues estamos atrapados —dijo Max con aire melancólico—. O te unes al culto o pierdes el empleo.

Los otros no eran tan pesimistas.

—Quizá se siente solo —sugirió Amy.

Sam y Max pusieron los ojos en blanco y miraron en dirección de la cocina.

—Tal vez siempre quiso ser maestro —propuso Sally.

—Tal vez quiere que Praxis siga creciendo un diez por ciento por año —dijo George—, con el mundo lleno o vacío.

Sam y Max asintieron y Elisabeth pareció molestarse y exclamó:

—¡Tal vez quiere salvar el mundo!

—Seguramente —dijo Sam, y Max y George soltaron una risita burlona.

—Tal vez ha puesto micrófonos en la habitación —dijo Art, lo que cortó la

conversación en seco, como una guillotina.

Las jornadas siguientes no difirieron mucho de la primera. Se sentaban en la sala de conferencias y Fort daba vueltas alrededor de ellos y se pasaba la mañana hablando, algunas veces coherentemente, otras,

no. Cierta mañana habló del feudalismo durante tres horas. Dijo que era la expresión política más clara de la dinámica de dominación del primate, y que en realidad nunca había desaparecido; el capitalismo transnacional era feudalismo a gran escala, y la aristocracia del mundo tenía que encontrar el medio de integrar el crecimiento capitalista en la estabilidad inamovible del modelo feudal. Otra mañana enunció la eco-economía, una teoría económica que tenía como unidad básica la caloría. Al parecer había sido elaborada por los primeros colonos en Marte; Sam y Max pusieron los ojos en blanco ante la noticia, y Fort siguió explicando con un murmullo las ecuaciones de Taneev y Tokareva y cubrió la pizarra de la esquina de garabatos ilegibles.

Pero este programa no duró: pocos días después llegó desde el sur una buena marejada. Fort suspendió las reuniones y pasó el día haciendo surf o planeando sobre las olas en traje de pájaro: un armazón ligero y flexible de alas anchas, parecido a un planeador, que mediante un juego de alambres transformaba el movimiento muscular de quien lo llevaba en la fuerza semirígida necesaria para levantar el vuelo. Muchos de los jóvenes becarios se le unieron en el aire; subían hacia el cielo como Icaro y luego se dejaban caer y planeaban velozmente sobre los cojines de aire que levantaban las olas, deslizándose como los pelícanos que habían inventado el deporte.

Art salió y jugueteó con una tabla de surf, y disfrutó del agua fría, aunque no tanto como para necesitar un traje de goma. No se alejó de Joyce, que hacía surf, y entre juego y juego charló con ella. Se enteró así de que los viejos de la cocina eran buenos amigos de Fort, veteranos de los años de crecimiento de Praxis. Los jóvenes becarios se referían a ellos como los Dieciocho Inmortales. Algunos tenían su residencia habitual en el campamento, mientras que otros sólo estaban de paso para asistir a una especie de reunión donde discutían los problemas y aconsejaban a los actuales directivos de Praxis sobre la política a seguir, impartían seminarios y cursos, y luego jugaban con las olas. Los que no tenían debilidad por el agua trabajaban en los jardines.

Art estudió a los jardineros con atención en el camino de vuelta a la residencia. Trabajaban con movimientos muy lentos y hablaban todo el tiempo. La tarea que los ocupaba en esos momentos era recoger el fruto de los torturados manzanos.

El viento del sur amainó y Fort convocó de nuevo al grupo. En una de las sesiones el tema propuesto fue «Oportunidades empresariales en un mundo lleno», y Art empezó a comprender la razón por la que podían haberlos seleccionado a él y a sus seis compañeros: Amy y George trabajaban en contracepción, Sam y Max en diseño industrial, Sally y Elisabeth en agrotecnología, y Art en la recuperación de recursos. Ellos ya estaban trabajando en empresas que funcionaban en una economía de mundo lleno, y en los juegos de la tarde demostraban además que eran muy creativos en el diseño de nuevas actividades apropiadas para ese modelo económico.

En otra sesión Fort propuso un juego en el que se resolvía el problema del mundo lleno volviendo a un mundo vacío. Tenían que liberar un vector de plaga que mataría a todo el que no hubiese recibido el tratamiento gerontológico. ¿Cuáles serían los pros y los contras de una acción semejante?

Todos miraron los atriles, perplejos. Elisabeth declaró que ella no intervendría en un juego que partía de una premisa tan monstruosa.

—Es monstruosa, es cierto —reconoció Fort—. Pero eso no la convierte en imposible. Yo oigo muchas cosas, ¿saben? Conversaciones a ciertos niveles. Por ejemplo, entre los directivos de las grandes transnacionales se discuten y descartan con total seriedad estrategias de todo tipo, incluyendo algunas como la que acabo de Proponer. Todos las deploran y se cambia de tema. Pero nadie dice que son técnicamente impracticables. Y algunos parecen pensar que aplicándolas se resolverían ciertos problemas de otro modo insolubles.

El grupo consideró la cuestión con cierto malestar. Art sugirió que esa solución provocaría una escasez de agricultores. Contemplaba el océano.

—Ése es el inconveniente principal cuando se produce un colapso demográfico —dijo pensativo—. Una vez que se inicia, es difícil señalar el punto concreto donde detendrá. Continuemos.

Y continuaron con aire abatido. Jugaron a la «Reducción de la población mundial», y en vista de las alternativas, acometieron el problema con cierta intensidad. A todos les tocó ser Emperadores del Mundo, como dijo Fort, y exponer sus proyectos en detalle.

—Yo concedería a todo el mundo un título de paternidad que le daría derecho a ser padre de tres cuartos de niño —dijo Art cuando le llegó el turno.

Todos se echaron a reír, incluso Fort. Pero Art no se inmutó. Explicó que cada pareja tendría, por tanto, derecho a engendrar un hijo y medio. Después de tener uno, podían decidirse por vender el derecho al medio niño restante o bien comprar el medio niño de otra pareja y tener un segundo hijo. El precio de los medios niños fluctuaría según la ley clásica de la oferta y la demanda. Las consecuencias sociales serían positivas: aquellos que desearan otro hijo tendrían que sacrificarse por él, y quienes no lo desearan tendrían una fuente de ingresos que los ayudaría a mantener al hijo único. Cuando la población mermase lo suficiente, el Emperador del Mundo podría considerar la concesión del derecho a un niño por persona, lo cual estaría cerca de un estado demográficamente estable. Pero, a causa del tratamiento de longevidad, el límite de tres cuartos de niño estaría en vigencia durante mucho tiempo.

Cuando Art terminó de bosquejar su propuesta, alzó la vista de las notas del atril y descubrió que todos lo miraban.

—Tres cuartos de niño —repitió Fort con una sonrisa, y todos rieron de nuevo—. Me gusta. —Las risas se detuvieron en seco.— Ese modelo acabaría fijando valor monetario a una vida humana en el mercado. Hasta el momento, el trabajo hecho en este campo ha sido una chapuza. Balance de ingresos y gastos durante la vida y cosas por el estilo. — Suspiró y meneó la cabeza.— Lo cierto es que los economistas cocinan sus números en la trastienda. El valor en realidad no es un cálculo económico. No, me gusta eso. Veamos si podemos estimar cuál sería el precio de medio niño. Estoy seguro de que habría especulación, intermediarios, todo un aparato de mercado.

Pasaron el resto de la tarde jugando a los «Tres Cuartos» metidos de lleno en el mercado de productos y los argumentos de las telenovelas. Cuando terminaron, Fort los invitó a una barbacoa en la playa.

Fueron a sus habitaciones, se pusieron las cazadoras y bajaron por el sendero en medio del resplandor del sol. En la playa, al abrigo de una duna, ardía una gran hoguera atendida por los jóvenes estudiantes. Mientras se sentaban en unas mantas alrededor de la hoguera, vieron a doce de los Inmortales descender del aire y correr por la arena abatiendo las alas. Se bajaron las cremalleras de los trajes y se apartaron los bellos mojados de la cara, charlando animadamente sobre el viento. Se ayudaron a despojarse de las largas alas y se quedaron en bañador, temblando, con la piel de gallina: pájaros centenarios que extendían unos brazos enjutos hacía el fuego, las mujeres tan musculosas como los hombres, los rostros surcados por las arrugas de millones de años de mirar el sol con los ojos entrecerrados y de reír alrededor del fuego. Art observó a Fort bromeando con sus viejos camaradas mientras se secaban con las toallas. ¡La vida secreta de los ricos y famosos! Comieron perritos calientes y bebieron cerveza. Luego aquellos aviadores se ocultaron detrás de una duna y poco después regresaron vestidos con pantalones y chándals, contentos de estar junto al fuego otra vez, peinándose el cabello mojado. El crepúsculo avanzaba con rapidez y la brisa marina era salobre y fría. Las llamas anaranjadas danzaban al viento y luces y sombras jugueteaban en el rostro simiesco de Fort. Como había dicho Sam, no parecía ni un día mayor de ochenta años.

Fort se sentó entre sus siete huéspedes, que no se separaban nunca, y mirando las brasas empezó a hablar. Al otro lado de la hoguera, los demás continuaron con sus conversaciones, pero sus invitados se acercaron más a él para oírlo por encima del viento, las olas y el chisporroteo de la madera, sintiéndose desnudos sin los atriles en los regazos.

—No se puede obligar a nadie a hacer las cosas —dijo Fort—. Uno mismo tiene que cambiar. Entonces la gente puede ver, y escoger. En ecología tienen lo que llaman principio fundador. La población de una isla empieza con un reducido número de pobladores, de modo que sólo tienen una pequeña fracción de los genes de la población parental. Ése es el primer paso hacia la especialización. Creo que ahora necesitamos una nueva especie, económicamente hablando, por supuesto. Y Praxis es la isla. La manera en que la estructuramos es una especie de manipulación de los genes hasta que llegamos a ella. No tenemos ninguna obligación de acatar las leyes en vigencia. Nosotros podemos formar una nueva especie. Que no sea feudal. La propiedad y la toma de decisiones son colectivas, y luego tenemos una política de acción constructiva. Nuestro objetivo es un estado corporativo similar al estado cívico que funciona en Bolonia. Una especie de isla de comunismo democrático que pone en evidencia al capitalismo que la rodea y que propone una forma de vida mejor. ¿Creen ustedes que puede existir esa clase de democracia? Éste será el juego una de estas tardes.

—Lo que usted diga —dijo Sam, comentario que le valió una mirada de reprobación de Fort.

La mañana siguiente fue soleada y cálida, y Fort decidió que el tiempo era

demasiado bueno para quedarse dentro. Así pues, bajaron a la playa y se acomodaron bajo un gran toldo cerca del foso de la hoguera, entre refrigeradores y hamacas. El océano tenía un azul intenso, y aunque había poco oleaje se veían algunos surfistas en la distancia. Fort se sentó en una de las hamacas y les soltó una conferencia sobre egoísmo y altruismo, tomando ejemplos de la economía, la sociología y la bioética. Llegó a la conclusión de que, estrictamente hablando, el altruismo no existía. Sólo era una forma de egoísmo previsor, un egoísmo que reconocía los costes reales del comportamiento y los pagaba para no acumular deudas. Una práctica económica muy acertada si se la dirigía y aplicaba de la manera apropiada. Para demostrar su teoría, Fort les propuso varios juegos, como «El dilema del prisionero» o «La tragedia de los comunes».

Al día siguiente volvieron a reunirse en el campamento de surf, y después de una errática charla sobre la simplicidad voluntaria, jugaron a lo que Fort llamaba «Marco Aurelio». Art disfrutó del juego tanto como los demás, y jugó bien. Pero las notas que tomaba eran cada día más escuetas. Las de ese día se redujeron a: *Consumo – apetito - necesidades artificiales - necesidades reales - costes reales - ¡jergones de paja! Impacto medioambiental = población x apetito x eficiencia - en los trópicos los refrigeradores no son un lujo - refrigeradores comunitarios - casas frías - Sir Thomas Moore.*

Esa noche comieron solos, y estaban tan cansados que apenas hubo conversación.

—Supongo que este lugar es un ejemplo de simplicidad voluntaria —

observó Art.

—¿Incluye eso a los jóvenes becarios? —preguntó Max—. No he visto que los Inmortales se relacionen mucho con ellos.

—Se conforman sólo con mirar —declaró Sam—. Cuando uno llega a esa edad…

—Me pregunto cuanto tiempo piensan tenernos aquí —dijo Max—. Sólo llevamos una semana y ya estoy aburrido.

—Pues a mí me gusta —dijo Elisabeth—. Es muy relajante.

Art coincidía con ella. Había empezado a levantarse temprano todas las mañanas; uno de los estudiantes anunciaba el amanecer golpeando un bloque de madera con un gran mazo también de madera, en un intervalo decreciente que sacaba a Art del sueño: *tock..... tock..... tock... tock... tock.. tock. tock tock toc toc toc-toc-to-to-to-t-t-ttttttt.* Después de eso, Art salía a la mañana húmeda y gris, poblada con el canto de los pájaros. Lo recibía invariablemente el rumor de las olas, como si tuviese unas conchas marinas contra las orejas. Cuando bajaba por el sendero siempre se encontraba con algunos Inmortales, charlando mientras trabajaban con azadones o podaderas, o sentados bajo el gran roble contemplando el océano. Fort era a menudo uno de ellos. Art paseaba durante la hora previa al desayuno sabiendo que pasaría el resto del día en una habitación cálida o en una playa cálida, hablando y jugando. ¿Era eso simplicidad? No estaba seguro. Pero desde luego era relajante; nunca había disfrutado así del tiempo.

Naturalmente, no se reducía sólo a eso. Como Sam y Max les recordaban de continuo, aquello era una especie de examen. Estaban siendo evaluados. Aquel

anciano los observaba con atención, y quizá también lo hacían los Dieciocho Inmortales y los jóvenes estudiantes, los «aprendices», que empezaban a perfilarse ante los ojos de Art como verdaderos poderes, jóvenes brillantes que se ocupaban de muchas de las actividades cotidianas de la urbanización, y quizá de Praxis también, incluso en el máximo nivel, siguiendo probablemente las directrices de los Dieciocho. Después de escuchar las divagaciones de Fort, se daba cuenta de que era fácil caer en la tentación de dejarlo de lado cuando se llegaba a las cuestiones prácticas. Y las conversaciones alrededor del fregaplatos a veces tenían el tono de las discusiones entre hermanos sobre cómo tratar con unos padres incapacitados...

De todas formas, un examen: una noche Art fue a la cocina a por un pequeño vaso de leche antes de acostarse y pasó ante una habitación anexa al comedor. Un grupo de personas, jóvenes y viejas, estaban allí reunidas estudiando la grabación de una de las sesiones matinales con Fort. Art regresó a la habitación, cavilando.

Al día siguiente, Fort daba vueltas por la sala de conferencias como de costumbre.

—Las nuevas oportunidades de crecimiento ya no se encuentran en el crecimiento.

Sam y Max intercambiaron una mirada fugaz.

—Esto resume todas nuestras discusiones sobre la economía de mundo lleno. Por tanto, tenemos que identificar los nuevos mercados de no crecimiento e introducirnos en ellos. Recordemos que el capital natural puede dividirse en comercializable y no comercializable. El capital natural no comercializable es el sustrato del que se extrae todo capital comercializable. Dada su escasez y los beneficios que reporta, y de acuerdo con la teoría de la oferta y la demanda, sería lógico fijar su precio como infinito. Me interesa todo lo que tenga un precio teóricamente infinito. Es una inversión evidente. En esencia, se trata de invertir en infraestructuras, pero en el nivel biofísico más elemental. Infra-infraestructuras, por así decirlo, o bioinfraestructuras. Y eso es lo que quiero que empiece a hacer Praxis. Adquirimos en las liquidaciones bioinfraestructuras que se han agotado y las reconstruimos. Se trata de inversiones a largo plazo, pero los beneficios serán extraordinarios.

—¿Las bioinfraestructuras no son de propiedad pública por regla general? —preguntó Art.

—Por supuesto. Lo que significa una estrecha colaboración con los gobiernos implicados. El producto anual bruto de Praxis es mucho mayor que el de la mayoría de las naciones. Tenemos que encontrar países con PNB bajos y pésimos ICF.

—¿ICF? —preguntó Art.

—Índice de Crecimiento Futuro. Es una alternativa a la valoración según el PNB que tiene en cuenta la deuda externa, la estabilidad política, la salud medioambiental y así por el estilo. Una comprobación útil del PNB, que ayuda a los países retrasados que pueden utilizar nuestra ayuda. Los identificamos y entonces ofrecemos una inversión masiva de capital, además de asesoramiento político, seguridad y cualquier cosa que necesiten. A cambio, nos hacemos con la custodia de sus bioinfraestructuras y tenemos acceso a los obreros.

Evidentemente, es una asociación, creo que ahí está el futuro.

—¿Cuál es nuestro papel en eso? —preguntó Sam, abarcando con ademán al grupo.

Fort los miró uno a uno.

—Voy a asignar a cada uno de ustedes una tarea distinta. Son confidenciales, y por tanto no deben hablar de ellas. Partirán por separado con destinos diferentes. Realizarán un trabajo diplomático como enlaces de Praxis, y bien trabajos específicos relacionados con la inversión en infraestructuras. Les daré los detalles en privado. Ahora tomemos un almuerzo temprano. Luego los entrevistaré uno a uno.

¡Trabajo diplomático!, anotó Art en su atril.

Art pasó la tarde vagabundeando por los jardines, mirando los pequeños manzanos crucificados. Al parecer no figuraba entre los primeros en la lista de citas personales de Fort. Se encogió de hombros. Hacía un día nublado, y las flores, cargadas de humedad, temblaban. Sería duro regresar a su estudio bajo la autopista en San José. Se preguntaba qué estaría haciendo Sharon, si alguna vez pensaba en él. Estaría navegando con el vicepresidente, sin duda.

El crepúsculo avanzaba y él se disponía a regresar a la habitación y prepararse para la cena cuando Fort apareció en el sendero central.

—Ah, está aquí —dijo—. Bajemos hasta el roble.

Se sentaron junto al grueso tronco del árbol. El sol descendía entre nubes bajas, y teñía el mundo con el color de las rosas.

—Vive usted en un lugar precioso —dijo Art.

Fort no pareció oírlo. Tenía la vista alzada al cielo y contemplaba la masa de nubes iluminadas por el sol.

Después de unos minutos de silenciosa contemplación, dijo:

—Quiero que usted adquiera Marte.

—¿Que adquiera Marte?

—Sí. En el sentido en que he hablado esta mañana. Estas asociaciones nación-transnacional son el futuro. Las viejas relaciones de banderas acomodaticias eran sugerentes, pero hay que llevarlas más lejos si queremos tener mayor control sobre nuestras inversiones. Lo hicimos en Sri Lanka, y tuvimos tanto éxito que las transnacionales nos han imitado y están reclutando países en dificultades.

—Pero Marte no es un país.

—No, pero está en dificultades. Cuando el primer ascensor fue destruido, su economía se vino abajo. Ahora el nuevo ascensor ya está en posición y van a empezar a suceder cosas. Quiero que Praxis vaya por delante en la carrera. Ya sé que otros grandes inversores continúan allí, compitiendo por una posición ventajosa, y ahora que el ascensor funciona la competencia será más reñida.

—¿Quién explota el ascensor?

—Un consorcio encabezado por Subarashii.

—¿No es eso un problema?

—Bueno, les da una cierta ventaja. Pero ellos no entienden a Marte. Sólo lo ven como una nueva fuente de metales. No ven las posibilidades.

—Las posibilidades de...

—¡De desarrollo! Marte no es solamente un mundo vacío en términos económicos, Randolph, es casi un mundo inexistente. Hay que construir su bioinfraestructura, ¿comprende? Quiero decir que sí uno se limita a extraer los metales y luego a irse a otra parte, que es lo que parecen tener en mente Subarashii y los otros, está tratando a ese planeta como sí no fuera más que un asteroide grande. Y es una estupidez, porque su valor como base de operaciones, como planeta, sobrepasa en mucho el valor de los metales que contiene. Todos los metales juntos tienen un valor total aproximado de veinte billones de dólares, pero el valor de un Marte terraformado está alrededor de los doscientos billones. Un tercio del Valor Mundial Bruto, y eso ni siquiera da una idea aproximada de su valor singular. No, Marte es una inversión en bioinfraestructura como las que he definido. Exactamente lo que Praxis está buscando.

—Pero adquisición... —dijo Art—. ¿A qué se refiere concretamente?

—No a qué, sino a quién.

—¿A quién?

—A la resistencia.

—¡La resistencia!

Fort le dio tiempo para digerirlo. La televisión, los tabloides y las redes estaban llenas de cuentos sobre los sobrevivientes de 2061: se decía que vivían en refugios subterráneos en las tierras salvajes del hemisferio sur, liderados por John Boone e Hiroko Ai, que abrían túneles por todas partes, que mantenían contacto con alienígenas, celebridades muertas y dirigentes del mundo. Art miró a Fort, un auténtico dirigente mundial sorprendido por la súbita certeza de que quizás había algo de cierto en todas esas fantasías pelucidarias.

—¿Existe de verdad? —preguntó. Fort asintió.

—Existe. No estoy en contacto directo con ellos, como usted comprenderá, y no sé cuál es su alcance real. Pero estoy seguro de que algunos de los Primeros Cien viven aún. ¿Recuerda las teorías de Taneev y Tokareva de las que les hablé el primer dia? pues bien, ellos dos, Ursula Kohl y el equipo biomédico que habían formado vivían en la aleta de Acheron, al norte del Monte Olimpo. Durante la guerra, el laboratorio fue destruirlo pero no se encontraron cadáveres. Hace seis años, un equipo de Praxis se trasladó allí y reconstruyó el complejo. Cuando las obras concluyeron, lo bautizaron Instituto Acheron y lo dejaron vacío. Todo está dispuesto pero no hay ninguna actividad, excepto una discreta conferencia anual sobre la teoría eco-económica que ellos propusieron. Sin embargo, el año pasado, cuando se clausuró la conferencia, uno de los equipos de limpieza encontró unas páginas en una bandeja de fax. Comentarios sobre una de las ponencias. Sin firma, sin origen. Pero estoy seguro de que su autor es Taneev o Tokareva, o alguien muy familiarizado con el trabajo de ellos. Y creo que no me equivoco al interpretarlo como un pequeño saludo. Un saludo muy pequeño, pensó Art. Fort

pareció leerle el pensamiento.

—Acabo de recibir un saludo más claro. No sé de quién es. Se muestran muy cautos. Pero están allí.

Art tragó con dificultad. Si eso era cierto, se trataba de una noticia importante.

—Y usted quiere que yo…

—Quiero que vaya a Marte. Tenemos un proyecto allí que le servirá de tapadera: recuperar una sección del cable del ascensor caído. Y mientras usted se dedica a eso, yo haré las gestiones para ponerle en contacto con la persona que se comunicó conmigo. Usted no tendrá que tomar la iniciativa. Ellos darán el primer paso. Sólo una cosa: de momento no les dirá qué es exactamente lo que usted intenta hacer. Quiero que trabaje con ellos, que averigüe quiénes son y qué pretenden, y la extensión del movimiento. Y cómo podemos tratar con ellos.

—Es decir, que seré una especie de…

—Una especie de diplomático.

—Yo iba a decir espía.

Fort se encogió de hombros.

—Depende de con quién esté. Mi proyecto ha de permanecer en secreto. Me relaciono con directivos de las otras transnacionales y tienen miedo. Las posibles amenazas al orden establecido a menudo son reprimidas brutalmente. Y algunos ya ven a Praxis como una amenaza. Por eso existe un brazo oculto de Praxis, y la investigación en Marte será una parte de él. Si usted acepta, se unirá a la Praxis oculta. ¿Cree que podrá hacerlo?

—No lo sé. Fort rió.

—Por eso lo escogí para esta misión, Randolph. Usted parece sencillo. Soy sencillo, estuvo a punto de decir Art, pero se mordió la lengua, y luego preguntó:

—¿Por qué yo? Fort lo miró.

—Cuando adquirimos una compañía, examinamos a su personal. Leí su historial y pensé que usted tenía madera de diplomático.

—O de espía.

—A menudo son diferentes aspectos del mismo trabajo. Art frunció el ceño.

—¿Colocaron micrófonos en mi apartamento, en mi antiguo apartamento?

—No. —Fort volvió a reír.— Nosotros no hacemos esas cosas. Nos basta con el historial.

Art recordó el visionado nocturno de una de las sesiones.

—Eso y una de las sesiones de aquí —añadió Fort—. Para conocerlo mejor.

Art consideró la propuesta. Ninguno de los Dieciocho quería ese trabajo. Ni los estudiantes tampoco, seguramente. Había que ir a Marte y luego introducirse en un mundo invisible del que nadie sabía nada, y quizá para siempre. Mucha gente no consideraría la misión demasiado atractiva. Pero para alguien sin ataduras, quizás en busca de un nuevo empleo, con aptitudes para la diplomacia…

De modo que al final todo aquello sí había resultado ser un proceso de entrevistas. Jefe de Adquisición de Marte. Topo en Marte. Un espía en la casa de Ares. Embajador ante la Resistencia Marciana. Embajador en Marte. Madre mía, exclamó para sus adentros.

—Bien, ¿qué contesta?

—Iré —dijo Art.

William Fort no perdía el tiempo. En cuanto Art accedió a hacerse cargo de la misión en Marte, su vida se aceleró como un vídeo en avance rápido. Esa misma noche volvió a subir a la furgoneta sellada, y luego al avión sellado, esta vez solo, y cuando salió tambaleándose por la cinta mecánica amanecía en San Francisco.

Pasó por las oficinas de Dumpmines y se despidió de amigos y conocidos. Sí, repitió una y otra vez, he aceptado un trabajo en Marte. Recuperar una porción del cable del viejo ascensor. Es temporal. La paga es buena. Regresaré.

Esa tarde fue a su casa y empacó. Sólo tardó diez minutos. Luego se quedó de pie en medio del apartamento vacío, vacilante. Sobre el hornillo de la cocina estaba la sartén, el único vestigio de su vida anterior. Pensó en llevársela. Se detuvo frente a las maletas, atestadas y ya cerradas, y luego retrocedió y se sentó en la única silla con la sartén colgando de su mano.

Al rato llamó a Sharon, esperando encontrarse con el contestador automático; pero estaba en casa.

—Me voy a Marte —graznó.

Al principio ella no podía creérselo, pero cuando al fin lo admitió, se enfadó. Era una deserción pura y simple, huía de ella, pero si tú ya me has dado la patada, trató de decirle Art, pero Sharon ya había colgado. Dejó la sartén sobre la mesa y bajó las maletas a la acera. Al otro lado de la calle, un hospital público que administraba el tratamiento de longevidad estaba rodeado por el gentío habitual, cuyo turno de tratamiento se acercaba, y que acampaba en el aparcamiento del hospital para asegurarse de que las cosas no se torcían. La ley garantizaba el tratamiento a todos los ciudadanos de los EUA, pero las listas de espera en los centros públicos eran tan largas que la gente se preguntaba si viviría hasta que le llegase el turno. Art meneó la cabeza y detuvo a un peditaxi.

Pasó su última semana en la Tierra en un motel en Cabo Cañaveral. Fue un adiós lúgubre, pues Cabo Cañaveral era zona restringida. El lugar estaba ocupado principalmente por policía militar y personal de servicio, que mostraban una actitud bastante grosera hacia «los que se lamentaron demasiado tarde», como ellos llamaban a aquellos que esperaban para la partida. La extravagancia diaria del despegue lo dejaba a uno aprensivo o resentido, y en ambos casos bastante sordo. Por las tardes la gente andaba por ahí con los oídos zumbándoles y repitiendo ¿Qué?, ¿Qué?,

¿Qué? Para contrarrestar el problema la mayoría de los que vivían allí utilizaban tapones para los oídos: estaban sirviendo las mesas en el restaurante o hablando con los cocineros y de repente miraban el reloj, sacaban unos tapones de los bolsillos y se los colocaban, y entonces, *bum,* ahí iba otro cohete Novy Energía con dos transbordadores pegaditos a él, haciendo que el mundo entero temblase como gelatina. «Los que se lamentaron demasiado tarde» corrían a la calle tapándose las orejas para tener otra vista de lo que el futuro les deparaba, y contemplaban afligidos el bíblico pilar de humo y la cabeza de alfiler que describía un arco sobre el Atlántico. Los que vivían allí se quedaban donde estaban mascando chicle, esperando a que el estrépito se apagase. La única vez que demostraron algún interés fue una mañana en que la marea estaba alta y se supo que los asistentes a una fiesta habían nadado hasta la valla que rodeaba el pueblo y se habían colado dentro. Los de seguridad los habían perseguido hasta la zona de lanzamiento y se rumoreaba que varios habían muerto achicharrados por el despegue. Eso bastó para que unos cuantos lugareños saliesen a mirar, como si el pilar de humo y fuego fuese a tener un aspecto diferente.

Y un domingo por la mañana le llegó el turno a Art. Se levantó y se puso el mono provisto para la ocasión, que por cierto le sentaba fatal, moviéndose como en sueños. Se metió en una furgoneta con otro hombre que parecía tan aturdido como él, y le llevaron hasta la zona de lanzamiento. Le comprobaron la identidad por la retina, las huellas dactilares, la voz y la apariencia, luego, sin que hubiera logrado aún comprender el significado del proceso, lo metieron en un ascensor; bajó por un corto túnel, y fue a parar a una diminuta habitación en la que había ocho sillones que recordaban los de un dentista, todos ellos ocupados por personas con los ojos muy abiertos. Lo sentaron y lo ataron, *y* la puerta se cerró. Debajo de él se oyó un rugido vibrante, y se sintió primero aplastado y después ingrávido. Estaba en orbita.

Tras unos minutos, el piloto se desabrochó el cinturón y los pasajeros lo imitaron y se acercaron a las dos pequeñas ventanas para mirar afuera. Espacio negro, mundo azul, igual que en las películas, pero con la asombrosa alta definición de la realidad. Art vio debajo África Occidental y una gran oleada de náuseas inundó todas las células de su cuerpo.

Empezaba a recuperar ligeramente el apetito, después de una eternidad de mareo espacial, que en el mundo real parecía haber durado sólo tres días, cuando uno de los transbordadores continuos llegó tronando después de girar alrededor de Venus y aerofrenar hasta conseguir una órbita Tierra-Luna lo suficientemente lenta para permitir que los pequeños ferries lo alcanzaran. En algún momento de su mareo espacial, Art y los otros pasajeros habían sido transferidos a uno de esos ferries, que en el momento adecuado despegó y salió en persecución del transbordador. La aceleración del ferry era aún más pronunciada que la del despegue en Cabo Cañaveral, y cuando terminó Art volvía a ser víctima del vértigo y la náusea. Más ingravidez lo hubiese matado, y gimió sólo de pensarlo. Pero, felizmente, en el transbordador había un anillo rotando a una velocidad que generaba en algunas salas lo que ellos llamaban gravedad marciana. A Art le asignaron una cama en el centro de salud que ocupaba una de esas salas, y allí permaneció. Era incapaz de caminar en la peculiar ligereza de la g marciana: saltaba y se tambaleaba, y todavía se sentía magullado interiormente y mareado. Pero se mantenía bastante alejado de la náusea, y estaba agradecido,

aunque no fuese un sentimiento apetecible.

El transbordador continuo era extraño. Debido a sus frecuentes aerofrenados en las atmósferas de la Tierra, Venus y Marte, en la forma que recordaba a un tiburón martillo. El anillo de habitaciones rotatorias estaba situado en la parte trasera de la nave, justo delante de los motores de propulsión y las plataformas de atraque. El anillo giraba, y uno caminaba con la cabeza hacia la línea central de la nave y los pies apuntando hacia las estrellas bajo el suelo.

A la semana de viaje, Art decidió darle otra oportunidad a la ingravidez, porque el anillo no tenía ventanas. Fue hasta una de las cámaras de tránsito a las zonas no rotatorias de la nave. Estaban en un estrecho anillo que se movía con la g del anillo, pero podía reducir la velocidad hasta igualarla con la del resto de la nave.

Las cámaras parecían las cabinas de un ascensor y tenían dos puertas. Cuando uno entraba y pulsaba el botón apropiado, iba reduciendo el número de rotaciones hasta detenerse por completo, y la puerta del otro extremo se abría y daba acceso al resto de la nave.

Art lo intentó. A medida que la cabina reducía la velocidad, él perdía peso y crecía la convulsión de su estómago. Cuando la puerta del otro extremo se abrió, sudaba copiosamente y sin saber cómo acababa de salir disparado hacia el techo. Se lastimó la muñeca al intentar protegerse la cabeza. El dolor se batía con la náusea, y ésta empezaba a prevalecer. Tuvo que hacer un par de carambolas para llegar al panel de control y apretar el botón. La sala volvió a ponerse en movimiento. Cuando la puerta se cerró, él descendió suavemente hasta el suelo, y un minuto después había regresado a la gravedad marciana y la puerta por la que había entrado se abría. Salió rebotando con gratitud, sin otra secuela que el dolor de la muñeca. La náusea era infinitamente más desagradable que el dolor, reflexionó. Más que ciertos niveles de dolor al menos. Tendría que conformarse con ver el paisaje exterior a través de los monitores.

Pero no estaba solo. La mayoría de los pasajeros y toda la tripulación pasaban casi todo el tiempo en el anillo de gravedad, que por consiguiente estaba bastante concurrido, como si en un hotel completo los huéspedes estuvieran siempre en el restaurante y el bar. Art había leído informes sobre los transbordadores continuos que los pintaban como Montecarlos volantes, con residentes permanentes ricos y aburridos. Una popular serie de cable estaba ambientada en un transbordador. La nave de Art, el *Ganesh,* no era así, desde luego. Era evidente que llevaba bastantes años dando vueltas por el sistema solar interior, y siempre al máximo de su capacidad: los interiores estaban algo destartalados, y si uno salía del anillo de gravedad el espacio parecía muy reducido, mucho más de lo que se esperaba después de ver los vídeos históricos sobre el *Ares.* Pero los Primeros Cien habían vivido en un espacio cinco veces mayor que el del anillo de g del *Ganesh,* y éste transitaba quinientos pasajeros.

Por fortuna, el vuelo sólo duraba tres meses. Así que Art se acomodó lo mejor que pudo y vio mucha televisión, sobre todo documentales sobre Marte. Comía en un comedor que pretendía parecerse al de los grandes transatlánticos de los años veinte del siglo anterior, y jugaba alguna vez en el casino, a imitación de los Casinos de Las Vegas de los años setenta. Pero sobre todo dormía y miraba la televisión, y las dos actividades se fundían de tal modo que soñaba muy lúcidamente con Marte y los documentales adquirían una lógica surreal. Vio la

famosa grabación del debate Russell-Clayborne, y esa noche soñó que discutía infructuosamente con Ann Clayborne, quien, como en los vídeos, se parecía a la mujer del granjero de *American Gothic,* solo que más demacrada y severa. Hubo otra película, grabada desde un avión teledirigido, que lo impresionó: el avión se había lanzado en picado desde el borde de uno de los gigantescos acantilados de Marineris y había descendido durante casi un minuto antes de enderezarse en un vuelo rasante sobre la roca y el hielo revueltos del suelo del cañón. Durante las semanas que siguieron, Art tuvo el mismo sueño recurrente: él era quien caía, y se despertaba justo antes del impacto. Al parecer algunas partes de su inconsciente consideraban la decisión de ir a Marte como un error. Ignoró estos pensamientos, comió con regularidad y practicó la marcha. Estaba en un compás de espera. Equivocado o no, se había comprometido.

Fort le había dado un código de transmisión e instrucciones de informarle regularmente, pero en tránsito no había gran cosa de la que informar. Obediente, enviaba un informe mensual, siempre el mismo: *En camino. Sin novedad.* Nunca hubo respuesta.

Y entonces Marte creció como una naranja arrojada contra las pantallas de televisión, y poco después volvieron a aplastarse contra los sillones de gravedad a causa de un aerofrenado extremadamente violento. Luego se aplastaron contra los sillones del ferry. Art pasó por estas abrumadoras deceleraciones como un veterano, y después de una semana en órbita, todavía rotando, atracaron en Nuevo Clarke. Nuevo Clarke tenía una gravedad muy reducida, que apenas mantenía a la gente con los pies en el suelo. El mareo espacial de Art regresó. Y todavía tenía que esperar dos días antes de tomar el ascensor.

Las cabinas del ascensor parecían hoteles altos y estilizados, y trasportaban su apretujada carga humana hacia el planeta durante cinco días, sin una gravedad de la que pudiera hablar hasta las dos últimas jornadas, cuando se hizo cada vez más fuerte. La cabina redujo su velocidad y entró suavemente en la instalación conocida como el Enchufe, al oeste de Sheffield, sobre el Monte Pavonis, y la gravedad se convirtió en algo parecido a la del anillo del *Ganesh.* Pero una semana de mareo espacial había dejado a Art destrozado, y cuando la puerta de la cabina se abrió y los guiaron hasta algo muy parecido a una terminal de aeropuerto, descubrió que apenas se tenía en pie. Le sorprendía lo mucho que la náusea le quitaba a uno el deseo de vivir. Habían pasado cuatro meses desde que recibiera el fax de William Fort.

El viaje desde el Enchufe a la ciudad de Sheffield propiamente dicha se hacía en metro, pero Art se encontraba en un estado tan deplorable que habría sido incapaz de disfrutar del paisaje si lo hubiese habido. Agotado y vacilante, caminó detrás de alguien de Praxis por el vestíbulo, dando saltitos sobre las puntas de los pies, y luego se derrumbó agradecido en la cama de una pequeña habitación. La gravedad marciana parecía benditamente sólida cuando uno estaba acostado, y pronto se quedó dormido.

Cuando despertó no recordaba dónde estaba. Miró alrededor, desorientado, preguntándose adonde habría ido Sharon y por qué su habitación había encogido tanto. Entonces le vino todo a la memoria. Estaba en Marte.

Gimió y se incorporó. Se sentía afiebrado y sin embargo despegado de su

cuerpo, y todo latía ligeramente, aunque las luces de la habitación parecían funcionar con normalidad. Unas cortinas cubrían la pared frente a la puerta, y él se levantó, fue hacia ellas y las descorrió de un tirón.

—¡Ey! —gritó, retrocediendo de un salto, como si despertase por segunda vez.

Era como la vista que se tiene desde la ventanilla de un avión. Un espacio abierto interminable, un cielo de color amoratado, el sol como una burbuja de lava. Y muy lejos abajo se extendía una llanura rocosa, circular, como si estuviese en el fondo de un enorme acantilado, demasiado circular, de hecho, para ser un accidente natural. Era difícil estimar a qué distancia se encontraba la pared opuesta del acantilado. Los accidentes de la pared eran perfectamente visibles, pero las estructuras del borde opuesto eran diminutas: lo que parecía ser un observatorio habría cabido en la cabeza de un alfiler.

Puesto que habían aterrizado en Sheffield, ésa era, concluyó, la caldera de Monte Pavonis. Por tanto, unos sesenta kilómetros le separaban de ese observatorio, según recordaba Art de los documentales, y había una caída de cinco mil metros hasta el suelo. Y todo ello completamente vacío, rocoso, inviolado, primordial: de roca volcánica desnuda, como si se hubiese enfriado la semana antes, sin señales humanas, sin señales de terraformación. Debía haberle causado la misma impresión a John Boone medio siglo antes. Y tan... alienígena. Y tan *grande.* Art había echado un vistazo a las calderas del Etna y del Vesubio en la Tierra durante unas vacaciones, cuando trabajaba en Teherán, dos cráteres grandes según los estándares terranos. Pero podía caber un millar de ellos en ése de ahí abajo, en esa cosa, en ese agujero...

Corrió las cortinas y se vistió despacio, su boca imitando la forma de la sobrenatural caldera.

Una amable guía de Praxis llamada Adrienne, con la altura suficiente para ser una nativa marciana, pero con un marcado acento australiano, lo recogió y los llevó a él y a media docena de otros recién llegados a recorrer la ciudad. Resultó que se alojaban en la parte más baja de ésta. Pero Sheffield estaba extendiéndose para tener el máximo número de alojamientos con vistas sobre la caldera que tanto había desconcertado a Art.

Un ascensor los subió unos cincuenta pisos y los dejó en el vestíbulo de un nuevo y reluciente edificio de oficinas. Salieron por las grandes puertas giratorias y emergieron a un bulevar amplio y herboso. Pasaron ante edificios achaparrados con fachadas de piedra pulida y grandes ventanales, separados por calles estrechas y verdes, y ante muchos otros en diferentes estadios de construcción. Sería una hermosa ciudad: predominaban los edificios de tres o cuatro pisos, que se hacían cada vez más altos a medida que se avanzaba hacía el sur, lejos del borde de la caldera. Las calles verdes hervían de gente y pequeños tranvías circulaban por estrechos raíles tendidos sobre la hierba. Reinaba el bullicio y la excitación, sin duda a causa de la llegada del nuevo ascensor. Una ciudad en auge.

El primer sitio que visitaron fue un estrecho parque curvo atravesado por un bulevar que daba sobre la caldera. Se acercaron a una casi invisible tienda que envolvía la ciudad, sostenida por transparentes arcos geodésicos anclados en un muro perimétrico de un metro de altura.

—La tienda tiene que ser más fuerte aquí en Pavonis —les explicó Adrienne— porque la atmósfera exterior es aún muy tenue. Por más que hagamos siempre será un diez por ciento más tenue que en las tierras bajas.

Después los llevó a una burbuja de observación que sobresalía en el muro de la tienda. El suelo de la burbuja era transparente, si miraban hacia abajo entre sus píes tenían una vista directa del fondo de la caldera, unos cinco mil metros más abajo. Todos lanzaron exclamaciones, alborozados, y Art se balanceó sobre el suelo transparente, un poco incómodo. Tenía una perspectiva de todo el ancho de la caldera: el borde norte se encontraba a la misma distancia que el Monte Tamalpais y las colinas Napa cuando uno descendía sobre el aeropuerto de San José. Ésa no era una distancia extraordinaria. Pero la profundidad, la profundidad más de cinco mil metros…

—¡Menudo agujero, eh! —exclamó Adrienne.

Unos telescopios fijos y unas placas con mapas les permitieron localizar el primitivo Sheffield, en el fondo de la caldera. Art se había equivocado al creer inviolada la naturaleza de la caldera: los insignificantes taludes al pie de la pared del acantilado, en los que se advertían algunos centelleos, eran en realidad las ruinas de la ciudad original.

Adrienne describió con sumo placer la destrucción de la ciudad en 2061. La caída del cable del ascensor había aplastado los barrios al este del Enchufe en los primeros momentos. Pero después el cable había rodeado todo el planeta y descargado un segundo golpe brutal en la zona sur, que había hecho ceder una falla en el borde de basalto cuya existencia se desconocía. Casi un tercio de la ciudad estaba en el lado indebido de la falla y se precipitó hacia el fondo de la caldera. Los dos tercios restantes fueron aplastados por el cable. Los habitantes habían sido evacuados en las cuatro horas que mediaron entre el desprendimiento de Clarke y la segunda vuelta del cable, por lo que la pérdida de vidas fue mínima. Pero Sheffield había quedado arrasada por completo.

Durante muchos años, les siguió explicando Adrienne, el lugar había permanecido abandonado, una ciudad en ruinas como tantas otras después de la sublevación del sesenta y uno. La mayoría nunca fueron reconstruidas, pero Sheffield seguía siendo el lugar ideal para anclar un ascensor espacial. Subarashii empezó a organizar la construcción en el espacio de un nuevo ascensor a finales de la década de 2080, y muy pronto se acometió la reconstrucción en la superficie. Un detallado estudio areológico descubrió la existencia de otras fallas en el borde sur, lo que justificó la construcción en el mismo lugar que antes. Los vehículos de demolición arrojaron las ruinas de la antigua ciudad por el borde, habilitaron la sección más oriental de la ciudad, la zona del viejo Enchufe, como una suerte de monumento conmemorativo del desastre, que justificó el desarrollo de una pequeña industria turística, la principal fuente de ingresos en los años improductivos que precedieron a la reinstalación del ascensor.

La siguiente etapa de la visita los llevó al exterior para ver esa pizca de historia en conserva. Tomaron un tranvía hasta una puerta en el muro este, y luego, a través de un tubo transparente, pasaron a una tienda más pequeña que cubría las ruinas calcinadas, la mole de hormigón del viejo Enchufe y el cabo inferior del cable caído. Caminaron por un sendero acordonado del que se habían quitado las ruinas, mirando con curiosidad los fundamentos y las tuberías

retorcidas. Parecía el resultado de un bombardeo masivo.

Se detuvieron un momento bajo el extremo del cable, y Art lo observó con interés profesional. El gran cilindro de filamentos de carbono ennegrecidos parecía haber sufrido pocos daños en la caída, aunque lo cierto era que esa parte había golpeado Marte con menos fuerza. El extremo se había desplomado en el interior del gran bunker de hormigón del Enchufe, explicó Adrienne, y luego fue arrastrado un par de kilómetros cuando el cable se precipitó por la pendiente oriental de Pavonis. Eso no era demasiado para un material diseñado para soportar la tracción de un asteroide que giraba más allá del punto areosincrónico.

Y ahí estaba, como esperando que volviesen a colocarlo en su lugar: cilíndrico, dos pisos de altura, la masa ennegrecida incrustada de acero y anillos. La tienda sólo cubría unos cien metros de cable; después se extendía al descubierto sobre la ancha meseta, hacia el este, hasta desaparecer por el borde, el horizonte que veían. Desde fuera de la ciudad se apreciaba mejor el inmenso Monte Pavonis: el borde tenía una extensión pasmosa, una rosquilla de tierra llana de unos treinta kilómetros de ancho, desde el abrupto borde interior de la caldera hasta la caída más gradual de las laderas del volcán. Desde el lugar en que estaban no alcanzaba a verse nada del resto de Marte, y tenían la sensación de estar de pie en un encumbrado mundo circular, bajo un cielo azul.

Al sur, el nuevo Enchufe parecía un titánico bunker de hormigón: el nuevo cable del ascensor se levantaba hacia el cielo como una versión del truco indio de la soga, delgado, negro y recto como una plomada. La porción visible parecía un rascacielos muy alto, y dada la desolación que lo rodeaba y la inmensidad del desnudo pico rocoso del volcán, parecía muy frágil, como si fuese un único filamento de nanotubo de carbono y no un manojo de millones de ellos, la estructura más resistente jamás creada.

—Qué extraño —dijo Art, sintiéndose hueco e inestable.

Después de la visita a las ruinas, Adrienne los llevó a un café restaurante en el centro de la nueva ciudad, donde comieron. Podían haber estado en el corazón de un barrio de moda en cualquier ciudad: Houston, Tbilisi u Otawa, en un lugar donde el bullicio de la construcción revelaba una prosperidad reciente. Cuando emprendieron el regreso a sus alojamientos, el metro les pareció igualmente familiar, y cuando salieron, el vestíbulo del edificio de Praxis era el de un hotel de lujo. Todo familiar, tanto que volvió a impresionarle entrar en su habitación y ver, al asomarse a la ventana, el sobrecogedor espectáculo de la caldera: la realidad de Marte, inmenso y rocoso, que parecía atraerlo con una fuerza irresistible a través de la ventana. Y de hecho, si el cristal se rompiese, con la diferencia de presión ese espacio lo absorbería de inmediato. Una eventualidad improbable, pero aun así la imagen le provocó un escalofrío. Corrió las cortinas.

Y después de eso las mantuvo siempre corridas, y procuró mantenerse lejos de la ventana. Por la mañana se vestía, dejaba la habitación deprisa y asistía a las sesiones de orientación que dirigía Adrienne, junto a una docena de recién llegados. Después de comer con algún compañero, durante la tarde paseaba por la ciudad, trabajando con aplicación en la mejora de su técnica de marcha. Una noche se decidió a enviar un informe codificado a Fort: *En Marte, recibiendo orientación. Sheffield es una ciudad hermosa. Mi habitación tiene una vista*

magnifica. No hubo respuesta.

La orientación de Adrienne incluía visitar muchos de los edificios de Praxis, tanto en Sheffield como en el borde este, para conocer a la gente que dirigía las operaciones marcianas de la transnacional. Praxis tenía una presencia más importante en Marte que en Norteamérica. Durante sus paseos de la tarde Art trataba de determinar la fuerza relativa de las transnacionales observando las pequeñas placas de los edificios. Todas estaban allí: Armscor, Subarashii, Oroco, Mitsubishi, Shellalco, Gentine, todas. Y todas ocupaban un complejo de edificios o incluso barrios enteros de la ciudad. Era evidente que su presencia se debía al ascensor, que había convertido a Sheffield nuevamente en la ciudad más importante del planeta. Estaban invirtiendo el dinero a manos llenas en la ciudad, construyendo subdivisiones submarcianas, e incluso suburbios enteros con tienda independiente. La verdadera riqueza de las transnacionales se manifestaba en todas las construcciones. Y también, pensó Art, en la manera de moverse de la gente: había muchos que andaban a saltos por las calles, tan torpes como él mismo, ejecutivos o ingenieros de minas o profesionales diversos recién llegados, con el ceño fruncido, concentrados en el simple acto de caminar. No era ninguna hazaña distinguir a los nativos, altos y jóvenes, y con una coordinación felina; pero estaban en franca minoría en Sheffield, y Art se preguntó si ocurriría lo mismo en el resto de Marte.

En cuanto a la arquitectura, el espacio bajo la tienda estaba muy solicitado, y por eso los edificios eran voluminosos, a menudo cúbicos, ocupaban las parcelas hasta la calle y se alzaban hasta casi tocar la tienda. Cuando se hubiesen concluido todas las obras, sólo la red de diez plazas triangulares, los anchos bulevares y el parque curvo a lo largo del borde evitarían que la ciudad fuese una masa continua de rascacielos revestidos de piedra pulida de todas las tonalidades del rojo. Era una ciudad concebida para los negocios.

Y Art tenía la impresión de que Praxis iba a obtener una buena tajada en esos negocios. Subarashii era el contratista general del ascensor, pero Praxis suministraba el software, como había hecho con el primer ascensor, y también algunas cabinas y parte del sistema de seguridad. Se enteró de que todas esas asignaciones las había hecho un comité, la Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas, supuestamente parte de las Naciones Unidas, pero controlado en realidad por las transnac. Y Praxis se había mostrado tan agresiva como las demás en ese comité. William Fort podía estar interesado en la bioinfraestructura, pero obviamente las infraestructuras corrientes no estaban excluidas del campo de operaciones de Praxis. Había divisiones de Praxis construyendo sistemas de suministro de agua, pistas de trenes, ciudades en los cañones, generadores de energía eólica y plantas areotermales. Sin embargo, las fuentes de energía locales eran la especialidad de la subsidiaria de Praxis Energía Interior, y eso hacía, trabajar duro en la retaguardia.

La subsidiaria local de recuperación, el equivalente marciano de Dumpmines, se llamaba Oroboro, y al igual que Energía Interior era bastante pequeña. A decir verdad, como los empleados de Oroboro se apresuraron a informarle a Art la mañana que los visitó, no había una gran producción de basura en Marte, casi todo se reciclaba o se utilizaba para crear suelo agrícola, de modo que el vertedero de los asentamientos era más bien un depósito para guardar materiales variados en espera de ser reutilizados. Oroboro, por tanto, se ocupaba de encontrar y recoger la basura y las aguas residuales digamos recalcitrantes —

tóxicas, aisladas o simplemente molestas—, y luego buscaba formas de remilgarlas.

El equipo de Oroboro en Sheffield ocupaba una planta en el edificio de Praxis en la parte baja de la ciudad. La compañía había iniciado sus actividades excavando en la vieja ciudad antes de que las ruinas fuesen arrojadas por el borde de la caldera con tan poca ceremonia. Un hombre llamado Zafir dirigía el proyecto de recuperación del cable caído. Él, Adrienne y Art fueron a la estación de trenes y tomaron un suburbano. Un corto trayecto a lo largo del borde oriental los llevó a una línea de tiendas en las afueras. Una de las tiendas era el almacén de Oroboro, y junto a ella, entre otros muchos vehículos, había una gigantesca fábrica móvil, a la que llamaban la Bestia. La Bestia dejaba el SuperRathje a la altura de un utilitario: era un edificio más que un vehículo, y casi enteramente robótico. Otra Bestia ya estaba en el exterior procesando el cable en Tharsis oeste, y le asignaron a Art una inspección sobre el terreno. Zafir y un par de técnicos le enseñaron las entrañas del vehículo de entrenamiento. Terminaron la visita en un amplio compartimiento en el piso de arriba, donde se alojaban los visitantes.

Zafir estaba entusiasmado por lo que la Bestia había encontrado en Tharsis.

—La verdad es que con sólo la recuperación del filamento de carbono y las hélices de gel de diamante ya tenemos una fuente de ingresos básica —dijo—. Y hemos encontrado algunas exóticas rocas metamórficas brechadas en el hemisferio final de la caída. Pero lo que le interesará de veras serán los *buckybalh.* —Zafir era un experto en esas diminutas esferas geodesicas de carbono llamadas *buckminsterfullerenes,* y hablaba de ellas con entusiasmo—. Las temperaturas y las presiones en la zona de caída al oeste de Tharsis resultaron ser similares a las que se emplean en los reactores de arco para la síntesis de los *fullerenes.* Así que tenemos cien kilómetros de cable en los que el carbono de la parte inferior está constituido casi enteramente por *buckyballs.* Casi todos de sesenta, pero hay algunos de treinta, y distintos *superbuckies.*

Algunos de los *superbuckies* contenían átomos de otros elementos atrapados en las redes de carbono. Esos «*fullerenes* rellenos» eran útiles en la fabricación de compuestos, pero muy costósos de obtener en laboratorio debido a la gran cantidad de energía requerida. Por tanto, era un hallazgo extraordinario.

—Ahora estamos clasificando los *superbuckies* para cuando llegue su cromatógrafo de iones.

—Comprendo —dijo Art.

Art había trabajado con cromatógrafos de iones en los análisis en Georgia, y ésa era la razón aparente para que lo enviaran allí, al fin del mundo. En los días que siguieron, Zafir y algunos técnicos instruyeron a Art en el manejo de la Bestia. Acabada la clase solían comer juntos en un pequeño restaurante en la tienda de las afueras en el borde este. Después de la puesta de sol tenían una vista magnífica de Sheffield, a unos treinta kilómetros sobre el borde curvo, resplandeciendo en el atardecer como una lámpara suspendida sobre el abismo negro.

Mientras comían y bebían, las conversaciones rara vez derivaban hacia el proyecto de Art, y considerando la cuestión Art concluyó que tal vez se trataba de una cortesía deliberada por parte de sus colegas. La Bestia funcionaba de manera

autónoma y a pleno rendimiento, y aunque la clasificación de los recién descubiertos *fullerenes* rellenos planteaba algunos problemas, seguro que allí había técnicos en cromatógrafos de iones que podían solucionarlos sin necesidad de ayuda. Por tanto, no había razón para que Praxis mandase a Art desde la Tierra. Tenía que haber gato encerrado. Y por eso el grupo evitaba el tema, para que Art no se viera obligado a mentir, encogerse de hombros o apelar de manera explícita a la confidencialidad.

Art se habría sentido incómodo en cualquiera de esas actitudes, y apreció el tacto que demostraban. Pero eso imponía también una cierta distancia en las conversaciones. Fuera de las clases de orientación raras veces coincidía con los otros recién llegados de Praxis, y no conocía a nadie mas en la ciudad o en el planeta. Se sentía un poco solo y veía transcurrir los días con una creciente sensación de inquietud, de opresión incluso. Seguía ocultando el panorama de la caldera con las cortinas y comía en restaurantes alejados del borde. La situación empezó a parecerse a la vivida en el *Ganesh,* que ahora recordaba como terrible. Algunas veces tenía que rechazar la sensación de que había sido un error dejar la Tierra.

Por eso, después de la última charla de orientación, en un almuerzo informal en el edificio de Praxis, Art bebió más de lo acostumbrado e inhaló de una alta bombona un poco de óxido nitroso. Le habían dicho que la inhalación de drogas recreativas era una costumbre bastante extendida entre los obreros de la construcción marcianos, e incluso había pequeñas bombonas de diversos gases en los expendedores de algunos lavabos públicos. En verdad, el óxido nitroso incrementaba la cualidad burbujeante del champán; era una buena combinación, como los cacahuetes y la cerveza, o el helado y la tarta de manzana.

Luego paseó por las calles de Sheffield saltando erráticamente, sintiendo que el champán nitroso combinado con la gravedad marciana lo hacía sentirse demasiado ligero. Técnicamente pesaba alrededor de cuarenta kilos en Marte, pero mientras caminaba se sentía como si sólo fueran cinco. Una sensación extraña y desagradable. Como si caminase sobre vidrio encerado.

Estuvo a punto de chocar con un hombre joven, un poco más alto que él, de cabellos negros, esbelto y grácil como un pájaro, que lo esquivó y luego lo ayudó a mantener el equilibrio, todo con el mismo movimiento suave y fluido.

El joven lo miró a los ojos.

—¿Es usted Arthur Randolph?

—Sí —contestó Art sorprendido—. Yo soy. ¿Y quién es usted?

—Soy la persona que contactó con William Fort —dijo el joven.

Art se detuvo bruscamente, y se balanceó. El joven lo mantuvo derecho con una suave presión, y Art sintió el calor de la mano en su brazo. El joven sonreía amigablemente y su mirada era franca. Debía de tener unos veinticinco años, juzgó Art, o tal vez menos; un joven apuesto de piel cobriza, gruesas cejas negras y ojos ligeramente asiáticos sobre unos pómulos prominentes. Una mirada inteligente y curiosa, y un magnetismo indefinible.

A Art le cayó bien sin que pudiera decir por qué. Era sólo una sensación.

—Llámame Art —dijo.

—Yo soy Nirgal —dijo el joven—. Bajemos al Parque del Mirador.

Art lo siguió por el herboso bulevar que llevaba al parque del borde. Allí pasearon por el sendero que corría junto al muro exterior, y Nirgal lo ayudó a controlar sus movimientos de borracho.

—¿Para qué ha venido? —preguntó Nirgal, y su voz y su expresión indicaban que no se trataba de una pregunta superficial.

Art fue cauto.

—Para ayudar.

—Así pues, ¿se unirá a nosotros?

De nuevo la actitud del joven reveló que se refería a algo diferente, fundamental.

Y Art contestó:

—Sí. Cuando ustedes quieran.

Nirgal sonrió, una rápida sonrisa de deleite que dominó sólo en parte antes de decir:

—Bien. Estupendo. Pero mire, debe saber que estoy haciendo esto por mi cuenta. ¿Comprende? Hay gente que no lo aprobaría. Por eso quiero que usted se introduzca entre nosotros como si fuese por accidente. ¿Le parece bien?

—Me parece bien. —Art sacudió la cabeza, confuso.— Es como pensaba hacerlo de todas maneras.

Nirgal se detuvo junto a la burbuja de observación, tomó la mano de Art y la retuvo. Su mirada, franca e impávida, era otro tipo de contacto.

—Bien. Gracias. De momento siga con lo que ha estado haciendo. Continúe con su proyecto de recuperación; nosotros lo recogeremos. Después volveremos a encontrarnos.

Y se marchó, cruzando el parque en dirección a la estación de trenes, moviéndose con los pasos delicados y largos propios de los jóvenes nativos. Art lo observó, tratando de recordar todos los detalles del encuentro y determinar por qué había sido tan denso. La mirada del joven, decidió; no la intensidad inconsciente que uno ve a veces en los jóvenes, sino otra cosa, una especie de energía humorística. Recordó la risa súbita del muchacho cuando Art había dicho (prometido) que se uniría a ellos. Art sonrió.

Cuando regresó a la habitación fue derecho a la ventana y descorrió las cortinas. Se sentó a la mesa que había junto a la ventana, activó el atril y buscó *Nirgal.* No había ninguna persona con ese nombre en los registros. Había un Nirgal Vallis, entre la Cuenca de Argyre y Valles Marineris, uno de los mejores ejemplos de canales excavados por el agua del planeta, decía el atril, largo y sinuoso. La palabra era el nombre babilonio de Marte.

Art volvió a la ventana y pegó la nariz al cristal. Miró abajo, hacia la garganta de la cosa, al corazón rocoso del monstruo. Las curvas surcadas de bandas horizontales, la ancha llanura circular tan lejos y tan abajo, la línea brusca donde se encontraba con el muro, los infinitos matices de castaño, orín, negro, tostado, anaranjado, amarillo, rojo... rojo allá donde mirase, todas las variaciones del rojo... Bebió el paisaje, por primera vez sin miedo. Y mientras contemplaba el

enorme corazón del planeta, un nuevo sentimiento saltó y reemplazó al miedo, y él se estremeció y saltó también, en una pequeña danza. Podía afrontar esa vista. Podía afrontar la gravedad. Había conocido a un marciano, un miembro de la resistencia, un joven con un extraño carisma, y lo volvería a ver, y conocería a otros... Estaba *en Marte.*

Unos días más tarde, en la pendiente occidental del Monte Pavonis, Art conducía un pequeño rover por una estrecha carretera paralela a una franja de escombros volcánicos con lo que parecía la vía de un tren cremallera encima. Había enviado un último mensaje codificado a Fort en el que le decía que partía, y había recibido la única respuesta hasta el momento: *Buen viaje.*

La primera hora de marcha le deparó un paisaje que todos le habían anunciado como el más espectacular. Pasó por encima del borde occidental de la caldera y empezó el descenso de la pendiente externa del vasto volcán. Esto ocurría sesenta kilómetros al este de Sheffield. Dejó atrás el borde sudoeste de la vasta meseta y muy abajo y muy lejos apareció un horizonte: una franja blanca y brumosa, ligeramente curva, como la vista que se tenía de la Tierra desde la ventanilla de un avión espacial. Y en cierto modo era lo mismo, porque la cumbre de Pavonis se levantaba unos veintiocho mil metros sobre Amazonis Planitia. Era un panorama soberbio, el recordatorio más contundente de la formidable altura de los volcanes de Tharsis. Y de hecho, en esos momentos tenía una magnífica vista del Monte Arsia, el volcán más meridional de los tres que jalonaban Tharsis, que se levantaba en el horizonte a su izquierda como un planeta vecino. ¡Y lo que parecía una nube negra al noroeste, en la línea del horizonte podía muy bien ser el Monte Olimpo!

Así que aunque aquel primer día de viaje fue todo cuesta atajo, Art mantuvo alto el ánimo. «¡Toto, es imposible que esto sea Kansas todavía!

¡Hemos salido... a visitar al mago! ¡El maravilloso mago de Marte!»

La carretera corría paralela a la línea de caída del cable, había golpeado la cara oeste de Tharsis con una fuerza tremenda, no tanta como durante la vuelta final, desde luego, pero si para crear los interesantes *superbuckies* que Art tenía que estudiar. Pero la Bestia con la que iba a reunirse ya había recuperado el material del cable en esa zona. Lo único que quedaba era una vía férrea de aspecto anticuado y otra de tren cremallera. La Bestia había fabricado esas vías a partir del carbono del cable, y había utilizado otras partes del cable y magnesio del suelo para construir vagonetas con alimentación autónoma que subían el material recuperado por la pendiente de Pavonis hasta las instalaciones de Oroboro en Sheffield. Un buen trabajo, pensó Art mientras observaba el avance de una pequeña vagoneta robot por la vía que llevaba a la ciudad. La vagoneta, negra y achaparrada, y movida por un sencillo motor que se agarraba a la vía cremallera, sin duda llevaba filamentos de nanotubo de carbono bajo aquel gran bloque rectangular de diamante. Art había oído hablar de eso en Sheffield, y no se sorprendió al verlo. El diamante se había recuperado de la doble hélice que reforzaba el cable, pero los bloques en realidad eran mucho menos valiosos que el filamento de carbono. Eran como una escotilla llamativa y nada más. Pero eran bonitos. En el segundo día de viaje, Art dejó atrás el inmenso cono de Pavonis y entró en la protuberancia de Tharsis propiamente dicha. Allí el terreno estaba sembrado de rocas y cráteres de meteoritos en mayor proporción que en la ladera

del volcán. Y en las zonas bajas todo estaba cubierto por un manto de nieve y arena, a partes iguales. Ésa era la pendiente de los neveros de Tharsis oeste, una zona donde las tormentas que venían del oeste descargaban montañas de nieve que nunca se derretía; se acumulaba año tras año y compactaba la nieve del fondo. De momento se trataba sólo de nieve aplastada, neveros, pero con los años la compactación convertiría las capas inferiores en hielo, y las vertientes serían glaciares.

Las pendientes estaban puntuadas por grandes rocas y pequeños anillos de cráteres, la mayoría de menos de un kilómetro de diámetro, y si no hubiese sido por la nieve arenosa que los llenaba se habría dicho que se habían abierto el día antes.

Art divisó a la Bestia a muchos kilómetros de distancia, recuperando el cable. La parte superior asomó en el horizonte occidental y durante la hora siguiente el resto fue haciéndose visible. La vasta pendiente desnuda parecía más pequeña que su gemela en el este. Pero cuando Art se acercó la Bestia se reveló tan grande como una manzana de bloques. Incluso tenía un agudo cuadrado en la base de un costado que parecía la entrada de un parking. Art condujo hacia ese agujero —la Bestia avanzaba tres kilómetros al día, de modo que no era ninguna hazaña alcanzarla—, y una vez dentro subió por una rampa curva que llevaba un túnel corto con una antecámara. Allí habló por radio con la de la Bestia, y unas puertas se cerraron detrás del rover; un minuto después pudo salir del coche y entrar en un ascensor, que le subió hasta la cubierta de observación.

No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que la vida dentro de la Bestia no era precisamente excitante, y después de consultarlo con Sheffield y de echarle una ojeada al cromatógrafo de iones del laboratorio, Art volvió al coche y salió a explorar los alrededores. Así funcionaban las cosas cuando se trabajaba en la Bestia, le había asegurado Zafir. Los rovers eran como los peces piloto que nadan alrededor de una gran ballena, y aunque la vista desde la cubierta de observación era hermosa, la mayoría de la gente acababa pasando buena parte del tiempo conduciendo por el exterior.

Y lo mismo hizo Art. El cable caído que se extendía delante de la Bestia mostraba claramente que allí el impacto había sido mucho más duro que en el tramo inicial. Un tercio del diámetro había quedado enterrado, y el cilindro estaba aplastado y mostraba profundas grietas alargadas en los costados que dejaban al descubierto su estructura, formada por manojos de filamentos de nanotubo de carbono, una de las sustancias más resistentes conocidas por la ciencia de los materiales,

aunque, según decían, el material del cable del ascensor actual era más fuerte aún.

La Bestia, cuatro veces más alta que el cable, trabajaba a horcajadas sobre esos escombros. El semicilindro carbonizado desaparecía en el interior de una abertura en la parte frontal; de las entrañas de la Bestia salía un estruendo sordo, lejano, casi subsónico. Y cada día, a eso de las dos de la tarde, una puerta en la parte trasera se abría sobre los raíles que excretaba la Bestia, y surgía una vagoneta coronada de diamante, centelleando a la luz del sol, y se deslizaba rumbo a Pavonis. Luego desaparecía por el alto horizonte oriental, en la aparente

«depresión» que se abría ahora entre Art y Pavonis, unos diez minutos después de haber emergido de su creadora.

Después de presenciar la partida diaria, Art solía salir en uno de los peces piloto para estudiar cráteres y grandes bloques aislados, aunque en realidad buscaba a Nirgal, o lo esperaba. Después de varios días de esta rutina, añadió el hábito de ponerse un traje y dar un *paseo* por el exterior durante unas horas cada tarde, y caminando junto al cable o al pez piloto, o adentrándose en el terreno circundante.

Era un terreno de aspecto extraño, no sólo a causa de la distribución regular de millones de rocas negras, sino porque los vientos cargados de arena habían esculpido fantásticas figuras en la nieve endurecida: aristas, troncos, hondonadas, colas en forma de lágrima detrás de las piedras... Esas figuras recibían el nombre de *sastrugi.* Era divertido caminar entre aquellas extravagantes y aerodinámicas extrusiones de nieve rojiza.

Hizo lo mismo día tras día. La Bestia avanzaba lentamente hacia el oeste. Art descubrió que la cara superior de las rocas desnudas castigadas por el viento a menudo estaban coloreadas por copos diminutos, escamas de liquen rápido, una especie que crecía deprisa, al menos para un liquen. Art recogió un par de piedras, y se las llevó a la Bestia, y leyó sobre esos líquenes con curiosidad. Eran al parecer fruto de la ingeniería genética, líquenes criptoendoliticos, es decir, que vivían en la roca, y a esa altitud su vida era precaria. El artículo decía que empleaban casi el noventa y ocho por ciento de su energía para sobrevivir, y menos del dos por ciento para reproducirse, lo cual representaba un gran avance con respecto a los especímenes terranos de los que procedían.

Pasaron los días, y luego las semanas. ¿Qué podía hacer? Siguió recogiendo liquen. Una de las variedades criptoendolíticas que encontró fue la primera especie capaz de sobrevivir en la superficie marciana, decía el atril, y había sido diseñada por miembros de los míticos Primeros Cien. Partió algunas rocas para poder observarlos más de cerca, y descubrió franjas de liquen que crecían en el centímetro más periférico de la roca: primero una banda amarilla, debajo una banda azul y luego una verde. Después de ese descubrimiento se detenía a menudo durante sus paseos, se arrodillaba y pegaba el visor a las rocas coloreadas que asomaban entre la nieve, asombrado por las crujientes escamas y sus hermosos colores: amarillo, oliva, verde caqui, verde bosque, negro, gris.

Una tarde detuvo el pez piloto muy lejos al norte de la Bestia, y salió a dar un paseo y recoger muestras. Cuando regresó, la puerta de la antecámara lateral del pez piloto no se abría.

—¿Qué demonios sucede? —dijo en voz alta.

Había pasado mucho tiempo y ya había olvidado que tarde o temprano tenia que ocurrir algo. Y por lo visto el suceso se presentaba como un fallo electrónico, suponiendo que ése fuera el suceso... Llamó por el intercomunicador y probó todos los códigos que conocía en el teclado de la puerta de la antecámara, pero sin resultado. Y como no podía entrar, tampoco podía activar los sistemas de emergencia. El intercomunicador del casco tenía un alcance muy limitado —el horizonte, para ser exactos—, lo que en Pavonis se reducía a la medida marciana, es decir, sólo unos pocos kilómetros en todas las direcciones. La Bestia había desaparecido bajo el horizonte, y aunque probablemente podía llegar caminando

hasta ella, habría un momento en que tanto la Bestia como el pez piloto estarían fuera de su vista, y él se encontraría solo, con un suministro de aire limitado...

De súbito el paisaje de sastrugi sucio asumió un matiz alienígena, tenebroso aun a la luz brillante del sol.

—Bueno, demonios —exclamó Art, tratando de pensar.

Después de todo estaba allí fuera para que la resistencia lo recogiese. Nirgal había dicho que parecería un accidente. Pero lo que estaba enfrentando podía no ser, desde luego, el accidente previsto; en cualquier caso, el pánico no le ayudaría. Sería mejor trabajar con la hipótesis de que se trataba de un problema real y tratar de resolverlo. Podía intentar llegar hasta la Bestia a pie o tratar de entrar en el pez piloto.

Todavía estaba pensando qué hacer y tecleando en el panel de la puerta como si fuera una estrella de la digitación cuando sintió unos golpecitos enérgicos en el hombro.

—¡Aaaah! —gritó, volviéndose de un salto.

Se encontró frente a dos personas con trajes y cascos viejos y arañados. A través de los visores podía verles la cara: una mujer con rostro de halcón, que parecía a punto de morderle, y un hombre bajo de rostro enjuto y negro, con gruesas trenzas canosas apretujadas contra los bordes del visor, como los marcos de cuerda que uno ve a veces en los restaurantes marineros.

Era el hombre quien le había tocado en el hombro. Levantó tres dedos, señalando la consola de muñeca de Art. Debía referirse a la frecuencia que utilizaban en el intercom. Art la sintonizó.

—¡Eh! —gritó, sintiéndose más aliviado de lo que debiera, considerando que probablemente aquello era un montaje de Nirgal y que en realidad nunca había estado en peligro—. ¡Eh! Me parece que el coche me ha dejado fuera. ¿Podrían llevarme?

Ellos lo miraron.

El hombre soltó una risotada espantosa.

—Bienvenido a Marte —dijo.

TERCERA PARTE

Deslizamiento largo

Ann Clayborne descendía por el Espolón de Ginebra. La carretera bajaba en zigzag y ella se detenía a menudo para tomar muestras de roca. La Autopista Transmarineris había sido abandonada después del 61, y ahora desaparecía bajo el sucio río de hielo y rocas que cubría el suelo de Coprates Chasma. La carretera era una reliquia arqueológica, un callejón sin salida.

Pero Ann estudiaba el Espolón de Ginebra, la porción final de un dique de lava mucho más largo, la mayor parte del cual estaba enterrada bajo la meseta que se extendía hacia el sur, uno de los varios diques —el cercano Melas Dorsa; el Felis Dorsa, más hacia el sur; el Solis Dorsa, hacía el oeste— perpendiculares a los cañones de Marineris y de un origen misterioso. Sin embargo, la pared sur de Melas Chasma había retrocedido, por colapso o por erosión, y la roca dura de uno de los diques había quedado al descubierto. Éste era el Espolón de Ginebra, que había proporcionado a los suizos una rampa perfecta para hacer bajar la carretera por la pared del cañón y que ahora le mostraba a Ann su hermosa base al descubierto. Era posible que el Espolón y sus diques hermanos se hubiesen formado por el agrietamiento concéntrico provocado por el levantamiento de Tharsis. Pero era igualmente posible que fuesen mucho más viejos, vestigios del sistema cuenca y cadena montañosa que predominaba en la antigüedad temprana, cuando el planeta estaba aún expandiéndose a causa de su fuerza. Si databa el basalto de la base del dique ayudaría a resolver la cuestión.

Conducía despacio el pequeño rover-roca por la carretera cubierta de hielo. Los movimientos del coche debían ser perfectamente visibles desde el espacio, pero no le importaba. Había recorrido el hemisferio meridional durante el año anterior sin tomar ninguna precaución, excepto cuando se acercaba a uno de los refugios para avituallarse, y nunca había ocurrido nada.

Alcanzó la base del Espolón, a corta distancia del río de hielo y roca que ahogaba el suelo del cañón. Salió del coche y arrancó unas muestras de la base de la última zanja con su martillo de geólogo. Estaba de espaldas al inmenso glaciar, sin prestarle la menor atención, concentrada en el basalto. El dique se elevaba ante ella hacia el sol, una rampa perfecta hasta la cima del acantilado, de tres mil metros de altura y que se prolongaba cincuenta kilómetros hacia el sur. A ambos lados del Espolón el inmenso acantilado sur de Melas Chasma se curvaba formando gigantescas ensenadas de extremos prominentes, a la izquierda, sobre el horizonte lejano, un punto insignificante, y a sesenta kilómetros a la derecha, un

promontorio inmenso que Ann llamaba Cabo Solis.

Mucho tiempo atrás Ann había dicho que la hidratación de la atmósfera aceleraría mucho la erosión, y en el acantilado que rodeaba el Espolón había signos que confirmaban esa predicción. La *ensenada entre el Espolón de Ginebra y Cabo Solis siempre había sido profunda, pero unos aludes recientes revelaban que su profundidad crecía deprisa. Sin embargo, incluso las cicatrices más frescas, igual que el resto de los barrancos y estratos del acantilado, estaban cubiertas de escarcha. La gran pared tenía la coloración de Sión o Bryce después de una nevada: montículos rojos rayados de blanco.*

En el suelo del cañón, a uno o dos kilómetros al oeste del Espolón de Ginebra y paralela a él, había una cresta negra muy baja. Intrigada, Ann caminó hasta ella. Al examinar de cerca la cresta, que no le llegaba más allá del pecho, descubrió que parecía estar constituida del mismo basalto que el Espolón. Sacó el martillo y arrancó una muestra.

Advirtió un movimiento por el rabillo del ojo y se incorporó para mirar. El Cabo Solis estaba perdiendo la nariz. Una nube roja se hinchaba en la base de la pared.

¡Un corrimiento de tierras! Activó el cronómetro, bajó los binoculares sobre el visor y graduó el objetivo hasta que tuvo el promontorio distante bien enfocado. La nueva roca dejada al descubierto por la ruptura era negruzca y parecía casi vertical: una falla de enfriamiento en el dique, quizá... si es que se trataba de un dique. La roca parecía basalto. Y parecía también que la fisura se había extendido por los cuatro mil metros de altura del acantilado.

El frente del acantilado desapareció en la nube de polvo, que se hinchaba como si hubiese estallado una gigantesca bomba. Una explosión, casi subsónica, fue seguida por un débil bramido, como el de trueno lejano. Miró su muñeca: poco menos de cuatro minutos. La velocidad del sonido en Marte era de 252 metros por segundo: la distancia de sesenta kilómetros quedó pues confirmada. Había presenciado el desprendimiento casi desde el principio.

En el interior de la ensenada, una porción más pequeña del acantilado se desplomó también, sin duda a causa de las ondas de choque. Pero parecía una piedrecita que caía en comparación con el promontorio colapsado, que tenía que estar compuesto de millones de metros cúbicos de roca. Era fantástico contemplar uno de los grandes desprendimientos de tierra: la mayoría de areólogos y geólogos tenían que conformarse con simulaciones por ordenador. Unas pocas semanas en Valles Marineris les solucionaría el problema.

Y allí venía, deslizándose sobre el suelo por el borde del glaciar, una masa negra de poca altura coronada por una nube de polvo encrespada,

como en un film ralentizado de un cumulonimbo aproximándose con efectos de sonido incluidos. La masa estaba a bastante distancia del cabo, y con un sobresalto Ann se dio cuenta de que estaba presenciando un desprendimiento de tierra con deslizamiento largo. Se trataba de un fenómeno extraño, uno de los enigmas no resueltos de la geología. La gran mayoría de los deslizamientos avanzaban horizontalmente menos del doble de la altura de caída. Pero algunos de los más grandes parecían desafiar las leyes de la fricción, y recorrían horizontalmente diez veces su caída vertical, y a veces incluso veinte o treinta veces. Recibían el nombre de deslizamientos largos, y nadie había descubierto por qué ocurrían. El Cabo Solis había caído cuatro kilómetros, y por tanto tendría que

haber recorrido no más de ocho. Pero ahí estaba, avanzando cañón abajo por el suelo de Melas, directamente hacia Ann. Si recorría sólo quince veces su caída vertical, pasaría por encima de ella y se estrellaría contra el Espolón de Ginebra.

Ajustó el objetivo de los binoculares para enfocar el frente del desprendimiento, visible sólo como una masa agitada bajo la nube de polvo ondulante. Advirtió que su mano temblaba contra el visor, pero no sentía miedo, ni pesar... sólo una sensación de liberación. Todo terminaba ya, y no era culpa de ella. Nadie podría culparla por eso. Ella siempre había dicho que la terraformación la mataría. Rió brevemente y luego entrecerró los ojos, tratando de enfocar mejor el frente de roca. Las primeras hipótesis para explicar los deslizamientos largos confirmaban que la roca se deslizaba sobre una capa de aire atrapada bajo el muro; pero antiguos deslizamientos largos descubiertos en Marte y la Luna habían puesto en duda esa explicación, y Ann coincidía con quienes argumentaban que el aire atrapado bajo la roca se difundía rápidamente hacia la superficie. No obstante, tenía que haber alguna clase de lubricante, y otras teorías proponían una capa de roca fundida originada por la fricción del deslizamiento, ondas acústicas causadas por la caída, o la fricción altamente energética de las partículas atrapadas en la base del deslizamiento. Ninguna de estas hipótesis era del todo satisfactoria, y no había certezas. Lo que se estaba acercando a ella era un misterio fenomenológico.

No había indicios en la masa que se aproximaba bajo la nube de polvo que favoreciera una de esas teorías. Desde luego, no tenía el brillo incandescente de la lava fundida, no había manera de juzgar si era lo suficientemente intenso como para cabalgar sobre su propio estampido sónico. Avanzaba, en cualquier caso, y al parecer Ann iba a tener la ocasión de investigar el fenómeno in situ: su última contribución a la geología, perdida en el momento de realizarla.

Comprobó el cronómetro, y le sorprendió descubrir que ya habían transcurrido veinte minutos. Los deslizamientos largos eran conocidos por su velocidad; el deslizamiento de Blackhawk en el Mojave había avanzado a una velocidad estimada de 120 kilómetros por hora, y eso que bajaba por una pendiente de sólo dos grados. Melas era un poco más empinada. Y el frente del deslizamiento se acercaba deprisa. El sonido estaba subiendo, como el de un trueno cercano. La nube de polvo se elevó y ocultó el sol del atardecer.

Ann se volvió y contempló el gran glaciar de Marineris. Había estado a punto de morir allí en más de una ocasión, cuando era un acuífero reventado fluyendo por las grandes cañones. Y Frank Chalmers había muerto allí, y yacía sepultado en algún lugar bajo el hielo, muy lejos corriente abajo. Muerto a causa de un error de ella, y el remordimiento nunca la había abandonado. Sólo había sido un momento de distracción, pero un error al fin y al cabo. Y algunos errores son irreparables.

Y luego también había muerto Simón, sepultado por una avalancha de sus propios glóbulos blancos. Ahora le tocaba a ella. La sensación de alivio era tan aguda que le dolía.

Se encaró con la avalancha. La roca visible en la base parecía rebotar, parecía, pero no se deslizaba sobre sí misma como una ola desigual. Entonces era cierto que lo hacía sobre algún tipo de lubricante. Los geólogos habían descubierto praderas casi intactas en la superficie de desprendimientos de tierra que se habían desplazado muchos kilómetros, así que esto confirmaba lo que ya se sabía; pero seguía pareciendo muy extraño, incluso irreal: una muralla baja que avanzaba sobre el suelo sin rodamientos, como por arte de magia. El suelo temblaba bajo sus

pies, y descubrió que apretaba los puños. Pensó en Simón, luchando con la muerte y siseó. Le parecía injustificable pararse allí esperando el fin; Ann sabía que él no lo aprobaría. Y como homenaje a su espíritu, Ann bajó de la cresta de lava y se apoyó en la rodilla detrás de ella. El grano grueso del basalto se veía mate. Sintió las vibraciones y levantó la vista al cielo. Había hecho lo que había podido, nadie podía culparla. De todas maneras era estúpido que pensara en esas cosas: nadie sabría nunca lo que ella hacía allí, ni siquiera Simón. Él se había ido. Y el Simón que habitaba en su interior nunca dejaría de atormentarla, sin importar la que hiciese. Era hora de descansar y dar las gracias. La nube de polvo rodó sobre la cresta, se levantó un viento súbito...

¡Boom! El impacto acústico la derribó, y luego la levantó y la arrastró por el suelo, y las rocas la aporrearon. La envolvió la oscuridad, estaba a cuatro patas, rodeada de polvo, el fragor de las rocas que lo llenaba todo, el suelo se sacudía bajo sus pies como un animal salvaje...

Las sacudidas disminuyeron. Aún estaba a cuatro patas, y sentía la roca fría a través de los guantes y las rodilleras. Ráfagas de viento despejaron poco a poco el aire. Ann estaba cubierta de polvo y pequeños fragmentos de roca.

Temblorosa, se puso de pie. Le dolían las palmas de las manos y las rodillas, y una de las rótulas estaba entumecida por el frío. Se había torcido la muñeca izquierda, y sintió una punzada de dolor. Se encaramó a la cresta y miró alrededor. El deslizamiento se había detenido a unos treinta metros. El terreno que había en medio estaba cubierto de cascotes, pero el borde del desprendimiento era una pared negra de basalto pulverizado, inclinada hacia atrás en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y de veinte o veinticinco metros de altura. Si se hubiese quedado de pie sobre la cresta, el impacto del aire la habría matado.

—Maldito seas —le dijo a Simón.

El borde norte había corrido hasta el glaciar de Melas derritiendo el hielo y mezclándose con él en una humeante artesa de rocas y barro. La nube de polvo impedía ver con claridad. Ann se acercó al pie del desprendimiento. La roca de la base todavía estaba caliente y no parecía más fracturada que la de arriba. Ann contempló el nuevo muro negro; le zumbaban los oídos. No es justo, pensó. No es justo.

Regresó al Espolón de Ginebra, mareada y aturdida. El rover seguía en la carretera sin salida, cubierto de polvo pero intacto. Durante unos minutos se negó a tocarlo. Volvió la vista hacia la larga masa humeante del desprendimiento: un glaciar negro junto a uno blanco. Al fin, abrió la puerta de la antecámara y se metió dentro. No tenía elección.

Ann conducía un poco cada día, salía y paseaba por el planeta, y continuaba con su trabajo obstinadamente, como un autómata.

A ambos lados de la protuberancia de Tharsis se abría una depresión. Al oeste, Amazonis Planitia, una llanura baja que se internaba profundamente en las zonas altas del sur. Al este, la Artesa de Chryse, una depresión que nacía en la Cuenca de Argyre y atravesaba Margaritifer Sinus y Chryse Planitia, su punto más bajo. La media de altura de la artesa era dos mil metros más baja que sus alrededores, y el terreno caótico marciano y buena parte de los antiguos canales de inundación se encontraban en ella.

Ann condujo en dirección este siguiendo el borde meridional de Marineris hasta que se encontró entre Nirgal Vallis y el Aureum Chaos. Se detuvo para reabastecerse en el refugio Dolmen Tor, el lugar a donde Michel y Kasei los habían llevado en la parte final de su escapada por Marineris, en 2061. Ver de nuevo el pequeño refugio no la afectó; apenas lo recordaba. Todos los recuerdos estaban desvaneciéndose, y eso la confortaba. En verdad, ella lo fomentaba concentrándose en el presente con tal intensidad que incluso los instantes se desvanecían, fogonazos que rasgaban la niebla, como los recuerdos en su mente.

Con toda seguridad, la artesa era anterior al caos y los canales de inundación. La protuberancia de Tharsis había sido una tremenda fuente de desgasificación: las fracturas radiales y concéntricas que la rodeaban habían arrojado a la atmósfera los elementos volátiles emanados por el núcleo caliente del planeta. El agua del regolito se había escurrido por las pendientes hacia las depresiones a ambos lados de la protuberancia. Era posible que las drepesiones fueran el resultado directo del levantamiento de la protuberancia, que la litosfera se hubiese curvado hacia abajo en las cercanías de los puntos donde había sido empujada hacia arriba. O podía ser que el manto se hubiese hundido bajo las depresiones, del mismo modo que se había levantado bajo la protuberancia. Los modelos de convección estándar avalaban esa hipótesis, el flujo ascendente tenía que retroceder en algún punto, después de todo, plegándose a los lados y arrastrando la litosfera hacia abajo en el retroceso.

Mientras tanto, en el regolito el agua se había escurrido por las pendientes según su costumbre, y se había acumulado en las artesas, hasta que los acuíferos reventaron y la corteza que los cubría se colapso: de ahí los canales de inundación y el caos. Era un buen modelo de trabajo, plausible y sólido, y explicaba muchos accidentes areológicos.

Ann pasaba los días conduciendo y caminando, buscando una confirmación de la hipótesis de la convección del manto para la artesa de Chryse, vagando por la superficie del planeta, comprobando viejos sismógrafos y recogiendo muestras de roca. Era difícil abrirse camino en la parte norte de la artesa; los acuíferos reventados en 2061 casi bloquearon el camino, y dejaron sólo una estrecha franja entre el extremo oriental del gran glaciar de Marineris y la vertiente occidental de un glaciar menor que ocupaba todo el Ares Vallis. Esa franja era la única manera de cruzar el ecuador al este de Noctis Labyrinthus sin meterse en el hielo, y Noctis estaba a seis mil kilómetros de distancia. Por eso habían construido una pista y una carretera sobre la franja, y se había levantado una ciudad tienda

bastante grande en el borde del cráter Galileo. Al sur de Galileo la porción más estrecha de la franja sólo tenía cuarenta kilómetros de ancho, una zona de llanura navegable localizada entre la estribación oriental de Hydaspis Chaos y la parte occidental de Aram Chaos. Conducir por esa zona era complicado, y Ann avanzaba por el borde de Aram Chaos mirando el terreno destrozado.

Al norte de Galilei el camino mejoró. Y casi sin darse cuenta ya había dejado atrás la franja, y estaba en Chryse Planitia. Ése era el corazón de la artesa: tenía un potencial gravitatorio de –0.65; el punto más ligero del planeta, más aún que Hellas o Isidis.

Pero un día condujo hasta lo alto de una colina solitaria y descubrió que había un mar de hielo en medio de Chryse. Un glaciar había bajado desde Simud Vallis acumulándose en el punto bajo de Chryse, y se había extendido hasta convertirse en un mar de hielo que se perdía en los horizontes al norte, nordeste y noroeste. Ann rodeó lentamente la orilla occidental y luego la orilla norte. El mar tenía unos doscientos kilómetros de ancho.

Cierto día, al caer la tarde, detuvo el rover en el borde de un cráter fantasmal y contempló la extensión de hielo quebrado: había habido tantos reventones en 2061... Buenos areólogos estaban trabajando con los rebeldes en aquellos días: localizaban los acuíferos y preparaban explosiones o fusiones de reactor en el punto preciso donde las presiones hidrostáticas eran mayores. Era evidente que habían utilizado muchos de los descubrimientos de Ann.

Pero eso pertenecía al pasado, ahora desterrado. Todo eso se había ido. En aquel momento, sólo existía ese mar de hielo. Los viejos sismógrafos que había recuperado registraban sismos recientes en el norte, donde tendría que haber una actividad escasa. Quizá la fusión del casquete polar norte estaba empujando la litosfera hacia arriba, provocando así una multitud de pequeños aremotos. Pero los temblores registrados eran de período corto, más parecidos a explosiones que a aremotos. Había pasado más de una tarde estudiando la pantalla de la IA del rover, intrigada.

Conducía y caminaba. Dejó atrás el mar de hielo y siguió viajando en dirección norte, hacia Acidalia.

Las grandes llanuras del hemisferio norte se definían por lo general como regulares, y ciertamente lo eran comparadas con el caos o con las tierras altas del sur. Pero eso no significaba que fuesen llanas como un campo de deportes o la superficie de una mesa. Había ondulaciones por todas partes, montecillos y hondonadas, crestas de roca madre cuarteada, cuencas de acarreo, grandes campos rugosos de piedra, peñascos aislados y pequeños sumideros... Era un paisaje sobrenatural. En la Tierra, la tierra habría llenado las hondonadas, y el viento, el agua y la vida vegetal habrían erosionado las colinas desnudas, y todo el conjunto habría quedado sumergido o sería arrastrado o erosionado hasta la raíz por los hielos, o levantado por los movimientos tectónicos, todo arrasado y reconstruido docenas de veces durante eones, y siempre erosionado por los fenómenos meteorológicos y la biota. Pero esas antiquísimas llanuras onduladas, cuyas hondonadas habían sido excavadas por los impactos de los meteoritos, se habían mantenido intactas durante mil millones de años. Y se contaba entre las superficies más jóvenes de Marte.

Era difícil conducir por un terreno tan irregular, y bastante fácil perderse

dando un paseo, sobre todo sí el coche de uno estaba tras una de las rocas esparcidas por doquier. Sobre todo si uno estaba distraído. Más de una vez Ann tuvo que encontrar el rover por la señal de radio, y una vez casi tropezó con él antes de reconocerlo. En esas ocasiones se despertaba, o recobraba la conciencia; con las manos temblorosas, sobresaltada por algún ensueño olvidado.

Las mejores rutas de conducción eran las crestas bajas y los diques de roca madre expuesta. Si esas elevadas carreteras basálticas hubiesen estado conectadas entre sí, todo habría sido fácil. Pero por lo común estaban hendidas por fallas transversales, que al principio no eran más que resquebrajaduras y luego se iban haciendo cada vez más profundas y más anchas a medida que uno avanzaba, en secuencias que recordaban una barra de pan cortada a rodajas, hasta que las fallas menguaban y se rellenaban de cascotes y arena menuda, y el dique volvía a ser parte de un campo de piedras.

Continuó hacia el norte, hacia Vastitas Borealis. Acidalia, Borealis: los nombres antiguos eran tan extraños. Hacía lo posible por no pensar, pero durante las largas horas en el rover a veces era difícil evitarlo. En esas ocasiones era menos peligroso leer que tratar de mantener la mente en blanco. Así que escogía lecturas al azar de la biblioteca de su IA. A menudo acababa mirando mapas areológicos, y una tarde, a la puesta del sol, después de una de esas sesiones, estudió el origen de los nombres de Marte.

Resultó que la mayoría de los nombres procedían de Giovanni Schiaparelli. En sus mapas de telescopio había dado nombre a mas de un centenar de rasgos del albedo, muchos de ellos tan ilusorios como sus *canedi.* Pero cuando los astrónomos de 1950 habían regularizado un mapa de los rasgos del albedo con el que todos pudieran estar de acuerdo — accidentes que pudiesen fotografiarse—, muchos de los nombres de Schiaparelli se conservaron. Fue en cierto modo un tributo a su poder evocador. Schiaparelli era un burnanista y estudiante de astronomía bíblica, y en la nomenclatura que propuso había un batiburrillo de nombres latinos y griegos, y referencias bíblicas y homéricas. Pero tenía oído, había que reconocérselo. Una prueba de su talento era el contraste entre sus mapas y los de sus rivales del siglo XIX. El mapa de un ingles llamado Proctor, por ejemplo, se había basado en las descripciones de un tal reverendo William Dawes; y así, en el mapa de Proctor, en el que no había ninguna relación reconocible ni siquiera con los accidentes del albedo más conspicuos, existía un Continente Dawes, un Océano Dawes, un Estrecho Dawes, un Mar Dawes y una Bahía Bifurcada Dawes. Y también un Mar Etéreo, un Océano DeLaRue y un Mar de Beer. Había que reconocer que este último era un homenaje a un alemán, que había dibujado un mapa de Marte aún peor que el de Proctor. Comparado con ellos, Schiaparelli era un genio.

Pero no consistente. Y había algo erróneo en esa mezcla de referencias, algo peligroso. Los rasgos de Mercurio llevaban los nombres de grandes artistas, los de Venus, los de mujeres famosas. Podían conducir o volar sobre esos paisajes todo un día y sentir que vivían en un mundo coherente. Pero en Marte ellos paseaban sobre un horrendo revoltijo de sueños del pasado cuyos nombres no guardaban relación con el terreno real: el Lago del Sol, la Llanura del Oro, el Mar Rojo, la Montaña del Pavo Real, el Lago del Fénix, Cimmeria, Arcadia, el Golfo de las Perlas, el Nudo Gordiano, la Laguna Estigia, Hades, Utopía...

En las oscuras dunas de Vastitas Borealis las provisiones empezaron a escasear. Los sismógrafos registraban temblores diarios hacia el este, y Ann se encaminó hacia ellos. En sus paseos por el exterior estudiaba las dunas de arena granate y sus estratos, que revelaban los antiguos climas como los anillos de los árboles. Pero la nieve y los vientos estaban arrancando las crestas de las dunas. Los vientos del oeste podían ser muy fuertes, lo suficiente para levantar cortinas de arena de grano grueso y arrojarlas contra el vehículo. La arena siempre se depositaría formando dunas, era una cuestión de física, pero las dunas irían acelerando el paso en su lenta marcha alrededor del mundo, y el registro que ellas habían guardado de edades primitivas sería destruido.

Ann apartó ese pensamiento y estudió el fenómeno como si no hubiese nuevas fuerzas externas alterándolo. Se concentró en su tarea con la fuerza con que asía su martillo de geóloga para partir las rocas. El pasado iba siendo astillado pieza a pieza. Olvidado. Se negaba a pensar en él. Pero más de una vez salió bruscamente del sueño con la imagen de un deslizamiento largo avanzando hacia ella. Y entonces despertaba del todo, sudando y temblando, enfrentada al amanecer incandescente, el sol refulgiendo como trozo de azufre ardiente.

Coyote le había proporcionado un mapa con la situación de sus refugios ocultos, y Ann llegó a uno de ellos, enterrado en un grupo de bloques de piedra del tamaño de una casa. Se abasteció y dejó una breve nota de agradecimiento. El último itinerario que le había dado Coyote indicaba que se proponía pasar por esa zona muy pronto, pero no había señales de él, y esperar sería inútil. Continuó el viaje.

Conducía, caminaba. Pero no podía evitarlo: el recuerdo del deslizamiento la perseguía. Lo que la molestaba no era haber tenido una escaramuza con la muerte; eso le había ocurrido muchas veces, y seguramente sin que ella se diera cuenta. Lo que la molestaba era lo arbitrario del suceso. No tenía nada que ver con el valor o la aptitud; era puramente aleatorio. Un equilibrio discontinuo, pero sin equilibrio. Los efectos no eran consecuencia de las causas. Fue ella quien pasó demasiado tiempo en el exterior, exponiéndose a la radiación, pero fue Simón quien murió, y ella la que se había dormido al volante, pero fue Frank el que murió. Era pura casualidad, una supervivencia o desaparición accidental.

Costaba creer que la selección natural había intervenido de alguna forma en tal universo. Allí, bajo sus pies, en las depresiones entre las dunas, las arqueobacterias estaban desarrollándose en los granos de arena; pero la atmósfera estaba ganando oxígeno muy deprisa, y todas esas arqueobacterias morirían, excepto aquellas que se encontrasen bajo tierra por accidente, fuera del alcance del oxígeno que ellas mismas habían respirado, un oxígeno que era venenoso para ellas. ¿Selección natural o accidente? Te quedabas quieta, respirando gases, mientras la muerte corría a tu encuentro, y acababas cubierta de rocas y morías, o cubierta de polvo y vivías. Y nada de lo que hicieras decidía en esa disyuntiva. Nada de lo que hicieras importaba. Una tarde después de su paseo, mientras leía esperando la hora de la cena, se enteró de que la policía zarista se había llevado a Dostoievski para ejecutarlo. Pero lo habían devuelto a la prisión después de hacerlo esperar durante horas que le llegara el turno. Ann terminó de leer sobre el incidente y se sentó en el asiento del conductor, con los

pies en el salpicadero, mirando la pantalla sin verla. Otro crepúsculo chillón se derramaba a través del parabrisas sobre ella, el sol extremadamente grande y brillante en la atmósfera que se espesaba. Dostoievski había cambiado para toda la vida, declaraba el escritor con la fácil omnisciencia de la biografía. Un epiléptico con propensión a la violencia y a la desesperanza. Ese hombre había sido incapaz de integrar la experiencia. Perpetuamente airado. Tímido. Poseído.

Ann meneó la cabeza y rió, furiosa con el idiota que no entendía nada. Claro que no integró la experiencia, porque no tenia sentido. La experiencia no podía ser integrada.

Al día siguiente, una torre asomó en el horizonte. Ann detuvo el coche y la observó a través del telescopio del rover. Detrás de la torre se extendía una densa niebla baja. Los temblores registrados por los sismógrafos eran muy intensos ahora, y parecían proceder de algún punto un poco más al norte. Incluso sintió uno, lo cual teniendo en cuenta los amortiguadores del coche, significaba que eran sismos muy fuertes. Era muy probable que estuviesen relacionados con la torre.

Salió del coche. Faltaba poco para el crepúsculo: el cielo era un gran arco de colores violentos y el sol se hundía en el oeste brumoso. Tendría el sol detrás y eso haría difícil que la vieran. Avanzó serpenteando entre las dunas, y se arrastró los últimos metros del camino. Trepó a una cresta y se asomó: divisó la torre a un kilómetro al este. Cuando vio lo cerca que estaba de la base del edificio, pegó la barbilla al suelo, entre deyecciones del tamaño de su casco.

Se trataba de una operación de perforación móvil importante. La enorme base estaba flanqueada por orugas gigantescas, como las que se usaban para mover los cohetes grandes en los puertos espaciales. La torre de perforación se elevaba sobre ese mastodonte más de sesenta metros, y en la base y la parte baja se alojaban los técnicos y se guardaba el equipo y los suministros.

Más allá, a corta distancia bajando por una suave pendiente, había un mar de hielo. Inmediatamente al norte de la perforadora, las crestas de los grandes barjanes todavía asomaban entre el hielo, al principio como una playa llena de baches, luego como centenares de islas en forma de medialuna. Pero un par de kilómetros más allá las crestas desaparecían, y sólo había hielo.

El hielo era puro, limpio, de un púrpura translúcido bajo el sol poniente, más transparente que cualquier hielo que ella hubiese visto en la superficie marciana, y liso, no fracturado como en los glaciares. Humeaba débilmente, y el viento arrastraba el vapor escarchado hacia el este. Y allí, como hormigas, unas figuras con traje y casco patinaban sobre el hielo.

Comprendió todo en cuanto vio el hielo. Hacía mucho tiempo, ella misma había confirmado la teoría del gran impacto, que explicaba la dicotomía entre los hemisferios: el hemisferio norte, basto y liso, era una cuenca de impacto gigantesca, el resultado de una apenas imaginable colisión en la era antigua entre Marte y un planetesimal casi tan grande como él. La roca del cuerpo de impacto que no se había vaporizado se había integrado en Marte, y se debatía en las publicaciones especializadas si los movimientos irregulares del manto que habían originado la protuberancia de Tharsis eran desarrollos posteriores de las

perturbaciones originadas por el impacto. Para Ann eso no era plausible, pero sí era evidente que el gran choque se había producido, destruyendo la superficie de todo el hemisferio norte hasta reducir su altura una media de cuatro mil metros con relación al sur. Un impacto impresionante, pero así era la edad antigua. Era casi seguro que un impacto de magnitud similar hubiese provocado el nacimiento de la Luna a partir de la Tierra. De hecho, había algunos antiimpactistas que se resistían a aceptarlo argumentando que si Marte hubiese sido golpeado con esa dureza, habría tenido una luna del mismo tamaño.

Pero ahora, tendida en el suelo, mirando la plataforma de perforación, recordó que el hemisferio norte era aún más bajo de lo que había parecido en un primer momento: el suelo de roca madre estaba a una profundidad de cinco mil metros bajo las dunas. El impacto había alcanzado esa profundidad, y luego la depresión se había vuelto a llenar en su mayor parte con una mezcla de deyecciones procedentes del mismo impacto, gravas y arenas transportadas por el viento, materiales de impactos posteriores, materiales de erosión que caían de la pendiente del Gran Acantilado. Y agua. Sí, agua, que buscaba el punto más bajo, como siempre. El agua del manto anual de escarcha y de los antiguos acuíferos reventados y de la desgasificación de las burbujas en el lecho de roca, y de la sublimación del hielo del casquete polar, con el tiempo había migrado a esa zona profunda, y se había combinado para formar una enorme reserva subterránea, un embalse de hielo y agua líquida que formaba una banda subyacente alrededor del planeta al norte de los sesenta grados de latitud norte, interrumpido irónicamente, por una isla de roca madre en la que se asentaba el casquete polar.

La misma Ann había descubierto ese mar subterráneo muchos años antes, y según sus estimaciones entre el sesenta y setenta por ciento del agua de Marte se encontraba allí. Era en realidad el Oceanus Borealis del que algunos terraformadores hablaban, pero enterrado profundamente y congelado, y mezclado con regolito y gravas densas: un océano de permafrost, con algo de líquido en las profundidades del lecho de roca. Encerrado allí abajo para siempre, o eso había creído ella, porque por más calor que aplicaran los terraformadores a la superficie del planeta el océano de permafrost nunca se derretiría a más de un metro por milenio. Y aún así permanecería bajo tierra por una simple cuestión de gravedad.

De ahí la plataforma de perforación delante de sus narices. Estaban sacando el agua. Bombeaban los acuíferos líquidos directamente, y derretían el permafrost con explosivos, probablemente nucleares, y luego canalizaban lo derretido y lo bombeaban a la superficie. El peso de las capas superiores de regolito ayudaría a empujar el agua hacia arriba por las tuberías, y el peso del agua en la superficie ayudaría a bombear más. Sí había muchas plataformas como aquélla, podrían bombear mucha agua a la superficie. Con el tiempo crearían un mar poco profundo, que se congelaría y sería un mar de hielo otra vez durante un tiempo. Pero con el calentamiento de la atmósfera, la luz solar, la acción bacteriana, los vientos en aumento... se derretiría de nuevo. Y entonces habría un Oceanus Borealis. Y la antigua Vastitas Borealis con sus dunas granate oscuro que envolvían el mundo sería el fondo de ese mar. Inundada.

Regresó al vehículo en la luz crepuscular, moviéndose con torpeza. Le costó abrir la antecámara y luego quitarse el casco. Permaneció más de una hora

sentada inmóvil delante del microondas, con imágenes fugitivas revoloteándole por la cabeza. Hormigas achicharrándose bajo una lupa, un hormiguero inundado detrás de un dique de barro... Había pensado que nada podía alcanzarla ya en esa existencia prepóstuma que vivía. Pero las manos le temblaban y no podía enfrentarse al salmón con arroz que se enfriaba en el microondas. Marte Rojo se había ido. Sentía el estómago como una pequeña piedra en su interior. En el devenir aleatorio de la contingencia universal nada importaba; y sin embargo, sin embargo...

Se alejó del lugar. No se le ocurría qué otra cosa hacer. Regreso al sur, conduciendo por las pendientes bajas, dejando atrás Chryse y su pequeño mar de hielo. Con el tiempo se convertiría en una bahía del océano mayor. Se concentró en su tarea, o lo intento. Se esforzó por no ver más que rocas, por pensar como una piedra.

Cierto día atravesó una llanura de pequeñas rocas negras. La llanura era más regular que de costumbre, el horizonte a los cinco kilómetros de distancia habituales, familiar desde la Colina Subterránea y el resto de las tierras bajas. Un mundo reducido y atestado de pequeñas rocas negras, como pelotas fósiles de diferentes deportes, sólo que negras y facetadas. Eran los *ventifacts.*

Salió del rover para echar un vistazo. Las rocas la atraían. Se alejó un buen trecho hacia el norte.

Un frente de nubes bajas se aproximaba, y sintió el embate del viento. En la oscuridad prematura de la tarde súbitamente tormentosa, el campo de rocas adquirió una extraña belleza. Ann estaba en una zona mortecina entre dos planos de agitada oscuridad.

Las rocas eran basálticas, y los vientos habían erosionado las caras expuestas hasta alisarlas por completo. Quizás habían pasado un millón de años desde esa primera raspadura. Y después las arcillas subyacentes habían sido arrastradas, o un raro aremoto había sacudido la región, y la roca se había desplazado a una nueva posición, exponiendo una superficie diferente. Y el proceso se había iniciado otra vez. Una nueva faceta había sido trabajada poco a poco por el incesante roce de partículas abrasivas micronizadas, hasta que de nuevo cambió el equilibrio de la roca, o bien otra roca la golpeó, o algo alteró su posición. Y el proceso se repitió con cada roca de esa pedriza: cambiando de posición cada millón de años, y luego expuestas al viento dia tras dia, año tras año. Había *einkanters,* de una sola faceta, y *dreikanters,* de tres facetas —*fierkanters, funfkanters...—,* toda la gama, hasta llegar a casi perfectos hexaedros, octaedros, dodecaedros. Ventifacts. Ann los levantaba preguntándose cuántos años representaban cada una de sus facetas, preguntándose si tal vez su mente no revelaría una erosión similar, grandes secciones pulidas por el tiempo.

Empezó a nevar: primero cristalitos que remolineaban, luego grandes copos blandos traídos por el viento. La temperatura era relativamente cálida en el exterior. Luego el fuerte viento vomitó una mezcla de granizo y nieve mojada. A medida que avanzaba la tormenta, la nieve se tornó muy sucia: debía llevar mucho tiempo circulando por la atmósfera y había acumulado gravas, polvo y partículas de humo, y había cristalizado más agua, y hielo, luego había subido, atrapada por otra corriente ascendente en el cúmulo-nimbo, y había bajado, y así

una y otra vez, hasta que al fin lo que caía era casi negro. Nieve negra. Luego cayó una especie de barro helado, que se acumulaba en los hoyos y las rendijas de los ventifacts, cubriendo las cimas, y desbordándose por los costados, pues el viento intenso provocaba un millón de pequeñas avalanchas. Ann se tambaleó sin rumbo, sin propósito, hasta que se torció un tobillo y se detuvo, respirando entrecortadamente, con una roca apretada en la mano enguantada y fría. Comprendió que el deslizamiento largo seguía avanzando. Y la nieve fangosa cayó a mares del aire negro, enterrando la llanura.

Pero nada dura, ni siquiera la piedra, ni siquiera la desesperación.

Ann regresó al rover, sin saber cómo ni por qué. Viajó un poco cada día, y sin proponérselo de manera consciente regresó al escondite de Coyote. Se quedó allí una semana, paseando por las dunas y comiendo a regañadientes.

Entonces, un día:

—Ann, ¿di da do?

Sólo entendió la palabra *Ann.* Turbada por la reaparición de su glosolalía, agarró el micrófono de la radio y trató de hablar. No salió más que un sonido ahogado.

—Ann, ¿di da do? Era una pregunta.

—Ann —dijo ella como si vomitara.

Diez minutos más tarde el hombre entraba en el rover y la abrazaba.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —preguntó Coyote.

—No... no mucho.

Se sentaron. Ann recobró el dominio de sí. Era como pensar, pensar en voz alta. Sin duda, ella todavía pensaba con palabras.

Coyote siguió hablando, quizás un poco más despacio que de costumbre, mirándola con atención.

Ella le preguntó sobre la plataforma de perforación en el hielo que había visto días antes.

—Ah. Me preguntaba si tropezarías con una de ellas.

—¿Cuántas hay?

—Cincuenta.

Coyote notó la expresión de Ann e hizo un pequeño gesto de asentimiento. Estaba comiendo vorazmente, y Ann pensó que él tal vez había llegado al refugio con los víveres agotados.

—Están invirtiendo un montón de dinero en esos grandes proyectos. El nuevo ascensor, esas perforadoras de agua, nitrógeno de Titán... un gran espejo entre nosotros y el sol, para arrojar más luz sobre el planeta.

¿Has oído hablar de eso?

Ella trató de dominarse. Cincuenta. Ah, Dios...

Eso la enfurecía. Había estado enfadada con el planeta por no concederle la liberación. Por amenazarla sin respaldar las amenazas con hechos. Pero esto era diferente, una clase diferente de cólera. Y ahora, allí sentada mirando a Coyote comer, pensando en la inundación de Vastitas Borealis, sintió la furia contrayéndose en su interior, como una nube de materia interestelar contrayéndose hasta que se colapsaba y se encendía. Era una furia ardiente y dolorosa. Y no obstante era lo mismo de siempre:

furia ante la terraformación. Una vieja emoción ardiente que se había convertido en nova en los primeros años, y que ahora se fundía y estallaba otra vez. Ella no quería, no quería. Pero, maldita sea, el planeta se estaba derritiendo bajo sus pies. Desintegrándose. Reducido a gachas por una empresa minera terrana.

Había que hacer algo.

Y en verdad ella tenía que hacer algo, aunque no fuese más que para llenar las horas que le quedaban antes de que algún accidente se apiadase de ella. Algo para ocupar las horas prepóstumas. La venganza de un zombi... ¿Y por qué no? Inclinada a la violencia, inclinada a la desesperanza...

—¿Quién está a cargo de la construcción? —preguntó.

—Principalmente, Consolidados. Hay fábricas construyéndolas en Mareotis y Punto Bradbury. —Coyote siguió engullendo en silencio, y luego la miró.— No te gusta eso, parece.

—No.

—¿Te gustaría detenerlo? Ella no contestó.

Coyote pareció entender.

—No me refiero a detener todo el esfuerzo de terraformación. Pero hay cosas que pueden hacerse. Volar las fábricas.

—Las reconstruirían en seguida.

—Nunca se sabe. Al menos los retrasaría. Eso podría darnos tiempo suficiente para preparar algo a escala global.

—¿Te refieres a los rojos?

—Sí. Creo que la gente los llamaba rojos. Ann sacudió la cabeza.

—Ellos no me necesitan.

—No. Pero tal vez tú sí los necesitas, ¿no? Y eres una heroína para ellos, ya lo sabes. Para ellos significaría mucho tenerte de su lado.

Ann volvía a tener la mente en blanco. Rojos... Nunca había creído en ellos, no creía que esa forma de resistencia sirviese para algo. Pero ahora... Bien, incluso si no funcionaba, sería mejor que quedarse sin hacer nada. ¡Darles con un palo en el ojo!

Y sí funcionaba...

—Deja que lo piense.

Hablaron sobre otras cosas. De pronto, un muro de fatiga se abatió sobre

Ann, lo que era extraño porque había pasado mucho tiempo sin hacer nada. Pero allí estaba. Hablar era un trabajo extenuante, y ella no estaba habituada. Y era difícil hablar con Coyote.

—Deberías irte a la cama —dijo él, interrumpiendo su monólogo—. Pareces cansada. Dame la mano... —La ayudó a levantarse. Ella se tendió en la cama, vestida, y Coyote la arropó con una manta.— Estás cansada. Me pregunto si no habrá llegado la hora de que recibas otro tratamiento de longevidad, muchachita.

—No me haré tratar nunca más.

—¡No! Me sorprendes, Ann. Pero duerme ahora. Duerme.

Viajó con Coyote hacia el sur. Por la noche, mientras cenaban, él le hablaba sobre los rojos. Eran un grupo abierto más que un movimiento con una organización rígida. Como toda la resistencia. Ella conocía a varios de sus fundadores: Ivana, Gene y Raúl, del equipo de la granja, que habían acabado por discrepar con la areofanía de Hiroko y su insistencia en la viriditas; Kasei y Harmakhis y varios de los ectógenos de Zigoto; muchos seguidores de Arkadi, que habían bajado de Fobos y habían tenido diferencias con Arkadi sobre el valor de la terraformación para la revolución. Un buen número de bogdanovistas, incluyendo a Steve y Marian, se habían pasado a los rojos en los años posteriores a 2061, y lo mismo habían hecho seguidores del biólogo Schnelling, y algunos nisei y sansei, japoneses radicales de Sabishii, y árabes que querían que Marte continuara siendo árabe para siempre, y prisioneros fugados de Koroliov... Un puñado de radicales, en suma. No precisamente su tipo, pensó Ann, con la sensación residual de que su objeción a la terraformación era científica y racional. O al menos una posición ética o estética defendible. Pero entonces un relámpago de furia volvió a abrasarla, y sacudió la cabeza, disgustada consigo misma. ¿Quién era ella para juzgar la ética de los rojos? Al menos ellos habían expresado la ira que sentían, la habían descargado a diestro y siniestro. Aunque no hubiesen conseguido nada, probablemente se sentían mejor. Y quizá habían conseguido algo, al menos antes de que la terraformación hubiese entrado en esa nueva fase de gigantismo transnacional.

Coyote sostenía que los rojos habían retrasado considerablemente la terraformación. Algunos incluso llevaban un registro para tratar de cuantificar el efecto de sus estrategias. Existía también, dijo, una tendencia creciente entre algunos rojos a admitir que la terraformación era inevitable, y a buscar estrategias de terraformación de menor impacto.

—Se han hecho algunas propuestas muy detalladas sobre una atmósfera con una gran proporción de dióxido de carbono, caliente pero pobre en agua, que mantendría la vida vegetal; los humanos tendríamos que llevar máscaras, pero no destrozaríamos el mundo para construirlo a imagen y semejanza de la Tierra. Es muy interesante. También hay diferentes propuestas para lo que llaman ecopoyesis, o areobiosferas. Mundos en los que las zonas bajas tienen un clima ártico, en el límite de lo habitable, mientras que las zonas más altas permanecen por encima del grueso de la atmósfera, y por tanto en su estado natural, o cerca de él. Dicen que las calderas de los cuatro grandes volcanes se mantendrían invioladas en ese mundo.

Ann dudaba de que esas propuestas fuesen factibles o tuviesen los efectos

esperados. Pero los informes de Coyote la intrigaban de todos modos. Al parecer, él era un gran defensor de los esfuerzos de los rojos, y les había prestado mucha ayuda desde el principio, apoyándolos desde los refugios de la resistencia, poniendo en contacto a los diferentes grupos y ayudándolos a construir sus propios refugios, ubicados en su mayoría en las mesas y barrancos del Gran Acantilado, cerca de las actividades de terraformación, y en las que por tanto podían interferir con más facilidad.

Sí, Coyote era un rojo, o al menos un simpatizante.

—En realidad no soy nada de eso. Soy un viejo anarquista. Supongo que podrías llamarme booneano ahora, porque estoy en favor de la incorporación de cualquier cosa que ayude a conseguir un Marte libre. A veces creo que el argumento de que una superficie viable para los humanos favorece a la revolución es muy acertado. Otras veces, no. De todas formas, los rojos son una gran fuente de guerrilleros. ¡Y hago mía su opinión de que no estamos aquí para *reproducir* Canadá, por el amor de Dios! Por eso los ayudo. Soy bueno para encubrir y me gusta.

Ann asintió.

—¿Te unirás a ellos entonces? ¿O hablarás con ellos al menos?

—Lo pensaré.

Su concentración en las rocas se había hecho añicos. Ahora ya no podía permanecer ajena a los signos de vida de la superficie. En los diez y los veinte meridionales, el hielo de los glaciares de los acuíferos reventados se derretía en las tardes estivales, y el agua fría corría pendiente abajo, tallando en la tierra nuevas cuencas fluviales y transformando los taludes en lo que los ecologistas llamaban *fellfield,* islotes rocosos que albergaban las primeras comunidades de organismos vivos después de que los hielos se retirasen, con algas, líquenes y musgos. El regolito arenoso, infectado por el agua y por las microbacterias que flotaban en ella, se transformaba en *fellfield* a una velocidad pasmosa, descubrió Ann, y como resultado los frágiles accidentes geológicos se modificaban con rapidez. La mayor parte del regolito de Marte era tan árido que cuando el agua lo tocaba se producían poderosas reacciones químicas —se liberaban enormes cantidades de peróxido de hidrógeno, y las sales cristalizaban—; en esencia, el suelo se desintegraba y se transformaba en un barro arenoso que sólo sedimentaba corriente abajo, en terrazas colgadas llamadas cercos de solifluxión, y en nuevos *proto-fellfields* escarchados. Los accidentes geológicos estaban desapareciendo. La tierra se derretía. Luego de un largo día de marcha a través de terreno alterado de esa manera, Ann le dijo a Coyote:

—Tal vez hable con ellos.

Pero antes regresaron a Zigoto, o Gameto, donde Coyote tenía algunos asuntos pendientes. Ann se alojó en la habitación de Peter, porque él estaba ausente y la habitación que ella había compartido con Simón se destinaba a otros usos. No se habría alojado en ella de todas maneras. La habitación de Peter estaba debajo de la de Harmakhis, y era un segmento cilíndrico de bambú que contenía un escritorio, una silla, un colchón en forma de medialuna tendido en el suelo y una ventana que miraba al lago. Todo era igual y a la vez diferente en Gameto, y a pesar de los años que había pasado visitando Zigoto con regularidad,

no se sentía conectada con nada de todo aquello. De hecho, apenas recordaba cómo había sido Zigoto. Ann no quería recordar, practicaba el olvido con aplicación; cada vez que una imagen del pasado la asaltaba, ella se ponía en movimiento y se enfrascaba en algo que requiriese concentración: estudiaba muestras de roca o las lecturas de los sismógrafos, o preparaba comidas complicadas, o salía a jugar con los niños, hasta que la imagen se desvanecía, y el pasado era desterrado. Con práctica uno podía eludir el pasado casi por completo.

Una noche Coyote asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Peter.

—¿Sabías que Peter también es un rojo?

—¿Qué?

—Es un rojo. Pero trabaja por su cuenta, en el espacio sobre todo. Creo que después del viajecito en el ascensor le tomó el gusto.

—Por Dios —dijo ella con reprobación.

Aquello era otro accidente fortuito; Peter tenía que haber muerto cuando el ascensor cayó. ¿Qué posibilidades había de que una nave espacial pasara por allí y lo avistara, solo, en órbita areosincrónica? No, era ridículo. Nada existía salvo la casualidad.

Pero aun así seguía enfadada.

Se fue a la cama alterada por esos pensamientos, y en su duermevela intranquilo soñó que ella y Simón caminaban por la parte más espectacular de Candor Chasma, en aquel primer viaje juntos, cuando todo estaba inmaculado y nada había cambiado en mil millones de años; eran los primeros humanos que hollaban aquella vasta garganta de suelo estratificado y paredes inmensas. A Simón le había gustado tanto como a ella, y había permanecido silencioso y absorto en la realidad de la roca y el hielo; no había mejor compañero para un espectáculo tan glorioso. Pero en el sueño, una de las paredes gigantescas del cañón empezaba a derrumbarse, y Simón decía «Deslizamiento largo», y ella se despertó al instante, sudando.

Se vistió y salió de la habitación a dar un paseo por el pequeño mesocosmos bajo la cúpula, con su lago blanco y el *krummholz* que cubría las dunas bajas. Hiroko era un genio extraño: había concebido aquel lugar y luego había convencido a otros para unirse a ella y vivir allí. Había concebido tantos niños sin el permiso de los padres, sin control sobre la manipulación genética... Era una forma de locura, en verdad, fuese o no divina.

Por la playa helada del pequeño lago se acercaban algunos miembros de la prole de Hiroko. Ya no se podía llamarlos niños; los más jóvenes tenían quince o dieciséis años terrarios, y los mayores... Bien, los mayores estaban fuera, desparramados por el mundo. Kasei debía de tener ya cerca de cincuenta, y su hija Jackie casi veinticinco, una graduada por la nueva universidad de Sabishii, activa en la política del demimonde. Ese grupo de ectógenos estaba en Gameto de visita, como Ann. Paseaban por la playa, y Jackie encabezaba el grupo, una joven alta y esbelta de cabellos negros, bella e imperiosa, líder de su generación, sin duda. O quizá lo era el alegre Nirgal, o el reflexivo Harmakhis. Pero Jackie los conducía: Harmakhis la seguía con una lealtad perruna, e incluso Nirgal no le quitaba el ojo de encima. Simón quería mucho a Nirgal, y Peter también, y Ann

comprendía por qué: era el único en toda la banda de ectógenos de Hiroko que no la asqueaba. Los demás disfrutaban con su egocentrismo, reyes y reinas de su pequeño mundo, pero Nirgal había abandonado Zigoto poco después de la muerte de Simón, y regresaba en raras ocasiones. Había estudiado en Sabishii, iniciativa que había imitado Jackie. Y ahora pasaba la mayor parte del tiempo en Sabishii, o de viaje con Coyote o Peter, o visitando las ciudades del norte. ¿Era también un rojo? Pero le interesaban todas las cosas, era consciente de todo, corría por todas partes; era una especie de versión joven y masculina de Hiroko, si tal criatura era posible, pero menos extraño que Hiroko, más accesible, más humano. Ann nunca había sido capaz de mantener una conversación normal con Hiroko, que parecía una conciencia alienígena que daba significados enteramente diferentes a todas las palabras del lenguaje, y que a pesar de ser genial diseñando ecosistemas, no era un científico, sino más bien una especie de profeta. Por otro lado, Nirgal parecía descubrir intuitivamente lo que era de veras importante para su interlocutor, y se concentraba en eso, y preguntaba sin descanso, curioso, comprensivo, compasivo. Mientras lo veía seguir a Jackie por la playa, correteando de aquí para allá, Ann recordó la lentitud y el cuidado que ponía al caminar junto a Simón. Recordó lo asustado que había parecido aquella última noche, cuando Hiroko, de acuerdo con sus ideas tan peculiares, lo había llevado a despedirse de Simón. Había sido muy cruel hacer pasar a un niño por todo aquello, pero Ann no había hecho objeciones entonces; estaba desesperada y dispuesta a probar lo que fuera. Otro error que nunca podría reparar.

Clavó la vista en la arena dorada hasta que los ectógenos hubieron pasado. Era una vergüenza que Nirgal estuviera tan colgado de Jackie, pues era evidente que a ella él le traía sin cuidado. Jackie era una mujer notable a su manera, pero demasiado parecida a Maya: caprichosa y manipuladora, no se sentía vinculada a ningún hombre, excepto a Peter, quizás. Pero, afortunadamente (aunque no lo había parecido entonces), él había tenido un romance con la madre de Jackie, y no tenía el menor interés en ella. Un asunto turbio: Peter y Kasei seguían enemistados, y Esther se había ido para no volver. No era la mejor hora de Peter. Y sus efectos en Jackie... Oh, sí, habría efectos (allí, cuidado, una laguna negra en su propio pasado remoto), sí, durante toda la duración de sus mezquinas y sórdidas vidas, repitiendo sus círculos sin sentido...

Trató de concentrarse en la composición de los granos de la arena. El dorado no era un color habitual en la arena de Marte. Se trataba de un material granítico muy raro. Se preguntó si Hiroko lo había buscado o simplemente había tenido suerte.

Los ectógenos se habían alejado rumbo a la orilla opuesta del lago. Estaba sola en la playa, Simón en algún lugar bajo sus pies. Era difícil no conectar con nada de todo aquello.

Un hombre bajo venía caminando por las dunas hacia ella. Al principio pensó que era Sax, y luego Coyote; pero no era ninguno de los dos. El hombre pareció vacilar al verla, y en ese movimiento ella reconoció a Sax, pero un Sax con un físico muy cambiado. Vlad y Ursula le habían hecho algo de cirugía estética en la cara, suficiente para que no se pareciese al Sax de antes. Iba *a* trasladarse a Burroughs y a infiltrarse en una compañía biotécnica utilizando un pasaporte suizo y una de las identidades virales de Coyote. Se reincorporaba a la terraformación. Ann apartó la vista y miró el agua. Él se detuvo junto a ella y trató de hablarle: una conducta muy impropia de Sax, más guapo ahora, un viejo

memo atractivo. Pero seguía siendo el mismo, y ella estaba tan furiosa que apenas podía pensar, apenas podía recordar de qué hablaban un segundo antes.

—Tienes un aspecto muy diferente —fue todo lo que ella pudo recordar.

Necedades. Mirándolo, pensó «No cambiará nunca». Pero había algo que asustaba en aquella mirada afligida de su nueva cara, algo mortal que ella se negaba a evocar; y por eso Ann discutió hasta que él hizo una última mueca y se marchó.

Ella permaneció allí sentada largo tiempo, cada vez más aterida y turbada. Al fin apoyó la cabeza en las rodillas y cayó en una especie de sueño.

Los Primeros Cien la rodeaban, los vivos y los muertos, Sax en el centro, con la cara de antes y la peligrosa nueva mirada de desolación.

Sax dijo: —La red gana en complejidad.

Vlad y Ursula dijeron: —La red gana en salud. Hiroko dijo: —La red gana en belleza.

Nadia dijo: —La red gana en bondad.

Maya dijo: —La red gana en intensidad emocional —y detrás de ella John y Frank pusieron los ojos en blanco. Arkadi dijo: —La red gana en libertad.

Michel dijo: —La red gana en comprensión.

Detrás, Frank dijo: —La red gana en poder —y John le dio un codazo y gritó—: ¡La red gana en felicidad!

Y entonces todos miraron a Ann. Y ella se levantó, temblando de rabia y miedo, comprendiendo que sólo ella no creía en la posibilidad de que la red ganase nada en absoluto, comprendiendo que era una especie de loca reaccionaria. Y sólo pudo señalarlos con un dedo trémulo y decir:

—*Marte. Marte. Marte.*

Esa noche, después de la cena y la velada en la gran sala de reuniones, Ann llevó a Coyote aparte y le dijo:

—¿Cuándo sales otra vez?

—Dentro de unos días.

—¿Sigues queriendo presentarme a esa gente de la que me has hablado?

—Claro, naturalmente. —La miró con la cabeza ladeada.— Es el lugar que te corresponde.

Ella se limitó a asentir. Recorrió la sala de descanso con la mirada, pensando: Adiós, adiós. Mudamos de aires.

Una semana después volaba con Coyote en un ultraligero. Viajaban de noche hacia el norte, adentrándose en la región ecuatorial. Luego siguieron hacia el Gran Acantilado y las Deuteronilus Mensae al norte de Xanthe: un terreno erosionado y salvaje, las mensae como un archipiélago de numerosas islas salpicando un mar de arena. Se convertirían en un archipiélago de verdad, pensó Ann mientras Coyote descendía entre dos de las islas, si el bombeo del norte continuaba.

Coyote aterrizó en una estrecha franja de arena polvorienta y rodó hasta un

hangar excavado en el flanco de una mesa. Al salir del avión fueron recibidos por Steve e Ivana y unos pocos más. Un ascensor los llevó hasta la cima de la mesa. El extremo norte de aquella mesa acababa en una punta rocosa afilada, y allí habían excavado una gran sala de reuniones triangular. Cuando entró, Ann se detuvo sorprendida: estaba atestada de gente, varios centenares por lo menos, todos sentados ante largas mesas, a punto de empezar una comida, sirviéndose el agua unos a otros. Los ocupantes de una mesa advirtieron la presencia de Ann e interrumpieron sus movimientos, y luego ocurrió lo mismo en la mesa contigua. El efecto se propagó por la sala, hasta que todos quedaron inmóviles. Entonces uno se puso de pie, y luego otro, y en un movimiento desordenado todos se levantaron. Durante un momento todo pareció congelado. Luego empezaron a aplaudir con calor, las caras resplandecientes, y después a aclamarla.

CUARTA PARTE

El científico como héroe

Tómala entre el pulgar y el dedo corazón. Palpa el borde redondeado, observa las curvas suaves del cristal. Una lupa, con la simplicidad, la elegancia y el peso de una herramienta paleolítica. Siéntate con ella en un día soleado, sostenla sobre una pila de ramitas secas. Muévela arriba y abajo, hasta que veas que aparece un punto brillante entre las ramitas.

¿Recuerdas esa luz? Era como si las ramitas hubiesen atrapado un sol diminuto.

El asteroide Amor que giraba suspendido del extremo del cable estaba compuesto principalmente de condrilas carbonosos y agua, y los dos Amor interceptados por grupos de desembarcadores robot en el año 2091, de silicatos y agua.

El material de Nuevo Clarke fue hilado en una única y larga hebra de carbono. El material de los dos asteroides de silicatos fue transformado en láminas de vela solar por los robots. Solidificaron el vapor de sílice entre rodillos de diez kilómetros de longitud, y lo estiraron para formar láminas revestidas con una delgada capa de aluminio, y unas naves espaciales tripuladas desplegaron estas vastas láminas de espejo en círculos concéntricos que mantenían la forma gracias a la gravedad y la luz solar.

Desde uno de los asteroides, bautizado Abedul, estiraron las láminas de espejo y formaron un anillo de diez mil kilómetros de diámetro. Este espejo anular giraba en torno a Marte en órbita polar, la cara espejada orientada hacia el sol en un ángulo que permitía a la luz reflejada confluir en un punto en el interior de la órbita marciana, cerca del punto Lagrange Uno.

El segundo asteroide de silicatos, llamado Solettaville, había sido estacionado cerca del punto Lagrange. Allí, las fábricas de vela solar hilaron las laminas de espejo en una compleja red de tablillas superpuestas, conectadas entre sí y dispuestas en ángulo, de modo que parecía una lente hecha de persianas venecianas circulares que giraban alrededor de un cono plateado cuya boca ancha

daba a Marte. Llamaron soletta a este objeto inmenso y delicado, de diez mil kilómetros de diámetro, que giraba brillante y majestuoso entre Marte y el sol.

La luz solar que incidía directamente en la soletta rebotaba a través de las persianas, golpeando la cara solar de una, luego la cara marciana de la siguiente hacia el exterior y luego hacia Marte en un juego de reflexiones. La luz que incidía en el espejo anular en órbita polar era reflejada hacia el exterior, hacia el cono interior de la soletta, y luego reflejada de nuevo, sobre Marte. De ese modo, la luz incidía en las dos caras de la soletta, y esas presiones contrapuestas la mantenían en movimiento y en posición, a unos cien mil kilómetros de Marte, más cercana en el perihelio, más alejada del afelio. Los ángulos de los espejos eran constantemente ajustados por la IA de la soletta, para que mantuviesen la órbita y el enfoque.

Durante toda esa década, mientras proseguía la construcción de las dos girándulas a partir de los asteroides, como telas silíceas tejidas por arañas de roca, los observadores en Marte casi no vieron nada. De cuando en cuando alguien veía en el cielo una línea blanca arqueada, o fugaces centelleos de día o de noche, como si el fulgor de un universo mucho más vasto brillase a través de alguna costura abierta en el tejido de nuestra esfera.

Cuando los dos espejos se hubieron completado, la luz reflejada por el espejo anular fue dirigida al cono de la soletta. Las tablillas circulares se ajustaron y la soletta se trasladó a una órbita ligeramente distinta.

Y un día, aquellos que vivían en el lado de Tharsis levantaron la vista, porque el cielo se había oscurecido, y contemplaron un eclipse solar nunca visto en Marte: el sol fue engullido, como si allá arriba hubiese un satélite del tamaño de la Luna que bloqueaba sus rayos. El eclipse se desarrolló como en la Tierra: la medialuna de oscuridad fue devorando el resplandor circular a medida que la soletta se interponía entre Marte y el sol, aunque los espejos aún no estaban en la posición adecuada para recibir la luz. El sol se tornó violeta oscuro, la oscuridad se adueñó de la mayor parte del disco y dejó sólo una medialuna creciente que al fin desapareció también, y el sol fue un círculo negro en el cielo, orlado por el fantasma de una corona... Y entonces desapareció por completo. Eclipse total de sol.

Un tenue encaje de muaré luminoso apareció en el disco oscuro, algo insólito en un eclipse natural de sol. Todos los que estaban en la cara iluminada de Marte se quedaron sin aliento y miraron al cielo con ojos entrecerrados. Y de repente, como cuando uno abre de golpe unas ventanas venecianas, el sol reapareció.

¡Una luz cegadora!

Y más cegadora que nunca, pues el sol era mucho más brillante que antes de aquel extraño eclipse. Ahora caminaban bajo un sol aumentado: el disco tenía casi el mismo tamaño que visto desde la Tierra, la luz había aumentado en un veinte por ciento —y era más intensa, se notaba el calor en la nuca— y la roja extensión de las llanuras resplandecía. Como si hubiesen encendido unos focos de repente y todos anduvieran sobre un escenario inmenso.

Pocos meses más tarde, un tercer espejo, mucho más pequeño que la soletta, se estacionó y empezó a rotar en las capas altas de la atmósfera marciana. Era otra lupa compuesta de tablillas miradores, y parecía un ovni de plata. Atrapaba parte de la luz que la soletta reflejaba hacia el planeta y la concentraba aún más, sobre puntos de la superficie que no alcanzaban el kilómetro de ancho. Y se deslizaba

como un planeador sobre el mundo, manteniendo ese rayo de luz concentrado, hasta que unos diminutos soles parecían brotar de la tierra, y la roca se fundía, convirtiéndose en líquido. Y después, en fuego.

El movimiento clandestino era demasiado pequeño para Sax Russell. Quería reincorporarse al trabajo. Podía haberse introducido en el demimonde, tal vez como profesor en la nueva universidad de Sabishii, que funcionaba fuera de la red y encubría a muchos de sus viejos colegas, y proporcionaba educación a los niños de la resistencia. Pero después de reflexionar, decidió que no quería enseñar ni quedarse en la periferia: quería regresar a la terraformación, al corazón mismo del proyecto, o tan cerca como fuese posible. Y eso significaba el mundo de la superficie. Hacía poco que la Autoridad Transitoria había formado un comité para coordinar todo el trabajo de terraformación, y un equipo encabezado por Subarashii se había hecho cargo de la vieja labor de síntesis que una vez había dirigido Sax. Esto era un contratiempo, porque Sax no hablaba japonés. Pero la parte biológica del programa había sido concedida a los suizos, y era dirigida por un colectivo de compañías biotécnicas llamado Biotique, con oficinas centrales en Ginebra y Burroughs, y muy vinculada a la transnacional Praxis. Lo primero que tenía que hacer era introducirse en Biotique bajo un nombre falso y conseguir que lo asignaran a Burroughs. Desmond se hizo cargo de esa operación, y creó una persona informática para Sax similar a la que años antes creara para Spencer cuando éste se trasladó al Mirador de Echus. La identidad de Spencer y mucha cirugía estética le habían permitido trabajar con éxito en los laboratorios de materiales de Echus, y más tarde en Kasei Vallis, el corazón de la seguridad transnacional. Por eso Sax confiaba en el sistema de Desmond. En la nueva identidad de Sax figuraban sus datos de identificación física —genoma, retina, voz y huellas dactilares— con ligeras alteraciones, para que pudieran encajar con Sax al tiempo que escapaban a cualquier búsqueda comparativa en las redes. Esos datos iban con un nuevo nombre con un pasado terrano completo, referencias, registro de inmigración y un subtexto viral que confundiría cualquier intento de identificación comparativa de los datos físicos. El paquete entero fue remitido a la oficina suiza de pasaportes, que había estado expidiendo pasaportes a estos visitantes sin hacer preguntas. Y en el mundo balcanizado de las redes transnacs parecía que la cosa funcionaba.

—Oh, sí, esa parte no presenta ningún problema —dijo Desmond—. Pero ustedes, los Primeros Cien, son como estrellas de cine. Necesitarás una cara nueva también.

Sax accedió. Comprendía que era necesario y su cara nunca había significado nada para él. Y esos días la cara que veía en el espejo no se parecía mucho a lo que él creía recordar. Así que puso a Vlad a trabajar, enfatizando la utilidad potencial de su presencia en Burroughs. Vlad se había convertido en uno de los teóricos principales de la resistencia contra la Autoridad Transitoria, y captó en seguida la idea de Sax.

—A muchos no nos quedará más remedio que vivir en el demimonde —dijo—, pero es una buena idea que haya algunos infiltrados en Burroughs. Así que bien puedo practicar la cirugía estética en un caso como el tuyo, en el que no hay nada que perder.

—¡En el que no hay nada que perder! —exclamó Sax—. Pero los contratos verbales son vinculantes, así que espero salir de todo el asunto más guapo.

Y para su sorpresa así ocurrió, aunque fue imposible decirlo hasta que desaparecieron los espectaculares moretones. Le pusieron funda a los dientes, le inflaron el delgado labio inferior y le dieron a su nariz chata un airoso puente y un poco de curvatura. Redujeron los pómulos y acentuaron la barbilla. Incluso le cortaron algunos músculos para que no parpadeara tanto. Cuando bajó la inflamación, parecía de verdad una estrella de cine, como dijo Desmond. Un ex jockey, dijo Nadia. Un ex profesor de baile, dijo Maya, que llevaba muchos años asistiendo religiosamente a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Sax, que nunca había gustado de los efectos del alcohol, la despidió con un ademán.

Desmond le hizo unas fotografías y las añadió a la nueva identidad, y luego insertó esta invención en los archivos de Biotique, junto a una orden de traslado de San Francisco a Burroughs. La persona apareció en las listas de pasaportes suizos una semana más tarde, y Desmond rió entre dientes al verla.

—¡Mira eso! —dijo, señalando el nuevo nombre de Sax—. ¡Stephen Lindholm, ciudadano suizo! Esos muchachos nos están encubriendo, no hay duda. Te apuesto lo que quieras a que realizaron un control de persona y confrontaron tu genoma con archivos viejos, y a pesar de las alteraciones que he hecho dedujeron quién eres en realidad.

—¿Estás seguro?

—Hombre, ellos no lo van a decir así de claro. Pero estoy convencido de que lo saben.

—¿Y eso es bueno?

—En teoría, no. Pero en la práctica, si te han descubierto, es agradable ver que se comportan como amigos. Y es bueno tener a los suizos por amigos. Ésta es la quinta vez que expiden un pasaporte para una de mis personas. Incluso tengo uno para mí, y dudo de que fueran capaces de averiguar quién soy yo de verdad, porque a diferencia de ustedes, los Primeros Cien, yo nunca tuve identidad. Interesante, ¿no crees?

—Desde luego.

—Los suizos son gente interesante. Tienen sus propios planes, y aunque no sé cuáles son me gusta el aspecto que tienen. Creo que han tomado la decisión de encubrirnos. Quizá sólo quieren averiguar quiénes somos. Nunca lo sabremos con certeza, porque adoran los secretos. Pero no importa el por qué cuando sabes el cómo.

Sax hizo una mueca ante ese parecer, pero se sintió tranquilo al pensar que estaría a salvo bajo la protección suiza. Eran gente como el, racionales, cautos, metódicos.

Unos días antes de volar con Peter hacia el norte, a Burroughs, dio un paseo

por el lago de Gameto, algo que raras veces había hecho en todos los años que llevaba allí. El lago era en verdad un buen trabajo. Hiroko era una diseñadora de sistemas elegante. Cuando ella y su equipo desaparecieron de la Colina Subterránea, hacía tanto tiempo, Sax se había sentido muy perplejo; no comprendía la razón de la huida, y había temido que se opusieran a la terraformación. Cuando consiguió persuadir a Hiroko de que contestase a sus mensajes, se sintió tranquilizado en parte: ella comprendía el objetivo principal de la terraformación, y en verdad su concepto de la viriditas era una versión distinta de la misma idea. Pero Hiroko disfrutaba siendo críptica, lo que era muy poco científico por su parte. Y durante los años que pasó escondida había llegado al extremo de retener información. Incluso en persona no era nada fácil comprenderla, y sólo después de años de colaboración Sax estaba seguro de que también ella deseaba una biosfera marciana que sustentara a los humanos. Ése era todo el acuerdo que él pedía. Y no podía pensar en un aliado mejor para ese proyecto, como no fuera el presidente de ese nuevo comité de la Autoridad Transitoria. Y probablemente el presidente era también un aliado. En verdad, no había muchos que se opusieran.

Pero allí en la playa estaba sentado un opositor, tan feroz como una garza. Ann Clayborne. Sax vaciló, pero ella ya lo había visto. Siguió caminando y se detuvo junto a ella. Ann levantó la vista hacia él, y luego volvió a mirar el lago blanco.

—Tienes un aspecto muy diferente —dijo.

—Sí. —Aún le tiraban un poco los pómulos y la boca, aunque los moretones habían desaparecido. Era como si llevara una máscara, y de pronto se sintió incómodo.— Pero soy el mismo —añadió.

—Pues claro. —Ella no lo miraba.— Así que te vas al mundo exterior,

¿no?

—Sí.

—¿Para reincorporarte a tu trabajo?

—Sí.

Ella lo miró.

—¿Para qué crees que sirve la ciencia?

Sax se encogió de hombros. Era la vieja discusión de siempre, sin importar cómo empezara. Terraformar o no terraformar, ésa era la cuestión... Él había contestado esa pregunta hacía mucho tiempo, igual que ella, y deseó que pudiesen sencillamente concordar o disentir, y dejarlo estar. Pero Ann era infatigable.

—Para comprender las cosas —contestó Sax.

—Pero terraformar no es comprender.

—La terraformación no es una ciencia. Nunca dije que lo fuera. Es lo que la gente hace con la ciencia. Ciencia aplicada, o tecnología. Lo que eliges hacer con lo que aprendes a través de la ciencia. Llámalo como quieras.

—Entonces es una cuestión de valores.

—Supongo que sí. —Sax trató de poner en orden sus pensamientos concernientes a ese esquivo tema.— Supongo que nuestro... nuestro desacuerdo es otra faceta de lo que la gente llama dicotomía hechos- valores. La ciencia se ocupa de los hechos y trabaja con teorías que convierten los hechos en paradigmas. Los valores forman parte de otro sistema, son una construcción humana.

—La ciencia también es una construcción humana.

—Es cierto. Pero la conexión entre los dos sistemas no está clara. Partiendo de los mismos hechos, podemos llegar a diferentes valores.

—Sin embargo, la misma ciencia está llena de valores —insistió Ann—

. Hablamos de teorías poderosas y elegantes, hablamos de resultados limpios, o de un experimento hermoso. Y la sed de saber es en sí misma una especie de valor, ya que afirma que el conocimiento es mejor que la ignorancia o el misterio. ¿No es así?

—Supongo que sí —dijo Sax, reflexionando.

—Tu ciencia es un conjunto de valores —continuó Ann—. El objetivo de la ciencia que tú practicas es establecer leyes, regularidades, exactitud y certeza. Quieres explicar las cosas. Quieres contestar los porqués, remontándote hasta el Big Bang. Eres un reduccionista. La austeridad, la elegancia y la economía son valores para ti, y simplificar te parece todo un logro, ¿no es así?

—Pero es que en eso consiste el método científico —objeto Sax—. No soy sólo yo, así es como trabaja la propia naturaleza. Es pura física. Tú también lo haces.

—La física también incluye valores humanos.

—No estoy tan seguro. —Extendió una mano para detenerla un momento.— No digo que la ciencia no tiene valores. Pero materia y energía se comportan de una manera determinada. Si quieres hablar de valores, será mejor que te limites sólo a ellos. Es cierto que de algún modo se derivan de los hechos. Pero eso es otra cuestión, una especie de sociobiología, o bioética. Sería mejor hablar de los valores en concreto. El mayor bien para el mayor número, algo así.

—Hay ecologistas que dirían que acabas de hacer la descripción científica de un ecosistema saludable. Otra manera de decir ecosistema culminante.

—Eso es un juicio de valor, pienso. Una especie de bioética. Interesante pero... —Sax le echó una mirada curiosa y decidió cambiar de táctica.— ¿Por qué no intentar conseguir un ecosistema culminante aquí, Ann? No puedes hablar de ecosistema sin seres vivos. Lo que había en Marte antes de que llegásemos no era ecología. Era geología solamente. Incluso podría decirse que hubo el comienzo de una ecología hace mucho tiempo, que por algún motivo se arruinó y se detuvo, y ahora nosotros lo estamos intentando de nuevo.

Ann gruñó, y Sax se interrumpió. Sabía que ella creía en una especie de valor

intrínseco de la realidad mineral de Marte. Era una versión de lo que la gente llamaba ética de la tierra, pero sin la biota de la tierra. La ética de la roca. Ecología sin vida. ¡Un valor intrínseco, en verdad!

Suspiró.

—Quizás eso no es más que un valor que se impone, que favorece a los sistemas vivos sobre los sistemas no vivos. Supongo que es imposible escapar a los valores, como tú dices. Es extraño... Siento que sólo deseo comprender las cosas, por qué funcionan como lo hacen. Pero si me preguntas por qué quiero saberlo, o qué me habría gustado que sucediera, cuál es mi objetivo de trabajo... —Se encogió de hombros, esforzándose por comprenderse a sí mismo.— Es difícil expresarlo. Sería algo así como que una red gana en información. Una red gana en orden.

Para Sax ésa era una buena descripción funcional de la vida, de su defensa contra la entropía. Le tendió la mano a Ann, esperando que ella lo entendiese, que concordase al menos con el paradigma del debate, con la definición del objetivo último de la ciencia. Ambos eran científicos después de todo, era una empresa compartida por los dos...

Pero ella sólo dijo:

—Por eso devastas el rostro de un planeta entero. Un planeta que guarda un registro impoluto de casi cuatro mil millones de años de antigüedad. Eso no es ciencia. Es construir un parque temático.

—Eso es usar la ciencia en pro de un valor en particular. Un valor en el que creo.

—Como las transnacionales.

—Imagino que sí.

—Desde luego las favorece.

—Ayuda a todo lo que está vivo.

—A menos que lo mate. El suelo se ha desestabilizado; se producen derrumbes a diario.

—Es cierto.

—Y provocan muertes. Plantas, gente. Ya ha ocurrido.

Sax agitó una mano, y Ann levantó la cabeza bruscamente y le echó una mirada furibunda.

—¿Qué es eso, el asesinato necesario? ¿Qué clase de valor es ése?

—No, no. Son accidentes, Ann. La gente tiene que quedarse en el lecho de roca, lejos de las zonas de derrumbe. Por un tiempo al menos.

—Pero vastas extensiones se convertirán en barro, o serán anegadas por completo. Estamos hablando de la mitad del planeta.

—El agua se escurrirá por las pendientes y creará cuencas fluviales.

—Tierra inundada, querrás decir. Y un planeta completamente distinto. ¡Oh, eso es un valor, desde luego! Y aquellos que defienden el valor de Marte tal como está... Lucharemos contra ustedes, a cada paso.

Él volvió a suspirar.

—Desearía que no lo hicieras. A estas alturas, una biosfera nos ayudaría más a nosotros que a las transnacionales. Las transnac pueden operar desde las ciudades tienda y explotar los minerales de la superficie con robots, mientras que nosotros concentramos casi todos nuestros esfuerzos en ocultarnos y sobrevivir. Si pudiésemos vivir libremente en la superficie, sería mucho más fácil cualquier tipo de resistencia.

—Cualquiera menos la resistencia de los rojos.

—Sí, ¿pero qué sentido tiene eso ahora?

—Marte. Sólo Marte. Un lugar que tú no has conocido nunca.

Sax levantó la vista a la cúpula blanca, sintiendo un dolor súbito, como si sufriese un ataque agudo de artritis. Era inútil discutir con ella.

Sin embargo, algo en su interior lo impulsó a seguir intentándolo.

—Mira, Ann, yo abogo por el llamado modelo mínimo viable. Es un modelo que pretende crear una atmósfera respirable sólo hasta una cota de dos o tres mil metros. Más arriba el aire continuaría siendo demasiado tenue para los humanos, y no habría demasiada vida de ningún tipo: algunas plantas de alta montaña, y más arriba aún, nada, o nada visible. El relieve vertical de Marte es tan extremo que habría vastas regiones que quedarían por encima del grueso de la atmósfera. Es un plan que me parece razonable, y que expresa un conjunto coherente de valores.

Ella no respondió. Era irritante. Una vez, intentando comprender a Ann, ser capaz de hablar con ella, había estudiado la filosofía de la ciencia. Había leído una buena cantidad de material, concentrándose sobre todo en la ética del suelo y la relación hechos-valores. Pero no parecía haber servido de mucho: en sus conversaciones con Ann, él nunca había podido aplicar lo aprendido. Ahora, mirándola allí sentada, sintiendo las articulaciones doloridas, recordó algo que Kuhn había escrito a propósito de Priestley: un científico que seguía resistiéndose después de que el resto de su profesión se convirtiera a un nuevo paradigma podía muy bien ser lógico y razonable, pero había dejado *ipsofacto* de ser un científico. Algo por el estilo le había ocurrido a Ann. Pero ¿qué era ella ahora? ¿Una contrarrevolucionaria? ¿Un profeta?

En verdad tenía el aspecto de un profeta: áspera, feroz, encolerizada, inflexible. No cambiaría nunca, ni lo perdonaría nunca. Él hubiera querido hablarle, sobre Marte, sobre Gameto, sobre Peter, sobre la muerte de Simón, que parecía haber afectado a Ursula más que a ella... pero era imposible. Ésa era la razón por la que había decidido más de una vez renunciar a hablar con Ann: era tan *frustrante* no llegar nunca a ninguna parte, chocar siempre con la aversión de alguien que conocía desde hacía más de sesenta años. Él ganaba todas las discusiones, pero nunca llegaba a ninguna parte. Algunas personas eran así, pero eso no lo hacía menos angustioso. En realidad, era notable cuánto del malestar psicológico era generado por una respuesta meramente emocional.

Ann partió con Desmond al día siguiente. Poco después, Sax voló al norte con Peter en uno de los pequeños aviones camuflados con los que volaba por todo Marte.

La ruta de Peter hacia Burroughs los llevó sobre Hellespontus Montes, y Sax estudió la gran cuenca de Hellas con curiosidad. Vislumbraron el borde del campo de hielo que había cubierto Punto Bajo, una masa blanca contra la negra superficie de la noche, pero el propio Punto Bajo quedaba bajo la línea del horizonte. Era una lástima, porque Sax sentía curiosidad por saber qué había ocurrido sobre el agujero de transición de Punto Bajo. Tenía trece mil metros de profundidad cuando la inundación lo llenó, y a esa profundidad era muy probable que el agua del fondo se hubiese mantenido en estado líquido y lo suficiente caliente como para subir bastante; tal vez el campo de hielo fuese en esa región un mar cubierto de hielo, con diferencias tangibles en la superficie.

Pero Peter no pensaba alterar la ruta para que él tuviese una vista mejor.

—Podrás verlo de cerca cuando seas Stephen Lindholm —le dijo con una sonrisa—. Puedes proponerlo como parte de tu trabajo para Biotique.

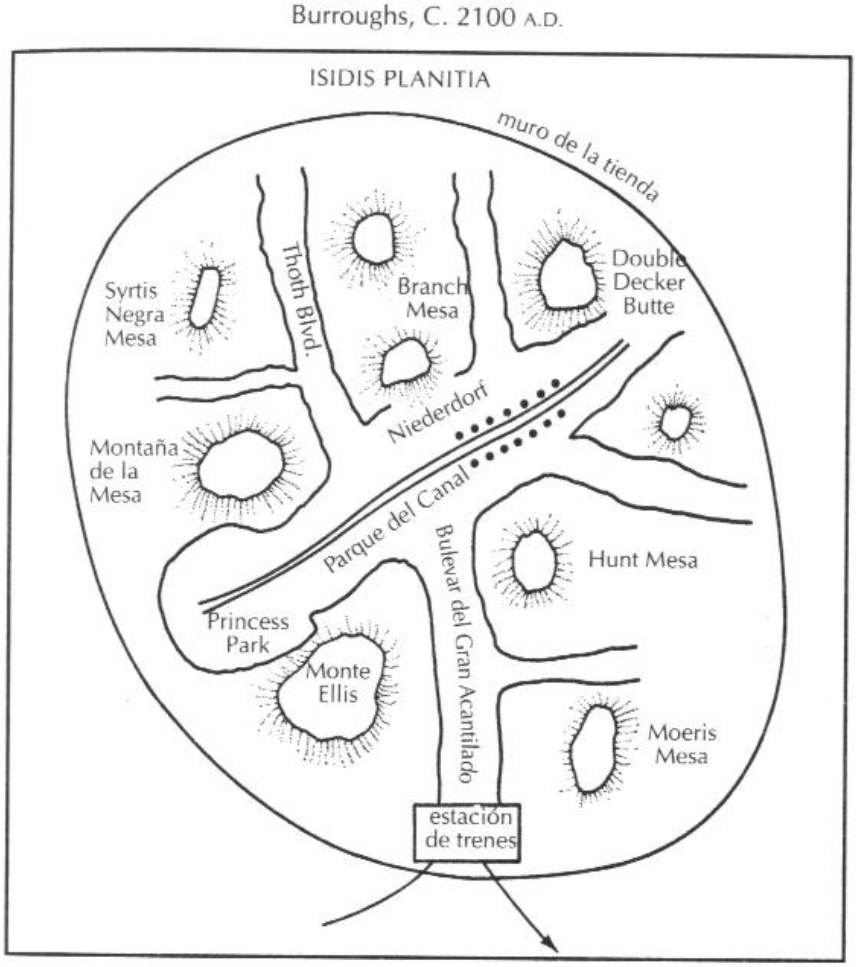
Así pues no se detuvieron. Y la noche siguiente aterrizaron en las accidentadas colinas al sur de Isidis, todavía en el flanco elevado del Gran Acantilado. Sax caminó hasta un túnel de entrada, bajó por él y lo siguió hasta el fondo de un armario en la zona de Personal del sótano de la Estación Libia, que era un pequeño complejo ferroviario en la intersección de la pista Burroughs-Hellas y la pista Burroughs-Elysium, que había variado su itinerario hacía poco. Cuando llegó el tren para Burroughs, Sax salió por una puerta de servicio y se unió a la multitud que subió a él. En la estación central de Burroughs fue recibido por un hombre de Biotique. Y entonces se convirtió en Stephen Lindholm, recién llegado a Burroughs y a Marte.

El hombre de Biotique, un secretario de personal, lo felicitó por su destreza al caminar, y lo llevó a un apartamento estudio en lo alto de Hunt Mesa, cerca del centro de la vieja ciudad. Los laboratorios y oficinas de Biotique también estaban en Hunt, justo bajo la cima de la mesa, y tenían grandes ventanales que daban sobre el Parque del Canal. Un distrito caro, como correspondía a una compañía que tenía a su cargo los esfuerzos de bioingeniería del proyecto de terraformación.

Desde las ventanas de la oficina de Biotique alcanzaba a ver la mayor parte de la vieja ciudad, que tenía más o menos el aspecto que él recordaba, excepto una parte extensa de las paredes de la mesa ocupada ahora por ventanas de cristal y bandas horizontales de cobre, oro, azul o verde metálicos, como si las mesas estuviesen estratificadas por capas de minerales singulares. También habían desaparecido las tiendas en lo alto de las mesas, y los edificios estaban bajo una tienda mucho mayor que ahora cubría las nueve mesas y todo lo que había alrededor de ellas. La tecnología de construcción de tiendas podía ya abarcar vastos mesocosmos, y Sax había oído que una transnac iba a cubrir Hebes Chasma, un proyecto que Ann había sugerido como alternativa a la terraformación, y del que Sax se había burlado. Y ahora iban a hacerlo. Uno nunca debía subestimar el potencial de la ciencia de los materiales, eso estaba claro.

El viejo Parque del Canal y los anchos bulevares herbosos que partían de allí y discurrían entre las mesas eran ahora bandas de verde que cortaban los techos de tejas anaranjadas. La vieja hilera doble de columnas de sal todavía se alzaba junto al canal azul. Se habían construido muchas cosas, por supuesto; pero la configuración de la ciudad era la misma. Sólo en las afueras era patente cuánto había cambiado todo, y cuánto había crecido la ciudad: el muro quedaba muy separado de las nueve mesas, de modo que una buena porción de la tierra circundante estaba a cubierto, y ya urbanizada.

El secretario de personal le ofreció una rápida visita de Biotique, y le presentó a más gente de la que Sax podía recordar.



Luego le dijeron que se incorporase al laboratorio la mañana siguiente y le dieron el resto del día para instalarse.

En su papel de Stephen Lindholm, Sax planeaba mostrar energía intelectual, sociabilidad, curiosidad y entusiasmo; y para hacerlo convincente pasó la tarde explorando Burroughs, vagando de un barrio a otro. Paseó arriba y abajo por los bulevares de astrocésped, considerando mientras lo hacía el misterioso fenómeno del crecimiento de las ciudades. Era un proceso cultural para el que no se podían encontrar buenas analogías físicas o biológicas. Él no se explicaba por qué ese

extremo bajo de Isidis Planitia albergaba la ciudad más grande de Marte, y las razones originales para ubicar la ciudad allí tampoco lo hacían. Por lo que él sabía, al principio no era más que un apeadero corriente en la ruta de la pista de Elysium a Tharsis. Tal vez esa falta de localización estratégica explicaba su prosperidad, porque había sido la única ciudad importante que no había sido dañada o destruida en 2061, y quizá por eso había encabezado el crecimiento en los años de la posguerra. Por analogía con el modelo evolutivo de equilibrio interrumpido, podía decirse que esta especie en particular había sobrevivido por accidente a un impacto que había devastado a la mayoría de las otras especies, proporcionándole así una amplia ecosfera para expandirse.

Y sin duda la forma arqueada de la región, con su archipiélago de pequeñas mesas, le daba un aspecto impresionante. Paseando por los anchos bulevares verdes, las nueve mesas aparecían distribuidas con regularidad, y todas eran ligeramente distintas: las paredes de roca se distinguían por lomas, estribaciones, salientes y grietas característicos. Y ahora además por los ventanales de cristales coloreados y los edificios y parques sobre las mesetas que coronaban cada mesa. Desde cualquier punto de las calles uno siempre veía varias mesas, desparramadas como majestuosas catedrales, un placer para la vista. Y si uno tomaba un ascensor hasta la cima de una de ellas, todas a más de cien metros de altura, disfrutaba de una vista magnífica de los tejados de diferentes distritos y de una perspectiva diferente de las otras mesas, y más allá, del terreno que circundaba la ciudad. Se alcanzaba a ver a distancias mucho mayores que las habituales en Marte, debido a que estaban en el fondo de una depresión en forma de cuenco: la llanura de Isidis al norte, al oeste la oscura pendiente de Syrtis y hacia el sur la mole lejana del Gran Acantilado, perfilándose en el horizonte como un Himalaya.

Un bonito panorama como requisito para la ubicación de una ciudad era desde luego una idea discutible, pero había historiadores que afirmaban que la localización de muchas de las ciudades griegas antiguas se había elegido sobre todo por las vistas, a pesar de los inconvenientes, así que debía de ser uno de los factores a tener en cuenta. En cualquier caso, Burroughs era ahora una pequeña metrópolis bulliciosa de unos 150.000 habitantes, la ciudad más grande de Marte. Y todavía estaba en expansión. Hacia el final de su recorrido Sax tomó uno de los grandes ascensores exteriores que subían por el flanco de Branch Mesa, en la parte central al norte del Parque del Canal, y desde la meseta pudo ver que los barrios de las afueras, al norte de la ciudad, estaban sembrados de edificios en construcción hasta el mismo muro de la tienda. Incluso se estaba edificando alrededor de algunas mesas distantes fuera de la tienda. Era evidente que la masa crítica se había alcanzado en alguna clase de psicología de grupo, una especie de instinto gregario que había hecho de ese lugar la capital, el magneto social, el corazón de la acción. La dinámica de grupo era compleja en el mejor de los casos, incluso (hizo una mueca) una incógnita.

Lo que era desafortunado, como siempre, porque Biotique Burroughs era un grupo muy dinámico, y en los días que siguieron Sax se dio cuenta de que no era tarea fácil determinar el lugar que ocupaba en la legión de científicos que trabajaban en el proyecto. Había perdido la habilidad para encajar en un nuevo grupo, suponiendo que alguna vez la hubiese tenido. La fórmula que determinaba el número de relaciones posibles en un grupo era n(n-1)/2, donde *n* es el número

de individuos que integran el grupo. Asi pues, para las mil personas de Biotique Burroughs había 499.500 posibles relaciones. Eso le parecía a Sax fuera del alcance de la comprensión de nadie: incluso las 4.950 relaciones posibles en un grupo de cien, el hipotético «límite funcional» del tamaño de un grupo humano, parecía difícil de manejar. Desde luego, así había ocurrido en la Colina Subterránea, donde habían tenido oportunidad de comprobarlo.

Por tanto, era importante encontrar un grupo pequeño en Biotique, y Sax se puso a la tarea. Era lógico concentrarse primero en su laboratorio. Sax se había unido a ellos en calidad de biofísico; era arriesgado, pero lo situaba donde él quería estar en la compañía. Y esperaba defenderse bien. Si no era así, podía justificarse diciendo que había llegado a la biofísica desde la física, lo que era cierto. Su jefe era una mujer japonesa llamada Claire, que parecía de mediana edad, una mujer muy agradable que sabía dirigir el laboratorio. Cuando Sax llegó, ella lo puso a trabajar con el equipo que estaba diseñando plantas de segunda y tercera generación para las regiones glaciares del hemisferio boreal. Esos entornos recientemente hidratados abrían enormes posibilidades para el diseño botánico, pues los diseñadores ya no tenían que basar todas las especies en xerófitos desérticos. Sax lo había previsto desde el momento en que vio la inundación rugiendo por Lus Chasma camino de Melas, en 2061. Y ahora, cuarenta años después, él iba a intervenir.

Se entregó con entusiasmo al trabajo. Primero tenía que ponerse al día sobre lo que ya habían hecho en las regiones glaciares. Leyó vorazmente, como era habitual en él, y vio cintas de vídeo, y se enteró de que con la atmósfera aún tan fría y tenue, todo el hielo nuevo que se formaba iba sublimándose, y al final las capas más superficiales se convertían en un encaje. Eso significaba que había millones de cavidades, grandes y pequeñas, en las que podía crecer la vida directamente sobre el hielo. Y por eso las primeras formas que habían sido distribuidas en abundancia eran variedades de algas de nieve y hielo. A esas algas les habían añadido rasgos freatofíticos, porque aunque el hielo era puro al principio, la ubicua arena arrastrada por el viento pronto lo transformaba en un hielo encostrado de sal. Las algas halófilas manufacturadas por ingeniería genética se habían adaptado muy bien y crecían en las superficies picadas de los glaciares, y a veces sobre el mismo hielo. Y porque eran más oscuras que el hielo, rosadas, rojas, negras o verdes, el hielo subyacente tendía a derretirse, sobre todo en los días de verano, cuando las temperaturas subían muy por encima del punto de congelación. Así pues, unas pequeñas corrientes diurnas habían empezado a discurrir por los glaciares y las pendientes. Esas regiones húmedas semejantes a morrenas recordaban algunos parajes polares y de alta montaña de la Tierra. Por eso, varios años marcianos antes los equipos de Biotique habían dispersado bacterias y plantas superiores procedentes de esos medios terranos, genéticamente alteradas para ayudarlas a sobrevivir en suelos muy salinos. Y en su mayoría esas plantas prosperaban como lo habían hecho las algas.

Ahora los ingenieros intentaban ampliar esos primeros éxitos e introducir una mayor variedad de plantas superiores y algunos insectos alterados para tolerar los altos niveles de CO_2 del aire. Biotique tenía una nutrida colección de plantas de climas templados de las que tomar secuencias cromosómicas, y diecisiete años marcianos de experimentación de campo, así que Sax tenía mucho que recuperar.

Las primeras semanas en el laboratorio, y en el arboreto de la compañía en

Hunt Mesa, se concentró en las nuevas especies vegetales excluyendo todo lo demás, disfrutando del lento proceso de hacerse una idea general.

Cuando no leía o miraba a través de los microscopios o en las tinajas de Marte de los laboratorios, o en el arboreto, estaba el trabajo diario de ser Stephen Lindholm para mantenerlo ocupado. En el laboratorio no era diferente de ser Sax Russell. Pero al final de la jornada laboral a menudo hacía un esfuerzo y se unía al grupo que subía las escaleras hacia uno de los cafés en lo alto de las mesas para tomar una copa y hablar del trabajo del día, y después de cualquier otra cosa.

Aun entonces encontraba Sax sorprendentemente fácil «ser» Stephen Lindholm. Descubrió que era un hombre que hacía muchas preguntas y proclive a la risa. Las preguntas de los otros —por lo común de Claire, y de Jessica, una inmigrante inglesa, y de un keniata llamado Berkina— raras veces tenían relación con el pasado terrano de Lindholm, y cuando esto acontecía Sax podía salir del paso con una respuesta mínima — Desmond le había dado a Lindholm un pasado en la ciudad natal de Sax, Boulder, Colorado, una jugada sensata— y luego volver la pregunta hacia el autor, utilizando una técnica muy empleada por Michel. Y a la gente le gustaba mucho hablar. A diferencia de Simón, Sax nunca había sido particularmente callado. Siempre aportaba su parte en la conversación, y si luego no seguía interviniendo era sólo porque la conversación tenía que tener un cierto nivel mínimo. La charla insustancial le parecía por lo general una pérdida de tiempo. Pero de hecho ayudaba a pasar ese tiempo que de otro modo habría estado irritantemente vacío. Y mitigaba también la sensación de soledad. Sus nuevos colegas se enzarzaban en unas conversaciones profesionales bastante interesantes, de todos modos, y él aportaba su granito de arena, les hablaba de sus paseos por Burroughs, y les hacía muchas preguntas sobre lo que había visto y sobre sus pasados, y también sobre Biotique y la situación marciana. Era un comportamiento tan propio de Lindholm como de Sax.

En esas conversaciones sus colegas, especialmente Claire y Berkina, confirmaron lo que él ya había advertido en sus paseos: Burroughs se estaba convirtiendo de alguna manera en la capital *de facto* de Marte, y los cuarteles generales de las transnac más importantes estaban allí. Las transnac eran a esas alturas los gobernantes reales de Marte. Ellas habían hecho posible que el Grupo de los Once y las demás naciones industriales poderosas ganaran la guerra de 2061 o al menos sobrevivieran, y ahora todos formaban una única estructura de poder. Ya no estaba nada claro quién llevaba la voz cantante en la Tierra, si las naciones o las supracorporaciones. En Marte, sin embargo, era obvio. La UNOMA se había hecho pedazos en 2061, igual que una ciudad cúpula, y la agencia que había ocupado su lugar, la Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas, la UNTA, era un grupo administrativo formado por ejecutivos de las transnac, y sus decretos eran impuestos por las fuerzas de seguridad de las transnac.

—La UN no pinta nada en realidad —dijo Berkina—. Está tan muerta en la Tierra como la UNOMA aquí. El nombre es sólo una tapadera.

—Todo el mundo la llama Autoridad Transitoria de todos modos —dijo Claire.

—Y todos saben quién es quién —añadió Berkina.

Y en verdad la policía de seguridad transnacional se hacía ver en las calles de Burroughs. Vestían los monos de color orín de los trabajadores de la

construcción, con brazales de identificación de distintos colores. Nada realmente ominoso, pero ahí estaban.

—Pero ¿por qué? —preguntó Sax—. ¿De quién tienen miedo?

—Les preocupa que los bogdanovistas ataquen desde las colinas —

dijo Claire, y se echó a reír—. Es ridículo.

Sax arqueó las cejas, pero no dijo nada. Tenía curiosidad; pero el tema era peligroso. Sería mejor dejar que surgiese por sí solo. No obstante, después de eso en sus paseos por la ciudad observó a la gente con más atención: las fuerzas de seguridad que merodeaban por todas partes se distinguían por el brazal de identificación. Consolidados, Amexx, Oroco... Le parecía curioso que no hubiesen formado una fuerza. Pero probablemente las transnacionales seguían siendo rivales además de socias. Esto explicaba tal vez la proliferación de los sistemas de identificación, lo cual creaba huecos que permitían a Desmond insertar sus personas en un sistema y luego colarlas a todos los demás. Suiza evidentemente encubría a algunas personas que entraban en su sistema salidas de la nada, como demostraba la experiencia del mismo Sax. Y sin duda otras naciones y transnacionales estaban haciendo lo mismo.

Así pues, en la situación política del momento, la tecnología de la información estaba provocando la balcanización y no la totalización. Arkadi lo había predicho, pero Sax lo había considerado demasiado irracional para ser posible. Ahora tenía que admitir que había ocurrido. Las redes informáticas no podían seguir la pista de nada porque competían unas con otras; y otro tanto ocurría con la policía en las calles, que buscaba a gente como Sax.

Pero él era Stephen Lindholm. Ocupaba las habitaciones de Lindholm en Hunt Mesa, realizaba su trabajo y tenía sus rutinas, sus hábitos y su pasado. El pequeño apartamento estudio no se parecía en nada al que Sax habría elegido: la ropa estaba en el armario, no había experimentos en el refrigerador o encima de la cama, y había algunas láminas en las paredes, de Escher y Hundertwasser, y algunos esbozos de Spencer sin firmar, una indiscreción indetectable. Estaba seguro en su nueva identidad. Y aun si lo descubrían dudaba de que los resultados llegaran a ser demasiado traumáticos. Tal vez hasta podría recuperar algo de su antiguo poder. Siempre había sido apolítico, porque sólo le interesaba la terraformación, y había desaparecido durante la locura de 2061 sólo porque todo indicaba que sería fatal no hacerlo. Sin duda muchas de las actuales transnacionales lo comprenderían y tratarían de contratarlo.

Pero todo eso eran hipótesis. En la realidad, podía instalarse en la vida de Lindholm.

A medida que lo hacía, descubrió que su nuevo trabajo le apasionaba. En el pasado, como jefe del proyecto global de terraformación, resultaba imposible no quedarse atascado en la burocracia, o dispersarse en exceso en toda la gama de materias, tratando de saber lo suficiente de cada cosa como para tomar decisiones bien fundadas sobre la política a seguir. Como era de esperar, esto lo había llevado a no profundizar en ninguna disciplina. Ahora, sin embargo, toda su atención se concentraba en la creación de nuevas plantas para ampliar el sencillo ecosistema que se había propagado en las regiones glaciares. Pasó semanas trabajando en un nuevo liquen diseñado para extender los límites de las

nuevas biorregiones, basado en un chasmoendolítico de los Valles Wright de la Antártida. El liquen de base vivía en las grietas de la roca antártica y Sax quería que hiciese lo mismo allí. Intentaba reemplazar las algas del liquen por otras más rápidas, de manera que el nuevo simbionte creciese más deprisa que su pariente templado, notablemente lento. Al mismo tiempo trataba de introducir en los hongos del liquen genes freatofíticos de plantas halófilas como el tamarisco. Éstas toleraban niveles salinos tres veces superiores al del agua de mar, y los mecanismos, que tenían relación con la permeabilidad de la pared celular, eran transferibles. Si tenía éxito, conseguiría unos líquenes halófilos muy resistentes y de crecimiento rápido. Era muy estimulante observar los progresos que se habían hecho en esta área desde sus toscos primeros ensayos para crear un organismo que pudiese sobrevivir en la superficie, allá en la Colina Subterránea. Cierto que las condiciones en superficie eran más hostiles en aquellos tiempos, pero el dominio que ahora tenían de la genética y la variedad de métodos también habían avanzado enormemente.

Un problema que estaba resultando insoluble era el de adaptar las plantas a la escasez de nitrógeno de Marte. La mayor parte de las grandes concentraciones de nitritos que se descubrían se extraían y se liberaban en la atmósfera en forma de nitrógeno, un proceso que Sax había iniciado en la década de 2040 y que todos consideraban adecuado, ya que la atmósfera necesitaba el nitrógeno con urgencia. Pero también lo necesitaba el suelo, y debido a que se estaba liberando tanto en el aire, la vida vegetal empezaba a reducirse. Éste era un problema con el que ninguna planta terrana había tenido que enfrentarse, al menos no de esta magnitud, de modo que no había rasgos de adaptación que pudiesen añadir a los genes de su areoflora.

El problema del nitrógeno era un tema recurrente en sus charlas, después del trabajo, en el Café Lowen, en el borde de la meseta.

—El nitrógeno es tan valioso que se ha convertido en la unidad de intercambio entre los miembros de la resistencia —le dijo Berkina a Sax, que asintió incómodo ante esa información errónea.

El grupo del café rendía su homenaje a la importancia del nitrógeno inhalando N_2O de pequeñas bombonas que iban circulando alrededor de la mesa. Se afirmaba, con poca precisión pero mucho buen humor, que la inhalación de ese gas ayudaba en el esfuerzo terraformador. Cuando la bombona llegó a Sax por primera vez, la miró con desconfianza. Había visto que las bombonas podían comprarse en los lavabos de hombres, donde había toda una farmacia en expendedores murales: latas de óxido nitroso, omegendorfo, pandorfo y otras mezclas gaseosas. Al parecer la inhalación era el método corriente para consumir drogas. No era algo que le interesara, pero tomó la botella que le tendía Jessica, que se había apoyado contra su hombro. Aquélla era un área en la que el comportamiento de Sax y el de Lindholm divergían. Así que exhaló y luego se aplicó la pequeña mascarilla sobre la boca y la nariz, notando la delgadez de su cara.

Inhaló una bocanada de gas frío, la retuvo un instante y luego exhaló y sintió que el peso lo abandonaba: ésa era la impresión subjetiva. Era bastante cómico ver cómo respondía el estado de ánimo a la manipulación química, a pesar de lo que esto revelaba sobre el pretendido equilibrio emocional de uno, incluso sobre la propia cordura. No era agradable pensarlo, pero en ese momento no le resultó

nada traumático. En realidad, le dio risa. Miró por encima de la balaustrada los tejados de Burroughs y por primera vez advirtió que en los nuevos barrios, al oeste y al norte, se habían impuesto los techos de tejas azules y las paredes blancas, dándoles un aire griego, mientras que el de los barrios antiguos era más bien español. Jessica parecía decidida a que los brazos de ambos estuvieran en contacto. O tal vez su sentido del equilibrio se veía perjudicado por la hilaridad.

—¡Ya es tiempo de que vayamos más allá de la zona alpina! —decía Claire—. Estoy harta de líquenes, de musgos y de pastos. Nuestros *fellfields* ecuatoriales se están convirtiendo en praderas, incluso hemos conseguido *krummhoh,* y ahora tienen un montón de sol todo el año, y la presión atmosférica al pie del acantilado es tan alta como en el Himalaya.

—Como en la cima del Himalaya —puntualizó Sax, y luego se examinó mentalmente: ésa había sido una declaración muy propia de Sax. Lindholm dijo—: Pero existen bosques en las alturas del Himalaya.

—Exactamente. Stephen, has hecho maravillas con ese liquen desde que llegaste. ¿Por qué no empezáis Berkina, Jessica, C. J. y tú a trabajar en plantas subalpinas? Seguro que podemos crear algunos bosquecillos.

Brindaron por la idea con otro trago de óxido nitroso, y el hecho de que los salobres bordes helados de los acuíferos reventados se convirtieran en praderas y bosques de repente les pareció muy divertido.

—Necesitamos topos —dijo Sax, tratando de borrarse la sonrisa de la cara—. Los topos y los campañoles son cruciales en la transformación de los *fettfields* en praderas. Me pregunto si podremos crear alguna especie de topo ártico que tolere el CO_2.

Sus compañeros rieron aún más, pero él estaba absorto en sus pensamientos y no se dio cuenta.

—Escucha, Claire, ¿crees que podríamos salir y echar un vistazo a uno de los glaciares, y hacer un poco de trabajo de campo?

Claire dejó de reír y asintió.

—Pues claro que sí. De hecho, esto me recuerda una cosa. Tenemos una estación experimental permanente en el Glaciar Arena, con un buen laboratorio. Y hemos contactado con un grupo biotécnico de Armscor que está en muy buenas relaciones con la Autoridad Transitoria. Ellos quieren que los llevemos a ver la estación y el hielo. Supongo que quieren construir una estación similar en Marineris. Pues bien, podemos ir con ese grupo, enseñarles la estación y hacer trabajo de campo, y así matamos dos pájaros de un tiro.

Los planes trazados en el Lowen pasaron al laboratorio y de allí a la oficina principal. La aprobación no se hizo esperar, como era habitual en Biotique. Sax trabajó duro durante un par de semanas, preparándose para la salida, y al final de ese período intensivo llenó la bolsa de viaje y una mañana tomó el subterráneo para la Puerta Oeste. Cuando llegó, encontró a gente de la oficina acompañada de extraños. Aún estaban haciendo las presentaciones. Claire lo vio y lo llamó excitada.

—Ven, Stephen, quiero presentarte a nuestra invitada en el viaje. — Una mujer que parecía envuelta en un tejido prismático se volvió, y Claire dijo:— Stephen, te presento a Phyllis Boyle. Phyllis, éste es Stephen Lindholm.

—¿Qué tal? —dijo Phyllis tendiéndole la mano.

—Encantado —dijo Sax, y le estrechó la mano.

Vlad le había retocado las cuerdas vocales para darle una huella distinta por si alguna vez se la comprobaban, pero todos en Gameto coincidían en que sonaba igual que siempre. Phyllis ladeó la cabeza con curiosidad, alertada por algo.

—Estoy deseando empezar el viaje —dijo Sax, y miró a Claire—, Espero no haberlos retrasado.

—No, no. Aún no han llegado los chóferes.

—Ah. —Sax se apartó y le dijo educadamente a Phyllis:— Encantado de conocerla.

Ella inclinó la cabeza, y después de una última mirada de curiosidad se volvió hacia la gente con la que estaba hablando. Sax trató de concentrarse en lo que Claire estaba diciendo a propósito de los chóferes. Por lo visto conducir un rover por terreno abierto se había convertido en un trabajo especializado.

El saludo había sido bastante frío, pensó. Y la frialdad era una característica de Sax. Probablemente tendría que haberle hablado con efusión, haberle dicho que la conocía de los viejos vídeos y que la admiraba desde hacía años, etcétera. Aunque no acertaba a imaginar cómo alguien podía admirar a Phyllis. Ella había salido de la guerra bastante comprometida: en el lado vencedor, y era la única de los Primeros Cien que lo había escogido. Una colaboracionista, ¿no lo llamaban así? Bueno, en realidad no había sido la única: Vasili había estado en Burroughs todo el tiempo, y George y Edvard estaban en Clarke con Phyllis cuando separaron el ascensor del cable y lo catapultaron fuera del plano de la eclíptica. Una verdadera hazaña sobrevivir a eso. Él nunca lo hubiese creído posible, pero ahí estaba ella, charlando con su hueste de admiradores. Menos mal que se había enterado de que había sobrevivido unos años antes, porque si no se habría muerto del susto.

Phyllis seguía aparentando unos sesenta años, aunque había nacido el mismo año que Sax, y por tanto tenía ahora ciento quince. El pelo plateado, los ojos azules, las joyas de oro y rubíes, la blusa confeccionada con un material que brillaba con todos los colores del espectro: en ese momento su espalda era de un azul vibrante, pero al volverse para mirarlo por encima del hombro, se transformó en verde esmeralda. Sax fingió no advertir su mirada.

Al fin llegaron los chóferes, y todos subieron a los rovers, grandes ingenios alimentados con hidrazina. Por suerte Phyllis viajaría en otro coche. Enfilaron hacia el norte siguiendo una carretera de hormigón, por lo que Sax no se explicaba la necesidad de chóferes especializados, a no ser por la velocidad: viajaban a unos ciento sesenta kilómetros por hora, y a Sax, acostumbrado a viajar a una cuarta parte de esa velocidad, le parecía rápido y suave. Los demás pasajeros se quejaron de los baches y de la lentitud de la marcha: ahora los trenes expresos flotaban sobre las pistas a seiscientos kilómetros por hora.

El Glaciar Arena estaba unos ochocientos kilómetros al noroeste de Burroughs. Se derramaba desde las norteñas tierras altas de Syrtis Mayor sobre Utopia Planitia, y corría por el interior de una de las Arena Fossae cerca de trescientos cincuenta kilómetros. Claire, Berkina y los otros ocupantes del coche le contaron a Sax la historia del glaciar, y él intentó demostrar un profundo

interés. Pero en verdad era muy interesante, porque ellos sabían que Nadia había desviado el reventón del acuífero Arena. Algunos de los que acompañaban a Nadia habían acabado en Fossa Sur después de la guerra y habían contado la historia, que ahora era de dominio público.

Se creían muy informados sobre Nadia.

—Ella se oponía a la guerra —le explicó Claire con suficiencia—, e hizo cuanto estuvo en su mano para detenerla y reparar los estragos que causaba. La gente que la vio en Elysium dice que no dormía, que se mantenía en pie a base de estimulantes. Dicen que salvó diez mil vidas durante la semana en que actuó en la zona de Fossa Sur.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Sax.

—Nadie lo sabe. Desapareció de Fossa Sur.

—Se dirigía a Punto Bajo —dijo Berkina—. Si llegó allí antes de la inundación es probable que haya muerto.

—Ah. —Sax meneó la cabeza con aire solemne.— Fueron malos tiempos.

—Muy malos —dijo Claire con vehemencia—. Tanta destrucción. Eso retrasó la terraformación varias décadas, estoy segura.

—Aunque los reventones de los acuíferos fueron provechosos —

musitó Sax.

—Sí, pero eso podía haberse hecho igualmente de manera controlada.

—Cierto.

Sax se encogió de hombros y dejó que la conversación continuara sin él. Luego del encuentro con Phyllis era un tanto arriesgado meterse en una discusión sobre el sesenta y uno.

Todavía no podía creer que ella no lo hubiese reconocido. El compartimiento de pasajeros que ocupaban tenía unos relucientes paneles de magnesio sobre las ventanas, y allí, entre los rostros de sus nuevos colegas, estaba la cara menuda de Stephen Lindholm. Un hombre mayor y calvo, con una nariz un poco ganchuda que le confería un aire de halcón. Labios pronunciados, mentón fuerte, barbilla... No, no se parecía en nada a él. No había razón para que ella lo reconociera.

Pero el aspecto no lo era todo.

Trató de olvidar el asunto mientras avanzaban zumbando hacia el norte por la carretera. Se concentró en el paisaje. El compartimiento tenía una claraboya en forma de cúpula, además de ventanas en los cuatro costados, así que tenía una buena vista. Estaban subiendo la pendiente oeste de Isidis, una sección del Gran Acantilado que parecía una gran berma pulida. Las colinas dentadas y oscuras de Syrtis Mayor se levantaban en el horizonte noroccidental como el filo de una sierra. El aire era más transparente que en tiempos pasados, a pesar de ser quince veces más denso. Pero había menos polvo flotando, pues las tormentas de nieve lo arrastraban hacia abajo y lo fijaban como una costra sobre la superficie. Los vientos fuertes quebraban a menudo esa costra y las partículas atrapadas volvían al aire. Pero esas brechas eran muy localizadas, y las tormentas que limpiaban el cielo iban ganando la partida poco a poco.

Y el cielo estaba cambiando de color. En lo alto era de un violeta subido, y blanquecino sobre las colinas occidentales, pero se degradaba hacia el lavanda y un color entre el lavanda y el violeta para el que Sax no tenía nombre. El ojo podía distinguir diferencias sólo en una estrecha banda de longitudes de onda, así que los pocos nombres para los colores entre el rojo y el azul eran totalmente inadecuados para describir los fenómenos. Pero tuviesen nombre o no, había colores del cielo muy distintos a los tostados y rosados de los primeros años. Aunque era cierto que una tormenta de polvo siempre devolvería el cielo temporalmente a ese tono ocre prístino, cuando la atmósfera se aclarase el color vendría determinado por la densidad y la composición química. Intrigado por lo que podrían ver en el futuro, Sax se sacó el atril del bolsillo para hacer algunos cálculos.

Miró la pequeña caja y advirtió de pronto que aquél era el atril de Sax Russell: si lo inspeccionaban, lo delataría. Era como llevar encima el pasaporte verdadero.

Pero nada podía hacer en ese momento. Se concentró en el color del cielo. Con aire transparente, el color del cielo se debía a la difusión de la luz preferente en las moléculas del aire. Así pues, la densidad de la atmósfera era crucial. La presión atmosférica cuando llegaron al planeta era de 10 milibares, y ahora la media era de unos 160. Pero como la presión atmosférica era producida por el peso del aire, alcanzar 160 milibares en Marte había requerido tres veces más aire sobre un punto del que se habría necesitado en la Tierra para conseguir la misma presión. Por tanto, los 160 milibares de Marte deberían dispersar la luz igual que 480 milibares en la Tierra; eso significaba que el cielo allá en lo alto tendría que mostrar un color parecido al azul oscuro que se veía en las fotografías tomadas en montañas de 4.000 metros de altura.

Pero el color que llenaba las ventanas y la claraboya del rover era mucho más rojizo, e incluso en las mañanas despejadas que seguían a las tormentas fuertes Sax nunca había visto un color azul que se acercase al del cielo terrano. Reflexionó. Otro efecto de la débil gravedad marciana era que la columna de aire subía mucho más arriba que en la Tierra. Era posible que las gravas más finas estuviesen en suspensión y hubiesen sido arrastradas por encima de las capas de nubes más elevadas, donde evitaban ser barridas por las tormentas. Recordó que se habían fotografiado estratos de bruma a alturas de cincuenta kilómetros, muy por encima de las nubes. Otro factor podía ser la composición de la atmósfera. Las moléculas de dióxido de carbono eran mejores difusoras de la luz que el oxígeno y el nitrógeno, y Marte, a pesar de todos los esfuerzos de Sax, seguía teniendo mucho más CO_2 en la atmósfera que la Tierra. Los efectos de esta diferencia eran calculables. Tecleó la ecuación de la ley de difusión de la luz de Rayleigh, según la cual la energía luminosa dispersada por unidad de volumen de aire es inversamente proporcional a la cuarta parte de la longitud de onda de la radiación luminosa. Luego garabateó en la pantalla del atril, jugando con las variables, consultando libros o determinando las cantidades por conjetura.

Concluyó que si la atmósfera se espesaba hasta alcanzar un bar, el cielo probablemente se volvería blanco lechoso. Confirmó también que, en teoría el cielo actual de Marte tendría que ser mucho más azul de lo que era, siendo la luz azul dispersada unas dieciséis veces la intensidad de la roja. Esto sugería que la arena de las capas más altas de la atmósfera enrojecía el cielo. Si ésa era la explicación correcta, se podía inferir que el color y la opacidad del cielo marciano

experimentarían amplias variaciones durante muchos años, que dependerían de las condiciones climatológicas y otros factores que afectasen la transparencia del aire...

Siguió trabajando, tratando de incorporar a los cálculos las intensidades de radiación de la luz cenital, la ecuación de Chandrasekhar de la transferencia de las radiaciones, escalas de cromadeidad, composición química de los aerosoles, los polinomios de Legendre para evaluar las intensidades de dispersión angular, las funciones de Riccati- Bessel para evaluar las secciones transversales de dispersión, y así sucesivamente. Todo eso le ocupó buena parte del trayecto al Glaciar Arena, con una concentración absoluta, imperturbable, ignorando el mundo que lo rodeaba y la situación en la que se encontraba.

A primera hora de la tarde llegaron a Bradbury, una pequeña ciudad que, bajo su tienda tipo Nicosia, parecía salida de Illinois: calles flanqueadas de árboles de copas negras, porches enrejados adornando el frente de casas de ladrillos de dos pisos con tejados de tablillas, una calle principal con tiendas y parquímetros, un parque central con un belvedere blanco bajo unos arces gigantes...

Avanzaron hacía el oeste por una carretera más pequeña que cruzaba la cima de Syrtis Mayor y era de arena negra procedente de las rocas y rociada con un fijador. Toda la región era muy oscura: Syrtis Mayor había sido el primer rasgo de superficie avistado por un telescopio terrestre, el de Christiaan Huygens, el 28 de noviembre de 1659, y era esa roca negra lo que le permitió distinguirlo. El suelo casi siempre negro a veces tenía el púrpura de la berenjena. Las colinas, fosas y escarpes a través de los cuales serpenteaba la carretera eran negros, así como las mesas fracturadas, las *thidleya* o pequeñas nervaduras, arista tras arista; en cambio, los gigantescos bloques erráticos eran color orín, y les recordaban inevitablemente el color del que habían escapado.

Entonces alcanzaron el lomo de una arista de roca madre negra y el glaciar se extendió ante ellos, cruzando el mundo de izquierda a derecha como un rayo incrustado en el paisaje. Del otro lado del glaciar una nervadura de roca madre corría paralela a aquella por la que circulaban, y las dos aristas juntas parecían antiguas morrenas laterales, aunque en verdad sólo eran dos cadenas paralelas que habían canalizado la inundación del acuífero reventado.

El glaciar tenía una anchura de dos kilómetros y tal vez no más de cinco o seis metros de grosor, pero había excavado un cañón, de modo que debía tener profundidades ocultas.

Algunas zonas del glaciar parecían regolito corriente, igual de rocosas y polvorientas, cubierto con una capa de grava que no dejaba adivinar el hielo subyacente. Otras tenían el aspecto del terreno caótico, salvo que todo era de hielo: unos grupos de seracs blancos que asomaban entre lo que parecían ser bloques de piedra. Algunos de esos seracs eran placas quebradas, agrupadas como las placas en el lomo de un estegosaurio, de un amarillo translúcido a causa del sol poniente detrás de ellos.

Todo estaba inmóvil, de horizonte a horizonte. Ni un solo movimiento en ninguna parte. Claro que no: el Glaciar Arena llevaba allí cuarenta años. Pero Sax no pudo evitar recordar la última vez que había visto algo parecido, y volvió la

mirada involuntariamente hacia el sur, como si una nueva inundación fuese a aparecer en cualquier momento.

La estación de Biotique estaba unos pocos kilómetros corriente arriba, ocupando el borde y la falda de un pequeño cráter, de modo que disfrutaban de una excelente vista sobre el glaciar. Durante la fase final de la puesta de sol, mientras algunos de los residentes activaban la estación, Sax subió a una gran sala de observación en el piso alto en compañía de Claire y los visitantes de Armscor para contemplar la masa de hielo quebrado con la última luz del día.

Aun en una tarde relativamente clara como aquélla, los rayos horizontales del sol conferían al aire un rojo oscuro bruñido, y la superficie del glaciar centelleaba en mil lugares distintos; el hielo recién quebrado reflejaba la luz como un espejo. La mayoría de esos centelleos escarlata formaban una línea irregular, pero había otros allá donde las superficies reflectantes del hielo descansaban en ángulos extraños. Phyllis hizo notar lo grande que se veía el sol ahora que la soletta estaba en posición.

—Es extraordinario, ¿no les parece? Casi se pueden distinguir los espejos.

—Parece sangre.

—Tiene un aspecto decididamente *jurásico.*

A Sax le parecía una estrella del tipo G a una distancia de una unidad astronómica. Eso era significativo, sin duda, puesto que estaban a 1,5 unidades astronómicas del sol. En cuanto a la cháchara sobre rubíes y ojos de dinosaurio...

El sol se deslizo bajo el horizonte y todos los puntos de luz desaparecieron de golpe. Un gran abanico de rayos crepusculares se extendió por el cielo, haces rosados cortando un cielo púrpura oscuro. Phyllis prorrumpió en exclamaciones porque los colores eran desde luego muy puros.

—Me pregunto cuál es el origen de esos rayos magníficos —dijo ella. Automáticamente Sax abrió la boca para decir que las sombras de las colinas o las nubes sobre el horizonte, pero pensó: *a,* era muy probable que fuera una pregunta retórica, y *b,* dar una respuesta técnica sería muy propio de Sax Russell. Así que cerró la boca y consideró lo que Stephen Lindholm hubiera dicho en una situación así. Esa clase de autocontrol era nueva para él, y ciertamente incómoda, pero iba a tener que decir algo, al menos de vez en cuando, porque los silencios prolongados eran también muy característicos de Sax Russell y no del Lindholm que había venido representando hasta entonces. Así que hizo lo que pudo.

—Piensen en lo cerca que estuvieron esos fotones de incidir sobre Marte —dijo—, y ahora, en cambio, recorrerán todo el universo.

Todos lo miraron de reojo. Pero el extraño comentario lo incluyó en el grupo, que era lo que pretendía.

Después de un rato bajaron y comieron pasta con salsa de tomate y pan recién salido del horno. Sax se sentó a la mesa principal y comió y habló tanto como los demás, esforzándose por parecer normal, haciendo lo posible por seguir las esquivas reglas de la conversación y el discurso social. El nunca las había

entendido bien, y cuanto más pensaba en ellas más se le escapaban. Sabía que siempre lo habían considerado un excéntrico: había oído la historia de las cien ratas de laboratorio transgénicas que se apoderaban de su cerebro. Un momento muy curioso aquél, de pie en el umbral oscuro del laboratorio, escuchando transmitir el cuento para regocijo de generación tras generación de estudiantes, experimentando el raro malestar de verse como un extraño, alguien increíblemente peculiar.

En cuanto a Lindholm, era un tipo muy sociable. Sabía cómo llevarse bien con todo el mundo. Era alguien que podía compartir una botella de zinfandel de Utopía, alguien que podía aportar lo suyo para convertir una cena en una fiesta, que comprendía intuitivamente los algoritmos ocultos del compañerismo y era capaz de manejar el sistema sin siquiera pensar.

Sax recorrió con el dedo el puente de su nueva nariz y bebió vino,

que al deprimir el sistema nervioso parasimpático lo tornaba menos inhibido y más locuaz. Charlaba con bastante éxito, pensó, pero varias veces le alarmó la manera en que Phyllis, sentada frente a él en la mesa, lo arrastraba a la conversación, y cómo lo miraba... ¡y él le devolvía la mirada! Existían protocolos para eso también, pero él nunca los había comprendido. Recordó entonces cómo Jessica se había apoyado contra él en el Lowen, y bebió otro medio vaso y sonrió, e hizo una señal con la cabeza, pensando con cierto malestar en la atracción sexual y sus causas. Alguien le hizo a Phyllis la inevitable pregunta sobre la escapada de Clarke, y ella se embarcó en la narración echando frecuentes miradas a Sax, como si quisiera hacerle saber que estaba contando la historia sobre todo para él. Sax escuchó con educación, resistiendo una cierta tendencia a ponerse bizco, lo cual hubiese revelado su consternación.

—Todo ocurrió sin previo aviso —dijo Phyllis al que preguntaba—. Estábamos orbitando alrededor de Marte en el ascensor, indignados por lo que estaba ocurriendo en la superficie y tratando de encontrar la manera de acabar con los disturbios, y de pronto sentimos una sacudida, como si hubiese un terremoto, y ya estábamos en camino hacia la salida del sistema solar.

Sonrió e hizo una pausa para que las risas siguieron, y Sax comprendió que ya había contado la historia muchas veces de esa misma manera.

—¡Debían de estar aterrados! —dijo alguien.

—Bien —continuó Phyllis—, es extraño, pero en una situación de emergencia en realidad no hay tiempo para nada de eso. En cuanto comprendimos lo que había ocurrido, supimos que cada segundo que pasaba representaba cientos de kilómetros y reducía nuestras posibilidades de supervivencia. Entonces nos reunimos en la sala de mando, contamos las cabezas e hicimos inventario del material del que disponíamos. Todos estábamos frenéticos, pero no cundió el pánico,

¿comprenden? En fin, resultó que en los hangares había el número habitual de cargueros Tierra-Marte, y los cálculos de la IA indicaban que necesitaríamos el impulso de casi todos ellos para volver al plano de la eclíptica a tiempo para interceptar el sistema joviano. Derivábamos hacia Júpiter, lo que fue una bendición. Fue entonces cuando las cosas se desmadraron. Teníamos que sacar los cargueros de los hangares, ponerlos en vuelo junto a Clarke y luego conectarlos unos con otros y cargarlos con todo el aire, combustible y las

provisiones que cupieran. Y treinta horas después del lanzamiento partimos en esas cuatro latas juntas. Ahora que miro atrás me parece increíble. Esas treinta horas...

Meneó la cabeza y Sax creyó advertir que un recuerdo real invadía de repente el relato de Phyllis y la hacía estremecerse ligeramente. Treinta horas era una evacuación en verdad rápida, y sin duda el tiempo había pasado como en sueños, en una ráfaga de acción frenética, en un estado mental tan diferente del ordinario que podía confundirse con la trascendencia.

—Después fue sólo cuestión de apretujarse en un par de salas (éramos doscientos ochenta y seis) y salir en EVA para separar las partes no esenciales de los cargueros. Y de rezar para que hubiese suficiente combustible para ponernos en trayectoria hacia Júpiter. Faltaban más de dos meses para que supiésemos con seguridad si interceptaríamos el sistema joviano, y diez semanas para que lo interceptásemos de hecho. Utilizamos a Júpiter como ancla gravitatoria y giramos alrededor de él para ponernos en camino hacia la Tierra, porque en ese momento Júpiter estaba más cerca que Marte. Y giramos con tanta fuerza que necesitamos la atmósfera terrestre y la gravedad de la Luna para frenarnos: estábamos casi sin combustible en el mismo momento en que éramos los humanos más veloces de la historia. Ochenta mil kilómetros por hora, creo, cuando golpeamos la estratosfera. Una velocidad muy conveniente, porque nos estábamos quedando sin aire ni comida. Pasamos bastante hambre en la parte final del viaje. Pero lo conseguimos. Y vimos Júpiter *así de cerca,* —dijo poniendo el pulgar y el índice a una distancia de dos centímetros.

La gente rió, y el destello de triunfo en los ojos de Phyllis no tenía nada que ver con Júpiter. Pero tenía la boca apretada; sin duda algo al final del cuento había ensombrecido el triunfo.

—Y usted era el líder, ¿no es así? —preguntó alguien.

Phyllis levantó una mano, como queriendo decir que aunque lo deseara, no podía negarlo.

—Fue un esfuerzo colectivo —dijo—. Pero a veces alguien tiene que decidir cuándo se ha llegado a un punto muerto, cuándo es necesario acelerar las cosas. Y yo era la directora de Clarke antes de la catástrofe.

Mostró una sonrisa rápida y abierta, segura de que el público había disfrutado de su relación de los hechos. Sax sonrió con los demás e hizo un gesto con la cabeza cuando ella lo miró. Phyllis era una mujer atractiva, pero no muy brillante, pensó. O quizá sólo era que a él le desagradaba. Porque en algunos aspectos ella era muy inteligente: una buena bióloga, y con toda seguridad tenía un CI alto. Pero había distintas clases de inteligencia, y no todas podían descubrirse con un test analítico. Sax lo había observado en sus años de estudiante: había personas que puntuaban alto en cualquier test de inteligencia y eran brillantes en su trabajo; sin embargo, podían entrar en una habitación y en el espacio de una hora casi todos los ocupantes de la habitación se reían de ellos o incluso los despreciaban. Lo que no revelaba demasiada inteligencia. En cambio, Sax pensaba que la más tonta de las animadoras de la secundaria, pongamos por caso, que se las arreglaba para ser cordial con todo el mundo y era universalmente popular, utilizaba una inteligencia tanto o más poderosa que la de cualquier matemático brillante de maneras torpes. El cálculo de la interacción

humana era tan sutil y variable como cualquier física, algo como el naciente campo de la matemática llamado caos recombinante en cascada, sólo que más simple. Por tanto, había al menos dos clases de inteligencia, y seguramente muchas más: espacial, estética, moral o ética, interaccional, analítica, sintética... Y había quienes eran inteligentes de maneras diferentes, y esas personas eran excepcionales, destacaban.

Sin embargo, Phyllis, que saboreaba ahora la atención de su auditorio, la mayoría mucho más jóvenes que ella y, al menos en apariencia, llenos de admiración por su historia, no tenía esa inteligencia polifacética. Por el contrario, parecía bastante torpe en lo concerniente a juzgar lo que la gente pensaba de ella. Sax sabía que él compartía esa deficiencia, y la observaba con su mejor sonrisa de Lindholm, pero en realidad pensaba que actuaba con vanidad y aun con arrogancia. Y la arrogancia siempre era estúpida. O bien enmascaraba algo de inseguridad, aunque era difícil adivinar qué inseguridad podía anidar en una persona tan exitosa y atractiva. Y Phyllis era atractiva.

Después de la cena volvieron a la sala de observación y allí, bajo la bóveda centelleante de estrellas, el grupo de Biotique puso música. Era lo que llamaban nuevo calipso, que hacía furor en Burroughs esos días, y algunos sacaron instrumentos para acompañarla, mientras otros bailaban en el centro de la sala. La música tenía un ritmo de unos cien latidos por minuto, calculó Sax, un compás fisiológico perfecto para estimular el corazón ligeramente; el secreto de toda la música de baile, supuso.

Y entonces descubrió que Phyllis estaba junto a él; lo agarró de la mano y lo arrastró a la pista. Sax apenas consiguió reprimir el impulso de apartar la mano de un tirón, y estaba seguro de que su respuesta a la sonriente invitación de ella parecía forzada en el mejor de los casos. No había bailado nunca en su vida, hasta donde él recordaba. Pero ésa era la vida de Sax Russell. Seguro que Stephen Lindholm había bailado mucho. Así que Sax empezó a saltar suavemente al compás del bombo de acero, meneando los brazos sin pauta fija, sonriéndole a Phyllis en una desesperada simulación de placer.

Bien entrada la noche, los más jóvenes de Biotique todavía bailaban, y Sax bajó en el ascensor para ir a buscar algunos tubos de helado de leche a las cocinas. Cuando volvió a entrar en el ascensor, Phyllis estaba dentro, de regreso del piso de las habitaciones.

—Espera, deja que te ayude con eso —dijo ella, y tomó dos de las cuatro bolsas de plástico que colgaban de los dedos de Sax.

Cuando las tuvo se inclinó hacia adelante (era unos centímetros más alta que él) y lo besó en la boca. Él le devolvió el beso, pero la conmoción fue tal que en realidad no empezó a sentirla hasta que ella se separó; entonces el recuerdo de la lengua de Phyllis entre sus labios fue como otro beso. Intentó parecer menos atónito, pero por la forma en que ella rió comprendió que había fracasado.

—Vaya, veo que no eres tan castigador como pareces —dijo ella, lo que, dada la situación, le hizo sentirse aún más alarmado. Intentó recuperarse, pero entonces el ascensor redujo su velocidad y las puertas se abrieron con un siseo.

Durante los postres y el resto de la fiesta Phyllis no volvió a acercarse a él. Al empezar el lapso marciano, Sax se encaminó a los ascensores para ir a su

habitación. Cuando las puertas empezaron a cerrarse, Phyllis entró escurriéndose entre ellas, y al ponerse en movimiento el ascensor ella lo besó de nuevo. Sax la rodeó con los brazos y la besó a su vez, tratando de imaginar qué haría Lindholm en su situación, y si habría alguna forma de salir de aquel brete sin buscarse problemas. El ascensor se detuvo y Phyllis se apartó con una mirada soñadora y desenfocada y dijo:

—Acompáñame hasta la habitación.

Tambaleándose un poco. Sax la tomó por el brazo, como si fuese un delicado equipo de laboratorio, y la siguió hasta una habitación minúscula, como el resto de los dormitorios. En la puerta se besaron otra vez, a pesar de la aguda sensación de Sax de que ésa era su última oportunidad de escapar, airosamente o no. Pero se encontró besándola apasionadamente, y cuando ella se apartó para murmurar, «Será mejor que entres», la siguió sin protestar. Su pene se había quedado atascado en su ciego avance hacia las estrellas, todos los cromosomas zumbando audiblemente, pobres infelices, ante esa oportunidad de inmortalidad. Hacía mucho tiempo que no había hecho el amor con nadie, excepto con Hiroko, y esos encuentros, aunque amigables y placenteros, no eran apasionados, sino más bien una extensión de los baños. Mientras que con Phyllis estaba excitado, los dos tironeándose con torpeza de las ropas mientras caían sobre la cama besándose, y esa excitación estaba pasando a Sax a través de una especie de conducción inmediata. Su erección saltó con impaciencia, libre al fin cuando Phyllis le bajó los pantalones, como ilustrando la teoría del gen egoísta, y él sólo pudo reír y abrir la larga cremallera ventral del mono de ella. Lindholm, libre de preocupaciones, sin duda se habría sentido excitado por el encuentro. Y también él tenía que estarlo. Además, aunque no le gustaba especialmente Phyllis, la conocía: seguía existiendo ese viejo vínculo entre los Primeros Cien, el recuerdo de aquellos años juntos en la Colina Subterránea. Había algo provocativo en la idea de hacer el amor con una mujer a la que conocía desde hacía tanto tiempo. Y todos los demás del grupo habían sido polígamos, parecía, todos menos Phyllis y él mismo. Así que ahora estaban resarciéndose. Y ella era muy atractiva. Y era agradable sentirse deseado.

Fáciles racionalizaciones que naturalmente olvidó a medida que crecía el apremio de su deseo. Pero inmediatamente después de consumar el acto, Sax empezó a preocuparse otra vez. ¿Tenía que volver a su habitación, tenía que quedarse? Phyllis se había quedado dormida con la mano sobre el costado de él, como para asegurarse de que se quedaría. Cuando duerme, todo el mundo parece un niño. Estudió el largo cuerpo de Phyllis, sorprendido una vez más por las diferentes manifestaciones del dimorfismo sexual. Respiraba con tanta paz. Sentirse deseado... Los dedos de ella todavía tensos sobre sus costillas. Y pasó la noche allí; pero no durmió mucho.

Sax se sumergió en el trabajo en el glaciar y el terreno circundante. Phyllis salía al campo de vez en cuando, pero se comportaba siempre de manera discreta con él. Sax se preguntaba si Claire (¡o Jessica!) o algún otro se habría dado

cuenta de lo ocurrido, o si habrían advertido que se repetía cada pocos días. Ésa era otra complicación: ¿cómo reaccionaría Lindholm al aparente deseo de Phyllis de mantener la relación en secreto? Pero en realidad no constituía un problema. Lindholm se veía más o menos forzado, por caballerosidad, sumisión o algo por el estilo, a actuar como lo habría hecho el propio Sax. Así, mantuvieron la relación en secreto, como lo habrían hecho en la Colina Subterránea, en el *Ares o* en la Antártida. Los viejos hábitos nunca mueren.

Y el glaciar les proporcionaba una excelente tapadera. El hielo y el terreno surcado de nervaduras que lo rodeaba eran medios fascinantes, y había mucho que estudiar y comprender allí.

La superficie del glaciar estaba muy fracturada, como se había sugerido a menudo en la literatura especializada: se había mezclado con el regolito durante la inundación, y luego las burbujas de carbonatación atrapadas la habían reventado. Las piedras y los bloques atrapados en la superficie habían derretido el hielo que tenían debajo, y luego éste se había vuelto a congelar alrededor de ellos, en un ciclo diario que había sumergido dos tercios de la roca. Al examinar con atención los seracs, que se levantaban como dólmenes titánicos en el accidentado glaciar, se descubría que estaban hincados profundamente. El hielo era quebradizo a causa del frío extremo, y se desplazaba con lentitud corriente abajo debido a la escasa gravedad, como un río a cámara lenta, y como su fuente estaba agotada toda esa masa acabaría en Vastitas Borealis. Los signos de este movimiento podían descubrirse a diario en el hielo: nuevas grietas, seracs caídos, icebergs agrietados. Esas superficies nuevas eran cubiertas rápidamente por flores de hielo cristalinas, cuya salinidad aceleraba la velocidad de cristalización.

Fascinado por este paisaje, Sax adquirió el hábito de salir cada día al alba, solo y siguiendo los senderos señalizados con banderolas por el equipo de la estación. En las primeras horas del día el hielo refulgía con trémulos tonos rosáceos, reflejo de los matices del cielo. Cuando la luz directa del sol incidía sobre las superficies destrozadas del glaciar, empezaba a levantarse vapor de grietas y pozas cubiertas de hielo, y las flores de hielo centelleaban como joyas de fantasía. En las mañanas sin viento, una pequeña capa de inversión atrapaba la bruma a unos veinte metros de altura y formaba una delgada nube de color naranja. Era evidente que el del glaciar se estaba sublimando deprisa.

En sus paseos veía muchas especies diferentes de algas y líquenes de la nieve. Las pendientes de las dos crestas laterales que daban sobre el glaciar estaban muy pobladas, salpicadas de pequeñas manchas de verde, oro, oliva, negro, rojo, y otros muchos colores, quizá treinta o cuarenta en total. Sax andaba sobre esas pseudomorrenas con cuidado, tan poco deseoso de pisar esa vida vegetal como lo estaría de pisar un experimento de laboratorio. Aunque a decir verdad, daba la sensación de que aquellos líquenes no lo habrían notado. Eran resistentes: roca desnuda y agua era cuanto necesitaban, además de luz —aunque ni siquiera de estas cosas necesitaban mucho—; crecían bajo el hielo, dentro del hielo, e incluso dentro de pedazos porosos de roca translúcida. En un lugar tan hospitalario como una grieta en la morrena, por fuerza tenían que florecer. Cada grieta que Sax examinaba mostraba en su interior colonias de liquen de Islandia, amarillo y bronce, que bajo la lupa revelaban diminutos tallos bifurcados orlados de espinas. Sobre las rocas planas encontró líquenes crustáceos: botón, espiga, escudo, *candeltaria,* liquen mapa de color verde manzana y el liquen naranja rojizo cuya presencia indicaba una concentración de

nitrato de sodio en el regolito. Bajo las flores de hielo había masas de liquen de la nieve de un pálido verde grisáceo, y al mirarlos con lupa se descubría que tenían tallos como los del liquen de Islandia, delicados como el encaje. El liquen vermicular era de color gris oscuro, y la ampliación revelaba astas desgastadas que parecían extremadamente frágiles. Sin embargo, si se rompía algún trozo y se separaba, las células de las algas atrapadas en los filamentos fúngicos seguían creciendo y formando más liquen, y se fijaban allí donde cayesen. Reproducción por fragmentación, muy indicada en un medio como aquél.

Los líquenes prosperaban, y además de las especies que Sax podía identificar con la ayuda de las fotografías de la pequeña pantalla de muñeca, había muchas otras que no se correspondían con ninguna especie catalogada. La curiosidad fue suficiente como para tomar muestras de esos desconocidos para enseñárselos a Claire y Jessica.

Pero el liquen era sólo el principio. En la Tierra, las regiones de roca fracturada dejadas al descubierto por el retroceso de los hielos o por el nacimiento de montañas jóvenes recibían el nombre de campos de cantos rodados o taludes. En Marte, el equivalente era el regolito, esto es, la mayor parte de la superficie del planeta. Un mundo talud. En la Tierra, esas regiones eran colonizadas primero por microbacterias y líquenes que, junto con la erosión química, empezaban a descomponer la roca dando lugar a un delgado suelo inmaduro que iba rellenando con lentitud las grietas entre las rocas. Con el tiempo se acumulaba suficiente material orgánico en esta matriz para mantener otros tipos de flora. A las zonas en ese estadio se las llamaba *fellfields (fell* significaba «piedra» en gaélico). Era un nombre adecuado, puesto que eran campos de piedra: la superficie aparecía tachonada de piedras y el suelo no alcanzaba los tres centímetros de grosor, pero mantenía una comunidad de pequeñas plantasY ahora había *fellfields* en Marte. Claire y Jessica sugirieron a Sax que cruzase el glaciar y caminase corriente abajo siguiendo la morrena lateral, y una mañana (escapando de Phyllis) así lo hizo. Después de media hora de caminata subió a una roca que le llegaba a la rodilla. Debajo, una pendiente llana y mojada que descendía hacia la artesa rocosa contigua al glaciar centelleaba a la luz de la mañana avanzada. Era evidente que el agua derretida discurría sobre ella casi a diario: en la quietud absoluta de la mañana él ya escuchaba el goteo de pequeñas corrientes bajo el borde del glaciar, que sonaban como un coro de diminutos carillones de madera. Y en esa cuenca en miniatura, entre los hilillos de agua, había puntos de color allá donde uno mirase: flores. Así pues, aquél era un trozo de *fellfield,* con su característico efecto *millefleur,* el yermo gris salpicado de puntos de rojo, azul, amarillo, rosa, blanco...

Las flores estaban montadas en pequeños tapices de musgo o en inflorescencias, o asomaban entre hojas vellosas. Todas las plantas se pegaban al suelo oscuro, que debía de ser mucho más cálido que el aire de capas superiores; nada excepto las briznas de hierba se levantaba más que unos pocos centímetros del suelo. Sax caminó de puntillas de roca en roca, poniendo cuidado para no pisar ni una sola planta, y se arrodilló en la grava para inspeccionar las pequeñas cosechas con la lupa del visor a la máxima potencia. Los organismos clásicos de los *fellfields* resplandecían a la luz de la mañana: la jabonera, con sus rodetes de minúsculas florecillas rosadas sobre cojines verde oscuro; un tapiz de phlox; ramitos de cinco centímetros de poa, como cristal a la luz, y que utilizaban la raíz del phlox para anclar sus delicadas raíces; una prímula alpina magenta, con su

botón amarillo y sus hojas verde oscuro, que formaban estrechas artesas para canalizar el agua hacia la roseta. La mayor parte de estas plantas tenían hojas vellosas. Descubrió unos nomeolvides de un azul muy intenso cuyos pétalos estaban tan saturados de antocianinas para conservar el calor que casi eran púrpura: el color que adquiriría el cielo marciano a 230 milibares, según los cálculos que había hecho Sax durante el viaje a Arena. Le sorprendía que no hubiese nombre para ese color tan característico. Tal vez aquél fuera el azul ciánico.

La mañana voló mientras él iba lentamente de una planta a otra, utilizando la guía de campo de su consola de muñeca para identificar *Arenaria,* trigo sarraceno, uñas de gato, altramuces, tréboles enanos y su homónimo, la saxífraga. Una planta que quebraba la roca. El nunca las había visto en estado salvaje, y pasó mucho tiempo mirando la primera que encontró: saxífraga ártica, *saxifraga hirculus,* ramas minúsculas cubiertas de largas hojas que acababan en unas flores diminutas de color azul pálido.

Como le ocurriera con los líquenes, había muchas plantas que no pudo identificar: algunas exhibían características de varias especies, incluso de diferentes géneros; otras no habían sido catalogadas, y mostraban una extraña combinación de rasgos de biosferas exóticas; algunas parecían plantas marinas o nuevos tipos de cactos. Especies creadas por la ingeniería genética, presumiblemente, aunque le sorprendía que no estuviesen incluidas en la guía. Mutantes, quizá. Ah, pero allí, donde una grieta ancha había reunido una capa de humus más gruesa y un diminuto arroyo, había un grupo de kobresia. La kobresia y otros carrizos crecían donde había humedad, y su turba extremadamente absorbente alteraba muy deprisa la química del suelo en el que crecían, desempeñando un papel importante en la lenta transición del *fellfield* a la pradera alpina. Ahora que los había descubierto podía ver los minúsculos cursos de agua, delimitados por la población de carrizos, escurriéndose entre las rocas. Arrodillado sobre la rodillera aislante, Sax desconectó los cristales de aumento y miró alrededor, y a pesar de estar agachado, de repente distinguió toda una serie de pequeños *fellfields,* diseminados sobre la pendiente de la morrena como jirones de una alfombra persa despedazada por el paso del hielo.

De vuelta en la estación, Sax pasó mucho tiempo confinado en los laboratorios, mirando los especímenes vegetales con el microscopio,

realizando tests y comentando los resultados con Berkina, Claire y Jessica.

—Casi todos son poliploides, ¿verdad? —preguntó Sax.

—Sí —confirmó Berkina.

Los poliploides eran bastante frecuentes en las grandes alturas de la Tierra, así que no era una sorpresa. Se trataba de un fenómeno extraño: el número de cromosomas originales de la planta se doblaba, triplicaba o incluso se cuadruplicaba. Las plantas diploides, con diez cromosomas, eran sucedidas por poliploides con veinte, treinta o cuarenta cromosomas. Los creadores de híbridos habían empleado ese método durante años para conseguir caprichosas plantas de jardín, porque los poliploides eran por lo general más grandes —hojas, flores, frutos, células, todo más grande— y ofrecían una mayor variedad que sus parientes. Esa adaptabilidad era idónea para la colonización de nuevas áreas,

como los glaciares. Había islas en el Ártico terrano en las que el ochenta por ciento de las plantas eran poliploides. Sax suponía que se trataba de una estrategia para evitar los efectos destructivos de la mutación excesiva, lo que explicaría que el fenómeno se diera en las zonas con niveles altos de radiación ultravioleta. Las radiaciones ultravioletas intensas rompían un crecido número de genes, pero si se los replicaba en otras series de cromosomas, era muy probable que el genotipo no sufriese daños y no hubiese impedimentos para la reproducción.

—Hemos descubierto que incluso cuando no empezamos con poliploides, como hacemos normalmente, las especies cambian en el espacio de pocas generaciones.

—¿Han identificado el mecanismo desencadenante?

—No.

Otro misterio. Sax miró por el microscopio, vejado por ese sorprendente desgarrón en el tejido extraño de la biología. Pero no se podía hacer nada; él mismo se había ocupado de la cuestión en sus laboratorios del Mirador de Echus en la década de 2050, y al parecer una radiación ultravioleta superior a la que el organismo estaba habituado estimulaba la respuesta poliploide. Pero ¿cómo captaban las células esa diferencia, para responder doblando, triplicando o cuadruplicando el número de cromosomas?

—Tengo que confesar que me sorprende ver lo bien que está prosperando todo.

Claire sonrió, feliz.

—Temía que después de la Tierra pensaras que esto era un yermo desolado.

—Bien, no. —Sax carraspeó.— Supongo que no esperaba nada. O sólo algas y líquenes. Pero esos *fellfields* parecen llenos de vida. Pensé que llevaría más tiempo.

—En la Tierra, sí. Pero recuerda que no nos limitamos a tirar las semillas y a esperar. Todas las especies han sido manipuladas para incrementar su resistencia y su velocidad de crecimiento.

—Y cada primavera sembramos de nuevo —añadió Berkina—, y fertilizamos con bacterias fijadoras del nitrógeno.

—Pensé que eran las bacterias desnitrificadoras las que estaban en boga.

—Esas las distribuimos específicamente en los depósitos abundantes en nitrato de sodio para transpirar el nitrógeno hacia la atmósfera. Pero en los lugares en los que cultivamos necesitamos más nitrógeno en el suelo, así que utilizamos fijadores de nitrógeno.

—Sigue pareciéndome que van demasiado deprisa. Y todo esto tiene que haber ocurrido después de la soletta.

—La cuestión es que no hay competencia —dijo Jessica desde su mesa al otro lado de la habitación—. Las condiciones son hostiles, pero éstas son plantas muy resistentes, y cuando las dejamos ahí fuera no tienen competidores que entorpezcan su crecimiento.

—Es un nicho vacío —dijo Claire.

—Y las condiciones aquí son mejores que en otros lugares de Marte — añadió Berkina—. En el sur tienen el invierno del afelio y la altura. Las estaciones de allí informan que el efecto del invierno es devastador. Pero aquí, el invierno del perihelio es mucho más benigno, y estamos sólo a mil metros de altitud. Las condiciones son mucho mejores que las de la Antártida en muchos sentidos. Sobre todo el nivel de CO_2. Me pregunto si ésa no será la causa de la velocidad que tanto te sorprende. Es como si las plantas estuviesen sobrealimentadas.

—Aja —dijo Sax, asintiendo.

Así pues, los *fellfields* eran jardines. Crecimiento asistido más que crecimiento natural. En realidad lo había sospechado —era algo común en Marte—, pero los *fellfields*, rocosos y extensos, tenían un aspecto tan espontáneo y salvaje que por un momento lo habían confundido. Y aun sin olvidar que eran jardines, todavía lo sorprendía que fuesen tan vigorosos.

—¡Y ahora tenemos la soletta derramando luz solar sobre la superficie! — exclamó Jessica. Sacudió la cabeza, como si lo desaprobara—

. La insolación natural es una media del cuarenta y cinco por ciento de la terrana, y con la soletta sube al cincuenta y cuatro por ciento.

—Contadme algo más de la soletta —dijo Sax cautelosamente.

Le explicaron el asunto por turnos. Un grupo de transnacionales, encabezadas por Subarashii, había construido una formación circular de láminas de espejo solar, situada entre el sol y Marte, y alineadas para captar y enfocar hacia el interior las ondas de luz solar que pasaban cerca del planeta. Un espejo anular que rotaba en órbita polar reflejaba la luz de vuelta a la soletta para contrarrestar la presión de la luz solar, y esa luz rebotaba de nuevo hacia Marte. Los dos sistemas de espejos eran enormes comparados con las primeras velas solares de los cargueros que Sax había alineado de manera que reflejasen la luz sobre la superficie, y la luz reflejada que estaban añadiendo al sistema era muy significativa.

—Debe de haber costado una fortuna construirlos —murmuró Sax.

—Oh, desde luego. Las grandes transnac están invirtiendo lo que no te imaginas.

—Y eso no es todo —dijo Berkina—. Planean deslizar una lente aérea a sólo unos cientos de kilómetros por encima de la superficie, y esta lente concentrará parte de la luz que incida en la soletta para elevar la temperatura de la superficie a niveles fantásticos, algo así como cinco mil grados…

—¡Cinco mil grados!

—Sí, creo que eso fue lo que oí. Planean derretir la arena y el regolito subterráneo, y así liberar los elementos volátiles en la atmósfera.

—Pero ¿y la superficie?

—Tienen intención de hacerlo en zonas remotas.

—En líneas —dijo Claire—. ¿Acaso pretenden cavar zanjas?

—Canales —dijo Sax.

—¡Pues claro! —Todos rieron.

—Canales de paredes vitrificadas —dijo Sax, preocupado al pensar en todos esos gases. El dióxido de carbono sería el que predominaría.

Pero no quería mostrar un interés excesivo en los proyectos de terraformación más ambiciosos. No insistió en el tema y pronto la conversación volvió al trabajo que ellos hacían.

—Bien —dijo Sax—, imagino que algunos de los *fellfields* muy pronto se transformarán en praderas alpinas.

—Oh, ya existen praderas alpinas —dijo Claire.

—¡No me digas!

—Sí. Bueno, son pequeñas todavía. Pero si caminas unos tres kilómetros por el borde occidental las verás. ¿No has ido aún? Hay praderas alpinas y también *krummholz.* No ha sido tan difícil después de todo. Plantamos los árboles sin apenas alterarlos, porque resultó que muchas especies de pinos y piceas resistían temperaturas mucho más bajas que las habituales en sus habitats terranos.

—Qué curioso.

—Un vestigio de las edades de hielo, supongo. Pero ahora les resulta muy útil.

—Interesante —dijo Sax.

Y pasó el resto del día mirando por el microscopio sin ver nada, ensimismado. La vida es sobre todo espíritu, solía decir Hiroko. Era un asunto extraño, el vigor de las cosas vivas, su tendencia a proliferar, lo que Hiroko llamaba la fuerza verde, la viriditas. La lucha de la vida para cobrar forma. Le parecía muy enigmático.

Cuando llegó el alba del siguiente día, se despertó en la cama de Phyllis, con Phyllis junto a él, enredada en las sábanas. Después de la cena todo el grupo había subido a la sala de observación, algo que se estaba haciendo habitual, y Sax había continuado la conversación con Claire, Jessica y Berkina. Jessica se había mostrado muy afectuosa con él, como siempre, y Phyllis, que lo había advertido, lo siguió cuando fue a los aseos junto al ascensor. Allí se había abalanzado sobre él con ese abrazo seductor que tanto lo sorprendía. Habían acabado por subir a la habitación de ella, y aunque Sax se había sentido incómodo por desaparecer sin despedirse de los otros, había hecho el amor con bastante pasión.

Ahora, mirándola, recordó la marcha precipitada con disgusto. La sociobiología más simple explicaba perfectamente ese comportamiento: competencia por el macho, una actividad animal muy básica. Sax nunca había sido objeto de ese tipo de rivalidad, pero no podía atribuirse el mérito de esa súbita persecución. Era evidente que se debía a la cirugía estética de Vlad, que había reorganizado su cara y resultaba atractiva para las mujeres. Pero seguía siendo un misterio para él que una determinada combinación de rasgos faciales fuera más atractiva que otra. Había escuchado explicaciones sociobiológicas de la atracción sexual que tenían cierta validez: un hombre buscaba una compañera con caderas anchas para alumbrar a los hijos sin problemas, con pechos grandes para alimentarlos, etcétera; una mujer buscaba un hombre fuerte que

engendrase hijos sanos y los mantuviese... Todo eso tenía cierta lógica, pero ninguna relación con los rasgos faciales. Para éstos, las explicaciones sociobiológicas se volvían bastante imprecisas: ojos separados para ver bien, buenos dientes para ayudar a mantener la salud, una nariz prominente para evitar los resfriados... No, nada de aquello tenia sentido. Sólo eran combinaciones casuales que de algún modo resultaban atractivas a la vista. Un juicio estético en el que rasgos no funcionales casi imperceptibles podían influir, lo cual indicaba que los aspectos prácticos no eran relevantes.

Sobre el particular, Sax recordaba a dos gemelas con las que había ido a la escuela secundaria: tenían casi el mismo aspecto, y sin embargo una era corriente mientras que la otra era hermosa. Eran unos milímetros de carne, hueso y cartílago que determinaban una configuración agradable o desagradable. Vlad le había alterado la cara y ahora las mujeres competían por sus atenciones, aunque era la misma persona de siempre. Una persona por la que Phyllis nunca había demostrado el menor interés cuando tenía el aspecto que la naturaleza le había dado. Era difícil no ser cínico al respecto. Que lo desearan a uno, sí; pero que lo desearan por trivialidades...

Dejó la cama y se puso uno de los trajes ligeros de última generación, mucho más cómodos que los antiguos de tejido elástico. Aún había que llevar aislante para protegerse de las temperaturas por debajo del punto de congelación, y también casco y un tanque de aire, pero ya no era necesario proporcionar presión para evitar los hematomas en la piel. Con 160 milibares había suficiente para evitarlo; así que ahora bastaba con llevar ropa y botas calientes, y el casco. En pocos minutos estuvo vestido y salió al glaciar.

Siguió el sendero principal de banderolas que cruzaba el río de hielo, la escarcha crujiendo bajo sus pies, y luego dobló en la dirección de la corriente por la orilla occidental, y dejó atrás los pequeños *millejleur* de los *fellfields* recubiertos de escarcha, que ya empezaba a derretirse al sol. Llegó al lugar donde el glaciar salvaba un pequeño escarpe formando una corta cascada de hielo cuarteado que viraba unos cuantos grados hacia la izquierda, siguiendo las nervaduras que la bordeaban. De pronto un crujido sonoro llenó el aire, seguido por un estampido de baja frecuencia que vibró en el estómago de Sax. El hielo se movía. Sax se detuvo y escuchó. Le llegó el tintineo distante de una corriente bajo el hielo. Echó a andar de nuevo, sintiéndose más liviano y más feliz a cada paso. La luz de la mañana era diáfana y el vapor flotaba sobre el hielo como humo blanco. Y entonces, al amparo de unos bloques enormes, encontró un anfiteatro *fellfield* moteado de flores que parecían manchas de pintura. Y allí, en el fondo del campo, había una pequeña pradera alpina, orientada hacia el sur y sorprendentemente verde, las alfombras de pastos y carrizos cruzadas de corrientes de agua recubiertas de hielo. Y alrededor de los límites del anfiteatro, cobijados en grietas y bajo las rocas, se encorvaban numerosos árboles enanos.

Era el *krummholz,* que en la evolución de los paisajes de montaña era el estadio que seguía a las praderas alpinas. Los árboles enanos que había divisado eran miembros de especies corrientes, sobre todo piceas azules, *Picea glauca,* que en esas condiciones hostiles se miniaturizaban por su cuenta, adaptándose al contorno de los espacios protegidos donde brotaban. O mejor dicho, donde las habían plantado. Sax vio algunos *Pinus contorta* entre las numerosas piceas. Eran los árboles más resistentes al frío de la Tierra, y al parecer el equipo de Biotique había añadido genes procedentes de árboles halófilos como el tamarisco

para incrementar su tolerancia a la sal. Habían sido objeto de manipulaciones genéticas de todo tipo para ayudarlos, pero aun así, las condiciones extremas entorpecían su crecimiento y obligaban a árboles que habrían alcanzado los treinta metros de altura a encogerse en nichos de medio metro en busca de protección, recortados por el viento y las neviscas como por una podadera. De ahí su nombre, *krummholz,* que en alemán significaba «bosque retorcido», o quizá «bosque enano»: la primera zona en la que los árboles se las arreglaban para aprovechar la labor de formación de suelo de los *fellfields* y las praderas alpinas. El límite arbolado.

Sax vagó despacio por ese anfiteatro, pisando sobre las rocas, inspeccionando los musgos, los carrizos, las hierbas y todos los árboles. Esas pequeñas cosas nudosas se retorcían como si las cultivaran jardineros de bonsais que habían perdido el juicio.

—Qué hermoso —exclamó Sax en voz alta más de una vez al examinar una rama o un tronco, o el dibujo de una corteza laminar—. Qué hermoso. Ah, si tuviésemos unos cuantos topos. Unos cuantos topos y campañoles, y marmotas, visones y zorros.

Pero el CO_2 en la atmósfera todavía representaba el treinta por ciento del aire, quizá unos cincuenta milibares. Los mamíferos morirían deprisa en esa atmósfera. Por eso él siempre se había resistido al modelo de terraformación de dos etapas, que requería una concentración masiva de CO_2. ¡Como si calentar el planeta fuese el único objetivo! El objetivo era la existencia de animales en la superficie. Eso no solamente era provechoso en sí mismo, sino que además beneficiaba a las plantas, muchas de las cuales necesitaban a los animales. La mayoría de las plantas de *fellfields* se reproducían por sí solas, era cierto, y además Biotique había liberado algunos insectos manipulados, que volaban dando tumbos, medio muertos, luchando obstinadamente por sobrevivir, y que a duras penas podían completar la labor de polinización. Pero había muchas otras funciones ecológicas simbióticas para las que se necesitaban animales, como la aireación del suelo, que llevaban a cabo topos y campañoles, o la distribución de las semillas que hacían algunas aves, y sin ellos las plantas en general no prosperarían, y algunas no sobrevivirían. No, tenían que reducir el nivel de CO_2 del aire, probablemente hasta los diez milibares que había cuando llegaron al planeta, cuando era el único aire. Todo ello hacía más preocupante aún el plan de fundir el regolito con la lupa aérea que sus colegas habían mencionado. Eso sólo agravaría el problema.

Entretanto, esa belleza inesperada. Las horas pasaron sin que él se diera cuenta mientras examinaba los especímenes uno por uno. Admiró sobre todo el tronco y las ramas espiraladas, la corteza escamosa y la disposición de las agujas de un pequeño *Pinus contorta;* en verdad parecía una escultura extravagante. Y estaba arrodillado en el suelo, con la cara metida en unos carrizos y el trasero apuntando al ciclo cuando Phyllis, Claire y toda la tropa invadieron la pradera riéndose de él y pisoteando la hierba viva despreocupadamente.

Phyllis se quedó con él esa tarde, como había hecho en dos o tres ocasiones, y regresaron juntos. Al principio Sax trató de representar el papel de guía nativo, señalando plantas cuya existencia había conocido apenas una semana antes. Pero Phyllis no le prestaba ninguna atención. Era evidente que Sax sólo le interesaba como auditorio entregado, como testigo de su vida. Así que él se dejó de plantas y le preguntó, y escuchó, y volvió a preguntar. Sería una buena oportunidad de aprender más sobre la actual estructura de poder de Marte. Aunque ella exagerara su papel en el asunto, seguía siendo instructivo.

—Me dejó atónita lo rápido que Subarashii construyó el ascensor y lo colocó en posición —dijo Phyllis.

—¿Subarashii?

—Era la principal contratista.

—¿Quién adjudicó el contrato, la UNOMA?

—Oh, no. La UNOMA ha sido sustituida por la Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas.

—Entonces, cuando eras presidenta de la Autoridad Transitoria, a todos los efectos eras presidenta de Marte.

—Bueno, la presidencia es rotativa entre los miembros, y la verdad es que no confiere mucho más poder del que tienen los demás. Es sólo para el consumo de los medios de comunicación y para dirigir las reuniones. Trabajo de relaciones públicas.

—Aun así...

—Oh, ya lo sé. —Rió.— Es una posición que muchos de mis viejos colegas desearon pero nunca consiguieron. Chalmers, Bogdanov, Boone, Toitovna... Me pregunto qué habrían pensado si lo hubieran visto. Pero ellos apostaron por el caballo perdedor.

Sax apartó la vista de ella.

—Y dime, ¿cómo es que Subarashii consiguió el nuevo ascensor?

—Porque el comité de dirección de la Autoridad Transitoria votó por ellos. Praxis había intentado hacerse con él, pero a nadie le gusta Praxis.

—Ahora que el ascensor ha vuelto, ¿crees que las cosas cambiarán otra vez?

—¡Oh, ciertamente! ¡Ciertamente! Muchas cosas quedaron en suspenso desde los disturbios. Emigración, construcción, terraformación, comercio... Todo se detuvo. Apenas si hemos podido reconstruir algunas de las ciudades destruidas. Ha imperado una especie de ley marcial, necesaria, por supuesto, en vista de lo que ocurrió.

—Por supuesto.

—¡Pero ahora! Todos los metales acumulados durante los últimos cuarenta años están listos para entrar en el sistema terrano, y eso estimulará de manera increíble la economía de los dos mundos. Nos llegará más producción desde la Tierra, y más inversiones y emigración. Al fin ha llegado la hora de que empecemos a hacer cosas.

—¿Como la soletta?

—¡Exactamente! Ése es un ejemplo perfecto de lo que quiero decir. Hay un montón de proyectos de grandes inversiones aquí.

—Canales de paredes vitrificadas —dijo Sax. Eso haría que los agujeros de transición pareciesen triviales.

Phyllis estaba diciendo algo sobre las brillantes perspectivas de la Tierra, y él sacudió la cabeza para despejarla de julios por centímetro cuadrado.

—Pero yo creía que la Tierra atravesaba serias dificultades —dijo Sax.

—Bien, sí, la Tierra siempre está en serias dificultades. Tendremos que acostumbrarnos a eso. Pero soy optimista al respecto. Quiero decir que la recesión los ha perjudicado mucho hasta ahora, especialmente a los tigres pequeños y a los cachorros de tigre, y por descontado a las naciones menos desarrolladas. Pero la entrada de metales industriales marcianos estimulará la economía, incluyendo las industrias de control medioambiental. Y por desgracia, parece que los muertos de hambre van a ver resueltos muchos de sus problemas.

Sax se concentró en la sección de morrena que estaban escalando. Allí la solifluxión, el derretimiento diario del suelo helado de una pendiente, había hecho que el regolito suelto resbalara pendiente abajo y se amontonara formando depresiones y cercos, y aunque parecían grises y sin vida, un dibujo tenue en forma de minúsculas tejas revelaba que en realidad estaban cubiertos de copos azul grisáceos de liquen. En las hondonadas había masas de algo gris ceniciento, y Sax se inclinó para arrancar una pequeña muestra.

—Observa —le dijo con brusquedad a Phyllis—, hepática de la nieve.

—Parece barro.

—Debido a un hongo parásito que crece sobre ella. La planta es de color verde en realidad; ¿ves estas pequeñas hojas? Es un brote nuevo que el hongo no ha cubierto todavía.

Bajo la lupa, las hojas nuevas parecían cristal verde. Pero Phyllis no se molestó en mirar.

—¿Quién la diseñó? —preguntó, y su tono indicaba que el diseñador tenía muy mal gusto.

—No lo sé. Tal vez nadie. Muchas de las especies nuevas que hay aquí no han sido diseñadas.

—¿Es posible que la evolución trabaje tan deprisa?

—Bueno, ya sabes... ¿Son los poliploides evolución?

—No.

Phyllis siguió adelante, sin mostrar el menor interés en el pequeño espécimen gris. Hepática de la nieve. Probablemente apenas manipulada, o incluso no diseñada. Especímenes de ensayo, arrojados entre los otros para ver cómo funcionaban. Y por tanto muy interesantes, en opinión de Sax.

Sin embargo, en algún punto del camino Phyllis había perdido el interés. Había sido una bióloga de primer orden una vez, y Sax no podía imaginar cómo se podía perder la curiosidad, que era la esencia de la actitud científica, esa necesidad de comprender las cosas. Pero se hacían viejos. En el curso de sus ahora antinaturales vidas era probable que experimentasen cambios profundos.

Sax detestaba la idea, pero allí estaba. Como el resto de los nuevos centenarios, él tenía cada vez más dificultades para recordar momentos específicos de su pasado, sobre todo de los años intermedios, las cosas que habían ocurrido entre los veinticinco y los noventa. Por tanto, los años anteriores al sesenta y uno y la mayor parte de sus años en la Tierra se estaban desvaneciendo. Y sin una memoria que funcionase bien, era inevitable que cambiaran.

Cuando regresaron a la estación, Sax fue al laboratorio, perturbado. Tal vez, pensó, se habían convertido en poliploides, no como individuos, sino culturalmente: un grupo internacional que había llegado allí y había cuadruplicado las cadenas de mentes, proporcionando la adaptabilidad para sobrevivir en esa tierra alienígena a pesar de las mutaciones provocadas por el estrés.

Pero no. Eso era analogía más que homología. Lo que en humanidades llamarían un símil heroico, si entendía bien el término, o una metáfora o alguna otra analogía literaria. Y las analogías eran por lo general absurdas: una cuestión de fenotipo más que de genotipo (por utilizar otra analogía). La poesía y la literatura, las humanidades en general, por no mencionar las ciencias sociales, eran fenotípicas hasta donde Sax sabía. Se reducían a un enorme compendio de analogías absurdas que no ayudaban a explicar las cosas, sino que distorsionaban la percepción de ellas. Una suerte de borrachera conceptual continua, podría decirse. Sax prefería la exactitud y el poder de la explicación, ¿y por qué no? Si en el exterior estaban a 200 grados kelvin, ¿por qué no reconocerlo, en vez de hablar de tetas de brujas y demás, arrastrando el inmenso bagaje de ignorancia del pasado además de enturbiar cada encuentro con la realidad sensorial? Era absurdo.

Bien, de acuerdo, no existía el poliploidismo cultural. Sólo existía una situación histórica determinada, la consecuencia de todo lo que había ocurrido antes: las decisiones tomadas, los resultados propagándose por todo el planeta en completo desorden, evolucionando (quizá debería decirse desarrollándose), sin ningún plan. A ese respecto, había una cierta similitud entre la historia y la evolución: ambas tenían tanto de casualidad y accidente como de pautas de desarrollo. Pero las diferencias, sobre todo en las escalas temporales, eran tan desmesuradas que reducían esa similitud de nuevo a mera analogía.

No, era mejor concentrarse en las homologías, esas similitudes estructurales que indicaban relaciones físicas reales, que de verdad explicaban algo. Esto, por supuesto, lo llevaba a uno de nuevo a la ciencia. Pero después de un encuentro con Phyllis, eso era todo lo que deseaba.

Volvió a sumergirse en el estudio de las plantas. Muchos de los organismos de *fellfield* que encontraba tenían hojas carnosas recubiertas de vello, lo que ayudaba a las plantas a protegerse de la violenta acometida de los rayos ultravioleta del sol marciano. Esas adaptaciones podían muy bien tomarse como ejemplos de homología: especies con los mismos ancestros que han conservado los rasgos de familia. O podían ser ejemplos de convergencia: especies de familias distintas que llegan a la misma forma debido a la necesidad funcional. Y en esos momentos simplemente podían ser el resultado de la bioingeniería, que añadía los mismos rasgos a diferentes plantas para facilitarles las mismas ventajas.

Para averiguar de qué caso se trataba había que identificar la planta, y después consultar los archivos para ver si había sido diseñada por uno de los equipos de terraformación. Había un laboratorio de Biotique en Elysium, dirigido por un tal Harry Whitebook, que estaba diseñando las plantas de superficie más eficaces, especialmente los carrizos y las hierbas, y el catálogo de Whitebook a menudo revelaba la mano de él en la planta, en cuyo caso las similitudes no eran más que convergencia artificial, Whitebook insertando características como hojas vellosas en casi toda planta con hojas que él creaba.

Un caso interesante de cómo la historia imitaba a la evolución. Y puesto que se proponían crear una biosfera en Marte en un corto plazo quizá 107 veces más breve que el necesario en la Tierra, tendrían que intervenir continuamente en el acto mismo de la evolución. Así pues, la biosfera marciana no sería un caso de filogenia recapitulando la ontogenia, un concepto desacreditado en cualquier caso, sino la historia recapitulando la evolución. O mejor, imitándola en lo posible dado el entorno marciano. O incluso, dirigiéndola. La historia dirigiendo la evolución. Era una idea apabullante.

Whitebook había emprendido la tarea con talento: había creado arrecifes de líquenes frealofíticos, por ejemplo, que transformaban las sales que incorporaban en algo similar a la estructura coralina del milepora; de ese modo las plantas resultantes eran masas de bloques semicristalinos de color verde oscuro o verde oliva. Caminar a través de una de esas formaciones era como pasear por un jardín laberinto liliputiense aplastado, abandonado y medio cubierto de arena. Los bloques aparecían resquebrajados y tenían un aspecto tan desastroso que parecían enfermos; una enfermedad que petrificaba las plantas mientras estaban vivas, confinándolas en su lucha por existir en el interior de unas vainas agrietadas de malaquita y jade. De apariencia extraña, pero muy exitoso. Sax encontró bastantes de esos arrecifes de líquenes creciendo en la cresta de la morrena occidental y en el regolito árido que se extendía más allá.

Pasó varias mañanas estudiándolo, y una mañana, mientras cruzaba la cresta, miró atrás, hacia el glaciar, y vio un torbellino arenoso girando sobre el hielo, un pequeño tornado de color rojizo que avanzaba centelleando corriente abajo. Inmediatamente después recibió el embate de un viento fuerte, con ráfagas de al menos cien kilómetros por hora, y luego de ciento cincuenta. Acabó agachándose detrás de un arrecife de líquenes, con una mano levantada para estimar la velocidad del viento. Era difícil precisarla, porque la atmósfera cada vez más densa había incrementado la fuerza de los vientos, haciéndolos parecer más veloces de lo que eran. Todas las estimaciones empíricas de los días en la Colina Subterránea estaban desfasadas. Las ráfagas que lo golpeaban ahora podían no ser superiores a los ochenta kilómetros por hora. Pero venían cargadas de arena, que repiqueteaba contra el visor y reducía la visibilidad a unos cien metros. Después de esperar una hora a que la tormenta de arena remitiese, se rindió y regresó a la estación, cruzando el glaciar poco a poco, de banderola en banderola, cuidando de no perder el sendero: era importante si uno quería mantenerse lejos de las peligrosas zonas de grietas.

Una vez que cruzó el hielo, Sax caminó deprisa hacia la estación, pensando en el pequeño tornado que había anunciado la llegada del viento. El tiempo era extraño. En la estación, consultó un canal meteorológico y leyó toda la información sobre las condiciones del día, y luego estudió las fotografías de satélite de la región. Una bolsa ciclónica se abatía sobre ellos desde Tharsis. Con

el aire cada vez más denso, los vientos que venían de Tharsis era en verdad muy fuertes. La protuberancia seguiría siendo un punto de anclaje de la meteorología marciana para siempre, sospechaba Sax. La mayor parte del tiempo, la corriente de chorro del hemisferio norte circularía sobre y alrededor de su extremo norte, como lo hacía la corriente de chorro alrededor de las Rocosas. Pero de cuando en cuando las masas de aire serían empujadas hacia la cresta de Tharsis entre los volcanes, y dejarían caer la humedad en Tharsis oeste mientras subían. Luego esas masas de aire deshidratado se desplomarían rugiendo por la pendiente oriental, el mistral, o el siroco, o el foehn del Gran Hombre, con vientos tan veloces y potentes que se convertirían en un problema a medida que la atmósfera ganase densidad. Algunas ciudades tienda en superficies abiertas estarían amenazadas hasta el punto de que se verían obligados a retirarse al interior de cañones y cráteres, o a robustecer el material de las tiendas.

Pensando en estas cosas, la climatología empezó a parecerle tan excitante a Sax que deseó abandonar sus estudios botánicos y dedicarse al nuevo tema a tiempo completo. En el pasado lo hubiera hecho, y se habría sumergido en la climatología durante un mes o un año, hasta que hubiese satisfecho su curiosidad, y se las hubiese arreglado para pensar en alguna contribución frente a los problemas que surgiesen.

Pero ésa había sido una aproximación muy indisciplinada, como bien sabía ahora, que llevaba a una especie de método disperso, incluso a un cierto diletantismo. Ahora, como Stephen Lindholm, trabajando para Claire y Biotique, tenía que abandonar la climatología con una mirada anhelante a las fotos de satélite y a los nuevos sistemas de sugerentes espirales nubosas, y limitarse a mencionarles a los otros el remolino, y a hablar del tiempo de pasada en el laboratorio o durante la cena, mientras volvía a concentrar el grueso de su atención en el pequeño ecosistema y sus plantas, y en cómo ayudarlas a salir adelante. Y a medida que empezaba a conocer las particularidades de Arena, esas restricciones impuestas por su nueva identidad no le parecieron tan malas. Significaban que se veía forzado a concentrarse en una sola disciplina como no lo había hecho desde su trabajo de graduación. Y las recompensas de la concentración empezaban a serle cada vez más evidentes. Lo convertirían en un científico mejor.

Al día siguiente, por ejemplo, con los vientos apenas un poco vivos, volvió a salir y localizó la porción de arrecife de liquen que estaba estudiando cuando la tormenta empezó. Todas las fisuras de la estructura estaban llenas de arena, lo que debía ocurrir habitualmente. Limpió una de las fisuras y examinó el interior con los veinte aumentos de la lupa de su visor. Las paredes estaban recubiertas de unos finos cilios. Era evidente que esas superficies ya protegidas no necesitaban más protección. Por tanto quizás estaban allí para liberar el exceso de oxígeno de los tejidos de la masa cristalina exterior. ¿Espontáneo o planeado? Leyó las descripciones en la consola de muñeca, y añadió una nueva sobre este espécimen que, a juzgar por los cilios, parecía no descrito. Sacó una pequeña cámara del bolsillo y tomó una fotografía, puso una muestra de los cilios en una bolsa, guardó la cámara y siguió adelante.

Bajó para echarle una ojeada al glaciar, caminando sobre una de las muchas junturas donde su costado descendía y se unía suavemente a la pendiente

ascendente de la nervadura de la morrena.

El resplandor era intenso a mediodía, como si los pedazos de un espejo roto estuviesen reflejando la luz del sol por todas partes. El hielo crujía bajo sus pies. Las pequeñas cuencas fluviales se unían y formaban corrientes de cauces profundos, que desaparecían abruptamente en los agujeros del hielo. Esos agujeros, como las grietas, tenían varios tonos de azul. Las nervaduras de la morrena resplandecían como el oro y parecían reverberar bajo el calor en aumento. Algo en el paisaje le recordó a Sax el plan de la soletta, y silbó entre dientes.

Se enderezó y estiró la parte baja de la espalda, sintiéndose muy vivo y curioso, en su elemento. El científico en acción. Estaba aprendiendo a disfrutar del siempre fresco esfuerzo primario de la «historia natural», la observación detenida de los fenómenos de la naturaleza: descripción, clasificación, taxonomía, el intento prístino de explicar, o mejor el primer paso, simplemente describir. Qué felices le habían parecido siempre en sus escritos los historiadores naturales, Linneo y su latín salvaje, Lyell y sus rocas, Wallace y Darwin y el gran paso de la categoría a la teoría, de la observación al paradigma. Sax podía sentir esa felicidad allí, en el Glaciar Arena en el año 2101, con todas esas especies, ese proceso floreciente de especiación a medias humano, a medias marciano, un proceso que con el tiempo necesitaría sus propias teorías, algún tipo de evohistoria, o de evolución histórica, o ecopoesis, o simplemente areología. O la viriditas de Hiroko, quizá. Teorías sobre el proyecto de terraformación, no sólo sobre sus intenciones, sino sobre la manera como trabajaba. Una historia natural, justamente. Muy poco de lo que estaba sucediendo podía estudiarse en un laboratorio experimental, de modo que la historia natural volvería a ocupar el lugar que le era propio entre las ciencias. Allí en Marte todas las jerarquías estaban destinadas a caer, y ésa no era una analogía absurda, sino una observación precisa sobre el aspecto que tendría todo.

El aspecto que tendría. ¿Lo entendía él antes de aquella temporada en el exterior? ¿Lo entendía Ann? Mientras examinaba la superficie salvaje y agrietada del glaciar, se descubrió pensando en ella. Cada pequeño iceberg o grieta destacaba como si aún llevase los veinte aumentos sobre el visor, pero con una profundidad de campo infinita: cada matiz de marfil y rosa en las superficies carcomidas, cada centelleo de espejo del agua del deshielo, las colinas perfilándose en el horizonte... todo se veía con una nitidez y precisión quirúrgicas. Y se le ocurrió que esa visión no era accidental (el efecto de lupa de las lágrimas sobre su cornea, por ejemplo), sino el resultado de una nueva y creciente comprensión conceptual del paisaje. Era una suerte de visión cognitiva, y no pudo evitar recordar a Ann diciéndole con furia: *Marte es el lugar que nunca has visto.*

Sax lo había tomado como una figura retórica. Pero recordó ahora a Kuhn: afirmaba que los científicos que utilizaban paradigmas distintos existían literalmente en mundos distintos, hasta tal punto era la epistemología un componente integral de la realidad. Así, los aristotélicos no veían el péndulo galileano, que para ellos no era más que un cuerpo cayendo con ciertas dificultades. Y en general, los científicos que debatían los méritos relativos de paradigmas contrapuestos en realidad estaban hablando unos a través de los otros, empleando las mismas palabras para definir realidades distintas.

También había considerado esa afirmación una figura retórica. Ahora, absorbiendo la transparencia alucinatoria del hielo, tenía que admitir que describía lo que sentía cuando hablaba con Ann. Sus conversaciones eran frustrantes para ambos, y cuando ella había gritado que él nunca había visto Marte, quizá sólo quería decir que él nunca había visto el Marte que ella veía, el Marte creado por el paradigma de Ann. Y eso era cierto sin lugar a dudas.

Sin embargo Sax veía ahora un Marte nuevo para él. Pero la transformación había ocurrido luego de semanas de concentración en esas partes del paisaje que Ann despreciaba, las nuevas formas de vida. Por eso dudaba de que el Marte que estaba viendo, con sus algas de la nieve y sus líquenes del hielo, y los encantadores y diminutos pedazos de alfombra persa que festoneaban el glaciar, fuese el Marte de Ann. Ni tampoco el de sus colegas de terraformación. Lo que Sax veía era aquello en lo que creía y deseaba, era *su Marte,* desplegándose ante sus propios ojos, siempre en proceso de transformarse en algo nuevo. Como una punzada en el corazón, sintió el deseo de poder agarrar a Ann del brazo en ese mismo momento y arrastrarla hasta la morrena occidental y gritar:

—¿Ves? ¿Ves?

En vez de eso tenía a Phyllis, quizá la persona menos filosófica que había conocido en su vida. La evitaba siempre que podía hacerlo sin que lo pareciera, y se pasaba los días en el hielo, al viento, bajo el vasto cielo septentrional, o en las morrenas, arrastrándose por el suelo para estudiar las plantas. Cuando regresaba a la estación, charlaba con Claire y Berkina y el resto, mientras cenaban, sobre lo que estaban descubriendo en el exterior y lo que significaba. Luego subían a la sala de observación y hablaban un rato más, o a veces bailaban, especialmente los viernes y sábados. Sonaba siempre el nuevo calipso, guitarras y percusión en rápidas melodías simultáneas, con unos ritmos complejos que Sax analizaba con dificultad. Por lo general eran compases de cinco por cuatro que alternaban o coexistían con los de cuatro por cuatro, una combinación que parecía concebida para hacerle perder el equilibrio. Por fortuna, el estilo que se llevaba era una especie de baile libre que guardaba poca relación con el ritmo, así que cuando no conseguía llevar el ritmo estaba seguro de que él era el único que lo notaba. En realidad era muy entretenido intentar seguir el compás, bailando a su aire, saltando en una pequeña jiga añadida al compás de cinco por cuatro. Cuando volvió a las mesas y Jessica le dijo «Bailas muy bien, Stephen», él se echó a reír, halagado aunque sabía que el comentario revelaba el poco criterio de ella para juzgar el baile, o que intentaba serle simpática. Aunque tal vez los paseos diarios sobre las rocas estuvieran mejorando su equilibrio y su ritmo. Cualquier actividad física, con la práctica y el estudio adecuados, podía ser realizada con un grado razonable de habilidad, sino de talento.

Él y Phyllis hablaban o bailaban juntos tanto como lo hacían con otros; sólo en la intimidad de sus habitaciones se abrazaban y besaban, hacían el amor. Mantenían la antigua tradición del romance secreto, y una mañana, alrededor de las cuatro, cuando volvía de la habitación de ella, un relámpago de miedo lo sacudió: de pronto se le ocurrió que su espontánea complicidad en esa actitud podía señalarlo a los ojos de Phyllis como sospechoso de ser uno de los Primeros Cien. ¿Quién más aceptaría ese extraño comportamiento tan prontamente, como si fuese lo más natural del mundo?

Pero después de considerarlo no le pareció que Phyllis prestase atención a esos detalles. Sax casi había renunciado a intentar comprender los pensamientos y motivaciones de ella, porque los datos eran contradictorios y, a pesar de que pasaban la noche juntos con regularidad, bastante escasos. Parecía interesada sobre todo en las maniobras intertransnacionales que sucedían en Sheffield y en la Tierra: cambios en el personal ejecutivo, en las subsidiarias, en los precios de mercado, cambios que eran efímeros y absurdos, pero que a ella la absorbían por completo. Como Stephen, Sax se mostraba muy interesado en todo esto, y le hacía preguntas para demostrárselo cuando ella sacaba el tema, pero cuando preguntaba qué significado tenían los cambios diarios en cualquier estrategia mayor, ella o no quería o no podía darle buenas respuestas. Por lo visto le interesaban más las fortunas personales de aquellos que conocía que la estrategia implícita en sus actos. Un ex ejecutivo de Consolidados que se había pasado a Subarashii había sido nombrado director del ascensor, un ejecutivo de Praxis había desaparecido en las regiones remotas, Armscor iba a hacer estallar docenas de bombas de hidrógeno en el megarregolito bajo el casquete polar norte, para estimular el crecimiento y el calentamiento del mar septentrional; y este último hecho no era para ella más interesante que los dos anteriores.

Quizá tenía sentido seguir de cerca las carreras individuales de la gente que dirigía las transnacionales más grandes, y la micropolítica de los tejemanejes por el poder entre ellos. Al fin y al cabo eran los actuales dirigentes del mundo. Así que Sax se tendía junto a Phyllis, la escuchaba y hacía comentarios propios de Stephen, tratando de recordar todos los nombres, preguntándose si el fundador de Praxis era de verdad un surfista senil, si Shellalco sería absorbida por Amexx, por qué los equipos directivos de las transnac mantenían una competencia tan feroz si en realidad ya gobernaban el mundo y tenían todo lo que podían desear en sus vidas privadas. Tal vez la sociobiología tenía la respuesta, y todo se reducía a la dinámica de dominación del primate, a aumentar el éxito reproductivo propio en el reino corporativo. Y quizá no fuera una mera analogía, si uno consideraba su compañía como su clan. Y en un mundo donde uno podía vivir indefinidamente, podía ser pura y simple auto protección. «La supervivencia del más apto», que Sax siempre había considerado una tautología inútil. Pero si los darwinistas sociales estaban tomando el poder, quizás entonces el concepto ganaba importancia, como dogma religioso del orden dominante...

Entonces Phyllis rodaba sobre él y lo besaba, y él entraba en los dominios del sexo, donde parecían existir unas reglas diferentes. Por ejemplo, aunque Phyllis le gustaba cada vez menos cuanto mejor la conocía, la atracción que ejercía sobre él no se correlacionaba con esto, sino que fluctuaba según unos misteriosos principios autónomos, sin duda inducidos por las feromonas y regidos por las hormonas. Así, unas veces tenía que forzarse a aceptar las caricias de Phyllis, mientras que en otras ocasiones se sentía vivo, con un deseo que parecía aún más intenso debido a la ausencia de afecto. O aun más absurdo, un deseo acrecentado por la repulsión. Esta última reacción era poco frecuente, sin embargo, y a medida que se prolongaba la estancia en Arena, y la novedad del romance se desvanecía, Sax se encontró cada vez más distante cuando hacían el amor: empezó a fantasear y se adentró en la personalidad de Stephen Lindholm, que solía imaginarse acariciando a mujeres de las que Sax sabía poco o nada, como Ingrid Bergman o Marilyn Monroe.

Un amanecer, luego de una de esas noches turbadoras, Sax se levantó con intención de salir al hielo. Phyllis se agitó en sueños y *se* despertó, y decidió acompañarlo.

Se pusieron los trajes y salieron al alba púrpura. Caminaron en silencio por la morrena contigua al costado del glaciar, y subieron por un sendero de escalones tallados en el hielo. Sax tomó el sendero de banderolas que cruzaba el glaciar más al sur, con intención de escalar la morrena lateral occidental tan lejos corriente arriba como pudiera llegar en una mañana.

Avanzaron entre almenas de hielo que les llegaban a las rodillas, el hielo agujereado como un queso suizo y manchado de rosa por las algas de la nieve. Phyllis estaba encantada como siempre por la fantástica mezcolanza e hizo comentarios a propósito de los seracs más singulares, comparando los que habían dejado atrás esa mañana con una jirafa, con la Torre Eiffel, la superficie de Europa, etcétera. Sax se detenía a menudo para inspeccionar pedazos de hielo jade invadidos por bacterias del hielo. En algunos sitios las algas volvían rosado el hielo jade expuesto en una solana. El efecto era extraño: una especie de vasto campo de helado de pistacho.

Por tanto progresaban con lentitud, y estaban aún sobre el glaciar cuando una secuencia de pequeños y apretados torbellinos salieron de la nada uno tras otro como del sombrero de un mago: demonios de polvo marrón, en los que centelleaban partículas de hielo, en una línea irregular que se abatía sobre ellos. Entonces los remolinos se colapsaron en alguna fluctuación, y con un estampido estridente una ráfaga los embistió con fuerza, silbando pendiente abajo con un empuje tan poderoso que tuvieron que agacharse para no perder el equilibrio.

—¡Menudo vendaval! —exclamó Phyllis en el oído de Sax.

—Son vientos katabáticos —explicó Sax, viendo cómo un grupo de seracs desaparecían en el polvo—. La visibilidad se está reduciendo. Deberíamos intentar llegar a la estación.

Echaron a andar por el sendero de banderolas, avanzando de un punto esmeralda al siguiente. Pero la visibilidad siguió decreciendo hasta que ya no pudieron ver el siguiente marcador.

—Ven, reguardé monos bajo uno de esos icebergs —le dijo Phyllis.

Se encaminó hacia una borrosa prominencia de hielo, y Sax la siguió presuroso, diciéndole: —Ten cuidado, muchos seracs tienen grietas en la base. — Trataba de tomarla de la mano cuando ella desapareció como si hubiese caído por una trampa. Él asió una muñeca alzada y el fuerte tirón lo derribó de rodillas sobre el hielo. Phyllis aun seguía cayendo, deslizándose por una rampa en el extremo de una grieta superficial. Sax tendría que haberla soltado, pero la mantuvo asida instintivamente y se precipitó de cabeza por la abertura. Ambos resbalaron sobre la nieve compacta del fondo de la grieta y la nieve cedió bajo su peso, y cayeron de nuevo, aterrizando sobre arena escarchada tras una breve pero aterradora caída libre.

Sax, que había aterrizado sobre Phyllis, se incorporó ileso. Por el intercomunicador le llegaron unos jadeos alarmantes de Phyllis, pero sólo se había quedado sin resuello. Cuando consiguió controlar la respiración, ella comprobó el estado de sus miembros con cautela y declaró que estaba bien. Sax se admiró de su dureza.

El traje de Sax tenía un desgarrón justo encima de la rodilla, pero por lo demás estaba perfectamente. Sacó un parche del bolsillo y tapó el desgarrón; la rodilla se doblaba sin dolor, así que se olvidó de ella y se puso de pie.

El agujero que habían abierto en la nieve estaba unos dos metros por encima de su brazo extendido. Se encontraban en una burbuja alargada, la mitad inferior de una grieta que tenía forma de reloj de arena. Hacia abajo el muro de la pequeña burbuja era de hielo, y arriba de roca recubierta de hielo. El tosco círculo de cielo visible tenía un color opaco de melocotón, y el muro de hielo azulado de la grieta centelleaba con los reflejos de la polvorienta luz del sol, lo que confería al escenario un aspecto opalescente y muy pintoresco. Pero estaban atrapados.

—Nuestra señal se interrumpirá y saldrán a buscarnos —le dijo Sax a Phyllis cuando ésta se puso en pie junto a él.

—Sí —dijo Phyllis—. ¿Pero nos encontrarán? Sax se encogió de hombros.

—El transmisor deja un registro de dirección.

—¡Pero el viento! ¡La visibilidad puede reducirse a cero!

—Esperemos que puedan apañárselas.

La grieta se extendía hacia el este como un estrecho corredor bajo. Sax se agachó, encendió la linterna de su casco e iluminó el espacio entre la roca y el hielo: se extendía hasta donde alcanzaba la vista, en dirección al sector oriental del glaciar, probablemente hasta alcanzar una de las muchas cavernas pequeñas del borde lateral, así que después de discutir el plan con Phyllis, salió a explorar la grieta, dejando a Phyllis en una posición que permitiera a quien encontrara el agujero verla en el fondo.

Fuera del deslumbrante cono de luz de su linterna, el hielo tenía un intenso azul cobalto, un efecto causado por la misma dispersión de Rayleigh que convertía en azul el cielo. Había mucha luz aun con la linterna apagada, lo que sugería que la capa de hielo sobre su cabeza no era muy gruesa. Debía de tener el grosor aproximado de la altura de su caída, ahora que lo pensaba.

La voz de Phyllis en su oído preguntó si estaba bien.

—Estoy bien —contestó él—. Me parece que este espacio puede haberse originado porque el glaciar ha salvado un escarpe transversal. Así que quizá recorre toda su extensión.

Pero no era así. Unos cien metros más allá, el hielo a la izquierda se cerraba y se unía al hielo que cubría la pared de roca a la derecha: un callejón sin salida.

De regreso caminó despacio, deteniéndose a inspeccionar fisuras en el hielo y pedazos de roca en el suelo que quizá habían sido arrancados del escarpe. En una fisura el cobalto del hielo se transformaba en azul verdoso, y al meter un dedo enguantado en ella, sacó una larga masa azul verdosa, helada en la superficie pero blanda en el interior. Era una masa dendrítica de algas azul verdosas.

—¡Caramba! —exclamó; arrancó unas pocas hebras congeladas y luego metió el resto en su resquebrajadura natal.

Había leído que las algas estaban penetrando en la roca y el hielo del planeta,

y que las bacterias llegaban aún más abajo. Pero encontrar algunas enterradas allí, tan lejos del sol, era suficiente para maravillarse.

Apagó la linterna del casco y el azul cobalto de la luz glacial resplandeció alrededor, brumoso y profundo. Tan oscuro, tan frío, ¿cómo podía sobrevivir allí una criatura?

—¿Stephen?

—Ya voy. Mira —le dijo a Phyllis cuando se reunió con ella—. Son algas azul verdosas, hay un montón allá abajo.

Las levantó para que ella las viera, pero Phyllis apenas si echó un vistazo. Sax se sentó y sacó una bolsa de muestras del bolsillo y metió una pequeña hebra de algas dentro, y luego la miró con los veinte aumentos de la lupa. Eso no era suficiente para permitirle ver todo lo que él quería, pero sí le mostró los largos filamentos de verde dendrítico, que tenían un aspecto viscoso porque empezaban a descongelarse. Su atril tenía catálogos de fotos con ampliaciones similares, pero no encontró ninguna especie que se pareciese a aquélla en todos los detalles.

—Puede que no esté descrita —dijo—. Desde luego estas cosas le hacen preguntarse a uno si el índice de mutación no será más alto que los índices estándar. Tendríamos que preparar experimentos para determinarlo.

Phyllis no respondió.

Sax se guardó sus reflexiones mientras seguía buscando en los catálogos. Todavía estaba en ello cuando oyeron unos chillidos chirriantes y unos siseos por la radio. Phyllis empezó a gritar por la frecuencia común. Muy pronto escucharon voces en el intercom, y no mucho después un casco redondo se inscribió en el agujero.

—¡Estamos aquí! —gritó Phyllis.

—Esperen un segundo —dijo Berkina—, dejaremos caer una escala de cuerda.

Y después de una oscilante y torpe escalada estuvieron de nuevo en la superficie del glaciar, parpadeando en la luz fluctuante y polvorienta y agachándose para resistir el viento racheado, todavía muy fuerte. Phyllis reía y explicaba lo que había ocurrido con su estilo habitual.

—¡Estábamos tomaditos de la mano, para no perdernos, y *bum,*

abajo!

Y los rescatadores estimaban la fuerza bruta de las ráfagas más fuertes. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Pero cuando entraron en la estación y se quitaron los cascos, Phyllis le echó una breve mirada, una mirada muy curiosa en verdad, como si le hubiese revelado algo que la había puesto en guardia, como si él le hubiese recordado algo allí, en el fondo de la grieta. Como si su comportamiento lo hubiera delatado, sin error posible, como su viejo camarada Saxifrage Russell.

Trabajaron en el glaciar durante todo el otoño septentrional. Los días se hicieron más cortos y los vientos más fríos. Unas grandes e intrincadas flores de hielo crecían en el glaciar cada noche, y sólo se derretían un poco en las márgenes a media tarde; después se endurecían de nuevo y servían como base para los pétalos aún más complejos que aparecían a la mañana siguiente, los pequeños y afilados copos cristalinos brotando en todas direcciones a partir de las aletas y dientes más grandes bajo ellos. No podían evitar aplastar mundos fractales enteros a cada paso mientras avanzaban sobre el hielo en busca de las plantas, ahora cubiertas de escarcha, para ver cómo les iba tras la llegada del frío. Contemplando aquel yermo blanco, con el viento cortante calándolo a pesar del traje aislante, Sax pensó que era inevitable que las heladas invernales causaran estragos.

Pero las apariencias engañaban. Claro que habría heladas mortíferas, pero las plantas se estaban endureciendo, como decían los jardineros, se estaban aclimatando a las arremetidas del viento. Se trataba de un proceso en tres estadios, recordó Sax mientras cavaba en la nieve fina y compacta para encontrar las señales. Primero, unos sensores fitocromos en las hojas captaban el acortamiento de los días (y ahora se estaban acortando muy deprisa; más o menos con una frecuencia semanal pasaban unos frentes oscuros que dejaban caer nieve sucia de los vientres negros y bajos de los cumulonimbos). En el segundo estadio, el crecimiento se detenía, los carbohidratos se trasladaban a las raíces y la concentración de ácido abscísico en algunas hojas aumentaba hasta que éstas caían. Sax encontró muchas hojas así, amarillentas o pardas y todavía colgando de los tallos, apretándose contra el suelo y proporcionando un poco más de aislamiento a la planta aún viva. Durante esta etapa el agua salía de las células y formaba cristales de hielo intercelulares, y las membranas celulares se endurecían, mientras que las moléculas de los azúcares reemplazaban a las moléculas de agua en algunas proteínas. En el tercer y más frío estadio, un hielo fino recubría las células sin romperlas, en un proceso llamado vitrificación.

En este punto las plantas podían tolerar temperaturas inferiores a los 220°K, la media en Marte antes de su llegada, pero que ahora era la más baja que se alcanzaba en el planeta. Y la nieve que caía en las cada vez más frecuentes tormentas servía como aislante para las plantas, ya que mantenía las superficies que cubría más calientes que las superficies expuestas al viento. Mientras excavaba en la nieve con dedos entumecidos, los entornos subníveos le parecían a Sax un lugar fascinante, sobre todo las adaptaciones al espectro de luz azul seleccionado que se difundía a través de más de tres metros de nieve, otro ejemplo de la dispersión de Rayleigh. Le hubiera gustado estudiar el mundo invernal *in situ* durante los seis meses de la estación: descubrió que le gustaba estar bajo las oscuras olas bajas de las nubes, en la superficie blanca del glaciar nevado, encorvándose contra el viento y pisando sobre montones de nieve. Pero Claire quería que regresara a Burroughs para trabajar en un tamarisco de la tundra que estaba sobreviviendo con éxito en las tinajas de Marte. Y Phyllis y el resto de los visitantes de Armscor y la Autoridad Transitoria iban a regresar también. Así que un día dejaron la estación en manos de un pequeño equipo de investigadores-jardineros, y, en una caravana de vehículos, viajaron de vuelta al sur.

Sax había gemido al oír que Phyllis y su grupo regresarían con ellos. Tenía la esperanza de que la separación física pondría fin a su relación con Phyllis y lo libraría de ese ojo inquisitivo. Pero en vista de que iban a regresar juntos, se imponía alguna acción. Tendría que romper la relación si es que quería ponerle fin, y ciertamente lo quería. Todo ese asunto de liarse con ella había sido un error desde el principio, ¡la tontería del impulso de lo inexplicable! Pero el impulso se había acabado, y lo había dejado en compañía de una persona que en el mejor de los casos era irritante, y en el peor, peligrosa. Y desde luego no lo consolaba pensar que él había actuado de mala fe todo el tiempo. Cada pequeño acontecimiento de aquella relación parecía poca cosa, pero el conjunto adquiría una dimensión monstruosa.

Por eso en la primera noche en Burroughs, cuando su consola de muñeca emitió un pitido y Phyllis apareció y le propuso que cenasen juntos, Sax accedió, cortó la llamada y se dijo con cierto malestar que sería una situación incómoda.

Fueron a cenar a un restaurante terraza que Phyllis conocía en el Monte Ellis, al oeste de Hunt Mesa. Ella se empeñó en que se sentaran en una esquina, desde la que se dominaba el distrito alto.... entre Ellis y la Montaña Mesa, donde los bosques de Princess Park estaban bordeados por nuevas mansiones. Al otro lado del parque, la Montaña Mesa estaba casi recubierta de cristal y parecía un hotel gigantesco, y las mesas más distantes no eran menos llamativas.

Los camareros y camareras les sirvieron una garrafa de vino y luego la cena, interrumpiendo la cháchara de Phyllis, que versaba principalmente sobre los nuevos proyectos de construcción en Tharsis. Pero parecía deseosa de hablar también con los camareros: les firmaba servilletas y les preguntaba de dónde eran, cuánto llevaban en Marte, y así por el estilo. Sax comió sin descanso; miraba a Phyllis y contemplaba Burroughs, esperando que la cena acabara de una vez. Se le hizo eterna.

Pero terminó al fin, y tomaron el ascensor para bajar al suelo del cañón. El ascensor le trajo recuerdos de la primera noche que pasaron juntos, y Sax sintió una profunda sensación de incomodidad. Quizá Phyllis se sentía igual, porque se instaló en el otro extremo, y el largo descenso transcurrió en silencio.

Y cuando estuvieron en el césped del bulevar, ella lo besó en la mejilla, le dio un breve y brusco abrazo y dijo:

—Ha sido una velada espléndida, Stephen, y hemos pasado unos días fantásticos en Arena. Nunca olvidaré nuestra pequeña aventura bajo el glaciar. Pero ahora tengo que regresar a Sheffield y ocuparme de todo lo que se ha ido amontonando en mi ausencia. Espero que vayas a visitarme si alguna vez pasas por la ciudad.

Sax se esforzó por controlar la expresión de su cara, tratando de imaginar cómo se hubiese sentido Stephen y qué hubiese dicho. Phyllis era una mujer vanidosa, y seguramente olvidaría todo el asunto más deprisa si pensaba que había herido a alguien al abandonarlo que si empezaba a preguntarse por qué ese alguien había parecido tan aliviado. Así que intentó convocar la pequeña vocecita en su interior que se sentía ofendida porque la trataban de esa manera, apretó los labios y bajó la mirada.

—Ah —dijo.

Phyllis rió como una niña, y le dio un abrazo afectuoso.

—Vamos, Stephen —le regañó—. Ha sido divertido, ¿no? Y volveremos a vernos cuando yo visite Burroughs o si alguna vez vas a Sheffield. Entre tanto, ¿qué otra cosa podemos hacer? No estés triste.

Sax se encogió de hombros. Eso era tan razonable que sólo el enamorado más herido pondría alguna objeción, y él nunca había pretendido serlo. Al fin y al cabo, los dos tenían más de cien años.

—Lo sé —dijo, y le dedicó una sonrisa nerviosa y triste—. Sólo siento que haya llegado la hora.

—Ya lo sé. —Ella lo besó de nuevo.— Yo también lo siento. Pero volveremos a encontrarnos, y entonces veremos.

Sax asintió, bajando la mirada otra vez, comprendiendo bien las dificultades a las que se enfrentaba el actor. ¿Qué hacer?

Pero con un brusco adiós, ella se alejó. Sax expresó su adiós con una mirada por encima del hombro y un fugaz movimiento de la mano.

Paseo por el bulevar del Gran Acantilado, en dirección a Hunt Mesa. Ya estaba. Había sido mucho más fácil de lo que imaginaba. En verdad, bastante conveniente. Sin embargo, una parte de él aún estaba irritada. Miró su reflejo en los escaparates de las tiendas en los pisos bajos de Hunt. Un viejo seductor, ¿atractivo, significase lo que significase eso? Atractivo para algunas mujeres, a veces. Escogido por una y utilizado como compañero de cama durante unas cuantas semanas, y luego arrojado a un lado cuando era hora de marcharse. Presumiblemente eso le había sucedido a muchos en el correr de los años, más a menudo a las mujeres que a los hombres, sin duda, dadas las desigualdades impuestas por la cultura y la reproducción. Pero ahora, con la reproducción excluida y la cultura hecha pedazos... En realidad ella era una mujer espantosa. Pero él no tenía derecho a quejarse: había accedido sin condiciones y le había mentido desde el principio, no sólo sobre su identidad, sino también sobre sus sentimientos. Y ahora estaba libre de eso y de todo lo que implicaba. Y de todo lo que amenazaba.

Sintiendo una especie de euforia nitrosa, subió la escalera del gran atrio de Hunt hasta su planta, y recorrió el corredor hasta su pequeño apartamento.

Avanzado el invierno, durante dos semanas a partir del 2 de febrero, se celebró en Burroughs el congreso anual sobre el proyecto de terraformación. Era el décimo, y los organizadores lo habían denominado «M-38: Nuevos resultados y nuevas direcciones». Asistirían científicos de todo Marte, unos tres mil en total. Las reuniones tendrían lugar en el gran salón de congresos de la Montaña Mesa, y los científicos visitantes se repartirían por los hoteles de toda la ciudad.

Todo el equipo de Biotique Burroughs asistiría a las conferencias, y si alguno

tenía experimentos en curso, se escaparía de cuando en cuando a Hunt Mesa para vigilarlos. Sax estaba muy interesado en todos los temas del congreso, y en su primer día bajó temprano al Parque del Canal, se hizo con un café y una pasta, y se encaminó al salón. Fue casi el primero en la cola ante la mesa de registro. Tomó el paquete con el programa informativo, se sujetó la tarjeta con el nombre a la americana y vagabundeó por los vestíbulos sorbiendo el café, leyendo el programa de la mañana y echando una ojeada a los pósters.

Por primera vez en muchos años, Sax se sintió en su elemento. Los congresos científicos eran todos iguales, en todos los tiempos y lugares, incluso en la forma de vestir de los asistentes: los hombres con aire de profesores, con conservadoras chaquetas de profesor ligeramente desaliñadas, de colores tostados, marrones y rojos oscuros; las mujeres, quizás el treinta por ciento de los asistentes, con vestidos inusualmente severos y grises. Muchos seguían llevando lentes, a pesar de que era raro el problema visual que no pudiera corregirse con cirugía. La mayoría llevaba los programas en la mano y todos tenían la tarjeta de identificación prendida de la solapa izquierda. Algunas salas estaban a oscuras porque las conferencias ya habían empezado, y en eso todo era también como de costumbre: el orador de pie ante unas pantallas de vídeo que mostraban gráficos y tablas y estructuras moleculares, hablando con afectación al ritmo de las imágenes, utilizando un puntero para indicar las partes importantes de los sobrecargados diagramas. Los auditorios, compuestos por los treinta o cuarenta colegas interesados en el tema tratado, se sentaban con sus amigos en las filas de sillas, escuchaban con atención y preparaban preguntas para el final de la presentación.

Para aquellos que amaban ese mundo, era un visión grata. Sax asomó la cabeza por muchas salas, pero ninguna de las conferencias le interesó lo suficiente como para decidirse a entrar. Pronto se encontró en un vestíbulo plagado de pósters, y siguió fisgando.

«Solubilización de hidrocarbonos aromáticos policíclicos en soluciones surfactantes monoméricas *y* micelares», «Subsidencia post-bombeo en la zona meridional de Vastitas Borealis», «Resistencia epitelial al tercer estadio del tratamiento gerontológico», «Incidencia de los acuíferos de fractura radial en los bordes de las cuencas de impacto», «Electroporación de bajo voltaje de plásmidos de vector largo», «Vientos katabáticos en Echus Chasma», «Genoma base para un nuevo género de cactos»,

«Remodelación de las tierras altas marcianas en las regiones de Tyrrhena y Amenthes», «Disposición de los estratos de nitrato de sodio de Nilosyrtis», «Método de evaluación de la exposición profesional a los clorofenatos mediante el análisis de ropa de trabajo contaminada».

Como de costumbre, los carteles eran un delicioso batiburrillo. Eran carteles más que conferencias por muchas razones —a menudo eran trabajos de los graduados de la universidad de Sabishii, o relacionados con temas periféricos del congreso—, pero allí podía encontrarse de todo, y siempre era interesante fisgonear. Y en ese congreso no se había hecho un esfuerzo serio por organizar los carteles por temas. Así, «Distribución del *Rhisocarpon geographicum* en los Charitum Montes orientales», donde se detallaba la fortuna corrida por un liquen crustáceo que podía vivir más de cuatro mil años, estaba frente a «Orígenes de la nieve granizada en las partículas salinas encontradas en cirros, altoestratos y

altocúmulos en vórtices ciclónicos en Tharsis norte», un estudio meteorológico de cierta importancia.

A Sax le interesaba todo, pero los carteles que lo retenían más tiempo eran aquellos que se referían a aspectos de la terraformación que el había iniciado, o en los que había intervenido. Uno de ellos,

«Estimaciones del calor acumulado liberado por los molinos de viento calefactores de la Colina Subterránea», lo detuvo en seco. Lo leyó entero dos veces, sintiendo un ligero desaliento mientras lo hacía.

La temperatura media de la superficie marciana antes de su llegada al planeta era de 220°K, y uno de los objetivos de la terraformación universalmente aceptados era elevar la temperatura media un poco por encima del punto de congelación del agua, que era de 273°K. Elevar la temperatura media en superficie de todo un planeta más de 53°K era un reto intimidante, que requeriría la aplicación de no menos de $3,5 \times 10^6$ julios a cada centímetro cuadrado de la superficie marciana, según los cálculos de Sax. En su propio modelo, Sax siempre había tenido por objetivo alcanzar una media de 274°K, calculando que con esa media el planeta mantendría el suficiente calor durante la mayor parte del año para crear una hidrosfera activa, y por tanto, una biosfera. Muchos abogaban por un calentamiento superior, pero Sax no lo creía necesario.

En cualquier caso, los métodos para añadir calor al sistema eran juzgados por el grado de crecimiento de la temperatura media global; y el cartel que estudiaba el efecto de los pequeños molinos calefactores de Sax estimaba que en el plazo de siete décadas no habían añadido más de 0,05°K. Y él no pudo encontrar ningún error en ninguno de los supuestos y cálculos del modelo descrito en el cartel. En realidad el calentamiento no había sido la única razón por la que había distribuido los molinos de viento; con ellos pretendía también dar calor y refugio a uno de los primeros criptoendolíticos elaborados genéticamente que quería probar en la superficie. Pero todos aquellos organismos habían muerto inmediatamente después de quedar al descubierto, o muy poco después. Así que no se podía decir que aquélla hubiese sido una de sus mejores ideas.

Continuó la ronda. «Aplicación de procedimientos de nivelación químicos en el modelado hidroquímico: Cuenca de Dao Vallis, Hellas»,

«Aumento de la tolerancia al CO_2 en las abejas», «Recuperación epilimnética de los radionucleidos de la ruptura de Compton en los lagos glaciares de Marineris», «Eliminación de la arena de los raíles de las pistas de reacción», «Calentamiento global como resultado de la liberación de halocarbonos».

Este último hizo que se detuviera de nuevo. El cartel era el trabajo del químico atmosférico S. Simmon y algunos de sus discípulos, y al leerlo se sintió mucho mejor. Cuando Sax había sido nombrado director del proyecto de terraformación en 2042, había iniciado de inmediato la construcción de fábricas para producir y liberar en la atmósfera una mezcla de gases de invernadero, compuesta principalmente de tetrafluoruro de carbono, hexafluoretano y hexafluoruro de azufre, además de metano y óxido nitroso. El póster se refería a esta mezcla como el «Cóctel Russell», que era como la llamaba el equipo del Mirador de Echus en los viejos tiempos. Los halocarbonos del cóctel eran poderosos gases de invernadero, y lo mejor de todo era que absorbían la

radiación planetaria que escapaba de una longitud de onda de entre 8 y 12 micras, la llamada «ventana» donde ni el vapor de agua ni el CO_2 tenían mucha capacidad de absorción. Cuando estaba abierta, esa ventana permitía que escapasen al espacio cantidades extraordinarias de calor, y Sax se había decidido desde el principio a intentar cerrarla liberando el cóctel hasta que su presencia en la atmósfera llegara a diez o veinte partes por millón, siguiendo el modelo clásico del tema planteado por McKay *et al.* Así, a partir de 2042 se había hecho un esfuerzo importante para construir esas fábricas automatizadas, repartidas por todo el planeta, para procesar los gases a partir de las fuentes locales de carbono, azufre y flúor, y luego liberarlos. Cada año las cantidades bombeadas habían ido en aumento, incluso después de que se hubiese alcanzado el nivel de veinte partes por millón, porque querían mantener esa proporción en la atmósfera en proceso de espesamiento, y también porque tenían que compensar la continua destrucción de los halocarbonos por la radiación ultravioleta en las capas altas de la atmósfera.

Como las tablas del cartel de Simmon dejaban bien claro, las fábricas habían continuado funcionando durante los sucesos de 2061 y en las décadas posteriores, y habían mantenido los niveles en unas veintiséis partes por millón. La exposición concluía que esos gases habían calentado la superficie unos 12°K.

Sax pasó a otro cartel con una pequeña sonrisa en los labios. ¡Doce grados! ¡Eso sí era significativo! Más de un veinte por ciento del calentamiento que necesitaban, y todo por el temprano y continuo despliegue de un bien diseñado cóctel de gases. Era elegante, vaya si lo era. Había algo tan consolador en la simple física...

Ya eran las diez de la mañana, y a esa hora empezaba una conferencia fundamental a cargo de H. X. Borazjani, uno de los mejores químicos atmosféricos de Marte, precisamente sobre el tema del calentamiento global. Al parecer Borazjani iba a presentar sus cálculos de las contribuciones de todos los intentos de calentamiento desde 2100, el año anterior a la introducción de la soletta. Después de estimar las contribuciones individuales, juzgaría si se estaba produciendo algún tipo de efecto sinérgico. Era, por tanto, una de las conferencias cruciales del congreso, ya que iban a mencionarse y evaluarse los trabajos de muchas personas.

Tuvo lugar en una de las salas de reuniones más grandes, que estaba atestada, un par de miles de personas por lo menos. Sax se deslizó dentro justo cuando empezaba, y se quedó de pie detrás de la última hilera de sillas.

Borazjani era un hombre menudo de piel oscura y cabello cano. Estaba de pie con un puntero en la mano delante de una gran pantalla, que mostraba unas imágenes de vídeo de los diferentes métodos de calentamiento que se habían probado: polvo negro y líquenes sobre los polos, espejos orbitales que habían navegado desde la Luna, agujeros de transición, fábricas de gases de invernadero, asteroides de hielo consumidos en la atmósfera, bacterias desnitrificantes y la biota restante. Sax había puesto en marcha todos esos procesos entre los años 2040

y 2050, y miró la pantalla con más atención que el resto de la concurrencia. La única estrategia de calentamiento que él había evitado era la liberación masiva

de CO_2. Quienes estaban a favor de esa estrategia querían iniciar un efecto de invernadero incontrolado y crear una atmósfera carbónica de dos bares, argumentando que eso calentaría el planeta enormemente y detendría la radiación ultravioleta, estimulando el crecimiento de una vegetación exuberante. Todo era cierto, sin duda; pero para los humanos y los otros animales la atmósfera sería venenosa, y aunque los partidarios del plan hablaban de una segunda fase que barrería el CO_2 y lo reemplazaría por un aire respirable, los métodos que proponían eran vagos, igual que las escalas temporales, que variaban entre 100 y 20.000 años. Y el cielo tendría un blanco lechoso.

Sax no creía que ésa fuera una solución elegante al problema. Prefería su modelo de fase única, que perseguía directamente el objetivo global. Siempre andarían un poco escasos de calor, pero Sax pensaba que valía la pena. Y había hecho lo posible por encontrar sustitutos del calor que el CO_2 habría añadido, como por ejemplo los agujeros de transición. Desgraciadamente las estimaciones de Borazjani sobre el calor liberado por los agujeros eran bastante bajas: todos juntos habían añadido quizá 5°K a la temperatura media. Bien, no había vuelta de hoja, pensó Sax mientras tecleaba notas en el atril: la única fuente de calor buena era el sol. De ahí la agresiva introducción de los espejos orbitales, que habían ido creciendo como veleros solares salidos de la Luna, donde un eficiente proceso los había fabricado a partir del aluminio lunar. Esas flotas, dijo Borazjani, habían crecido lo suficiente como para añadir unos 5°K a la temperatura media.

La reducción del albedo, un objetivo que nunca había sido perseguido con demasiado entusiasmo, había añadido otros dos grados. Los aproximadamente doscientos reactores nucleares repartidos por el planeta habían sumado un grado y medio.

Entonces Borazjani llegó al cóctel de gases de invernadero.

Pero en vez de usar los 12°K del cartel de Simmon, él estimó en 14°K el calentamiento, y citó un artículo de J. Watkins de hacía veinte años para apoyar su afirmación. Sax había visto a Berkina sentado en la última fila, cerca de él; se acercó furtivamente, se inclinó y le dijo al oído.

—¿Por qué no utiliza el trabajo de Simmon? Berkina sonrió y susurró:

—Hace algunos años Simmon publicó un artículo en el que copiaba un complejo esquema sobre la interacción rayos ultravioleta-halocarbonos de Borazjani. Simmon lo modificó un poco, y esa primera vez se lo atribuyó a Borazjani, pero después siempre que lo ha usado sólo ha citado su propio artículo. Eso puso furioso a Borazjani; de todas formas piensa que los artículos de Simmon sobre ese tema se derivan de Watkins. Por eso siempre que habla de calentamiento se remite al trabajo de Watkins e ignora los trabajos de Simmon.

—Ah —dijo Sax.

Se irguió, sonriendo por la sutil pero reveladora pequeña venganza de Borazjani. Simmon, al otro lado de la sala, fruncía el ceño.

Pero Borazjani hablaba ahora del efecto del vapor de agua y el CO_2 que habían sido liberados en la atmósfera, y estimaba que habían añadido en conjunto otros 10°K de calor.

—Quizás esto podría considerarse como un efecto sinérgico —dijo—, puesto

que la desorbción del CO_2 es resultado sobre todo de otras estrategias de calentamiento. Pero aparte de eso, no creo que la sinergia haya tenido una repercusión importante. La suma del calor generado por los distintos métodos se corresponde con bastante precisión con las temperaturas de los informes meteorológicos por todo el planeta.

La pantalla de vídeo mostró la tabla final, y Sax hizo una copia simplificada de ella en el atril:

De Borazjani*, 14 de febrero 2, 2102:*

Halocarbonos: 14

H20 y CO2: 10

Agujeros de transición: 5

Espejos pre-soletta: 5

Reducción del albedo: 2

Reactores nucleares: 1,5

Borazjani ni siquiera había incluido los molinos de viento calefactores, pero Sax los añadió en sus notas. Todo junto sumaba 37,55°K, un paso respetable, pensó Sax, hacía el objetivo de los 53° positivos. Sólo llevaban sesenta años en ello, y ya ahora, en muchos días de verano se alcanzaban temperaturas por encima del punto de congelación, permitiendo que la vida vegetal ártica y alpina floreciese, como él había podido comprobar en el Glaciar Arena. Y todo esto antes de la introducción de la soletta, que incrementaba la insolación en un veinte por ciento.

El período de preguntas había empezado, y alguien preguntó a Borazjani si creía que la soletta era necesaria, en vista de los progresos hechos con los otros métodos.

Borazjani se encogió de hombros como lo habría hecho Sax.

—¿Qué significa *necesario?* —replicó—. Depende de cuánto calor quiera uno. De acuerdo con el modelo estándar iniciado por Russell en el Mirador de Echus, es importante mantener el nivel de CO_2 tan bajo como sea posible. Si lo hacemos así, tendremos que aplicar otros métodos para compensar la pérdida del calor que el CO_2 habría aportado. La soletta podría considerarse como una manera de compensar la reducción gradual del CO_2 a niveles respirables.

Sax asintió a pesar suyo.

—¿No cree usted que el modelo estándar es inadecuado, en vista de la cantidad de nitrógeno que tenemos? —preguntó otro.

—No si todo ese nitrógeno acaba en la atmósfera.

Pero eso era muy poco probable, como el mismo interrogador se apresuró a señalar. Una buena parte del total permanecería en el suelo, y en verdad era allí donde las plantas lo necesitaban. Así que andaban escasos de nitrógeno, como Sax siempre había sabido. Y si mantenían el CO_2 atmosférico en los niveles más bajos posibles, eso dejaba el porcentaje de oxígeno en un nivel peligrosamente alto, debido a su inflamabilidad. Otra persona se levantó para afirmar que era posible que la falta de nitrógeno pudiera compensarse liberando otros gases inertes, como el argón. Sax apretó los labios; él había estado introduciendo argón en la atmósfera desde 2042, pues había previsto el problema y había cantidades importantes de argón en el regolito. Pero no era fácil de liberar, como sus ingenieros habían descubierto, y como otros estaban señalando ahora. No, el equilibrio de gases en la atmósfera se estaba convirtiendo en un arduo problema.

Una mujer apuntó que un consorcio de transnac coordinado por Armscor estaba construyendo una flota de transbordadores continuos para recolectar nitrógeno en la atmósfera de nitrógeno puro de Titán, licuarlo y transportarlo a Marte, y luego bombearlo a la atmósfera superior. Sax bizqueó un poco e hizo algunos cálculos rápidos en su atril. Sus cejas salieron disparadas hacia arriba cuando vio el resultado. Los transbordadores tendrían que hacer muchos viajes para conseguir algo significativo, o bien tendrían que ser enormes. Era muy curioso que alguien hubiera pensado que valía la pena la inversión.

Ahora volvían a hablar de la soletta. Era cierto que tenía la capacidad de compensar los 5 u 8°K que se perderían si eliminaban el CO_2 del aire, y era muy probable que añadiese aún más calor. En teoría, Sax calculó que añadiría unos 22°K. La eliminación en sí no sería fácil, señaló alguien.

Un hombre cerca de Sax, de un laboratorio de Subarashii, se levantó para anunciar que más adelante habría una conferencia sobre la soletta y las lupas aéreas en la que se aclararían algunos de esos puntos, y antes de sentarse añadió que las graves deficiencias del modelo de fase única hacían la creación de un modelo de dos fases casi perentoria.

La gente puso los ojos en blanco al oír esto, y Borazjani señaló que la próxima conferencia tenía que empezar ya. Nadie había hecho comentarios sobre su hábil modelo, que había determinado con tanta precisión la contribución de los distintos métodos de calentamiento. Pero en cierto modo era una señal de respeto, pues tampoco nadie había puesto en duda el modelo, y la preeminencia de Borazjani en esa disciplina se daba por supuesta. La concurrencia se puso de pie, y algunos se acercaron para hablar con Borazjani. Mil conversaciones distintas se iniciaron mientras la gente se derramaba por los vestíbulos.

Sax comió con Berkina en un café al pie de Branch Mesa. Alrededor de ellos científicos de todo Marte comían y comentaban los sucesos de la mañana. «Creemos que son partes por millón.» «No, los sulfatos se comportan de un modo conservador.» Los ocupantes de la mesa contigua parecían seguros de que se abandonaría el modelo de fase única en favor del de doble fase. Una mujer dijo algo sobre elevar la temperatura media hasta los 295°K, siete grados por encima de la media terrana.

A Sax le desconcertaban esas prisas, esas ansias de calor. Él no veía la

necesidad de sentirse descontento con los progresos hechos hasta el momento. El objetivo último del proyecto no era sólo el calor, sino una superficie viable. Y los resultados hasta el momento no daban motivo para la queja: la atmósfera actual tenía una media de 160 milibares según los datos, y estaba compuesta casi en la misma proporción por CO_2, oxígeno, y nitrógeno, con cantidades significativas de argón y otros gases. Ésa no era la mezcla definitiva que Sax quería, pero era lo mejor que habían podido conseguir con los gases disponibles y representaba un paso sustancial en el camino hacia la mezcla final que Sax tenía en mente. Su receta personal, siguiendo la formulación de Fogg, era la siguiente:

300 milibares de nitrógeno

160 milibares de oxígeno

30 milibares de argón, helio, etc.

10 milibares de $C0_2$

Presión total: 500 milibares

Todas esas cantidades habían sido fijadas según necesidades y límites físicos de distintos tipos. La presión total tenía que ser lo suficientemente alta para transportar el oxígeno en la sangre, y 500 milibares era lo que existía en la Tierra a una altura de 4.000 metros, cerca del límite superior para la vida humana permanente. Puesto que ése era el límite superior, sería mejor que esa atmósfera tan tenue tuviese más oxígeno que la terrana, pero no mucho más o sería difícil controlar los incendios. Por otra parte, el CO_2 tenía que mantenerse por debajo de los 10 milibares, o sería venenoso. En cuanto al nitrógeno, cuanto más mejor; en verdad 780 milibares sería lo ideal, pero las existencias totales de nitrógeno en Marte se estimaban ahora en menos de 400 milibares, así que 300 serían todo lo que razonablemente se podía esperar, quizás un poco más. La escasez de nitrógeno era uno de los problemas más graves con los que se enfrentaba el proyecto de terraformación; necesitaban más del que tenían, tanto en el aire como en el suelo.

Sax no levantó la vista del plato y comió en silencio, concentrado en estos factores. Las discusiones de la mañana le habían hecho preguntarse si había tomado las decisiones adecuadas en 2042, si las existencias de gases justificaban su intento de conseguir directamente una superficie viable para los humanos en un sólo estadio. Ahora no se podía hacer gran cosa al respecto, y considerándolo todo él aún pensaba que eran decisiones acertadas. *Shikata ga nai,* en verdad, si es que querían caminar libremente por la superficie de Marte en el curso de sus vidas. Aun si sus vidas iban a ser considerablemente prolongadas.

Sin embargo, había quienes parecían más preocupados por las temperaturas altas que por la respirabilidad. Al parecer confiaban en que podían hinchar el nivel de CO_2, calentar las cosas enormemente y luego reducir el CO_2 sin problemas. Sax dudaba de que fuera posible, y una operación en dos fases sería

complicada, tanto que Sax se preguntó si no se quedarían atascados en las escalas temporales de 20.000 años predichas en los primeros modelos de doble fase. Parpadeó, perplejo. No veía la necesidad. ¿Es que la gente quería arriesgarse de verdad con un problema tan a largo plazo? ¿Estaban tan impresionados por las nuevas tecnologías titánicas de las que disponían en esos tiempos como para creer que todo era posible?

—¿Qué tal estaba el pastrami? —le preguntó Berkina.

—¿El qué?

—El pastrami. Eso es lo que acabas de comerte, Stephen.

—¡Ah! Bien, bien. Supongo que estaba bueno.

Las sesiones de la tarde solían dedicarse a los problemas causados por la campaña de calentamiento global. A medida que las temperaturas en superficie subían y la biota subterránea penetraba cada vez más profundamente en el regolito, el permafrost iba derritiéndose, como estaba previsto. Pero eso estaba resultando desastroso en ciertas regiones ricas en permafrost. Una de ellas era, desgraciadamente, la misma Isidis Plañida. Una ponencia con una nutrida asistencia, presentada por una areóloga del laboratorio de Praxis en Burroughs, describió la situación: Isidis era una de las viejas cuencas de impacto, del tamaño aproximado de Argyre, cuyo lado norte estaba arrasado por completo y cuyo borde meridional formaba parte del Gran Acantilado. El hielo subyacente había ido resbalando del Gran Acantilado y se había ido acumulando en la cuenca durante millones de años. Ahora el hielo cercano a la superficie se derretía y volvía a helarse en invierno. Ese ciclo estaba generando dimensiones sin precedente, y *karsts* y *pingos* eran enormes agujeros y montículos cien veces mayores que sus análogos terranos. Esos gigantescos agujeros y montes nuevos ampollaban el paisaje por toda Isidis, y después de la ponencia y de unas diapositivas que ponían los pelos de punta, la areóloga guió a un grupo de científicos interesados al extremo sur de Burroughs, más allá de Moeris Lacus Mesa, hasta el muro de la tienda. El barrio parecía haber sido devastado por un terremoto: el suelo se había levantado y había dejado al descubierto una mole de hielo que sobresalía como una redonda colina calva.

—Éste es un magnífico espécimen de pingo —dijo la areóloga con aire de propietaria—. Las masas de hielo son relativamente puras en comparación con la matriz de permafrost, y actúan de la misma manera que las rocas: cuando el permafrost vuelve a congelarse por la noche o en el invierno, se dilata, y cualquier cosa atrapada en ese espacio es empujada hacia arriba, hacia la superficie. Hay numerosos pingos en la tundra terrana, pero ninguno tan grande como éste. —Encabezó la marcha sobre el hormigón destrozado de lo que había sido una calle llana, se asomaron por el borde de un cráter terroso y vieron un montículo de hielo blanco sucio.— Lo hemos reventado como sí fuese un forúnculo, y estamos derritiéndolo y canalizando el agua hacia los canales.

—Si uno de éstos aflorase en el campo sería como un oasis —le comentó Sax a Jessica—. Se derretiría en el verano e hidrataría la tierra circundante. Deberíamos desarrollar una comunidad de semillas, esporas y rizomas que sean capaces de diseminarse en lugares como éste.

—Cierto —dijo Jessica—. Aunque, para ser realista, buena parte del paisaje

de permafrost acabará bajo el mar de Vastitas.

—Humm.

Lo cierto era que Sax había olvidado por un momento las perforaciones y explotaciones mineras en Vastitas. Cuando regresaron al salón de conferencias, buscó una ponencia que tratase algún aspecto de ese trabajo. Había una a las cuatro: «Avances recientes en los procedimientos de bombeo del permafrost de la lente de hielo del Polo Norte».

Observó el vídeo del orador con aire impasible. La capa de hielo que se extendía bajo el casquete polar norte era como la parte sumergida de un iceberg, y contenía diez veces más agua que el casquete visible. El permafrost de Vastitas contenía aún más. Pero sacar esa agua a la superficie... Era como recuperar el nitrógeno de la atmósfera de Titán, un proyecto tan imponente que Sax ni siquiera lo había considerado en los primeros años: entonces sencillamente no era posible. Todos esos grandes proyectos —la soletta, el nitrógeno de Titán, el bombeo del océano septentrional, la frecuente llegada de asteroides de hielo— actuaban a una escala a la que Sax se ajustaba con dificultad. Las transnac pensaban a lo grande esos días. Claro que eran las nuevas posibilidades en el diseño, la ciencia de los materiales y la emergencia de fábricas autorreplicantes las que hacían técnicamente factibles esos proyectos. Pero la inversión financiera inicial seguía siendo ingente.

En cuanto a las posibilidades técnicas, Sax descubrió que se estaba haciendo a la idea con sorprendente rapidez. Eran una extensión de lo que habían hecho en el pasado: si uno resolvía los problemas iniciales de material, diseño y control homeostático, los poderes crecían considerablemente. Podía decirse que ya no estiraban más el brazo que la manga, lo cual, en vista de la dirección que el brazo tomaba a veces, resultaba aterrador.

En cualquier caso, unas cincuenta plataformas de perforación estaban enclavadas en los sesenta septentrionales, abriendo pozos e insertando en el fondo ingenios que derretían el permafrost, y que iban desde galerías de canalización calientes a explosivos nucleares. El agua derretida era bombeada hacia la superficie y distribuida sobre las dunas de Vastitas Borealis, donde volvía a congelarse. Con el tiempo, esa capa de hielo se derretiría, en parte por su propio peso, y tendrían un océano en forma de anillo alrededor de los sesenta y setenta, sin duda un buen sumidero termal, como todos los océanos, aunque mientras se mantuviese como un mar de hielo, el aumento del albedo haría que se convirtiese en un punto de importante pérdida de calor en el sistema global. Un nuevo ejemplo de cómo las distintas operaciones se oponían unas a otras. Como la misma ubicación de Burrough con respecto al nuevo mar, la ciudad quedaba por debajo del nivel del mar previsto. Se hablaba de un dique, o de un mar pequeño, pero nadie lo sabía con certeza. Todo era tan interesante...

Por eso Sax asistía a las conferencias a diario, viviendo en silenciosas salas y vestíbulos del centro de convenciones, charlando con colegas, con los autores de los carteles y con sus vecinos de concurrencia. Más de una vez tuvo que fingir que no conocía a viejos asociados, y eso lo puso tan nervioso como para evitarlos siempre que podía. Pero nadie parecía reconocerlo, y el podía concentrarse en la ciencia. Y lo hacía con placer. La gente hablaba, hacía preguntas, debatía

detalles, discutía implicaciones, todo bajo el uniforme resplandor fluorescente de las salas de conferencias, en medio del zumbido de los ventiladores y las maquinas de vídeo, como si estuviesen en un mundo fuera del tiempo y el espacio, en el espacio imaginario de la ciencia pura, seguramente uno de los mayores logros del espíritu humano, una especie de comunidad utópica, cómoda, brillante y protegida. Para Sax un congreso científico era la utopía.

Las sesiones de ese congreso, sin embargo, tenían un nuevo tono, una crispación que le era desconocida y le desagradaba profundamente. Las preguntas después de las presentaciones eran más agresivas y las respuestas defensivas. La pureza de la disertación científica de la que tanto disfrutaba Sax (y que para ser sinceros, nunca había sido demasiado pura) se diluía cada vez más en discusiones, en obvias luchas de poder, motivadas por algo más que el egotismo corriente. No era como el préstamo poco escrupuloso que Simmon había tomado de Borazjani, ni la respuesta exquisita de éste. Se trataba más bien de un ataque directo. Como lo que ocurrió hacía el final de una conferencia sobre los agujeros de transición profundos y la posibilidad de alcanzar el manto, cuando un terrano bajito y calvo se levantó y dijo:

—No creo que el modelo básico de la litosfera sea válido aquí —y luego abandonó la sala.

Sax presenció esto con incredulidad.

—¿Qué le pasa? —le susurró a Claire. Ella meneó la cabeza.

—Trabaja para Subarashii en la lupa aérea, y a ellos no les gusta nada que suponga una competencia para su programa de fusión del regolito.

—¡Por Dios!

La sesión de preguntas y respuestas continuó a trompicones, sacudida por esa demostración de grosería, pero Sax se deslizó fuera de la sala y miró con curiosidad al científico de Subarashii, que se alejaba corredor abajo. ¿En qué estaría pensando?

Pero aquel hereje no fue el único en actuar de forma extraña. Todo el mundo andaba estresado, todos tenían los nervios a flor de piel. Las apuestas eran altas; como el pingo bajo Moeris Lacus mostraba en pequeña escala, los procedimientos que se estaban estudiando y defendiendo en ese congreso iban a tener efectos secundarios negativos, que costarían dinero, tiempo, vidas. Y había también motivaciones financieras.

Y ahora que estaban entrando en la recta final del congreso, la programación evitaba las cuestiones específicas en favor de temas más generales y talleres, incluyendo la presentación de algunos de los nuevos proyectos hercúleos en la sala central, que la gente llamaba «proyectos monstruo». Éstos iban a tener un impacto tan grande que afectarían a prácticamente todos los demás proyectos.

Por eso cuando los discutían en realidad discutían de táctica, hablaban más de lo que se haría a continuación que de lo ya ocurrido. Eso siempre había alterado un poco los ánimos, pero nunca tanto como ahora: la gente repetía la información de las ponencias anteriores para abogar por sus propias causas, fuesen cuales fuesen. Estaban entrando en esa desafortunada zona donde la ciencia empezaba a ser arrastrada por la política, donde los artículos se

convertían en propuestas de subvención. Y era desalentador ver cómo las zonas de sombra invadían el hasta entonces neutral terreno del congreso.

Parte de esto se debía sin duda a la naturaleza de ciencia a lo grande de los proyectos monstruo, pensó Sax durante el solitario almuerzo. Esos proyectos eran tan caros y complicados que los contratos habían sido repartidos entre varias transnacionales, una estrategia que los hacía factibles, un movimiento estratégico evidente, pero por desgracia significaba que los diferentes ángulos de abordaje del problema de la terraformación tenían ahora partidos interesados que los defendían como los «mejores» métodos, tergiversando los datos para defenderlos.

Por ejemplo, Praxis y Suiza iban a la cabeza del extenso esfuerzo de bioingeniería, y por eso sus teóricos defendían lo que ellos llamaban el modelo de *ecopoyesis:* que ya no era necesario el aporte externo de más elementos volátiles o calor, y que los procesos biológicos por sí solos, apoyados por una ingeniería ecológica mínima, serían suficientes para terraformar el planeta hasta los niveles previstos en el modelo de Russell. Sax pensaba que seguramente tenían razón en su juicio, a causa de la soletta, aunque consideraba sus escalas temporales demasiado optimistas. Y él trabajaba para Biotique, por lo que tal vez su juicio no era imparcial.

Pero los científicos de Armscor afirmaban con inflexibilidad que los bajos niveles de nitrógeno entorpecerían cualquier esperanza ecopoyética. Insistían en la necesidad de una intervención industrial continuada; y por supuesto era Armscor quien estaba construyendo los transbordadores para transferir el nitrógeno de Titán. La gente de Consolidados, a cargo de las perforaciones en Vastitas, hacían hincapié en la importancia vital de una hidrosfera activa. Y los de Subarashii, encargados de los nuevos espejos, encomiaban el gran poder de la soletta y la lupa aérea para proporcionar calor y gases al sistema, permitiendo que todo lo demás se acelerase. Siempre eran demasiado obvios los motivos que llevaban a probar un programa en detrimento de otro: uno podía leer en las tarjetas el nombre de la persona y el de la institución para la que trabajaba y predecir qué atacaría o qué defendería. Ver cómo la ciencia se vendía de una manera tan descarada le causaba un hondo dolor a Sax, y le parecía qué todos los presentes sentían lo mismo, incluso los implicados, lo que incrementaba la irritabilidad. Todos sabían lo que estaba ocurriendo, y a nadie le gustaba, pero nadie lo admitiría.

En ningún lugar resultó esto más evidente que en la mesa redonda de expertos en el tema del CO_2 de la última mañana del congreso. La pretendida charla se convirtió en seguida en una defensa vehemente de la soletta y la lupa aérea por parte de dos científicos de Subarashii. Sax estaba sentado al fondo de la sala y escuchó la entusiasta descripción de los grandes espejos con creciente tensión y tristeza. Lo cierto era que le gustaba la soletta, que no era más que la extensión lógica de los espejos que él había estado poniendo en órbita desde el principio. Pero la lupa aérea volando a baja altura era un instrumento *extremadamente* poderoso, y si se la utilizaba con toda su potencia volatilizaría cientos de milibares de gases que se incorporarían a la atmósfera, sobre todo CO_2, y que en cualquier curso de acción sensato debería permanecer anclado al regolito. Había algunas preguntas incómodas a propósito de los efectos de esta lupa aérea que deberían ser contestadas, y era preciso censurar al equipo de

Subarashii por empezar a fundir el regolito sin consultar a nadie, sólo con la aprobación maquinal del comité de la UNTA. Pero Sax no quería llamar la atención, y tuvo que limitarse a quedarse sentado junto a Berkina y Claire con el atril desconectado, revolviéndose en el asiento y esperando que alguien hiciese las preguntas incómodas por él.

Y como eran preguntas obvias además de incómodas, las hicieron: un científico de Mitsubishi, transnac en lucha casi ancestral con Subarashii, se levantó e inquirió con educación sobre el abrumador efecto de invernadero que resultaría de la liberación masiva de CO_2. Sax sacudió vigorosamente la cabeza. Pero los científicos de Subarashii replicaron que eso era precisamente lo que ellos estaban esperando, que no sería demasiado calor, y que una eventual presión atmosférica de setecientos u ochocientos milibares era preferible a una de quinientos.

—¡Pero no si es de CO_2! —le murmuró Sax a Claire, que asintió.

H. X. Borazjani se levantó para decir eso mismo. Y no fue el único: muchos de los presentes en la sala aún utilizaban el modelo original de Sax como base de acción, e insistieron en las dificultades de eliminar un gran exceso de CO_2 del aire. Pero también había numerosos científicos, de Armscor, Consolidados y Subarashii, que afirmaban que no era tan difícil eliminarlo, o bien que una atmósfera cargada de CO_2 no sería tan mala. Un ecosistema sobre todo vegetal, con insectos que toleraban el dióxido de carbono y quizás con algunos animales elaborados genéticamente, florecería en ese aire denso y cálido, y la gente podría ir en mangas de camisa y con una simple mascarilla.

Esto le dio dentera a Sax, y no fue el único, así que pudo permanecer en la silla mientras otros saltaban para poner en duda ese cambio fundamental en el objetivo de la terraformación. La discusión pronto fue acalorada, incluso rencorosa.

—¡No buscamos un planeta jungla aquí!

—¡Ustedes trabajan con la presunción de que se puede manipular genéticamente a los humanos para que toleren niveles más altos de CO_2, pero eso es ridículo!

Pronto se hizo evidente que no llegarían a ningún sitio. Nadie escuchaba, todos sostenía sus propias tesis, que respondían a los intereses de sus empleadores. Era indecoroso. Una aversión general por el tono del debate hizo que todos, salvo los participantes directos, se desconectaran: alrededor de Sax la gente doblaba programas, apagaba atriles, susurraba a los compañeros, y todo esto con gente de pie y exponiendo. Era de muy mala educación, pero todo el mundo estaba ya convencido de que allí lo político prevalecía sobre lo científico. A nadie le gustaba eso, y la gente empezó a abandonar la sala. La abrumada moderadora del debate, una japonesa demasiado cortés que parecía muy desgraciada, habló por encima de las voces acaloradas y sugirió que dieran por terminada la sesión. La gente salió en tropel a los vestíbulos y formó corrillos, y algunos incluso siguieron defendiendo sus posiciones rodeados sólo de amigos.

Sax siguió a Claire, Jessica y el resto del grupo de Biotique al otro lado del canal y a Hunt Mesa. Tomaron el ascensor hasta la llanura de la mesa y

comieron en Antonio's.

—Van a inundarnos de CO_2 —dijo Sax, incapaz de callar por más tiempo—. No creo que entiendan que eso sería un golpe terrible para el modelo estándar.

—Éste es un modelo distinto —dijo Jessica—. Un modelo industrial de dos fases.

—Que mantendrá a humanos y animales dentro de las tiendas más o menos indefinidamente —dijo Sax.

—Quizá eso no les importe a los ejecutivos de las transnac —señaló Jessica.

—Quizás hasta les gusta la idea —dijo Berkina. Sax hizo una mueca.

—Puede que sólo sea que ahora tienen la soletta y la lupa aérea y quieren usarlas —intervino Claire—. Como si jugasen con muñecos. Son como las lupas que usábamos para prender fuegos cuando teníamos diez años. Pero ésta es muy poderosa y ellos no quieren ni oír hablar de guardarla. Y encima llamarán a las zonas calcinadas canales, ya sabes...

—Pero es tan estúpido —dijo Sax con acritud, y cuando los demás lo miraron con sorpresa, trató de aligerar el tono—: Bueno, es que es un planteamiento tan idiota. Es romanticismo trasnochado. No serán canales para conectar un cuerpo de agua con otro, e incluso si intentaran usarlos para eso, las riberas serían escoria.

—Ellos afirman que serán cristal —dijo Claire—. Ahí está todo el encanto de la idea de los canales.

—Pero esto no es un juego —dijo Sax.

Le resultaba muy difícil mantener el sentido del humor de Stephen en ese tema. Lo irritaba y angustiaba profundamente. Habían empezado tan bien, sesenta años de avances sólidos. Y ahora otra gente venía golpeando a diestro y siniestro con ideas diferentes y juguetes diferentes, disputando y obstaculizando el trabajo de los demás, sacándose de la manga métodos cada vez más poderosos y caros, pero cada vez más faltos de coordinación. ¡Conseguirían arruinar su plan!

Las sesiones de clausura de la tarde fueron rutinarias y desde luego no restauraron su fe en el congreso como foro de ciencia desinteresada. Al caer la tarde, de vuelta en la habitación, miró las noticias medioambientales con más atención que nunca, buscando respuesta a las preguntas que ni siquiera había formulado. Los acantilados se desmoronaban. El ciclo de congelación-deshielo estaba arrancando rocas de todos los tamaños del permafrost, y las rocas presentaban formas poligonales típicas. Se estaban formando glaciares de roca en los barrancos y los saltos de agua: las rocas eran arrancadas por el hielo y luego se precipitaban por las gargantas en masas que se comportaban como los glaciares de hielo. Los pingos estaban ampollando las tierras bajas del norte, excepto donde las plataformas de perforación vomitaban los mares helados, inundando la tierra.

Era un cambio a escala masiva, que se hacía evidente por todas partes y se aceleraba año tras año a medida que los veranos se hacían más cálidos y la biota submarciana alcanzaba profundidades mayores. Mientras tanto, todo seguía

helándose cada invierno, e incluso en verano escarchaba un poco por la noche. Un ciclo tan intenso desgarraría cualquier paisaje, y el marciano era particularmente sensible, puesto que se había mantenido en una estasis de frío árido durante millones de años. La pérdida de masa provocaba desprendimientos de tierra diarios, y las desgracias no eran raras. Los viajes por la superficie eran peligrosos. Los cañones y los cráteres recientes ya no eran lugares seguros para emplazar una ciudad, ni siquiera para resguardarse una noche.

Sax se puso de pie y se acercó a la ventana. Contempló las luces de la ciudad: estaba ocurriendo tal como había predicho Ann hacía mucho tiempo. No dudaba de que ella observaba los informes con disgusto, ella y los demás rojos. Para ellos cada derrumbe era una señal de que las cosas iban mal. En el pasado Sax los habría ignorado: la pérdida de masa exponía el suelo helado a sol, que lo calentaba y descubría potenciales depósitos de nitrato, y... Ahora, con la conferencia aún fresca en la memoria, ya no estaba tan seguro.

En el vídeo nadie parecía preocupado por lo que sucedía. Claro que los rojos no salían en los noticiarios. El colapso del relieve abría nuevas posibilidades, no sólo para la terraformación, que parecía considerarse un asunto exclusivo de las transnac, sino también para la minería. La noticia de una veta de oro que había quedado al descubierto hacía poco le produjo a Sax una sensación de desaliento. Era extraño que tanta gente pareciera sentirse fascinada por la prospección. Eso era Marte en el comienzo del siglo XXII; con la recuperación del ascensor habían vuelto a la vieja mentalidad de la fiebre del oro, como si fuese un destino manifiesto, allí en la frontera exterior, blandiendo grandes herramientas a diestro y siniestro: ingenieros cósmicos excavando y construyendo. Y la terraformación, que había sido su trabajo, el único objeto de su vida durante más de sesenta años, se estaba convirtiendo en algo distinto...

El insomnio empezó a atormentar a Sax. Nunca antes le había ocurrido, y lo desesperaba. Se despertaba, se daba la vuelta, las ruedas empezaban a girar en su cerebro, y todo se ponía a bullir. Cuando era evidente que no volvería a dormirse, se levantaba, encendía la pantalla de la IA y miraba programas de vídeo, incluso las noticias, que antes nunca veía. Le parecía advertir síntomas de alguna disfunción sociológica en la Tierra. Por ejemplo, no parecía que hubiesen intentado siquiera ajustar sus sociedades al impacto del crecimiento demográfico originado por el tratamiento gerontológico. Eso era elemental —control de natalidad, cuotas, esterilización...—, pero casi ninguna nación había hecho nada. En verdad, estaba naciendo una clase baja de no tratados, sobre todo en las naciones pobres densamente pobladas. Era difícil obtener estadísticas fiables ahora que la Organización de las Naciones Unidas agonizaba, pero un estudio de la Comisión Mundial aseguraba que el setenta por ciento de la población de las naciones desarrolladas había recibido el tratamiento, mientras que en las naciones pobres el porcentaje era del veinte por ciento. Si esa tendencia se mantenía mucho tiempo, pensó Sax, llevaría a una suerte de fisicalización de clase, una emergencia tardía o un desvelamiento retroactivo de la visión

tenebrosa de Marx, sólo que mas extrema que en Marx, porque ahora las distinciones de clase se manifestarían como una diferencia fisiológica real causada por una distribución bimodal, algo casi semejante a la especiación...

Esta divergencia entre ricos y pobres era obviamente peligrosa, pero en la Tierra parecían aceptarlo como algo inevitable, natural. ¿Cómo era posible que no advirtieran el peligro?

Ya no entendía la Tierra, si es que alguna vez la había entendido. Se quedaba allí sentado, temblando, y apuraba sus noches de insomnio hasta la hez, demasiado cansado para leer o trabajar. Sintonizaba los canales de noticias terranos uno tras otro, intentando comprender lo que estaba ocurriendo allí abajo. Tendría que hacerlo si quería entender Marte; porque el comportamiento de las transnacionales en Marte venía determinado en última instancia por la Tierra. *Necesitaba* comprender. Pero las noticias eran irracionales e incomprensibles. En la Tierra, incluso más dramáticamente que en Marte, no había ningún plan.

Necesitaba una ciencia de la historia, pero por desgracia eso no existía. La historia es lamarckiana, solía decir Arkadi, una noción ominosamente sugestiva en vista de la pseudoespeciación originada por la desigual distribución del tratamiento gerontológico; pero en realidad no servía de ayuda. Psicología, sociología, antropología, todas eran sospechosas. El método científico no podía aplicarse a los seres humanos para obtener información útil. Era la antinomia hechos-valores planteada de una manera distinta: la realidad humana sólo podía explicarse en términos de valores, y éstos se mostraban muy resistentes al análisis científicicos. Aislamiento de factores para el estudio, hipótesis falsificables, experimentos repetibles... el entero aparato tal como se utilizaba en la física de laboratorio no se podía aplicar. Los valores movían la historia, que era completa, irrepetible y aleatoria. Podía ser admitida como lamarckiana, o como un sistema caótico, pero incluso eso eran suposiciones, porque ¿de qué factores estaban hablando, qué aspectos debían ser adquiridos por aprendizaje y luego permitidos, o circular de una manera no repetitiva pero según patrón?

Nadie podía decirlo.

Empezó a pensar otra vez en la disciplina de la historia natural que tanto lo había cautivado en el Glaciar Arena. Ésta utilizaba métodos científicos para estudiar la historia del mundo natural, en muchos aspectos esa historia era un problema de metodología tan complejo como la historia humana, siendo igualmente irrepetible y resistente a la experimentación. Y con la conciencia humana fuera de encuadre, la historia natural solía tener bastante éxito, incluso cuando se basaba sobre todo en la observación y en hipótesis que sólo podían comprobarse mediante la observación continuada. Se trataba de una ciencia real; allí, entre el desorden y la casualidad, había descubierto algunos principios generales de evolución válidos: desarrollo, adaptación, complejidad, y otros muchos principios específicos confirmados por diferentes subdisciplinas.

Lo que él necesitaba eran unos principios similares que influyeran en la historia humana. Las pocas lecturas sobre historiografía que había hecho no habían sido muy alentadoras: eran una triste imitación del método científico o bien arte puro y simple. Más o menos cada década una nueva explicación histórica revisaba todo lo anterior, pero era evidente que el revisionismo encerraba placeres que no tenían nada que ver con hacerle justicia al caso que se

estuviera tratando. La sociobiología y la bioética eran más prometedoras, pero tendían a explicar las cosas mejor cuando trabajaban con escalas temporales evolutivas, y él quería algo que sirviera para los pasados y los siguientes cien años. O incluso para los pasados cincuenta y los siguientes cinco.

Noche tras noche se despertaba y no conseguía volver a conciliar el sueño. Se levantaba, se sentaba ante la pantalla y se devanaba los sesos con estas cuestiones, demasiado cansado para pensar con claridad. Y puesto que esas noches siguieron repitiéndose, se encontró volviendo a los acontecimientos de 2061. Había numerosas compilaciones en vídeo sobre los sucesos de ese año, y algunas de ellas no se mostraban tímidas a la hora de calificarlos: *¡La Tercera Guerra Mundial!* era el título de la serie más larga, unas sesenta horas, mal editadas y desordenadas.

Sólo era necesario un rato para darse cuenta de que el título no era tan sensacionalista como parecía. Las guerras habían hecho estragos en la Tierra en ese año aciago, y los analistas reacios a llamarla Tercera Guerra Mundial juzgaban que no había durado lo suficiente para merecer ese calificativo. O que no se había producido el enfrentamiento de dos grandes alianzas globales, sino algo mucho más confuso y complejo: diferentes fuentes afirmaban que había sido norte contra sur, o jóvenes contra viejos, o la UN contra las naciones, o las naciones contra las transnacionales, o las transnacionales contra las banderas acomodaticias, o los ejércitos contra la policía, o la policía contra los ciudadanos. Parecía que habían sido todos los conflictos a la vez. Durante un período de seis u ocho meses el mundo se había hundido en el caos. En sus incursiones en la «ciencia política», Sax había tropezado con un gráfico de Herman Kahn, llamado «Escala de la escalada bélica», que intentaba clasificar los conflictos según su naturaleza y gravedad. En esa escala había cuarenta y cuatro etapas: desde la primera, «Crisis evidente», iba subiendo a través de categorías como «Gestos políticos y diplomáticos», «Declaraciones solemnes y formales» y «Movilizaciones significativas». Subía vertiginosamente: «Demostración de fuerza», «Medidas hostiles»,

«Enfrentamientos militares dramáticos», «Guerra convencional a gran escala», y luego se perdía en zonas inexploradas, como «Guerra nuclear declarada», «Ataques ejemplares contra la propiedad», «Ataque devastador contra la población civil». El final de la escala, la etapa cuarenta y cuatro, era «Espasmo o Guerra insensata». Era un intento en verdad interesante de taxonomía y secuencia lógica, y Sax pudo ver que las categorías se habían extrapolado de muchas guerras del pasado. Y por las definiciones de la tabla, 2061 había subido disparada hasta el número cuarenta y cuatro.

En ese torbellino, Marte no había sido más que una guerra espectacular entre cincuenta. Muy pocos programas generales sobre el sesenta y uno le dedicaban apenas unos minutos, y esos simples clips ya los había visto Sax entonces: los guardias congelados en Koroliov, las cúpulas destrozadas, la caída del ascensor, y luego la de Fobos. Los intentos de análisis de la situación marciana eran como mucho superficiales; Marte había sido un exótico espectáculo secundario, con algunas buenas tomas, pero nada que lo distinguiera del embrollo general. No. Luego de una de esas noches insomnes, al alba, al fin lo supo: si quería comprender lo ocurrido en 2061, tendría que reconstruirlo por sí mismo, a partir

de las fuentes primarias de las videograbaciones, movimiento de multitudes enfurecidas, ciudades en llamas y las ocasionales conferencias de prensa con líderes desesperados y frustrados. Poner todos esos acontecimientos en orden cronológico no era tarea fácil, y se convirtió en su único interés durante semanas (al estilo de Echus): encajar los sucesos en una cronología era el primer paso para recomponer lo que había sucedido, lo cual había de preceder al intento de averiguar el porqué.

Con el paso de las semanas empezó a verle el sentido. Los rumores populares eran ciertos: la emergencia de las transnacionales en la década de 2040 había preparado la escena, y era la causa última de la guerra. En esa década, mientras Sax estaba dedicado en cuerpo y alma a terraformar Marte, un nuevo orden terrano había tomado forma a medida que miles de corporaciones multinacionales empezaban a fusionarse en docenas de transnacionales colosales. Algo semejante a la formación de los planetas,

se le ocurrió una noche, cuando los planetesimales se convierten en planetas.

Sin embargo, no un orden del todo nuevo. Las multinacionales habían surgido principalmente en las naciones industrializadas ricas, y por tanto en ciertos aspectos las transnacionales eran la expresión de esas naciones, extensiones de su poder en el resto del mundo, de una manera que le recordó lo poco que sabía él de los sistemas imperialistas y coloniales que las habían precedido. Frank había dicho algo al respecto: el colonialismo no murió nunca, solía declarar, sólo cambia de nombre y contrata a la policía local. Todos somos colonias de las transnac.

Ése era el cinismo de Frank, decidió Sax (deseando poder tener a mano aquella mente ácida y dura para instruirlo), porque las colonias no eran todas iguales. Era cierto que las transnac eran tan poderosas que habían reducido a los gobiernos nacionales a poco más que criados sin dientes. Y ninguna transnac había mostrado una lealtad particular hacia ningún gobierno o hacia la UN. Pero eran hijos de Occidente, hijos que ya no cuidaban de sus padres aunque seguían manteniéndolos. Porque los archivos mostraban que las naciones industrializadas habían prosperado bajo las transnac, mientras que a las naciones en vías de desarrollo no les quedaba otro recurso que pelearse entre ellas para conseguir el estatus de bandera acomodaticia. Y por eso, cuando las transnac habían sido atacadas por las naciones pobres desesperadas, había sido el Grupo de los Siete y su poderío militar quien había salido en su defensa.

Pero ¿y la causa siguiente? Noche tras noche Sax examinó minuciosamente grabaciones sobre las décadas de 2040 y 2050, buscando alguna señal de orden. Al fin decidió que había sido el tratamiento de longevidad lo que había llevado las cosas al límite. Durante la década de 2050 el tratamiento se distribuyó por las naciones ricas, ilustrando la crasa desigualdad económica que imperaba en el mundo como una mancha de color en una muestra bajo el microscopio. Y mientras el tratamiento se esparcía, la tensión había ido creciendo, subiendo sin pausa los escalones de la escala de crisis de Kahn.

Curiosamente, la causa inmediata de la explosión del sesenta y uno parecía ser una disputa originada por el ascensor espacial marciano. El ascensor había sido desarrollado por Praxis, pero después de que entrase en servicio, en febrero de 2061 para ser exactos, había sido adquirido por Subarashii en una absorción claramente hostil. En aquellos momentos Subarashii era un conglomerado de las

principales corporaciones japonesas que no se habían unido a Mitsubishi, y era un poder en ascensión, ambicioso y agresivo. Tras la adquisición del ascensor —una absorción aprobada por la UNOMA—, Subarashii había ampliado de inmediato las cuotas de inmigración, provocando una situación crítica en Marte. Al mismo tiempo, en la Tierra los competidores de Subarashii se habían opuesto a lo que a todos los efectos era una conquista económica de Marte, y aunque Praxis se había limitado a la acción legal de la inútil UN, una de las banderas acomodaticias de Subarashii, Malasia, había sido atacada por Singapur, una base de Shellalco. En abril de 2061 la mayor parte del sur asiático estaba en guerra. Muchas de esas guerras tenían su raíz en viejos conflictos, como el de Camboya y Vietnam, o el de Pakistán y la India, pero otros eran ataques directos a las banderas de Subarashii, como en Birmania y Bangladesh. Los acontecimientos en la región habían acelerado la escalada bélica a medida que viejos enemigos se unían a los conflictos de las nuevas transnac, y al llegar junio la guerra se había extendido a toda la Tierra y luego a Marte. En octubre el número de muertos alcanzaba los cincuenta millones, y otros cincuenta morirían a consecuencia de las secuelas, ya que muchos servicios básicos estaban interrumpidos o habían sido destruidos, y el vector de la malaria liberado durante la guerra seguía sin vacuna o cura efectiva.

Eso le parecía suficiente a Sax para calificar la situación de guerra mundial, a pesar de la brevedad. Había sido, concluyó, una mortífera combinación sinérgica de luchas entre transnac y levantamientos de un amplio abanico de desheredados contra el orden transnac. Pero el caos había persuadido a las transnac de la necesidad de resolver sus diferencias, o al menos de darles carpetazo, y todas las revueltas habían fracasado, sobre todo después de que los ejércitos del Grupo de los Siete interviniesen para rescatar a las transnacionales del desmembramiento de sus banderas acomodaticias. Todas las naciones militares-industriales gigantescas habían acabado del mismo lado, lo que había contribuido a hacer que la guerra fuera muy corta comparada con las dos anteriores. Corta pero terrible: en 2061 habían muerto tantas personas como en lasdos primeras guerras juntas.

Marte había sido una campaña menor en esa Tercera Guerra Mundial, una campaña en la que ciertas transnac habían reaccionado desproporcionadamente contra una revuelta flamígera pero desorganizada. Cuando terminó, Marte estaba atrapado en el puño de hierro de las principales transnacionales, con la bendición del Grupo de los Siete y de los otros clientes de las transnac. Y la Tierra se levantó tambaleándose con cien millones menos de habitantes.

Aparte de eso, nada había cambiado. Ninguno de sus problemas se había discutido. Así que podía suceder otra vez. Era posible, incluso probable.

Sax seguía durmiendo muy mal. Y aunque de día continuaba con sus rutinas, veía las cosas de manera distinta después del congreso. Otra prueba, supuso con aire sombrío, de la noción de visión como construcción del paradigma. Sólo que ahora era demasiado evidente que las transnac estaban en todas partes. En lo referente a autoridad, apenas existía aparte de ellas. Burroughs era una ciudad transnac, y por lo que había dicho Phyllis, Sheffield también. Ya no existía ninguno de los equipos nacionales que habían proliferado en los años anteriores a la conferencia del tratado. Y con los Primeros Cien

muertos o escondidos, la tradición de Marte como estación de investigación había desaparecido. La ciencia que existía estaba volcada en el proyecto de terraformación, y él ya había visto la clase de ciencia que podían esperar. No, la investigación se había reducido a ciencia aplicada.

Y, ahora que lo pensaba, tampoco había señales de vida de las viejas naciones-estado. Las noticias daban la impresión de que la gran mayoría estaba en bancarrota, incluso el Grupo de los Siete; y las transnac se habían hecho cargo de las deudas, si es que alguien lo hacía. Algunos informes hicieron pensar a Sax que en cierto sentido las transnac estaban contratando a naciones pequeñas como capital fijo, en un nuevo acuerdo negocio/gobierno que iba mucho más allá de los viejos contratos de bandera acomodaticia.

Un ejemplo ligeramente distinto de esta nueva relación era Marte, que a todos los efectos era posesión de las grandes transnac. Y ahora, con la restauración del ascensor, la exportación de metales y la importación de gente y bienes se había acelerado. Los mercados de valores terranos se estaban hinchando histéricamente para reflejar la acción, y la cosa no parecía decrecer a pesar de que Marte sólo podía proveer a la Tierra unas cantidades determinadas de ciertos metales. Por tanto, la subida del mercado de valores probablemente era una especie de fenómeno burbuja, y sí reventaba sería suficiente para que todo se viniera abajo otra vez. O quizá no; la economía era un campo misterioso, y en ciertos aspectos el mercado de valores era demasiado irreal para tener impacto fuera de sí mismo. ¿Pero quién podía saberlo hasta que no ocurriese? Sax, vagando por las calles de Burroughs, mirando las cifras del mercado de valores en las ventanas de las oficinas, desde luego no presumiría de poder hacerlo. Las personas no eran sistemas racionales.

Esa verdad profunda se reforzó cuando una noche Desmond apareció en su puerta. El famoso Coyote en persona, el polizón, el hermano pequeño del Gran Hombre, allí delante, menudo y ligero, vestido con un mono de obrero de la construcción de colores vivos, pinceladas diagonales de aguamarina y azul cobalto que atraían la mirada hacia las botas de marcha verde lima. Muchos obreros de la construcción de Burroughs (y había muchos) calzaban todo el tiempo las nuevas botas de marcha, ligeras y flexibles, como una especie de declaración estética, y todos vestían con colores chulones, pero muy pocos exhibían la sorprendente cualidad de los verdes fluorescentes de Desmond.

Desmond esbozó su sonrisa quebrada cuando Sax lo miró boquiabierto.

—Sí, ¿verdad que son bonitas? Y pasan inadvertidas.

En realidad, eso era lo de menos, porque Desmond llevaba las tiesas trenzas embutidas en una voluminosa boina roja, amarilla y verde, un tocado inusual en Marte.

—Vamos, salgamos a tomar una copa.

Desmond llevó a Sax a un pequeño bar junto al canal, excavado en el costado de un enorme pingo vaciado. Los obreros de la construcción se apiñaban en torno a unas largas mesas, y la mayoría tenían acento australiano. A la orilla del canal una pandilla particularmente ruidosa estaba arrojando pedazos de hielo hacia el canal, y de vez en cuando alcanzaban el césped de la otra orilla, lo que elevaba un clamor de vítores y originaba una ronda de óxido nitroso. Los paseantes de la

otra orilla evitaban esa parte del canal.

¿eh?

Desmond pidió cuatro tequilas y un inhalador nitroso.

—Así que pronto vamos a tener agave creciendo en la superficie,

—Creo que ya pueden hacerlo ahora.

Se sentaron en el extremo de una mesa, codo con codo, Desmond hablando al oído de Sax mientras bebían. Tenía toda una lista de cosas y quería que Sax las robase de Biotique. Semillas, esporas, rizomas, ciertos medios de cultivo, ciertas sustancias químicas difíciles de sintetizar…

—Hiroko me ha dicho que necesita todas estas cosas, pero sobre todo las semillas.

—¿No las puede producir ella? No me gusta robar.

—La vida es un juego peligroso —dijo Desmond, celebrando esa idea con una gran bocanada de nitroso, seguida de un trago de tequila—.

¡Ahhhh! —suspiró.

—No es por el peligro —dijo Sax—. Es sólo que no me gusta hacerlo. Yo trabajo con esas personas.

Desmond se encogió de hombros y no contestó. Sax pensó que esos escrúpulos tenían que parecerle a Desmond, que había pasado la mayor parte del siglo XXI viviendo del robo, excesivamente melindrosos.

—Tú no le vas a quitar nada a esa gente —dijo Desmond al fin—. Se lo vas a quitar a la transnacional dueña de Biotique.

—Pero se trata de un consorcio suizo, y de Praxis —protestó Sax—. Y Praxis no parece tan mala. Es un sistema igualitario muy abierto; en realidad me recuerda a Hiroko.

—Con la salvedad de que ellos forman parte de un sistema global que ha puesto el control del mundo en manos de una pequeña oligarquía. No hay que olvidar el contexto.

—Oh, créeme, no lo hago —dijo Sax, recordando sus noches de insomnio—. Pero tú también tienes que hacer distinciones.

—Sí, sí. Y una distinción es que Hiroko necesita esos materiales y no puede fabricarlos porque se ve obligada a esconderse de la policía contratada por tu maravillosa transnacional.

Sax parpadeó, contrariado.

—Además, el robo de material es una de las pocas acciones de resistencia que podemos permitirnos en los tiempos que corren. Hiroko está de acuerdo con Maya en que el sabotaje evidente no es más que un anuncio de la existencia de la resistencia y una invitación a las represalias y al cierre del demimonde. Es mejor

desaparecer durante un tiempo, dice ella, y hacerles pensar que nunca fuimos muchos.

—Es una buena idea —dijo Sax—. Pero me sorprende que hagas lo que dice Hiroko.

—Muy gracioso —dijo Desmond con una mueca—. La verdad es que yo también pienso que es una buena idea.

—¿De veras?

—No. Pero ella me convenció. Será lo mejor. De todas maneras, nos quedan muchos materiales por conseguir.

—¿No son los robos una manera de informar a la policía de que todavía estamos aquí?

—Que va. Es una actividad tan extendida que es imposible que distingan nuestros robos entre todos los demás. Muchos se perpetran con la complicidad de alguien de dentro.

—Como yo.

—Sí, pero tú no lo harías por dinero.

—Aun así, sigue sin gustarme.

Desmond rió, mostrando su colmillo de piedra y la extraña asimetría de la mandíbula y toda la mitad inferior de la cara.

—Tienes el síndrome de Estocolmo. Trabajas con ellos, los conoces y te caen simpáticos. Tienes que recordar lo que ellos están haciendo aquí. Vamos, termina ese cacto y te enseñaré algunas cosas que no has visto, aquí mismo, en Burroughs.

Se armó un revuelo porque un trozo de hielo había alcanzado la otra orilla y golpeado a un hombre mayor. La gente vitoreaba y había levantado a hombros a la autora del lanzamiento, pero el grupo del viejo se dirigía hecho una furia hacia el puente más cercano.

—Hay demasiado jaleo en este sitio —dijo Desmond—. Vamos, bébete eso y salgamos de aquí.

Sax se bebió de un trago el licor mientras Desmond apuraba el inhalador. Salieron deprisa para evitar la barahúnda que se avecinaba, y subieron por un sendero paralelo al canal. Una caminata de media hora los llevó más allá de la hileras de columnas Bareiss; subieron hasta Princess Park, donde doblaron a la derecha, y siguieron subiendo por la cuesta ancha y empinada del verde Bulevar Thoth. Más allá de la Montaña de la Mesa doblaron a la izquierda y bajaron por una franja de astrocésped que iba estrechándose. Se encontraban en la parte más occidental del muro de la tienda, que se extendía en una gran arco alrededor de la Mesa de Syrtis Negra.

—Mira, están volviendo a los viejos barrios ataúd para los trabajadores —señaló Desmond—. Ésos son los alojamientos corrientes de Subarashii ahora, pero observa como están encajadas esas unidades en la mesa. Syrtis Negra albergó una planta de procesamiento de plutonio en los primeros años de Burroughs, cuando estaba a buena distancia de la ciudad. Pero ahora Subarashii ha construido viviendas para los obreros justo al lado, y el trabajo de éstos

consiste en supervisar el procesamiento y traslado de los residuos al norte, a las Nili Fossae, donde unos cuantos reactores integrales rápidos lo utilizarán. Antes la operación de limpieza estaba completamente robotizada, pero cuesta mucho mantener a los robots en marcha. Han descubierto que es mucho más barato utilizar personas para un montón de trabajos.

—Pero la radiación… —dijo Sax, parpadeando.

—Oh, sí —dijo Desmond, y soltó su risa feroz—. Reciben cuarenta rem al año.

—¡Bromeas!

—No bromeo. Ellos se lo dicen a los obreros y les pagan un sueldo abultado, y al cabo de tres años reciben una gratificación, para el tratamiento.

—¿Acaso se lo niegan si rehúsan hacer el trabajo?

—Es caro, Sax. Y hay listas de espera. Ésa es una manera de saltarse la lista y encima recibirlo gratis.

—¡Pero cuarenta rem! ¡No es seguro que el tratamiento pueda reparar el daño que eso causa!

—Nosotros lo sabemos —dijo Desmond frunciendo el ceño. No era necesario mencionar a Simón—. Pero ellos no.

—¿Y Subarashii hace eso sólo para recortar gastos?

—Es importante cuando la inversión es tan grande, Sax. Están recortando costes por doquier. El sistema de albañal de Syrtis Negra impera en todas partes: el centro médico, los barrios ataúd y las fábricas.

—Bromeas.

—No bromeo. Mis chistes son más divertidos. Sax hizo un gesto de incredulidad.

—Mira —dijo Desmond—, ya no hay agencias reguladoras, ya no hay normativas de construcción ni nada que se le parezca. Eso es lo que la victoria de las transnac en 2061 significa en realidad. Ellos dictan sus propias normas ahora. Y tú ya sabes cuál es su única regla.

—Pero eso es estúpido.

—Bueno, ya sabes, esa división de Subarashii en particular la dirigen georgianos, y en la Tierra están en pleno renacimiento del estalinismo. Es un gesto patriótico gobernar el país de la manera más estúpida posible, y eso incluye los negocios. Y los jefes supremos de Subarashii siguen siendo japoneses, y creen que Japón se hará grande siendo duro. Dicen que ganaron en el sesenta y uno lo que perdieron en la Segunda Guerra Mundial. Son las transnacionales más brutales aquí, pero las demás los están imitando para competir con éxito. Praxis es una anomalía, recuérdalo.

—Claro, y por eso los recompensamos robándoles.

—Fuiste tú quien eligió trabajar para Biotique. Quizá deberías cambiar de trabajo.

—No.

—¿Crees que podrías conseguir ese material en alguna de las firmas de

Subarashii?

—No.

—Pero podrías conseguirlo en Biotique.

—Probablemente. La seguridad es muy estricta.

—Pero podrías hacerlo.

—Probablemente. —Sax meditó.— Quiero algo a cambio.

—Tú dirás.

—¿Me llevarías en avión a echar un vistazo a la zona quemada por la soletta?

—¡Desde luego! Me gustaría verlo otra vez.

La tarde siguiente dejaron Burroughs y viajaron en tren hacia el sur subiendo por el Gran Acantilado. Se apearon en la Estación Libia, a unos setenta kilómetros de Burroughs. Allí se deslizaron hasta el sótano, hasta la puerta del armario. Recorrieron el túnel y salieron al paisaje rocoso. En el fondo de un graben poco profundo encontraron uno de los rovers de Desmond, y cuando cayó la noche condujeron en dirección este a lo largo del Acantilado hasta un pequeño refugio rojo en el borde del cráter Du Martheray. Allí había una franja de roca madre llana que los rojos utilizaban como pista. Desmond no facilitó la identidad de Sax a sus anfitriones. Los llevaron a un pequeño hangar en la pared del acantilado, y allí subieron a uno de los viejos planeadores furtivos de Spencer. Rodaron hasta la pista y con una ondulante aceleración despegaron. Una vez en el aire, volaron lentamente en dirección este.

Volaron en silencio durante un rato. Sax vio luces sobre la oscura superficie del planeta sólo en tres ocasiones: las de la estación del cráter Escalante, las de la diminuta línea de un tren y un parpadeo no identificado en el accidentado terreno detrás del Gran Acantilado.

—¿Quiénes crees que son? —preguntó Sax.

—No tengo ni idea.

Después de unos minutos de silencio, Sax dijo:

—Me encontré con Phyllis.

—¡No me digas! ¿Te reconoció?

—No. Desmond rió.

—Bien por Phyllis.

—Un montón de viejos conocidos no me han reconocido.

—Sí, pero Phyllis... ¿Sigue siendo la presidenta de la Autoridad Transitoria?

—No. Pero ella no parecía pensar que fuera una posición de poder. Desmond volvió a reír.

—Una mujer estúpida. Pero consiguió llevar a ese grupo de Clarke de vuelta a la civilización, le concedo eso. Creí que estaban perdidos para siempre.

—¿Qué sabes del asunto?

—Hablé con dos de los que estuvieron allí, oh sí. Una noche en Burroughs, en el Bar Pingo. No hubo manera de cerrarles la boca.

—¿Ocurrió algo hacia el final del vuelo?

—¿Hacia el final? Vaya, pues sí. Alguien murió. Me parece que una mujer se aplastó una mano cuando estaban evacuando Clarke, y Phyllis era lo más parecido a un médico que tenían, así que ella se hizo cargo de la mujer durante todo el viaje. Pensaba que conseguiría salvarla, pero parece que se les acabó algo, los dos que contaban la historia no estaban seguros, y la mujer empeoró. Phyllis convocó a una plegaria y rezaron por ella, pero la mujer murió de todas maneras, un par de días antes de que entraran en el sistema terrano.

—Ah —dijo Sax, y luego añadió—: Phyllis no parece tan… religiosa ahora.

Desmond dio un respingo.

—Ella nunca fue religiosa. La suya era la religión de los negocios. Si visitas a cristianos de verdad, como la gente de Christianopolis o Bingen, no te los encuentras hablando de beneficios en el desayuno, ni tratándote despóticamente con esa horrible y melosa *hipocresía.* La hipocresía, Señor… es la cualidad más desagradable que puede tener una persona.

Uno sabe que todo es una casa construida sobre la arena. Pero los cristianos del demimonde no son así. Son gnósticos, cuáqueros, baptistas rastafarianos Baha'i, de todo, y son la mejor gente de la resistencia, si quieres saberlo, y eso que he tratado con todo el mundo. Tienen tan buena disposición. Y no se las dan de ser los mejores amigos de Jesús. Están muy unidos a Hiroko y los sufíes. Ahí abajo están cociendo alguna cosa mística. —Soltó su risa semejante a un cacareo.— Pero Phyllis y todos sus fundamentalistas mercantiles… utilizando la religión para encubrir la extorsión, odio eso. En realidad nunca escuché a Phyllis hablar con fervor religioso después del aterrizaje.

—¿Tuviste muchas oportunidades de oír hablar a Phyllis después del aterrizaje?

Otra carcajada.

—¡Más de las que supones! ¡Yo vi muchas más cosas que tú durante esos años, señor Laboratorio! Tenía mis pequeños escondrijos *por todas partes.*

Sax emitió un sonido de escepticismo, y Desmond soltó una carcajada estridente y le palmeó el hombro.

—¿Quién más podría decirte que Hiroko y tú tuvisteis un asuntillo en los años de la Colina Subterránea, eh?

—Humm.

—Oh, sí, yo vi muchas cosas. Claro que podría decir lo mismo de prácticamente todos los hombres de la Colina y tener razón. Esa zorra nos había reunido a todos en un harén.

—¿Poliandria?

—¡Jugaba a dos barajas, maldita sea! O a veinte.

—Humm.

Desmond rió al ver la expresión de Sax.

Justo después del alba avistaron una columna de humo blanco que ocultaba las estrellas de todo un cuadrante de cielo. Durante un tiempo esa nube densa fue la única anomalía que pudieron advertir en el paisaje. Siguieron volando y cuando pasaron el terminador del planeta un ancho surco de terreno incandescente apareció delante, en el horizonte oriental: un gran surco o canal anaranjado que corría de nordeste a sudoeste semioculto por el humo que surgía de un punto del mismo. Este punto se veía blanco y turbulento bajo el humo, como una pequeña erupción volcánica, y desde allí un haz de luz, un haz de humo iluminado más bien, tan denso y sólido como un pilar físico, ascendía en línea recta y se atenuaba a medida que la nube de humo adelgazaba, y desaparecía allí donde el humo alcanzaba su altura máxima, unos diez mil metros.

Al principio no había señales del origen de ese rayo en el cielo: la lupa aérea estaba a unos cuatrocientos kilómetros sobre sus cabezas. Entonces Sax vio algo como el fantasma de una nube, planeando muy lejos arriba. Quizás lo fuera, quizá no. Desmond no estaba seguro.

Al pie del pilar de luz, sin embargo, no había problemas de visibilidad: el pilar tenía una suerte de presencia bíblica, y la roca fundida bajo él había adquirido el blanco vivo de la incandescencia. Ése era el aspecto de 5.000 grados al aire libre.

—Habrá que tener cuidado —dijo Desmond—. Si nos metemos dentro de ese rayo, arderemos como una polilla en una llama.

—Estoy seguro de que hay mucha turbulencia en el humo además.

—Sí. Tengo intención de permanecer a barlovento.

Abajo, donde el pilar iluminado encontraba el canal naranja, el humo se proyectaba hacia arriba en violentas oleadas extrañamente iluminadas desde abajo. Al norte de ese punto blanco, donde la roca se había enfriado un poco, el canal le recordó a Sax las filmaciones de las erupciones de los volcanes hawaianos. Unas olas de color amarillo anaranjado brotaban del canal de roca fluida, encontrando ocasionalmente alguna resistencia y salpicando las riberas oscuras. El canal tenía unos dos kilómetros de ancho y se perdía en el horizonte en ambas direcciones; probablemente alcanzaban a ver unos doscientos kilómetros de él. Lo rectilíneo del canal y del pilar de luz era el único indicio de que no se trataba de un canal de lava natural, pero era más que suficiente. Además, hacía miles de años que no había actividad volcánica en la superficie de Marte.

Desmond se acercó, y luego inclinó el avión y viró bruscamente hacia el norte.

—El rayo de la lupa aérea se desplaza hacia el sur, así que desde el otro lado podremos acercarnos más.

Durante muchos kilómetros el canal de roca fundida corría en dirección nordeste sin cambios. Pero cuando se alejaron de la última zona quemada, la lava naranja se oscureció y empezó a solidificarse en los lados, formando una costra negra, surcada por numerosas fisuras naranjas. Más adelante el canal era negro, como las pendientes que lo bordeaban; un recio surco de negro puro que cruzaba las rojas tierras altas de Hesperia.

Desmond viró hacia el sur y voló más cerca del canal. Era un piloto brusco, y maniobraba el ligero avión sin compasión. Cuando las fisuras anaranjadas reaparecieron, una corriente termal ascendente sacudió el avión con fuerza, y Desmond se desvió un poco hacia el oeste. La luz de la roca fundida iluminaba las pendientes del canal, que parecían una hilera de colinas humeantes y muy negras.

—¿No se suponía que iban a ser vitrificados? —dijo Sax.

—Obsidiana. En realidad he visto varios colores. Espirales de diferentes minerales en el cristal.

—¿Hasta dónde se extiende la zona quemada?

—Están cortando desde Cerberus hasta Hellas, siguiendo una línea al oeste de los volcanes de Tyrrhena y Hadriaca.

Sax silbó.

—Dicen que será un canal que comunicará el Mar de Hellas con el océano boreal.

—Sí, sí. Pero están volatilizando carbonatos demasiado deprisa.

—Eso espesa la atmósfera, ¿no es cierto?

—¡Sí, pero con CO_2! ¡Están arruinando todo el plan! ¡Pasarán años antes de que podamos respirar ese aire! Estaremos atrapados en las ciudades.

—Quizás ellos creen que podrán depurar ese CO_2 cuando todo se haya calentado. —Desmond le echó una mirada rápida.— ¿Has visto suficiente?

—Más que suficiente.

Desmond soltó su risa inquietante y viró en un ángulo cerrado. Empezaron a perseguir el terminador hacía el oeste, volando bajo sobre las largas sombras crepusculares.

—Piensa un momento, Sax. Durante un tiempo la gente se ve forzada a permanecer en las ciudades, lo que es muy conveniente si uno quiere tenerlo todo bajo control. Abres tajos con esa lupa volante y obtienes rápidamente tu atmósfera de un bar y un planeta caliente y húmedo. Entonces empleas un método para limpiar el aire de dióxido de carbono, seguro que tienen algo, biológico o industrial, o las dos cosas. Algo que puedan vender, naturalmente. Y en un abrir y cerrar de ojos ya tienes otra Tierra. Tal vez sea caro...

—¡Es definitivamente caro! Todos esos grandes proyectos tienen que suponer un gran desembolso económico para las transnacionales, y lo están haciendo a pesar de que ya estamos muy cerca de los doscientos setenta y tres kelvin. No lo comprendo.

—Quizá doscientos setenta y tres les parece demasiado modesto. Una media que se mantenga en el punto de congelación es un poco fría. Podría decirse que es la visión de la terraformación que tiene Sax Russell. Práctica pero... —Soltó una carcajada.— O quizá tienen prisa. La Tierra está en un lío espantoso, Sax.

—Ya lo sé —dijo Sax con brusquedad—. He estado estudiando el tema.

—¡Bien por ti! De veras. Entonces ya sabrás que la gente que no ha conseguido el tratamiento empieza a desesperarse; están envejeciendo y la

posibilidad de recibir el tratamiento parece cada vez más reducida. Y quienes lo han recibido, sobre todo los que están arriba, miran alrededor maquinando alguna solución. El sesenta y uno les enseñó lo que puede ocurrir si las cosas se desmandan. Así que están comprando países como si fuesen mangos podridos al final de un día de mercado. Pero eso no parece ayudar mucho. Y aquí al lado tienen un planeta fresco y vacío, no listo para ocuparlo todavía, pero casi. Lleno de posibilidades. Podría ser un mundo nuevo: Fuera del alcance de las multitudes de los no tratados.

Sax meditó.

—Una especie de refugio de emergencia, quieres decir. Para escapar si las cosas se ponen feas.

—Exactamente. Creo que hay gente en esas transnacionales que quiere terraformar Marte lo antes posible, cueste lo que cueste.

—Ah —dijo Sax. Y no habló más en todo el camino de vuelta.

Desmond lo acompañó a Burroughs, y mientras caminaban de la Estación Sur a Hunt Mesa pudieron ver entre las copas de los árboles del Parque del Canal, a través de la rendija entre Branch Mesa y la Montaña de la Mesa, Syrtis Negra.

—¿De verdad están haciendo cosas tan estúpidas como ésa por todo Marte? —preguntó Sax. Desmond asintió.

—La próxima vez te traeré una lista.

—Hazlo. —Sax meneó la cabeza, pensando.— No tiene sentido. No tiene en cuenta los resultados a largo plazo.

—Ellos son pensadores a corto plazo.

—¡Pero van a vivir mucho tiempo! ¡Probablemente aún estarán al mando cuando esas políticas se desplomen sobre ellos!

—Tal vez ellos no lo vean de esa manera. Cambian de trabajo a menudo ahí arriba. Tratan de hacerse una reputación construyendo una compañía muy deprisa, luego alguien los contrata para un puesto superior en otra empresa y allí intentan repetir la gesta. Es como el juego de las sillas.

—¡No importará en qué silla estén sentados, porque toda la habitación se vendrá abajo! ¡Se olvidan de las leyes de la física!

—¡Pues claro! ¿Es que no te habías dado cuenta antes, Sax?

—Supongo que no.

Claro que había advertido que los asuntos humanos eran irracionales e inexplicables, nadie podía ignorarlo. Pero ahora se percataba de que siempre había dado por supuesto que quienes se involucraban en el gobierno se esforzaban por llevar las cosas de una manera racional, persiguiendo el bienestar a largo plazo de la humanidad, y preservando su sistema de soporte biofísico. Desmond se burló de él cuando trató de expresar todo eso, y Sax exclamó con irritación:

—¿Pero por qué asumirían un compromiso de trabajo de esa naturaleza si no

fuera con ese fin?

—Poder —dijo Desmond—. Poder y ganancias.

—Ah.

A Sax siempre le habían interesado tan poco esas cosas que le resultaba difícil comprender que le interesaran a alguien. ¿Qué era la ganancia personal sino la libertad de hacer lo que uno quería? ¿Y qué era el poder sino la libertad de hacer lo que uno quería? Y una vez que tenías esa libertad, cualquier riqueza o poder en realidad no hacía más que restringir tus opciones y tu libertad. Uno se convertía en un siervo de la riqueza o el poder, constreñido a pasar todo el tiempo protegiéndolos. Una vez que se comprendía esto, la libertad de un científico con un laboratorio a su mando era la más alta libertad posible. Cualquier otra riqueza o poder recortaba esa libertad.

Desmond meneaba la cabeza mientras Sax exponía esa filosofía.

—A algunas personas les gusta decir a los otros lo que tienen que hacer. Les gusta más eso que la libertad. La jerarquía, ya sabes, y el lugar que ocupan en ella. Siempre que sea lo suficientemente alto. Todos confinados en sus puestos. Es mucho más seguro que la libertad. Y hay muchos cobardes.

Sax negó con la cabeza.

—Creo que es simplemente la incapacidad para comprender el concepto de la disminución de las ganancias. Como si creyesen que lo bueno no se acaba nunca. Es muy poco realista. Es decir, ¡no hay proceso natural que se mantenga constante al margen de la cantidad!

—La velocidad de la luz.

—¡Bah! Es irrelevante. La realidad física evidentemente no es un factor en esos cálculos.

—Bien dicho.

Sax sacudió la cabeza, frustrado.

—La religión otra vez. O la ideología. ¿Qué es lo que solía decir Frank? ¿Una relación imaginaria con una situación real?

—Ahí tienes a un hombre que amaba el poder.

—Cierto.

—Pero tenía mucha imaginación.

Pasaron por el apartamento de Sax y se cambiaron de ropa, y luego subieron a la cima de la mesa para desayunar en Antonio's. Sax seguía pensando en la conversación que habían tenido.

—El problema es que las personas con una autoestima hipertrofiada por la riqueza y el poder consiguen posiciones que proporcionan esos dones en exceso, y descubren entonces que son más esclavos que amos con respecto a ellos. Y se convierten en seres insatisfechos y amargados.

—Como Frank.

—Sí. Por eso los poderosos siempre parecen tener un aspecto disfuncional, que puede ir del cinismo a la destructividad manifiesta. No son felices.

—Pero son poderosos.

—Sí. De ahí nuestro problema. Los asuntos humanos... —Sax hizo una pausa para comerse uno de los bollos que acababan de traer a la mesa; estaba hambriento.— Los asuntos humanos deberían regirse de acuerdo con los principios de los sistemas ecológicos.

Desmond soltó una ruidosa carcajada, y echó mano deprisa de una servilleta para limpiarse la barbilla. Rió tanto que las personas de las mesas contiguas los miraron y Sax se sintió inquieto.

—¡Qué concepto! —gritó Desmond, y se echó a reír otra vez—. ¡Ja, ja, ja! ¡Mi querido Saxifrage! Dirección administrativa científica, ¿eh?

—Bueno, ¿y por qué no? —se obstinó Sax—. Los principios que gobiernan el comportamiento de las especies dominantes en un ecosistema estable son bastante claros, según recuerdo. ¡Apuesto a que un consejo de ecologistas podría elaborar el programa de una sociedad benigna y estable!

—¡Si tú dirigieses *el* mundo! —gritó Desmond, y se echó a reír otra vez. Apoyó la cara en la mesa y aulló.

—Yo solo no.

—No, estaba bromeando. —Desmond se recompuso.— Ya sabes que Vlad y Marina llevan años trabajando en su eco-economía. Incluso han conseguido que yo la utilice en el intercambio entre las colonias de la resistencia.

—No lo sabía —dijo Sax, sorprendido. Desmond meneó la cabeza.

—Deberías estar más atento, Sax. En el sur llevamos años viviendo según la eco-economía.

—Tengo que estudiar el tema.

—Claro. —Desmond esbozó una amplia sonrisa, casi a punto de echarse a reír.— Tienes mucho que aprender.

Al fin llegaron sus pedidos y Desmond llenó los vasos de zumo de naranja. Hizo tintinear su vaso contra el de Sax y propuso un brindis:

—¡Bienvenido a la revolución!

Desmond partió hacia el sur después de arrancarle a Sax la promesa de que hurtaría lo que pudiese en Biotique para Hiroko.

—Tengo que encontrarme con Nirgal —dijo Desmond. Abrazó a Sax y desapareció.

Pasó un mes, durante el cual Sax meditó en todo lo que había aprendido de Desmond y de los vídeos, revisándolo despacio, cada vez más perturbado. Su sueño era interrumpido por horas de vigilia casi todas las noches.

Entonces, una mañana, después de uno de esos combates agitados e infructuosos de su insomnio, Sax recibió una llamada en su consola de muñeca. Era Phyllis, que estaba en la ciudad por unos asuntos, y quería que se reunieran para cenar.

Sax accedió, sorprendido por el entusiasmo de Stephen. Se encontró con ella

esa noche en el Antonio's. Se besaron al estilo europeo, y los instalaron en una de las mesas de la esquina, desde la que se dominaba la ciudad. Cenaron, pero Sax apenas reparó en lo que comía, hablando de cosas intrascendentes, como las últimas noticias de Sheffield y Biotique.

Tras la tarta de queso, se demoraron en el coñac. Sax no tenía prisa por marcharse porque no estaba seguro de los planes de Phyllis; no había dejado traslucir ningún indicio claro, y tampoco parecía tener prisa.

Entonces ella se recostó en la silla y lo miró con aire divertido.

—Eres de verdad tú.

Sax ladeó la cabeza para manifestar que no la comprendía. Phyllis rió.

—En verdad cuesta creerlo. Tú nunca fuiste así en el pasado, Sax Russell. Ni en un millón de años hubiera imaginado que eras un amante tan formidable.

Sax desvió la mirada, incómodo, y miró alrededor.

—Yo habría dicho lo mismo de ti —dijo al fin con la ligereza de Stephen.

Las mesas cercanas estaban vacías, y los camareros los habían dejado solos. El restaurante cerraría dentro de una media hora.

Phyllis volvió a reír, pero su mirada era dura, y de pronto Sax se dio cuenta de que estaba furiosa. Avergonzada, sin duda, por haberse dejado engañar por un hombre que conocía desde hacía ochenta años. Y furiosa por el hecho de que él hubiese decidido engañarla. ¿Y por qué no iba a estarlo? Se trataba de una falta de confianza fundamental, sobre todo de alguien que dormía con uno. La mala fe de su comportamiento en Arena volvía a él como una venganza, y se sentía muy inquieto. ¿Pero qué podía hacer?

Recordó el momento en que ella lo había besado en el ascensor, cuando se había sentido tan perplejo como ahora. Entonces estupefacto porque ella no lo reconocía, y ahora porque lo reconocía. Los hechos mostraban cierta simetría. Y las dos veces había seguido adelante.

—¿No tienes nada más que decir? —preguntó Phyllis. Él extendió las manos.

—¿Qué te hace pensar así?

Ella rió de nuevo, furiosa, y luego lo miró con la boca apretada.

—Es tan fácil verlo ahora —dijo—. Sólo te pusieron una nariz y una barbilla, supongo. Pero los ojos son los mismos, y la forma de la cabeza. Es extraño lo que uno recuerda y lo que uno olvida.

—Eso es cierto.

En realidad, sólo se trataba de los recuerdos. Sax sospechaba que seguían allí, almacenados.

—La verdad es que no me acuerdo de tu vieja cara —dijo Phyllis—. Para mí siempre fuiste un tipo en un laboratorio con la nariz pegada a una pantalla. Seguramente llevabas una bata blanca, así te veo en mis recuerdos. Una especie de rata de laboratorio gigante. —Ahora sus ojos brillaban.— Pero en algún momento te las apañaste para aprender a imitar el comportamiento humano bastante bien, ¿no es así? Lo suficiente como para engañar a una vieja amiga a la que le gustaba el aspecto que tenías.

—Nosotros no somos viejos amigos.

—No —escupió ella—. Supongo que no lo somos. Tú y tus viejos amigos intentasteis matarme. Y ellos mataron a miles de personas, y destruyeron el planeta casi por completo. Y es evidente que aún siguen ahí fuera, de otro modo tú no estarías aquí. De hecho tienen que estar muy extendidos, porque cuando realicé un análisis de ADN de tu esperma, constabas en los registros oficiales de la AT como Stephen Lindholm. Eso me hizo perder la pista durante un tiempo. Pero hubo algo que me hizo sospechar. Fue cuando caímos en aquella grieta. Eso me recordó algo que había ocurrido en la Antártida. Tú, Tatiana Durova y yo estábamos en Nussbaum Riegel cuando Tatiana tropezó y se torció el tobillo. Se levantó un viento fuerte y tuvieron que salir a buscarnos en helicóptero, y mientras esperábamos tú encontraste un liquen de roca…

Sax sacudió la cabeza, realmente sorprendido.

—No lo recuerdo.

Y no lo recordaba. El año de entrenamiento y evaluación en los valles secos de la Antártida había sido intenso, pero ahora todo ese año era una mancha borrosa para él, y aquel incidente no volvería; era difícil creer que hubiese ocurrido. Ni siquiera podía recordar qué aspecto tenía la pobre Tatiana Durova.

Absorto en esos pensamientos y en el esfuerzo para recuperar sus recuerdos de aquel año, se perdió un poco de lo que Phyllis estaba diciendo, pero luego recuperó el hilo:

—…comprobé otra vez con una de las viejas copias de la memoria de mi IA, y ahí estabas.

—Las unidades de memoria de tu IA deben de estar degradándose —

dijo él con aire ausente—. Han descubierto que la radiación cósmica perturba los circuitos si no se los refuerza de cuando en cuando.

Ella ignoró esa débil digresión.

—La cuestión es que todavía vale la pena buscar a gente que es capaz de cambiar los archivos de la Autoridad Transitoria de esa manera. Me temo que no puedo ignorarlo, aunque quisiera.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy segura. Depende de ti. Puedes decirme dónde te escondías, y con quién, y qué más está pasando. Apareciste en Biotique hace apenas un año. ¿Dónde estabas antes de eso?

—En la Tierra.

Ella esbozó una sonrisa torva.

—Si eso es lo que prefieres, me veré obligada a pedir la ayuda de alguno de mis asociados. Hay agentes de seguridad en Kasei Vallis que sabrán cómo refrescarte la memoria.

—Vamos, Phyllis.

—No hablo metafóricamente. No van a sacarte la información a golpes ni nada por el estilo. Es una extracción. Te duermen, estimulan el hipocampo y la amígdala y hacen preguntas. Y la gente simplemente responde.

Sax lo consideró. Los mecanismos de la memoria aún no se entendían demasiado bien, pero sin duda podía aplicarse algo tosco en las zonas que sin duda estaban implicadas. Resonancias magnéticas rápidas, ultrasonidos en puntos específicos, quién sabía qué más. Seguro que era peligroso, pero...

—¿Y bien? —preguntó Phyllis.

Él observó la sonrisa de ella, tan furiosa y triunfante. Una sonrisa burlona. Unos pensamientos pasaron veloces por su cabeza, imágenes sin palabras: Desmond, Hiroko, los chicos de Zigoto gritando: «¿Por qué, Sax, por qué?». Tenía que mantener una expresión impasible para ocultar la aversión que sentía por ella, que de repente lo recorría como una ola. Quizás esa clase de aversión era lo que la gente llamaba odio.

Se aclaró la garganta.

—Supongo que será mejor que te lo cuente a ti.

Ella asintió con un vigoroso movimiento de cabeza, como si ésa fuera la decisión que ella misma hubiera tomado. Miró alrededor: el restaurante estaba vacío, y los camareros bebían grappa sentados a una mesa.

—Vamos —dijo—, vayamos a mi oficina.

Sax asintió y se levantó con dificultad. Se le había dormido la pierna derecha. Cojeó detrás de Phyllis. Dieron las buenas noches a los camareros, ahora en movimiento, y salieron.

Entraron en el ascensor y Phyllis apretó el botón para el subterráneo. La puerta se cerró y empezaron a bajar. En un ascensor otra vez; Sax respiró hondo, y entonces movió la cabeza bruscamente, como si hubiese visto algo anormal en el panel de mandos. Phyllis siguió su mirada y entonces él la golpeó en la mandíbula. Ella se derrumbó contra la pared y se deslizó hasta el suelo, aturdida y jadeante. A Sax le dolían mucho los nudillos de la mano derecha. Apretó el botón para detenerse en el piso dos encima del subterráneo, donde había un largo corredor que cruzaba Hunt Mesa, bordeado de tiendas que a esa hora estarían cerradas. Agarró a Phyllis por las axilas y la levantó, floja y pesada, más alta que él, y cuando la puerta del ascensor se abrió, Sax se preparó para pedir ayuda. Pero no había nadie esperando. Se pasó un brazo de Phyllis alrededor del cuello y la arrastró hasta uno de los pequeños vehículos estacionados junto al ascensor para quien quisiera cruzar la mesa deprisa o fuese cargado. La depositó en el asiento trasero y ella gimió, como si estuviese volviendo en sí. Él se sentó, pisó el acelerador hasta el fondo y el pequeño vehículo zumbó por el corredor. Sax descubrió que estaba sudando y respiraba con dificultad.

Pasó delante de un par de lavabos y frenó. Phyllis rodó por el asiento y cayó al suelo, gimiendo ruidosamente. Pronto recobraría el sentido, si no lo había hecho ya. Bajó del coche y corrió para ver si el aseo de hombres estaba abierto. Lo estaba. Corrió de vuelta y se cargó a Phyllis a la espalda. Avanzó hasta la puerta del aseo, tambaleándose, y allí la dejó caer pesadamente; la cabeza golpeó contra el suelo de hormigón y ella dejó de gemir. Sax abrió la puerta y la arrastró adentro; luego cerró y echó el pestillo.

Se sentó en el suelo del lavabo junto a ella, sin resuello. Phyllis respiraba todavía, y tenía el pulso débil pero regular. Estaba bien, pero más profundamente inconsciente que cuando la había golpeado. Tenía la piel pálida y húmeda y la

boca abierta. Sintió lástima de ella, pero recordó que lo había amenazado con entregarlo a los técnicos de seguridad para que le arrancaran sus secretos. Los métodos que empleaban eran avanzados, pero seguía siendo tortura. Y si tenían éxito, conocerían la localización de los refugios en el sur y todo lo demás. Una vez que tuviesen una idea general de todo lo que él sabía, podrían forzarlo a revelar la información específica. Sería imposible resistirse a la combinación de drogas y modificación del comportamiento.

Incluso Phyllis sabía demasiado ahora. El hecho de que él estuviese en posesión de una identidad falsa tan buena implicaba toda una infraestructura que hasta el momento había permanecido oculta. Una vez que conocieran su existencia, probablemente conseguirían ponerla al descubierto. Hiroko, Desmond, Spencer, infiltrado en el sistema de Kasei Vallis, todos quedarían expuestos. Nirgal y Jackie, Peter, Ann... todos. Y todo porque él no había sido lo suficiente listo para evitar a una estúpida y espantosa mujer como Phyllis.

Estudió el aseo de hombres. Tenía dos compartimientos, uno con un retrete y el otro con un lavabo, un espejo y el habitual expendedor mural: pastillas de esterilidad, gases recreativos. Los miró mientras recobraba el aliento, pensando deprisa. Mientras los planes daban vueltas en su cabeza, susurró instrucciones a la IA en la consola de muñeca. Desmond le había proporcionado unos programas virales muy destructivos; conectó su consola a la de Phyllis y esperó a que se completara la transferencia. Con suerte le destrozaría todo el sistema: las medidas personales de seguridad no eran nada contra sus virus con base militar, decía Desmond. Pero seguía estando Phyllis. Los gases recreativos del expendedor eran sobre todo óxido nitroso en inhaladores individuales que contenían alrededor de dos o tres metros cúbicos de gas. La habitación tenía, juzgó, unos treinta y cinco, o cuarenta metros cúbicos. La rejilla de ventilación estaba cerca del techo, y sería fácil bloquearla con un trozo del rollo de toalla del lavabo.

Introdujo tarjetas en el expendedor y compró todas las existencias de gases: veinte pequeñas bombonas de bolsillo, con mascarilla incorporada. El óxido nitroso sería un poco más pesado que el aire de Burroughs.

Sacó unas pequeñas tijeras de la caja de herramientas de su muñeca y cortó una tira del rollo continuo de toalla. Se subió al lavabo y tapó la rejilla de ventilación, metiendo la toalla entre las ranuras. Quedaban algunos huecos, pero eran pequeños. Bajó y estudió la puerta. El espacio entre la base y el suelo era de casi un centímetro. Cortó unas cuantas tiras de toalla. Phyllis roncaba. Sax abrió la puerta, arrojó las botellas de gas fuera y salió. Le echó una última mirada a Phyllis, tendida en el suelo, y luego cerró la puerta. Remetió las tiras de toalla bajo la puerta, dejando sólo un pequeño agujero en una esquina. Luego, tras recorrer el vestíbulo con la mirada, se sentó, tomó una botella, apremió la mascarilla flexible sobre el agujero y vertió el contenido de la botella en el aseo de hombres. Repitió la operación veinte veces, y fue metiéndose las botellas vacías en los bolsillos hasta que estuvieron llenos; entonces, con el último trozo de toalla improvisó una especie de saco para meter las restantes. Se puso de pie y corrió con estrépito metálico hasta el coche. Se sentó al volante y apretó el acelerador. El vehículo saltó hacia adelante y Sax recordó el súbito frenazo que había derribado del asiento a Phyllis. Tenía que haberle dolido.

Frenó, bajó de un salto y regresó al aseo, haciendo tintinear las botellas. Abrió la puerta de un tirón, entró conteniendo el aliento, agarró a Phyllis por los

tobillos y la arrastró afuera. Todavía respiraba, y tenía una sonrisita tonta en la cara. Sax resistió el impulso de darle una patada y corrió de vuelta al coche.

Condujo hasta el otro lado de Hunt Mesa a toda velocidad y una vez allí tomó el ascensor para el nivel subterráneo. Subió al primer tren que pasó y atravesó la ciudad hasta la Estación Sur. Le temblaban las manos, y los nudillos de la mano derecha se le estaban hinchando y amoratando. Le dolían mucho.

En la estación compró un billete para el sur, pero cuando entregó el billete y su identificación al revisor en el acceso a los andenes, el hombre abrió mucho los ojos, le apuntó con su arma y llamó nerviosamente pidiendo refuerzos. Al parecer Phyllis había recuperado el conocimiento antes de lo previsto por sus cálculos.

QUINTA PARTE

Sin hogar

La biogénesis es en primer lugar psicogénesis. Esta verdad nunca fue tan manifiesta como en Marte, donde la noosfera precedió a la biosfera: los pensamientos envolvieron primero el planeta silencioso desde lejos, poblándolo de piedras, plantas y sueños, hasta el momento en que John pisó la superficie y dijo: «Aquí estamos». Desde ese punto de ignición la fuerza verde se propagó como un reguero de pólvora, hasta que todo el planeta latió de viriditas. Era como si el planeta hubiese echado algo en falta, y al golpe de la mente contra la roca, de noosfera contra litosfera, la ausencia de biosfera hubiere surgido con la asombrosa rapidez de la flor de papel de un mago.

Así percibía las cosas Michel Duval, que observaba con atención apasionada cualquier señal de vida en aquel yermo rojizo. Él se había aferrado a la areofanía de Hiroko con el fervor del hombre que se está ahogando y le echan un cabo. La areofanía le había dado una nueva forma de mirar, y para practicarla había adquirido el hábito de Ann de pasear por el exterior en la hora que precede al crepúsculo. En los parajes cubiertos de sombras largas descubría en las superficies herbosas una belleza conmovedora. En las pequeñas marañas de carrizo o liquen veía una Provenza en miniatura.

Ésa era su tarea, tal como ahora la concebía: el difícil trabajo de reconciliar la antinomia irreconciliable de Provenza y Marte. Sentía que en ese empeño él formaba parte de una larga tradición: en sus estudios había advertido que la historia del pensamiento francés se caracterizaba por los intentos de resolver antinomias extremas. Para Descartes había sido mente y cuerpo, para Sartre, freudismo y marxismo, para Teilhard de Chardin, cristianismo y evolución... La lista era larga, y a Michel le parecía que la particular cualidad de la filosofía francesa, su heroica tensión y su tendencia a ser una larga sucesión de magníficos fracasos, venía de ese repetido intento de unir bajo el mismo yugo términos contrarios. Quizá por eso el pensamiento francés había acogido de buen grado tan a menudo complejos aparatos retóricos tales como el rectángulo semántico, estructuras que tal vez pudieran atrapar esas fuerzas centrífugas en redes suficientemente fuertes como para retenerlas.

El trabajo de Michel era, pues, unir el espíritu verde y la materia roja, descubrir la Provenza en Marte. El liquen crustáceo, por ejemplo, hacia que algunas zonas de la planicie roja pareciesen recubiertas de jade. Y ahora, en las claras tardes color índigo, los antiguos cielos rosados daban un matiz pardo a la hierba, el color del cielo permitía que cada brizna de hierba radiase unos verdes tan puros que las pequeñas praderas parecían reverberar. La intensa presión de los colores en la retina... ¡qué delicia!

Y era sobrecogedor además ver lo deprisa que esta biosfera primitiva había arraigado, floreciendo y extendiéndose. Existía una tendencia inherente hacia la vida, una chispa eléctrica verde entre los polos de roca y mente. Una energía increíble que allí había penetrado hasta el corazón mismo de las cadenas genéticas, había insertado secuencias, creado micros híbridos, los había ayudado a propagarse, había cambiado los entornos para favorecer su crecimiento. El entusiasmo natural de la vida por la vida se manifestaba por doquier: luchaba y a menudo prevalecía. Pero ahora había unas manos que la guiaban, una noosfera que lo bañaba todo desde el principio. La fuerza verde, que saltaba como una chispa en el paisaje con cada roce de las puntas de sus dedos.

En verdad los seres humanos eran milagrosos: creadores conscientes que caminaban sobre ese mundo nuevo como jóvenes dioses en posesión del poder de los químicos. Michel observaba con curiosidad a cuantos encontraba en Marte, preguntándose mientras miraba sus por lo general anodinos exteriores qué clase de nuevo Paracelso o Isaac de Holanda tenia delante, y si acaso convertirían el plomo en oro, harían florecer las rocas...

El americano rescatado por Coyote y Maya no parecía, a primera vista, ni más ni menos notable que cualquiera de las personas que Michel había conocido en Marte; más inquisitivo quizá, más ingenuo: un hombre corpulento que arrastraba los pies y tenía una cara morena y una expresión curiosa. Pero Michel estaba acostumbrado a mirar más allá de la superficie, y a ver el espíritu transformador que se ocultaba en el interior, y en seguida concluyó que tenían a un hombre misterioso en las manos.

Se llamaba Art Randolph, les dijo, y había estado recuperando materiales útiles del cable del ascensor caído.

—¿Carbono? —preguntó Maya.

Pero él no captó o decidió ignorar el tono sarcástico de ella y contestó:

—Sí, pero también... —y entonces soltó toda una lista de minerales brechados exóticos. Maya le echó una mirada feroz, pero el hombre no se dio por enterado. Sólo tenía preguntas. ¿Quiénes eran? ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Adónde lo llevaban? ¿Qué clase de coches eran aquellos?

¿Eran visibles desde el espacio? ¿Cómo evitaban dejar rastros termales?

¿Por qué necesitaban ser invisibles desde el espacio? ¿Formaban parte, tal vez, de la legendaria colonia oculta? ¿Pertenecían a la resistencia marciana? ¿Quiénes eran?

Nadie se apresuró a responder estas preguntas, y fue Michel quien al fin dijo:

—Somos marcianos. Vivimos en el exterior por nuestra cuenta.

—La resistencia. Increíble. Para serles sincero, yo hubiese jurado que eran ustedes un mito. Esto es estupendo.

Maya puso los ojos en blanco, y cuando el invitado les pidió que lo dejasen en el Mirador de Echus, ella soltó una risa grosera y dijo:

—Pongámonos serios.

—¿Qué quiere decir?

Michel le explicó que puesto que no podían liberarlo sin revelar su presencia, no les quedaba más remedio que retenerlo.

—Oh, yo no le diría nada a nadie. Maya volvió a reír.

—No podemos confiar en un extraño en un asunto tan serio para nosotros —dijo Michel—. Y tal vez usted no pudiese guardar el secreto. Tendría que explicar por qué se alejó tanto del vehículo.

—Podrían llevarme de vuelta a él.

—No podemos demorarnos tanto. No nos hubiésemos acercado de no ser porque vimos que estaba en dificultades.

—Bien, lo agradezco de veras, pero debo decir que esto no se parece mucho a un rescate.

—Es mejor que la alternativa —dijo Maya con acritud.

—Muy cierto. Y lo aprecio de veras. Pero les prometo que no diré una palabra. Por otra parte no es un secreto que ustedes están aquí afuera. La televisión no hace más que hablar de ustedes.

Esta declaración silenció incluso a Maya. Siguieron viaje. Maya mantuvo una breve conversación en un ruso lleno de estática con Coyote, que viajaba en el rover de cabeza con Kasei, Nirgal y Harmakhis. Coyote se mostró inflexible: puesto que le habían salvado la vida, ciertamente podían arreglar la liberación de manera que ellos no corriesen ningún riesgo. Michel le comunicó lo esencial de la conversación al prisionero.

Randolph frunció apenas el ceño, y luego se encogió de hombros. Michel nunca había visto un ajuste tan rápido a un cambio de rumbo: la sangre fría del hombre era impresionante. Michel lo observó con atención, al tiempo que no quitaba ojo a la pantalla de la cámara frontal. Randolph ya estaba preguntando de nuevo, sobre los controles del rover. Sólo hizo una referencia más a su situación después de mirar los controles de la radio y el intercomunicador.

—Espero que me dejarán enviar un mensaje a mi compañía para que sepan que estoy sano y salvo. Trabajaba para Dumpmines, una filial de Praxis. Ustedes y Praxis tienen mucho en común, en serio. Ellos también pueden llegar a actuar muy secretamente. Deberían contactar con ellos por el bien de ustedes, créanme.

Seguro que utilizan algunas frecuencias codificadas, ¿no es cierto?

Ni Maya ni Michel respondieron. Y más tarde, cuando Randolph pasó al pequeño retrete del rover, Maya siseó:

—Es obvio que es un espía. Estaba ahí con la intención de que lo recogiésemos.

Ésa era Maya. Michel no trató de discutir con ella; se limitó a encogerse de hombros.

—Desde luego, lo estamos tratando como si lo fuese.

Y entonces el hombre salió y siguió haciéndoles preguntas. ¿Dónde vivían? ¿Qué sentían viviendo todo el tiempo ocultos? Michel empezó a encontrar divertida lo que parecía cada vez más una actuación, o incluso un examen. Randolph se mostraba perfectamente abierto, ingenuo, sociable, su rostro moreno casi parecía el de un simplón. Pero sus ojos los estudiaban con atención, y a cada pregunta no contestada parecía más interesado y más complacido, como si las respuestas de ellos le llegaran por telepatía. Todo humano tenía un gran poder, todo humano en Marte era un alquimista. Y aunque Michel había abandonado la psiquiatría hacía mucho tiempo, aún reconocía el estilo de un maestro. Casi se rió de la urgencia que sentía de confesárselo todo a aquel hombre grande, pesado y enigmático, todavía torpe en la gravedad marciana.

Entonces la radio emitió un pitido, y un mensaje comprimido que no duró más de dos segundos zumbó por los altavoces.

—¿Ven? —dijo Randolph, solícito—, podrían recibir un mensaje de Praxis de esa manera.

Pero cuando la IA terminó de pasar la secuencia descodificadora, ya no hubo más bromas. Habían detenido a Sax en Burroughs.

Al alba todos se reunieron en el rover de Coyote y pasaron el día conferenciando sobre lo que debían hacer. Se sentaron en un apiñado círculo en el compartimiento de estar, con la preocupación marcada en los rostros. Todos excepto el prisionero, sentado entre Nirgal y Maya. Nirgal le había estrechado la mano y lo había recibido como si fuesen viejos amigos, aunque ninguno dijo una palabra. Pero el lenguaje de la amistad no las necesitaba.

Las noticias sobre Sax procedían de Spencer a través de Nadia. Spencer trabajaba en Kasei Vallis, una especie de nueva Koroliov, un complejo de seguridad, muy sofisticado y al mismo tiempo discreto. Habían trasladado a Sax allí, y Spencer se había enterado y se lo había comunicado a Nadia.

—Tenemos que sacarlo de allí —dijo Maya—, y deprisa. Sólo hace dos días que lo tienen.

—¿Sax Russell? —decía Randolph—. Caramba. No puedo creerlo.

¿Quiénes son ustedes? Eh, ¿usted es Maya Toitovna?

Maya lo maldijo en un ruso furibundo. Coyote los ignoraba a todos; no había dicho una palabra desde que llegara el mensaje, absorto en la pantalla de su IA, mirando lo que parecían ser fotografías de un satélite meteorológico.

—Podrían dejarme marchar —dijo Randolph en medio del silencio—. Yo no

podría decirles nada que ellos no puedan sacarle a Russell.

—¡Él no les dirá nada! —dijo Kasei fieramente. Randolph agitó una mano.

—Lo asustarán, quizá lo maltraten un poco, lo enchufarán, lo drogarán y estimularán su cerebro en los lugares apropiados... Conseguirán respuesta a todo lo que pregunten. Según tengo entendido, lo han convertido en todo un arte. —Se quedó mirando a Kasei.— Usted también me resulta familiar. En fin, si no pueden sacárselo así, emplearán sin duda métodos más brutales.

—¿Cómo es que sabe todo eso? —preguntó Maya.

—Es de dominio público —dijo Randolph—, y por tanto quizá nada sea cierto, aunque...

—Quiero sacarlo de allí —dijo Coyote.

—Pero entonces sabrán que estamos aquí —dijo Kasei.

—Eso ya lo saben. Lo que no saben es dónde estamos.

—Además —añadió Michel—, es nuestro Sax.

—Hiroko no se opondrá —dijo Coyote.

—¡Si lo hace, dile que se vaya al infierno! —exclamó Maya—. ¡Dile que *shikata ga nai!*

—Será un placer —dijo Coyote.

Las vertientes occidental y septentrional de la protuberancia de Tharsis estaban muy poco pobladas en comparación con la pendiente oriental, sobre Noctis Labyrinthus. Había unas pocas estaciones areotermales y algunos acuíferos, pero la mayor parte de la región estaba cubierta todo el año por un manto de nieve, neveros y glaciares jóvenes. Los vientos que venían del sur chocaban con los fuertes vientos del noroeste que viraban en el Monte Olimpo, y las ventiscas podían ser violentas. La zona protoglacial se extendía desde los seis o siete mil metros hasta casi la base de los grandes volcanes. No era un buen lugar para construir, tampoco para esconder los rovers furtivos. Cruzaron deprisa las *sastrugi* y las cordadas de lava que les servían como carretera al norte de la mole de Tharsis Tholus, un volcán que tenía el tamaño del Mauna Loa, aunque bajo la pendiente de Ascraeus parecía un cono de cenizas. La noche siguiente dejaron atrás la nieve y se dirigieron al nordeste a través de Echus Chasma. Pasaron el día ocultos bajo la formidable pared oriental de Echus, sólo unos cuantos kilómetros al norte del viejo cuartel general de Sax en lo alto del acantilado.

El muro este de Echus Chasma era el Gran Acantilado con su absoluta magnificencia: un risco de tres mil metros de altura que se extendía casi mil kilómetros en línea recta en el eje norte-sur. Los areólogos aún discutían sobre su origen, pues ninguna fuerza parecía adecuada para crearlo. Era una rotura en el tejido de las cosas, que separaba el suelo de Echus Chasma de la llanura elevada de Lunae Planum. Michel había visitado el valle Yosemite en su juventud, y todavía recordaba aquellos imponentes acantilados de granito. Pero el muro que tenían delante era tan largo como el estado de California y tenía tres mil metros de altura en la mayor parte de su extensión, un mundo vertical cuyos inmensos

planos de roca roja miraban al oeste sin ver y resplandecían en el atardecer vacío como el costado de un continente.

En su extremo norte, este increíble acantilado era más bajo y menos escarpado, y justo sobre los 20° norte lo atravesaba un canal ancho y profundo que corría hacia el este a través de la meseta de Lunae y bajaba hasta la cuenca de Chryse. Este gran cañón era Kasei Vallis, una de las manifestaciones más claras de antiguas inundaciones que podían encontrarse en Marte. Una simple mirada a las fotografías de satélite bastaba para darse cuenta de que hacía mucho tiempo una crecida enorme había bajado por Echus Chasma hasta alcanzar una abertura en el gran muro oriental, quizás un grahen. El agua se había desviado a la derecha por ese valle y erosionado la entrada con su fuerza formidable hasta convertirla en una curva lisa, y derramándose sobre la orilla exterior de la vuelta había desgarrado las grietas en la roca transformándolas en una cuadrícula de estrechos cañones. Una cresta central en el valle principal había sido modelada como una larga isla lemniscata, en forma de lágrima, una figura tan hidrodinámica como el lomo de un pez. La orilla interior del curso de agua fósil aparecía cortada por dos cañones apenas tocados por el agua, *fossae* corrientes que revelaban la configuración del canal principal antes de la inundación. Posteriormente, dos impactos tardíos de meteoritos en la parte más alta de la orilla interior habían completado la fisonomía del terreno, dejando unos cráteres abruptos.

Subiendo despacio por la pendiente exterior uno encontraba el valle curvo, con la cresta lemniscata y las murallas circulares de los cráteres de la pendiente interior como rasgos más destacados. Un paisaje cuya majestad espacial recordaba la región de Burroughs. La gran extensión del canal principal pedía agua a gritos, agua que sin duda formaría una corriente trenzada poco profunda que discurriría sobre guijarros y tallaría nuevos lechos e islas...

Allí se emplazaba ahora el cuartel de seguridad de las transnacionales. Los dos cráteres interiores así como grandes secciones del terreno cuadriculado de la orilla exterior y parte del canal principal a ambos lados de la isla lemniscata habían sido cubiertos con tiendas. Pero nada de esto apareció nunca en los reportajes de vídeo, ni en las noticias. Ni siquiera estaba en los mapas.

Sin embargo, Spencer había estado allí desde el comienzo de la construcción, y en sus raros mensajes al exterior les había explicado cuál sería la actividad de la nueva ciudad. En esos tiempos, casi todos los condenados por un crimen en Marte eran enviados al cinturón de asteroides para trabajar en naves mineras. Pero algunos integrantes de la Autoridad Transitoria querían una cárcel en Marte, y Kasei Vallis lo era.

Escondieron los rovers en un grupo de rocas a la entrada del valle, y Coyote estudió los informes meteorológicos. Maya estaba furiosa por la demora, pero él la ignoró.

—Esto no va a ser fácil —le dijo con severidad—, y no es viable si no se dan ciertas circunstancias. Tenemos que esperar hasta que lleguen algunos refuerzos y las condiciones meteorológicas sean favorables. Es un plan que Sax y Spencer me ayudaron a diseñar, y es muy ingenioso, pero tienen que darse las condiciones adecuadas.

Volvió a los monitores, ajeno a todos, hablando consigo mismo o con el

alquimista de las pantallas, la luz parpadeando en su rostro enjuto y oscuro. Un alquimista, en verdad, pensó Michel, murmurando como si se inclinase sobre un alambique o un crisol, preparando las transmutaciones del planeta... Un gran poder, concentrado ahora en la meteorología. Al parecer, Coyote había descubierto unas pautas en el comportamiento de la corriente de chorro, ligadas a ciertos puntos de anclaje en el terreno.

—Es por la escala vertical —le explicó con irritación a Maya, que empezaba a sonar como Art Randolph con tanta pregunta—. Este planeta tiene treinta mil metros de altura desde el fondo hasta la cumbre. ¡Treinta mil metros! Eso origina vientos fuertes.

—Como el mistral —propuso Michel.

—Exacto. Vientos katabáticos. Y uno de los más fuertes baja del Gran Acantilado justo aquí.

Los vientos dominantes de la región, sin embargo, eran los del oeste. Cuando chocaban contra el acantilado de Echus originaban poderosas corrientes ascendentes, y los aficionados al vuelo que vivían en el Mirador de Echus las aprovechaban y se pasaban el día volando en planeador o en traje de pájaro. Sin embargo, los sistemas ciclónicos pasaban con frecuencia, trayendo vientos del este. Cuando esto ocurría, el aire frío barría la meseta nevada de Lunae y se cargaba de nieve, haciéndose más denso y más frío, y toda esa masa acababa encauzándose a través de los desfiladeros en el borde del gran acantilado, y los vientos se desplomaban como una avalancha.

Coyote había estudiado esos vientos katabáticos durante algún tiempo, y sus cálculos le habían hecho llegar a la conclusión de que cuando las condiciones eran las adecuadas —contrastes violentos de temperatura, una tormenta activa avanzando de este a oeste por la meseta—, una ligera intervención en ciertos lugares convertiría las corrientes descendentes en tifones verticales, que se abatirían sobre Echus Chasma y correrían por el eje norte-sur con una fuerza tremenda. Cuando Stephen les informó de la naturaleza y propósito del nuevo asentamiento en Kasei Vallis, Coyote decidió de inmediato preparar los medios para hacer posibles esas intervenciones.

—Los muy idiotas construyeron su prisión en un túnel de viento — musitó, respondiendo a una pregunta de Maya—. Y nosotros hemos construido un ventilador. O mejor dicho, un interruptor para poner en marcha el ventilador. Enterramos algunos distribuidores automáticos de nitrato de plata en la cima del acantilado, que actúan como enormes mangas de reacción, y también unos láseres para calentar el aire por encima de la zona de corrientes. Eso crea un gradiente de presión desfavorable que represa la corriente normal, y cuando ésta rompe el bloqueo baja con mucha más fuerza. Además, instalamos explosivos a lo largo de toda la cara del acantilado para cargar el viento de polvo y hacerlo más pesado. Verán, el viento se calienta a medida que cae, y eso lo frena si no está cargado de nieve y polvo. Escalé esa pared cinco veces para prepararlo todo, tendrían que haberme visto. Y hay algunos ventiladores también. Desde luego, el poder de todo el dispositivo es insignificante comparado con la fuerza total del viento, pero la dependencia de factores inestables es la clave de la meteorología, ya saben, y nuestras simulaciones por ordenador localizaron los puntos donde podemos forzar las condiciones iniciales que nos convienen. O eso esperamos.

—¿Es que no lo han probado? —preguntó Maya. Coyote la miró.

—Lo probamos en el ordenador y funcionó. Si conseguimos vientos ciclónicos de ciento cincuenta kilómetros por hora sobre Lunae, ya lo verás.

—Pero en Kasei seguro que conocen la existencia de esos vientos —

señaló Randolph.

—Es cierto. Pero lo que ellos calculan que sucede cada milenio nosotros podemos crearlo siempre que se den las condiciones iniciales en la cima.

—Guerrilla climatológica —dijo Randolph con los ojos desorbitados—.

¿Cómo lo llaman ustedes, climataje? ¿Ataque meteorológico?

Coyote fingió ignorarlo, aunque Michel vislumbró una sonrisa fugaz a través de las trenzas.

Pero el sistema sólo funcionaría si se daban las condiciones adecuadas. No podían hacer otra cosa que sentarse y rezar para que ocurrieran.

Durante esas largas horas Michel tuvo la sensación de que Coyote trataba de proyectarse al cielo a través de la pantalla de su monitor.

—Vamos —apremiaba el hombre menudo y enjuto en voz baja, con la nariz pegada al cristal—. Sopla, sopla, sopla. Salta desde esa colina, maldito viento. Retuércete, gira, crece. ¡Vamos!

Rondó por el coche a oscuras mientras los demás intentaban dormir un poco, murmurando: «Mira, sí, mira», señalando detalles en las fotografías de satélite que nadie más veía. Luego se sentó y estudió caviloso los datos meteorológicos, mascando pan y maldiciendo, silbando como el viento. Michel yacía en el estrecho catre con la cabeza apoyada en la mano, y observaba con fascinación la ronda incesante de Coyote en la oscuridad: una figura pequeña, sombría, secreta, chamanesca. Y la figura de oso del prisionero estaba igualmente despierta y atenta a la escena nocturna: se le oía frotarse el mentón sin afeitar y Michel distinguía el brillo de sus ojos, que lo miraban como preguntándole cuánto duraría aquello.

—Vamos, maldito seas, vamos. Shuuuu... Sopla como un huracán de octubre...

Al fin, al atardecer del segundo día de espera, Coyote se puso de pie y se desperezó como un gato.

—Han llegado los vientos.

Durante la larga espera algunos rojos habían venido desde Mareotis pura ayudarlos en el rescate, y Coyote había diseñado un plan de ataque con ellos, basado en la información que les había proporcionado Spencer. Se dividirían y atacarían la ciudad desde diversos ángulos. Michel y Maya tenían que conducir un rover hasta el terreno fracturado de la pendiente exterior, donde podrían esconderse al pie de una pequeña mesa desde la que se veían las tiendas exteriores. Una de esas tiendas albergaba la clínica en la que Sax era ingresado periódicamente, un lugar poco vigilado según Spencer, al menos en comparación con el centro de detención de la pendiente interior donde permanecía Sax entre sesión y sesión de la clínica. El programa variaba, y Spencer no podía saber con seguridad dónde estaría Sax en un momento dado. Por eso, cuando el viento

empezara a soplar, Michel y Maya entrarían en la tienda de la pendiente exterior y se encontrarían con Spencer, que los guiaría hasta la clínica. El rover más grande, con Coyote, Kasei, Nirgal y Art Randolph, se reuniría con los rojos de Mareotis en la pendiente interior. Otros rovers rojos tratarían de que la incursión pareciese un ataque a gran escala desde todas las direcciones, sobre todo desde el este.

—Nosotros llevaremos a cabo el rescate —dijo Coyote, mirando con expresión torva la pantalla—. El viento lanzará el ataque.

A la mañana siguiente Maya y Michel esperaban en el rover la llegada de los vientos. Desde donde estaban dominaban la pendiente de la orilla exterior hasta la gran isla lemniscata. Durante todo el día observaron los verdes mundos burbuja bajo las tiendas de la orilla exterior y la cresta: pequeños terrarios que dominaban la roja curvatura arenosa del valle, conectados por tubos peatonales transparentes y uno o dos tubos puente arqueados. Se parecían a la Burroughs de hacía cuarenta años, pedazos de una ciudad que crecía para llenar un gran cauce desértico.

Michel y Maya durmieron, comieron, vigilaron. Maya paseaba intranquila por el coche. Su nerviosismo había ido en aumento en los últimos días, y ahora caminaba con pasos silenciosos, como una tigresa enjaulada que ha olido la sangre. La electricidad estática saltaba de las puntas de sus dedos cuando acariciaba el cuello de Michel, haciendo doloroso el contacto. No había manera de tranquilizarla. Cuando Maya se dejó caer en el asiento del conductor, Michel se quedo de pie detrás de ella y le masajeo el cuello y los hombros como Maya le había hecho a el, pero era como intentar amasar bloques de madera y Michel sintió que los brazos se le ponían tensos.

Mantenían una conversación deshilvanada, inconexa, que se parecía a una asociación libre de ideas. Esa tarde acabaron hablando de los días en la Colina Subterránea: sobre Sax e Hiroko, e incluso sobre John y Frank.

—¿Recuerdas cuando una de las cámaras abovedadas se vino abajo?

—No —respondió ella con irritación—. No lo recuerdo. ¿Te acuerdas de la vez que Ann y Sax tuvieron aquella discusión tan sonada sobre la terraformación?

—No —contesto Michel con un suspiro—. No puedo decir que lo recuerdo.

Pasaron largo rato avanzando y retrocediendo en el tiempo de esa manera, y al fin tuvieron la sensación de haber vivido en Colinas Subterráneas distintas. Cuando ambos recordaban el mismo suceso se reían. Michel había advertido que los recuerdos de los Primeros Cien eran cada vez más escaso; y parecía que la mayoría de ellos recordaban mejor su infancia en la Tierra que sus primeros años en Marte. Todos guardaban memoria, desde luego, de los sucesos importantes y del curso general de la historia, pero los pequeños incidentes no eran recuerdos compartidos. La retención y recuperación de los recuerdos se convertiría en un gran problema clínico y teórico de la psicología, exarcebado por las longevidades sin precedentes. Michel se había mantenido informado sobre el tema, y aunque había abandonado la practica clínica hacia mucho aun preguntaba a sus viejos camaradas, como en una suerte de experimento informal, como lo hacia ahora

con Maya. ¿Recuerdas esto, recuerdas aquello? No, no, no. ¿Qué recuerdas?

Lo mandona que era Nadia, dijo Maya, lo que hizo sonreír a Michel. El tacto de los suelos de bambú en los pies. ¿Y te acuerdas de la vez que les grito a los alquimistas? ¡Pues no!, contesto el. Continuaron, pero era como si las Colinas privadas en las que una vez habitaran hubieran sido universos separados, espacios de Riemann que se entrecruzaban únicamente en el plano del infinito, y ellos vagaran en el largo tramo de sus propios idiocosmos.

—Apenas recuerdo nada de todo aquello —declaro Maya al fin, sombría—. Todavía no puedo soportar pensar en John, ni tampoco en Frank. Trato de no hacerlo. Pero de repente algo desencadena el recuerdo y estoy perdida. ¡Son tan intensos como si hubiesen sucedido una hora antes! O como si estuviesen sucediendo de nuevo. —Tembló bajo las manos de Michel.— Los odio. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Desde luego. *Mémoire involuntaire.* Eso mismo me sucedió a mí cuando vivíamos en la Colina Subterránea. Así que no es cosa de la edad solamente.

—No. Es la vida. Es lo que no podemos olvidar. Casi no me atrevo a mirar a Kasei...

—Lo sé. Esos niños son extraños. Hiroko es extraña.

—Sí que lo es. ¿Pero fuiste feliz entonces, cuando te marchaste con ella?

—Sí. —Michel se esforzó por rememorar, que sin duda era el eslabón débil de la cadena...— Lo fui, desde luego. Tenía que admitir cosas que había tratado de suprimir en la Colina, que somos animales, que somos criaturas sexuales —dijo masajeándole los hombros con más fuerza.

—Yo no necesitaba recordar eso —dijo ella con una risa breve—. ¿E Hiroko te lo devolvió?

—Sí. Pero no sólo Hiroko. Evgenia, Rya... todas ellas. No directamente, vaya. Bueno, algunas veces directamente. Pero sólo para admitir que teníamos cuerpos, que éramos cuerpos. Trabajando juntos, viéndonos y tocándonos. Yo necesitaba aquello. Tenía verdaderas dificultades. Y ellas se las arreglaron para conectarlo con Marte además. Tú nunca pareciste tener problemas con eso tampoco, pero yo sí. Estaba enfermo. Hiroko me salvó. Para ella era una cuestión sensual extraer nuestro hogar y nuestro alimento de Marte. Algo así como hacer el amor con el planeta, o fecundarlo, o hacer las veces de partera. Un acto sensual, en cualquier caso. Fue eso lo que me salvó.

—Eso y sus cuerpos, el de Hiroko, el de Evgenia y el de Rya. —Lo miró por encima del hombro con una sonrisa picara y se echó a reír.— Apuesto a que eso lo recuerdas muy bien.

—Bastante bien.

Era mediodía, pero hacía el sur, sobre la larga garganta de Echus Chasma, el cielo estaba oscureciéndose.

—Quizás el viento esté llegando por fin —dijo Michel.

Las nubes coronaron el Gran Acantilado, una masa turbulenta de altos cumulonimbos, en cuyos vientres oscuros relumbraban los rayos, que caían sobre la cima del acantilado. El aire en el abismo era brumoso, y las tiendas de

Kasei Vallis se definían con una nitidez sorprendente en esa bruma, como burbujas de aire transparente sobre los edificios y los árboles curiosamente inmóviles, como pisapapeles de cristal abandonados en el desierto ventoso. Eran poco más de las doce. Tendrían que esperar hasta que cayera la noche aunque llegasen los vientos. Maya se puso de pie y volvió a pasear de un lado a otro, irradiando energía, murmurando para sí en ruso, agachándose para mirar por las ventanas bajas. Las ráfagas embestían el rover, silbando y aullando sobre la roca quebrada al pie de la pequeña mesa a su espalda.

La impaciencia de Maya puso nervioso a Michel: era como estar encerrado con un animal salvaje. Se dejó caer pesadamente en uno de los asientos delanteros y contempló las nubes que se desplomaban desde el borde del Acantilado. La gravedad marciana permitía que los cúmulos se elevaran a gran altura en el cielo, y esas inmensas masas blancas en forma de yunque con la formidable pared del acantilado bajo ellas conferían una grandeza surrealista al mundo. Ellos eran como hormigas en ese paisaje, eran el pequeño pueblo rojo.

Sin duda intentarían el rescate esa noche; ya habían tenido que esperar demasiado. En una de sus incesantes vueltas, Maya volvió a detenerse detrás de Michel y empezó a masajearle los músculos entre el cuello y los hombros. Cada apretón envió intensas descargas sensitivas que bajaron por la espalda, los flancos y la cara interna de los muslos de Michel, que se dobló entre las manos de ella y se volvió en el asiento giratorio. La abrazó por la cintura y apoyó el oído contra su esternón. Maya siguió masajeándole los hombros, y él sintió que se le aceleraban el pulso y la respiración. Entonces Maya se inclinó y le besó la coronilla. Se abrazaron más estrechamente, Maya aún masajeándole los hombros. Permanecieron así mucho tiempo.

Después pasaron a la sala de estar e hicieron el amor. Llenos de aprensión como estaban, se entregaron con vehemencia. Sin duda la conversación sobre la Colina Subterránea lo había provocado: Michel recordó sus deseos ilícitos de Maya en esos años y enterró la cara en su cabello de plata, intentando fundirse con ella, alcanzar su interior. Como el animal felino que era, también ella empujó en un vigoroso intento de alcanzar el interior de Michel, y ese esfuerzo los arrebató por completo. Era bueno que estuviesen solos, libres para sumergirse sorprendidos en aquel rapto, para dejarse llevar por aquellas oleadas eléctricas.

Más tarde, Michel estaba tendido sobre Maya, aún dentro de ella, y Maya le tomó el rostro entre las manos y lo miró.

—En la Colina Subterránea yo te amaba —susurró él.

—En la Colina Subterránea —dijo ella despacio—, yo también te amaba. De veras. Nunca hice nada al respecto porque me habría sentido estúpida, ya sabes, después de lo de John y Frank. Pero te amaba. Por eso me sentí tan herida cuando te fuiste. Tú eras mi único amigo. Tú eras el único con el que yo podía hablar con franqueza. El único que me escuchaba de verdad.

Michel negó con la cabeza, recordando.

—No hice un buen trabajo, me parece.

—Quizá no. Pero te preocupabas por mí, ¿no? ¿O era sólo tu trabajo?

—¡Oh no! Yo te amaba, sí. Nunca era sólo trabajo contigo, Maya.

—Adulador —dijo ella, empujándolo—. Tú siempre hacías eso. Tratabas de dar la mejor interpretación a las cosas horribles que yo hacía.

—Soltó una risa breve.

—Sí. Pero no eran tan horribles.

—Lo eran. ¡Y entonces desapareciste! —Lo abofeteó con suavidad.—

¡Me abandonaste!

—Me marché, nada puede cambiar eso. Tuve que hacerlo.

Maya apretó los labios con amargura, y miró más allá de él, al abismo profundo de los años, deslizándose de nuevo hacia abajo en la curva sinusoide de sus estados de ánimo, hacia algo más profundo y oscuro, Michel la observó con una dulce resignación. Había sido feliz durante mucho tiempo, y esa expresión en la cara de ella le hizo comprender que si se quedaba con Maya cambiaría su felicidad —al menos esa felicidad particular— por ella. Su «optimismo por sistema» se convertiría en un esfuerzo, y tendría una nueva antinomia que reconciliar en su vida, tan irreconciliable como Provenza y Marte, que sería simplemente Maya y Maya.

Yacieron perdidos en sus pensamientos, mirando afuera y sintiendo el balanceo del rover. El viento seguía aumentando y el polvo se derramaba sobre Echus Chasma y luego por Kasei Vallis en un remedo fantasmal de la gran marea que había excavado el canal. Michel se obligó a observar las pantallas.

—Más de doscientos kilómetros por hora.

Maya gruñó. Los vientos eran más rápidos en el pasado, pero con la atmósfera mucho más densa esas velocidades eran engañosas; los vendavales del presente eran mucho más poderosos que los viejos, escandalosos pero inconsistentes.

Era evidente que entrarían esa noche, sólo tenían que esperar la señal de radio de Coyote. Volvieron a tumbarse juntos y esperaron, tensos y relajados a un tiempo, dándose masajes el uno al otro para pasar el tiempo y aliviar la tensión, Michel maravillándose de la gracia felina del cuerpo largo y musculoso de Maya, viejo por la edad, pero en muchos aspectos el mismo de siempre. Tan hermoso como siempre.

Al fin el crepúsculo manchó el aire brumoso y las nubes monumentales en el este, que ahora cubrían la pared del acantilado. Se levantaron y se lavaron con esponjas. Comieron algo, se vistieron y se sentaron en los asientos delanteros, y la tensión creció de nuevo cuando el sol de cuarzo desapareció y el crepúsculo tormentoso se apagó.

En la oscuridad el viento sólo era ruido y un temblor irregular del rover sobre sus rígidos amortiguadores. Durante unos segundos las ráfagas aplastaban el

coche, que luchaba por elevarse en los muelles y fracasaba, como un animal tratando de liberarse del fondo de una corriente. Entonces las ráfagas cedían y el rover saltaba hacia arriba.

—¿Crees que podremos caminar con este viento? —preguntó Maya. Michel no contestó. Él había salido con ventiscas fuertes en otras ocasiones, pero en la oscuridad nadie podía afirmar que ésta no fuera peor que aquéllas. El anemómetro del rover registraba ráfagas de doscientos treinta kilómetros por hora, pero estaban al abrigo de una pequeña mesa, y no se podía asegurar que reflejase las velocidades máximas verdaderas.

Comprobaron el medidor de arena y no se sorprendieron al descubrir que se trataba además de una tormenta de arena con todas las de la ley.

—Acerquemos más el rover —propuso Maya—. Llegaremos allí antes, y nos será más fácil encontrar el coche después.

—Buena idea.

Se sentaron al volante y emprendieron la marcha. Fuera del abrigo de la mesa, el viento era feroz. En cierto momento el zarandeo se hizo tan severo que temieron volcar; y si hubiesen tenido el viento de través seguramente habrían volcado. Con el viento detrás, avanzaban a quince kilómetros por hora cuando deberían ir a diez, y el motor zumbaba infeliz mientras frenaba el coche para evitar que fuese aún más rápido.

—Este viento es excesivo, ¿no? —preguntó Maya.

—No creo que Coyote pueda controlarlo, la verdad.

—Guerrilla climatológica —dijo Maya con un bufido—. Ese hombre es un espía, estoy segura.

—Yo no lo creo.

Las cámaras no mostraban más que un torrente de oscuridad sin estrellas. La IA del rover los estaba guiando a estima, y en el mapa de la pantalla aparecían situados *a* dos kilómetros de la tienda más meridional de la orilla exterior.

—Será mejor que caminemos desde aquí —dijo Michel.

—¿Cómo encontraremos el coche después?

—Tendremos que utilizar el hilo de Ariadna.

Se pusieron los trajes y entraron en la antecámara. Cuando la puerta exterior se abrió, el aire los succionó de inmediato.

En cuanto estuvieron fuera unas violentas ráfagas los embistieron por la espalda. Una derribó a Michel, que acabó a gatas en el suelo. Buscó a Maya entre el polvo y la vio en la misma posición detrás de él. Se acercó a la puerta, tomó el carrete de hilo y se lo sujetó al antebrazo; luego asió la mano de Maya.

Tras repetidos ensayos, descubrieron que podían levantarse si se encorvaban hacia adelante, el casco y la cintura al mismo nivel. Avanzaron a trompicones, despacio, aplastándose contra el suelo cuando las ráfagas eran demasiado potentes. Apenas veían el suelo que pisaban, y no era difícil golpearse una rodilla con una roca. El viento de Coyote había bajado con demasiada fuerza. Pero no se podía hacer nada. Y desde luego los habitantes de las tiendas de Kasei no estarían fuera dando un paseo.

Una ráfaga volvió a arrojarlos al suelo y Michel dejó que el viento pasara sobre él. A duras penas evitó que lo arrastrase. Su consola de muñeca estaba conectada a la de Maya por un hilo telefónico.

—Maya, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

—Perfectamente —contestó, aunque descubrió una pequeña rasgadura en el guante, sobre el nudillo del pulgar.

Apretó el puño, sintiendo el frío filtrarse y subir por la muñeca. Bueno, no se le congelaría instantáneamente como en el pasado, ni tampoco se le haría un moretón por la presión. Sacó un parche del compartimiento de muñeca y cubrió el rasgón.

—Creo que será mejor que avancemos así.

—¡No podemos arrastrarnos dos kilómetros!

—Podemos sí no queda más remedio.

—Pues no creo que lo consigamos. Podemos seguir como hasta ahora y estar preparados para tirarnos al suelo si es necesario.

—De acuerdo.

Se pusieron de pie, encorvados, y avanzaron arrastrando los pies con cautela. El polvo negro pasaba junto a ellos con una velocidad inaudita. Las indicaciones del mapa de navegación iluminaban el visor de Michel, a la altura de la boca: la primera tienda aún estaba *a* un kilómetro, y para su sorpresa, los números verdes del reloj marcaban las 11:15:16; llevaban fuera una hora. El aullido del viento le impedía oír a Maya, aun con el intercom pegado a la oreja. En esos momentos Coyote y los otros, además de los rojos, debían de estar atacando los alojamientos de la orilla interior, pero no podían estar seguros. Tendrían que confiar en que la fuerza del viento no hubiese impedido esa fase de la acción, o no la hubiese retrasado demasiado.

Era un asunto complicado avanzar encorvados, unidos por el hilo telefónico. Continuaron con obstinación, hasta que los muslos y la parte baja de la espalda les ardieron. Al fin, el indicador de navegación les reveló que estaban muy cerca de la tienda más meridional. No podían verla. El viento arreció aún más, y tuvieron que arrastrarse en los últimos cientos de metros, sobre una roca dolorosamente dura. Los dígitos del reloj se detuvieron en las 12:00:00. No mucho después tropezaron con el remate de hormigón de la tienda.

—Puntuales como los suizos —susurró Michel.

Spencer los esperaba en el lapso marciano, y habían pensado que tendrían que esperar en el muro hasta que se hiciera la hora. Michel alargó una mano y empujó con suavidad la capa exterior de la tienda. Estaba muy tirante, y latía a cada embestida del aire.

—¿Lista?

—Sí —dijo Maya, la voz tensa.

Michel sacó una pequeña pistola de aire comprimido, y Maya hizo lo mismo. Las pistolas tenían múltiples accesorios que permitían hacer cualquier cosa, desde enroscar un tornillo a poner una inyección. Ahora iban a usarlas para

rasgar el duro y elástico material de la tienda.

Desconectaron el hilo telefónico que los unía y apretaron las pistolas contra el tenso y vibrante muro invisible. Dispararon a la vez.

No ocurrió nada. Maya volvió a conectar el hilo telefónico a su muñeca.

—Quizá tengamos que acuchillarla.

—Quizá. Pongamos las dos pistolas juntas y probemos de nuevo. Este material es fuerte, pero con el viento…

Desconectaron, se prepararon, probaron: sus brazos fueron proyectados sobre el remate y ellos se desplomaron contra el muro de hormigón. Una fuerte explosión fue seguida por otra menor; luego se oyó un fragor lejano y una serie de explosiones. Las cuatro capas de la tienda se estaban desgarrando entre dos de los contrafuertes y quizá en toda la cara sur, lo que provocaría el estallido de toda la tienda. El polvo volaba entre los poco iluminados edificios que tenían delante. Las ventanas se apagaban a medida que los edificios se quedaban sin electricidad; algunos perdieron las ventanas a causa de la súbita despresurizaron, aunque esta no era ni mucho menos tan grave como lo habría sido en el pasado.

—¿Estás bien? —preguntó Michel por el intercom.

—Me he hecho daño en el brazo —contestó ella, aspirando el aire entre los dientes. Por encima del rugido del viento se escuchaban las alarmas—. Busquemos a Spencer —añadió con aspereza. Se puso de pie y el viento la empujó con violencia sobre el remate; Michel la siguió y cayó sobre ella.

—Vamos —dijo Maya.

Se adentraron tambaleando en la ciudad prisión de Marte.

Dentro de la tienda reinaba el caos. El polvo convertía el aire en una especie de gel negro que se derramaba por las calles con fantástica velocidad y con un chillido tan agudo que Michel y Maya apenas se oían cuando reconectaron la línea telefónica. La descompresión había volado muchas ventanas e incluso derribado muros, y las calles estaban sembradas de fragmentos de cristal y cafeoles de hormigón. Avanzaron lado a lado, tanteando con los pies, confirmando con las manos.

—Inténtalo con el mapa de infrarrojos —recomendó Maya.

Michel lo activó. La imagen infrarroja era dantesca: los edificios dañados resplandecían como fuegos verdes.

Llegaron al gran edificio central donde Spencer había dicho que tendrían a Sax, y descubrieron que también allí brillaba el verde en una pared. Por suerte, unos mamparos protegían la clínica subterránea. De no ser por eso, el intento de rescate habría acabado con Sax, aunque no podía descartarse que hubiese ocurrido lo peor, juzgó Michel, porque los suelos de la planta baja del edificio estaban resquebrajados.

Llegar a la clínica sería un problema. Se suponía que había un hueco de escalera que funcionaba como antecámara de emergencia, pero no sería fácil localizarlo. Michel sintonizó la frecuencia común, y a través de ella le llegó un

galimatías frenético de confusión general; las tiendas que cubrían los dos cráteres menores de la pendiente interior habían estallado, y se oían llamadas de socorro. Maya propuso esconderse y esperar a que saliese alguien.

Se agacharon detrás de una pared y esperaron, algo resguardados del viento. Entonces, delante de ellos una puerta se abrió de par en par y unas figuras con traje corrieron a la calle y desaparecieron. Maya y Michel fueron hasta la puerta y entraron.

Se encontraron en un vestíbulo, todavía despresurizado; pero las luces funcionaban, y en un panel parpadeaban unas luces rojas. Era una antecámara de emergencia. Cerraron la puerta exterior y el reducido espacio volvió a presurizarse. Se plantaron ante la puerta interior y se miraron a través de los visores polvorientos. Michel se pasó el guante por el suyo para limpiarlo un poco y se encogió de hombros. En el rover habían discutido sobre ese momento, el momento crucial de la operación, pero no habían podido planear nada; y ahora el momento había llegado, y la sangre le volaba en las venas como impelida por el viento.

Desconectaron el hilo y sacaron las pistolas láser que Coyote les había dado. Michel disparó al panel de la puerta y esta se abrió con un siseo. Encontraron a tres hombres con traje pero sin casco; parecían asustados. Michel y Maya dispararon y los hombres cayeron al suelo retorciéndose. Rayos de las puntas de los dedos.

Arrastraron a los tres hombres hasta una habitación lateral y los encerraron allí. Michel se preguntó si no les habrían disparado demasiadas veces; las arritmias cardíacas eran frecuentes cuando esto ocurría. Sentía que el cuerpo se le había expandido tanto que el traje lo oprimía, y tenía mucho calor, jadeaba y sentía una exaltación feroz. Maya parecía sentirse igual: echó a andar por un pasillo, casi corriendo. De repente, el pasillo quedó a oscuras. Maya encendió la linterna del casco y siguieron el polvoriento cono de luz hasta la tercera puerta a la derecha, donde Spencer les había dicho que estaría Sax. Estaba cerrada.

Maya sacó una pequeña carga explosiva y la colocó sobre la manija y la cerradura; retrocedieron algunos metros por el pasillo. Cuando detonó la carga la puerta se abrió violentamente, impulsada por el aire del interior. Corrieron adentro y encontraron a dos hombres intentando sellar los cascos; cuando vieron a Michel y Maya uno se llevó la mano a la pistolera y el otro corrió hacia una consola de mesa. Pero la necesidad de asegurar los cascos se impuso y no consiguieron hacer ninguna de las dos cosas antes de que los intrusos les disparasen. Cayeron al suelo.

Maya retrocedió y cerró la puerta por la que habían entrado. Recorrieron otro pasillo, el último. Llegaron a una puerta y Michel la señaló. Maya sostuvo la pistola con las dos manos y con una inclinación de cabeza indicó que estaba lista. Michel abrió la puerta de una patada y Maya se precipitó dentro seguida por Michel. Una persona con traje y casco estaba inclinada sobre lo que parecía una mesa de operaciones, trabajando en la cabeza de un cuerpo yacente. Maya disparó varias veces y la figura se desplomó como si le hubiesen dado un puñetazo, y luego rodó por el suelo sacudida por espasmos musculares.

Corrieron hacia el hombre de la mesa de operaciones. Era Sax, aunque Michel lo reconoció más por el cuerpo que por el rostro, que era una máscara

mortuoria con los ojos morados y la nariz aplastada. Parecía estar con vida. Empezaron a soltarle las correas. Tenía electrodos pegados en varios puntos de la cabeza rapada, y Michel hizo una mueca de dolor cuando vio que Maya los arrancaba sin miramientos. Michel sacó un traje de emergencia y enfundó las piernas y el torso inertes de Sax, maltratándolo en su prisa; pero Sax ni siquiera gimió. Maya sacó un casco de tela de emergencia y un pequeño tanque de la mochila de Michel; los conectaron al traje de Sax y activaron el dispositivo.

Maya se aferraba a la muñeca de Michel con tanta fuerza que éste temió que le rompiera los huesos. Ella volvió a conectar el hilo telefónico.

—¿Está vivo?

—Creo que sí. Saquémoslo de aquí.

—¡Mira lo que le han hecho en la cara esos fascistas asesinos!

La persona caída en el suelo se movía, y Maya se acercó a ella y le pateó el vientre. Entonces se inclinó y miró a través del visor, y sorprendida soltó un juramento.

—¡Es Phyllis!

Michel arrastró a Sax fuera de la habitación y por el pasillo. Maya lo alcanzó. Alguien apareció delante de ellos y Maya levantó la pistola, pero Michel le apartó la mano: era Spencer Jackson, lo reconoció por los ojos. Spencer habló, pero con los cascos no podían oírle. Al darse cuenta, el hombre gritó:

—¡Gracias a Dios que llegaron! ¡Ya habían acabado con él! ¡Iban a matarlo!

Maya dijo algo en ruso y corrió de vuelta a la habitación; arrojó algo dentro y regresó deprisa. Una explosión proyectó fuera de la habitación humo y escombros, que acribillaron la pared opuesta.

—¡No! —gritó Spencer—. ¡Era Phyllis!

—Ya lo se —gritó Maya con rabia, pero Spencer no pudo oírla.

—Vamos —insistió Michel, tomando en brazos a Sax. Le indicó a Spencer que se pusiera un casco—. Salgamos de aquí.

Nadie parecía oírlo, pero Spencer se puso un casco y ayudó a Michel a cargar a Sax por el pasillo y escaleras arriba hasta la planta baja.

Fuera la intensidad del ruido había crecido, y estaba muy oscuro. Rodaban objetos por el suelo, y algunos incluso volaban. Michel recibió un impacto en el visor que lo derribó.

Después de eso le pareció estar distanciado de todo lo que ocurría. Maya conectó una línea a la muñeca de Spencer y les siseó órdenes a los dos, la voz dura y precisa. Cargaron el cuerpo de Sax hasta el muro de la tienda y lo pasaron por encima, y luego se arrastraron de un lado a otro hasta que dieron con el carrete de hierro de su hilo de Ariadna.

De inmediato fue evidente que no podrían caminar con ese viento. Tendrían que arrastrarse sobre rodillas y manos: uno cargaría a Sax a la espalda y los otros lo ayudarían a los lados. Se arrastraron siguiendo el hilo; sin él no habrían tenido ninguna posibilidad de encontrar el rover. Gatearon hacia su objetivo con las manos y las rodillas entumecidas por el frío. Michel advirtió un chorro oscuro de polvo y arena bajo su visor. En algún momento comprendió que el visor se

había resquebrajado.

Descansaban cada vez que cambiaban a Sax de porteador. Cuando Michel terminó su turno, se arrodilló, jadeando y apoyó el visor contra el suelo, de modo que el polvo volara sobre él. Sentía la arena roja en la lengua, amarga, salada y sulfurosa: el sabor del miedo marciano, de la muerte marciana; o quizás sólo era el sabor de su sangre, no podía decirlo. Había demasiado ruido para pensar, le dolía el cuello, le zumbaban los oídos y veía gusanos rojos, el pequeño pueblo rojo saliendo al fin de su visión periférica para bailar delante de él. Sintió que estaba a punto de desvanecerse. En cierto momento pensó que iba a vomitar, lo que era peligroso con un casco, y todo su cuerpo, cada músculo, cada célula, se encogió en un esfuerzo doloroso y sudoroso por contener el vómito. Luego de una larga lucha, la arcada pasó.

Siguieron arrastrándose. Una hora de esfuerzo mudo y violento pasó, y luego otra. Las rodillas de Michel estaban perdiendo el entumecimiento para dejar paso a un dolor lacerante: las tenía desolladas. A veces se tendían en el suelo esperando a que una ráfaga particularmente maníaca pasara. Era sorprendente cómo incluso a velocidades huracanadas, el viento llegaba en rachas, no era una presión continua, sino una sucesión de golpes violentos. A veces tenían que esperar tanto que dejaban vagar la mente o dormitaban. Ya pensaban que el alba los sorprendería. Pero entonces Michel vio los números fracturados del reloj del visor: sólo eran las tres y media de la madrugada. Siguieron arrastrándose.

Y entonces el hilo subió, y se encontraron con la puerta de la antecámara del rover ante las narices. Metieron a Sax a ciegas en la antecámara y luego entraron cansadamente tras él. Cerraron la puerta exterior y presurizaron la cámara. Una espesa capa de arena cubría el suelo, y el polvo remolineaba frente a la bomba del ventilador, manchando el aire demasiado luminoso. Parpadeando, Michel estudió el pequeño visor de emergencia de Sax; era como mirar en unas gafas de buceo, y no advirtió ninguna señal de vida.

Cuando la puerta interior se abrió, se libraron de cascos, botas y trajes, y entraron cojeando en el rover, cerrando deprisa la puerta para dejar atrás el polvo. Michel tenía la cara mojada, y cuando se la secó descubrió que era sangre, de color rojo vivo en el compartimiento sobreiluminado. Le había sangrado la nariz. Aunque las luces brillaban todo aparecía apagado en su visión periférica, y la sala estaba extrañamente quieta y silenciosa. Maya tenia un corte feo en el muslo, y la piel que lo rodeaba estaba blanca de escarcha. Spencer parecía exhausto, ileso pero muy agitado. Le quitó el casco de tela a Sax, hablándoles atropelladamente mientras lo hacía.

—¡No pueden arrancarle las sondas a la gente de esa manera, pueden causarles daños! ¡Tenían que haberme esperado, ustedes no tenían ni idea de lo que estaban haciendo!

—Ni siquiera sabíamos si vendrías —dijo Maya—. Te retrasaste.

—¡No mucho! ¡No tenían que dejarse dominar por el pánico!

—¡No nos dominó el pánico!

—¿Entonces por qué lo sacaron de allí con esas prisas? ¿Y por qué mataste a Phyllis?

—¡Ella era una torturadora, una asesina! Spencer meneó la cabeza con violencia.

—Ella era tan prisionera como Sax.

—¡No es cierto!

—Tú no lo sabes. ¡Tú la mataste sólo por lo que parecía! Tú no eres mejor que ellos.

—¡Maldita sea! ¡Ellos son los que nos torturan! ¡Tú no los detuviste y tuvimos que hacerlo nosotros!

Maldiciendo en ruso, Maya fue hasta uno de los asientos delanteros y puso en marcha el rover.

—Envía el mensaje a Coyote —le escupió a Michel.

Michel trató de recordar cómo funcionaba la radio. Su dedo por fin pulsó la tecla que liberaba el mensaje: tenían a Sax. Entonces volvió al sofá donde estaba tendido Sax, respirando superficialmente, en estado de shock. Le habían afeitado algunas zonas del cráneo. También a él le había sangrado la nariz. Spencer se la limpió delicadamente, sacudiendo la cabeza.

—Utilizaron resonancias magnéticas y ultrasonidos localizados —dijo sombrío—. Arrancarle los electrodos de esa manera podría haberlo... —Se interrumpió y volvió a sacudir la cabeza.

Sax tenía el pulso débil e irregular. Michel empezó a quitarle el traje, viendo sus propias manos moverse como estrellas de mar, flotando; actuaban con independencia de su voluntad, era como si trabajase con un teleoperador averiado. Estoy aturdido, pensó. Tengo una conmoción. Sintió náuseas. Spencer y Maya se gritaban furiosamente, y él no podía captar el sentido.

—¡Ella era una bruja!

—¡Si matasen a la gente por ser una bruja, tú nunca habrías salido viva del *Ares*!

—Basta ya —dijo Michel débilmente—. Los dos.

No comprendía del todo lo que decían, pero sin duda era una pelea, y él sabía que tenía que mediar. Maya estaba incandescente de ira y dolor, llorando y gritando, y Spencer gritaba temblando de pies a cabeza. Y Sax estaba en coma. Tendré que empezar con la psicoterapia otra vez, pensó Michel, y rió. Avanzó como flotando hasta un asiento delantero e intentó comprender los controles, que latían como manchas borrosas bajo el oscuro polvo que volaba al otro lado del parabrisas.

—Conduce —le dijo a Maya con desesperación.

Ella estaba en el asiento contiguo, llorando con rabia, aferrada al volante. Michel le apoyó una mano en el hombro y ella la apartó con violencia; la mano voló como si fuera la de una marioneta, y él estuvo a punto de caerse de la silla.

—Hablaremos más tarde —dijo Michel—. Lo hecho, hecho está. Ahora tenemos que regresar a casa.

—No tenemos casa —gruñó Maya.

SEXTA PARTE

Tariqat

El Gran Hombre procedía de un gran planeta. Era un viajero, como Paul Bunyan, que divisó Marte y se detuvo para visitarlo, y todavía estaba allí cuando Paul Bunyan llegó, y por esa razón se pelearon. El Gran Hombre ganó, como ya saben. Pero luego de la muerte de Paul Bunyan y de Babe, su gran buey azul, ya no tuvo a nadie con quien hablar, y vivir en Marte fue para el Gran Hombre como intentar vivir sobre una pelota de baloncesto. Vagó un tiempo por el planeta, destrozándolo todo, tratando de adecuarlo a su medida, y al fin desistió y se marchó.

Después de eso, las bacterias de Paul Bunyan y su buey Babe abandonaron sus cuerpos y circularon por las aguas cálidas que cubrían la roca madre en las profundidades de la tierra. Se alimentaron de metano y de sulfuro de hidrógeno y soportaron el peso de millones de toneladas de roca, como si habitaran en un planeta de neutrones. Sus cromosomas se alteraron, mutación tras mutación, y a un ritmo de reproducción de diez generaciones por día no se necesitó mucho tiempo para que la vieja criba de la supervivencia del más apto hiciese su selección natural. Pasaron millones de años. Y muy pronto hubo toda una historia evolutiva submarciana, arrastrándose a través de las grietas del regolito y los intersticios entre los granos de arena, subiendo hacia el frío sol desértico. Criaturas de todas las clases, sólo que diminutas. Eso era todo lo que cabía en el reducido espacio subterráneo, y cuando alcanzaron la superficie ciertos patrones ya eran fijos. Lo cierto es que arriba tampoco había nada que estimulase el crecimiento. Así pues, se desarrolló una biosfera chasmoendolítica en la que todo era pequeño. Las ballenas tenían el tamaño de renacuajos de un día, las secoyas eran como el liquen astado, y así todo. Era como si la proporción que duplicaba en Marte el tamaño de las cosas con respecto a sus análogas terranas se hubiese invertido al fin, y con exageración.

Y así su evolución produjo al pequeño pueblo rojo. Ellos son como nosotros, o así nos lo parece cuando los vemos, porque sólo los vemos por el rabillo del ojo. Si se pudiese tener una visión clara de uno de ellos, se descubriría que tiene el aspecto de una salamandra diminuta erguida sobre las patas, de color rojo oscuro, aunque la piel parece tener algo de camaleónica, y por lo general adopta el color de las rocas entre las que se halla. Si uno distinguiese una de estas criaturas con claridad, advertiría que su piel parece liquen coriáceo mezclado con granos de arena, y que los ojos son rubíes. Es fascinante, pero no sé entusiasmen

demasiado, porque lo cierto es que nunca tendrán la oportunidad. Es en extremo difícil. Cuando se quedan quietos es imposible verlos. Y no los veríamos nunca si no fuese porque cuando están de buen humor algunos confían tanto en su habilidad para quedarse quietos y desaparecer que saltan en nuestro campo de visión periférica sólo para confundirnos. Pero cuando uno vuelve los ojos para mirar dejan de moverse, y ya nunca vuelves a verlos.

Viven en todas partes, incluyendo nuestras habitaciones. Por lo común hay unos pocos en el polvo de los rincones. ¿Y cuántos pueden presumir de no tener polvo en los rincones? No muchos, creo. Se organiza una buena cuando barremos. Sí, en esos días el pequeño pueblo rojo tiene que correr como alma que lleva el diablo. Es una catástrofe para ellos. Imaginan que somos unos grandullones idiotas que de vez en cuando tenemos arrebatos destructivos.

Sí, es cierto que el primer humano que vio al pequeño pueblo rojo fue John Boone. ¿Qué otra cosa esperaban? Sucedió a las pocas horas de aterrizar. Más adelante aprendió a verlos incluso cuando estaban inmóviles, y empezó a hablar con los que vivían en su habitación, hasta que al fin ellos cedieron y contestaron. Se enseñaron sus respectivas lenguas, y todavía hoy se puede oír al pueblo rojo emplear numerosos booneísmos en el inglés que hablan. Con el tiempo, toda una multitud de ellos viajaba con Boone adonde quiera que fuese. Les gustaba, y John no era una persona demasiado pulcra, así que tenían sus rincones. Sí, había unos centenares en Nicosia la noche que lo asesinaron. Ellos fueron quienes atraparon a los árabes que murieron más tarde esa misma noche: una banda de la gente pequeña fue tras ellos. Espantoso.

Eran amigos de John Boone y su muerte los entristeció tanto como a los demás. Desde entonces, no ha habido ningún humano que aprendiese su idioma o los llegase a conocer tanto como Boone. Sí, John fue también el primero en contar historias sobre ellos. Mucho de lo que nosotros sabemos proviene de él, a causa de esa relación especial. Sí, se dice que el abuso de omegendorfo provoca la aparición de puntos móviles, borrosos y rojos en la visión periférica del abusador.

De cualquier modo, desde la muerte de John, el pequeño pueblo rojo ha estado viviendo con nosotros sin revelarse, observándonos con sus ojos de rubí y tratando de averiguar cómo somos y por qué actuamos como lo hacemos. Y cómo pueden tratar con nosotros y conseguir lo que quieren, con quiénes pueden hablar y mantener una amistad, seguros de que no los barrerá cada pocos meses ni tampoco arruinará el planeta. Por eso nos observan. Ciudades-caravana enteras llevan al pueblo rojo de un lado a otro con nosotros. Y ellos están preparándose para hablarnos otra vez. Están averiguando con quién podrán hablar. Se preguntan a sí mismos: ¿quiénes entre estos gigantes idiotas saben algo de Ka?

Ése es el nombre que ellos dan a Marte, sí. Lo llaman Ka. A los árabes les encanta, porque el nombre arábigo de Marte es Qahira, y a los japoneses también les gusta, porque ellos lo llaman Kasei. Pero en realidad muchos nombres terranos de Marte contienen el sonido ka; *y algunos dialectos de los pequeños rojos lo tienen como* m'kah, *lo que añade un sonido presente en muchos otros nombres terranos del planeta. Es posible que el pequeño pueblo rojo tuviese un programa espacial en tiempos pasados y viajaran a la Tierra y fuesen nuestros duendes, hadas y gente pequeña en general, y que entonces explicasen a algunos humanos de dónde procedían, y que ellos mismos nos proporcionaran el nombre. Por otra parte, puede ser también que el planeta mismo sugiera el sonido de alguna manera hipnótica*

que afecta a todos los observadores conscientes, los que están sobre el planeta o los que la contemplan como una estrella roja en el cielo. No sé, quizá sea el color. Ka.

Así pues, los ka nos observan y preguntan: ¿Quién conoce a Ka?

¿Quién dedica tiempo a Ka, y aprende de Ka, y a quién le gusta tocar a Ka y caminar sobre Ka, y quién deja que Ka penetre en él, y deja el polvo de las habitaciones en paz? Ésos son los humanos con los que hablaremos. Muy pronto nos presentaremos, dicen ellos, a aquellos a los que parezca gustarles Ka. Y cuando lo hagamos, será mejor que estén preparados. Porque tenemos un plan. Será tiempo de abandonarlo todo y salir a las calles, a un mundo nuevo. Había llegado la hora de liberar a Ka.

Condujeron hacia el sur en silencio. El coche se sacudía bajo los embates del viento. Pasaban las horas y no tenían noticias de Michel y Maya. Habían acordado emitir unas señales de radio que sonaban como la estática provocada por los rayos, una para éxito y otra para fracaso. Pero la radio sólo siseaba, apenas audible sobre el fragor del viento. Cuanto más tiempo pasaba, más crecía la intranquilidad de Nirgal: parecía como si algún desastre se hubiese abatido sobre los compañeros en el muro exterior, y en vista de la situación extrema que habían vivido ellos mismos esa noche —el avance desesperado, arrastrándose a través de la negrura que bramaba, la lluvia de escombros, los disparos frenéticos de los ocupantes de las tiendas rojas—, las expectativas eran sombrías. El plan parecía ahora insensato, y Nirgal dudó del juicio de Coyote, que estudiaba su IA murmurando para sí y frotándose las espinillas doloridas. Claro que los demás habían aprobado el plan, incluido Nirgal, y Maya y Spencer habían ayudado a formularlo junto con los rojos de Mareotis. Y nadie esperaba que el huracán katabático fuese tan severo. Sin embargo, Coyote había sido el líder, sin duda. Y ahora parecía muy angustiado, y también furioso y asustado.

Entonces la radio crepitó como si un par de rayos hubiesen caído cerca, y la descodificación del mensaje llegó de inmediato. *Éxito.* Habían encontrado a Sax y lo habían sacado de allí.

El estado de ánimo en el coche cambió del pesimismo al júbilo. Gritaron, rieron, se abrazaron; Nirgal y Kasei lloraron de felicidad y alivio, y Art, que había permanecido en el coche durante el ataque, y luego había decidido por cuenta propia salir a recojerlos con el rover en medio del oscuro vendaval, fue palmeando espaldas y gritando: —¡Buen trabajo!

¡Buen trabajo!

Coyote, completamente colocado con calmantes, soltó su risa de loco. La gravedad que pesaba en el pecho de Nirgal desapareció y se sintió liviano. Comprendió que esos contrastes de esfuerzo agotador, miedo, ansiedad y alegría, esos momentos excepcionales en que la sorprendente realidad de la realidad lo golpeaba a uno, se grababan en la memoria para siempre, y ahora lo encendían como una chispa. Y advirtió la misma luz iluminando los rostros de todos sus compañeros, animales salvajes resplandeciendo de exaltación.

Los rojos partieron hacia el norte, a su refugio en Mareotis. Coyote condujo deprisa en dirección sur, para acudir a la cita con Michel y Maya. Se encontraron en un mortecino amanecer chocolate, en lo profundo de Echus Chasma. El grupo de Coyote entró presuroso en el coche de Maya y Michel, dispuesto a seguir con la celebración. Nirgal atravesó a trompicones la antecámara y estrechó la mano de Spencer, un hombre de corta estatura, cara redonda y aspecto cansado, y de manos temblorosas, que estudió a Nirgal con detenimiento.

—Me alegro de conocerte —dijo—. He oído hablar de ti.

—Todo fue como una seda —decía Coyote en esos momentos, levantando un

coro de protestas de Kasei, Nirgal y Art. En realidad, habían salvado la vida a duras penas, arrastrándose por la pendiente interior, tratando de sobrevivir al tifón y eludir a la policía presa del pánico dentro de la tienda, buscando el coche mientras Art los buscaba a ellos.

La mirada furiosa de Maya cortó en seco la celebración. En verdad, tan pronto como la alegría inicial pasó fue evidente que las cosas no iban bien en el coche. Habían rescatado a Sax, pero demasiado tarde. Lo habían torturado, les explicó Maya lacónica. Aún no sabían hasta qué punto lo habían dañado, puesto que seguía inconsciente.

Nirgal fue al fondo del compartimiento para ver a Sax. El hombre yacía inconsciente, y su cara destrozada era una imagen terrible. Michel regresó allí también y se sentó, aún mareado por el golpe en la cabeza. Y Maya y Spencer parecían estar peleados por alguna razón; no se hablaban ni se miraban. Era evidente que Maya estaba de un humor pésimo, Nirgal reconocía esa mirada porque la había visto de niño, aunque ésta era mucho peor: la expresión tensa y la boca como una hoz curvada hacia abajo.

—Maté a Phyllis —le dijo a Coyote.

Hubo un silencio. Las manos de Nirgal se pusieron frías. Miró alrededor y advirtió que todos se sentían incómodos. La única mujer entre ellos había matado. Nada de esto era racional, ni siquiera consciente, sino primitivo, instintivo, biológico. Y Maya siguió mirándolos fijamente, desdeñosa por el horror de ellos, por su cobardía, con la extraña hostilidad de un águila.

Coyote se acercó a ella y se puso de puntillas para besarla en la mejilla, y le sostuvo la mirada feroz con firmeza.

—Hiciste bien —dijo él, apoyándole una mano en el brazo—. Salvaste a Sax.

Maya se encogió de hombros con desdén y dijo:

—Volamos la máquina a la que estaba conectado Sax. No sé si con eso logramos destruir todos los archivos. Probablemente no. Ellos tenían a Sax y alguien se lo ha llevado, así que no hay razón para celebrar nada: saldrán detrás de nosotros con todos los medios de que dispongan.

—No creo que estén tan bien organizados —opinó Art.

—Cállese —le dijo Maya.

—Bien, de acuerdo, pero miren, ahora que saben de ustedes ya no tendrán que ocultarse tanto, ¿no es cierto?

—De vuelta al trabajo —murmuró Coyote.

Todo ese día avanzaron juntos hacia el sur, ya que el polvo levantado por la tormenta katabática bastaba para ocultarlos de las cámaras satélite. La tensión era alta: Maya seguía dominada por la furia y era imposible hablar con ella. Michel la manejaba como si fuera una bomba que en cualquier momento podía explotar, tratando continuamente de que se concentrase en las cuestiones prácticas y olvidase esa terrible noche. Pero con Sax tendido en un sofá en la sala de estar, inconsciente y con todos aquellos hematomas que le daban aspecto de mapache, no sería fácil olvidar. Nirgal pasó horas sentado junto a Sax, con una

mano apoyada en las costillas o la frente del hombre. Aparte de eso, no podía hacer nada. Aun sin los ojos amoratados no se habría parecido al Sax Russell que Nirgal había conocido de niño. Ver las señales evidentes del abuso físico le provocaba un sobresalto visceral, era la prueba de que tenían enemigos mortales en el mundo. Nirgal había meditado mucho en ese tema en los últimos años, y el aspecto de Sax le desagradaba y deprimía: no era sólo el hecho de que tuviesen enemigos, sino que hubiese personas capaces de hacer cosas como aquélla, que las habían hecho a lo largo de toda la historia, tal como se narraba en lo que hasta ahora le habían parecido cuentos increíbles. Eran reales después de todo. Y Sax era uno más entre los millones de víctimas.

La cabeza de Sax se bamboleaba.

—Voy a ponerle una inyección de pandorfo —dijo Michel—. A él y luego a mí.

—Le pasa algo en los pulmones —dijo Nirgal.

—¿Tú crees? —Michel aplicó la oreja contra el pecho de Sax, escuchó un rato, siseó—. Están llenos de líquido, tienes razón.

—¿Qué le estaban haciendo? —le preguntó Nirgal a Spencer.

—Hablaban con él después de dormirlo. Verás, han localizado varios centros de la memoria en el hipocampo, y con drogas y estimulación con ultrasonidos cada minuto, y resonancias magnéticas aceleradas para controlar lo que hacen... Bien, la gente sencillamente contesta cualquier pregunta que le hagan, a menudo con gran lujo de detalles. Le estaban haciendo eso a Sax cuando se levantó el viento y se quedaron sin electricidad. El generador de emergencia saltó de inmediato, pero... — Señaló con un ademán a Sax.— Fue entonces, o cuando lo desconectamos del aparato...

Por eso Maya había matado a Phyllis. El fin de un colaboracionista. Asesinato entre los Primeros Cien.

Bueno, se dijo Kasei en el otro coche, no sería la primera vez. Había quienes pensaban que Maya había preparado el asesinato de John Boone, y según había oído Nirgal otros sospechaban que la desaparición cíe Frank Chalmers también había sido obra suya. La Viuda Negra la llamaban. Nirgal había rechazado esas historias como rumores maliciosos propagados por gente que obviamente odiaba a Maya, como Jackie. Pero en verdad, en ese momento Maya parecía venenosamente peligrosa, mirando con furia la radio, como considerando la idea de romper el silencio y enviar un mensaje al sur: el pelo blanco, la nariz de halcón, la boca como una herida... A Nirgal lo ponía nervioso estar en el mismo coche que ella, aunque luchaba contra esa sensación. Al fin y al cabo, ella había sido una de las profesoras más importantes para Nirgal: había pasado horas y horas absorbiendo su impaciente instrucción en matemáticas, historia y ruso, y había acabado por comprender mejor a Maya que a las asignaturas. Sabía muy bien que Maya no quería ser una asesina, que bajo sus estados de ánimo, a la vez intrépidos y desolados (a la vez maníacos y depresivos), se debatía un alma solitaria, orgullosa y ávida. Por tanto, y a pesar del aparente éxito, todo el asunto había sido desastroso en otro sentido.

Maya se mostraba inflexible: tenían que bajar inmediatamente a la región polar meridional para explicar a la resistencia lo que había ocurrido.

—No es tan fácil —dijo Coyote—. Saben que estuvimos en Kasei Vallis, y

puesto que tuvieron tiempo de hacer hablar a Sax, probablemente saben que trataremos de regresar al sur. Ellos pueden mirar un mapa igual que nosotros, y ver que el ecuador está bloqueado en su mayor parte, desde el oeste de Tharsis hasta la zona al este del caos.

—Hay un paso entre Pavonis y Noctis —dijo Maya.

—Sí, pero lo atraviesan varias pistas y tuberías, y dos vueltas del cable del ascensor. He construido túneles por debajo de todo eso, pero si buscan es posible que encuentren algunos o que vean nuestros coches.

—¿Entonces qué propones?

—Creo que lo mejor será que rodeemos Tharsis y el Monte Olimpo por el norte, y luego Amazonis, y que crucemos el ecuador allí.

Maya negó con la cabeza.

—Tenemos que llegar al sur deprisa, para ponerlos al corriente de todo lo que esos villanos han descubierto.

Coyote reflexionó.

—Podemos dividirnos —dijo—. Tengo un pequeño ultraligero en un escondrijo al pie del Mirador de Echus. Kasei puede llevarlos allá y volar hasta el sur con ustedes. Nosotros seguiremos por Amazonis.

—¿Qué hay de Sax?

—Lo llevaremos directamente al hospital bogdanovista de Tharsis Tholus. Sólo está a dos noches de marcha.

Maya discutió el asunto con Michel y Kasei, sin mirar ni una sola vez a Spencer. Los dos estaban de acuerdo, y al fin ella cedió.

—De acuerdo. Salimos para el sur. Vengan tan pronto como puedan.

Viajaron de noche y durmieron de día, a la vieja usanza, y en dos noches cubrieron la distancia entre Echus Chasma y Tharsis Tholus, un cono volcánico en el borde septentrional de la protuberancia de Tharsis.

Había allí una ciudad tienda tipo Nicosia llamada Tharsis Tholus, situada en el flanco oscuro de su homónimo. La ciudad formaba parte del demimonde: la mayoría de sus ciudadanos llevaban una vida corriente en la red de superficie, pero muchos eran bogdanovistas y ayudaban a mantener los refugios bogdanovistas de la zona, así como los refugios rojos en Mareotis y el Gran Acantilado. Y también ayudaban a los que habían abandonado la red o habían nacido fuera de ella. El hospital más importante de la ciudad era bogdanovista, y atendía a buena parte de la resistencia.

Condujeron directamente hacia la tienda, se enchufaron al garaje y salieron. Y muy pronto llegó una pequeña ambulancia que trasladó a toda prisa a Sax al hospital, cerca del centro de la ciudad. Los demás echaron a andar por la herbosa calle principal, disfrutando del espacio luego de tantos días en los rovers. Art los miraba desconcertado, porque no se escondían ni disimulaban, y Nirgal le explicó brevemente qué era el demimonde mientras se dirigían a un café frente al hospital sobre el que había unas habitaciones francas.

En el hospital se ocupaban de Sax. Unas horas después de su llegada Nirgal fue a verlo, y después de lavarse y ponerse ropas estériles le permitieron sentarse junto a él.

Tenían a Sax en un ventilador, que hacía circular un líquido a través de sus pulmones. El líquido podía verse en los cubos transparentes y en la mascarilla que le cubría la cara: parecía un agua turbia. Era un espectáculo terrible, como sí lo estuviesen ahogando. Pero el líquido era una solución de perfluorocarbono, y aportaba a Sax tres veces más oxígeno que el aire y además arrastraba la mucosidad que se había acumulado en los pulmones y reinflaba las vías aéreas aplastadas. También le administraban diversas drogas. La enfermera que se ocupaba de él le explicó todo esto a Nirgal mientras trabajaba.

—Tenía un poco de edema, así que parece un tratamiento paradójico, pero funciona.

Nirgal se sentó, con la mano sobre el brazo de Sax, mirando el fluido dentro de la máscara que cubría la parte inferior de su cara, saliendo y entrando en remolinos.

—Es como si estuviera otra vez en el tanque ectógeno —dijo Nirgal.

—O en el útero —dijo ella, echándole una mirada curiosa.

—Sí. Renaciendo. Ni siquiera parece el mismo.

—No apartes la mano de él —le aconsejó la mujer, y salió.

Allí sentado, Nirgal trató de sentir cómo respondía Sax, trató de sentir la vitalidad luchando en favor de sus propios procesos, nadando de vuelta al mundo. La temperatura de Sax fluctuaba en alarmantes subidas y bajadas. Llegaron algunos médicos y aplicaron instrumentos sobre la cabeza de Sax, hablando entre ellos en voz baja.

—Hay daños. Anterior, mitad izquierda. Veremos.

La enfermera entró unas noches después, cuando Nirgal estaba allí, y le dijo:

—Sostenle la cabeza, Nirgal. El lado izquierdo, justo encima de la oreja, sí. Ponle la mano ahí, así. Y ahora haz lo que tú haces.

—¿Qué?

—Ya sabes. Envíale calor. —Y salió precipitadamente, como avergonzada o asustada por esa sugerencia.

Nirgal se sentó y se recogió en sí mismo. Localizó su fuego interior y trató de impulsar una parte de él hasta su mano, y a través de ella hasta Sax. Calor, calor, una vacilante corriente de blancura hacia el verde herido... Entonces intentó medir el calor de la cabeza de Sax.

Los días volaban y Nirgal pasaba casi todo el tiempo en el hospital. Una noche regresaba de las cocinas cuando la joven enfermera se acercó corriendo, lo agarró del brazo y le dijo: «Vamos, vamos», y Nirgal se encontró en la habitación, sujetando la cabeza de Sax, respirando agitadamente y con los músculos como alambres. Había tres médicos y varios técnicos. Uno de los médicos intentó apartar a Nirgal, pero la joven lo impidió.

Nirgal sintió que algo se agitaba en el interior de Sax, como si se alejase o regresase, una especie de pasaje. Derramó en Sax toda la viriditas que pudo

reunir, aterrado de pronto, invadido por los recuerdos de la clínica de Zigoto, cuando se sentaba junto a Simón. Esa expresión en el rostro de Simón la noche que murió. El líquido de perfluorocarbono entraba y salía como una marea veloz y poco profunda. Nirgal observaba, pensando en Simón. La mano del hombre había perdido su calor, y él no pudo devolvérselo. Sax lo reconocería por sus manos calientes, si es que importaba. Pero era todo lo que él podía hacer. Nirgal se esforzó al límite, empujó como si el mundo entero estuviese congelándose, como si pudiese atraer no sólo a Sax sino también a Simón si empujaba con suficiente fuerza.

—¿Por qué, Sax? —le dijo suavemente al oído—. ¿Pero por qué? ¿Por qué, Sax? ¿Por qué? ¿Por qué, Sax? ¿Pero por qué? ¿Por qué, Sax? ¿Por qué?

El perfluorocarbono remolineaba, y la habitación excesivamente iluminada zumbó. Los médicos se afanaron sobre las máquinas y el cuerpo de Sax, mirándose unos a otros, mirando a Nirgal. La palabra *por qué* se transformó en una plegaria. Pasó una hora, y luego pasaron otras, lentas y ansiosas, y Nirgal no hubiese podido decir si era de noche o de día. El precio por nuestro cuerpo, pensó. El precio que pagamos.

Una semana después de su llegada, al caer la noche, bombearon fuera el líquido de los pulmones de Sax y le retiraron el ventilador. Sax jadeó ruidosamente, y luego respiró. Volvía a ser un mamífero que respiraba aire. Le habían arreglado la nariz, aunque ahora tenía una forma distinta, casi tan chata como antes de que le hiciesen la cirugía estética. Los hematomas aún eran espectaculares.

Más o menos una hora después de que le retirasen el ventilador, recobró la conciencia. Parpadeó y parpadeó. Recorrió la habitación con la mirada, y luego clavó los ojos en Nirgal y aferró su mano con fuerza. Pero no habló, y pronto volvió a dormirse.

Nirgal salió a las calles verdes de la pequeña ciudad, dominada por el cono de Tharsis Tholus, que se alzaba en su majestad roja y negra al norte, como un Fuji achaparrado. Echó a correr con el ritmo regular que le era propio, y recorrió el perímetro de la ciudad varias veces para quemar parte de la energía acumulada. Sax y su gran incógnita...

Se alojaban en las habitaciones sobre el café al otro lado de la calle, y allí encontró a Coyote, cojeando incansablemente de una ventana a otra, musitando y tarareando melodías de calipso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nirgal. Coyote agitó las manos.

—Ahora que Sax está estabilizado, tenemos que irnos de aquí. Spencer y tú podéis atender a Sax en el rover mientras viajamos hacia el oeste rodeando el Monte Olimpo.

—De acuerdo —dijo Nirgal—. En cuanto nos digan que Sax puede salir.

Coyote lo miró.

—Dicen que tú lo salvaste. Que lo trajiste de vuelta de la muerte. Nirgal negó con la cabeza, asustado sólo de pensarlo.

—Él nunca estuvo muerto.

—Ya lo imaginaba. Pero eso es lo que andan diciendo. —Coyote lo miró con aire pensativo.— Tendrás que ir con cuidado.

Viajaron de noche, bordeando la pendiente norte de Tharsis. Sax iba tendido en un sofá detrás de los conductores. Unas horas después Coyote dijo:

—Quiero atacar uno de los campamentos mineros de Subarashii en Ceraunius. —Miró a Sax.— ¿Te parece bien?

Sax asintió con un movimiento de cabeza. Sus moretones de mapache eran ahora verdes y púrpuras.

—¿Por qué no puedes hablar? —le preguntó Art.

Sax se encogió de hombros y emitió unos graznidos. Continuaron rodando.

Desde la base de la cara norte de la protuberancia de Tharsis se extienden unos cañones paralelos llamados Ceraunius Fossae. Hay unas cuarenta de estas fracturas, dependiendo de cómo se las cuente: algunas son cañones, mientras que otras son sólo crestas aisladas o grietas profundas, o simples ondulaciones en la llanura. Todas con orientación norte-sur, atraviesan una rica provincia metalogénica, una masa basáltica con intrusiones de diferentes metales. Por esa razón había numerosos campamentos mineros y plataformas móviles de perforación en esos cañones, y ahora, al contemplarlos en los mapas, Coyote se frotó las manos.

—Tu captura me ha hecho un hombre libre, Sax. Ahora ya saben que estamos aquí fuera, y por tanto nada nos impide poner alguna de esas explotaciones fuera de combate, y de paso hacernos con un poco de uranio.

Así, una noche se detuvieron en el extremo sur de Tractus Catena, el cañón más largo y más profundo del grupo. La cabecera ofrecía un aspecto curioso: la planicie relativamente regular era interrumpida por una rampa que nacía del suelo, de unos tres kilómetros de ancho y unos trescientos metros de fondo, que corría hacia el norte en una línea recta perfecta y se perdía en el horizonte.

Durmieron toda la mañana y por la tarde aguardaron inquietos en el compartimiento de estar, estudiando fotografías de satélite y atendiendo a las instrucciones de Coyote.

—¿Es posible que algún minero resulte muerto? —preguntó Art, manoseándose la prominente y rasposa mandíbula.

Coyote se encogió de hombros.

—Puede ocurrir.

Sax meneó la cabeza con vehemencia.

—Ten cuidado con la cabeza —le dijo Nirgal.

—Estoy de acuerdo con Sax —dijo Art—. Quiero decir que aun dejando de

lado las consideraciones morales, que no lo hago, sigue siendo una estupidez en la práctica, porque das por supuesto que tus enemigos son más débiles que tú y harán lo que tú quieras si matas a unos cuantos. Pero las personas no funcionan así. Caramba, piensa en el resultado. Bajas a ese cañón y matas a un puñado de gente que sólo está haciendo su trabajo, y más tarde llegan otros y encuentran los cadáveres. Te odiarán eternamente. Incluso sí algún día controlases Marte, ellos seguirán odiándote y harán lo que sea para estropear las cosas. Y eso será lo único que habrás conseguido, porque la transnac reemplazará a esos mineros en un abrir y cerrar de ojos.

Art miró a Sax, sentado en el sofá y con la vista clavada en él.

—Por otra parte, pongamos que bajas allí y haces algo que obliga a los mineros a correr al refugio de emergencia, y entonces los encierras y destruyes la maquinaria. Llamarán pidiendo ayuda, esperarán, y en uno o dos días vendrán a rescatarlos. Estarán furiosos, pero también pensarán que podrían estar muertos: esos rojos vinieron, destrozaron el equipo y desaparecieron con la velocidad del rayo, ni siquiera pudimos verlos. Podrían habernos matado, pero no lo hicieron. Y la gente que venga en su ayuda pensará lo mismo. Y luego, cuando tengas el control de Marte, o cuando estés tratando de conseguirlo, ellos recordarán y sufrirán el síndrome de Estocolmo y te apoyarán. O trabajarán contigo.

Sax afirmaba con la cabeza. Spencer miraba a Nirgal. Y después todos lo miraron, todos excepto Coyote, que se examinaba las palmas de las manos como si las estuviese leyendo. Entonces levantó la vista y la clavó en Nirgal.

Para Nirgal la cuestión era sencilla, y miró a Coyote con cierta inquietud.

—Art tiene razón. Hiroko nunca nos perdonaría sí empezásemos a matar gente sin razón.

La cara de Coyote se contrajo, como disgustado por la blandura del grupo.

—Acabamos de matar a un puñado de gente en Kasei Vallis —dijo.

—¡Pero eso era diferente! —protestó Nirgal.

—¿En qué?

Nirgal vaciló, inseguro, y Art intervino:

—Ésos eran un puñado de policías torturadores que retenían a vuestro camarada y le estaban friendo el cerebro. Tuvieron lo que merecían. Pero esos tipos del cañón sólo están sacando rocas.

Sax asintió. Los miraba a todos con intensidad y parecía entenderlo todo y sentirse profundamente implicado. Pero, puesto que seguía mudo, era difícil asegurarlo.

Coyote le echó una mirada penetrante a Art.

—¿Es una mina de Praxis?

—No lo sé. Ni me importa.

—Humm. Bien... —Coyote miró a Sax, luego a Spencer y por último a Nirgal, que sentía las mejillas ardiendo.— De acuerdo. Lo haremos a vuestra manera.

Y así, al final de ese día Nirgal salió del rover en compañía de Coyote y Art. El

cielo era oscuro y estrellado, y el cuadrante occidental proyectaba una luz rojiza que lo perfilaba todo con nitidez, pero al mismo tiempo le daba un aire extraño. Coyote abría la marcha, y Art y Nirgal lo seguían de cerca. A través del visor Nirgal advirtió que los ojos de Art parecían querer salirse del cristal.

Un sistema de fallas transversales llamado Tractus Traction interrumpía la planicie de Tractus Catena, y ese enrejado de grietas era intransitable para los vehículos. Los mineros de Tractus accedían al campamento bajando en ascensor desde la pared del cañón. Pero Coyote dijo que era posible cruzar Tractus Traction a pie, siguiendo un sendero de grietas conectadas que él mismo había trazado. Muchas de sus acciones incluían atravesar terreno «infranqueable» como ése, lo que había hecho posible algunas de sus visitas más legendarias y le había permitido recorrer tierras desoladas a las que nadie se había acercado siquiera. Y en compañía de Nirgal había realizado algunas incursiones en apariencia milagrosas simplemente dejando el coche y andando.

Avanzaron por el suelo del cañón con el paso marciano, largo y regular, que Nirgal había perfeccionado y enseñado a Coyote con un éxito parcial. Art no era grácil precisamente: su zancada era demasiado corta y tropezaba a menudo, pero no se quedaba atrás. Nirgal, feliz y relajado, disfrutó de la sensación de ser una piedra que rodaba, del cruce rápido de grandes extensiones de terreno gracias a su fuerza, de la respiración acompasada, del tanque rebotándole en la espalda, del estado semejante al trance, en fin, que había aprendido con los años con la ayuda del issei Nanao. Nanao había estudiado *lung-gom* con un maestro tibetano en la Tierra, y aseguraba que algunos *lung-gom-pas* tenían que cargar pesos para no salir volando. En Marte aquello parecía posible. Sin embargo, tuvo que refrenarse. Ni Coyote ni Art dominaban el *lung-gom,* y no podían mantener ese paso, aunque ambos eran buenos corredores, Coyote para la edad que tenía, Art para llevar tan poco tiempo en Marte. Coyote conocía el terreno y corría con pasos de bailarín, cortos y delicados, eficientes y precisos. Art traqueteaba sobre el paisaje como un robot mal programado, tambaleándose y avanzando a trompicones a la luz de las estrellas, pero sin aflojar el paso. Nirgal corría delante de ellos, como un sabueso. Dos veces cayó Art y desapareció en una nube de polvo, y Nirgal retrocedió para ayudarlo, pero en ambas ocasiones Art se levantó de un salto, y a causa del silencio de radio que guardaban, se limitó a hacer una señal a Nirgal con la mano y a reanudar la carrera.

Después de correr durante media hora por el cañón, tan recto que parecía cortado según un patrón, unas grietas se abrieron en el suelo, y rápidamente se hicieron más profundas, conectándose una con otra, hasta imposibilitar el avance. El suelo del cañón se había transformado en un conjunto de cimas de islas meseta. Las profundas rendijas que separaban esas islas sólo tenían dos o tres metros de ancho en algunos lugares, pero treinta o cuarenta de profundidad.

Caminar por el fondo de esas grietas, más o menos llano, era asunto delicado, pero Coyote los guió a través del laberinto sin titubear en ninguna de las muchas bifurcaciones, siguiendo un itinerario que sólo él conocía, doblando a derecha e izquierda una docena de veces. Uno de los callejones era tan estrecho que avanzaron rozando las dos paredes a un tiempo, y tuvieron que escurrirse de costado para pasar una curva.

Cuando salieron por la cara norte del laberinto, emergiendo de una especie de chimenea en el escarpe agrietado que marcaba el fin de las islas meseta, una

pequeña tienda apareció delante de ellos recortándose contra el muro occidental del cañón; tenía el brillo incandescente de una bombilla polvorienta. En el interior había remolques, rovers, perforadoras, excavadoras y demás equipo de minería. Era una mina de uranio llamada Callejón Pechblenda debido a que esa sección del cañón tenía un suelo de pegmatita extremadamente rica en uraninita. La mina era muy productiva, y Coyote había oído que el uranio procesado que se había ido almacenando allí durante los años que mediaron entre ambos ascensores aún no había sido embarcado.

Coyote echó a correr hacia la tienda, y Nirgal y Art lo siguieron. No se veía a nadie dentro y la escasa iluminación procedía de unas pocas luces nocturnas y de las ventanas iluminadas de una gran caravana central.

Coyote se detuvo frente a la puerta de la antecámara más cercana, enchufó su consola de muñeca en la cerradura junto a la puerta y empezó a teclear. La puerta se abrió. No sonó ninguna alarma, ni tampoco salió nadie de la caravana. Entraron en la antecámara, cerraron la puerta, esperaron a que el espacio se presurizara y luego abrieron la puerta interior. Coyote se encaminó a la pequeña planta física del campamento, detrás de la caravana; Nirgal fue hasta los alojamientos y subió de un salto los escalones que llevaban a la puerta. Sostuvo una de las «barras de cierre» de Coyote bajo el picaporte, giró el dial que liberaba el fijador y apretó la barra contra la puerta y la pared de la caravana. La caravana estaba hecha de una aleación de magnesio, y el polímero fijador establecía un enlace cerámico entre la barra de cierre y la caravana, de modo que la puerta quedaría atascada. Rodeó el remolque y repitió la operación en la otra puerta, y luego corrió de vuelta a la antecámara, sintiendo la sangre fluyéndole como si fuese adrenalina pura. La acción se parecía tanto a una travesura que tuvo que obligarse a recordar las cargas explosivas que Coyote y Art estaban colocando en el campamento, los almacenes, la tienda y el aparcamiento de los mastodontes de la mina. Nirgal se reunió con ellos y corrió de vehículo en vehículo, trepando por escalerillas laterales, abriendo puertas manual o electrónicamente y arrojando pequeñas cargas explosivas al interior de las cabinas.

Coyote quería llevarse las toneladas de uranio procesado. Por fortuna eso era imposible. De todos modos, corrieron hasta un almacén, donde cargaron varios de los camiones robóticos de la mina con uranio y los programaron para que viajaran hacia los cañones del norte y enterrasen la carga en regiones donde las concentraciones de apatita serían suficientemente altas para enmascarar la radioactividad del uranio y dificultar su localización. Spencer dudaba de la efectividad de esa estrategia, pero Coyote dijo que era mejor que dejarlo en la mina, y todos estuvieron dispuestos a ayudarlo de buena gana en cualquier plan que no implicara llenar el coche con toneladas de uranio, fuesen o no fuesen contenedores a prueba de radioactividad.

Cuando terminaron, corrieron de vuelta a la antecámara y salieron, y luego corrieron como el viento. A medio camino del escarpe oyeron una serie de explosiones que venían de la tienda, y Nirgal miró por encima del hombro pero no vio nada diferente: la tienda seguía a oscuras y las ventanas del remolque, iluminadas.

Se volvió y siguió corriendo, como si volara, y le sorprendió descubrir que Art corría muy por delante de él, avanzando con zancadas salvajes y poderosas, como un oso-guepardo, hasta que llegaron al escarpe, donde tuvo que esperar a

Coyote para que los guiase por el laberinto de grietas. Tan pronto como salieron de él, echó a correr de nuevo, tan deprisa que Nirgal decidió alcanzarlo sólo para averiguar a qué velocidad iba. Apretó el paso y cuando llegó a la altura de Art advirtió que sus zancadas de gacela eran casi el doble de largas que las de Art corriendo al límite de sus fuerzas.

Llegaron al rover mucho antes que Coyote y lo esperaron en la antecámara, recobrando el aliento y sonriéndose a través de los visores. Unos minutos después llegó Coyote, y Spencer puso el coche en marcha, justo después del lapso de tiempo marciano y con seis horas de conducción por delante.

Se rieron de la loca carrera de Art, pero él se limitó a sonreír y dijo:

—No estaba asustado; es esta gravedad marciana. ¡Yo corría como siempre, pero mis piernas saltaban como las de un tigre! Increíble.

Descansaron todo el día, y cuando cayó la noche partieron de nuevo. Dejaron atrás la cabecera de un largo cañón que corría de Ceraunius a Jovis Tholus, un cañón insólito, ni recto ni sinuoso, que llamaban Cañón Torcido. Cuando salió el sol, los encontró ocultos al abrigo de las faldas del Cráter Qr, un poco al norte de Jovis Tholus, un volcán más grande que Tharsis Tholus, mayor en verdad que cualquier volcán terrano, pero situado en el paso alto entre el Monte Ascraeus y el Monte Olimpo. Ambos se recortaban en el horizonte, alzándose como vastas plataformas continentales frente a las que Jovis parecía compacto, acogedor, comprensible: una pequeña colina a la que se podía subir si se quería. Ese día Sax se sentó delante de su pantalla en silencio y tecleó al azar: aparecían textos, mapas, diagramas, dibujos, ecuaciones. Sax los miraba con la cabeza ladeada, sin dar muestras de reconocimiento. Nirgal se sentó junto a él.

—Sax, ¿puedes oír lo que te digo? Sax lo miró.

—¿Entiendes las palabras? Di que sí con la cabeza si entiendes.

Sax ladeó la cabeza y Nirgal suspiró, retenido por esa mirada inquisitiva. Entonces Sax asintió, vacilante.

Esa noche Coyote condujo en dirección oeste otra vez, hacia Olimpo, y cerca del alba enfiló directamente hacia una pared de basalto negro, carcomido y fracturado. Ese era el límite de un altiplano cortado por innumerables gargantas, estrechas y sinuosas, igual que Tractus Traction sólo que a una escala mucho mayor, una zona desolada que parecía una extensión gigantesca del laberinto de Traction.

El altiplano era un manto de lava quebrada en forma de abanico, lo que quedaba de una de las primeras erupciones del Monte Olimpo, que cubrió las tobas y cenizas más blandas de erupciones aún más tempranas. Allí donde la erosión había ahondado lo suficiente las barrancas talladas por el viento, había alcanzado la capa de toba, más blanda, originando hendeduras estrechas cuya parte inferior acababa en unos túneles redondeados por eones de viento.

—Como cerraduras al revés —dijo Coyote, aunque Nirgal nunca había visto una cerradura ni remotamente parecida a esas formas.

Coyote metió el rover por uno de esos túneles grises. Después de recorrer unos cuantos kilómetros detuvo el coche junto a una pared, construida con el

material de las tiendas, que cerraba el túnel en una amplia curva.

Ése era el primer refugio oculto que Art veía, y se mostró convenientemente asombrado. La tienda quizá tenía unos veinte metros de altura y abarcaba una sección de curva de unos cien de longitud. Art no dejaba de lanzar exclamaciones de asombro a causa del tamaño del lugar, y Nirgal se echó a reír.

—Alguien más está utilizando el refugio —dijo Coyote—, así que calla un momento.

Art cerró la boca y se inclinó sobre el hombro de Coyote para escuchar lo que éste decía por el intercom. Había otro coche aparcado delante de la antecámara de la tienda, tan destartalado y rocoso como el de ellos.

—Ah —dijo Coyote, apartando a Art—. Es Vijjika. Tienen naranjas, y tal vez un poco de kava. Habrá fiesta esta mañana, estoy seguro.

Acercaron el rover hasta la antecámara, y un tubo de enganche salió de ella y se fijó alrededor de la puerta exterior del coche. Cuando las puertas se abrieron, entraron encorvados, pues cargaban a Sax.

Fueron recibidos por ocho personas altas y de piel oscura, cinco mujeres y tres hombres, un grupo ruidoso contento de tener compañía. Nirgal conocía a Vijjika de la Universidad de Sabishii. Ella se alegraba de verlo de nuevo y se dieron un gran abrazo. Después Vijjika los llevó al acantilado curvo y salieron a una plaza rodeada de remolques, bajo una fisura vertical en la lava antiquísima, que añadía una difusa luz diurna a la aún más difusa que procedía de la profunda barranca al otro lado de la tienda. Los visitantes se sentaron sobre unos cojines anchos y planos dispuestos alrededor de unas mesas bajas, mientras varios de sus anfitriones trajinaban alrededor de unos panzudos samovares. Coyote hablaba con sus conocidos, poniéndose al corriente de las noticias. Sax miraba alrededor, parpadeando, y Spencer, a su lado, no parecía menos confuso; había vivido en el mundo de la superficie desde el sesenta y uno, y todo lo que sabía sobre los refugios era de oídas. Cuarenta años de una doble vida; no era extraño, pues, que pareciese aturdido.

Coyote se acercó a los samovares y empezó a sacar unas tazas diminutas de una vitrina. Nirgal estaba sentado junto a Vijjika, rodeándole la cintura con un brazo, empapándose de su calor, disfrutando del roce de la pierna de la muchacha contra la suya. Art estaba sentado al otro lado, y seguía la conversación con avidez, como un perro de caza. Vijjika se presentó y le estrechó la mano. Art agarró los dedos largos y delicados con sus manazas como si quisiera besarlos.

—Éstos son bogdanovistas —le explicó Nirgal, riéndose de su expresión y alcanzándole una de las pequeñas tazas de cerámica que estaba repartiendo Coyote—. Sus padres fueron prisioneros en Koroliov antes de la guerra.

—Ah —dijo Art—. Eso queda muy lejos de aquí, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo Vijjika—. Nuestros padres tomaron el tramo norte de la Autopista Transmarineris justo antes de que se inundara, y llegaron aquí. Anda, quítale esa bandeja a Coyote y reparte las tazas y de paso te presentas a los demás.

Art se fue a hacer la ronda y Nirgal intercambió noticias con Vijjika.

—No creerás lo que hemos encontrado en uno de esos túneles de toba —le dijo ella—. Somos fantásticamente ricos.

Todos tenían ya tazas, y se hizo un silencio mientras tomaban el primer sorbo juntos. Después de algunas toses y del generalizado chascar de las lenguas, se reanudaron las conversaciones. Art regresó junto a Nirgal.

—Ten, bebe —dijo Nirgal—. Todos tienen que participar del brindis, es la costumbre.

Art tomó un sorbo de la taza, mirando con desconfianza el líquido, más oscuro que el café y con un olor repulsivo. Se estremeció.

—Sabe a café mezclado con regaliz. Regaliz venenoso. Vijjika rió.

—Es kavajava —dijo—, una mezcla de kava y café. Es muy fuerte y sabe a rayos. Y es muy difícil de conseguir. Pero no te rindas aún. Si eres capaz de beberte la taza entera, verás que vale la pena.

—Si tú lo dices. —Gallardamente tomó otro trago, y se estremeció de nuevo.— ¡Espantoso!

—Sí, pero a nosotros nos gusta. Algunos extraen la kavaina de la kava, pero no creo que eso sea bueno. Los rituales tienen que tener algo desagradable, o uno no los aprecia como es debido.

Nirgal y Vijjika lo observaban.

—Estoy en un refugio de la resistencia marciana —dijo Art al rato—. Emborrachándome con una droga extraña y horrorosa, en compañía de algunos de los miembros perdidos más famosos de los Primeros Cien. Además de unos jóvenes nativos desconocidos en la Tierra.

—Le está haciendo efecto —observó Vijjika.

Coyote estaba de pie hablando con una mujer que, a pesar de estar sentada en la posición del loto sobre un cojín le llegaba al nivel de los ojos.

—Pues claro que me gustaría tener semillas de lechuga —decía la mujer—. Pero tienes que obtener una compensación equitativa por algo tan valioso.

—No son tan valiosas —dijo Coyote, a su manera convincente pero poco de fiar—. Ustedes ya nos están dando más nitrógeno del que podemos quemar.

—Seguro, pero has de tener nitrógeno para poder darlo.

—Por supuesto.

—Y dar antes de quemar. Aquí hemos encontrado esa enorme veta de nitrato de sodio, *caliche blanco* puro, y hay a montones en estas tierras desoladas. Parece ser que hay una franja entre la toba y la lava, de unos tres metros de grosor y muy extensa; bueno, aún no sabemos hasta dónde llega. Es una cantidad enorme de nitrógeno, y tenemos que librarnos de ella.

—Bien, bien —dijo Coyote—, pero ésa no es razón para despilfarrarlo con nosotros.

—No estamos despilfarrando. Ustedes quemarán el ochenta por ciento de lo que les demos...

—El setenta.

—Bueno, el setenta, y nosotros tendremos esas semillas, y al fin podremos comer ensaladas decentes.

—Si consiguen hacerlas germinar. La lechuga es delicada.

—Tenemos todo el fertilizante que necesitamos. Coyote se echó a reír.

—Sí, pero todavía está fuera de servicio. Ya sé lo que haremos: les daré las coordenadas de uno de los camiones de uranio que enviamos a Ceraunius.

—¡Y tú hablas de despilfarro!

—No, no, porque no hay ninguna garantía de que puedan recuperarlo. Pero les diré dónde está, y si lo recuperan nos pasan otro picobar de nitrógeno y estaremos en paz. ¿De acuerdo?

—Sigue pareciéndome excesivo.

—Les ocurrirá lo mismo todo el tiempo con ese montón de *caliche blanco* que han encontrado. ¿Seguro que hay tanto?

—Hay toneladas. Millones de toneladas. Hay capas y más capas en estas tierras desoladas.

—De acuerdo, tal vez también aceptemos un poco de peróxido de hidrógeno. Necesitaremos el combustible para el viaje al sur.

Art se inclinó hacia ellos como atraído por un imán.

—¿Qué es el *caliche blanco?*

—Es nitrato de sodio casi puro —dijo la mujer. Describió la areología de la región. La toba riolítica, la roca de color claro que los rodeaba, había sido recubierta por la oscura lava de andesita del altiplano. La erosión había tallado la toba allí donde las grietas en la andesita la habían dejado al descubierto, formando las barrancas con túneles en la base, y descubriendo además grandes filones de *caliche,* atrapados entre las dos capas—. El *caliche* es roca suelta y polvo, cimentados con sales y nitratos de sodio.

—Tienen que haber sido los microorganismos los que han formado esa capa ahí abajo —dijo un hombre a poca distancia de la mujer, pero ella no estaba de acuerdo.

—Puede ser de origen areotermal, o puede que el cuarzo de la toba atrajese los rayos.

Discutieron como cuando se está repitiendo un debate por milésima vez. Art los interrumpió para preguntar otra vez sobre el *caliche blanco.* La mujer explicó que el *blanco* era un *caliche* muy puro, casi un ochenta por ciento de nitrato de sodio puro, y por tanto, en ese mundo pobre en nitrógeno, extremadamente valioso. Había un bloque de él sobre la mesa, y la mujer se lo pasó a Art y siguió discutiendo con su amigo. Coyote regateaba expertamente con otro hombre: hablaban de básculas y primas, kilogramos y calorías, equivalencias y sobrecargas, metros cúbicos por segundo y picobares, arrancando muchas carcajadas de la gente que los escuchaba.

En cierto momento, una mujer interrumpió a Coyote con un grito:

—¡Oye, no podemos tomar un montón desconocido de uranio que ni siquiera sabemos si encontraremos! ¡Eso es despilfarro a gran escala o un timo,

dependiendo de si encontramos el camión o no! ¿Qué clase de trato es éste? ¡Quiero decir que es un mal trato lo mires como lo mires!

Coyote sacudió la cabeza con aire travieso.

—He tenido que ofrecerlo o me habrían enterrado en ese *caliche blanco.* Vamos viajando por ahí, y sí, tenemos unas cuantas semillas, pero no mucho más… ¡y desde luego no millones de toneladas de *caliche*!. Y la verdad es que necesitamos el peróxido de hidrógeno y la pasta, no es sólo un capricho, como las semillas de lechuga. Les diré una cosa, si encuentran el camión, pueden quemar su equivalente, y aun así nos habrán correspondido con equidad. Sí no lo encuentran, entonces nosotros les deberemos una, lo admito, pero en ese caso pueden quemar un regalo, ¡y entonces nosotros les habremos correspondido con equidad!

—Nos llevará una semana de trabajo y un montón de combustible recuperar el camión.

—Muy bien, tomaremos otros diez picobares, y quemaremos seis.

—Hecho. —La mujer meneó la cabeza, frustrada.— Eres un hueso duro de roer.

Coyote asintió y se levantó para volver a llenar las tazas. Art volvió la cabeza y miró a Nirgal, con la boca abierta.

—Explícame qué es lo que acaba de ocurrir.

—Bien —dijo Nirgal, sintiendo la benevolencia del kava fluyéndole por el cuerpo—, estaban comerciando. Nosotros necesitamos comida y combustible, y por eso estábamos en desventaja, pero Coyote salió bien parado.

Art sostuvo el bloque blanco.

—¿Pero qué es todo eso de conseguir nitrógeno y dar nitrógeno, y *quemar* nitrógeno? Caramba, ¿es que le prenden fuego al dinero cuando lo consiguen?

—Bueno, sólo a una parte, sí.

—¿Así que los dos estaban tratando de perder?

—¿Perder?

—Salir perjudicados del trato.

—¿Perjudicados?

—Dar más de lo que toman.

—Ah, sí. Naturalmente.

—¡Naturalmente! —Art abrió mucho los ojos.— Pero ustedes… ustedes no pueden dar *mucho más* de lo que reciben, ¿entendí eso bien?

—Correcto. Eso sería despilfarrar.

Nirgal observó a su amigo mientras éste digería la información.

—Pero, si siempre dan más de lo que reciben, ¿cómo consiguen algo para dar?, ¿ves por dónde voy?

Nirgal se encogió de hombros, miró a Vijjika y le apretó la cintura voluptuosamente.

—Tienes que encontrarlo, supongo. O hacerlo tú mismo.

—Ah.

—Es la economía del regalo —añadió Vijjika.

—¿La economía del regalo?

—Forma parte de nuestra manera de llevar los asuntos. Hay una economía monetaria para el viejo sistema de compra y paga que utiliza unidades de peróxido de hidrógeno como dinero. Pero la mayoría de la gente trata de regirse por el patrón del nitrógeno, que es la economía del regalo. Los sufíes lo iniciaron, y la gente del hogar de Nirgal.

—Y Coyote —añadió Nirgal.

Aunque, al mirar a su padre, pensó que a Art le resultaría difícil imaginar a Coyote como un economista teórico. En ese momento Coyote tecleaba como un loco junto a un hombre, y cuando perdió el juego empujó al otro fuera del cojín y declaró que le había resbalado la mano.

—Te desafío a un pulso a doble o nada —dijo, y clavaron los codos en la mesa, tensaron los brazos y empezaron la lid.

—¡Un pulso! —exclamó Art—. ¡Al fin algo que entiendo!

Coyote perdió en segundos, y Art se sentó y desafió al ganador. Ganó sin dificultades, y muy pronto fue evidente que nadie podía vencerle; los bogdanovistas incluso se enfrentaron a él en grupo, pero él aplastó todas las combinaciones contra la mesa.

—Muy bien, he ganado —dijo al cabo, y se dejó caer pesadamente en el cojín—. ¿Cuánto les debo?

Para evitar las aureolas de terreno fracturado arracimadas al norte del Monte Olimpo tuvieron que dar un gran rodeo. Viajaban de noche, descansaban durante el día.

Art y Nirgal pasaban muchas de esas noches conduciendo y charlando. Art hacía cientos de preguntas y Nirgal contestaba con otras tantas, tan fascinado por la Tierra como Art lo estaba por Marte. Eran una pareja muy bien avenida, cada uno sentía un profundo interés por el otro, y eso creó un terreno propicio para la amistad.

A Nirgal le asustó la idea de contactar con los terranos cuando se le pasó por la cabeza la primera vez, una noche en Sabishii, en sus años de estudiante. Era una idea peligrosa, sin duda, que ya nunca lo abandonó. Pasó meses dándole vueltas e investigando, para ver con quién se pondría en contacto si se decidía a llevarla a la práctica. Cuanto más sabía, más crecía en él el convencimiento de que sería un paso acertado, de que la alianza con una fuerza terrana era crucial para el futuro de la resistencia. Y sin embargo estaba seguro de que ni uno solo de los Primeros Cien que conocía querría arriesgarse a establecer el contacto.

Tendría que hacerlo por su cuenta. El riesgo, las apuestas...

Después de mucho leer se decidió por Praxis. Era un disparo a ciegas, como muchos actos cruciales. Una acción instintiva: el viaje a Burroughs, la visita a las oficinas de Praxis en Hunt Mesa, las repetidas peticiones de comunicar con William Fort.

Consiguió hablar con él, aunque eso en sí no significaba nada. Pero más tarde, en ese primer contacto con Art en una calle de Sheffield, supo que había elegido bien. En la mirada de aquel hombre grande Nirgal había advertido una cualidad que le tranquilizó al instante: franqueza, una inteligencia amable y relajada. Empleando la terminología de su infancia, un equilibrio entre los dos mundos. Un hombre en el que confiaba.

Un signo de que una acción es acertada es que mirándola retrospectivamente parece inevitable. Ahora, mientras las largas jornadas de viaje nocturno pasaban a la luz de las pantallas de IR, los dos hombres conversaban como si también ellos se vieran uno a otro en el infrarrojo. El diálogo era continuo, y llegaron a conocerse y a hacerse amigos. La impulsiva llamada a la Tierra de Nirgal funcionaría, podía verlo en la expresión de Art, en su curiosidad, su *interés.*

Hablaban de cualquier cosa, de sus pasados, sus opiniones, sus esperanzas. Nirgal pasó buena parte del tiempo intentando explicarle a Art la singularidad de Zigoto y Sabishii.

—Pasé algunos años en Sabishii. Los issei de allí dirigen una universidad abierta. No hay registros. Uno asiste a las clases que quiere y sólo tiene que dar cuentas a su profesor y a nadie más. La mayor parte de Sabishii funciona de manera no oficial. Es la capital del demimonde, como Tharsis Tholus, sólo que más grande. Una *gran* ciudad. Allí conocí a gente de todo Marte.

El idilio con Sabishii se derramó de los archivos de la memoria y los recuerdos inundaron la conversación con toda su profusión de incidentes y emociones, todas las emociones de entonces, contradictorias e incompatibles, aunque ahora, experimentadas de nuevo y simultáneamente, formaban un denso acorde polifónico.

—Tiene que haber sido toda una experiencia —observó Art—, después de crecer en un lugar como Zigoto.

—Oh, sí. Fue extraordinario.

—Háblame de ello.

Nirgal se inclinó hacia adelante, un poco tembloroso, y trató de transmitir algo de lo que había sido aquello.

Al principio había sido extraño. Los issei habían hecho cosas increíbles: mientras los Primeros Cien discutían, se peleaban, se diseminaban por todo el planeta, empezaban una guerra y morían o se ocultaban, el primer grupo de colonos japoneses, los doscientos cuarenta que habían fundado Sabishii sólo siete años después de la llegada de los Primeros Cien, permanecieron en el lugar donde habían aterrizado y fundaron una ciudad. Absorbieron todos los cambios que siguieron, incluyendo un agujero de transición justo al lado de su ciudad: simplemente se hicieron cargo de la excavación y utilizaron los residuos como

material de construcción. Cuando la atmósfera cada vez más densa lo permitió, cultivaron las tierras circundantes, rocosas y elevadas, tierras difíciles, hasta que al fin vivieron en medio de un extenso bosque enano, un *krummhols* bonsai, con cuencas alpinas en las tierras altas que lo dominaban. Durante las catástrofes de 2061 no abandonaron la ciudad, y considerada neutral, las transnac la dejaron en paz. En esa soledad, con la roca extraída del agujero de transición construyeron una sinuosa serie de montículos recorridos por túneles y con habitaciones, listos para esconder a la gente del sur.

Así habían inventado el demimonde, la sociedad más sofisticada y compleja de Marte, llena de personas que se cruzaban en la calle como extraños, pero que por la noche se encontraban en las habitaciones y hablaban, tocaban música y hacían el amor. E incluso los que no formaban parte del mundo clandestino eran interesantes, porque los issei habían fundado la Universidad de Marte, y muchos estudiantes, quizás un tercio del total, eran jóvenes nacidos en Marte, y tanto si eran del mundo de superficie como de la resistencia, se reconocían unos a otros sin dificultad, como gente *en su hogar,* por un millón de códigos sutiles que nadie nacido en la Tierra podría detectar. Y hablaban, tocaban música y hacían el amor. Y de esta forma muchos de los nativos de la superficie eran iniciados en el conocimiento de la resistencia, hasta que al fin pareció que todos los nativos lo sabían todo y eran los aliados naturales.

El profesorado incluía a muchos de los issei y nisei sabishianos, además de distinguidos visitantes de todo Marte, e incluso de Terra. Los estudiantes procedían de todas partes también. Allí, en aquella hermosa ciudad, vivían, estudiaban y tocaban en calles, jardines y pabellones abiertos, junto a los estanques y en los cafés, y sobre la hierba de los anchos bulevares, en una especie de Kyoto marciano.

Nirgal había visto la ciudad por primera vez durante una breve visita con Coyote. Entonces le había parecido demasiado grande y populosa, con demasiados extraños. Pero meses más tarde, cansado de vagabundear por el sur con Coyote, cansado de la soledad, recordó aquel lugar como si fuese el único destino posible. ¡Sabishii!

Fue a la ciudad y se instaló en una buhardilla, más pequeña que su habitación de bambú en Zigoto, apenas cabía la cama.

Participó en cursos, carreras, bandas de calipso y tertulias de café. Descubrió cuánta información almacenaba su atril, y lo ignorante y provinciano que era. Coyote le había dado unos bloques de peróxido de hidrógeno que él vendió a los issei a cambio del dinero que necesitaba. Cada día era una aventura, siempre sin programas, un torbellino de encuentros, y continuaba hasta que se dejaba caer rendido allá donde estuviera. Estudió areología e ingeniería ecológica, dándole a esas disciplinas que había empezado a estudiar en Zigoto un soporte matemático, y descubrió en las clases de Etsu y en la práctica que había heredado parte del don de su madre para ver la interrelación de todos los componentes de un sistema.

Así pasaba los días, dedicado a la adquisición de ese cuerpo de conocimiento, a ese trabajo fascinante que tantas posibilidades les abría en el mundo.

Luego, por las noches, podía derrumbarse exhausto en casa de un amigo después de hablar con un beduino de ciento cuarenta años sobre la Guerra del

Transcaucaso, o quizás tocaría la percusión o las marimbas hasta el alba con veinte polinesios y latinoamericanos intoxicados de kavajava; o podía estar en la cama con una de las bellezas oscuras de la banda, mujeres tan alegres como Jackie en sus buenos momentos, y mucho menos complicadas, o asistir con unos amigos a una representación de *El rey Juan*, de Shakespeare, donde descubriría la gran X de la estructura de la obra, el cambio de fortuna de Juan y del bastardo, y temblaría durante la escena central de esa X, cuando Juan ordena la muerte del joven Arturo. Después caminaría con sus amigos por la noche de la ciudad, hablando sobre la obra y la fortuna de algunos de los issei, o sobre las distintas fuerzas en Marte, o sobre la situación Tierra-Marte. Y la noche siguiente a ésa, después de pasar el día recorriendo el páramo, explorando las cuencas altas, impulsados por su deseo de ver tanta tierra como pudiesen, pasarían la noche en una pequeña tienda de supervivencia, acampados en uno de los circos altos al este de la ciudad, comiendo en la oscuridad mientras las estrellas llenaban el cielo púrpura y las flores alpinas se desvanecían en la depresión rocosa que los contenía a todos, como si estuviesen en la palma de la mano de un gigante.

Día tras día, esta incesante interacción con extraños le enseñaba al menos tanto como lo que aprendía en las clases. Esto no quería decir que Zigoto había hecho de él un ignorante: sus habitantes incluían una variedad tan grande de comportamientos humanos como para dejar pocas sorpresas para Nirgal en ese aspecto. En verdad empezó a comprender que había crecido en una especie de asilo de excéntricos, personas muy encorvadas por esos primeros años de presión excesiva en Marte.

Pero a pesar de eso había algunas sorpresas. Los nativos de las ciudades del norte, por ejemplo —y no sólo ellos, sino casi todos los que no procedían de Zigoto— tenían mucho menos contacto físico entre ellos de lo que Nirgal consideraba corriente. No se tocaban, ni se abrazaban, ni se acariciaban tanto, ni tampoco se empujaban o luchaban, ni se bañaban juntos, aunque algunos aprendieron a hacerlo en los baños públicos de Sabishii. Por eso Nirgal siempre sorprendía a la gente con su contacto. Decía cosas extrañas y le gustaba correr todo el día; fuesen cuales fuesen las razones, con el paso de los meses se encontró metido en numerosos grupos interconectados, bandas, células y pandillas. Era consciente de que destacaba, de que era el punto focal de algunos grupos, de que una partida de jóvenes lo seguía de café en café, día tras día, de que existía, en fin, algo como la «pandilla de Nirgal». Pronto aprendió a desviar esa atención si no la quería. Pero descubrió que a veces sí la deseaba.

Sobre todo cuando Jackie estaba allí.

—¡Jackie otra vez! —observó Art. No era la primera vez que aparecía en la conversación, ni tampoco la décima.

Nirgal asintió y el pulso se le aceleró.

Jackie también se había instalado en Sabishii, no mucho después que Nirgal. Había tomado una habitación cerca de la suya y asistía a las mismas clases. Y en el variable grupo de sus semejantes, a veces actuaban para el otro, sobre todo en la situación muy común en la que uno de ellos estaba seduciendo a otra persona o estaba siendo seducido.

Pronto comprendieron que no podían hacer esto a menudo, si no querían

alejar a sus compañeros, cosa que ninguno deseaba. Por eso se dejaban en libertad, excepto cuando a uno de los dos le desagradaba profundamente el compañero elegido por el otro. Así pues, juzgaban las parejas del otro y aceptaban la influencia recíproca. Y todo esto sin una palabra, siendo ese extraño comportamiento la única señal visible del influjo mutuo. Ambos tonteaban con muchas personas, entablaban nuevas amistades, relaciones amorosas. A veces pasaban semanas sin verse. Y sin embargo, en un nivel muy profundo (Nirgal meneó la cabeza con tristeza mientras trataba de expresar esto a Art), «se pertenecían el uno al otro».

Si cualquiera de los dos necesitaba confirmar ese vínculo, el otro respondía a la seducción con pasión. Sólo había ocurrido tres veces en los tres años que estuvieron en Sabishii, y sin embargo Nirgal sabía por esos encuentros que los dos estaban unidos, por la infancia común y todo lo que había ocurrido en ella, sí, pero también por algo más. Todo lo que hacían juntos era diferente de lo que hacían con otras personas, más intenso.

Con el resto de sus conocidos no había nada tan cargado de significado o de peligro. Nirgal tenía muchos amigos: una docena, un centenar, quinientos. Él siempre decía sí. Preguntaba y escuchaba, y apenas dormía. Asistía a las reuniones de cincuenta organizaciones políticas distintas, y estaba de acuerdo con las ideas de todas ellas, y pasó más de una noche hablando, decidiendo el destino de Marte y el de la raza humana. Algunos le caían mejor que otros. Nirgal podía hablar con un nativo del norte y sentir una empatia inmediata, iniciando una amistad que duraría para siempre. Muchas veces ocurría así. Pero de cuando en cuando alguna acción completamente ajena a su comprensión lo tomaba por sorpresa y le recordaba una vez más la infancia enclaustrada, casi claustrofóbica, que había tenido en Zigoto, que en algunos aspectos lo había hecho tan inocente como un duende criado bajo una seta.

—No, no me he formado en Zigoto —le dijo a Art, mirando detrás para asegurarse de que Coyote dormía—. Uno no puede escoger su infancia, simplemente ocurre. Pero después sí se escoge. Y yo elegí Sabishii. Eso fue lo que me formó.

—Quizá —dijo Art, frotándose el mentón—. Pero la infancia no son solamente esos años. La integran también las opiniones que uno tiene sobre esos años después. Por eso nuestra infancia dura tanto.

Un día, al alba, el intenso color ciruela del cielo iluminó la espectacular aleta de Acheron, recortándose al norte como un Manhattan de roca sólida aún virgen de rascacielos. El paisaje de cañones bajo la aleta era abigarrado y le daba a la tierra fracturada el aspecto de un cuadro.

—Eso es un montón de liquen —dijo Coyote.

Sax se sentó en el asiento contiguo y se inclinó hasta pegar la nariz al parabrisas, con una animación que no había mostrado desde el rescate. Bajo la cumbre de la aleta de Acheron había una hilera de ventanas espejadas que parecían un collar de diamante, y una apretada masa de verde ribeteaba la cima bajo el centelleo de una tienda.

—¡Parece que está ocupada de nuevo! —exclamó Coyote. Sax asintió.

Mirando por encima de sus hombros, Spencer dijo:

—Me pregunto quién habrá allí.

—No hay nadie —dijo Art. Todos lo miraron—. Me dijeron algo sobre esto durante mi formación en Sheffield. Es un proyecto de Praxis. Reconstruyeron el laboratorio y lo dejaron todo preparado. Y ahora esperan.

—¿Qué esperan?

—Esperan a Sax Russell, sobre todo. A Taneev, Kohl, Tokareva, Russell... —Miró a Sax y se encogió de hombros, como disculpándose.

Sax emitió un sonido inarticulado.

—¡Eh! —exclamó Coyote.

Sax carraspeó y volvió a intentarlo. Sus labios se cerraron y formaron una pequeña o, y un sonido horrible salió desde el fondo de su garganta:

—P-p-p-p-p. —Miró a Nirgal, gesticulando como si él pudiera comprenderlo.

—¿Por qué? —propuso Nirgal. Sax asintió.

Las mejillas le ardieron a Nirgal, como recorridas por una corriente eléctrica de profundo alivio, y se levantó de un salto y abrazó a Sax.

—¡Entiendes!

—Bien —dijo Art—, es un gesto. Fue idea de Fort, el tipo que fundó Praxis. «Quizá regresen», se supone que dijo a la gente de Praxis en Sheffield. No sé si se ocupó de los detalles.

—Ese Fort es extraño —dijo Coyote, y Sax asintió otra vez.

—Muy cierto —confirmó Art—. Pero me gustaría que lo conociesen. Me recuerda las historias que ustedes cuentan sobre Hiroko.

—¿Sabe él que estamos aquí? —preguntó Spencer.

El corazón de Nirgal dio un vuelco, pero Art no mostró ningún sobresalto.

—No lo sé. Lo sospecha. Él desea que ustedes estén aquí fuera.

—¿Dónde vive? —preguntó Nirgal.

—No lo sé. —Art describió su visita a Fort.— Así que no sé exactamente dónde está. En algún lugar del Pacífico. Pero si pudiese ponerme en contacto con él...

Nadie respondió.

—Bueno, quizá más adelante —dijo Art.

A través del parabrisas bajo, Sax contemplaba la lejana aleta rocosa, la diminuta hilera de ventanas iluminadas de los laboratorios vacíos y silenciosos. Coyote le pellizcó el cuello cariñosamente.

—Te gustaría regresar allí, ¿verdad? Sax graznó alguna cosa.

En la llanura desértica de Amazonis había pocos asentamientos. Eran las tierras marginales, y los viajeros las cruzaron rápidamente, hacía el sur, noche tras noche, durmiendo en la cabina a oscuras durante el día. El problema más

grave era encontrar lugares adecuados donde esconderse. En las planicies expuestas y desnudas como Amazonis el coche-roca destacaba como un bloque errático. Por lo general se pegaban a los montículos de deyecciones que rodeaban los pocos cráteres que encontraban. Después de la comida matutina Sax ejercitaba la voz, graznaba palabras incomprensibles, tratando de comunicarse, y fracasaba. Esto alteraba a Nirgal más que a Sax, quien, aunque visiblemente frustrado, no desesperaba. Pero él no había intentado hablar con Simón aquellas últimas semanas.

Coyote y Spencer se daban por satisfechos con estos progresos, y pasaban horas haciendo preguntas a Sax y pasándole tests que sacaban del atril de la IA, tratando de averiguar cuál era el problema.

—Afasia, evidentemente —dijo Spencer—. Me temo que los interrogatorios le hayan provocado una embolia. Y algunas embolias causan la llamada afasia no fluida.

—¿Es que existe alguna afasia *fluida?* —preguntó Coyote.

—Parece que sí. Se habla de afasia no fluida cuando el sujeto no puede leer ni escribir, y tiene dificultades para hablar o para encontrar las palabras adecuadas, y es muy consciente del problema.

Sax asintió, como confirmando la descripción.

—En la afasia fluida el sujeto habla mucho, pero no es consciente de que lo que está diciendo no tiene ningún sentido.

—Conozco a mucha gente con ese problema —comentó Art. Spencer lo ignoró.

—Tenemos que llevar a Sax con Vlad, Ursula y Michel.

—Eso es lo que estamos haciendo —dijo Coyote, que le apretó el brazo a Sax antes de retirarse a su catre.

La quinta noche después de dejar a los bogdanovistas, se aproximaron al ecuador y a la doble barrera del cable del ascensor caído.

Coyote había franqueado la barrera en esa región otras veces, utilizando un glaciar formado por uno de los acuíferos reventados en 2061, en Mángala Vallis. Durante la revolución, el agua y el hielo habían corrido por el viejo cauce seco unos ciento cincuenta kilómetros, y el glaciar que quedó cuando la avenida de agua se congeló había enterrado las dos vueltas del cable en la longitud 152°. Coyote había encontrado una ruta sobre un tramo inusualmente liso de ese glaciar, que le permitía cruzar las dos vueltas de cable.

Desgraciadamente, cuando se acercaron al Glaciar Mángala —una extensa masa de hielo marrón cubierto de grava que llenaba el fondo de un valle angosto— descubrieron que había cambiado desde la última vez que Coyote había estado allí.

—¿Dónde está la rampa? —repetía Coyote sin cesar—. Pero si estaba ahí mismo.

Sax graznó algo, y luego empezó a mover las manos como si amasara un pastel, sin dejar de mirar el glaciar a través del parabrisas.

Nirgal tuvo dificultades para asimilar la superficie del glaciar: era como

estática visual, un montón de manchas de blanco sucio, gris, negro y ocre, revueltas hasta hacer imposible discernir medidas, formas o distancias.

—Quizá no es el mismo sitio —sugirió.

—Pues claro que lo es —dijo Coyote.

—¿Estás seguro?

—Dejé indicadores. Mira, allí hay uno. Esa pista en la morrena lateral. Pero más allá tendría que haber una rampa hasta el hielo liso, y no hay nada más que una muralla de icebergs. Mierda. He usado este camino durante diez años.

—Pues tienes suerte de que te haya durado tanto —dijo Spencer—. Los glaciares marcianos son más lentos que los terranos, pero aun así continúan deslizándose pendiente abajo.

Coyote soltó un gruñido. Sax graznó algo, y luego dio unos golpecitos a la puerta interior de la antecámara. Quería salir al exterior.

—¿Y por qué no? —murmuró Coyote, mirando el mapa en pantalla—. De todas maneras tendremos que pasar el día aquí.

Así que con las primeras luces del alba, Sax vagó entre los detritos arrancados por el paso del glaciar: una pequeña criatura erguida cuyo casco irradiaba luz, como un pez abisal en busca de comida. Sin saber por qué a Nirgal se le encogió el corazón al verlo, y se vistió y salió a acompañarlo.

Avanzó envuelto en el agradable frío de la mañana gris, de roca en roca, siguiendo el curso errático de Sax a través de la morrena. El cono de la linterna de Sax iluminaba uno a uno pequeños mundos misteriosos, las dunas y las erizadas plantas de poca altura que llenaban las grietas y los huecos de las rocas. Todo era gris, pero los grises de las plantas tenían tonos oliva, caqui o marrón, salpicados de puntos claros: flores, sin duda de atractivos colores a la luz del sol, pero ahora de un gris claro luminoso, resplandeciendo entre gruesas hojas carnosas. Por el intercom Nirgal oyó carraspear a Sax, y la pequeña figura señaló una roca. Nirgal se puso en cuclillas para inspeccionarla. En las grietas había algo parecido a unas setas secas, con los sombrerillos apergaminados salpicados de puntos negros y jaspeados por una capa de sal. Sax graznó cuando Nirgal tocó una, pero no pudo decir lo que quería.

Se miraron.

—No pasa nada —dijo Nirgal, atormentado de nuevo por el recuerdo de Simón.

Pasaron a otra isla de vegetación. Las áreas en las que sobrevivían las plantas parecían pequeños porches separados por zonas de roca seca y arena. Sax se detenía unos quince minutos en cada *fellfield* escarchado, moviéndose con torpeza. Había muchas clases de plantas, y sólo después de visitar varias cañadas empezó Nirgal a advertir que algunas se repetían una y otra vez. Ninguna se parecía a las plantas que él había cultivado en Zigoto, ni tampoco a nada de lo que había en el arborelo de Sabishii. Sólo la plantas de primera generación, líquenes, musgos y hierbas, le eran familiares, como las que cubrían el suelo en las cuencas altas que dominaban Sabishii.

Sax no volvió a intentar hablar, pero la lámpara del casco era como un dedo acusador, y Nirgal a menudo dirigía su lámpara a la misma zona, doblando la

iluminación. El cielo se volvió rosado, y pareció que estaban en una zona de sombra, con la luz del sol encima de sus cabezas.

Entonces Sax dijo:

—¡Dr-! —y apuntó la linterna hacia una pendiente de grava sobre la cual crecía un entramado de ramas leñosas, como una malla colocada allí para contener los escombros—. *¡Dr-!*

—Dríada —dijo Nirgal, reconociéndola.

Sax asintió enfáticamente. Las rocas que pisaban estaban manchadas de liquen verde pálido. Sax señaló una mancha y dijo:

—Man-za-na. Roja. Mapa. Musgo.

—¡Eh! —exclamó Nirgal—. Lo has dicho muy bien.

El sol salió y proyectó las sombras de los dos hombres sobre la pendiente de grava. De pronto, la luz reveló las diminutas flores de la dríada, los pétalos de marfil protegiendo los estambres de oro.

—Drí-ada —graznó Sax.

El haz de luz de las linternas era ahora invisible, y los colores de las flores resplandecían. Nirgal oyó un ruido por el intercom y miró a través del visor de Sax. El hombre lloraba, las lágrimas le corrían por las mejillas.

Nirgal estudió detenidamente los mapas y fotografías de la región.

—Tengo una idea —le dijo a Coyote.

Y esa noche partieron hacia el Cráter Nicholson, situado unos cuatrocientos kilómetros al oeste. El cable tenía que haber caído sobre ese gran cráter, al menos en la primera vuelta, y a Nirgal le parecía probable que hubiese alguna abertura o desfiladero en el borde.

Bastante probable, pues cuando subieron a la colina de cima chata que formaba la falda norte del cráter y alcanzaron el borde erosionado vieron el extraño espectáculo de una línea negra que cruzaba el cráter por su centro a unos cuarenta kilómetros de donde ellos estaban; parecía un objeto dejado por alguna raza de gigantes ya olvidada.

—¿Del Gran Hombre? —preguntó Coyote.

—El mechón de pelo —propuso Spencer.

—O la seda dental negra —dijo Art.

La pared interior del cráter era mucho más escarpada que la exterior, pero había numerosos desfiladeros en el borde y bajaron sin problema por la pendiente estable de un antiguo alud de tierra, y luego cruzaron el suelo del cráter siguiendo la curva del muro interior septentrional. Al aproximarse al cable

advirtieron que emergía de una depresión que había abierto en el borde y caía graciosamente hacia el suelo del cráter, como el cable de suspensión de un puente enterrado.

Pasaron despacio por debajo del cable. Cuando dejaba el borde estaba casi a setenta metros del suelo del cráter, y no lo alcanzaba hasta un kilómetro más allá. Enfocaron las cámaras del rover hacia arriba y contemplaron la imagen de la pantalla con curiosidad: pero el cilindro negro aparecía informe contra las estrellas, y sólo pudieron especular sobre la temperatura que habría alcanzado el carbono durante el descenso.

—Esto es estupendo —declaró Coyote mientras subían por una suave pendiente de depósitos cólicos, seguían un desfiladero en el borde y salían del cráter—. Esperemos que haya un camino para cruzar la segunda vuelta.

Desde el flanco meridional de Nicholson se alcanzaba a ver a muchos kilómetros en dirección sur, y a medio camino del horizonte estaba la línea negra de la segunda vuelta del cable. Esa sección había golpeado con mucha más violencia que la primera vuelta, y dos ringleras de deyecciones corrían paralelas al cable, que apenas sobresalía de la zanja que había abierto en la llanura.

Al acercarse, zigzagueando entre las deyecciones, pudieron ver que el cable era una masa de escombros ennegrecidos, una cordillera de carbono entre tres y cinco metros más alta que la llanura, y de flancos escarpados; no parecía posible que el rover-roca pudiese circular sobre ella.

Sin embargo, más hacia el este había un declive en los escombros, y cuando se acercaron para investigar descubrieron el impacto de un meteorito posterior a la caída del cable; había aplastado el cable y las deyecciones laterales y abierto un cráter, tachonado con fragmentos de cable y trozos de la matriz de diamante que recorriera el interior del cable. Era un cráter irregular, sin un borde definido que les obstaculizara el paso. Parecía posible atravesarlo.

—Increíble —dijo Coyote.

Sax meneó la cabeza vigorosamente.

—Dei..., Dei...

—Fobos —dijo Nirgal, y Sax asintió.

—¿Tú crees? —dijo Spencer.

Sax se encogió de hombros, pero Coyote y Spencer discutieron la posibilidad con entusiasmo. El cráter era oval, lo que llamaban un cráter- bañera, y eso apoyaba la teoría de un impacto de ángulo bajo. La posibilidad de que un meteorito diera contra el cable era muy rara, pero los fragmentos de Fobos habían caído sobre todo en la zona ecuatorial y por tanto no era tan extraño que uno de ellos hubiese golpeado el cable.

—Muy oportuno —dijo Coyote luego de franquear el pequeño cráter y de echar hacia el sur de la zona de deyecciones.

Aparcaron cerca de una de las últimas grandes rocas despedidas por el impacto, se pusieron los trajes y regresaron para echar un vistazo al lugar.

Había rocas brechadas por todas partes, y no era fácil determinar cuáles eran pedazos del meteorito y cuáles deyecciones originadas por la caída del cable. Pero

Spencer era especialista en la identificación de rocas y tomó varias muestras de lo que según él era condrito carbonoso exótico, probablemente del meteorito. Haría falta un análisis químico para estar seguro; pero cuando regresaron al coche las examinó con lupa y declaró que en efecto eran pedazos de Fobos.

—Arkadi me mostró un trozo igual a éste la primera vez que bajó. — Fueron pasándose la pesada roca ennegrecida.— El impacto la ha convertido en metamórfica —dijo Spencer cuando la piedra volvió a sus manos—. Supongo que habría que llamarla fobosita.

—No es la roca más escasa en Marte, por cierto —dijo Coyote.

Al sudoeste del Cráter Nicholson, los dos grandes cañones paralelos que formaban las Medusae Fossae se extendían por más de trescientos kilómetros, adentrándose en el corazón de las tierras altas meridionales. Coyote se decidió por Medusa Este, la mayor de las dos fracturas.

—Me gusta conducir por los cañones siempre que puedo, para ver si hay algún saliente o caverna en las paredes. Así es como encontré la mayoría de mis escondrijos.

—¿Y si tropiezas con un escarpe transversal que cruza todo el cañón?

—preguntó Nirgal.

—Pues doy marcha atrás. Lo he hecho infinidad de veces, no creas. Así que marcharon por el cañón, que resultó ser bastante llano, el resto de la noche. La noche siguiente, a medida que avanzaban hacia el sur, el suelo empezó a subir en escalones que siempre podían salvar. Acababan de coronar un escalón cuando Nirgal, que iba al volante, frenó el coche.

—¡Hay edificios allí!

Todos se amontonaron para mirar por el parabrisas. En el horizonte, bajo el muro oriental del cañón, se alzaba un grupo de pequeñas construcciones de piedra.

Luego de estudiarlas durante media hora por los diferentes monitores, Coyote se encogió de hombros.

—No hay señales de calor o electricidad. Parece deshabitado. Vayamos a echar un vistazo.

Condujeron hacia los edificios y se detuvieron junto a un gigantesco trozo de la pared del acantilado que se había desprendido y había rodado lejos. Desde allí pudieron ver que las construcciones estaban al aire libre, sin tienda que las albergase, y eran bloques macizos de una roca blanquecina semejante al *caliche blanco* de las tierras desoladas al norte de Olimpo. Unas pequeñas figuras blancas se erguían inmóviles entre los edificios y en las plazas bordeadas de árboles blancos. Todo era de piedra.

—Estatuas —dijo Spencer—. ¡Una ciudad de piedra!

—Muh —graznó Sax, y golpeó el salpicadero con furia, dando cuatro golpes secos que los sobresaltaron—. ¡Muh!-¡du!-¡sa!

Spencer, Art y Coyote rieron. Palmearon a Sax en los hombros como si fueran a derribarlo. Entonces se pusieron los trajes y salieron para ver la ciudad más de

cerca.

Las paredes blancas de los edificios tenían un resplandor sobrenatural a la luz de las estrellas, como tallas de jabón gigantescas. Había unas veinte construcciones, y muchos árboles, unas doscientas figuras humanas y algunos leones entre ellas. Todo tallado en una piedra blanca que Spencer identificó como alabastro. La plaza central parecía haberse petrificado durante una activa mañana: había un bullicioso mercado agrícola y un grupo reunido en torno a dos hombres que jugaban al ajedrez con unas piezas que les llegaban a la cintura sobre un enorme tablero. Las piezas y los cuadrados negros del tablero destacaban violentamente en el paisaje: ónice en un mundo de alabastro.

Otro grupo de estatuas era el público de un malabarista, que levantaba la vista hacia unas pelotas invisibles. Varios leones observaban atentamente esta exhibición, como preparados para saltar si el malabarista se acercaba demasiado. Las caras de las estatuas, felinas o humanas, eran redondas y casi sin facciones, pero de algún modo expresaban una actitud.

—Miren la disposición circular de los edificios —dijo Spencer por el intercom—. Es arquitectura bogdanovista, o algo parecido.

—Ningún bogdanovista me habló nunca de esto —dijo Coyote—. Ni siquiera creo que hayan estado en la región. Al menos no conozco a ninguno que lo haya hecho. Es una región remota. —Miró alrededor con una sonrisa en los labios.— ¡Alguien se entretuvo un rato con esto!

—Es extraño lo que la gente llega a hacer —dijo Spencer.

Nirgal vagó por los límites del conjunto, ignorando la charla del intercom, mirando una cara tras otra, asomándose a umbrales y ventanas de piedra blanca, el pulso agitado. Era como si el escultor hubiese creado aquel lugar para comunicarse con él. El mundo blanco de su infancia, clavado en el corazón del verde... o, allí fuera, en el rojo...

Reinaba una extraña sensación de paz en el lugar. No era sólo silencio, sino la maravillosa relajación de las figuras, la calma fluida de sus posturas. Marte podía ser así. No más ocultamiento, o más contiendas, los niños correteando por el mercado, los leones paseando entre ellos como gatos...

Después de una extensa visita a la ciudad de alabastro regresaron al coche y reemprendieron la marcha. Unos quince minutos más tarde, Nirgal avistó otra estatua, el bajorrelieve blanco de una cara que emergía de la pared del acantilado opuesta a la ciudad.

—Medusa en persona —dijo Spencer, mientras apartaba de su boca el vaso de bebida de cada noche.

La mirada de basilisco de la gorgona se dirigía a la ciudad, y las serpientes de piedra de su pelo se retorcían hacia el acantilado, como si la roca hubiese asido su cabellera para impedirle emerger por completo del planeta.

—Hermosa —dijo Coyote—. Recuerden esa cara; si no me equivoco, es el autorretrato del escultor.

Siguió conduciendo y Nirgal estudió la cara de piedra con curiosidad. Parecía asiática, aunque quizá sólo se debiera al tirante pelo serpentino. Trató de memorizar las facciones, sintiendo que era alguien a quien ya conocía.

Salieron del cañón de la Medusa antes del alba, y se detuvieron para el descanso del día y el trazado de la nueva ruta. Más allá del Cráter Burlón, que tenían delante, las Memnonia Fossae atravesaban el terreno de este a oeste durante centenares de kilómetros, bloqueándoles el paso hacia el sur. Tenían que ir hacia el oeste, hacia los cráteres Williams y Ejriksson, y luego al sur otra vez, hacia el Cráter Columbus, y después zigzaguear a través de un estrecho desfiladero en las Sirenum Fossae, más hacia el sur. Una danza continua alrededor de cráteres, grietas, escarpes y hondonadas. Las tierras altas del sur eran extremadamente accidentadas comparadas con los extensos paisajes llanos del norte. Art hizo un comentario a propósito de las diferencias y Coyote dijo con irritación:

—Estamos en un planeta, hombre. Hay paisajes de todo tipo.

El despertador sonaba cada día una hora antes de la puesta de sol y con las últimas luces del día desayunaban frugalmente mientras contemplaban los colores incandescentes y las sombras que se extendían sobre el paisaje desigual. Luego emprendían la marcha, sin poder recurrir al piloto automático, franqueando el terreno fracturado. Nirgal y Art se hacían cargo de ese turno sepulcral casi todas las noches, y continuaban sus largas conversaciones. Cuando las estrellas palidecían y la intensa luz violeta del alba teñía el cielo oriental, buscaban un lugar donde el rover- roca pasara desapercibido —en esas latitudes era un trabajo sencillo: bastaba con detener el coche, como decía Art—, y cenaban sin prisas, contemplando el brusco resplandor del amanecer y los repentinos campos de sombras que creaba. Un par de horas más tarde, luego de una sesión de planificación y de algún ocasional paseo por el exterior, oscurecían las ventanas y pasaban el día durmiendo.

Al final de otra larga noche de conversación sobre sus respectivas infancias, Nirgal dijo:

—Supongo que sólo cuando fui a Sabishii me di cuenta de que Zigoto era...

—¿Insólito? —dijo Coyote desde el catre, detrás de ellos—. ¿Único?

¿Extraño? ¿Como Hiroko?

A Nirgal no le sorprendió, pues Coyote dormía muy mal y a menudo musitaba con voz soñolienta un comentario a la narración de Art y Nirgal,

que ellos ignoraban, porque en realidad estaba dormido. Pero esta vez Nirgal dijo:

—Creo que Zigoto es un reflejo de Hiroko. Ella es muy introvertida.

—Ja —dijo Coyote—. No solía serlo.

—¿Y eso cuándo? —saltó Art, girando en la silla para incluir a Coyote en la tertulia.

—Oh, hace mucho tiempo, antes del principio —dijo Coyote—. En la prehistoria, allá en la Tierra.

—¿Fue entonces cuando la conociste? Coyote gruñó afirmativamente.

Cuando hablaba con Nirgal siempre se detenía en ese punto. Pero ahora, con Art allí, las únicas tres personas despiertas en el mundo, en un pequeño círculo

iluminado por la pantalla de infrarrojos, el rostro enjuto y torvo de Coyote mostró una expresión distinta de la terca desaprobación de siempre, y Art se inclinó hacia él y preguntó con avidez:

—¿Y como fue que llegaste a Marte?

—Ay, Dios —exclamó Coyote y se tendió de costado, con la cabeza apoyada en una mano—. Es difícil recordar algo tan lejano. Es como si recitase un poema épico que aprendí hace mucho tiempo, y que apenas recuerdo.

Levantó la vista y los miró, y luego cerró los ojos, como si intentase recordar los primeros versos. Los dos hombres más jóvenes lo observaban esperando.

—Todo fue obra de Hiroko, por supuesto, ella y yo éramos amigos. Nos conocimos muy jóvenes, cuando estudiábamos en Cambridge. Los dos teníamos frío en Inglaterra y nos calentábamos mutuamente. Eso fue antes de que ella conociese a Iwao, y mucho antes de que se convirtiera en la gran diosa madre del mundo. Y en aquel entonces compartimos muchas cosas. Éramos forasteros en Cambridge y teníamos talento. Vivimos juntos dos años, y todo fue muy parecido a lo que Nirgal ha dicho a propósito de Sabishii, incluso lo de Jackie. Aunque Hiroko…

Volvió a cerrar los ojos, como tratando de evocarlo.

—¿Siguieron juntos? —preguntó Art.

—No. Ella regresó al Japón y yo la acompañé un tiempo, pero tuve que regresar a Tobago cuando mi padre murió. Las cosas cambiaron. Pero seguimos en contacto, y nos encontrábamos en las convenciones científicas, y cuando nos encontrábamos nos peleábamos, o nos prometíamos amor eterno. O las dos cosas. En realidad, no sabíamos lo que queríamos, o cómo conseguirlo si admitíamos lo que queríamos. Entonces empezó la selección de los Primeros Cien. Yo estaba en la cárcel, en Trinidad, por oponerme a la legislación sobre banderas acomodaticias. Pero si hubiese estado en libertad tampoco habría tenido ninguna posibilidad de que me seleccionasen. Ni siquiera estaba seguro de querer venir. Pero o bien Hiroko recordó nuestras promesas o bien pensó que podía serle útil, nunca lo supe. Así que se puso en contacto conmigo y me dijo que si yo quería ella me escondería en la granja del *Ares y* después en la colonia de Marte. Ella siempre ha pensado con audacia, eso se lo concedo.

—¿No te pareció un plan disparatado? —preguntó Art con los ojos muy abiertos.

—¡Pues claro! —Coyote rió.— Pero todos los planes buenos son disparatados. Y en aquellos momentos mis expectativas no eran muy brillantes. Y si no me hubiese decidido, no habría vuelto a ver a Hiroko nunca más. —Miró a Nirgal con una sonrisa torva.— Así que decidí intentarlo. Todavía estaba en la cárcel, pero Hiroko tenía unos amigos curiosos en Japón, y una noche me encontré con un trío de hombres enmascarados que me sacaron de la celda; todos los guardias de la prisión estaban narcotizados. Me llevaron en helicóptero hasta un buque cisterna, y en él viajé hasta Japón. Los japoneses construían la estación espacial que rusos y americanos estaban utilizando para montar el *Ares;* me metieron en uno de los nuevos aviones espaciales, que me llevó al *Ares* poco antes de que se completase la construcción. Me colaron dentro con parte del equipo de granja que Hiroko había encargado, y después fue cosa mía. ¡Tuve que apañármelas solo para sobrevivir, desde ese momento hasta ahora! Lo que significa que pasé

bastante hambre hasta que el *Ares* inició el viaje. Después de eso, Hiroko se ocupó de mí. Dormía en un almacén detrás de los cerdos, y andaba por ahí furtivamente, lo cual fue mucho más fácil de lo que piensan, porque la nave era muy grande. Y cuando Hiroko tomó confianza con el equipo de la granja, me presentó a ellos y todo fue aún más fácil. Pero las cosas se pusieron feas durante las primeras semanas después del aterrizaje. Yo bajé en un desembarcador en el que sólo iban miembros del equipo de la granja, y ellos me instalaron en un armario dentro de uno de los remolques. Hiroko construyó los invernaderos tan deprisa sobre todo para sacarme de ese armario, o eso me dijo.

—¿Viviste en un armario?

—Durante un par de meses. Fue peor que la cárcel. Pero después me trasladé al invernadero, y empecé a reunir el material que necesitaríamos llevar cuando nos fuésemos de allí. Iwao había ocultado el contenido de dos naves de carga desde el principio. Y después de que construyésemos un rover con piezas de recambio, pasé mucho tiempo lejos de la Colina Subterránea, explorando el terreno caótico, buscando un buen lugar para nuestro refugio secreto, y luego trasladando material allí. Pasé más tiempo que nadie en la superficie, más que Ann incluso. Cuando el equipo de la granja finalmente se trasladó al refugio, yo ya me había acostumbrado a pasar mucho tiempo solo. Sólo yo y el Gran Hombre, recorriendo el planeta. Os diré una cosa, era como estar en el cielo. Bueno, no era el cielo, era Marte, puro Marte. Supongo que en cierto modo perdí la razón. Pero me gustaba tanto... No puedo explicar cómo me sentía.

—Debiste recibir un montón de radiación. Coyote rió.

—¡Oh, sí! Entre esos viajes y la tormenta solar en el *Ares* recibí más rems que nadie de los Primeros Cien, excepto quizá John. Tal vez por eso estoy chalado. Pero en fin —se encogió de hombros y miró a Art y Nirgal—

, aquí estoy. El polizón.

—Asombroso —dijo Art.

Nirgal asintió; nunca había conseguido que su padre le revelase ni una décima parte de toda esa información acerca de su pasado. Miró a Art y luego a Coyote, y otra vez a Art, preguntándose cómo lo había conseguido. Y cómo lo había conseguido con él mismo también, porque Nirgal no sólo había intentado explicarle sus vivencias, sino también lo que éstas habían significado para el, lo que era mucho más complicado. Al parecer, Art tenía ese talento, aunque era difícil precisar en qué consistía: quizá sólo era la expresión de su cara, esa mirada intensa y concentrada, esas preguntas francas y atrevidas, que dejaban a un lado las minucias e iban al corazón de las cosas, dando por supuesto que toda persona desea hablar, definir el sentido de su vida, incluso ermitaños reservados y extraños como Coyote.

—Bien, no fue tan duro —decía Coyote en ese momento—. Ocultarse no es tan difícil como la gente cree, tienen que tener eso claro. Lo complicado es actuar mientras te escondes.

Al decir eso, frunció el ceño, y luego señaló con un dedo a Nirgal.

—Por eso al fin tendremos que revelar nuestra presencia y luchar abiertamente. Por eso te mandé a Sabishii.

—¿Qué...? ¡Pero si tú me dijiste que no debería ir! ¡Dijiste que sería mi ruina!

—Así es como conseguí que fueras.

Mantuvieron esa vida de conversación nocturna durante casi una semana, y al final de la semana se acercaron a una pequeña región habitada en torno al agujero de transición que habían abierto en medio de los cráteres Hiparco, Eudoxo, Tolomeo y Li Fan. Había varias minas de uranio en las faldas de esos cráteres, pero Coyote no propuso ninguna acción de sabotaje y condujeron sin pausa para dejar atrás el agujero tolemaico y salir de la región lo antes posible. Pronto llegaron a las Thaumasia Fossae, el quinto o sexto gran sistema de fallas que encontraban en el viaje. A Art le pareció curioso, pero Spencer le explicó que la protuberancia de Tharsis estaba rodeada de sistemas de fallas causadas por su levantamiento, y puesto que estaban circunnavegando la protuberancia, tropezaban con todas. Thaumasia era uno de los sistemas más grandes, y allí se encontraba la gran ciudad de Senzeni Na, fundada junto a uno de los agujeros de transición de la latitud cuarenta, uno de los primeros que se excavaron y uno de los más profundos. Ya llevaban más de dos semanas viajando, y necesitaban aprovisionarse en uno de los escondrijos de Coyote.

Pasaron al sur de Senzeni Na, y cerca del alba estaban zigzagueando entre antiguos montes rocosos. Pero cuando tropezaron con una avalancha de tierra que caía desde un escarpe accidentado de poca altura, Coyote empezó a maldecir. En el suelo había marcas de rovers, cilindros de gas aplastados, cajas de comida y contenedores de combustible desparramados por todas partes.

Todos contemplaron el panorama.

—¿Tu escondite? —preguntó Art, lo que provocó una nueva salva de exabruptos.

—¿Quién ha sido? —preguntó Art—. ¿La policía?

Nadie respondió. Sax se sentó en uno de los asientos delanteros y comprobó el estado de los suministros. Coyote siguió despotricando furiosamente, y se dejó caer en el otro asiento.

—No fue la policía —le dijo finalmente a Art—. No a menos que hayan empezado a usar los rovers de Vishniac. No, estos ladrones son de la resistencia, malditos sean. Probablemente una unidad que tiene la base en Argyre. No se me ocurre que haya podido ser nadie más. Ese grupo sabe dónde están algunos de mis viejos escondites y están furiosos conmigo desde que saboteé un asentamiento minero en los Charitum, porque a raíz de eso lo clausuraron y ellos perdieron su principal fuente de suministros.

—Deberían tratar de mantenerse todos del mismo lado —dijo Art.

—Cierra el pico —le aconsejó Coyote—. Es siempre la misma historia —dijo después con amargura mientras se alejaban—. La resistencia comienza a luchar contra sí misma, porque es lo único que puede vencer. Es imposible crear un movimiento con más de cinco personas sin que haya al menos un idiota.

Continuó en esa misma línea un buen rato. Al fin, Sax dio unos golpecitos en los indicadores y Coyote dijo con rudeza:

—¡Ya lo sé!

Ya era pleno día y detuvo el rover en una hendidura entre dos de las

antiquísimas colinas; oscurecieron las ventanas y se tendieron en los estrechos camastros.

—¿Cuántos grupos de la resistencia hay? —preguntó Art.

—Nadie lo sabe —contestó Coyote.

—Bromeas.

Nirgal habló antes de que Coyote replicara.

—Hay unos cuarenta en el hemisferio sur. Y algunas disensiones entre ellos que vienen de antiguo se están volviendo agrias. Hay grupos de la línea dura ahí fuera. Rojos radicales, grupos de seguidores de Schnelling escindidos, distintos grupos fundamentalistas... Están causando problemas.

—¿Pero acaso no trabajan todos por una causa común?

—No lo sé. —Nirgal recordó discusiones en Sabishii, algunas violentas, que se prolongaban toda la noche, entre estudiantes que en realidad eran amigos.— Quizá no.

—¿Pero es que todavía no lo han hablado?

—Formalmente no.

Art parecía sorprendido.

—Pues deberían hacerlo —dijo.

—¿Hacer qué? —preguntó Nirgal.

—Deberían convocar una reunión de todos los grupos de la resistencia y ver si pueden ponerse de acuerdo en lo que tratan de hacer. Intentar limar las diferencias.

Aparte de un bufido escéptico de Coyote, no hubo respuesta. Después de un largo silencio, Nirgal dijo:

—Tengo la impresión de que algunos de esos grupos desconfían de Gameto por los Primeros Cien que viven allí. Nadie quiere renunciar a su autonomía frente al que ya perciben como el refugio más poderoso.

—Pero eso podría discutirse en la reunión —dijo Art—. Entre otras cosas. Necesitan trabajar unidos, sobre todo si la policía transnac empieza a actuar después de lo que han averiguado por Sax.

Sax asintió. Los demás lo consideraron en silencio. Más tarde Art empezó a roncar, pero Nirgal estuvo despierto durante horas, pensando.

Llegaron a las cercanías de Senzeni Na algo apurados. Los alimentos serían suficientes si los racionaban, y el agua y los gases se reciclaban con tanta eficacia que apenas se perdía nada. Pero se les estaba acabando el combustible para el coche.

—Necesitamos unos cincuenta kilos de peróxido de hidrógeno —dijo Coyote.

Condujo hasta el borde del cañón más grande de Thaumasia; y allí, en la pared opuesta, estaba Senzeni Na, tras unas grandes láminas de cristal, las arcadas pobladas de altos árboles. El suelo del cañón frente a la ciudad estaba

cubierto de tubos peatonales, pequeñas tiendas, la gran fábrica del agujero de transición, el propio agujero, que era un gigantesco hoyo negro en el extremo sur del complejo, y el cordón de residuos, que corría por el cañón y se perdía en el norte. Ese agujero era el más profundo de Marte, tan profundo que la roca empezaba a ser un poco plástica en el fondo; «se está reblandeciendo», decía Coyote. Dieciocho kilómetros de profundidad, y la litosfera en esa zona tenía veinticinco.

La explotación del agujero estaba automatizada casi por competo, y la gran mayoría de la población de la ciudad nunca se acercaba a él. Muchos de los camiones robóticos que transportaban la roca extraída utilizaban peróxido de hidrógeno como combustible, de modo que en los almacenes cercanos al agujero encontrarían lo que necesitaban. Y la seguridad allí databa de antes de la revolución, había sido concebida en parte por John Boone, así que era lamentablemente inadecuada para enfrentarse a los métodos de Coyote, sobre todo porque tenía todos los viejos programas de John en su IA.

El cañón era excepcionalmente largo, y el mejor itinerario de Coyote para llegar al suelo desde el borde era un sendero de escalada unos diez kilómetros cañón abajo del agujero.

—No hay problema —dijo Nirgal—. Lo traeré a pie.

—¿Cincuenta kilos? —objetó Coyote.

—Yo lo acompañaré —dijo Art—. Quizá no pueda hacer levitación mística, pero puedo correr.

Coyote reflexionó, y luego asintió.

—Yo los guiaré por el acantilado.

Y en el lapso marciano Nirgal y Art se pusieron en camino con unas mochilas vacías sobre los tanques de aire, y corrieron con facilidad por el liso suelo del cañón, por la zona norte de Senzeni Na. A Nirgal le parecía cosa fácil. Llegaron al complejo del agujero de transición sin contratiempos; a la luz de las estrellas se añadía ahora la difusa luz de la ciudad, que brillaba a través del cristal y se reflejaba en el muro opuesto. El programa de Coyote les permitió franquear la antecámara de un garaje y entrar en un almacén tan deprisa como si tuviesen derecho a estar allí, sin señales de que hubiesen tropezado con ninguna alarma. Pero mientras cargaban los pequeños contenedores de peróxido de hidrógeno en las mochilas todas las luces se apagaron y las puertas de emergencia se cerraron.

Art corrió hacia la pared opuesta a la puerta, colocó una carga y se apartó. La carga explotó con un sonoro estampido y abrió un respetable boquete en la fina pared del almacén. Los dos hombres saltaron fuera y echaron a correr entre las dragas gigantescas del muro perimétrico. Unas figuras con traje se precipitaron por el tubo peatonal que venía de la ciudad, y los dos intrusos tuvieron que esconderse detrás de una de las dragas, una estructura tan descomunal que ellos podían estar de pie en las rendijas de las cintas de tracción. Nirgal sintió los latidos de su corazón contra el metal. Las figuras entraron en el almacén y Art corrió y colocó otra carga; el fogonazo deslumbró a Nirgal, que se escurrió por la abertura en el muro y corrió sin sentir los treinta kilos de combustible rebotándole sobre la espalda y aplastando los tanques de aire tras la columna. Art corría delante, desmayado por la gravedad marciana, pero con sus sorprendentes zancadas. Nirgal casi rió mientras se esforzaba por alcanzarlo;

regularizó el ritmo *y* cuando llegó a la altura de Art trató de enseñarle con su ejemplo a usar los brazos apropiadamente, como si nadara en el espacio, en vez de moverlos frenéticamente y desequilibrarse con tanta frecuencia. A pesar de la oscuridad y de la velocidad, a Nirgal le pareció que Art movía los brazos con más suavidad.

Nirgal tomó la delantera y trató de seguir la ruta más despejada por el suelo del cañón, la que tuviese menos rocas. La luz de las estrellas bastaba para iluminarles el camino. Art seguía rebotando a su derecha, apremiándole. Se convirtió casi en una carrera, y Nirgal avanzó mucho más deprisa que en otras circunstancias. El secreto estaba en el ritmo, la respiración y la distribución del calor. Era sorprendente ver lo bien que se las arreglaba Art para sostener su paso sin la ventaja de ninguna disciplina. Era un animal poderoso.

De pronto apareció Coyote y el susto casi los derribó. Subieron gateando por el sendero rocoso del acantilado y llegaron al borde, otra vez bajo la bóveda de estrellas y con Senzeni Na como una nave espacial reluciente sumergida en el acantilado opuesto.

En el rover-roca, Art, aún jadeando, dijo:

—Vas a tener que... enseñarme ese *lunggom.* Por Dios que corres rápido.

—Vaya, tú también. No sé cómo lo haces.

—Miedo. —Meneó la cabeza, aspiró aire.— Estas cosas son peligrosas —se quejó a Coyote.

—No tengo la culpa —saltó Coyote—. Si esos desgraciados no hubiesen robado mis suministros, no nos habríamos visto obligados a hacerlo.

—Sí, pero tú haces cosas como ésta todo el tiempo, ¿no es así? Y es peligroso. Quiero decir que necesitan hacer algo más que sabotaje en estas tierras desoladas. Algo sistémico.

Descubrieron que cincuenta kilos era el mínimo imprescindible para llegar a casa, de manera que marcharon hacia el sur con todos los sistemas no críticos apagados, el interior del rover a oscuras y bastante frío. También hacía frío fuera; en las noches cada vez más largas de los inicios del invierno meridional empezaron a encontrar escarcha y montículos de nieve. Los cristales de la cima de los montículos servían de núcleo de láminas de hielo que crecían hasta formar flores de hielo. Rodaron por esos campos cristalinos, que resplandecían débilmente a la luz de las estrellas, hasta que todo se fundió en un gran manto blanco de nieve, hielo, escarcha y flores de hielo. Condujeron despacio y una noche se les acabó el peróxido de hidrógeno.

—Teníamos que haber conseguido más —dijo Art.

—Cállate —replicó Coyote.

Siguieron con las balerías, que no durarían mucho. En la oscuridad absoluta del coche, la luz proyectada por el mundo blanco del exterior era fantasmal. Ninguno hablaba, excepto para discutir los aspectos esenciales de la marcha. Coyote confiaba en que la distancia que recorrerían con las baterías bastaría para dejarlos a la vista del hogar, pero si algo fallaba, si una rueda encallaba... Tendrían que intentarlo a pie, pensó Nirgal. Correrían. Pero Spencer y Sax no

llegarían muy lejos corriendo.

En la sexta noche después de la incursión en Senzeni Na, casi al final del lapso marciano, vieron delante de ellos una línea de blanco inmaculado que al principio engrosaba el horizonte y luego se separó de él: los acantilados blancos del casquete polar sur.

—Parece un pastel de bodas —dijo Art, sonriendo.

La batería estaba casi agotada y el coche avanzaba cada vez más despacio. Pero Gameto estaba a unos pocos kilómetros rodeando el casquete polar en el sentido de las agujas del reloj. Y así, justo después del alba, Coyote guió el coche a paso de tortuga hasta el garaje exterior del complejo del borde de Nadia. Recorrieron a pie el último tramo, a la cruda luz de la mañana, la escarcha nueva crujiendo bajo sus pies, entre sombras alargadas y bajo el gran saliente blanco de hielo seco.

Gameto le provocó la misma sensación de siempre, como si intentara ponerse unas ropas viejas que le quedaban demasiado pequeñas. Pero esta vez lo acompañaba Art, y la visita tenía el interés de mostrarle a un nuevo amigo el viejo hogar. Cada día Nirgal lo llevaba a dar una vuelta, le explicaba peculiaridades del lugar y le presentaba a la gente. Al observar la gama de expresiones de la cara de Art, desde la sorpresa a la incredulidad, Gameto empezó a perfilarse ante sus ojos como una empresa verdaderamente insólita. La blanca cúpula de hielo, los vientos, brumas y pájaros, el lago, la aldea, siempre helada y extrañamente sin sombras, los edificios blancos y azules dominados por la medialuna de casas de bambú. Era un lugar extraño. Y los issei le parecían asombrosos a Art. Les estrechaba la mano y decía:

—Le he visto en los vídeos, encantado de conocerle.

Después de que le presentaran a Vlad, Ursula, Marina e Iwao, le confesó a Nirgal en un murmullo:

—Esto parece un museo de cera.

Nirgal lo llevó a conocer a Hiroko, y ella se mostró benigna y distante como siempre, tratando a Art casi con la misma amabilidad reservada que dispensaba a Nirgal. La diosa madre del mundo... Estaban en los laboratorios de Hiroko, y oscuramente molesto con ella Nirgal llevó a Art hasta los tanques ectógenos, y le explicó lo que eran. Los ojos de Art se abrían mucho cuando algo lo sorprendía, y en ese momento eran relucientes globos de azul y blanco.

—Parecen frigoríficos —comentó, y miró detenidamente a Nirgal—.

¿Te sentiste solo?

Nirgal se encogió de hombros y miró las pequeñas portillas transparentes. Una vez él había flotado ahí dentro, soñando y dando patadas... Era difícil imaginar el pasado, creer en él. Durante millones de años él no había existido, y entonces, un día, dentro de esa pequeña caja negra, una aparición súbita, verde

en el blanco, blanco en el verde.

—Hace mucho frío aquí —observó Art cuando salieron. Llevaba un abultado abrigo de fibra que le habían prestado, con la capucha echada sobre la cabeza.

—Tenemos que mantener una capa de hielo de agua recubriendo el hielo seco para que el aire sea respirable. Por eso estamos siempre un poco por debajo del punto de congelación. A mí me gusta. Me parece la temperatura ideal.

—Infancia.

—Sí.

Visitaban a Sax cada día, y el graznaba un «hola» o un «adiós» como saludo y hacía lo que podía para conversar. Michel pasaba varias horas al día trabajando con él.

—Definitivamente, es afasia —les dijo—. Vlad y Ursula le hicieron un scanner y localizaron la lesión en el centro del habla anterior izquierdo. Afasia no fluida, a veces llamada afasia de Broca. Tiene dificultades para encontrar la palabra, y a veces cree que la tiene, pero lo que dice es un sinónimo, o un antónimo, o una palabra soez. Es frustrante para él, pero la recuperación en este tipo de lesión es generalmente buena, aunque lenta. En esencia, otras zonas del cerebro tienen que aprender a realizar las funciones de la zona dañada. En fin, estamos en ello. Es muy gratificante cuando hay progresos. Y podría ser peor.

Sax, que los había estado mirando mientras Michel hablaba, asintió con una expresión curiosa.

—Quiero enseñar. No, *hablar* —dijo.

De toda la gente de Gameto que Nirgal le presentó a Art, quien mejor le cayó fue Nadia. Se sintieron atraídos mutuamente en seguida, para sorpresa de Nirgal. Pero le alegró, y observó a la antigua profesora con afecto mientras hacía su confesión particular en respuesta a la andanada de preguntas de Art; el rostro de Nadia parecía muy viejo, salvo por los ojos marrón claro moteados de verde alrededor de la pupila, asombrosamente vivos; irradiaban interés, bondad e inteligencia, y que miraban aturdidos mientras Art la interrogaba.

Los tres acabaron pasando muchas horas juntos en la habitación de Nirgal, charlando, contemplando la aldea, o por la otra ventana el lago. Art se paseaba por el pequeño cilindro de bambú de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana, palpando las muescas en la lustrosa madera verde.

—¿Llaman a esto madera? —preguntó, mirando el bambú. Nadia rió.

—Yo lo llamo madera —dijo—. Estas viviendas fueron idea de Hiroko y una buena idea, por cierto, excelente aislamiento increíblemente fuerte, no necesita carpintería más que en las puertas y las ventanas.

—Supongo que te habría gustado tener este bambú en la Colina Subterránea, ¿no?

—El espacio del que disponíamos era muy reducido. Quizás en las arcadas. De todas maneras, esta especie es muy reciente.

Ella volvió el interrogatorio hacia él y le hizo cientos de preguntas sobre la Tierra. ¿Qué materiales de construcción empleaban ahora? ¿Iban a comercializar la energía de fusión? ¿Estaban las Naciones Unidas irremediablemente acabadas después de la guerra del 61? ¿Estaban intentando construir un ascensor espacial para la Tierra? ¿Que porcentaje de la población había recibido el tratamiento gerontológico? ¿Cuáles eran las transnac más poderosas? ¿Luchaban entre ellas para conseguir la supremacía?

Art contestaba con tanto detalle como podía, y aunque sacudía la cabeza por la imprecisión de las respuestas, Nirgal y Nadia se enteraron de muchas cosas. Y además se rieron mucho.

Cuando Art le preguntaba a Nadia, las contestaciones de ella eran amables, pero variaban mucho en extensión. Si hablaba de proyectos actuales, contestaba con profusión de detalles, contenta de describir las docenas de obras en las que estaba trabajando en el hemisferio sur. Pero cuando él preguntaba sobre los primeros años en la Colina Subterránea, Nadia se encogía de hombros, incluso si se trataba de algo sobre la construcción.

—La verdad es que no lo recuerdo demasiado bien —decía.

—Oh, vamos.

—No, de veras. Es un problema serio. ¿Qué edad tienes?

—Cincuenta. O cincuenta y uno, supongo. Le he perdido la pista a la fecha.

—Pues yo tengo ciento veinte. ¡No sé por qué te sorprendes! Con el tratamiento no son tantos, ¡ya lo verás! Hace un par de años repetí el tratamiento, y aunque no soy una adolescente precisamente, me siento bastante bien. Muy bien, en verdad. Pero creo que la memoria es el punto débil. Tal vez sea que el cerebro no puede almacenar tantas cosas. O quizá yo no me esfuerzo. Pero no soy la única con este problema. Maya está aún peor. Y todos los de mi edad se quejan de lo mismo. Vlad y Ursula empiezan a preocuparse. Me sorprende que no pensaran en esto cuando desarrollaron el tratamiento.

—Tal vez lo hicieron y luego lo olvidaron.

Su propia risa pareció tomar a Nadia por sorpresa.

Durante la cena, después de hablar sobre sus proyectos de construcción otra vez, Art le dijo:

—Deberían tratar de convocar una reunión de todos los grupos de la resistencia.

Maya estaba sentada a la mesa con ellos, y miró a Art con tanta sospecha como en Echus Chasma.

—No es posible —declaró. Tenía mejor aspecto que cuando se separaron, pensó Nirgal: relajada, alta y esbelta, hermosa, encantadora. Parecía haberse desprendido de la culpa por el asesinato como si fuese un abrigo que no le gustaba.

—¿Por qué no? —le preguntó Art—. Les iría mucho mejor si pudiesen vivir en la superficie.

—Eso es evidente. Y podríamos trasladarnos al demimonde, si fuese tan sencillo. Pero hay una amplia fuerza policial desplegada en la superficie y en

órbita, y la última vez que nos echaron la vista encima trataron de liquidarnos tan deprisa como podían. Y por la manera en que han tratado a Sax no me parece que las cosas hayan cambiado.

—Yo no digo que hayan cambiado. Pero pienso que hay cosas que ustedes podrían hacer para oponerse a ellos de manera más efectiva. Por ejemplo unirse y trazar un plan. Contactar con organizaciones de la superficie que los ayudarían. Ese tipo de cosas.

—Ya tenemos esos contactos —dijo Maya con frialdad.

Pero Nadia asentía. Y en la mente de Nirgal bullían las imágenes de sus años en Sabishii. Una reunión de la resistencia.

—Los sabishianos vendrían —dijo—. Ellos siempre han propuesto iniciativas como ésa. En verdad, eso es el demimonde.

—Deberían pensar en contactar con Praxis también —dijo Art—. Mi ex jefe, William Fort, estaría interesado en asistir a una reunión así. Y todo el equipo de Praxis está embarcado en innovaciones que a ustedes les interesarían.

—¿Tu *ex* jefe? —dijo Maya.

—Claro —dijo Art con una sonrisa tranquila—. Ahora soy mi propio jefe.

—Querrás decir que eres nuestro prisionero —precisó Maya—. Cuando uno es prisionero de unos anarquistas es lo mismo.

Nadia y Nirgal rieron, pero Maya frunció el ceño y se alejó.

—Creo que una reunión sería una buena idea —dijo Nadia—. Hemos permitido que Coyote dirija la red durante demasiado tiempo.

—¡Lo he oído! —gritó Coyote desde la mesa contigua.

—¿No te gusta la idea? —le preguntó Nadia. Coyote se encogió de hombros.

—Tenemos que hacer algo, de eso no hay duda. Ahora ya saben que estamos aquí.

Esta observación provocó un silencio meditabundo.

—Salgo para el norte la semana que viene —le dijo Nadia a Art—, puedes acompañarme si quieres, y tú también Nirgal. Voy a visitar muchos refugios y podemos plantearles el tema de la reunión.

—Claro —dijo Art, complacido.

Y la mente de Nirgal seguía bullendo, pensando en las posibilidades. Estar de nuevo en Gameto había despertado algunas partes de su mente hasta entonces aletargadas, y vio con claridad los dos mundos en uno, el blanco y el verde, en dimensiones diferentes, replegados uno sobre otro, como la resistencia y el mundo de la superficie, unidos torpemente en el demimonde, un mundo desenfocado...

La semana siguiente, Art y Nirgal se unieron a Nadia y partieron hacia el norte. Debido a la captura de Sax, Nadia no quería arriesgarse a permanecer en ninguna de las ciudades al descubierto a lo largo del camino, y hasta parecía desconfiar de los refugios ocultos. Ella era una de las más conservadoras en

materia de clandestinidad. Durante los años de ocultación, Nadia, igual que Coyote, había organizado un sistema de pequeños escondrijos, y ahora viajaban de uno a otro y pasaban los cortos días durmiendo con relativa comodidad. Incluso en invierno no podían viajar durante el día, porque de unos años a esa parte el manto de niebla había estado adelgazándose, y ese año en particular a menudo no era sino una bruma ligera o unas nubes bajas hechas jirones que remolinaban sobre el suelo accidentado y pedregoso. Cierta mañana, después del amanecer, a las 10 am, bajaban por una pendiente pronunciada, cubierta de niebla, y Nadia explicaba que Ann había identificado ese escarpe como un vestigio de un Chasma Australe anterior («Ella afirma que hay literalmente docenas de Chasma Australes fósiles por esta zona, cortados en diferentes ángulos durante estadios anteriores del ciclo de precesión»), cuando la niebla se levantó y de pronto pudieron ver a muchos kilómetros de distancia, todo el camino hasta las inmensas murallas de hielo en la cabecera del Chasma Australe, que resplandecían en lontananza. Habían quedado al descubierto. Y entonces las nubes se cerraron sobre ellos otra vez, velozmente, envolviéndolos en un blanco grisáceo fluido, como si estuvieran viajando en medio de una tormenta de nieve en la que los copos eran tan menudos que desafiaban la gravedad y revoloteaban.

Nadia odiaba esa clase de exposición, por breve que fuese, y por eso insistió en que pasaran las horas de claridad a cubierto. A través de las pequeñas ventanas de los refugios contemplaban las nubes que se arremolinaban fuera, que a veces capturaban la *luz* en arcos centelleantes, tan brillantes que les dolían los ojos al mirarlos. Los rayos de sol se abrían paso a través de los claros entre las nubes y golpeaban las largas crestas y escarpes enceguecedoramente blancos. Una vez hasta experimentaron una blancura total en la que todo desapareció, incluso las sombras: un mundo blanco inmaculado en el que ni siquiera se podía distinguir el horizonte.

Otros días los arco iris de hielo proyectaban curvas de pálidos colores pastel sobre los blancos intensos. Cierta vez, el sol al levantarse apareció orlado por un halo tan brillante como él mismo, y el paisaje blanco mostró charcos luminosos en constante movimiento. Art reía al ver estas cosas, y nunca dejaban de sorprenderlo las flores de hielo, ahora tan grandes como arbustos y tachonadas de espinas y encajes; crecían con los bordes superpuestos, de tal forma que en muchos lugares el suelo desaparecía por completo y ellos avanzaban sobre una crepitante superficie de capullos de hielo. Las largas noches oscuras eran casi un alivio.

Pasaban los días y Nirgal descubrió que era muy agradable viajar con Art y Nadia; ambos tenían un temperamento estable, tranquilo, divertido. Art tenía cincuenta y un años, Nadia ciento veinte y Nirgal sólo doce, que equivalían a unos veinticinco años terranos; pero a pesar de la diferencia de edad se relacionaban como iguales. Nirgal podía exponer sus ideas y ellos nunca se reían o las menospreciaban, ni siquiera cuando descubrían errores y los señalaban. Y en verdad las ideas de ellos solían concordar con las suyas. En términos marcianos, eran verdes asimilacionistas moderados. Booneanos, decía Nadia. Y esa similitud de temperamentos era algo que no se había producido nunca en la vida de Nirgal, ni siquiera con su familia en Gameto o sus amigos.

Entre charla y charla, noche tras noche, visitaban brevemente algunos de los grandes refugios del sur, presentando a Art a sus habitantes y sacando a colación

la propuesta de una reunión o congreso. Lo llevaron a Bogdanov Vishniac, y lo sorprendieron con el gigantesco complejo construido en lo profundo del agujero de transición, mucho más grande que cualquier otro refugio. La expresión de Art era tan elocuente como si hablara, y le devolvió a Nirgal con extraordinaria intensidad la sensación experimentada la primera vez que había estado allí, con CoyoteLos bogdanovistas se mostraron muy interesados en la reunión, pero Mijail Yangel, el único asociado de Arkadi que había sobrevivido al 61, le preguntó a Art cuál sería el propósito a largo plazo que justificara esa reunión.

—Reconquistar la superficie.

—¡Ya veo! —Mijail parecía sorprendido.— ¡Bien, estoy seguro de que tendrías nuestro apoyo! Durante mucho tiempo la gente ha temido incluso plantear el tema.

—Muy bien —le dijo Nadia a Art mientras continuaban viajando hacia el norte—. Si los bogdanovistas apoyan la reunión, es muy probable que se celebre. Muchos de los refugios ocultos son bogdanovistas o están muy influidos por ellos.

Después de Vishniac visitaron los refugios que rodeaban el Cráter Holmes, conocido como el «corazón industrial» de la resistencia. Esas colonias también eran bogdanovistas en su mayoría, con pequeñas variaciones sociales entre ellas, y estaban fuertemente influenciadas por los primeros filósofos sociales marcianos, como Schnelling, Hiroko, Marina o John Boone. Los utópicos francófonos de Prometheus, por otra parte, habían estructurado sus asentamientos según ideas tomadas de fuentes que incluían de Rousseau y Fourier hasta Foucault y Nemy, sutilezas que le habían pasado inadvertidas a Nirgal en la primera visita. Actualmente estaban muy influidos por los polinesios, que habían llegado a Marte hacía poco, y las grandes salas lucían palmeras y estanques poco profundos. Art declaró que aquel lugar se parecía mas a Tahití que a París.

En Prometheus encontraron a Jackie Boone; unos amigos la habían dejado allí. Ella quería regresar directamente a Gameto, pero prefería viajar con Nadia a esperar más tiempo, y Nadia estaba deseosa de llevarla. Así que cuando partieron de nuevo, Jackie los acompañaba.

La tranquila camaradería de la primera parte del viaje se desvaneció. Jackie y Nirgal se habían separado en Sabishii con la relación en el estado indefinido e incierto de costumbre, y Nirgal se sentía molesto por aquella interrupción en el desarrollo de su nueva amistad. Art parecía muy consciente de la presencia física de la muchacha: Jackie era más alta que él y más corpulenta que Nirgal, y Art la miraba de una manera que él creía disimulada, pero que todos advertían, incluida Jackie. Esto molestaba a Nadia, y ella y Jackie reñían por tonterías, como hermanas. Cierta vez, después de una de estas peleas en uno de los pequeños refugios de Nadia, aprovechando que Jackie y Nadia estaban en otra habitación, Art le susurró a Nirgal:

—¡Es igualita a Maya! ¿No te la recuerda? La voz, las maneras... Nirgal rió.

—Dile eso y serás hombre muerto.

—Ah —dijo Art. Miró a Nirgal de reojo—. ¿Vosotros dos todavía sois...?

Nirgal se encogió de hombros. Era una situación interesante: Nirgal le había

contado a Art lo suficiente para que el hombre supiese que había algo fundamental entre Jackie y él. Ahora Jackie estaba casi segura de tener a Art en el saco, de que pronto lo añadiría a su lista de siervos como hacía rutinariamente con los hombres que le gustaban o le parecían importantes. Por el momento aún no había averiguado lo importante que era Art, pero cuando lo supiese actuaría como de costumbre, y entonces ¿qué haría Art?

Por eso el viaje ya no fue lo mismo: Jackie imponía su ritmo a todo. Discutía con Nadia y Nirgal; rozaba a Art como al desgaire, hechizándolo al mismo tiempo que lo evaluaba. Se quitaba la camisa delante de él para lavarse con una esponja en los refugios de Nadia, o le ponía una mano sobre el brazo cuando le preguntaba sobre la Tierra. Pero en otras ocasiones lo ignoraba por completo, perdida en sus mundos propios. Era como vivir con un gran felino en el rover, una pantera que lo mismo ronroneaba en el regazo de uno que lo derribaba al suelo, pero en cualquiera de los casos se movía con una gracia nerviosa y exquisita.

Ah, pero ésa era Jackie. Y estaba su risa, resonando en el coche por cosas que Art o Nadia habían dicho; y su belleza; y su intenso entusiasmo por discutir la situación marciana; cuando descubrió cuál era el propósito del viaje, se adhirió de inmediato. La vida era más intensa con ella cerca. Y aunque la observase embobado mientras se bañaba, Nirgal sospechaba que había algo malicioso en la sonrisa de Art mientras disfrutaba de las atenciones hipnóticas de ella. En cierta ocasión Nirgal lo sorprendió intercambiando una mirada divertida con Nadia. Por tanto, aunque le gustaba mucho y le gustaba mirarla, no estaba perdidamente subyugado. Tal vez se debiera a su amistad con Nirgal; Nirgal no estaba seguro, pero le gustó pensar que así era, porque nunca antes había sentido nada parecido, ni en Zigoto ni en Sabishii.

Por su parte, Jackie no consideraba a Art como un factor a tener en cuenta en la organización de una reunión general, como si ella misma pensara hacerse cargo de la tarea. Entonces visitaron un pequeño refugio neomarxista en las Montañas de Mitchel (que no eran más montañosas que el resto de las tierras altas del sur; el nombre era una reliquia de la era de los telescopios), y esos neomarxistas resultaron estar en comunicación con la ciudad italiana de Bolonia y con la provincia india de Kerala. Y con las oficinas de Praxis en ambos lugares. Tuvieron mucho de qué hablar con Art, y evidentemente disfrutaron de la charla. Al final de la visita, uno de ellos le dijo:

—Es extraordinario lo que está haciendo, es usted como John Boone. Jackie dio un respingo y se volvió para mirar a Art, que rechazaba con timidez tal honor.

—No, no lo es —dijo ella.

Sin embargo, a partir de entonces lo trató con más seriedad. Nirgal no podía hacer otra cosa que reír. El nombre de John Boone era como un conjuro mágico para Jackie. Cuando ella y Nadia discutían las teorías de John, él podía entender un poco por qué Jackie se sentía así: mucho de lo que Boone había querido para Marte era sensato, y a Nirgal le parecía que Sabishii en particular era una suerte de espacio booneano. Pero para Jackie era algo más que una respuesta racional: tenía relación con Kasei y Esther, con Hiroko e incluso con Peter, con un complejo de emociones que la afectaban a un nivel más profundo que cualquier otra cosa.

Continuaron en dirección norte, internándose en unas tierras aún accidentadas, una región volcánica donde el rudo esplendor de las tierras altas meridionales se veía realzado por los escarpados picos de Australis Tholus y Amphitrites Patera. Los dos volcanes limitaban una región de coladas de lava en la que la roca negruzca del suelo aparecía inmovilizada en extraños montículos, olas y ríos. Una vez esas coladas habían fluido sobre la superficie en corrientes de blanco vivo, e incluso ahora, endurecidas, negras y fracturadas por las edades, y cubiertas de polvo y flores de hielo, sus orígenes líquidos seguían siendo evidentes.

Los vestigios de lava más notorios eran unas largas aristas bajas que parecían colas de dragones fosilizadas en piedra negra y sólida. Esas crestas serpenteaban a través del paisaje por muchos kilómetros, a menudo desapareciendo en el horizonte en ambas direcciones y obligando a los viajeros a dar largos rodeos. Esas dorsa eran antiquísimos canales de lava, y su roca había resultado más dura que el terreno que sepultaron, y en los eones que siguieron el paisaje fue erosionado, dejando esos cordones negros sobre la superficie, casi como el cable caído del ascensor, pero mucho más grandes.

Una de las dorsa, en la región de Dorsa Brevia, se había convertido en tiempos recientes en un refugio secreto. Nadia guió el rover por un sendero tortuoso entre las crestas de lava, y luego entró en un garaje espacioso en el flanco del montículo negro más grande de cuantos habían visto. Salieron del rover y fueron recibidos por un grupo de amables extraños, a varios de los cuales Jackie ya conocía. Nada en el garaje hacía esperar que la cámara contigua fuese diferente de las que habían visitado antes. Por eso, cuando cruzaron una gran antecámara cilíndrica y salieron al otro lado, se sorprendieron al encontrar ante ellos un espacio abierto que ocupaba el interior de la cresta. Era más o menos cilíndrico, un túnel de tal vez doscientos metros de altura y trescientos metros de pared a pared que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones. La boca de Art parecía una sección transversal del túnel.

—¡Uau! —repetía sin cesar—. ¡Uau, miren eso! ¡Uau!

Sus anfitriones les explicaron que había un gran número de dorsa huecas. Túneles de lava. En Terra había muchas, pero aquí se mantenía la proporción habitual, y ese túnel era en verdad cien veces más grande que el mayor de los terranos. Los cordones de lava se habían enfriado y endurecido en los bordes y luego en la superficie, le explicó a Art una joven llamada Ariadna. Después la lava había seguido fluyendo por el interior de la manga hasta que la erupción terminó, y se había derramado en el exterior formando lagos de fuego y dejando detrás unas cavernas cilíndricas que algunas veces alcanzaban los cincuenta kilómetros.

El suelo de ese túnel era bastante liso y estaba sembrado de parques, estanques y bosquecillos mixtos de bambúes y pinos. Unas largas grietas en el techo del túnel servían de soporte para claraboyas de cristal filtrante, hechas con un material que ofrecía el mismo aspecto y las mismas señales térmicas que el resto de la cresta, y además derramaban en el túnel largas cortinas de luz del color de la miel; en las secciones más oscuras reinaba una claridad de día nublado.

Mientras bajaban por una escalera. Ariadne les explico que el túnel de Dorsa Brevia tenía cuarenta kilómetros de largo, aunque había lugares en los que el techo se había derrumbado o unos tapones de lava lo obstruían.

—No lo hemos cerrado todo, por supuesto. Es más de lo que necesitamos, y más de lo que podemos calentar y presurizar. Pero hemos cerrado unos veinte kilómetros hasta el momento, en segmentos de un kilómetro separados por mamparos de material de tienda.

—¡Uau! —volvió a exclamar Art. Nirgal estaba igualmente impresionado, y Nadia, encantada. Ni siquiera Vishniac podía compararse con aquello.

Jackie casi había llegado al pie de la larga escalera que llevaba de la antecámara del garaje al parque que se hallaba debajo. Mientras la seguían, Art dijo:

—Cada colonia que visito resulta ser la más grande. Pónganme sobre aviso si la próxima va a ser como toda la Cuenca de Hellas.

Nadia rió.

—Ésta es la más grande de la que tengo noticia.

—Entonces, ¿por qué se quedan en Gameto, si allí hace tanto frío, y es tan pequeña y oscura? ¿Acaso no cabría aquí la población de todos los refugios?

—No queremos estar todos en el mismo lugar —contestó ella—. En cuanto a éste, existe desde hace pocos años.

Cuando llegaron al suelo del túnel se encontraron en un bosque, bajo un cielo de piedra negra desgarrado por unas largas grietas melladas y brillantes. Los cuatro viajeros siguieron a sus anfitriones hasta un complejo de edificios con delgadas paredes y afilados tejados con los extremos vueltos hacia arriba. Allí les presentaron a un grupo de hombres y mujeres mayores, vestidos con ropas holgadas de vivos colores, que los invita a compartir una comida.

Mientras comían aprendieron más sobre el refugio, sobre todo de Ariadna, que se sentó junto a ellos. Había sido construido y ocupado por los descendientes de gente que había venido a Marte y se había unido a los desaparecidos en la década de 2050, abandonando las ciudades y ocupando pequeños refugios en esa región, ayudados en sus esfuerzos por las gentes de Sabishii. Estaban muy influidos por la areofanía de Hiroko, y algunos definían su sociedad como un matriarcado. Habían estudiado antiguas culturas matriarcales, y algunas de sus costumbres tomaban como modelo la civilización minoica y la de los hopi de Norteamérica. Así, veneraban a una diosa que representaba la vida en Marte, una especie de personificación de la viriditas de Hiroko, o una deificación de la propia Hiroko. Y las mujeres eran las dueñas de las heredades y las transmitían a la hija más joven: ultimo-genitura, la llamaba Ariadna, una costumbre de los hopi. Y como los hopi, los hombres se instalaban en la casa de la esposa después del matrimonio.

—¿Están de acuerdo los hombres? —preguntó Art intrigado. Ariadna rió al ver su expresión.

—No hay nada como una mujer feliz para hacer feliz a un hombre, solemos decir. —Y le echó una mirada a Art que pareció arrastrarlo sobre el banco hasta ella.

—Me parece sensato —dijo Art.

—Todos compartimos el trabajo: en la extensión de los segmentos de túnel, en las labores de granja, en la crianza de los hijos, en lo que sea necesario. Todos intentan ser buenos en más de una especialidad, una costumbre que viene de los Primeros Cien, creo, y de los sabishianos.

Art asintió.

—¿Y cuántos son?

—Unos cuatro mil ahora.

Art soltó un silbido de sorpresa.

Esa tarde recorrieron varios kilómetros de segmentos transformados, muchos de ellos poblados de bosques, y todos recorridos por una corriente de agua que en algunos segmentos se ensanchaba y formaba grandes estanques. Cuando Ariadna los llevó de vuelta a la primera sala, llamada Zakros, encontraron a casi un millar de personas reunidas para una comida en el parque más grande. Nirgal y Art vagabundearon por entre la concurrencia, conversando y disfrutando de una comida sencilla: pan, ensalada y pescado asado. La gente acogía de buen grado la idea de celebrar un congreso de la resistencia. Unos años antes habían organizado algo parecido, pero con poca asistencia. Tenían listas de la población de los refugios de la región, y una de las mujeres mayores dijo que se sentirían honrados de ser los anfitriones, puesto que disponían de espacio para albergar a un gran número de asistentes.

—Oh, eso suena maravilloso —dijo Art, echándole una mirada a Ariadne.

A Nadia también le pareció acertado.

—Será de gran ayuda. Mucha gente se mostrará reacia a la propuesta del congreso, porque sospechan que los Primeros Cien quieren controlar toda la resistencia. Pero si se celebra aquí, y los bogdanovistas están detrás de ella...

Cuando Jackie se reunió con ellos y supo del ofrecimiento, abrazo a Art.

—¡Oh, va a celebrarse! Es lo que habría hecho John Boone. Será como la reunión que él convocó en el Monte Olimpo.

Abandonaron Dorsa Brevia y enfilaron hacia el norte de nuevo, por la vertiente oriental de la Cuenca de Hellas. Durante las noches Jackie solía sacar la IA de John Boone, Pauline, que ella había estudiado y catalogado. Repetía selecciones de las ideas de Boone sobre un estado independiente; ideas incoherentes y desorganizadas, las reflexiones de un hombre con más entusiasmo (y omegendorfo) que capacidad analítica. Pero de cuando en cuando seguía una línea de pensamiento e improvisaba con el estilo de sus discursos más famosos, y entonces era fascinante. Boone tenía facilidad para la asociación libre, lo que hacía que sus ideas sonasen como una progresión lógica aun cuando no lo eran.

—Oigan con cuánta frecuencia habla de los suizos —dijo Jackie. De pronto

Nirgal advirtió que ella sonaba como John Boone. Había trabajado con Pauline durante mucho tiempo y eso había afectado su manera de expresarse. La voz de John, el carácter de Maya; así llevaban el pasado ellos—. Hay que asegurarse de que haya algunos suizos en el congreso.

—Tenemos a Jurgen y el grupo de Salientes —dijo Nadia.

—Pero ellos no son suizos en realidad, ¿o sí?

—Tendrás que preguntárselo a ellos —dijo Nadia—. Pero si te refieres a funcionarios suizos, hay muchos en Burroughs, y nos han estado ayudando sin hacer preguntas. Unos cincuenta de nosotros tenemos pasaporte suizo, de modo que en realidad son una parte importante del demimonde.

—Igual que Praxis —añadió Art.

—En fin, hablaremos con el grupo de Salientes. Estoy segura de que están en contacto con los suizos de la superficie.

Al nordeste del volcán Hadriaca Patera visitaron una ciudad había sido fundada por los sufíes. La estructura original estaba escavada en el flanco de la pared del cañón, en una suerte de Mesa Verde de alta tecnología: una delgada línea de edificios unidos en el punto donde el formidable saliente del acantilado empezaba a inclinarse hacia el suelo del cañón. Unas empinadas escaleras en el interior de unos tubos peatonales descendían por la pendiente más baja hasta un pequeño garaje de hormigón, alrededor del cual habían brotado varias tiendas transparentes e invernaderos. Esas tiendas estaban ocupadas por gentes que deseaban estudiar con los sufíes. Algunos venían de los refugios, otros de las ciudades del norte; muchos eran nativos, pero también había un número importante de recién llegados de la Tierra. Juntos esperaban techar todo el cañón empleando los materiales desarrollados para el nuevo cable para soportar una extensión inmensa de material de tienda. Nadia intervino de inmediato en la discusión de los problemas de construcción a los que se enfrentaría un proyecto de esa envergadura, que, como les explicó alegremente, serían muchos y complicados. Irónicamente, la atmósfera cada vez más densa hacía más difíciles los proyectos de cúpulas, porque la presión interior del aire ya no podía sostener las cúpulas como antes; y aunque la fuerza tensora y la resistencia de las nuevas estructuras de carbono eran más que suficientes, parecía imposible hallar los puntos de anclaje para semejantes pesos. Pero los ingenieros locales confiaban en que un material de tienda más ligero y nuevas técnicas de anclaje bastarían, y los muros del cañón, dijeron, eran sólidos. Se encontraban en la cuenca alta de Reull Vallis, y la erosión diferencial había dejado al descubierto un material extremadamente duro. Encontrarían buenos puntos de anclaje en todas partes.

No se había intentado ocultar ninguna de estas actividades de la vigilancia de los satélites. La morada de los sufíes en la mesa circular de Margaritifer, y su principal colonia en el sur, Rumi, estaban igualmente al descubierto. Y sin embargo, nadie los había hostigado y la Autoridad Transitoria no se había comunicado con ellos. Uno de sus líderes, un hombre negro y menudo llamado Dhu el-Nun, deducía de esto que los temores de la resistencia eran exagerados. Nadia discrepó con educación, y cuando Nirgal insistió, intrigado por la cuestión, ella lo miró fijamente.

—Buscan a los Primeros Cien.

El miro pensativamente a los sufíes, que abrían la marcha por las escaleras

del tubo peatonal que llevaba hasta lo alto del acantilado. Los viajeros habían llegado mucho antes del alba, y Dhu había convocado a todo el mundo arriba para un desayuno tardío de bienvenida. Siguieron a los sufíes hasta la cima y se sentaron a una larga mesa, en una habitación alargada, una de cuyas paredes era un gran ventanal que miraba al cañón. Los sufíes vestían de blanco, mientras que las gentes de las tiendas del cañón llevaban monos corrientes, muchos de color orín. Todos sirvieron el agua a quien tenían al lado, y charlaron mientras comían.

—Tú estás en tu *tariqat* —le dijo Dhu el-Nun a Nirgal. El *tariqat* era el sendero espiritual de cada uno, el camino propio hacia la realidad. Nirgal asintió, sobrecogido por la exactitud de la definición: así era como él sentía su vida—. Tienes que sentirte afortunado —dijo Dhu—. Tienes que prestar atención.

Después del desayuno, compuesto de pan, fresas y yogur, y por último un café espeso, apartaron las mesas y sillas y los sufíes bailaron una *sema, o* danza giróvaga, girando al compás de la música de un arpista y varios tambores y de los cantos de los habitantes del cañón. Cuando los bailarines pasaban junto a los visitantes, les tocaban brevemente las mejillas con las palmas de las manos, toques tan leves como el roce de un ala. Nirgal miró a Art, esperando verlo tan asombrado como siempre ante los distintos aspectos de la vida marciana, pero en verdad el hombre tenía una sonrisa cómplice, y unía el índice y el pulgar al ritmo de la música y cantaba con los demás. Y cuando la danza concluyó, se adelantó y recitó algo en un idioma extranjero, y los sufíes sonrieron, y cuando terminó aplaudieron ruidosamente.

—Algunos de mis profesores de Teherán eran sufíes —le explicó a Nirgal, Nadia y Jackie—. Formaban parte de lo que se llamó el Renacimiento Persa.

—¿Qué es lo que has recitado? —preguntó Nirgal.

—Un poema en parsi de Jalaluddin Rumi, el maestro de los derviches giróvagos. Nunca aprendí la versión inglesa completa:

Morí como mineral y me convertí en planta, morí como planta y tomé forma sensible;

morí como animal y vestí un hábito humano...

¿Cuándo fui menos al morir...?

»Ah, no recuerdo el resto. Pero algunos de aquellos sufíes eran unos ingenieros geniales.

—Será mejor que los de aquí también lo sean —dijo Nadia, echando una mirada a la gente con la que había estado hablando de techar el cañón.

En cualquier caso, los sufíes se mostraron entusiasmados con la idea de celebrar un congreso de la resistencia. Como señalaron, la suya era una religión sincrética, que había tomado alguno de sus elementos no solo de los varios tipos y nacionalidades de Islam, sino también de las religiones mas viejas de Asia, y también nuevas como la Baha'i. Algo similarmente flexible iba a ser necesario en Marte, dijeron. Mientras tanto su concepto del regalo ya había influido poderosamente en la resistencia, y algunos de sus teóricos trabajaban con Vlad y

Marina en los detalles de la eco-economía. Mientras transcurría la mañana y esperaban la tardía salida del sol de invierno, de pie ante el gran ventanal y mirando al este sobre el cañón en sombras, hicieron sugerencias prácticas sobre la reunión.

—Tienen que hablar con los beduinos y los otros árabes lo antes posible —les dijo Dhu—. Ellos no querrán ser los últimos en la lista de los consultados.

Entonces, el cielo oriental se aclaró lentamente, desde el ciruela oscuro al lavanda. El acantilado opuesto era más bajo que el que ocupaban, y tenían una extensa vista hacia el este sobre el altiplano oscuro, limitado por una cadena baja de colinas. Los sufíes señalaron el desfiladero por el que saldría el sol, y algunos empezaron a cantar.

—Hay un grupo de sufíes en Elysium —les explicó Dhu— que están rastreando nuestras raíces en el mitraísmo y el zoroasirismo. Algunos dicen que ahora hay mitraístas en Marte, que veneran al sol, Ahura Mazda. Ellos consideran la soletta arte religioso, como la vidriera de una catedral.

Cuando el cielo fue de un intenso rosa claro, los sufíes se reunieron en torno a los cuatro huéspedes y los empujaron gentilmente hacia el ventanal: Nirgal junto a Jackie, Nadia y Art detrás de ellos.

—Hoy vosotros seréis nuestra vidriera —les dijo Dhu con voz queda. Unas manos levantaron el brazo de Nirgal hasta que su mano tocó la de Jackie, y él la tomó. Intercambiaron una mirada fugaz y entonces ambos volvieron la mirada a las colinas en el horizonte. Art y Nadia, también tomados de la mano, apoyaban la mano en los hombros de Nirgal y Jackie. La intensidad del cántico descendió y las vocales líquidas del parsí se alargaban interminablemente. Y entonces el sol quebró el horizonte y el manantial de luz exploto sobre la tierra, derramándose sobre ellos, cegándolos y calándoles los ojos de lágrimas. Debido a la soletta y la atmósfera más densa el sol era mucho más grande que en el pasado, un intervalo de bronce resplandeciendo a través de las distantes capas de inversión horizontales. Jackie oprimió la mano de Nirgal, y siguiendo un impulso él miró atrás. Allí, sobre la pared blanca sus sombras formaban una especie de encaje, negro sobre blanco, y a causa de la intensidad de la luz, el blanco que rodeaba sus sombras era el más brillante, teñido apenas por los colores del arcoiris que los envolvía a todos.

Siguieron el consejo de los sufíes, y cuando partieron se encaminaron hacia el agujero de transición de Lyell, uno de los cuatro situados a 70° de latitud sur. En esa región los beduinos de Egipto occidental tenían varios caravasares y Nadia conocía a uno de sus líderes. Así que decidieron encontrarse con él.

Durante el viaje Nirgal pensó mucho en los sufíes y en lo que su influencia revelaba sobre la resistencia y el demimonde. La gente había abandonado la superficie por diferentes razones, era importante recordarlo. Lo habían abandonado todo y habían arriesgado la vida, pero lo habían hecho con objetivos diferentes. Algunos esperaban fundar culturas radicalmente nuevas, como en Zigoto o Dorsa Brevia, o en los refugios bogdanovístas. Otros, como los sufíes, deseaban conservar culturas antiquísimas que sentían amenazadas por el orden terrano global. Todas esas facciones de la resistencia estaban diseminadas en las tierras altas del sur, mezcladas pero al mismo tiempo separadas. No había

ninguna razón por la que quisieran convertirse en un solo movimiento. Muchos de ellos intentaban librarse de cualquier poder dominante — transnacionales, el Oeste, Norteamérica, el capitalismo—, de cualquier sistema de poder totalitario. Un sistema centralizado era precisamente aquello de lo que huían como de la peste. Eso no presagiaba nada bueno para los planes de Art, y cuando Nirgal compartió con los demás sus temores, Nadia coincidió con él.

—Tú eres estadounidense, y eso será un problema. —Art puso los ojos en blanco, y Nadia añadió:— Pero los Estados Unidos siempre han abogado por el crisol, por la idea del crisol. Era un país al que la gente podía ir desde cualquier lugar y del que podía formar parte. En teoría al menos. Podemos aprender mucho de ese modelo.

—La conclusión a la que Boone llegó finalmente es que no era posible inventar una cultura marciana partiendo de la nada —dijo Jackie—. Decía que debía ser una mezcla de lo mejor de todos los que viniesen aquí. Ésa es la diferencia entre los booneanos y los bogdanovistas.

—Si —dijo Nadia frunciendo el ceño—. Pero creo que ambos se equivocan. No creo que podamos inventar a partir de la nada, ni conseguir una mezcla. Al menos no durante mucho tiempo. Mientras tanto, todo se reducirá a la coexistencia de un montón de culturas distintas. Pero que tal cosa sea posible... —Se encogió de hombros.

Los problemas a los que se enfrentarían en cualquier congreso tomaron cuerpo durante la visita al caravasar. Esos beduinos explotaban los depósitos minerales de la región del lejano sur entre los cráteres Dana y Lyell, las Sisyphi Cavi y Dorsa Argentea, con la técnica empleada por primera vez en el Gran Acantilado y que ahora se había convertido en tradición: con las plataformas de perforación móviles recogían los depósitos de la superficie y luego seguían adelante. El caravasar era sólo una pequeña tienda, que quedaba fija en un lugar, como un oasis, para casos de emergencia o para cuando querían reposar un poco.

Ningún otro grupo podría haber contrastado más con los etéreos sufíes que los beduinos. Estos árabes reservados y poco sentimentales vestían monos modernos y eran en su mayoría hombres. Los viajeros llegaron cuando una caravana minera estaba a punto de partir, y una vez que los miembros de ésta se enteraron del propósito de la visita fruncieron el ceño y partieron igualmente.

—Más booneismo. No queremos tener nada que ver con eso.

Los viajeros comieron con un grupo de hombres en el rover más grande que poseían; las mujeres venían de un coche contiguo a través de un tubo para servir los platos. Jackie se mostró indignada por esto, luciendo una expresión hostil sacada directamente del rostro de Maya. Cuando el joven árabe que se sentaba a su lado trató de entablar conversación con ella, le fue difícil hacerlo. Nirgal reprimió una sonrisa, y escuchó a Nadia y a un viejo beduino llamado Zeyk, el líder del grupo, que Nadia conocía desde hacía tiempo.

—Ah, los sufíes —dijo Zeyk con cordialidad—. Nadie los molesta porque son inofensivos. Como pájaros.

Avanzada la comida, Jackie se mostró más amable con el joven árabe, un

hombre extraordinariamente atractivo, con largas cejas negras que enmarcaban unos ojos marrones líquidos, de mirada aquilina, labios rojos y carnosos, mentón marcado y modales gráciles y seguros, que no parecía intimidado por la belleza de Jackie, en algunos aspectos semejante a la suya. Se llamaba Antar y pertenecía a una importante familia beduina. Art, sentado frente a ellos a la mesa baja, parecía sorprendido por esta súbita amistad, pero después de los años en Sabishii, Nirgal había adivinado lo que ocurriría. En cierto modo era un placer ver a Jackie en acción. Era todo un espectáculo, en verdad: ella, la orgullosa hija del matriarcado más importante desde la Atlántida, y Antar, el orgulloso heredero del patriarcado más feroz de Marte, un joven con una gracia y desenvoltura propias de un rey.

Después de la comida los dos desaparecieron. Nirgal lo encajó con apenas una punzada, y habló con Nadia y Art, y con Zeyk y la esposa de éste, Nazik, que se les había unido. Zeyk y Nazik eran veteranos en Marte: habían conocido a John Boone y habían sido amigos de Frank Chalmers. Contrariamente a la predicción de los sufíes, acogieron de buen grado la propuesta del congreso, y estuvieron de acuerdo en que Dorsa Brevia sería un buen lugar para celebrarlo.

—Lo que necesitamos es igualdad sin conformidad —dijo Zeyk en cierto momento, escogiendo cuidadosamente las palabras. Esto se acercaba mucho a lo que Nadia había dicho durante el camino, y atrajo poderosamente la atención de Nirgal—. No es una relación que se pueda establecer fácilmente, pero tenemos que intentarlo, tenemos que evitar las peleas. Haré correr la voz entre la comunidad árabe, o al menos entre los beduinos. Debo decir que hay árabes en el norte que están muy relacionados con las transnacionales, sobre todo con la Amexx. Las naciones árabes africanas se están uniendo a Amexx, una tras otra. Una extraña alianza. Pero el dinero... —Se frotó los dedos.— Ya saben. En fin, contactaremos con nuestros amigos. Y los sufíes nos ayudarán. Se están convirtiendo en los mullah marcianos, y a los mullah no les gusta, pero a mí sí.

Otros sucesos le preocupaban más.

—Armscor ha absorbido al Grupo del Mar Negro, y ésa es una combinación peligrosa: la dirección es afrikáner y la seguridad corre a cargo de los estados miembros, la mayoría de ellos estados policiales: Ucrania, Georgia, Moldavia, Azerbaiján, Armenia, Bulgaria, Turquía, Rumania. —Fue contándolos con los dedos, y frunció los labios.— ¡Piensen en la historia de esos países! Han construido bases en el Gran Acantilado, una banda alrededor de Marte, en verdad. Y son uña y carne con la Autoridad Transitoria. —Meneó la cabeza.— Nos aplastarán en cuanto se presente la ocasión.

Nadia asintió con un movimiento de cabeza, y Art, sorprendido con esta declaración, bombardeó a Zeyk con preguntas.

—Pero ya no se esconden —señaló en cierto momento.

—Disponemos de refugios en caso de necesidad —dijo Zeyk—. Y estamos preparados para luchar.

—¿Cree que se llegará a eso? —pregunto Art.

—Estoy seguro.

Más tarde, después de otras tacitas de café espeso, Zeyk, Nazik y Nadia

hablaron sobre Frank Chalmers, los tres con una sonrisa de afecto en los labios. Nirgal y Art escucharon, pero era difícil hacerse una idea de aquel hombre, muerto mucho antes de que Nirgal naciese. En verdad era un brusco recordatorio de lo viejos que eran los issei, que habían conocido a una figura que aparecía en las videograbaciones. Al fin, Art exclamó:

—¿Pero cómo era él?

Los tres ancianos reflexionaron.

—Frank era un hombre airado —dijo Zeyk despacio—. Escuchaba a los árabes, sin embargo, y nos respetaba. Vivió un tiempo con nosotros y aprendió nuestra lengua, y verdaderamente hay pocos norteamericanos que lo hayan hecho. Por eso lo amábamos. Pero no era un hombre fácil de conocer. Y estaba enfadado, no sé por qué. Alguna cosa ocurrida en sus años en la Tierra, supongo. Nunca hablaba de ellos. En realidad, nunca hablaba de sí mismo. Pero tenía un giroscopio en su interior, que giraba como un pulsar. Y tenía humores sombríos. Muy sombríos. Nosotros lo enviábamos en los rovers de exploración, para ver si eso lo ayudaba. No siempre funcionaba. De cuando en cuando nos agredía, a pesar de que era nuestro huésped. —Zeyk sonrió, recordando.— Una *vez,* nos llamó esclavistas en nuestra propia cara, mientras tomábamos el café.

—¿Esclavistas?

Zeyk agitó una mano, como quitándole importancia.

—Estaba enfadado.

—Él nos salvó allí, al final —le dijo Nadia a Zeyk, saliendo de los pensamientos profundos en los que había estado perdida—. En el sesenta y uno. —Les habló del largo viaje en rover por Valles Marineris, cuando el agua del acuífero de Compton inundó el gran cañón; ya casi habían salido de él cuando la corriente atrapó a Frank y se lo llevó.— Se había apeado para liberar el coche de roca, y si él no hubiese actuado tan deprisa, también habría arrastrado el coche.

—Ah —dijo Zeyk—. Una muerte venturosa.

—No creo que él opinase lo mismo.

Los issei rieron brevemente, y luego alzaron las tazas vacías e hicieron un pequeño brindis por el amigo perdido.

—Lo echo de menos —dijo Nadia al bajar la taza—. Nunca pensé que lo diría.

Calló, y mientras la observaba Nirgal sintió que la noche los protegía, los ocultaba. Nunca la había oído hablar de Frank Chalmers. Muchos de los amigos de Nadia habían muerto en la revolución. Y su compañero también, Bogdanov, a quien tantos seguían aún.

—Airado hasta el final —dijo Zeyk—. Para Frank, una muerte venturosa.

Desde Lyell viajaron en sentido contrario a las agujas del reloj alrededor del Polo Sur, deteniéndose en todos los refugios o ciudades tienda e intercambiando noticias y productos. Christianopolis era la ciudad tienda más grande de la región, centro de intercambio para todas las colonias menores al sur de Argyre. Los refugios de la zona estaban ocupados principalmente por rojos. Nadia pedía a cuantos rojos encontraban que enviasen noticias del congreso a Ann Clayborne.

—Se supone que tenemos un enlace telefónico, pero nunca responde a mis llamadas.

Muchos rojos no ocultaban que el congreso les parecía una mala idea,

o al menos una pérdida de tiempo. Al sur del Cráter Schmidt se detuvieron en una colonia de comunistas de Bolonia que vivían en una colina vaciada, perdida en una de las zonas más agrestes de las tierras altas del sur, por la que era muy difícil viajar a causa de los numerosos escarpes y diques sinuosos que detenían a los rovers. Los boloñeses les proporcionaron un mapa con algunos de los túneles y ascensores que ellos habían instalado en la zona para salvar esas dificultades.

—Si no los hubiésemos tenido, nuestros viajes no serían otra cosa que rodeos.

Cerca de uno de los diques había una pequeña colonia polinesia. Vivían en un corto túnel de lava, que habían transformado en un lago con tres islas. El flanco meridional del dique estaba cubierto de nieve y hielo, pero los polinesios, la mayoría originarios de Vanuatu, mantenían el interior del refugio a la temperatura del hogar terrano; el aire estaba demasiado caliente y húmedo para Nirgal, casi irrespirable, aun sentado en una playa de arena, entre una laguna oscura y una hilera de palmeras inclinadas. Evidentemente, pensó mientras recorría el lugar con la vista, los polinesios se encontraban entre aquellos que trataban de crear una cultura incorporando aspectos ancestrales. Se revelaron además muy versados en las primitivas formas de gobierno de todo el mundo, y les entusiasmó la idea de compartir lo que habían aprendido en el congreso; no fue difícil convencerlos de que debían asistir. Para celebrar el proyecto se reunieron en la playa. Art, sentado entre Jackie y una bella polinesia llamada Tanna, sonreía con beatitud mientras sorbía de la cáscara de medio coco llena de kava. Nirgal estaba tendido en la arena delante de ellos, escuchando la charla animada de Tanna y Jackie a propósito del movimiento indígena, como lo llamaba Tanna. No era simplemente un nostálgico retorno al pasado, dijo, sino más bien un intento de crear una cultura que incorporase algunos aspectos de civilizaciones antiguas en la alta tecnología de las formas marcianas.

—La propia resistencia es una especie de Polinesia —dijo Tanna—. Pequeñas islas en un gran océano de piedra, algunas en los mapas, otras, no. Y algún día habrá un verdadero océano, y estaremos en las islas, floreciendo bajo el cielo.

—Beberé por eso —dijo Art, y lo hizo.

Era evidente que uno de los aspectos de la cultura arcaica polinesia que Art esperaba ver incorporado era su célebre cordialidad sexual. Pero Jackie sentía un placer perverso en complicar las cosas, y se apoyaba en el brazo de Art, bien para provocarlo, bien para competir con Tanna. Art tenía un aire feliz y preocupado a un tiempo; había bebido el pernicioso kava bastante deprisa, y entre el kava y las mujeres parecía confundido y dichoso. Nirgal casi se echó a reír. Por lo visto, a algunas de las mujeres jóvenes no les importaría compartir con Art la sabiduría arcaica, a juzgar por las miradas que le echaban. Quizá Jackie dejaría de provocarlo. En fin, no importaba, sería una noche muy larga, y el pequeño océano del túnel de Nueva Vanuatu se mantenía tan caliente como los baños de Zigoto. Nadia ya estaba allí, nadando en las aguas poco profundas con algunos hombres que tenían la cuarta parte de sus años. Nirgal se puso de pie, se despojó de las ropas y entro en el agua.

El invierno estaba tan avanzado que incluso en la latitud 80° el sol brillaba un par de horas alrededor de mediodía. Durante esos cortos intervalos, las nieblas variables resplandecían con tonos pastel o metálicos: unos días violetas, rosados y rojos, otros, cobre, bronce y oro. Y siempre los delicados tonos se reflejaban en la escarcha, de modo que a veces tenían la sensación de estar moviéndose sobre una superficie de amatistas, rubíes y zafiros.

Otros días el viento rugía y arrojaba su carga de escarcha que cubría el rover y daba al mundo un aspecto acuático. Aprovechaban las breves horas de sol para limpiar las ruedas, y en medio de la niebla el sol parecía una mancha de liquen amarillo. Cierto día, después de una de estas ventiscas, el manto de niebla desapareció descubriendo un espectacular y complejo paisaje de flores de hielo. Y en el extremo septentrional de ese rugoso campo de diamantes se alzaba una alta nube oscura, surgiendo de alguna fuente bajo el horizonte.

Se detuvieron y despejaron de hielo la entrada de uno de los pequeños refugios de Nadia. Nirgal observó la nube oscura y luego examinó el mapa.

—Creo que es el agujero de transición de Rayleigh —dijo—. Coyote puso en marcha las excavadoras robóticas allí durante el primer viaje que hice con él. Me pregunto si ha ocurrido algo.

—Tengo un pequeño robot de exploración en el garaje —dijo Nadia—. Puedes ir a echar un vistazo, si quieres. A mí también me gustaría ir, pero tengo que regresar a Gameto. Se supone que me encontraré allí con Ann pasado mañana. Parece que se ha enterado de lo del congreso y quiere hacerme algunas preguntas.

Art expresó un vivo interés por conocer a Ann Clayborne; le había impresionado mucho un vídeo sobre ella que había visto durante el viaje a Marte.

—Será como conocer a Jeremías. Jackie le dijo a Nirgal:

—Iré contigo.

Acordaron encontrarse en Gameto, y Art y Nadia partieron hacia allí en el rover grande. Nirgal y Jackie emprendieron la marcha en el rover de exploración. La nube alta flotaba aún sobre el paisaje de hielo que se extendía delante, un denso pilar de oscuros lóbulos grises que se aplastaban en la estratosfera. A medida que se acercaban fue cada vez más evidente que la nube brotaba del silencioso planeta. Y cuando llegaron al borde de un escarpe bajo, vieron en la distancia que la tierra estaba libre de hielo, el suelo tan desnudo como en pleno verano, sólo que más negro, una roca negra que humeaba por unas largas fisuras anaranjadas cuya superficie hervía. Y justo bajo el horizonte, a seis o siete kilómetros de distancia, la nube oscura se encrespaba, como la nube termal de transición convertida en nova, y luego se disipaba velozmente.

Jackie condujo el rover hasta la cima de la colina más alta de la región, allí podían ver la fuente de la nube, que no era sino la zona que Nirgal había sospechado: el agujero de transición de Rayleigh era ahora una colina baja, negra excepto por la red de fisuras anaranjadas que la recorría. La nube brotaba de un agujero en esa zona, un humo denso, oscuro y agitado. Una lengua de roca irregular corría colina abajo hacia el sur, en dirección a donde ellos estaban, y

luego se desviaba a la derecha.

Mientras estaban allí, sentados en el rover, mirando en silencio un gran pedazo de la colina negra que cubría el agujero de transición, se inclinó y se desgajó, y la roca líquida fluyó velozmente, chisporroteando y lamiendo los peñascos ennegrecidos en oleadas amarillas. El intenso amarillo pronto se volvió naranja, y luego se oscureció aún más.

Después de eso nada se movió salvo la columna de humo. Por encima del zumbido de la ventilación y los motores podían oír un rumor sordo y prolongado, puntuado por unos estampidos que coincidían con súbitos borbotones de humo en el agujero. El coche temblaba ligeramente sobre los amortiguadores.

Siguieron allí mirando, Nirgal, extasiado, Jackie, excitada y hablando sin cesar, y luego callando cuando trozos de roca se desgajaban de la colina, liberando más ríos de roca derretida. Cuando miraron la imagen que reflejaba la pantalla de infrarrojos, la colina tenía un color esmeralda intenso con incandescentes grietas blancas, y la lengua de lava que lamía la llanura era de un verde brillante. Transcurrió casi una hora antes de que la roca naranja se volviera negra a la luz del día, pero en el infrarrojo el esmeralda se convirtió en un verde oscuro en diez minutos. El verde se derramaba sobre el mundo, y el blanco se agitaba en su interior.

Comieron algo, y después, mientras lavaban los platos, Jackie apartaba a Nirgal en sus idas y venidas por la exigua cocina, tan afectuosa como se había mostrado en Nueva Vanuatu, los ojos brillantes, una pequeña sonrisa en los labios. Nirgal conocía esos signos, y la acarició cuando ella pasó por el reducido espacio de los asientos delanteros, feliz por la renovada intimidad, tan rara y preciosa.

—Apuesto a que hace calor fuera —dijo Nirgal.

Y ella volvió la cabeza deprisa y lo miró con los ojos muy abiertos.

Sin más palabras, se pusieron los trajes y entraron en la antecámara, y tomados de la mano esperaron que se despresurizara y se abriera. Salieron del coche y caminaron entre los escombros secos y rojos, rodeando montículos, hondonadas y bloques que les llegaban al pecho. Se dirigían hacia el río de lava. Llevaban una almohadilla aislante cada uno. Podían haber hablado, pero no lo hicieron. El aire los empujaba a rachas, y aun a través de las capas del traje Nirgal lo sentía caliente. La ligera vibración del suelo se transmitía a sus estómagos. Cada pocos segundos se escuchaba un estampido sordo, o un crujido seco. Sin duda era peligroso estar allí. Había una pequeña colina redondeada, muy parecida a aquella sobre la que habían aparcado el rover, desde la que se dominaba la lengua de lava caliente, a corta pero prudente distancia, y sin consultarlo ambos echaron a andar hacia ella, y subieron la pendiente final a grandes trancos, siempre tomados de la mano con fuerza.

Desde la cima de la pequeña colina tenían una excelente vista del río negro y su proteica red de fisuras anaranjadas y llameantes. El ruido era considerable. Parecía claro que cualquier nueva oleada de lava correría por el otro lado de la masa negra, colina abajo. Estaban en un punto elevado en la ribera del curso que corría de izquierda a derecha. Una gran oleada súbita podía sepultarlos, pero parecía improbable, y en cualquier caso no corrían más peligro allí que en el coche.

Todas esas elucubraciones se desvanecieron cuando Jackie le soltó la mano y empezó a quitarse el guante. Nirgal la imitó, y enrolló el tejido elástico hasta dejar la muñeca al descubierto y liberar el pulgar, luego el guante dejó escapar sus dedos. Estaban a 278°, calculó, una temperatura fresca pero no particularmente fría. Y entonces una oleada de aire cálido lo embistió, seguida por una tórrida, quizás a 315° kelvin, que pasó rápidamente, y volvió el estimulante frío al que había expuesto la mano al principio. Mientras se quitaba el otro guante, advirtió que la temperatura cambiaba con cada ráfaga de viento. Jackie ya había abierto la cremallera que unía la chaqueta al casco y la frontal, y cuando Nirgal la miró ella desnudó la parte superior de su cuerpo. El aire le puso la piel de gallina, como las garras de un gato rozando el agua. Se inclinó para quitarse las botas, y el tanque de aire se acomodó en el hueco de su espalda, las costillas marcándosele bajo la piel. Nirgal se acercó a ella y le bajó los pantalones. Jackie se incorporó y lo atrajo hacia sí y lo arrastró hasta el suelo. Se retorcieron entrelazados para colocarse sobre las almohadillas aislantes; el suelo estaba muy frío. Se despojaron del resto de las ropas, y ella se echó de espaldas con el tanque de aire sobre el hombro derecho de el. Nirgal se tendió sobre ella: en el aire gélido el cuerpo de Jackie estaba increíblemente caliente, irradiaba calor como la lava. Ráfagas de calor empujaban a Nirgal desde abajo y desde los lados, el viento caliente y seco y el cuerpo rosado y musculoso de la muchacha, que lo envolvía con fuerza con sus piernas y brazos, sorprendentemente tangible a la luz del sol. Los visores entrechocaron. Los cascos bombeaban aire a un ritmo frenético para compensar el que se perdía por los hombros. Se miraron largamente a los ojos, separados por la doble capa de cristal, lo único que les impedía fundirse en un solo ser. La sensación era tan intensa que parecía peligrosa: chocaron una y otra vez, expresando el deseo de fundirse, pero sabiéndose a salvo. Las pupilas de Jackie tenían un extraño ribete vibrante. Las diminutas ventanas negras eran más profundas que cualquier agujero de transición, una caída hacia el centro del universo. Nirgal tuvo que apartar los ojos. Se incorporó sobre ella y contempló el cuerpo largo y turbador, aunque menos que las profundidades de esos ojos. Los hombros esbeltos, el ombligo ovalado, la femenina longitud de los muslos... Nirgal tuvo que cerrar los ojos. El suelo temblaba debajo, moviéndose con Jackie, y Nirgal creyó hundirse en el planeta, femenino y salvaje. Ambos yacían completamente inmóviles, y sin embargo el mundo los hacía vibrar con un gentil pero intenso rapto sísmico. Roca viva. Los nervios y la piel de Nirgal vibraron y cantaron y él volvió la mirada al magma que fluía y entonces todo se fundió.

Dejaron el volcán Rayleigh y volvieron a viajar bajo la oscuridad del manto de niebla. Dos noches después se aproximaron a Gameto. En el gris oscuro de un mediodía crepuscular especialmente opaco, llegaron hasta el gigantesco saliente de hielo y se metieron debajo de él. De repente, Jackie se inclinó hacia adelante con un grito, desactivó el piloto automático de un manotazo y pisó el freno hasta el fondo.

Nirgal había estado cabeceando, y se aferró al volante, mirando afuera para ver que ocurría.

El acantilado estaba destrozado: una gran avalancha de hielo cubría el lugar que el garaje había ocupado.

—¡Oh! —gritó Jackie—. ¡La han volado! ¡Los han matado a todos! Nirgal se sentía como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago; le sorprendió descubrir qué golpe físico podía asestar el miedo. Estaba embotado, y parecía no sentir nada, ni angustia ni desesperación, nada. Alargó la mano y apretó el hombro de Jackie —ella estaba temblando— y miró afuera con ansiedad a través de la densa niebla voladora.

—Tenían el túnel de emergencia —dijo entonces—. Es imposible que los hayan sorprendido.

A través de un brazo del casquete polar, ese túnel llevaba hasta Chasma Australe, donde había un refugio en la pared de hielo.

—Pero... —empezó a decir Jackie, y tragó con dificultad—. Pero ¿y si no recibieron ninguna advertencia?

—Vayamos hasta el refugio de Australe —dijo Nirgal, haciéndose con los controles.

Condujo a trompicones sobre las flores de hielo a la velocidad máxima, concentrándose en el terreno y tratando de no pensar. No quería llegar al otro refugio y encontrarlo vacío, truncando su última esperanza, la única manera que tenía de rechazar ese desastre. No quería llegar nunca, quería seguir conduciendo alrededor del casquete polar para siempre, sin importarle el nudo de aprensión que hacía respirar a Jackie con un siseo y gemir de cuando en cuando. Nirgal estaba aturdido: no podía pensar ni sentir. Pero la figura de Hiroko aparecía en fogonazos delante de él, como si la proyectasen en el parabrisas o fuera un fantasma de las densas nieblas. Era posible que el asalto hubiese venido del espacio, o con misiles desde el norte, en cuyo caso no habría habido ningún aviso. Habrían borrado el mundo verde de la faz del universo y dejado sólo el mundo blanco de la muerte. Las cosas perderían el color, como en ese mundo invernal.

Apretó los labios y se concentró en el paisaje helado, con una violencia que desconocía poseer. Transcurrieron las horas y se esforzó por no pensar en Hiroko, Nadia, Art, Sax, Maya o Harmakhis, en nadie; su familia, vecindario, pueblo y nación, todo bajo esa pequeña cúpula. Se dobló sobre el estómago encogido y puso todos sus sentidos en la conducción, en cada pequeño montículo y hondonada que había que sortear en el vano intento de que la marcha fuera menos brutal.

Tenían que viajar unos trescientos kilómetros en el sentido de las agujas del reloj, y luego recorrer buena parte de Chasma Australe. El invierno se estrechaba y estaba tan obstruido por bloques de hielo que solo había una ruta practicable, marcada por unos débiles radiofaros de dirección. Allí Nirgal se vio forzado a reducir la velocidad, pero bajo la bruma oscura podía conducir sin descanso, hasta que alcanzaron el muro que marcaba el refugio. Sólo habían pasado catorce horas desde que partieran de la entrada de Gameto —toda una hazaña sobre ese terreno roto y helado—, pero Nirgal ni siquiera lo advirtió. Si el refugio estaba vacío...

El aturdimiento se desvanecía rápidamente conforme se acercaban a la pared baja en la cabecera del abismo. No vieron ninguna señal, y el miedo afloraba como el magma naranja por las grietas en la lava negra, salía a borbotones y se hinchaba, se convertía en una insoportable y desgarradora tensión en todas las

células de su cuerpo...

Entonces una luz parpadeó en la parte baja de la pared y Jackie gritó como si le hubiesen clavado una aguja. Nirgal aceleró y avanzó a trompicones, y casi estampó el coche contra el muro de hielo. Con el brusco frenazo las grandes ruedas de tela metálica patinaron un corto trecho y luego se detuvieron. Jackie se puso el casco y se precipitó a la antecámara. Nirgal la siguió. Después de la agónica espera de la despresurización, saltaron al exterior y corrieron hacia la puerta oculta en un hueco de la pared de hielo. La puerta se abrió y cuatro figuras con trajes salieron de ella esgrimiendo pistolas. Jackie gritó por la frecuencia común, y un segundo después las cuatro figuras los abrazaban. De momento todo iba bien, aunque era posible que sólo estuviesen consolándolos, y Nirgal se sentía atenazado aún por la incertidumbre cuando vio la cara de Nadia detrás de uno de los visores. Ella levantó el pulgar y él creyó haber estado conteniendo el aliento durante las quince horas anteriores, aunque sin duda sólo era desde que había saltado del coche. Jackie lloraba de alivio y Nirgal también quería llorar, pero la súbita desintegración del aturdimiento y el miedo lo habían dejado destrozado, exhausto, más allá de las lagrimas. Nadia lo llevó hasta la puerta del refugio tomado de la mano, como si comprendiese todo esto, y sólo cuando la antecámara empezó a presurizarse Nirgal entendió al fin las voces en la frecuencia común: «Tenía tanto miedo, pensé que estaban muertos». «Salimos por el túnel de emergencia, los vimos llegar...»

Dentro del refugio se quitaron los cascos y dieron cientos de abrazos. Art le palmeó la espalda, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¡Estoy tan contento de verlos a los dos!

Atrajo a Jackie hacia sí y le dio un abrazo de oso; luego se apartó y miró la cara llorosa e infantil con admiración, como si en ese momento aceptase que ella también era humana, y no una diosa felina.

Mientras avanzaban tambaleándose por el estrecho túnel que llevaba a las habitaciones del refugio, Nadia les explicó lo sucedido, frunciendo el ceño al recordar.

—Los vimos llegar y escapamos por el túnel de emergencia y volamos las dos cúpulas y todos los túneles. Así que hemos debido de matar a buena parte de los atacantes. No sé cuántos enviaron ni hasta dónde penetraron. Coyote está fuera, siguiéndoles la pista para averiguarlo. En fin, ya ha terminado.

Al final del túnel había un atestado refugio con pequeñas cámaras cuyos techos, paredes y suelos eran paneles aislantes colocados directamente en las cavidades del hielo. Todas las habitaciones partían de una gran sala central que servía como cocina y comedor. Jackie abrazó a todo el mundo excepto a Maya, y acabó por Nirgal. Nirgal advirtió que ambos temblaban, en una suerte de vibración sincrónica. La silenciosa y angustiada marcha parecía haber fortalecido el vínculo entre ellos, incluso más que el amor junto al volcán; aunque Nirgal estaba demasiado cansado para identificar las emociones que lo embargaban. Se separó de Jackie y se sentó, exhausto y al borde de las lágrimas. Hiroko se sentó junto a él y le narró con más detalle lo sucedido. El ataque había empezado con la súbita aparición de varios aviones espaciales, que aterrizaron en la explanada frente al hangar. De manera que en el interior casi no se habían enterado de nada y los que estaban en el hangar reaccionaron con desconcierto: telefonearon

para advertir a los demás pero no acertaron a activar los sistemas defensivos de Coyote. Coyote se enfadó mucho, dijo Hiroko, y Nirgal lo creyó.

—Tenían que haber detenido el ataque de los paracaidistas en cuanto aterrizaron —dijo. En vez de eso, la gente del hangar había retrocedido hacia la cúpula. Después de algunas vacilaciones, todos se habían metido en el túnel de emergencia, y cuando pasaron el punto de explosión Hiroko ordenó emplear la defensa suiza y volar la cúpula. Kasei y Harmakhis se encargaron de ello, y así la cúpula había volado, enterrando bajo toneladas de hielo seco a los atacantes que había dentro. Las lecturas de radiación indicaban que el Rickover no se había fundido, aunque había sido aplastado con todo lo demás. Coyote había aparecido por un túnel lateral con Peter, e Hiroko no sabía donde habían ido.

—Pero creo que esos aviones espaciales van a tener problemas —

dijo.

Gameto había desaparecido, y la cáscara de Zigoto también. en

edades futuras el casquete polar se sublimaría y dejaría al descubierto los restos aplastados, pensó Nirgal, ausente; pero ahora estaban enterrados, inalcanzables.

Y ellos estaban allí. Habían escapado sólo con algunas IA y con los trajes. Y ahora (presumiblemente) estaban en guerra con la Autoridad Transitoria y una parte de la fuerza que los había asaltado los esperaba fuera.

—¿Quiénes eran? —preguntó Nirgal. Hiroko sacudió la cabeza.

—No lo sabemos. Coyote dice que la Autoridad Transitoria. Pero hay muchas unidades distintas en la seguridad de la UNTA, y tenemos que averiguar sí se trata de la política general de la Autoridad Transitoria o si han sido algunas unidades fuera de control.

—¿Qué haremos? —preguntó Art. Al principio nadie respondió. Finalmente Hiroko dijo:

—Tendremos que pedir refugio. Creo que en Dorsa Brevia tienen espacio para nosotros.

—¿Que hay del congreso? —preguntó Art, recordándolo por la mención de Dorsa Brevia.

—Creo que ahora lo necesitamos más que nunca —dijo Hiroko. Maya fruncía el ceño.

—Podría ser peligroso que nos reuniésemos —señaló—. Ustedes le han hablado de esto a mucha gente.

—Tenemos que hacerlo —dijo Hiroko—. Ésa es la cuestión. —Los miró a todos, y ni siquiera Maya se atrevió a contradecirla—. Ahora tenemos que correr

el riesgo.

SÉPTIMA PARTE

¿Qué vamos a hacer?

Las fachadas de los escasos edificios grandes de Sabishii estaban revestidas de piedra pulida de colores insólitos en Marte: alabastro, jade, malaquita, jaspe amarillo, turquesa, ónice, lapislázuli. Los edificios menores eran de madera. Después de viajar de noche y esconderse de día, los visitantes descubrieron el placer de pasear a la luz del sol entre pequeños edificios de madera, bajo plátanos y arces, por jardines de piedra y anchos bulevares verdes, por las márgenes de unos canales flanqueados de cipreses que de cuando en cuando se ensanchaban en estanques cubiertos de nenúfares sobre los que se tendían los altos arcos de los puentes. Estaban casi en el ecuador, y el invierno no significaba nada; los hibiscos y los rododendros florecían incluso en el afelio, y los pinos y numerosas variedades de bambú se alzaban frondosos en el aire cálido y vibrante.

Los ancianos japoneses recibieron a los visitantes como a viejos y entrañables amigos. Los issei de Sabishii vestían monos de color cobre, iban descalzos y llevaban el pelo recogido en largas colas; muchos llevaban pendientes y collares. Uno de ellos, calvo, con una barba rala y un rostro surcado de profundas arrugas, llevó a los visitantes a un paseo para que estirasen las piernas después de un viaje tan largo. Se llamaba Kenji, y había sido el primer japonés en pisar Marte, aunque ya nadie lo recordaba.

De pie ante el muro de la ciudad, contemplaron unos bloques gigantescos de fantásticas formas, en equilibrio sobre las crestas de las colinas cercanas.

—¿Ha estada alguna vez en Medusae Fossae?

Kenji esbozo una sonrisa y sacudió la cabeza. En las piedras kami de las colinas habían excavado numerosas habitaciones y almacenes, explico; allí y en el laberinto de los montículos del agujero de transición que ya conocían podían albergar a un gran número personas, unas veinte mil, durante un año. Los visitantes asintieron. Todo indicaba que sería necesario.

Kenji los condujo de vuelta a la parte vieja de la ciudad, donde los visitantes tenían las habitaciones en el núcleo original del asentamiento.

Eran más reducidas y austeras que muchos de los apartamentos de estudiantes de la ciudad, y la pátina que las cubría les daba aspecto de nido. Los issei aún dormían en ellas.

Mientras los visitantes las recorrían, no se miraron. El contraste entre su historia y la de los sabishianos era demasiado violento. Miraron los muebles, turbados, distraídos, pensativos. Sólo al cabo de la comida de aquella noche, después de beber mucho sake, uno de ellos dijo al fin:

—Si hubiésemos hecho algo parecido a esto... Nanao empezó a tocar una flauta de bambú.

—Fue más fácil para nosotros —dijo Kenji—. Éramos todos japoneses. Teníamos un modelo.

—Esto no se parece mucho al Japón que yo recuerdo.

—No. Pero éste es el verdadero Japón.

Tomaron las tazas y algunas botellas y subieran unas escaleras que llegaban a un pabellón en lo alto de una torre de madera contigua al recinto donde se alojaban. Desde allí veían los árboles y tejados de la ciudad, y los dentados bloques sobre el negro cielo. Era la última hora del crepúsculo, y excepto una cuña de color invalida en el oeste, el cielo tenía un profundo azul nocturno tachonado de estrellas. Debajo, una hilera de farolillos coleaba de las ramas de una arboleda de arces.

—Nosotros somos los verdaderos japoneses. Lo que se ve en Tokyo hoy en día es transnacional, pero existe otro Japón. No podemos regresar a él, por supuesto. Era una cultura feudal en cualquier caso, y tenía características que no podemos aceptar. Pero lo que nosotros estamos creando aquí tiene sus raíces en esa cultura. Intentamos encontrar un nuevo camino, un camino que redescubra el antiguo, o lo reinvente.

—Un Kasei nipón.

—¡Si, pero no sólo para Marte! También para Japón, como un modelo para ellos, ¿comprenden? Como un ejemplo de lo que pueden llegar a ser. Bebieron vino de arroz bajo las estrellas. Nanao tocaba la flauta, y abajo, en el parque, bajo los farolillos alguien reía. Los visitantes se apoyaban unos en otros, bebiendo y pensando. Hablaron un rato sobre los refugios, sobre lo diferentes que eran y sin embargo lo mucho que tenían en común. Se emborracharon.

—El congreso es una buena idea.

Entre los visitantes hubo diferentes grados de asentimiento.

—Es lo que necesitamos. Caramba, nos hemos estado reuniendo para celebrar la fiesta de John durante muchos años, y ha sido bueno para nosotros. Muy agradable. Muy importante. Necesitábamos celebrarlo, por nuestro propio bien. Pero las cosas están cambiando deprisa. No podemos seguir actuando como una camarilla. Tenemos que tratar con los demás.

Discutieron los detalles: asistentes, medidas de seguridad, problemas.

—¿Quiénes atacaron el... el huevo?

—Un equipo de seguridad de Burroughs. Subarashii y Arsmcor han organizado lo que ellos llaman una unidad de investigación de sabotajes, y cuentan con la bendición de la Autoridad Transitoria. Vendrán al sur de nuevo, no hay duda. Hemos esperado demasiado.

—¿Consiguieron la institución... la información de mi? Un bufido.

—Tienes que resistir la tentación de creerte tan importante.

—De todas maneras, ya no importa. Ha sido la vuelta del ascensor la que ha precipitado los acontecimientos.

—Están construyendo uno para la Tierra también. Asi que...

—Mejor hacemos algo.

Luego, mientras las botellas seguían circulando y vaciándose, dejaron a un lado los temas serios y hablaron del año anterior, de las cosas que habían visto en las tierras marginales, compartieron chismes sobre conocidos comunes y contaron chistes nuevos. Nanao sacó un paquete de globos, los hincharon y los soltaron en la brisa nocturna de la ciudad, y los vieron flotar sobre los árboles y los viejos habitats. Se pasaron una bombona de óxido nitroso, inhalaron y rieron. Las estrellas formaban una densa red en lo alto. Alguien narró historias del espacio, del cinturón de asteroides. Intentaron tallar unos pedazos de madera con las navajas de bolsillo, pero no lo consiguieron.

—Este congreso será lo que nosotros llamamos nema-washi. *Preparar el terreno.*

Dos se pusieron en pie, abrazados, y oscilaron hasta que consiguieron mantener el equilibrio. Entonces levantaron sus tazas para proponer un brindis.

—El año que viene en Olimpo.

—El año que viene en Olimpo —repitieron los otros, y bebieron.

Estaban en Ls 180, año marciano 40, cuando empezaron a llegar a Dorsa Brevia, en pequeños coches y aviones, procedentes de todo el sur. Un grupo de rojos y una caravana de árabes comprobaban las credenciales de los asistentes en los yermos cercanos, y otros rojos y bogdanovistas permanecían en unos búnkers dispuestos alrededor de la dorsa, armados por si surgía algún contratiempo. Los expertos de inteligencia sabishianos, sin embargo, pensaban que no se tenía noticia del congreso en Burroughs, Hellas o Sheffield, y cuando explicaron por qué lo creían así, todos se relajaron; era evidente que habían logrado infiltrarse en las salas de la Autoridad Transitoria, y en verdad en toda la estructura del poder transnacional en Marte. Ésa era otra de las ventajas del demimonde: podían trabajar en ambas direcciones.

Cuando Nadia llegó acompañada de Art y Nirgal, los llevaron a los alojamientos de invitados en Zakros, el segmento más meridional del túnel. Nadia dejó su mochila en una minúscula habitación de madera y salió a pasear por el parque, y luego por los segmentos de la parte norte, encontrando viejos amigos y conociendo a extraños, sintiéndose esperanzada. Era alentador ver a toda esa gente apiñada en los parques y pabellones, en representación de tantos grupos diferentes. Miró a la muchedumbre que atestaba el parque del canal, quizás unas trescientas personas en aquel momento, y rió.

Los suizos de Salientes llegaron el día antes del inicio de la conferencia; se decía que habían estado acampados en el exterior en sus rovers, esperando a que llegara el día señalado. Traían consigo toda una batería de procedimientos y protocolos para la reunión, Art y Nadia escuchaban a una mujer suiza exponer sus planes, Art dio un codazo disimulado a Nadia y susurró:

—Hemos creado un monstruo.

—No, no... —susurró Nadia mientras miraba complacida el parque central, el tercer segmento viniendo desde el sur llamado Lato. La claraboya era una larga hendidura bronceada en el techo oscuro, y la luz de la mañana llenaba la vasta cámara cilíndrica con la lluvia de fotones que ella había anhelado ese invierno: luz parda por todas partes, los bambúes, pinos y cipreses alzándose sobre los techos de tejas y centelleando como agua verde—. Necesitamos una estructura, o esto será una jaula de grillos. Los suizos son forma sin contenido, si entiendes lo que quiero decir.

Art asintió. Era un hombre muy agudo, a veces difícil de entender, porque subía seis o siete escalones de una vez, dando por supuesto que ella lo había seguido.

—Haz que beban kava con los anarquistas y lo resolverás —murmuró Art, y se levantó para dar una vuelta entre la concurrencia.

Y esa noche, cuando cruzaba Gournia en compañía de Maya en dirección a una hilera de cocinas a la orilla del canal, Nadia pasó junto a Art y vio que estaba haciendo precisamente eso, arrastrando a Mijail y unos cuantos bogdanovistas de la línea dura a la mesa de los suizos, donde Jurgen, Max, Sibila y Priska charlaban animadamente con un grupo de pie alrededor de ellos, cambiando de

idioma como si fueran programas de traducción, pero siempre con el mismo acento suizo gutural.

—Art es un optimista —le comentó Nadia a Maya cuando los dejaron atrás.

—Art es un idiota —replicó Maya.

Para entonces ya había unos quinientos visitantes en el refugio, que representaban a unos cincuenta grupos. El congreso empezaría la mañana siguiente, y por eso la fiesta era muy animada, desde Zakros a Falasarna, el lapso marciano poblado de gritos alocados y cantos, los alaridos árabes en armonía con los cantos tiroleses, los compases de *Waltzing Manida* dando el conjunto a *La marsellesa.*

Nadia se levanto temprano la mañana siguiente. Encontró a Art en el pabellón del parque de Zakros, redistribuyendo las sillas en una formación semicircular, al estilo bogdanovista clásico. Nadia sintió una punzada de dolor y remordimiento, como si el fantasma de Arkadi hubiese pasado a través de ella: a él le habría gustado esa reunión, era lo que siempre había pedido. Fue a ayudar a Art.

—Te levantas temprano.

—Es que me desperté y ya no pude volver a dormirme. —Necesitaba un buen afeitado.— ¡Estoy nervioso!

Ella rió.

—Esto durará semanas, Art, ya lo sabes.

—Sí, pero los comienzos son importantes.

A las diez todos los asientos estaban ocupados, y detrás de las sillas se apretaba una muchedumbre de pie. Nadia estaba detrás, en la sección triangular destinada a Zigoto, mirando con curiosidad. Había un número ligeramente superior de mujeres y también de nativos. Muchos vestían los monos de una pieza corrientes —los de los rojos eran de color herrumbre—, pero un número significativo de asistentes vestían una colorida variedad de trajes ceremoniales: túnicas, vestidos, pantalones,

trajes, camisas bordadas, y torsos desnudos, collares y pendientes. Todos los bogdanovistas llevaban joyas con oscuros y brillantes trozos de fobosita.

Los suizos se pusieron de pie en el centro, con los trajes grises de banquero que les daban un aire severo, Sibilla y Priska con vestidos de color verde oscuro. Sibilla llamó al orden y declaro abierta la sesión. Ella y el resto de los suizos se alternaron para explicar con insoportable minuciosidad el programa que habían preparado, haciendo pausas para responder a las preguntas y pidiendo comentarios en cada cambio de orador. En las pausas, un grupo de sufíes vestidos con camisas y pantalones de un blanco inmaculado se abrían paso repartiendo jarras de agua y tazas de bambú, moviéndose con su habitual gracia de bailarines. Cuando todos tuvieron tazas, los delegados de cada grupo sirvieron el agua al grupo que estaba a su izquierda, y luego todos bebieron. Los

vanuatanos estaban delante de una mesa llenando pequeñas tazas con kava, café o té, y Art las repartía. Nadia sonrió al verlo, arrastrando los pies entre la multitud como un sufí a cámara lenta, tomando sorbitos de las tazas de kava que llevaba.

El programa de los suizos empezaría con una serie de seminarios que tratarían temas y problemas específicos; se celebrarían en salas abiertas repartidas por Zakros, Gournia, Lato y Malla. Todos los seminarios se grabarían, y las conclusiones, recomendaciones y preguntas que surgieran servirían de base para la discusión siguiente en una de las dos sesiones generales. El problema de la consecución de la independencia vendría después: los medios y los fines.

Cuando los suizos terminaron de presentar el programa ya estaba todo listo para que el congreso empezara. No se les había ocurrido organizar ninguna apertura ceremoniosa. Werner, que era el último, recordó a la concurrencia que los primeros seminarios empezarían una hora después, y eso fue todo.

Pero antes de que la muchedumbre se dispersara, Hiroko se puso de pie, entre la gente de Zigoto, y avanzó despacio hasta el centro del semicírculo. Vestía un mono de color verde bambú y no llevaba joyas: una figura alta y esbelta, de cabello cano, poco llamativa, que sin embargo atrajo todas las miradas. Y cuando alzó las manos, todos los que aún estaban sentados se pusieron de pie. En el silencio que siguió, Nadia contuvo el aliento. Deberíamos detenernos justo en este momento, pensó. Sin reuniones. Ésta es la clave, nuestra presencia aquí, nuestra reverencia compartida por esta persona.

—Somos hijos de la Tierra —dijo Hiroko, lo suficientemente alto como para que todos la oyeran—. Y sin embargo, aquí estamos, en un túnel de lava en el planeta Marte. No deberíamos olvidar nunca qué extraño es el destino. La vida en cualquier parte es un enigma y un milagro precioso, pero aquí vemos con más claridad aún que es también un poder sagrado. Recordemos eso ahora y hagamos de nuestro trabajo nuestro culto.

Extendió las manos en un gesto amplio y sus asociados más cercanos avanzaron rumorosos hacia ella. Otros los siguieron, y al fin el espacio en torno a los suizos estuvo lleno de una horda de amigos, conocidos y extranjeros.

Los seminarios se celebraban en belvederes diseminados por los parques, o en las salas rodeadas de árboles de los edificios públicos que flanqueaban esos parques. Los suizos habían designado unos pequeños grupos para dirigir los seminarios, y el público podía elegir libremente aquellas reuniones que más les interesaran, algunas con cinco asistentes y otras con cincuenta.

Nadia paso ese primer día de reunión en reunión, recorriendo los cuatro segmentos más meridionales del túnel. Descubrió que algunos hacían lo mismo, y ninguno tanto como Art, de modo que solo atrapaba una o dos frases al vuelo de cada reunión.

Nadia entró en una sala donde se discutían los acontecimientos de 2061. Le interesó, aunque no le sorprendió, encontrar entre los asistentes a Maya, Ann, Sax, Spencer e incluso Coyote además de Jackie Boone y Nirgal. La sala estaba atestada. Lo primero es lo primero, se dijo, pues había preguntas cardinales sobre el 61 que esperaban respuesta: ¿qué había ocurrido?, ¿qué había fallado, y por qué?

Sin embargo, después de escuchar diez minutos, se le cayó el alma a los pies. La gente estaba enfadada, las recriminaciones eran profundas y amargas. El estómago se le encogió mientras los recuerdos de la revolución fallida la invadían.

Recorrió la sala con la mirada, tratando de concentrarse en los rostros, de olvidar los fantasmas interiores. Sax, sentado junto a Spencer, lo miraba todo como un pájaro; asintió cuando Spencer declaró que 2061 les había enseñado que necesitaban una estimación completa de la fuerza militar en el sistema marciano.

—Ésta es una *necesaria condición previa* para cualquier acción con éxito —dijo Spencer.

Pero esa pizca de sentido común fue rechazada a gritos por alguien que parecía considerarlo una excusa para evitar la acción: un miembro de Marteprimero que abogaba por el ecosabotaje masivo y el asalto armado de las ciudades.

Nadia recordó vividamente una discusión con Arkadi sobre ese mismo tema, y de pronto ya no pudo soportarlo. Se adelantó hasta el centro de la sala.

Después de un rato todos callaron, silenciados por su presencia.

—Estoy cansada de que este tema se discuta siempre en términos puramente militares —dijo—. Hay que rediseñar el modelo de la revolución. Eso es lo que Arkadi no consiguió en el sesenta y uno, y por eso el sesenta y uno fue un caos sangriento. Escúchenme: no puede haber una revolución armada con éxito en Marte. Los sistemas de soporte vital son demasiado vulnerables.

Sax graznó:

—Pero si la superficie es vivible... es *viable...* entonces los sistemas de soporte no tan... tan...

Nadia sacudió la cabeza.

—La superficie no es viable, y no lo será durante muchos años. Y aun si lo fuera, hay que replantear la revolución. Miren, incluso cuando tuvieron éxito las revoluciones causaron tanta destrucción y odio que siempre hubo alguna revancha horrible. Es inherente al método. Si uno escoge la violencia, se crea enemigos que se opondrán a uno eternamente. Y los hombres despiadados se convierten en los líderes revolucionarios. De modo que cuando la guerra termina están en el poder, y es muy probable que sean tan malos como aquellos a quienes han desplazado.

—No en... *América* —dijo Sax, bizqueando por el esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas.

—Eso yo no lo sé. Pero suele ocurrir lo que he dicho. La violencia engendra odio, y con el tiempo alguien se toma la revancha. Es inevitable.

—Si —dijo Nirgal con la mirada intensa de siempre, no muy distinta de la mueca de Sax—. Pero sí atacan los refugios y los destruyen, no nos queda mucha elección.

—La cuestión es: ¿quién envía esas fuerzas? ¿Y quiénes son las personas que integran esas fuerzas? —contestó Nadia—. Dudo que ninguna de esas personas, individualmente, nos tenga mala voluntad. A estas alturas tienen tantos motivos

para estar con nosotros como en contra de nosotros. Es en los jefes y propietarios en quienes tenemos que concentrar la atención.

—De-ca-pi-ta-ción —dijo Sax.

—No me gusta como suena eso. Necesitamos otro término.

—¿Retiro obligatorio? —sugirió Maya ácidamente. Todos rieron y Nadia le echó una mirada furibunda a su vieja amiga.

—Desempleo forzoso —dijo Art en voz alta desde el fondo, donde acababa de aparecer.

—Querrás decir un golpe de estado —dijo Maya—. Pelear no contra la población, sino contra los dirigentes y sus matones.

—Y quizá contra los ejércitos —insistió Nirgal—. Nada indica que estén descontentos, o incluso que les sea indiferente.

—No. Pero ¿seguirían luchando sin órdenes de sus superiores?

—Algunos sí. Es su trabajo después de todo.

—Sí, pero no hay grandes intereses detrás de eso —dijo Nadia—. Sin motivaciones nacionalistas o étnicas, o algún otro sentimiento en juego, no creo que esa gente peleara hasta la muerte. Les han ordenado proteger a los poderosos. Entonces aparece un sistema mas igualitario, y tal vez se les plantee un conflicto de lealtades.

—Beneficios del retiro —dijo Maya en tono burlón, y la concurrencia volvió a reír.

Desde el fondo Art dijo:

—¿Y por qué no plantearlo en esos términos? Si no quieren que la revolución sea definida como una guerra, necesitarán una definición alternativa, así que ¿por qué no la economía? Llámenlo un cambio de práctica. Eso es lo que la gente de Praxis hace cuando habla de capital humano, o bioinfraestructura: definirlo todo en términos económicos. En cierto modo es absurdo, pero muy significativo para quienes la economía es el paradigma más importante. Y eso ciertamente incluye a las transnacionales.

—Entonces —dijo Nirgal con una sonrisa—, despedimos a los jefes locales y le damos a su policía un aumento de sueldo mientras los reciclamos para otro trabajo.

—Sí, algo así.

Sax negaba con la cabeza.

—No podemos alcanzarlos —dijo—. Necesitamos la fuerza.

—¡Algo tiene que cambiar para evitar otro sesenta y uno! —insistió Nadia—. Hay que replantearlo. Quizás haya modelos históricos, pero no los que ustedes han mencionado. Algo más en el estilo de las revoluciones de terciopelo que pusieron fin a la era de los soviets, por ejemplo.

—Pero eso fue posible porque existían poblaciones insatisfechas — dijo Coyote desde el fondo—, y tuvieron lugar en un sistema que se estaba cayendo a pedazos. Aquí no se dan esas condiciones. La gente está bastante bien situada. Se sienten afortunados de estar aquí.

—Pero Tierra... en dificultades —observó Sax—. Se está cayendo a pedazos.

Coyote no contestó y se sentó junto a Sax para discutir con él. Como resultado de todo lo que Sax había trabajado con Michel ya era posible hablar con él, a pesar de sus angustiosos tropiezos. Nadia se sintió feliz al verlos.

Los debates continuaron. La gente discutía teorías de la revolución, pero cuando intentaban hablar sobre el sesenta y uno se veían lastrados por los viejos rencores y las discrepancias acerca de lo que había ocurrido en esos meses de pesadilla. Esto se evidenció sobre todo cuando Mijail y algunos ex presos de Koroliov empezaron a discutir sobre quién había matado a los guardias.

Sax se levantó y agitó la IA por encima de su cabeza.

—Necesitamos hechos... primero —graznó—. Después diálisis...

análisis.

—Buena idea —señaló Art—. Si el grupo puede redactar una breve historia de la guerra para conocimiento de todo el congreso, sería muy útil. Podemos reservar la discusión de la metodología revolucionaria para las reuniones generales, ¿de acuerdo?

Sax asintió y se sentó. Un nutrido grupo abandonó la reunión, y los restantes se serenaron y se reunieron en torno a Sax y Spencer. Ahora eran sobre todo veteranos de la guerra, advirtió Nadia pero también estaban Jackie, Nirgal y otros nativos. Nadia había visto parte del trabajo que Sax había hecho en Burroughs sobre la cuestión del sesenta y uno, y tenía la esperanza de que unido al testimonio de otros testigos oculares podrían alcanzar una comprensión básica de las causas últimas de la guerra. Casi había transcurrido medio siglo, pero como Art dijo cuando ella se lo mencionó, eso no era atípico. Caminaba con la mano sobre el hombro de ella, sin que pareciera preocuparle lo que había apreciado durante esa mañana, esa primera revelación de la naturaleza indócil de la resistencia.

—No coinciden en muchas cosas —admitió—. Pero todos los comienzos son iguales.

Avanzada la segunda tarde Nadia fue al seminario dedicado a la terraformación. Ése probablemente era el tema que más los enfrentaba, juzgó Nadia, y la concurrencia lo reflejaba; la sala en la linde del parque de Lato estaba atestada, y antes de que diera comienzo la sesión el moderador la trasladó al parque, a la extensión de césped que dominaba el canal.

Los rojos insistían en que la terraformación en sí misma constituía un obstáculo para sus esperanzas. Si la superficie marciana se transformaba en viable para los humanos, argumentaban, representaría una fortuna en terrenos para la Tierra, y si a esto se le sumaban los graves problemas demográficos y medioambientales de la Tierra y el ascensor espacial que eliminaría los pozos de gravedad, con toda seguridad se produciría una avalancha inmigratoria, y con ella se esfumaría cualquier posibilidad de independencia marciana.

Quienes estaban a favor de la terraformación, los verdes, firmaban que con una superficie viable para los humanos sería posible vivir en cualquier parte, y

entonces la resistencia estaría en la superficie y sería infinitamente menos vulnerable al control o el ataque, y por tanto estaría en mejor posición para triunfar.

Estas dos posiciones fueron discutidas en todas sus posibles combinaciones y variantes. Y Ann Clayborne y Sax Russell estaban en el centro del debate, llamando la atención sobre ciertos puntos con cada vez más frecuencia. Hasta que al fin todos los otros callaron, silenciados por la autoridad de aquellos dos viejos antagonistas, viéndolos enfrentarse de nuevo.

Nadia observo esa colisión con desaliento, ansiosa por sus dos amigos. Y ella no era la única que encontraba la situación inquietante. La mayoría de la gente había visto la famosa grabación de la discusión de Ann y Sax en la Colina Subterránea, y la historia de ambos era bien conocida, uno de los grandes mitos de los Primeros Cien, de unos tiempos en que las cosas eran más sencillas y las distintas personalidades podían defender puntos bien definidos. Ahora ya nada era sencillo, y mientras los viejos enemigos se enfrentaban de nuevo en medio de aquel grupo variopinto, se percibía una electricidad extraña en el aire, una mezcla de tensión y nostalgia, un *deja vu* colectivo, y el deseo (quizá sólo de ella, pensó Nadia con amargura) de que los dos se reconciliasen, por el bien de ellos y de todos.

Pero ahí estaban, de pie en el centro de la muchedumbre. Ann ya había perdido esa batalla, y su actitud parecía reflejarlo: se mostraba dócil, casi indiferente; la ardorosa Ann de las famosas cintas ya no existía.

—Cuando la superficie sea viable —dijo ella, (no «si la superficie fuera viable», observó Nadia)—, vendrán aquí a millones, pero mientras tengamos que vivir en refugios la población no podrá aumentar demasiado. Y eso es lo que se necesita si se quiere una revolución con éxito. —Se encogió de hombros.— Podrías hacerlo hoy si quisieras. Nuestros refugios están ocultos, pero los de ellos no. Revienta sus refugios y no podrán devolver los disparos a nadie. Morirán y tú tomarás el control. La terraformación elimina esa ventaja.

—Yo no participaré en eso —exclamó Nadia, incapaz de contenerse—. Ya sabes cómo fueron las cosas en las ciudades en el sesenta y uno.

Hiroko también estaba allí, sentada al fondo y observando, y entonces intervino por primera vez.

—Una nación fundada sobre el genocidio no es lo que queremos. Ann se encogió de hombros.

—Ustedes quieren una revolución incruenta, pero eso no es posible.

—Lo es —dijo Hiroko—. Una revolución de seda. Una revolución de aerogel. Una parte integral de la areofanía. Eso es lo que quiero.

—Muy bien —dijo Ann. Nadie podía discutir con Hiroko—. Pero aun eso sería más fácil si no hubiese una superficie viable. Piénsalo. Si te apoderas de las centrales eléctricas de las ciudades importantes y dices «Ahora nosotros tenemos el control», es muy probable que la población esté de acuerdo por simple necesidad. Si en vez de eso hay muchos millones de personas aquí, sobre una superficie viable, y tú apartas a algunos y declaras que tienes el control, es muy probable que digan «¿El control de qué?», y te ignoren.

—Eso... —dijo Sax hablando despacio—, eso sugiere... tomar el control

mientras la superficie no vivible. Luego continuar proceso... como independiente...

—Ellos querrán atraparte —dijo Ann—. Cuando vean la superficie abierta, vendrán a buscarte.

—No si se vienen abajo —replicó Sax.

—Las transnacionales lo tienen todo muy bien agarrado —dijo Ann—. No pienses que no es así.

Sax miraba fijamente a Ann, y en lugar de despreciar sus puntos de vista, como había hecho en otro tiempo, parecía por el contrario muy atento a ellos; observaba cada movimiento de Ann, parpadeaba mientras consideraba lo que ella decía, y entonces replicaba con más vacilación de la que su dificultad para hablar justificaba. Al mirar esa cara alterada, Nadia tenía la sensación de que era otra persona quien discutía con Ann esta vez, no Sax, sino un hermano suyo, un profesor de baile, o un ex boxeador con la nariz rota y un impedimento del habla, que escogía con paciencia las palabras adecuadas, y a menudo fracasaba en el empeño.

Y sin embargo, el efecto era el mismo.

—Terraformación... irreversible —graznó él—. Sería tácticamente difícil... *técnicamente* difícil... empezar... *detenerse.* El esfuerzo igual al ya... hecho. Y el medioambiente puede ser un... arma en nuestro caso... en nuestra *causa.* En cualquier estadio.

—¿De qué manera? —preguntaron varias personas, pero Sax no lo explicó. Estaba concentrado en Ann, que lo miraba con una curiosa exasperación.

—Si estamos en el camino de la viabilidad —le dijo ella—, entonces Marte representa un premio fabuloso para las transnacionales. Quizás incluso su salvación, si las cosas se ponen verdaderamente feas allá abajo. Pueden venir aquí, reducirnos y conseguir un mundo flamante, y dejar que la Tierra se vaya al infierno. Si ése fuera el caso, estaríamos perdidos. Ya viste lo que ocurrió en el sesenta y uno. Ellos disponen de ejércitos gigantescos, y es así como mantendrán su poder aquí.

Luego se encogió de hombros y calló. Sax parpadeó, meditando en lo que ella había dicho; casi asintió. Mirándolos, Nadia una granjera curtida por la intemperie y Sax incongruentemente encantador. Ambos aparentaban unos setenta años, y viéndolos, y sintiendo su propio pulso acelerado, a Nadia le costaba creer que tenían más de ciento veinte años. Inhumanamente viejos, y por tanto de algún modo desgastados, sobrecargados de experiencia, agotados, consumidos; o al menos muy lejos de dejarse arrastrar por la pasión en un mero intercambio de palabras. Ahora ya sabían lo poco que importaban las palabras en el mundo. Y por eso callaron, mirándose aún a los ojos, atrapados en una dialéctica vacía de cólera.

Pero otros compensaron de sobras la actitud contemplativa de ellos dos: los exaltados echaron el resto. Los rojos más jóvenes consideraban la terraformación como parte del proceso imperialista; Ann era una moderada comparada con ellos, que incluso atacaban a Hiroko.

—No lo llame areoformación —le gritó alguien a Hiroko, y ella miró perpleja a aquella joven alta, una valkiria rubia a la que la simple pronunciación de la

palabra parecía ponerla furiosa—, es *terraformación* lo que está haciendo. Llamarlo areoformación no es más que una sucia mentira.

—Nosotros terraformamos el planeta —le dijo Jackie a la mujer—, pero el planeta nos areoforma.

—¡Y eso también es una mentira! Ann miró con aire sombrío a Jackie.

—Tu abuelo me dijo eso mismo hace mucho tiempo —dijo—, como quizá sepas. Pero aún estoy esperando ver qué se supone que significa esa *areoformación.*

—Es lo que le ha ocurrido a todos los nacidos aquí —dijo Jackie convencida.

—¿Y en qué consiste eso? Tú has nacido en Marte. ¿En qué eres diferente?

Jackie le echó una mirada furiosa.

—Igual que el resto de los nativos, Marte es lo único que conozco y lo único que me importa. Me crié en una cultura que tomaba diferentes aspectos de muchos predecesores terranos, mezclados para formar algo nuevo y marciano.

Ann se encogió de hombros.

—Sigo sin ver en qué eres diferente. Me recuerdas a Maya.

—¡Vete al diablo!

—Como habría dicho Maya. Y ésa es tu areoformación. Somos humanos y humanos seguiremos siendo, no importa lo que dijera John Boone. Dijo muchas cosas, pero ninguna de ellas se hizo realidad.

—Todavía no —dijo Jackie—. Pero el proceso se retrasa cuando cae en manos de personas que no han tenido ni un solo pensamiento nuevo en cincuenta años. —Muchos jóvenes rieron al oír eso—. Y que tienen la costumbre de incluir insultos personales en una discusión política.

Y se quedó allí de pie, mirando a Ann, tranquila y serena, excepto por el fulgor de los ojos, que le recordó a Nadia el poder que Jackie tenía. Casi todos los nativos estaban con ella, sin duda.

—Si es verdad que no hemos cambiado aquí —le dijo Hiroko a Ann—,

¿cómo explicas tus rojos? ¿Cómo explicas la areofanía? Ann se encogió de hombros.

—Hay excepciones. Hiroko meneó la cabeza.

—Hay un espíritu de lugar en nosotros. El paisaje ejerce una profunda influencia en la psique humana. Tú eres una estudiante de los paisajes y una roja. Tienes que reconocer que esto es cierto.

—Cierto para algunos —replicó Ann—, pero no para todos. Es evidente que muchos no sienten ese espíritu de lugar. Las ciudades son todas iguales, en realidad son intercambiables en todos los aspectos importantes. Así que la gente viene a una ciudad en Marte y ¿cuál es la diferencia? Ninguna. No piensan en la destrucción de la tierra fuera de la ciudad más de lo que lo hacían en la Tierra.

—Se les puede enseñar a pensar de otro modo.

—No, no creo que se pueda. Es demasiado tarde para ellos. Como mucho puedes ordenarles que actúen de manera distinta. Pero eso no es ser areoformado

por el planeta, eso es adoctrinamiento, campos de reeducación. Areofanía fascista.

—Persuasión —contestó Hiroko—. Defensa de una causa, discusión razonada, idea por idea. No tiene por qué ser coercitivo.

—La revolución de aerogel —dijo Ann con sarcasmo—. Pero el aerogel tiene poco efecto sobre los misiles.

Varias personas hablaron al mismo tiempo, y durante un momento el hilo del discurso se perdió; la discusión se escindió en un centenar de debates menores, pues muchos tenían algo que decir que habían estado reprimiendo. Era obvio que podrían continuar así durante horas, durante días.

Ann y Sax se sentaron. Nadia se abrió paso entre la multitud meneando la cabeza. En la salida se encontró con Art, que sacudió la cabeza con aire grave.

—Increíble —dijo.

—Créelo.

Las siguientes jornadas del congreso se desarrollaron de manera muy similar a la primera: seminarios que se prolongaban, mejor o peor, hasta la comida, y luego largas tardes de fiesta o charla. Los veteranos inmigrantes solían retomar el trabajo después de la comida, pero los jóvenes nativos tendían a considerar las conferencias como trabajo diurno solamente, y dedicaban la noche a la diversión, a menudo alrededor del gran estanque caliente de Phaistos. Una cuestión de tendencias, con muchas excepciones cada grupo, que a Nadia le pareció interesante.

Nadia pasaba casi todas las tardes en los patios de Zakros donde comían, tomando notas sobre las reuniones del día, hablando con la gente, meditando. Nirgal trabajaba con ella con frecuencia, y también Art, cuando no se dedicaba a llevar a gente que había estado discutiendo todo el día a beber kava juntos, y luego a la fiesta en Phaistos.

En la segunda semana Nadia tomó el hábito de dar un paseo por el tubo, a menudo hasta Falasarna, después del cual se reunía con Nirgal y Art para la disección final del día, que realizaban en un patio situado sobre un pequeño montículo de lava en Lato. Los dos hombres se habían hecho buenos amigos durante el largo viaje de regreso desde Kasei Vallis, y la presión del congreso los estaba convirtiendo casi en hermanos: hablaban de todo, comparaban impresiones, comprobaban teorías, presentaban planes para que Nadia los valorase, y decidieron ocuparse de redactar un documento que resumiera el congreso. Ella formaba parte de eso —la hermana mayor quizá, o tal vez la *babushka*—, y una vez, después de dar por terminada la reunión y tambaleándose camino de la cama, Art habló del «triunvirato». Ella era Pompeyo, sin duda. Pero hacía lo posible por influir en ellos con sus análisis del panorama.

Había numerosas diferencias entre los grupos, les explicó ella, algunas eran

fundamentales. Estaban aquellos a favor o en contra de la terraformación, aquellos a favor o en contra de la violencia revolucionaria, aquellos que se habían unido a la resistencia para salvaguardar culturas amenazadas y aquellos que habían desaparecido para crear órdenes sociales radicalmente nuevos. Y para Nadia era cada vez más evidente que existían diferencias significativas entre los inmigrantes de la Tierra y los nacidos en Marte.

Había muchas diferencias y muy pocos puntos en común. Una noche Michel Duval se les unió para tomar una copa, y cuando Nadia le describió el problema, él sacó su IA y empezó a hacer diagramas basados en lo que llamó el «rectángulo semántico». Con él crearon un centenar de esquemas distintos de las diferentes dicotomías, tratando de encontrar una cartografía que les ayudase a comprender qué puntos de acuerdo y qué oposiciones existían entre ellos. Hicieron algunos esquemas interesantes, pero no podía decirse que ninguna idea brillante hubiese saltado de la pantalla. Sin embargo, hubo un rectángulo semántico particularmente complicado que parecía muy sugerente, al menos para Michel: violencia y no violencia, terraformación y anti-terraformación formaban los cuatro vértices iniciales, y en la combinación secundaria alrededor del primer rectángulo colocó a los bogdanovistas, los rojos, la areofanía de Hiroko y a los musulmanes y otras culturas conservadoras. Pero qué indicaba aquella *combinatoire* en términos de acción no estaba nada claro.

Nadia empezó a asistir a las sesiones diarias dedicadas a las cuestiones generales concernientes a un posible gobierno marciano, tan desorganizadas como las discusiones sobre los métodos revolucionarios, pero menos emocionales, y a menudo más provechosas. Se celebraban en un pequeño anfiteatro que los minoistas habían excavado en una de las paredes del túnel en Malta. Desde un arco ascendente de gradas, los participantes disfrutaban de una vista de bambúes y pinos y tejados de terracota a uno y otro lado del túnel, desde Zakros hasta Falasarna.

La concurrencia era algo distinta de la de los debates revolucionarios. Cuando llegaba un resumen de alguno de los seminarios menores para someterlo a debate, la gente que había participado en el seminario asistía a la reunión general para ver que comentarios se hacían sobre él. Los suizos habían organizado seminarios sobre casi todos los aspectos imaginables en política, economía y cultura, de modo que las discusiones generales eran en verdad muy amplias.

Vlad y Marina enviaban informes frecuentes de sus seminarios sobre finanzas, cada uno de ellos enriqueciendo y extendiendo el concepto de eco-economía.

—Es muy interesante —informó Nadia a Nirgal y Art en su reunión nocturna en el patio—. Mucha gente cuestiona el sistema original de Vlad y Marina, incluyendo los suizos y los boloñeses. En esencia, están llegando a la conclusión de que el sistema del regalo que utilizamos al principio en la resistencia no basta por sí solo, porque es demasiado difícil mantener el equilibrio. Hay problemas de escasez y exceso, y cuando se imponen estándares es como si obligaras a la gente a hacer un regalo, lo que es una contradicción. Eso es lo que Coyote dijo siempre, y la razón por la que organizó su red de trueque. Así que ahora intentan elaborar un sistema racional en el que las necesidades se consideran en una economía

cuya unidad básica es el peróxido de hidrógeno, y en la que el precio de las cosas depende de su valor calórico. Una vez cubiertas esas necesidades, la economía del regalo entra en acción, empleando el patrón del nitrógeno. De modo que hay dos planos, la necesidad y el regalo, o lo que los sufíes del seminario llaman el animal y el humano, expresados por los distintos estándares.

—El verde y el blanco —dijo Nirgal para sí mismo.

—¿Y están de acuerdo los sufíes con ese sistema dual? —preguntó Art.

Nadia asintió.

—Hoy, después de que Marina describiese la relación entre los dos planos, Dhu el-Nun le dijo: «El Mevlana no lo habría expresado mejor».

—Una buena señal —dijo Art con entusiasmo.

Otros seminarios eran menos específicos, y por tanto menos fructíferos. En uno de ellos, en el que se trabajaba en una futura declaración de derechos, reinaba una inesperada acritud. Pero Nadia advirtió en seguida que ese tema hundía sus raíces en un profundo pozo de preocupaciones culturales. Era obvio que muchos consideraban el seminario como una oportunidad para que una cultura dominase a las demás.

—Lo vengo diciendo desde Boone —exclamó Zeyk—. El intento de imponer unos valores determinados sobre todos nosotros no es mas que ataturkismo. Debe permitirse a todo el mundo conservar los valores que le son propios.

—Pero eso sólo puede ser así hasta cierto punto —señaló Ariadne—.

¿Qué ocurre si un grupo afirma que tiene derecho a poseer esclavos? Sheik se encogió de hombros.

—Eso estaría al margen de lo permitido.

—¿Entonces está de acuerdo en que tiene que haber una declaración básica de derechos humanos?

—Naturalmente —contestó Zeyk con frialdad. Mijail habló por los bogdanovistas.

—Toda jerarquía social es una forma de esclavitud —dijo—. Toda persona tiene que ser igual ante la ley.

—La jerarquía es un hecho natural —dijo Zeyk—. Es inevitable.

—Habló el hombre árabe —dijo Ariadna—. Pero aquí no somos naturales, somos marcianos. Y cuando la jerarquía conduce a la opresión, debe abolirse.

—La jerarquía de los justos —dijo Zeyk.

—O la supremacía de la igualdad y la libertad.

—Impuesta, si es necesario.

—¡Sí!

—Libertad forzada, entonces. —Zeyk hizo un ademán despectivo. Art subió un carrito con bebidas a la tarima.

—Quizá deberíamos centrarnos en los derechos ya existentes — sugirió—. Podríamos estudiar las diferentes declaraciones de los derechos humanos de la

Tierra, y ver si podemos adaptarlas a Marte.

Nadia continuó con su ronda de observación de las reuniones. Explotación de la tierra, legislación sobre bienes, derecho criminal, herencia... Los suizos habían desmenuzado la cuestión del gobierno en un número increíble de subcategorías. Los anarquistas estaban irritados, sobre todo Mijail:

—¿De verdad tenemos que pasar por todos estos puntos? —

preguntaba una y otra vez—. ¡Nada de esto existirá, nada!

Nadia había esperado ver a Coyote entre quienes protestaban, pero el

dijo:

—¡Tenemos que discutirlo absolutamente todo! Aun en el caso de que

no quisieran ningún estado, o un estado mínimo, tendrían que discutir punto por punto. Sobre todo porque algunas minorías quieren mantener el sistema económico y político que salvaguarda su situación privilegiada. Eso son los libertarios, anarquistas que desean que la policía los proteja de sus esclavos. ¡No! Si se quiere conseguir un estado mínimo, hay que discutirlo todo.

—Pero, caramba —dijo Mijail—, *¿también el derecho hereditario?*

—Claro, ¿por qué no? ¡Ése es el punto crítico! No tienen que existir herencias de ningún tipo, excepto quizás algunos objetos personales; todo lo demás debe volver a Marte. Forma parte del regalo, ¿no?

—¿Todo lo demás? —preguntó Vlad con interés—. ¿Pero que sería eso exactamente? Nadie poseería la tierra, ni el agua, ni el aire, ni la infraestructura, ni el depósito genético, ni el banco de información. ¿Qué quedaría para transmitir?

Coyote se encogió de hombros.

—¿Tu casa? ¿Tus ahorros? ¿Acaso no tendremos dinero? ¿Acaso la gente no acumulará los excedentes siempre que pueda?

—Tienes que venir a las sesiones económicas —le dijo Marina a Coyote—. Esperamos poder convertir el dinero en unidades de peróxido de hidrógeno y poner precio a las cosas según su valor energético.

—Pero el dinero seguirá existiendo, ¿no es así?

—Sí, pero estamos considerando imponer un interés negativo en las cuentas de ahorro, por ejemplo, de modo que sí no pones a trabajar lo que has ganado sea liberado en la atmósfera como nitrógeno. Te sorprendería lo difícil que es mantener un balance personal positivo en este sistema.

—Pero ¿y si lo consigues?

—Bien, entonces coincido contigo. Al morir volvería de nuevo a Marte, serviría a algún propósito público.

Sax objetó vacilante que eso contradecía la teoría bioética de que los seres humanos, igual que los animales, se sentían poderosamente impulsados a proveer para su descendencia. Ese impulso podía observarse tanto en la naturaleza como en todas las culturas humanas, explicando un comportamiento a la vez altruista y egoísta.

—Tratar de cambiar la lógica bebé... *la base biológica...* de la cultura... por decreto... es buscarse problemas.

—Quizá debiera permitirse una herencia mínima —concedió Coyote—. Suficiente para satisfacer ese instinto animal, pero no para perpetuar una élite de ricos.

Todo esto les pareció muy interesante a Marina y Vlad, y teclearon nuevas fórmulas en las IA. Pero Mijail, sentado al lado de Nadia y leyendo deprisa el programa del día, aún parecía frustrado.

—¿De verdad que esto es parte de un proceso constitucional? —dijo hojeando la lista—. ¿Códigos de zona, producción energética, tratamiento y eliminación de residuos, medios de transporte, derecho de propiedad, presentación de quejas, arbitraje criminal, códigos de salud?

Nadia suspiró.

—Me parece que sí. Acuérdate de lo mucho que trabajó Arkadi en la cuestión de la arquitectura.

—¡Caramba, había oído hablar de micro-política, pero esto es ridículo!

—Nanopolítica —dijo Art.

—¡No, picopolítica! ¡Femtapolítica!

Nadia se levantó y ayudó a Art a empujar el carrito de las bebidas hacia los lugares donde se desarrollaban otros seminarios, más allá del anfiteatro. Art distribuía comida y bebida y escuchaba los debates unos minutos antes de seguir con la ronda. Había de ocho a diez reuniones diarias, y Art las visitaba todas. Por la tarde, mientras un número cada vez mayor de delegados participaba en las fiestas o daba paseos por el túnel, Art seguía reuniéndose con Nirgal. Pasaban las grabaciones en avance rápido moderado, de modo que todo el mundo hablaba como un pájaro, y sólo reducían la velocidad para tomar notas o comentar puntos concretos. Al levantarse en mitad de la noche para ir al lavabo, Nadia pasaba ante la sala de estar a oscuras donde los dos hombres elaboraban sus crónicas, y los veía dormidos en las sillas, los rostros cansados, las bocas abiertas, iluminados por la luz de la pantalla.

Sin embargo, por la mañana Art se levantaba con los suizos y ponía en marcha las cosas. Nadia trató de mantener el ritmo de Art durante unos días, y descubrió que los seminarios de la mañana solían ser desagradables. A veces la gente se sentaba en torno a las mesas sorbiendo café y comiendo frutas y bollos, mirándose unos a otros como zombis. ¿Quién eres tú?, decían las miradas nebulosas. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Dónde estamos? ¿Por qué no estoy en la

cama?

Pero podía ocurrir lo contrario: algunas mañanas mucha gente entraba duchada y fresca, alerta después de beber café o kavajava, llenos de ideas y preparados para trabajar duro, para hacer progresos, y todo iba como una seda. Una de las sesiones sobre la propiedad fue así, y durante una hora pareció que habían resuelto todos los problemas que planteaba la reconciliación del individuo y la sociedad, la iniciativa privada con el bien común, el egoísmo y el altruismo. Al final de la sesión, sin embargo, las notas tomadas parecían tan vagas y contradictorias como las de cualquiera de las sesiones caóticas.

—Es la grabación de la sesión completa lo que dará una idea general —comentó Art, después de intentar en vano redactar un informe.

No obstante, la mayoría de las sesiones no eran tan positivas. Muchas no eran más que discusiones interminables. Una mañana Nadia encontró a Antar, el joven árabe que habían conocido en el caravasar de los beduinos, diciéndole a Vlad:

—¡Ustedes no harán más que repetir la catástrofe socialista!

—No juzgues tan a la ligera ese período —replicó Vlad—. Los países socialistas estaban amenazados por el capitalismo exterior y la corrupción interior, y no hay sistema capaz de sobrevivir a eso. No hay que tirar al bebé socialista con el agua de baño estalinista, o perderemos muchos conceptos que necesitamos. La Tierra está en manos del poder que derrotó al socialismo, y ese poder es una jerarquía irracional y destructiva. ¿Cómo podemos tratar con él sin que nos aplaste? Tenemos que buscar la solución donde sea, incluso en los sistemas que el presente orden de cosas derrotó.

Art iba a llevar un carrito de comida a la sala contigua y Nadia salió con él.

—¡Ojalá Fort estuviera aquí! —musitó Art—. Debería estar presenté.

En la otra sala se discutían los límites de la tolerancia, las cosas que no se permitirían, sin importar el significado religioso que se les quisiera dar, y alguien gritó:

—¡Díganselo a los musulmanes!

Jurgen abandonó la sala con aire disgustado. Tomó un rollito del carro y caminó con ellos, hablando mientras comía.

—La democracia liberal afirma que la tolerancia cultural es esencial, pero no hace falta llevar la democracia liberal muy lejos para que los demócratas liberales se vuelvan bastante intolerantes.

—¿Cómo resuelven los suizos ese problema? —preguntó Art. Jurgen se encogió de hombros.

—No creo que lo resolvamos.

—¡Ojalá Fort estuviera aquí! —dijo Art—. Intenté ponerme en contacto con él hace tiempo para hablarle de esta reunión, incluso utilicé los canales oficiales suizos, pero no recibí respuesta.

El congreso llevaba casi un mes en marcha. La falta de sueño y quizás un exceso de confianza en el kava estaban haciendo que Art y Nirgal tuviesen un aspecto cada vez más macilento y aturdido. Nadia se levantaba todas las noches para obligarlos a dormir, empujándolos hacia los sofás y prometiéndoles escribir resúmenes de las cintas que ellos no habían revisado. Dormían allí en el cuarto, murmurando mientras se removían en los sofás de espuma y bambú. Una noche Art se incorporo de repente en el sofá:

—Estoy perdiendo el contenido de las cosas. —le dijo a Nadia muy serio, medio dormido—. Ahora sólo veo formas.

—Te estás volviendo suizo, ¿eh? Duérmete. Art se dejó caer en el sofá.

—Debía de estar loco cuando se me ocurrió que ustedes podían hacer algo juntos —musitó.

—Duerme ahora.

Probablemente era una locura, pensó Nadia mientras él resoplaba y roncaba. Se puso de pie y fue hasta la puerta. Su agitación mental le decía que aquella noche no dormiría, y salió a pasear por el parque.

El aire aún era cálido y las estrellas llenaban las negras claraboyas. La longitud del túnel le recordó de pronto una de las enormes salas del *Ares,* la misma estética: los pabellones débilmente iluminados, las densas masas oscuras de las pequeñas arboledas... Jugaban a construir el mundo. Pero lo que ahora estaba en juego era un mundo real. Al principio los asistentes al congreso habían visto con entusiasmo su enorme potencial, y algunos, entre ellos Jackie y otros nativos, jóvenes e irreflexivos, aún lo veían así. Pero para muchos de los delegados más viejos los problemas insolubles empezaban a revelarse, como huesos nudosos bajo la carne consumida. Los que quedaban de los Primeros Cien se sentaban, observaban y meditaban, con actitudes que iban desde el cinismo de Maya a la ansiosa irritación de Marina.

Vio a Coyote, abajo en el parque, saliendo con paso vacilante de los bosques con una mujer joven que lo agarraba por la cintura.

—«Ah, amor —gritaba él abriendo los brazos mientras se alejaba por el túnel—, si tú y yo pudiésemos conspirar con el destino / para asir el triste esquema de las cosas / ¿acaso no lo haríamos pedacitos, para después / modelarlo de nuevo / según lo que el corazón desea?»

Desde luego, pensó Nadia, sonriendo, y volvió a su habitación.

Había algunos motivos para la esperanza. En primer lugar, Hiroko perseveró; asistía a reuniones todo el día y aportaba sus ideas y con su presencia daba a la gente la sensación de que habían escogido la reunión más importante de cuantas se celebraban en ese momento. Y Ann trabajaba —si bien miraba con ojo crítico cuanto se hacía, pensó Nadia,

más sombría que nunca—, y Spencer, Maya, Sax, Michel, y Vlad, Ursula y Marina. Los Primeros Cien le parecían más unidos en este empeño que en cualquier otro desde que organizaran la Colina Subterránea, como sí fuese la última oportunidad que tenían de enderezar las cosas, de compensar los daños causados, la última oportunidad de hacer algo en memoria de los amigos

muertos.

Y no eran los únicos que trabajaban. Conforme pasaban los días, quienes querían que el congreso consiguiera algo tangible fueron identificándose y empezaron a asistir a las mismas reuniones, donde se esforzaban por alcanzar compromisos y obtener resultados. Aunque tenían que tolerar las visitas de quienes estaban más interesados en el prestigio que en los resultados, seguían trabajando con ahínco.

Nadia siguió atentamente estas señales de progreso y trató de mantener informados, además de alimentados y descansados, a Art y Nirgal. La gente pasaba por la habitación de ellos: «Nos han dicho que trajésemos esto a los tres grandes». Muchos de los trabajadores serios eran interesantes; Charlotte, una de las mujeres de Dorsa Brevia, era una reconocida erudita en derecho constitucional, y estaba creando una estructura de trabajo para ellos, algo al estilo suizo, para tener los temas a tratar en orden.

—Anímense —les dijo a los tres una mañana, al verlos sentados y taciturnos—. Un conflicto de doctrinas es una *oportunidad.* El congreso constitucional estadounidense fue uno de los más exitosos a pesar de los antagonismos recalcitrantes. La estructura del gobierno que formaron refleja la desconfianza entre los diferentes grupos. Los estados pequeños temían ser absorbidos por los más grandes, y por eso hay un Senado en el que todos los estados son iguales, y una Cámara de Representantes con representación proporcional. La estructura es una respuesta a un problema específico, ¿ven? Ocurre lo mismo con el control y el equilibrio entre los tres poderes. Es la desconfianza de la autoridad institucionalizada. La constitución suiza también es así. Y aquí podemos hacer lo mismo.

De modo que se levantaron, dispuestos a trabajar, dos hombres jóvenes y perspicaces y una vieja mujer obstinada. Era extraño, pensó Nadia, ver quiénes emergían como líderes en una situación como aquélla. No tenían por qué ser necesariamente los más brillantes o mejor informados como Marina o Coyote, aunque esas cualidades ayudaban y eran dos personas importantes. Los lideres eran aquellos a quienes la gente escuchaba, los que poseían cierto magnetismo. Y en un grupo con tantos intelectos y tonalidades destacados ese magnetismo tan poderoso era muy raro y fugaz. Muy poderoso...

Nadia asistió a una sesión en la que se discutían las relaciones Marte- Tierra en el período posterior a la independencia. Coyote estaba allí, exclamando:

—¡Que se vayan al infierno! ¡Se lo han ganado a pulso! Dejemos que se serenen, si pueden, y si lo hacen podemos visitarlos como buenos vecinos. Pero de no ser así, si tratamos de ayudarlos sólo conseguiremos que nos destruyan.

Muchos rojos y militantes de Marteprimero asintieron enfáticamente, Kasei entre ellos, que se había convertido en el líder de Marteprimero, un ala escindida de los rojos cuyos miembros, que no querían tener nada que ver con la Tierra, defendían el sabotaje, el ecosabotaje, el terrorismo, la revolución armada,

cualquier medio para conseguir lo que querían. Era uno de los grupos menos tratables del congreso; a Nadia le entristeció ver a Kasei abrazando esa causa y, peor aún, liderándola.

Maya se levantó para contestar a Coyote.

—Una bonita teoría —dijo—, pero impracticable. Es como la utopía roja de Ann. Tendremos que tratar con la Tierra por fuerza, así que mejor averiguamos cómo hacerlo en vez de esconder la cabeza debajo del ala.

—Mientras ellos estén hundidos en el caos, nosotros estaremos en peligro —dijo Nadia—. Tenemos que hacer lo posible para ayudarlos. Para llevarlos en la dirección que nos conviene.

—Los dos planetas forman un sistema —dijo alguien.

—¿Qué quieres decir con eso? —explotó Coyote—. ¡Son mundos distintos, de modo que son dos sistemas!

—Intercambio de información. En la Tierra sólo existimos como un modelo o experimento. —dijo Maya—. Un experimento concebido para que la humanidad aprenda de él.

—Un experimento real. —puntualizó Nadia—. Ya no es un juego, no podemos permitirnos adoptar atractivas posturas puramente teóricas.

Después de decir esto miró a Kasei, Harmakhis y sus camaradas, pero sus palabras no parecieron causar ningún efecto.

Mas reuniones, mas charla, una comida apresurada y otra reunión con los issei de Sabishii para discutir el papel del demimonde como trampolín de sus esfuerzos. Luego la conferencia de cada noche con Art y Nirgal; pero los hombres estaban exhaustos, y los envió a la cama.

—Hablaremos en el desayuno.

También ella estaba cansada, pero muy lejos de sentirse soñolienta. Salió a dar su paseo nocturno por el túnel, en dirección norte desde Zakros. Hacia poco había descubierto un sendero alto que Coria por el muro occidental del túnel, excavado en el basalto en el punto donde la curva del cilindro formaba una pendiente de cuarenta y cinco grados. Desde ese sendero podía contemplar las copas de los árboles, y allí donde bordeaba una pequeña estribación en Knossos tenia una magnifica vista del túnel en ambas direcciones, una panorámica de aquel mundo alargado y estrecho, débilmente iluminado por unas farolas, rodeadas de irregulares masas de hojas, por la luz que arrojaban algunas ventanas y por una hilera de farolillos colgados de los pinos del parque de Gournia. Era una obra tan elegante que le dolió recordar los largos años pasados en Zigoto, bajo el hielo, en un aire glaciar y bajo una luz artificial. Si hubiesen sabido de esos túneles de lava...

El suelo del siguiente segmento, Phaistos, estaba cubierto casi por completo por un estanque alargado y poco profundo, donde el canal que discurría despacio desde Zakros se ensanchaba. Las luces submarinas en un extremo del estanque transformaban sus aguas en un extraño cristal oscuro. Nadia vio a un grupo de bañistas, cuerpos que brillaban un instante y luego desaparecían en la oscuridad. Como criaturas anfibias, salamandras... Una vez, hacia mucho tiempo, en la Tierra, unos animales acuáticos se habían arrastrado hasta la orilla

y habían respirado. Debían de haber mantenido discusiones muy serias sobre la política a seguir, allá abajo, en ese océano, pensó Nadia soñolienta. Emerger o no emerger, como emerger, cuando... Llego el sonido de risas distantes; las estrellas llenaban las claraboyas dentadas...

Se volvió, bajo por una escalera y luego hecho a andar hacia Zakros, por los senderos y el césped, siguiendo el canal, invadida por imágenes fugaces y confusas. En cuanto llego a su habitación se tendió en la cama y se quedo dormida al instante, y al alba soñó con unos delfines que nadaban en el aire.

Maya la sacó bruscamente de ese sueño, diciéndole en ruso:

—Tenemos a unos terranos aquí. Norteamericanos.

—Terranos —repitió Nadia. Y tuvo miedo.

Se vistió y salió. Art acompañaba a un reducido grupo de terranos, hombres y mujeres de su misma altura y al parecer de la edad de ella, en precario equilibrio sobre sus pies mientras, con las cabezas echadas hacia atrás, contemplaban con asombro la gran cámara cilíndrica. Art intentaba presentarlos y explicar su presencia al mismo tiempo, lo que planteaba algunas dificultades incluso para su boca motorizada.

—Yo los invité, sí, bien, yo no sabía... Hola, Nadia, te presento a mi antiguo jefe, William Fort.

—Hablando del diablo... —dijo Nadia, y estrechó la mano del hombre. Fort tenía un apretón firme: un hombre calvo de nariz chata, muy bronceado y arrugado, con una vaga expresión de beatitud.

—...Acaban de llegar, los bogdanovistas los trajeron hasta aquí. Yo invité al señor Fort hace algún tiempo, pero no tuve noticias de él y no sabía que vendría. Estoy muy sorprendido, y complacido, por supuesto.

—¿Tú le invitaste? —dijo Maya.

—Caramba, pues sí, porque, verán, el caso es que a él le interesa mucho ayudarnos.

Maya le echó una mirada furiosa a Nadia.

—Te dije que era un espía —masculló en ruso.

—Claro que lo dijiste —repuso Nadia, y entonces se dirigió a Fort en ingles—. Bienvenido a Marte.

—Me alegra estar aquí —dijo Fort.

Y parecía que lo decía de veras; tenía una sonrisa de bobalicón, como si estuviese demasiado complacido para mantener su expresión impenetrable. Sus compañeros, alrededor de una docena, jóvenes y viejos, parecían desorientados y recelosos, pero algunos sonreían.

Después de unos minutos incómodos Nadia llevó a Fort y su pequeño grupo a los alojamientos de invitados de Zakros, y cuando Ariadna llegó les asignaron las habitaciones. ¿Qué otra cosa podían hacer? La noticia había corrido por toda Dorsa Brevia, y cuando la gente empezó a llegar a Zakros, los rostros reflejaban

tanto desagrado como curiosidad. Pero allí estaban los visitantes, después de todo, dirigentes de una de las transnacionales más importantes, y al parecer solos y sin dispositivos de seguimiento, o eso habían dicho los sabishianos. Tenían que hacer algo con ellos.

Nadia sugirió a los suizos que convocaran una reunión general a la hora del almuerzo, e invitó a los nuevos huéspedes a descansar en sus habitaciones y luego participar en la reunión. Los terranos aceptaron la invitación con gratitud, que tranquilizó a los más desconfiados. El mismo Fort parecía entregado ya a la elaboración mental de un discurso.

A la puerta de los alojamientos, Art enfrentaba una multitud de caras enfadadas.

—¿Qué te hace creer que puedes tomar decisiones como ésta por nosotros? —preguntó Maya, expresando el parecer de la mayoría—. ¡Tú, que ni siquiera eres uno de los nuestros! ¡Tú, un espía entre nosotros!

¡Haciéndote pasar por amigo y traicionándonos!

Art abrió las manos, rojo de bochorno, moviendo los hombros como si quisiera esquivar los insultos o intentara deslizarse entre ellos para apelar a los que estaban detrás, aquellos que quizá sólo sentían curiosidad.

—Necesitamos ayuda —dijo—. No podemos conseguir lo que queremos sólo con nuestro esfuerzo. Praxis es diferente, se parecen mucho a ustedes, se lo aseguro.

—¡No tienes derecho a asegurarnos nada! —dijo Maya—. ¡Eres nuestro prisionero!

Art entrecerró los ojos.

—No puedes ser prisionero y espía a la vez, ¿verdad?

—¡Puedes ser un gusano falso y traicionero a la vez! —exclamo Maya. Jackie se acercó a Art y lo miró con severidad.

—Ya sabes que la gente de Praxis tendrán que convertirse en residentes permanentes, lo quieran o no. Igual que tú.

Art sainted.

—Les advertí que podía ocurrir. Evidentemente no les importa. Quieren ayudar, de verdad. Ellos representan a la transnacional que está haciendo las cosas de manera diferente, tienen unos objetivos similares a los vuestros. Han venido para ver si pueden ayudar. Les interesa. ¿Por qué tienen que sentirse tan alterados por eso? Es una *oportunidad.*

—Escuchemos lo que Fort tiene que decir —dijo Nadia.

Los suizos habían convocado la reunión especial en el anfiteatro de Malla, y mientras los delegados iban llegando, Nadia acompañó a los terranos, apabullados aún por el tamaño del túnel de Dorsa Brevia, hasta el lugar. Art corría de un lado a otro, con los ojos desorbitados, secándose el sudor de la frente con la manga, muy nervioso. Nadia rió. Por algún motivo, la llegada de Fort la había puesto de buen humor; ella no veía qué podían perder.

Se sentó en primera fila con el grupo de Praxis. Art guió a Fort hasta la tribuna y lo presentó. Fort hizo un ademán de agradecimiento y tomó la palabra. Entonces calló y ladeó la cabeza, mirando a los de la última fila, al advertir que no había amplificación. Respiró hondo y volvió a empezar, y su voz, normalmente queda, flotó por todo el recinto, segura como la de un actor veterano, llegando sin problemas a toda la concurrencia.

—En primer lugar, me gustaría agradecer a la gente de Subarashii que me hayan traído hasta el sur para asistir a esta conferencia.

Art, que se dirigía a su asiento, se encogió al oírlo; volvió y le susurró a Fort:

—Sabishii.

—¿Cómo dice?

—Sabishii. Usted dijo Subarashii, que es la transnacional. La colonia que usted visitó antes de llegar aquí se llama Sabishii. Sabishii significa «solitario». Subarashii significa «maravilloso».

—Maravilloso —dijo Fort mirando con curiosidad a Art.

Entonces se encogió de hombros y empezó a hablar: un viejo terrano con una voz queda pero penetrante, y un estilo algo inestable. Describió los comienzos de Praxis y cómo funcionaba ahora. Cuando explico la relación de Praxis con las otras transnacionales, Nadia advirtió que tenía muchos puntos en común con Marte, entre la resistencia y los mundos de la superficie, sin duda hábilmente destacados por la descripción de Fort. Y por el silencio que reinaba detrás de ella, supo que Fort había conseguido captar el interés del auditorio. Pero entonces el hombre mencionó el ecocapitalismo y algo sobre considerar a la Tierra como un mundo lleno, mientras que Marte seguía siendo un mundo vacío. Tres o cuatro rojos se levantaron de un salto.

—¿Qué quiere decir con eso? —gritó uno de ellos.

Nadia advirtió que Art apretaba los puños, y pronto comprendió la razón: la respuesta de Fort fue larga y extraña. Definió lo que él llamaba ecocapitalismo, refiriéndose a la naturaleza como la bioinfraestructura y a las personas como capital humano. Nadia miró hacia atrás y observó que muchos fruncían el ceño; Vlad y Marina tenían las cabezas juntas, y Marina tecleaba en su muñeca. De pronto, Art se levantó e interrumpió a Fort para preguntarle qué era lo que estaba haciendo Praxis en aquellos momentos y cuál pensaba que debía ser el papel de Praxis en Marte.

Fort miró a Art como si no lo reconociese.

—Hemos estado colaborando con el Tribunal Mundial. Las Naciones Unidas nunca se recuperaron del desastre de dos mil sesenta y uno, y en general se la considera como una reliquia de la Segunda Guerra Mundial, así como la Liga de Naciones fue una reliquia de la Primera. Así pues, hemos perdido a nuestro mejor arbitro en los conflictos internacionales, y entre tanto los conflictos persisten, y algunos son graves. Un número cada vez mayor de estos conflictos han sido llevados ante el Tribunal Mundial por una u otra parte, y Praxis ha fundado una especie de organización de amigos del Tribunal que trata de apoyarlo en la medida de lo posible. Acatamos sus decisiones, lo financiamos, le proporcionamos personal, tratamos de elaborar técnicas de arbitraje, y así por el estilo. Una de esas nuevas técnicas consiste en que si dos organismos

internacionales del tipo que sea tienen alguna diferencia y deciden someterla a arbitraje, entran en un programa de un año de duración con el Tribunal Mundial, y los árbitros del Tribunal tratan de encontrar un curso de acción que satisfaga a ambas partes. Al final de ese año el Tribunal Mundial falla sobre cualquier problema pendiente, y si la cosa funciona se firma un acuerdo; nosotros apoyamos esos acuerdos con los medios que sean necesarios. La India se interesó en el programa y planteó el problema de los sikhs del Punjab, y hasta el presente las cosas han marchado bien. Otros casos han resultado más complicados, pero han sido instructivos. El concepto de semiautonomia está recibiendo mucha atención. En Praxis creemos que las naciones nunca fueron verdaderamente soberanas, sino semiautónomas en relación con el resto del mundo. Las metanacionales son semiautonomas, los individuos son semiautónomos, la cultura es semiautónoma en relaccion con la economía, los valores son semiautónomos en relación con los precios... Incluso ha nacido una nueva rama de la matemática que intenta describir la semiautonomia en términos formales lógicos.

Vlad, Marina y Coyote trataban de escuchar a Fort, conferenciar entre ellos y tomar notas, todo a la vez. Nadia se levantó y le hizo señas a Fort.

—¿Apoyan las demás transnacionales al Tribunal Mundial?

—No. Las metanacionales evitan al Tribunal Mundial y utilizan a las Naciones Unidas como testaferro. Me temo que siguen creyendo en el mito de la soberanía.

—Pero usted habla de un sistema que sólo funciona cuando ambas partes están de acuerdo.

—Exactamente. Todo lo que puedo decir es que Praxis está muy interesada, y que estamos intentando tender puentes entre el Tribunal Mundial y todos los poderes en la Tierra.

—¿Por qué? —preguntó Nadia.

Fort levantó las manos en un gesto que recordaba a Art.

—El capitalismo sólo funciona si hay crecimiento. Pero el crecimiento ya no es lo que era antes, ¿comprenden? Es necesario crecer hacia el interior, tender hacia la complejidad.

Jackie se puso de pie.

—Pero ustedes podrían prosperar en Marte al estilo capitalista clásico,

¿no es así?

—Supongo que sí.

—Por tanto, es muy probable que eso sea todo lo que usted quiere de nosotros, ¿no es cierto? Un nuevo mercado. Ese mundo vacío del que antes hablaba.

—Bien, en Praxis hemos llegado a la conclusión de que el mercado es sólo una parte ínfima de la comunidad. Y a nosotros nos interesa la comunidad entera.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de nosotros? —gritó alguien desde el fondo.

Fort sonrió.

—Quiero observar.

La reunión terminó poco después, y luego se celebraron las sesiones regulares de la tarde. Naturalmente, en todas ellas la llegada del grupo de Praxis dominó al menos parte de la discusión. Por desgracia para Art, cuando esa noche se sentaron para estudiar las grabaciones, descubrieron que Fort y su equipo afectaban al congreso como agentes de división más que de unión. Muchos se negaban a aceptar una Transnacional terrana como miembro legitimo del congreso. Coyote pasó por la sala y le dijo a Art:

—No me vengas con el cuento de que Praxis es diferente. Es un truco demasiado viejo. «Si los ricos se comportasen de manera decente, el sistema iría bien.» Eso es basura. El sistema lo sobredetermina todo, y es el sistema lo que debe cambiar.

—Fort habla de cambiar el sistema —objetó Art.

Pero en este punto Fort era su peor enemigo por su costumbre de emplear términos de la economía clásica para exponer sus nuevas ideas. Los únicos interesados en ese enfoque eran Vlad y Marina. Para los bogdanovistas, los rojos y los Marteprimeros y para la mayoría de los nativos y gran parte de los inmigrantes representaba los intereses terranos, y ellos no querían tomar parte. «No queremos tratos con una transnac», exclamó Kasei en una de las grabaciones, recibiendo una salva de aplausos. «¡No queremos tratos con Terra, sin importar cómo los presenten!» El único punto a discutir para ese grupo era si los dejarían marchar o no; algunos pensaban que, como Art, se habían convertido en prisioneros de la resistencia.

Sin embargo, Jackie intervino en esa misma reunión para defender la posición booneana de que había que ponerlo todo al servicio de la causa. Se mostró desdeñosa con aquellos que rechazaban a Fort por principio.

—Ya que vas a tomar a los visitantes como rehenes —le dijo con ironía a su padre—, ¿por qué no utilizarlos? ¿Por qué no hablar con ellos?

Y así tuvieron una nueva división que añadir a las otras: aislacionistas y defensores de los dos mundos.

En los días que siguieron, Fort se enfrentó a la controversia que levantaba sencillamente ignorándola, hasta el punto de que Nadia llegó a dudar de que fuese consciente de ella. Los suizos pidieron que dirigiese un seminario sobre la actual situación terrana. La sala se llenó y Fort y sus asociados contestaron las preguntas con gran lujo de detalles en todas las sesiones. Fort parecía aceptar de buen grado cualquier cosa que le dijeran sobre Marte sin tomar partido. Se ceñía a la Tierra y se limitaba a describir.

—Todas las transnacionales se han fusionado con las aproximadamente dos docenas de transnac más grandes —dijo en respuesta a una pregunta—, las cuales han firmado contratos de desarrollo con más de un gobierno nacional. Nosotros las llamamos metanacionales. Las más importantes son Subarashii, Mitsubishi, Consolidados, Amexx, Armscor, Mahjari y Praxis. Después de eso ya sólo quedan diez o veinte de tamaño transnacional, aunque están siendo rápidamente incorporadas por las metanac. Las grandes metanac son ahora los

poderes más importantes en la Tierra, puesto que controlan el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Grupo de los Siete y sus naciones clientes.

Sax le pidió que definiese una metanacional con más detalle.

—Hace alrededor de una década, Sri Lanka pidió a Praxis que se introdujera en el país y se hiciese cargo de la economía, y que actuase como arbitro entre tamiles y cingaleses. Lo hicimos y los resultados fueron positivos, pero durante el tiempo que duró el acuerdo fue evidente que la relación que manteníamos con ese gobierno nacional era de una naturaleza nueva. Y eso no pasó desapercibido en ciertos círculos. Unos años después, Amexx tuvo algunas diferencias con el Grupo de los Siete, y retiró todo su capital de los Siete y lo reinvirtió en Filipinas. La disparidad entre la Amexx y Filipinas, estimada en una proporción del producto anual bruto de cien a uno, tuvo como resultado que Amexx se apoderara del país. Ésa fue la primera metanacional verdadera. Subarashii la imitó al transferir muchas de sus operaciones a Brasil, y entonces quedó claro que se trataba de algo nuevo, y no de la vieja relación de banderas acomodaticias. Una metanacional se hace cargo de la deuda exterior y de la economía interna de sus estados clientes, más o menos como hicieron las Naciones Unidas en Camboya, o como Praxis en Sri Lanka, pero con una intervención mucho más amplia. En esa relación, el gobierno cliente se convierte en la agencia que impone la política económica de la metanacional. En general, adoptan lo que se llama medidas de austeridad, pero todos los empleados del gobierno están mucho mejor pagados que antes, incluyendo la policía y los servicios de inteligencia. En este punto, pues, la nación está comprada. Y todas las metanacionales tienen recursos para comprar varias naciones. Amexx mantiene ese tipo de relación con Filipinas, los países del norte de África, Portugal, Venezuela y seis o siete países mas pequeños.

—¿Ha hecho Praxis lo mismo? —preguntó Marina.

—En cierto modo sí —contestó Fort—, pero hemos intentado dar a las relacciones una naturaleza distinta. Hemos tratado con países suficientemente grandes como para hacer la sociedad más equilibrada. Hemos tenido relaccion con China, India e Indonesia. Naciones que el tratado de dos mil cincuenta y siete no les dio todo lo que les correspondía en Marte, y que por eso nos han alentado a venir aquí para hacer estudios como éste. Hemos iniciado contactos con otras naciones aún independientes. Pero no nos hemos apoderado de esas naciones, ni hemos intentado imponerles una política económica. Hemos tratado de seguir fieles a nuestra versión del formato transnacional, pero a escala metanacional. Esperamos ser un alternativa al metanacionalismo para esas naciones. Un recurso más, junto con el Tribunal Mundial, Suiza y algunos otros organismos ajenos al emergente orden metanacional.

—Praxis es *diferente* —declaró Art.

—Pero el sistema es el sistema —insistió Coyote desde el fondo de la sala.

Fort se encogió de hombros.

—Nosotros hacemos el sistema creo. Coyote no contestó.

—Tenemos que trotar… tratar con él —dijo Sax.

Y empezó a hacerle preguntas a Fort, preguntas vacilantes, desordenadas,

guturales, pero Fort ignoró las dificultades de Sax y respondió minuciosamente. Tres seminarios consecutivos consistieron en el interrogatorio de Fort por parte de Sax, de ese modo se enteraron de muchas cosas concernientes a las metanacionales: dirigentes, estructuras internas, países clientes, actitud respecto a las otras e historia, particularmente el papel jugado en el caos de 2061 por las organizaciones que las precedieron.

—¿Por qué responder... por qué romper los huevos... no, quiero decir las *cúpulas?*

Fort andaba algo flojo en los detalles históricos, y suspiró con tristeza por los fallos de su memoria personal de ese período. Pero su descripción de la situación terrana del momento fue mucho más completa que ninguna de las que habían oído o leído con anterioridad, y ayudó a esclarecer cuestiones concernientes a la actividad metanacional en Marte sobre las que todos habían especulado. Las metanac utilizaban a la Autoridad Transitoria para que mediara en sus disputas, principalmente a propósito de territorios. No se metían con el demimonde porque la parte de la resistencia que éste representaba les parecía insignificante y fácilmente controlable. Nadia hubiera besado a Sax. En realidad lo besó, y también besó a Spencer y Michel por el apoyo que dieran a Sax durante las sesiones, porque aunque Sax seguía adelante a pesar de sus problemas de comunicación, a menudo la frustración lo dominaba y daba puñetazos en la mesa. Cerca del final, pregunto a Fort:

—Entonces, ¿qué es lo quiere Praxis de Mor... de Marte? Fort contestó:

—Estamos seguros de que cuanto suceda aquí tendrá efectos en casa. Por el momento hemos identificado una coalición con elementos progresistas en la Tierra, cuyos miembros son China, Praxis y Suiza. Detrás de éstos hay docenas de elementos menores, menos influyentes. La posición que adopte la India en esta situación será crucial. La gran mayoría de las metanac la consideran como un pozo sin fondo, es decir, por mucho que echen en ella, nada cambiará. Nosotros no estamos de acuerdo. Y pensamos que Marte es crucial también, de otro modo, como un poder en ascenso. Por eso queremos encontrar los elementos progresistas de aquí para mostrarles lo que estamos haciendo. Y ver qué opinan de ello.

—Interesante —dijo Sax.

Y en verdad lo era. Pero muchos continuaban inflexibles en su negativa a tratar con una metanacional terrana. Y mientras tanto, todas las discusiones sobre los otros temas continuaban, reverdecidas, con frecuencia más polarizadas cuanto más se prolongaban.

Esa noche, en la diaria reunión en el patio, Nadia meneó la cabeza, maravillada por la capacidad de la gente para ignorar lo que tenían en común y discutir agriamente por cualquier menudencia sobre la que discrepasen.

—Quizás el mundo es demasiado complejo para que ningún plan funcione —les dijo a Nirgal y Art—. Tal vez no deberíamos buscar un plan global, sino algo que nos venga bien a nosotros. Y luego esperar que Marte pueda salir adelante empleando varios sistemas diferentes.

—No creo que eso funcionase tampoco —dijo Art.

—¿Qué puede funcionar? El se encogió de hombros.

—Aún no lo sé.

Y él y Nirgal siguieron examinando grabaciones, persiguiendo lo que de pronto le pareció a Nadia un espejismo cada vez más lejano.

Nadia se fue a la cama. Si fuese un Proyecto de construcción, pensó mientras la vencía el sueño, lo echaría todo abajo y empezaría de nuevo.

La imagen hipnagógica de un edificio desplomándose la despertó bruscamente. Después de un rato, suspiró; supo que esa noche no dormiría y salió a dar otro de sus paseos nocturnos. Art y Nirgal se habían quedado dormidos en la sala de vídeo, con las caras contra la mesa, iluminadas por la luz de la pantalla en avance rápido. Fuera, el aire soplaba hacia el norte, hacia Gournia a través de las puertas, y Nadia lo siguió tomando el sendero elevado. El repiqueteo de las hojas de bambú, las estrellas en las claraboyas del techo... Y luego el sonido de unas risas lejanas, quizás en el estanque de Phaistos.

Las luces del fondo del estanque estaban encendidas, y un grupo numeroso se estaba bañando. En la pared de enfrente había una plataforma iluminada sobre la que se apretujaban unas ocho personas. Una de ellas, un hombre desnudo, se subió a una especie de plancha y se lanzó desde la plataforma, agachándose y aferrando la parte delantera de la plancha, que parecía avanzar sin encontrar resistencia. Se deslizó por el flanco curvo y oscuro del túnel, acelerando hasta que salió disparado por un reborde de roca y planeó sobre el estanque, dio una vuelta de campana y cayó estrepitosamente al agua; emergió con un grito, recibido por una salva de vítores.

Nadia bajó para echar un vistazo. Alguien subía ya la plancha por una escalera que llevaba a la plataforma, y el hombre que se había lanzado en ella estaba en el agua. Nadia no lo reconoció hasta que llegó a la orilla del estanque. Era William Fort.

Nadia se despojó de las ropas y se metió en el agua; estaba muy caliente, a la temperatura del cuerpo o un poco más. Con un grito, una mujer salió disparada por la pendiente, como un surfista sobre una inmensa ola de roca.

—La caída parece brutal —le estaba diciendo Fort a uno de sus compañeros— , pero con esta gravedad tan ligera no hay ningún problema.

La mujer salió proyectada por encima del agua, describió un salto de ángel perfecto y con una última vuelta cayó ruidosamente al agua y fue aclamada al emerger. Otra mujer había recuperado la plancha y salía del estanque cerca del pie de las escaleras talladas en la pendiente.

Fort saludó a Nadia con una inclinación de cabeza desde el agua, que le llegaba a la cintura, el cuerpo enjuto y fuerte bajo la piel vieja y arrugada. Su rostro mostraba la misma mirada a beatitud que en los seminarios.

—¿Quiere probarlo? —le preguntó.

—Quizá más tarde —dijo ella, observando a la gente que había en el agua, tratando de averiguar quiénes estaban allí y a que bando pertenecían. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo se sintió disgustada consigo misma y con la política, que se infectaba todo si uno lo permitía.

Pero entonces, ella noto que eran en su mayoría jóvenes nativos, de Zigoto,

Sabishii, Nueva Vanuatu, Dorsa Brevia, el agujero de transición Vishniac, Christianopolis. Casi ninguno participaba en los debates, y el poder que tenían era algo que Nadia no podía calibrar. Probablemente no significaba nada que se reunieran allí por la noche desnudos en el agua caliente, con ánimo festivo; muchos venían de lugares donde los baños públicos eran corrientes, así que estaban acostumbrados a alternar con gente con la que pelearían en cualquier otro lugar.

Otra amazona bajó gritando por la pendiente y luego voló y se hundió en el estanque. La gente nadó hacia la mujer como tiburones atraídos por la sangre. Nadia se sumergió en el agua ligeramente salada. Al abrir los ojos vio burbujas cristalinas explotando por todas partes, y después cuerpos que nadaban retorciéndose como delfines sobre la negra superficie del fondo. Una visión sobrenatural.

Salió a la superficie y se escurrió el pelo. Fort estaba entre los jóvenes como un Neptuno decrépito, mirándolos con su curiosa impasibilidad. Tal vez, pensó Nadia, esos nativos eran en verdad la nueva cultura marciana de la que John Boone había hablado, que brotaba entre ellos inadvertidamente. La transmisión generacional de la información siempre contenía un alto margen de error; así era como se producía la evolución. Y aunque la gente se había unido a la resistencia marciana por diferentes razones, todos parecían converger allí, en un género de vida que remitía al paleolítico en algunos aspectos, que volvía atrás, a alguna cultura antigua que anulaba todas las diferencias, o avanzaba para crear una nueva síntesis. En realidad no importaba cuál. Quizás ése fuese un posible nexo de unión.

O eso parecía decirle a Nadia la expresión beatífica de Fort, mientras Jackie Boone bajaba disparada por la pared y volaba fuera como si fuese una valkiria en todo su esplendor.

El programa concebido por los suizos llego a su fin. Los organizadores decretaron tres jornadas de descanso a las que seguiría una reunión general. Art y Nirgal pasaron esos días en su pequeña sala de conferencias, viendo grabaciones las veinticuatro horas del día, hablando incansablemente y tecleando en sus IA con un martilleo desperado. Nadia los mantenía activos, arbitraba cuando ellos estaban en desacuerdo y redactaba las secciones que consideraba problemáticas. A menudo entraba y encontraba a uno de ellos dormido en la silla, mientras el otro miraba fijamente la pantalla.

—Mira —graznaba el insomne—, ¿qué opinas de esto?

Nadia leía la pantalla y hacía comentarios mientras les metía la comida bajo las narices, lo que solía despertar al que dormía.

—Parece prometedor. Volvamos al trabajo.

En la mañana de la reunión general Art, Nirgal y Nadia subieron al escenario

del anfiteatro juntos. Art se adelantó llevando su IA. Miró a la muchedumbre congregada, como aturdido de ver tanta gente, y tras un largo silencio dijo:

—En realidad coincidimos en muchas cosas.

Ese comentario provocó la risa general. Pero Art levantó la IA como si esgrimiese las Tablas de la Ley y leyó en voz alta el texto de la pantalla:

—¡Puntos de trabajo para un gobierno marciano!

Miró a la multitud por encima de la pantalla, y ellos guardaron un silencio atento.

—Uno. La sociedad marciana se compondrá de muchas culturas diferentes. Es mejor considerarla un mundo en vez de una nación. La libertad religiosa y cultural tiene que ser garantizada. Ninguna cultura o grupo de culturas podrá dominar a las demás.

»Dos. Dentro de este marco de diversidad se seguirá garantizando que el individuo tiene ciertos derechos inalienables, incluyendo los materiales básicos para la subsistencia, atención médica, educación e igualdad ante la ley.

»Tres. La tierra, el aire y el agua de Marte están bajo la administración compartida de la familia humana, y no pueden ser poseídos por un individuo o grupo.

»Cuatro. Los frutos del trabajo individual pertenecen al individuo, y ningún otro individuo o grupo puede apropiarse de ellos. Al mismo tiempo, el trabajo humano en Marte forma parte de una empresa comunitaria que se debe al bien común. El sistema económico marciano debe reflejar ambos factores, y contemplar tanto el interés individual como los intereses del conjunto o la sociedad.

»Cinco. El orden metanacional que rige la Tierra en la actualidad es incapaz de asimilar los dos principios anteriores, y por eso no es aplicable aquí. En su lugar debemos utilizar una economía basada en la ecología. La meta de la economía marciana no debe ser *el desarrollo sostenible*, sino una prosperidad sostenible para la biosfera entera.

»Seis. El paisaje marciano tiene ciertos «derechos de existencia» que deben ser respetados. Nuestros cambios medioambientales han de ser por tanto mínimos y ecopoyéticos, y reflejar los valores de la areofanía. Se sugiere que las alteraciones medioambientales se practiquen por debajo de los cuatro mil metros de altitud, la zona viable para los humanos. Las zonas por encima de esa altitud, que constituyen un treinta por ciento del planeta, permanecerán en unas condiciones semejantes a su estado primitivo, con el estatus de zonas salvajes naturales.

»Siete. La colonización de Marte es un proceso histórico único, puesto que es la primera colonización de otro planeta llevada a cabo por la humanidad. Como tal, debe ser emprendida con un espíritu de reverencia hacia este planeta y hacia la rareza de la vida en el universo. Lo que hagamos aquí sentará los precedentes para la futura habitación humana del sistema solar, y sugerirá asimismo modelos de relación del hombre con el medioambiente de la Tierra. Por tanto, Marte ocupa un lugar especial en la historia, y esto deberá ser recordado cuando tomemos las decisiones necesarias concernientes a la vida en él.

Art dejó la IA a un lado y miró a la multitud. Ellos lo miraron en silencio.

—Bien —dijo, y carraspeó. Hizo un gesto a Nirgal, que se levantó y se colocó a su lado.

—Esto es todo lo que hemos reunido a partir de los seminarios en lo cual, creemos, todos pueden estar de acuerdo —dijo Nirgal—. Hay muchos otros puntos que, en nuestra opinión, podrían ser aceptados por la mayoría de los grupos aquí presentes, pero no por todos. Hemos elaborado unas listas de esos puntos de consenso parcial, y las expondremos para que las estudien. Estamos firmemente convencidos de que si lograrnos salir de aquí con algún tipo de acuerdo general, habremos conseguido algo significativo. En un congreso como este se tiende a ser demasiado consciente de nuestras diferencias, y creo que esa tendencia es aún más exagerada en nuestra situación, porque en estos momentos la cuestión de un gobierno marciano sigue siendo un ejercicio teórico. Pero cuando estemos listos para actuar, necesitaremos un terreno común, y un documento como éste nos ayudará a encontrarlo.

»Hemos añadido muchas notas específicas a cada uno de los puntos principales del documento. Los hemos discutido con Priska y Jurgen, y ellos sugieren una semana de reuniones con un dia dedicado a cada uno de esos siete puntos, de manera que todos puedan hacer sus objeciones. Entonces, al final, veremos si queda algo.

Hubo una carcajada general. Muchos asentían.

—Para empezar, ¿qué hay de conseguir la independencia? —gritó Coyote desde el fondo.

—No pudimos descubrir ni un solo punto de acuerdo en esto. Quizá podríamos dedicarle un seminario —dijo Art.

—¡Quizá tendríamos que hacerlo! —exclamó Coyote—. Es muy fácil estar de acuerdo en que las cosas tienen que ser equitativas y el mundo justo. La manera de llegar a eso es *siembre* el verdadero problema.

—Bien, sí y no —dijo Art—. Lo que hemos redactado es algo más que un deseo de que las cosas sean justas. En cuanto a los métodos, tal vez si los discutimos de nuevo con estos objetivos en mente las soluciones vengan solas. O lo que es lo mismo, ¿cómo se pueden perseguir esos objetivos con grandes probabilidades de alcanzarlos? ¿Qué clase de medios implican esos fines?

Miró a la concurrencia y se encogió de hombros.

—Miren, hemos tratado de compilar la esencia de todo lo que ustedes han estado diciendo, cada uno a su manera, y si faltan sugerencias específicas sobre los medios para conseguir la independencia quizá se deba a que se han quedado atascados en las filosofías generales de acción, donde la mayoría discrepa. Lo único que se me ocurre es sugerirles que traten de identificar las distintas fuerzas en el planeta y valorar sus grados de resistencia a la independencia, y entonces modelar las estrategias. Nadia habló de reconceptualizar la metodología de la revolución, y algunos han sugerido modelos económicos, la idea de una compra ventajosa o algo por el estilo, pero mientras meditaba en la idea de una respuesta proporcionada a la resistencia, recordé la gestión integral de plagas, ya saben, el sistema empleado en agricultura para combatir las plagas, que utiliza métodos de diversa severidad.

El auditorio rió, pero Art no pareció advertirlo. Estaba sorprendido por el escaso entusiasmo que suscitaba el documento general. Decepcionado. Y Nirgal parecía enfadado.

Nadia se giro y dijo en voz alta:

—¿Qué me dicen de un aplauso para estos amigos, que se las han arreglado para sintetizar algo de todo este galimatías?

La gente aplaudió y algunos vitorearon. Por un momento parecieron entusiasmados. Pero los aplausos se apagaron deprisa y todos abandonaron el anfiteatro, otra vez discutiendo acaloradamente.

Los debates continuaron, ahora estructurados en torno al documento de Art y Nirgal. Revisando las grabaciones, Nadia advirtió un consenso bastante general sobre la esencia de todos los puntos, excepto el número seis, concerniente al nivel de terraformación. Los rojos no aceptaban el concepto de viabilidad en las zonas bajas, y señalaban que la mayor parte del planeta quedaba bajo la curva de los cuatro mil metros y que las zonas por encima de ese nivel sufrirían grave contaminación si las zonas bajas eran viables. Hablaron de desmantelar los procesos industriales de terraformación en curso, de volver a los métodos biológicos más lentos exigidos por el modelo radical de ecopoyesis. Algunos defendían la creación de una tenue atmósfera de CO_2, que sostendría la vida vegetal pero no la animal, como una situación más acorde con los gases existentes en Marte y su historia pasada. Otros querían que la superficie de Marte se asemejara tanto como fuera posible a la que habían encontrado, y que se mantuviera una población reducida en valles cubiertos con tiendas. Censuraban la rápida destrucción de la superficie por la terraformación industrial, y condenaban particularmente la inundación de Vastitas Borealis y la brutal agresión al paisaje de la soletta y la lupa orbital.

A medida que transcurrían los días, fue cada vez más evidente que ése era el único punto del borrador de la declaración que se estaba debatiendo, mientras que los demás apenas si necesitaban algunos retoques. Muchos se sintieron gratamente sorprendidos al descubrir esto, y más de una vez Nirgal dijo con irritación:

—¿Por qué se sorprenden tanto? Nosotros no inventamos esos puntos, nos limitamos a poner por escrito lo que la gente decía.

Y entonces la gente asentía, interesada, y regresaba a las reuniones, y trabajaba sobre los puntos. Nadia tuvo la sensación de que la firma del acuerdo brotaba por todas partes, surgía del caos gracias a la afirmación de Art y Nirgal de que existía. Varias de las sesiones terminaron en una especie de éxtasis a causa del kavajava y el consenso político; los diferentes aspectos de un estado tomaban al fin una forma que la mayoría de los partidos aceptaban.

Pero la discusión sobre los métodos se acaloró. Avanzaban y retrocedían, Nadia contra Coyote, Kasei, los rojos, los militantes de Marteprimero y muchos de los bogdanovistas.

—¡No pueden conseguir lo que quieren mediante el asesinato!

—¡Ellos no renunciarán al planeta!

—¡El poder político empieza al final de una pistola!

Una noche, después de una de estas refriegas, un numeroso grupo de combatientes flotaba en las aguas poco profundas del estanque de Phaistos, tratando de relajarse. Sax se sentó en un banco dentro del agua y meneó la cabeza.

—El clásico problema del castigo... no, de la *violencia* —dijo—. Radicales, liberales. Grupos que nunca consiguieron ponerse de acuerdo en nada. Antes.

Art hundió la cabeza en el agua y la sacó resoplando. Cansado, frustrado, espetó:

—¿Qué me dicen de la gestión integral de plagas? ¿Y de la idea del retiro obligatorio?

—Desempleo forzoso —corrigió Nadia.

—Decapitación —dijo Maya.

—¡Lo que sea! —exclamó Art salpicándolas—. Revolución de terciopelo. Revolución de seda.

—Aerogel —dijo Sax—. Ligero, fuerte. Invisible.

—¡Vale la pena intentarlo! —dijo Art. Ann meneó la cabeza.

—No funcionará.

—Es mejor que otro sesenta y uno —dijo Nadia.

—Mejor si coincidimos en una obra. En *un plan.*

—Pero no podemos —dijo Nadia.

—El frente es amplio —insistió Art—. Salgamos afuera y hagamos aquello con lo que nos sintamos cómodos.

Sax, Nadia y Maya asintieron a la vez con un movimiento de cabeza. Ann soltó una inesperada carcajada. Y allí se quedaron, sentados en el estanque, riéndose tontamente, sin saber de qué.

La reunión de clausura se celebró a última hora de la tarde en el parque de Zakros, donde se había iniciado. Reinaba en el ambiente un extraño desasosiego; muchos aceptaban sólo a regañadientes la Declaración de Dorsa Brevia, que ahora era bastante más larga que el borrador original redactado por Art y Nirgal. Priska la leyó en voz alta; los diversos grupos aclamaban unos puntos más que otros, y cuando terminó la lectura, el aplauso fue breve y mecánico. Aquello no podía satisfacer a nadie. Art y Nirgal parecían exhaustos.

Cuando los aplausos se apagaron todos se quedaron sentados, sin saber que hacer. La falta de acuerdo en los métodos parecía pesar sobre ellos. ¿Y ahora que? ¿Tenían que regresar a sus hogares? ¿Tenían un hogar al que regresar? El silencio y la inmovilidad se prolongaron, incómodos y vagamente dolorosos (¡como necesitaban a John!), y Nadia se sintió aliviada cuando se oyeron unas exclamaciones que parecieron romper un sortilegio maléfico. Se volvió hacia donde muchos miraban.

Allí en lo alto de una escalera, en la parte alta de la negra pared del túnel,

había una mujer. Resplandecía bajo el sol de la tarde que bajaba por una de las claraboyas: el pelo cano, descalza, sin joyas, completamente desnuda bajo la capa de pintura verde que le cubría el cuerpo. Y lo que era corriente por la noche en el estanque, a la luz brillante del día fue provocativo y peligroso, una conmoción para los sentidos, un desafío a lo que se suponía que tenía que ser un congreso político.

Era Hiroko. Empezó a bajar con paso mesurado y majestuoso. Ariadna, Charlotte y varias mujeres minoicas la esperaban al pie de la escalera con los seguidores más próximos a Hiroko de la colonia oculta, entre los que estaban Iwao, Rya, Evgenia y Michel. Mientras Hiroko descendía, empezaron a cantar. Cuando llegó abajo, la cubrieron con collares de flores rojas. Un rito de fertilidad, pensó Nadia, que venía directamente de algún rincón paleolítico de sus mentes a entremezclarse con la areofanía de Hiroko.

Cuando Hiroko se alejó del pie de la escalera, se le unió una pequeña hilera de seguidores cantando los nombres de Marte: «Al-Qahira, Ares, Auqakuh, Bahram...». Una mezcla de sílabas arcaicas en la que algunos intercalaban: «Ka... ka... ka...».

Hiroko avanzó por el sendero entre los árboles y luego sobre el césped hasta la muchedumbre congregada en el parque. Se paseó entre ellos con una expresión solemne, distante en el rostro verde. Muchos se levantaron a su paso. Jackie Boone salió de la multitud, y su abuela verde la tomó de la mano. Las dos abrieron la marcha, la vieja matriarca alta, orgullosa, anciana, nudosa como un árbol y tan verde como sus hojas; y Jackie aún más alta, joven y grácil como una bailarina, y el pelo negro hasta la mitad de la espalda. Un murmullo se extendió por la multitud, un suspiro. Llegaron las dos mujeres y el grupo que las acompañaba al sendero central que corría junto al canal, todos se pusieron de pie y la siguieron. Los sufíes, trenzándose con los demás. «*Ana el-Haqq, ana Al-Qahira, ana el Haqq, ana Al-Qahira...*» Y un millar de personas avanzaron por el sendero del canal detrás de las dos mujeres y su séquito, los sufíes cantando, otros recitando fragmentos de la aerófana, el resto en silencio.

Nadia avanzó de la mano de Art y Nirgal, sintiéndose dichosa. Eran animales, después de todo, sin importar el lugar que escogiesen para vivir. Sentía una especie de reverencia, una emoción raras veces experimentada: reverencia por el carácter divino de la vida, que adoptaba formas tan hermosas.

En el estanque Jackie se despojo del mono color orín, y ella e Hiroko se metieron en el agua hasta los tobillos, una frente a otra y con las manos entrelazadas por encima de las cabezas. Las mujeres minoicas se unieron a ese arco, viejas y jóvenes, verdes y rosadas.

Los miembros de la colonia oculta fueron los primeros en pasar bajo él, entre ellos Maya, de la mano de Michel. Y luego todos desfilaron bajo el arco de la madre; la enésima repetición de un ritual de un millón de años de antigüedad, algo que llevaban codificado en los genes y habían practicado toda la vida. Los sufíes bailaron bajo las manos entrelazadas llevando aún sus blancas ropas ondulantes, y otros se lanzaron vestidos al agua pasando bajo las mujeres desnudas. Sheik y Nazik delante, cantando: «*Ana Al-Qahira, ana el-Haqq, ana Al-Qahira, ana el-Haqq*», como los hidúes en el Ganges o los baptistas en el Jordán. Al final muchos se quitaron las ropas, pero todos entraron en el agua. Y todos miraron alrededor tras ese instintivo y sin embargo consciente renacimiento.

Nadia advirtió una vez más qué hermosos eran los humanos. La desnudez era peligrosa para el orden social, pensó, porque revelaba la realidad. Allí estaban, expuestos a la mirada del otro con todas sus imperfecciones y características sexuales, y con las señales de la mortalidad, pero sobre todo, a la luz rojiza del crepúsculo, con esa asombrosa belleza que apenas podía comprenderse o explicarse. La piel en el crepúsculo era muy roja, pero no los suficiente para algunos rojos, al parecer, pues con una esponja teñían de rojo a una mujer se su grupo, a modo de contrafigura de Hiroko. ¡Un baño político!, gruño Nadia. La suma de colores empezaba a enturbiar el agua.

Maya nadó hasta donde estaba Nadia y la derribó con un abrazo impetuoso.

—Hiroko es un genio —dijo en ruso—. Quizás esté loca, pero es un genio.

—La diosa madre del mundo —dijo Nadia, y cambió al inglés mientras nadaba en el agua tibia hasta un pequeño grupo de los Primeros Cien y los issei de Sabishii. Allí estaban Ann y Sax, lado a lado, Ann alta y delgada, Sax, bajo y rechoncho, igual que en los baños de la Colina Subterránea, debatiendo esto o lo otro, Sax hablando con el rostro contraído por la concentración. Nadia rió de felicidad, y los salpicó.

Fort la alcanzó a nado.

—Toda la conferencia tenía que haber sido asi —observó—. Oh, va a estrellarse. —Y en verdad un jinete que bajaba deslizándose por la pared curva resbaló y cayó ignominiosamente en el estanque—. Miren, necesito regresar a la Tierra para poder ayudar. Además, una tataratatataratataranieta se casa dentro de cuatro meses.

—¿Puede regresar tan deprisa? —preguntó Spencer.

—Sí, mi nave es rápida. —Explicó que una división espacial de Praxis construía unos cohetes que empleaban una propulsión Dyson modificada para acelerar y decelerar continuamente durante el vuelo, lo que permitía tomar una trayectoria muy corta entre los dos planetas.

—Estilo ejecutivo —observó Spencer.

—Todos pueden usarlos en Praxis, si tienen necesidad. Quizás ustedes quieran visitar la Tierra para ver con sus propios ojos en qué condiciones está.

El comentario enarcó algunas cejas, pero nadie dijo nada al respecto, ni tampoco se habló de retener a Fort.

La gente flotaba en el estanque como medusas en un lento remolino, relajados por el agua y por el vino y el kava que circulaban en unas tazas de bambú, y por haber llevado a cabo el congreso. No era perfecto, decía la gente, pero era algo, especialmente la extraordinaria naturaleza del cuarto punto, o el tercero, toda una declaración, en verdad, un principio, aunque imperfecto, sobre el sexto punto, pero se recordaría.

—Caramba, esto es pura religión —decía alguien sentado en el suelo—, y me gustan los cuerpos bonitos, pero mezclar estado y religión es un asunto peligroso.

Nadia y Maya se metieron en aguas mas profundas, tomadas del brazo, hablando con todo el mundo. Un grupo de jóvenes de Zigoto, Rachel, Tiu, Franz, Steve… les grito:

—¡Eh, las dos brujas!

Se acercaron y las abrazaron y besaron. Realidad cinética, pensó Nadia, realidad somática, realidad háptica... el poder de tocar, el dedo del fantasma latía, lo que no le sucedía desde hacía muchos años.

Siguieron a los ectógenos de Zigoto, y encontraron a Art, que estaba con Nirgal y otros hombres, todos atraídos como por un imán por Jackie, que aún acompañaba a Hiroko, a esas alturas medio verde, el pelo mojado pegado sobre sus hombros desnudos, la cabeza echada hacia atrás mientras reía, el sol crepuscular resplandeciendo alrededor de ella y dándole un cierto poder hirperreal, heráldico. Art parecía feliz, y cuando Nadia lo abrazó él le pasó un brazo por los hombros y ya no lo quitó. Su buen amigo una realidad somática muy sólida.

—Bien hecho —le dijo Maya a Art—. Es lo que John Boone habría hecho.

—No señor —replicó Jackie al instante.

—Yo lo conocí —dijo Maya, echándole una mirada feroz—, y tú no. Y digo que es lo que John habría hecho.

Se quedaron de pie, mirándose fijamente, la anciana belleza de cabello blanco, la joven belleza de cabello negro; y Nadia tuvo la sensación de que había algo primitivo en la escena, primordial, primate... *Ésas* son las dos brujas, deseó decirles a los hermanos de Jackie. Pero sin duda ellos ya lo sabían.

—Nadie es como John —dijo, tratando de romper el hechizo. Apretó la cintura de Art—. Pero está bien hecho.

Kasei llegó salpicándolos a todos; había permanecido apartado, en silencio, y Nadia lo miro pensativa: el hombre con el padre famoso, la madre famosa, la hija famosa... El hombre que lentamente adquiría poder, entre los rojos y los radicales de Marteprimero, a la cabeza de un movimiento disidente, como el congreso había dejado claro. No, era difícil saber qué pensaba Kasei de su vida. Le echó una mirada indescifrable a Jackie —orgullo, celos, algo de reproche— y dijo:

—John Boone nos sería útil ahora.

Su padre, el primer hombre que había pisado Marte, el John alegre que Nadia recordaba, que había disfrutado nadando al estilo mariposa en la Colina Subterránea, en tardes como aquélla, sólo que entonces fueron la realidad cotidiana durante un año o así...

—Y Arkadi —dijo Nadia, tratando de quitar hierro a la discusión—. Y Frank.

—Podemos pasar sin Frank Chalmers —dijo Kasei con amargura.

—¿Por qué dices eso? —exclamó Maya—. ¡Sería una suerte para nosotros contar con él en este momento! Sabríamos cómo manejar a Fort y Praxis, y a los suizos, los rojos, los verdes, a todos. Frank, Arkadi, John... los tres nos serían útiles ahora.

Tenia un gesto duro en la boca. Les echó una mirada de fuego desafiándolos a hablar. Entonces hizo una mueca con el labio y apartó la mirada.

—Tenemos que evitar otro sesenta y uno —dijo Nadia.

—Lo haremos —dijo Art, y le dio otro achuchón.

Nadia meneó la cabeza con tristeza. Los buenos momentos pasan tan deprisa…

—No está en nuestra mano —le dijo—. No es algo que podamos controlar del todo.

—Ya veremos. Será diferente esta vez —insistió Kasei.

—Veremos.

OCTAVA PARTE

Ingeniería social

¿Dónde naciste? Denver.

¿Dónde te criaste? Roca. Boulder.

¿Cómo eras de niño? No lo se.

Dame tus impresiones. Yo quería saber por qué.

¿Eras curioso? Muy curioso.

¿Jugabas con kits de ciencia? Con todos los que existían.

¿Y tus amigos? No me acuerdo.

Intenta recordar algo.

Me parece que no tenía muchos amigos.

¿Eras ambidextro de niño? No lo recuerdo.

Piensa en tus kits de ciencia. ¿Utilizabas las dos manos cuando jugabas con ellos?

Creo que a menudo era necesario.

¿Escribías con la mano derecha?

Ahora sí. También... también lo hacía entonces. Sí. De niño.

¿Y hacías algo con la mano izquierda? ¿Cepillarte los dientes, peinarte, comer, señalar algo, lanzar pelotas?

Hacía todas esas cosas con la mano derecha. ¿Cambiaría algo si no hubiera sido así?

Bien, ya sabes, en los casos de afasia, los diestros se ajustan a un cierto perfil. Las actividades se localizan, o mejor dicho, se coordinan, en ciertas zonas del cerebro. Cuando determinamos las dificultades que el afásico experimenta, podemos precisar con bastante exactitud dónde se localizan las lesiones cerebrales. Y viceversa. Pero con los zurdos y los ambidextros no hay tales patrones. Podríamos decir que cada cerebro zurdo o ambidextro tiene una organización distinta.

Ya sabes que la mayoría de los niños ectógenos de Hiroko son zurdos. Sí, lo se. Lo he comentado con ella, pero asegura desconocer la razón. Dice que tal vez se

deba al hecho de haber nacido en Marte.

¿Crees que eso es plausible?

Bien, en cualquier caso aún desconocemos que determina el dominio de una mano u otra, y los efectos de la gravedad más ligera... Tardaremos siglos en descubrirlos.

Supongo que sí.

No te gusta esa idea, ¿verdad? Preferiría obtener respuestas.

¿Qué ocurriría si todas las preguntas fueran contestadas? ¿Serías feliz entonces?

Me resulta difícil imaginar tal... estado. Un porcentaje muy reducido de mis preguntas tiene respuesta.

Pero eso es magnífico, ¿no te parece?

No. No sería científico estar de acuerdo con eso.

¿Es que tú sólo concibes la ciencia como respuestas? Como sistema para generar respuestas.

¿Y cuál es el propósito de eso?

...Saber.

¿Y qué harás con ese conocimiento?

...Averiguar más cosas.

¿Pero por que?

No lo sé. Es mi manera de ser.

¿No deberían algunas de tus preguntas ir encaminadas en esa dirección, a averiguar por qué eres así?

No creo que haya respuestas satisfactorias a preguntas sobre la naturaleza humana. Es mejor imaginarla como una caja negra. No se puede aplicar el método científico. Al menos, no lo suficiente como para confiar en las respuestas.

En psicología creemos haber identificado científicamente una patología en la que la persona que la padece, necesita saberlo todo porque tiene miedo al conocimiento. El nombre de monocausotaxofilia, como la llamo Poppel, el temor a causas simples que lo explican todo. Esto puede llegar a ser temor a la ausencia de razones, y puede ser peligrosa. La búsqueda del conocimiento se convierte al principio en defensiva, que es una manera de negar el miedo cuando uno está interesado, y cuando se agrava, deja de ser incluso una búsqueda del conocimiento, porque cuando se consiguen las respuestas, éstas dejan de tener interés. La realidad en si no interesa a esas personas.

Todo el mundo trata de evitar el peligro. Pero las motivaciones son siempre múltiples. Y distintas de una acción a otra, de un momento a otro. Algún patrón de conducta es simplemente... especulación del observador.

La psicología es una ciencia en la que el observador se implica profundamente con el sujeto de la observación.

Ésa es una de las razones por las que no la considero una ciencia.

Es sin duda una ciencia. Uno de sus principios es: si quieres saber más, ama más. El astrónomo ama las estrellas. De otro modo, ¿por qué las estudiaría?

Porque son un misterio.

¿Que cosas te importan? Me importa la verdad.

La verdad no es un buen amante. Yo no busco amor.

¿Estás seguro?

No más seguro que cualquiera que piense en... motivaciones.

¿Reconoces, pues, que tenemos motivaciones? Sí. Pero la ciencia no puede explicar todo. Entonces forman parte de tu gran incógnita. Si.

Y por eso ni concentras tu atención en otras cosas. Sí.

Pero las motivaciones siguen existiendo. Oh, sí.

¿Qué leías cuando eras adolescente? De todo.

¿Cuáles eran algunos de tus libros favoritos?

Sherlock Holmes. Otras novelas policíacas. La máquina pensante. Doctor Thorndyke.

¿Te castigaban tus padres cuando te enfadabas? Creo que no.

¿Los viste alguna vez enfadados? No lo recuerdo.

¿Los viste gritar o llorar alguna vez?

Nunca los oí gritar. Mi madre lloraba alguna vez, creo.

¿Sabías por qué? No.

¿Te preguntabas por qué?

No lo recuerdo. ¿Importaría si lo hubiese tenido?

¿Qué quieres decir?

Quiero decir si hubiese tenido alguna clase de pasado. Podía haberme convertido en cualquier clase de persona. Dependía de mi reacción ante... los sucesos. Y si hubiese tenido otro pasado, podrían haberse dado las mismas variaciones. De modo que mi línea de investigación es inútil, porque no tiene rigor explicativo. Es una imitación del método científico.

Considero tu concepción de la ciencia tan pobre y reduccionista como tus actividades científicas. En esencia dices que no estudiarías la mente humana de una manera científica, porque es demasiado compleja, eso no es muy audaz de tu parte. El universo fuera de nosotros también es complejo, pero tú no aconsejas evitarlo. Pero sí evitas el universo interior.

¿Por qué?

No puedes aislar factores, no puedes repetir condiciones, no puedes establecer experimentos con controles, no puedes proponer hipótesis falsificables. Todo el aparato científico es inalcanzable a uno mismo.

Piensa por un momento en los primeros científicos.

¿Los griegos?

Antes de ellos. Lo prehistoria no fue una sucesión de estaciones informe y atemporal, ¿sabes? Tenemos tendencia a pensar en aquellas gentes como si se pareciesen a nuestras mentes inconscientes, pero no eran así. Durante al menos cien mil años hemos sido tan intelectuales como lo somos ahora. Probablemente durante medio millón de años. Y cada edad ha tenido sus grandes científicos, que han trabajado en el contexto de sus tiempos, igual que nosotros. Para los primeros científicos, nada tenía explicación; la naturaleza, era un todo tan compleja y misteriosa como lo es ahora nuestra mente para nosotros, pero ¿que podían hacer? Tenían que empezar de algún modo, ¿no? Eso es lo que tienes que recordar. Y se tardaron miles de años en aprender sobre las plantas, los animales, el uso del fuego, rocas, hachas, arcos y flechas, refugios, ropa... Después la alfarería, la agricultura y la metalurgia. Todo muy lentamente, con mucho esfuerzo. Y todo transmitido de boca en boca, de un científico al siguiente. Y sin duda la gente tenia demasiado complejo para estar seguros de nada. ¿Por qué intentarlo? Galileo dijo:

«Los antiguos tenían buenas razones para colocar a los científicos entre los dioses, en vista de que las mentes comunes tenían tan poca curiosidad. Los pequeños indicios que fueron el origen de los primeros inventos no pertenecían a un espíritu trivial, sino a un espíritu sobrehumano». ¡Sobrehumano! Quizá, simplemente, la mejor parte de nosotros mismos, las mentes inquisitivas de cada generación. Los científicos. Y a lo largo de los milenios hemos unido las piezas formando un modelo del mundo, un paradigma bastante preciso y poderoso.

¿Pero no hemos intentado con el mismo empeño durante todos esos años, y con escaso resultado, entendernos a nosotros mismos?

Digamos que sí. Quiza nos tomará mucho tiempo. Pero mira, también en eso hemos progresado un poco. Y no recientemente. Mediante la observación, los griegos descubrieron los cuatro temperamentos y no ha sido hasta hace poco que hemos aprendido lo suficiente sobre el cerebro para explicar cuál es la base neurológica de ese fenómeno.

¿Crees en los cuatro temperamentos?

Oh, desde luego. Son confirmables por experimentación, como tantas otras cosas acerca de la mente humana. Quizá no todo se reduce a la física, quizá nunca será cuestión de física. Puede ser, sencillamente, que somos más complejos e impredecibles que el universo.

Eso parece muy poco probable. Al fin y al cabo, estamos hechos de átomos.

¡Pero animados! ¡Impelidos por la fuerza verde, llenos de espíritu, la gran incógnita!

Reacciones químicas...

¿Pero por qué la vida? Es algo más que reacciones. Hay una tendencia hacia la complejidad que se opone frontalmente a la ley física de la entropía. ¿Por qué?

No lo sé.

¿Por qué le disgusta tanto no saber el porque de algo?

No lo sé.

El misterio de la vida es una cuestión sagrada. Es nuestra libertad. Hemos salido de la realidad física, existimos ahora en una suerte de libertad divina, y el misterio es una parte integrante de esa libertad.

No. Seguimos siendo una realidad física. Átomos en sus órbitas. Determinadas en la mayor parte de las escalas, aleatorias en otras.

Ah, bien. Discrepamos. Pero en cualquier caso la labor del científico es explorar todo. ¡Sin importar las dificultades! Permanecer abierto, aceptar la ambigüedad. Intentar fundirse con el objeto de conocimiento. Admitir que hay valores que justifican toda la empresa. Amarla. Trabajar con el fin de descubrir los valores por los que deberíamos vivir, y esforzarnos por llevar esos valores al mundo. Explorar, y más que eso,

¡crear!

Tendré que pensar en ello.

La observación nunca es suficiente. Además, ni siquiera era su experimento. Coyote llegó a Dorsa Brevia, y Sax fue a verlo.

—¿Peter sigue volando?

—Caramba, pues sí. Pasa bastante tiempo en el espacio, si te refieres a eso.

—Sí. ¿Puedes ponerme en contacto con él?

—Pues claro. —La cara quebrada de Desmond mostró una expresión intrigada.— Tu habla está mejorando mucho, Sax. ¿Qué es lo que te han estado haciendo?

—Tratamientos gerontológicos. También hormona del crecimiento, L- dopa, serotonina y otras sustancias químicas. Algo sacado de la estrella de mar.

—Te han hecho crecer un nuevo cerebro, ¿no?

—Sí. Algunas zonas, al menos. Estimulación sinérgica de la sinapsis. Y también muchas charlas con Michel.

—¡Uh, ju!

—Pero sigo siendo el mismo.

La risa de Desmond era un sonido animal.

—Ya lo veo. Escucha, partiré dentro de un par de días y te llevaré al aeropuerto de Peter.

—Gracias.

Creció un nuevo cerebro. No era una manera muy precisa de definirlo. La lesión se había producido en el tercio posterior de la circunvolución frontal inferior. Los tejidos murieron como consecuencia de la interrupción de la estimulación de los centros de memoria con ultrasonidos focalizados durante el interrogatorio. Una embolia. Afasia de Broca. Dificultades con el aparato motor del habla, poca entonación, dificultad para iniciar la expresión, reducción casi telegráfica, sobre todo a nombres y formas verbales simples. Una batería de tests había determinado que el resto de las funciones cognitivas estaban intactas. el no estaba tan seguro; comprendía todo lo que la gente le decía; su pensamiento, hasta donde él podía percatarse, seguía funcionando como siempre, y no tenía ningún problema con los tests espaciales y no lingüísticos. Pero cuando intentaba hablar... la traición súbita de la palabra y del pensamiento. Las cosas perdían su nombre.

Sin embargo, aun sin nombre, seguía habiendo cosas. Podía verlas y pensar en ellas como formas o números. Fórmula de descripción. Varias combinaciones

de secciones cónicas y las seis superficies de revolución simétrica alrededor de un eje, el plano, la esfera, el cilindro, el catenoide, el onduloide y el nodoide. Formas sin nombre, pero las formas eran como nombres. Lenguaje espacial.

Pero descubrió que recordar sin palabras era difícil. Tenía que tomar prestado un método, el método del palacio de la memoria, espacial para empezar. Estableció un espacio en su mente semejante al interior de los laboratorios del Mirador de Echus, que recordaba con tal claridad que podía pasearse por él mentalmente, con o sin nombres. Y en cada lugar un objeto. O bien otro lugar. Sobre un mostrador, todos los laboratorios de Acheron. Encima del refrigerador, Boulder, Colorado. Y así recordaba todas las formas en las que pensaba por su localización en el laboratorio mental.

Y entonces, de cuando en cuando, el nombre venía. Pero cuando sabía el nombre y trataba de decirlo, de su boca salía con frecuencia la palabra equivocada. Siempre había tenido tendencia a esto. Después de reflexiones brillantes, cuando todo le parecía muy claro, a veces le había costado mucho traducir esos pensamientos al plano del lenguaje, que no expresaba satisfactoriamente las ideas que había estado madurando. Por tanto, hablar siempre le había resultado trabajoso. Pero nunca hasta ese extremo, ese tanteo vacilante, errático, que por lo general fracasaba o lo traicionaba. Frustrante en extremo. Doloroso. Aunque preferible a la afasia de Wernicke, sin duda, en la que uno parloteaba con soltura, ignorante de que nada de lo que decía tenía sentido, asi como él tenía una tendencia premórbida a perder las palabras para las cosas, había personas con tendencia a la afasia de Wernicke sin la excusa de una lesión cerebral, como Art había observado. Sax prefería su propio problema.

Ursula y Vlad habían ido a verlo.

—La afasia es diferente para cada persona —dijo Ursula—. Hay patrones de conducta y grupos de síntomas que por lo general acompañan a determinadas lesiones en adultos diestros. Pero en mentes excepcionales hay muchas excepciones. Ya hemos visto que tus funciones cognitivas han permanecido en un nivel muy alto para alguien con el grado de dificultades de expresión que tú tienes. Probablemente en la mayor parte de tu pensamiento matemático y físico no intervenía el lenguaje.

—Así es.

—Y si era pensamiento geométrico más que analítico, probablemente se localizaba en el hemisferio derecho del cerebro en vez del izquierdo. Y tu hemisferio derecho no sufrió lesiones.

Sax asintió con un movimiento de cabeza, desconfiando de su capacidad para intervenir con palabras.

—Por tanto, las perspectivas de recuperación varían mucho. Casi siempre hay mejoría. Los niños, sobre todo, son muy adaptables. Cuando sufren un traumatismo craneal, incluso una lesión circunscrita puede causarles graves problemas, pero casi siempre se recuperan. Puede extirpársele un hemisferio cerebral entero a un niño si un problema lo requiere, y la mitad restante reaprende todas las funciones. Eso se debe al increíble crecimiento del cerebro

del niño. En los adultos es diferente. Ya se ha producido la especialización, de modo que las lesiones en áreas concretas causan un daño limitado y específico. Pero una vez que se destruye una capacidad en un cerebro maduro, no se observa con demasiada frecuencia una mejora significativa.

—El trat. El tratamiento.

—Exactamente. Pero verás, el cerebro es precisamente uno de los lugares en los que el tratamiento de gerontología tiene dificultades para penetrar. Hemos estado trabajando, sin embargo, y hemos diseñado un paquete de estímulos para administrar en conjunto con el tratamiento cuando nos enfrentamos a casos de lesión cerebral. Puede llegar a convertirse en parte regular del tratamiento, si los ensayos siguen dando buenos resultados. No lo hemos ensayado con demasiados humanos todavía. La inyección incrementa la plasticidad cerebral mediante la estimulación del crecimiento del axón y las dendritas, y de la sensibilidad de las sinapsis de Hebb. El cuerpo calloso se ve particularmente afectado, y el hemisferio opuesto a la mitad dañada. El aprendizaje puede construir nuevas redes neuronales completas allí.

—Adelante —dijo Sax.

La destrucción es creación. Convertirse en un niño pequeño. El lenguaje como un espacio, una suerte de notación matemática. Idealizaciones geométricas en el laboratorio de la memoria. Lectura. Mapas. Códigos, sustituciones, el nombre secreto de las cosas. La gloriosa irrupción de una palabra. La alegría de la charla. La longitud de onda de cada color, por número. Esa arena es naranja, tostada, dorada, amarilla, siena, ámbar, ámbar oscuro, ocre. Ese cielo es cerúleo, cobalto, lavanda, malva, violeta, azul de Prusia, índigo, berenjena, azul de medianoche. El placer de mirar las escalas de colores con sus nombres, la rica intensidad de los colores, el sonido de las palabras... Sax quería más. Un nombre para cada longitud de onda del espectro visible, ¿y por qué no? ¿Por qué ser tan mezquinos? La longitud de onda de .59 micras es mucho más azul que la .6, y la .61 es mucho más roja... Necesitaban más palabras para los púrpuras, de la misma manera que los esquimales necesitaban más palabras para la nieve. Siempre se usaba ese ejemplo: los esquimales tenían unas veinte palabras para la nieve; pero los científicos tenían más de trescientas palabras para la nieve, ¿y quién le había dado crédito a los científicos por prestar atención a su mundo? No había dos copos de nieve iguales. Identidad. Bu, bu. Hueso, oso, huso, eso. Bu. ¡El lugar donde mi brazo se dobla es el codo! ¡Marte parece una calabaza! El aire es frío. Y está envenenado de dióxido de carbono.

Había trozos de su charla interior que se componían enteramente de viejos clichés, que sin duda venían de lo que Michel llamaba actividades «sobreaprendidas» en el pasado, tan enraizadas en su mente que habían sobrevivido a la lesión. Diseño limpio, datos válidos, partes por millón, resultados negativos. Apareciendo entre esas cómodas formulaciones, como si viniesen de otro idioma, las nuevas percepciones, y las nuevas frases vacilantes para expresarlas. Sinergias sinápticas. Cualquier charla, viniese de donde viniese, era bien recibida. La alegría de la normalidad. Y él la había dado por supuesta. Michel iba a hablar con el cada día, y lo ayudaba a construir ese nuevo cerebro. Michel tenia algunas creencias alarmantes para un hombre de ciencia. Los cuatro elementos, los cuatro temperamentos, formulaciones alquímicas, posiciones

filosóficas presentadas como científicas.

—¿Me preguntaste una vez si yo podría convertir el plomo en oro?

—Creo que no.

—¿Por qué pasas tanto tiempo hablando conmigo, Michel?

—Porque disfruto hablando contigo, Sax. Dices cosas nuevas cada día.

—Me gusta esto de arrojar las cosas con la mano izquierda.

—Ya lo veo. Es muy probable que acabes siendo zurdo. O ambidextro, debido a que tu hemisferio izquierdo es tan poderoso. No creo que se retrase mucho, sin importar la gravedad de la lesión.

—Marte parece una bola de vicios planetesimales con un corazón de hierro.

Desmond voló con él hasta el refugio rojo del Cráter Wallace, donde Peter solía alojarse con frecuencia. Y estaba allí, Peter, el hijo de Marte, alto, veloz y fuerte, grácil, amable aunque impersonal, distante, absorto en su trabajo y su vida. Igual que Simón. Sax le explicó lo que quería hacer y por qué. Aún tropezaba al hablar de cuando en cuando. Pero había mejorado tanto que no le importaba. ¡Adelante! Era como hablar en otro idioma. Todos los idiomas era extranjeros para él ahora. Excepto su dialecto de bromas. Pero no le exasperaba. Al contrario, era un alivio hacerlo tan bien, ver cómo se disipaba la niebla que cubría los nombres, con las conexiones entre mente y boca restauradas, aunque fuese de manera arriesgada. Era una oportunidad de aprender. A veces prefería esa nueva forma. La realidad de uno podía muy bien depender del paradigma científico propio, pero en rigor dependía de la estructura cerebral. Cámbiala y tus paradigmas la seguirán. No se puede luchar contra el progreso. Ni contra la diferenciación progresiva.

—¿Comprendes?

—Oh, claro que comprendo —dijo Peter, esbozando una amplia sonrisa—. Creo que es una buena idea. Muy importante. Tardaré unos días en preparar el avión.

Ann llego al refugio, parecía vieja y cansada. Saludó a Sax, la vieja antipatía tan intensa como siempre. Sax no supo que decirle. ¿Era ése un nuevo problema?

Decidió esperar a que Peter hablase con ella, y ver si eso cambiaba algo las cosas. Esperó. Ahora, si no hablaba, nadie lo molestaba. Ventajas por todas partes.

Ann regresó de una charla con Peter para comer con los otros rojos en la sala común, y sí, lo miró con curiosidad. Lo observaba por encima de las cabezas de los otros como si inspeccionase un nuevo acantilado en el paisaje marciano. Concentrada y objetiva. Evaluadora. Un cambio de estatus en un sistema dinámico es un dato que habla de la teoría. Apoyándola o poniéndola en duda ¿Qué eres tú? ¿Por qué haces esto?

Él mantuvo la mirada de Ann con calma, trató de pararla y devolverla. Sí, todavía soy Sax. He cambiado. ¿Quién eres tu? ¿Por qué no has cambiado? ¿Por qué sigues mirándome de esa manera? He sufrido una lesión. El individuo premórbido ya no existe, no del todo. Me he sometido a un tratamiento

experimental, me siento bien, ya no soy el hombre que tú conociste. ¿Y por qué tú no has cambiado?

Si demasiados datos perturban la teoría, tal vez la teoría no sea correcta. Si la teoría es básica, quizás haya que cambiar el paradigma.

Ann se sentó para comer. Dudaba de que ella hubiese leído su mente con tanto detalle. ¡Pero era tan agradable poder mirarla a los ojos!

Entró en la pequeña carlinga con Peter y justo después del lapso marciano rodaron por la pista de roca, aceleraron y enfilaron hacia el cielo negro; el aerodinámico avión espacial vibraba debajo de ellos. Sax se acomodó en el asiento, aplastado contra él, mientras el gran avión subía esa colina asintótica hasta lo alto de su curso. Redujeron la velocidad conforme atravesaban con suavidad la alta estratosfera. Hicieron la transición de avión a cohete cuando la densidad de la atmósfera alcanzó su más mínima expresión, a cien kilómetros de altura, donde los gases del cóctel Russell eran aniquilados diariamente por los rayos ultravioletas que caían sobre el planeta. Las planchas del avión estaban al rojo. A través del filtro de la carlinga se veían del color del sol al atardecer. Sin duda les afectaba la visión nocturna. Debajo, el planeta estaba oscuro, excepto por las débiles manchas de los glaciares iluminados por las estrellas en la Cuenca de Hellas. Continuaban subiendo. Un viraje amplio. Las estrellas llenaban la negrura de lo que parecía un inmenso hemisferio negro sobre un inmenso plano negro. El cielo nocturno, el Marte nocturno. Subieron y subieron. El fuselaje incandescente mostraba ahora un amarillo traslúcido, alucinantemente brillante. Lo último salido de Vishniac, diseñado en parte por Spencer, y fabricado con un compuesto intermetálico, sobre todo de titanio-aluminio, convertido en un superplástico para fabricar las piezas del aparato de alta resistencia al calor, como las turbinas exteriores, que se oscurecieron un poco cuando subieron y se enfriaron. Sax imaginaba la hermosa celosía de titanio-aluminio, estructurado como un tapiz de nodoides y catenoides, como anzuelos y ojos, vibrando violentamente con el calor. Construían cosas extraordinarias en esos tiempos. Aviones aire- espacio. Salir al patio trasero de tu casa y volar a Marte en una lata de aluminio.

Sax explicó lo que quería hacer después de eso. Peter rió.

—¿Crees que Vishniac podrá hacerlo?

—Oh, desde luego.

—Hay algunas dificultades de diseño.

—Lo sé, lo sé. Pero ellos las resolverán. Vaya, uno no tiene que ser un experto en cohetes para ser un experto en cohetes.

—Eso es muy cierto.

Peter canturreó para pasar las horas. Sax lo acompañaba siempre que conocía las letras, como en *Dieciséis toneladas,* una canción satisfactoria. Peter le contó cómo había escapado del ascensor que caía. Lo que se sentía flotando en un traje EVA, solo durante dos días.

—De alguna manera le tomé el gusto después de aquello. Ya sé que suena extraño.

—Lo comprendo.

—Las formas allí afuera eran tan grandes y puras. El color de las cosas. ¿Qué se siente al tener que aprender a hablar otra vez?

—Tengo que concentrarme para hacerlo. Tengo que pensar mucho. Las cosas me sorprenden constantemente. Cosas que sabia pero había olvidado. Cosas que nunca supe. Las que aprendí justo antes de la lesión. Ese período por lo general permanece oculto. Pero fue muy importante. Cuando estuve trabajando en el glaciar. Tengo que hablar con tu madre de eso. No es como ella piensa. Ya sabes, la tierra. Las nuevas plantas ahí afuera. El sol como una mariposa amarilla. No tiene por qué ser...

—Deberías hablar con ella.

—Me detesta.

—Habla con ella cuando regresemos.

El altímetro indicaba 250 kilómetros sobre la superficie. El avión enfilo hacia Casiopea. Cada estrella tenía un color definido, distinto de cualquier otro. Debajo, sobre el borde oriental del disco oscuro, apareció el terminador, de un negro rayado de ocres arenosos y sombras. La delgada medialuna de Marte iluminada por el sol hizo que de pronto Sax percibiese el disco como una gran esfera. Una bola girando a través de la galaxia de estrellas. El inmenso continente-montaña de Elysium se elevaba en el horizonte, perfectamente delimitado por las sombras horizontales. Veían el largo desfiladero, Hecates Tholus semioculta detrás del cono del Monte Elysium y Albor Tholus a un lado.

—Ahí la tenemos —dijo Peter, y la señaló. Sobre ellos, al este el borde oriental de la lupa espacial parecía de plata en la luz de la mañana; el resto se sumergía en la sombra del planeta.

—¿Estamos ya suficientemente cerca? —preguntó Sax.

—Casi.

Sax volvió a mirar la medialuna cada vez más gruesa de la mañana. Sobre las oscuras y agrestes tierras altas de Hesperia, una nube de humo se hinchaba desde la superficie oscura más allá del terminador y se expandía en la luz. Incluso a esa altura estaban dentro de la nube, en la parte que ya no era visible. La lupa estaba suspendida sobre esa corriente térmica invisible, empleando su ascensión y la presión de la luz solar para mantenerse en posición sobre la zona quemada.

Ahora toda la lupa estaba iluminada por el sol: parecía un inmenso paracaídas de plata con nada bajo él. En el brillo argénteo había notas violeta, del color del cielo. La copa era una sección de esfera, de mil kilómetros de diámetro, el centro unos cincuenta kilómetros por encima del borde. Girando como un Frisbee. Había un agujero en el pico, por el que entraba la luz del sol. En el resto de la lupa, las bandas circulares de espejo que formaban la copa reflejaban la luz procedente del sol y la soletta, hacia adentro y abajo, concentrándola en un punto que se desplazaba sobre la superficie de Marte, de tal modo que encendía el basalto. Los espejos de la lupa alcanzaban casi los 900°K, y la roca licuada, abajo, los 5000. Y liberaba los productos volátiles.

Mientras estudiaba el gran objeto que volaba por encima de ellos, en la mente

de Sax apareció la imagen de una lupa sostenida sobre hierbas secas y la rama de un álamo temblón. Humo, llama, fuego. Los rayos del sol concentrados. Un asalto de fotones.

—¿No estamos ya suficientemente cerca? Parece que la tenemos justo encima.

—No, estamos a bastante distancia del borde. No conviene meterse debajo de esa cosa, aunque supongo que no podría freírnos. Por otra parte, se desplaza sobre la zona quemada a casi mil kilómetros por hora.

—Como los aviones de reacción cuando yo era joven.

—¡Ajá! —Unas luces verdes parpadearon en uno de los paneles.

—Bien allá vamos.

Tiró de la palanca de dirección y el avión se irguió y subió directamente hacia la lupa, que estaba cien kilómetros por encima de ellos y bastante más al oeste. Peter apretó un botón. El avión se viro cuando una batería de misiles apareció debajo de las cortas alas. Los misiles se encendieron como bengalas de magnesio, salieron disparados hacia arriba, hacia la lente. Agujas de fuego amarillo con rumbo a ese enorme ovni de plata que rápidamente se perdieron de vista. Sax esperó, la boca apretada, e intentó detener sus parpadeos.

El borde frontal de la lente empezó a deshacerse. Era un ingenio frágil, nada más que un gran cáliz giratorio de bandas de paneles solares, y se deshizo con sorprendente rapidez: el borde frontal giró y luego empezó a caer, arrastrando unas largas serpentinas. Un millón y medio de toneladas de paneles solares, desagregándose mientras ondeaban en su trayectoria descendente, que parecía lenta dadas las dimensiones de la lupa, aunque probablemente la enorme masa de material se desplazaba muy por encima de la velocidad límite de impacto. Una buena porción de ella se consumiría antes de alcanzar la superficie. Lluvia de sílice.

Peter viró al este y la siguió en su descenso, manteniéndose a una distancia prudencial. Y así pudieron seguir viéndola debajo de ellos en el cielo violeta de la mañana, mientras la masa principal de la lente se calentaba hasta incendiarse, como un gran cometa amarillo con una enredada cabellera de plata, precipitándose hacia el planeta rojizo. Toda ella cayó.

—Buen disparo —dijo Sax.

En el Cráter Wallace los recibieron como a héroes. Peter rechazó todos los elogios.

—Fue idea de Sax, el vuelo en sí no tuvo nada de particular, un vuelo de reconocimiento excepto por el disparo. No sé porque no se nos había ocurrido antes.

—Acaban de colocar otra en posición. —dijo Ann, un poco apartada del grupo, mirando a Sax con una curiosa expresión.

—Pero son muy vulnerables —dijo Peter.

—Misiles aire-espacio —dijo Sax, nervioso—. ¿Pueden inventar... *inventariar*

todos los objetos en órbita?

—Ya lo hemos hecho —dijo Peter—. Hay algunos que no hemos conseguido identificar, pero la mayoría son muy evidentes.

—Me gustaría ver la lista.

—Me gustaría hablar contigo —le dijo Ann taciturna.

Y los demás abandonaron rápidamente la habitación, moviendo las cejas y mirándose unos a otros como un puñado de Art Randolphs.

Sax se sentó en una silla de bambú. Era una habitación pequeña y sin ventanas. Podía haber sido una de las cámaras abovedadas de la Colina Subterránea, como en el pasado. La forma era la misma, y las texturas. El ladrillo era un material muy estable. Ann arrastró una silla y se sentó frente a él, inclinándose hacia adelante para mirarle a la cara. Parecía envejecida. La alabada líder de los rojos, feroz, obsesionada. Sax sonrió.

—¿No es tiempo de que te hagas el tratamiento gerontológico? —dijo la boca de él, sorprendiéndolos a los dos.

Ann ignoró la pregunta, como si fuese una impertinencia.

—¿Por qué querías derribar la lupa? —dijo ella, taladrándolo con la mirada.

—No me gustaba.

—Eso ya lo sé. ¿Pero por que?

—No era necesaria. Las cosas ya se están calentando bastante deprisa. No hay razón para correr más. Ni siquiera necesitamos mucho más calor. Y estaba liberando enormes cantidades de dióxido de carbono. Costará mucho eliminarlo. Y estaba tan bien anclado... Es difícil sacar el dióxido de carbono de los carbonatos. Mientras uno no funda la roca, permanece allí. —Hizo un ademán de disgusto.— Era una estupidez. Sólo lo hacían porque podían. Canales. No creo en los canales.

—O sea que ése no te parecía el tipo de terraformación apropiado.

—Exactamente. —Sostuvo la mirada de ella con calma.— Creo en la terraformación definida en Dorsa Brevia. Tú firmaste también. Si no recuerdo mal.

Ella negó con la cabeza.

—¿No? Pero los rojos firmaron. Ella asintió.

—Bien... Lo comprendo. Ya te he dicho esto mismo antes. Viable para los humanos hasta cierta altura. Por encima de esta, aire tenue y frío. Despacio. Ecopoyesis. No me gusta ninguno de los nuevos grandes métodos de la industria pesada. Quizás un poco de nitrógeno de Titán. Pero nada más.

—¿Qué me dices de los océanos?

—No lo sé. ¿No podríamos ver qué pasa sin bombear?

—¿Y la soletta?

—No sé. La insolación adicional implica necesitar menos derivados de los gases industriales. O de otros métodos. Pero podríamos haberlo conseguido sin ella. Creí que los espejos del amanecer eran suficientes.

—Pero ya no está en tus manos.

—No.

Permanecieron en silencio un rato. Ann parecía pensativa. Sax observó su rostro devastado, preguntándose cuándo habría recibido el último tratamiento. Ursula recomendaba repetirlo cada cuarenta años, como mínimo.

—Estaba equivocado —dijo la boca de Sax. Ella lo miró y él trató de seguir el pensamiento. Todo consistía en formas, geometrías, elegancia matemática. Caos recombinante en cascada. La belleza es la creación de un extraño amante—. Deberíamos haber esperado antes de empezar. Unas cuantas décadas de estudio del estado primitivo. Nos habría sugerido el proceder a seguir. No creí que las cosas cambiarían tan deprisa. Mi idea original era algo más en la línea de la ecopoyesis.

Ella apretó los labios.

—Pero ahora es demasiado tarde.

—Sí, lo siento. —Volvió una palma hacia arriba y la inspeccionó. Las líneas eran las mismas de siempre.— Deberías hacerte el tratamiento.

—No pienso repetirlo nunca más.

—Oh, Ann, no digas eso. ¿Lo sabe Peter? Te necesitamos... Te necesitamos.

Ella se levantó y salió de la habitación.

El siguiente proyecto de Sax era más complejo. Aunque Peter confiaba en el éxito, la gente de Vishniac vacilaba. Sax explicó el plan lo mejor que pudo y Peter ayudó. Las objeciones se centraron en los detalles prácticos. ¿Demasiado grande? ¿Alistar más bogdanovistas? ¿No se puede ocultar? Interrumpan la red de vigilancia. La ciencia es creación, les dijo. Esto no es ciencia, replicó Peter. Es ingeniería. Mijail pensaba lo mismo, pero le gustaba esa parte. Ecotaje, una rama de la ingeniería ecológica. Pero complicada de organizar. Alisten a los suizos, dijo Sax. O al menos comuníquenles el plan. A ellos no les gusta la vigilancia. Comuníquenselo a Praxis.

El proyecto empezó a tomar forma. Pero pasó mucho tiempo antes de que Peter y Sax volaran otra vez en el avión espacial. Esta vez subieron muy por encima de la estratosfera. Veinte mil kilómetros por encima de ella, hasta que se aproximaron a Deimos.

La gravedad de la pequeña luna era tan ligera que fue más un acoplamiento que un aterrizaje. Jackie Boone, que había participado en el proyecto, principalmente para estar cerca de Peter (la jugada fue muy evidente), pilotaba el avión. Durante la aproximación, Sax disfrutó de una vista magnífica desde la carlinga. La negra superficie de Deimos parecía cubierta de una gruesa capa de regolito polvoriento: los cráteres estaban casi sepultados, eran apenas unos hoyuelos circulares en el manto de polvo. La pequeña luna oblonga no era regular, sino que estaba compuesta de varias facetas redondeadas, casi un elipsoide triaxial. Un viejo desembarcador robot descansaba en el centro del Cráter Voltaire; los patines de aterrizaje estaban enterrados, las patas articuladas y las cajas cobrizas empañadas por un fino polvo oscuro.

Habían elegido como lugar de aterrizaje una de las crestas que separaban las facetas; allí una roca desnuda de color más claro sobresalía del manto de polvo. Las crestas eran antiguas cicatrices de espalación que marcaban los puntos donde unos impactos tempranos habían arrancado pedazos de la minúscula luna. Jackie hizo descender la nave suavemente hasta la cresta, al oeste de los cráteres Swift y Voltaire. La órbita de Deimos estaba determinada por las mareas, como la de Fobos, lo que favorecía el proyecto. El punto submarciano servía como punto 0°, tanto de latitud como de longitud, un plan muy sensato. La cresta de aterrizaje estaba cerca del ecuador, en la longitud 90°. Aproximadamente a un paseo de diez kilómetros del punto submarciano.

Cuando se aproximaron a la cresta, el borde de Voltaire desapareció bajo el negro horizonte curvo. Cuando el cohete se posó los gases del escape levantaron una nube de polvo. Sólo había unos pocos centímetros de polvo cubriendo la roca. Condrito carbonoso, de cinco mil millones de años de antigüedad. Se posaron con un golpe seco, rebotaron y luego volvieron a posarse lentamente. Sax sentía la atracción hacia el suelo del avión, pero era muy ligera. Probablemente él no pesaba más de un par de kilos.

Otros aviones se posaron en la cresta a ambos lados, proyectando nubes de polvo al vacío al descender lentamente. Todos los aviones rebotaron al primer impacto, y luego se posaron con suavidad entre el polvo. Al cabo de media hora había ocho aviones en fila sobre la cresta, recortándose sobre los reducidos horizontes. Ofrecían un extraño espectáculo: los elementos intermetálicos de las superficies redondeadas resplandecían como quitina bajo la claridad quirúrgica de la luz solar desnuda, y la claridad del vacío iluminaba los bordes con nitidez. Una imagen onírica.

Cada avión transportaba un componente del sistema. Perforadoras, cavadoras de túneles y trituradoras robóticas. Galerías de canalización del agua, preparadas para derretir las venas de hielo de Deimos. Una planta procesadora para separar el agua pesada, más o menos una parte por cada 6.000 de agua corriente. Otra planta para procesar deuterio a partir del agua pesada. Un pequeño tokamak, que se alimentaría de la fusión del deuterio-deuterio. Por último, cohetes guía, aunque la mayoría de ellos venía en los aviones que habían aterrizado en la otra cara de la luna.

Los técnicos bogdanovistas que habían venido con el equipo se ocuparon de la mayor parte de la instalación. Sax se metió en uno de los abultados trajes presurizados y bajó a la superficie, con la idea de ver si el avión que transportaba el cohete guía para la región Swift-Voltaire había aterrizado.

Las grandes botas térmicas llevaban lastre, y se alegró de que así fuese; la velocidad de escape no era mayor de veinticinco kilómetros por hora, lo que significaba que si uno echaba a correr podía dar un salto y salir de la luna. Le costaba mucho mantener el equilibrio. Millones de diminutos movimientos lo llevaban a uno con ellos. Cada paso levantaba una densa nube de polvo negro, que se posaba lentamente sobre la superficie. Había rocas diseminadas sobre el polvo, por lo general en los pequeños agujeros que habían abierto al caer. Deyecciones que sin duda habían orbitado alrededor de la pequeña luna muchas veces después de salir despedidas, antes de volver a caer en ella. Recogió una roca que parecía una pelota de béisbol negra. La lanzó a la velocidad adecuada, se volvió, esperó a que diese una vuelta a la luna y la detuvo a la altura del

pecho. Eliminado a la primera. Un nuevo deporte.

El horizonte estaba solo a unos pocos centenares de metros, y cambiaba perceptiblemente con cada paso: bordes de cráteres y bloques de roca aparecían en el filo polvoriento mientras el avanzaba con dificultad. La gente que había tras las cresta, entre los aviones, aparecía ahora inclinada hacia el. Como el Principito. La claridad era asombrosa. Sus pisadas abrieron un profundo sendero. Las nubes de polvo flotaban sobre las pisadas y luego se asentaban, cuatro o cinco pasos atrás.

Peter salió de la nave y caminó hacia él, y Jackie lo siguió. Peter era el único hombre que atraía de veras a Jackie, intensa e inevitablemente, como a un objeto orbital, y la mujer herida de amor suspiraba por la declinación de la órbita. Peter era también el único hombre que no respondía a la atención amorosa de Jackie. La perversidad del corazón. Como en la atracción que él mismo había sentido hacia Phyllis, una mujer que detestaba, o como su deseo de conseguir la aprobación de Ann, una mujer que lo detestaba. Una mujer con puntos de vista insensatos. Pero quizás había alguna racionalidad en todo ello. Si alguien pierde la cabeza por ti, forzosamente te preguntas por qué. Algo por el estilo.

Jackie seguía a Peter como un perro, y aunque los visores eran de color cobre, Sax comprendió por sus movimientos que ella estaba hablando con Peter, tratando de engatusarlo de algún modo. Sax sintonizó la frecuencia común y se introdujo en la conversación.

—... por qué los llaman Swift y Voltaire —decía Jackie.

—Ambos predijeron la existencia de las lunas marcianas en sus libros, escritos un siglo antes de que las descubrieran —contestó Peter—. En *Los viajes de Gulliver,* Swift incluso da las distancias que las separan del planeta y sus períodos orbitales, y no andaba muy desencaminado en sus cálculos.

—¡Bromeas!

—No.

—¿Cómo se las arregló para saberlo?

—No lo sé. Pura suerte, supongo. Sax carraspeó.

—Secuencia.

—¿Qué? —dijeron.

—Venus no tenía luna; la Tierra, una; Júpiter, cuatro. Marte debía de tener dos. Y como no podían verlas, seguramente eran muy pequeñas. Y cercanas, por tanto veloces.

Peter rió.

—Swift debía ser un tipo muy listo.

—O su fuente. Pero sigue siendo suerte. Porque la secuencia es pura coincidencia.

Se detuvieron en otra cresta de espalación, desde la que alcanzaban a ver el Cráter Swift, una cresta casi enterrada en el horizonte próximo. Un pequeño avión espacial gris se levantaba en medio del polvo negro como un milagro. Sobre sus cabezas, Marte llenaba casi todo el cielo, un vasto mundo naranja. La noche avanzaba a través de la medialuna oriental. Isidis estaba directamente sobre

ellos, aunque no pudo distinguir Burroughs, las llanuras al norte, aparecieron salpicadas de grandes manchas blancas. Los glaciares se reunían para formar lagos de hielo, y el principio de un océano de hielo. Oceanus Borealis. Una capa de nubes onduladas flotaba pegada a la superficie, y esa visión le recordó de súbito a Sax la Tierra vista desde el *Ares.* Un frente de nubes blancas que bajaba de Syrtis Mayor. El dibujo de nubes blancas tenía el mismo aspecto que habría tenido en la Tierra. Ondas cíclicas de partículas de condensación.

Dejó la cresta y regresó a los aviones. Las botas altas y rígidas eran lo único que lo mantenía erguido, y le dolían los tobillos. Era como caminar por el fondo del mar, sólo que sin encontrar resistencia. El océano del universo. Se agachó y escarbó en el polvo; no encontró roca dura enlos primeros diez centímetros, ni en los veinte siguientes. Podía muy bien estar a cinco o diez metros de profundidad, o incluso más. Las nubes de polvo que había levantado tardaron unos quince segundos en posarse de nuevo en el suelo. El polvo era tan fino que en cualquier atmósfera habría permanecido en suspensión indefinidamente. Pero en el vacío caía como todo lo demás. Deyecciones. Sencillamente no había nada que las retuviese. Uno podía arrojar el polvo al espacio. Cruzó una cresta baja y de pronto pudo ver la llanura inclinada de la siguiente faceta. Era evidente que la luna estaba modelada como una herramienta paleolítica, las facetas talladas por antiguos golpes. Elipsoide triaxial. Era curioso que tuviera una órbita tan circular, una de las más circulares del sistema solar. No lo que uno esperaría de un asteroide atrapado o de un pedazo arrancado de Marte por un gran impacto. ¿Entonces qué? Una captura antiquísima, y cuerpos en otras órbitas que regularizan sus movimientos. Fractura, fractura. Espalación. El lenguaje era tan hermoso. Las rocas golpeaban otras rocas en el océano del espacio. Arrancaban pedazos y se los llevaban. Hasta que todos caían en el planeta o bien lo esquivaban y seguían su camino. Todos menos ellos, dos entre millones. Una bomba lunar. Una caseta de tiro. Rotando más deprisa que Marte, de modo que cualquier punto de la superficie marciana la tenía en el cielo durante sesenta horas. Conveniente. Lo conocido era más peligroso que lo desconocido. Los aviones subiendo sobre el horizonte parecían absurdos, como insectos de un sueño, quitinosos, articulados, coloreados, diminutos contra la oscuridad llena de estrellas, sobre la roca cubierta por el manto de polvo. Sax trepó hasta la antecámara.

Pasaron unos meses, él estaba solo en Echus Chasma, y al fin los robots en Deimos terminaron la construcción, y el deuterio encendió el impulsor. El impulsor arrojaba mil toneladas de roca aplastada por segundo, a una velocidad de doscientos kilómetros por segundo. Todo eso salió disparado tangente a la órbita y en el plano orbital. En cuatro meses, cuando aproximadamente la mitad de la masa de la luna hubiera sido expulsada, el motor se detendría. Deimos estaría entonces a 614.287 kilómetros de distancia de Marte, según los cálculos de Sax, y saliendo de la influencia de Marte para convertirse en un asteroide de nuevo libre.

Por el momento volaba en el cielo nocturno, una patata gris irregular, menos luminosa que Venus o Terra, salvo que ahora había un cometa resplandeciendo en su costado. Todo un espectáculo. Aparecía en las noticias de los dos mundos.

¡Escandaloso! Levantó controversia incluso entre la resistencia, donde la gente se declaraba a favor o en contra. Riñas tontas. Hiroko se hartaría de ellas *y* se largaría, él la comprendía muy bien. Sí, no, qué, dónde. ¿Quién lo hizo? ¿Por qué?

Ann apareció en su muñeca para hacerle las mismas preguntas, y parecía furiosa.

—Era una perfecta plataforma de ataque —dijo Sax—. Si la hubiesen convertido en una base militar, como hicieron con Fobos, habríamos estado indefensos.

—¿De modo que lo hiciste por la remota posibilidad de que se convirtiese en una base militar?

—Si Arkadi y su grupo no se hubiesen ocupado de Fobos, no habríamos podido hacerle frente. Nos habrían matado a todos. Además, los suizos se habían enterado de que planeaban hacerlo.

Ann meneaba la cabeza y lo miraba como si estuviese loco. Un saboteador chalado. Según como él lo veía era como si la sartén le dijese al cazo no te acerques que me tiznas. Él le sostuvo la mirada con determinación. Cuando ella cortó la comunicación, se encogió de hombros y llamó a los bogdanovistas.

—Los rojos tienen un catálogo de todos los objetos en orbita alrededor de Marte. Por tanto necesitamos sistemas de seguimiento superficie-espacio. Spencer ayudará. Silos ecuatoriales. Agujeros de transición abandonados. ¿Comprenden?

Ellos dijeron que sí. No hacía falta ser un científico de cohetes. Y la situación se agravaba, no serían aplastados desde el espacio.

Un tiempo después, Sax no estaba seguro de cuánto, Peter apareció en la pequeña pantalla del rover-roca que Desmond le había prestado.

—Sax, estoy en contacto con algunos amigos que trabajan en el ascensor, y como Deimos está acelerando, la oscilación del cable para esquivarlo está desfasada. Parece que en el próximo paso orbital chocará contra el ascensor, pero mis amigos no consiguen que la IA de navegación del cable les responda. Al parecer está reforzada para evitar las entradas desde el exterior, para evitar los sabotajes, ya sabes, y no consiguen introducir el dato de que Deimos ha cambiado de velocidad. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Dejen que lo descubra por sí misma.

—¿Cómo?

—Introdúzcanle los datos sobre Deimos. Está obligada a aceptarlos. Y está programada para evitar la colisión. Confíen en ella.

—¿Que confiemos en ella?

—Bien, hablen con ella.

—Lo estamos intentando, Sax. Pero el programa antisabotaje está muy reforzado.

—La IA programa las oscilaciones para evitar a Deimos. Mientras eso esté en su lista de objetivos, estarán a salvo. Sólo proporciónenle los datos.

—De acuerdo. Lo intentaremos.

Era de noche y Sax salió. Vagaba en la oscuridad, bajo la inmensa pared del Gran Acantilado, justo al norte del punto donde Kasei Vallis irrumpía. *Sei* significaba «estrella» en japonés, y ka «fuego». Estrella de fuego. Ocurría lo mismo con el chino: *huo* era la sílaba que los japoneses pronunciaban *ka, y hsing, sei.* Una palabra china, *Huo Hsing,* «estrella de fuego», ardiendo en el cielo. Ellos decían que Ka era el nombre que el pequeño pueblo le daba. Vivimos sobre fuego. Sax estaba plantando semillas, enterrando apenas las pequeñas nueces duras en la arena del abismo. Johnny Fireseed[1]. Deimos ardía en el sur meridional, perdiendo lentamente su curso entre las estrellas, deslizándose hacia el oeste con paso lento, ahora empujado por el diminuto cometa que ardía en su borde oriental. El ascensor que subía desde Tharsis era invisible; quizás el nuevo Clarke era una de las estrellas menores en el cielo sudoccidental, era imposible decirlo. Pateó una roca sin querer, se inclinó y plantó otra semilla. Cuando terminase con las semillas, le quedarían unos brotes de un nuevo liquen por distribuir. Una especie chasmoendolítica, muy resistente, de propagación rápida, que bombeaba oxígeno a buen ritmo, con un índice superficie-volumen muy alto. Muy seco.

La consola de muñeca emitió un pitido, y él pasó la voz al intercomunicador del casco para poder seguir sacando las pequeñas nueces del bolsillo lateral y enterrándolas en la arena, con cuidando de no dañar las raíces de ninguno de los carrizos u otras especies que moteaban la superficie como peludas piedras oscuras.

Era Peter y sonaba excitado.

—Sax, Deimos se está acercando a ellos y la IA parece haber advertido que no se encuentra en el punto habitual de la órbita. Dicen que ha estado reflexionando. Los cohetes de posición de ese sector se han puesto en marcha, así que estamos seguros de que el sistema responderá.

—¿Pueden calcular la oscilación?

—Sí, pero la IA sigue mostrándose recalcitrante. Es una estúpida cabezota, los programas de seguridad son casi inaccesibles. Sólo podemos aventurar, por cálculos independientes, que evitará la colisión por muy poco.

Sax se enderezó e hizo sus propios cálculos en la consola de muñeca.

Habían empezado con un período orbital de Deimos de aproximadamente 109.077 segundos. El impulsor ya llevaba tiempo funcionando, Sax no sabía cuánto, tal vez alrededor de un millón de segundos, acelerando significativamente a la pequeña luna, pero también ampliando el radio de la órbita. Siguió tecleando en aquel silencio absoluto. Normalmente, cuando Deimos pasaba junto al cable del ascensor, éste se encontraba en su punto máximo de oscilación en ese sector, alejado unos cincuenta kilómetros o más, una distancia que implicaba una perturbación gravitacional tan insignificante que ni siquiera era necesario incluirla en los cálculos de ajuste de los cohetes de posición. Esta vez, la aceleración y el desplazamiento hacía el exterior de Deimos invalidaría los cálculos; el cable se desplazaría hacia el plano orbital de Deimos demasiado

[1] *Juego de palabras entre Johnny Appleseed, «semilla de manzana», personaje del folclore norteamericano, y Johnny Fireseed, «semilla de fuego». (N. de la t.)*

pronto. Así que había que retrasar la oscilación de Clarke y ajustarla en toda la longitud del cable. Un asunto complicado. No sorprendía, pues, que la IA no pudiera mostrar lo que estaba haciendo con demasiado detalle. Estaba demasiado ocupada conectándose a las otras IA para tener la capacidad de cálculo necesaria para la operación. Los protagonistas —Marte, el cable, Clarke, Deimos— constituían un atractivo panorama.

—Muy bien, ahí va, al encuentro de ellos —dijo Peter.

—¿Están tus amigos en la órbita? —preguntó Sax, sorprendido.

—Están unos doscientos kilómetros por debajo, pero la cabina del ascensor en la que viajan está subiendo. Me han conectado a sus cámaras, y... ¡eh!, ahí viene... ¡Sí! ¡Oh! ¡Ka bum, Sax, ha pasado a tres kilómetros! ¡Pasó como un relámpago delante de la cámara!

—La distancia poco importa.

—¿Qué quieres decir?

—Al menos en el vacío. —Pero esta vez hablaban de algo más que de una roca que pasaba.— ¿Qué hay de la cola de deyecciones del impulsor?

—Lo preguntare... Han pasado, dicen.

—Bien. —Sax cortó la comunicación. Buena previsión por parte de la IA. Unas pocas pasadas más y Deimos estaría por encima de Clarke, y el cable ya no tendría que volver a esquivarla. Mientras tanto, si la IA de navegación se percataba del peligro, como evidentemente ocurría ahora, estarían a salvo.

Sax estaba dividido en ese asunto. Desmond había dicho que le encantaría ver caer el cable otra vez. Pero eran pocos los que coincidían con él. Sax había decidido oponerse a cualquier acción unilateral en ese asunto, puesto que no estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos con respecto a ese vínculo con la Tierra. Sería mejor limitar las acciones unilaterales a aquello sobre lo que no tenía dudas. Se inclinó y plantó otra semilla.

NOVENA PARTE

El impulso del momento

Habitar una nueva tierra es siempre un reto. Tan pronto como se hubo cubierto Nirgal Vallis con material de tienda, Séparation de L'Atmosphere instaló algunos de sus aereadores de mesocosmos más grandes y pronto la tienda estuvo llena de una mezcla de oxígeno, nitrógeno y argón extraída y filtrada del aire ambiente, ahora a 240 milibares. Y los colonos de Cairo y Senzeni Na, y de los dos mundos, empezaron a instalarse allí.

Al principio vivieron en caravanas móviles, junto a los pequeños invernaderos portátiles, y mientras trabajaban los suelos del cañón con bacterias y arados, desarrollaron en los invernaderos los primeros cultivos, y los árboles y el bambú que necesitarían para construir sus casas, y las plantas de desierto que arraigarían fuera de las granjas. Las arcillas esmécticas del fondo del cañón eran una base excelente para conseguir un suelo, aunque tuvieron que añadir biota, nitrógeno, potasio... Había fósforo en abundancia, y más sales de las que necesitaban, como siempre.

Pasaban el tiempo preparando el suelo, enhilando en los invernaderos y plantando halófilas resistentes. Comerciaban a lo ancho y largo del cañón, y los pequeños mercados aldeanos brotaron casi el mismo momento en que se instalaron allí, así como una carretera que recorría el valle por el centro, paralela al arroyo. No había ningún acuífero en la cabecera de Nirgal Vallis, y por eso un acueducto que venía de Marineris suministraba agua suficiente para alimentar un pequeño arroyo. Las aguas se recogían en la Puerta Uzboi y eran canalizadas hacia la cabecera.

Cada patrimonio familiar tenia cerca de media hectárea, donde trataban de cultivar la mayoría de sus alimentos. Casi todos dividieron sus tierras en seis pequeños campos, alternando las cosechas y el pasto cada estación. Todos tenían sus propias teorías sobre cultivo y recuperación del suelo. Muchos producían pequeñas cosechas para intercambiarlas en el mercado, frutos secos, fruta o árboles madereros. Algunos criaban gallinas, ovejas, cabras, cerdos, vacas. Las vacas eran por lo general miniaturas, no mayores que cerdos.

Intentaron concentrar las granjas en la zona cercana al cañón, y conservar las

tierras más alejadas en su estado salvaje. Introdujeron una comunidad de animales del desierto del sudoeste norteamericano, y lagartos, tortugas y liebres empezaron a merodear por las cercanías, y los coyotes, gatos monteses y halcones empezaron a hacer estragos entre las gallinas y las ovejas. Tuvieron una plaga de alimañas y luego otra de sapos. Lentamente, las poblaciones se estabilizaban, alcanzaban el número adecuado, aunque reproducían frecuentes fluctuaciones. Las plantas empezaron a propagarse por su cuenta. Parecía que la vida había pertenecido siempre a esa tierra. Los muros de roca permanecieron intactos, misteriosos y *escarpados sobre el nuevo mundo ribereño.*

Los sábados por la mañana había mercado, y la gente acudía a las aldeas en camionetas abarrotadas. Una mañana, a principios del invierno de 2142, se reunieron en Playa Blanco bajo un cielo cubierto de nubes oscuras para vender verduras frescas, productos lácteos y huevos.

—¿Sabes como identificar los huevos que tienen pollitos vivos dentro? Los metes en un barreño lleno de agua, y esperas a que se queden quietos. Aquellos que tiemblan un poco son los que contienen pollitos. Puedes volver a ponerlos bajo la gallina y comerte el resto.

—¡Un metro cúbico de peróxido de hidrogeno es equivalente a mil doscientos kilovatios-hora! Y además pesa una tonelada y media. Seguro que no necesitas tanto.

—Estamos intentando incluirlo en la escala, pero no hemos tenido suerte aún.

—En el Centro de Educación y Tecnología de Chile han realizado un trabajo muy interesante sobre la rotación de cultivos; no te lo creerás. Ven y mira.

—Se acerca una tormenta.

—Tenemos abejas también.

—Maja es nepalés; Bahram, parsi; Mawrth es gales. Si, suena como un balbuceo, pero seguramente no lo pronuncio bien. La lengua galesa es muy extraña. Probablemente lo pronuncian Moth, o Mart, Marte.

Entonces corrió la voz por el mercado, saltando de un grupo a otro como el fuego.

—¡Nirgal! ¡Ha venido Nirgal! Hablará en el pabellón.

Y allí llego, caminando deprisa a la cabeza de una muchedumbre saludando a viejos amigos y estrechando la mano de la gente que se le acercaban. Todo el mercado lo siguió, y se apiñaron en el pabellón y la pista de voleibol, en el extremo occidental del mercado.

Nirgal se subió a un banco. Habló del valle, y de las otras nuevas tierras cubiertas de Marte, y sobre lo que eso significaba. Pero cuando estaba llegando a la situación general de los dos mundos, la tormenta rompió con violencia sobre ellos. Las centellas afluían a los pararrayos, y en rápida sucesión vieron lluvia, nieve, aguanieve y finalmente barro.

La tienda que cubría el valle era tan empinada como el tejado de la iglesia, y el polvo y la arena eran repelidos por la carga estática de la capa exterior, piezoeléctrica; la lluvia y la nieve resbalaban, y ésta se amontonaba contra la base, formando ventisqueros que eran removidos por los enormes ingenios robóticos provistos de largos fuelles que durante las tormentas de nieve recorrían

incesantemente el muro. Pero el barro era un problema. Al mezclarse con la nieve formaba unas frías placas duras como el hormigón sobre la porción de tienda más baja, y podía acumular la suficiente para hundir la tienda; ya había ocurrido una vez en el norte.

Por eso, cuando la tormenta arreció y la luz del cañón adquirió el color de una rama, Nirgal dijo: «Será mejor que subamos». Todos se apretujaron en los camiones y se dirigieron al ascensor más cercano y luego subieron por la pared del cañón hasta el borde. Una vez arriba, aquellos que sabían manejarlas se pusieron al volante de las quitanieves. Los grandes fuelles derramaron vapor sobre los ventisqueros para despejar la tienda. El resto de los voluntarios, con unas carretillas de vapor, trasladaron los montones de barro. Y ahí intervino Nirgal, corriendo de un lado a otro con una manga de vapor como si participara en un nuevo y esforzado juego. Nadie podía seguir su ritmo, pero pronto todos estuvieron hasta la cintura en un barro frío, con vientos superiores a los 150 kilómetros por hora, y con unas nubes bajas, densas y negras que seguían escupiendo más barro sobre ellos. Los vientos alcanzaron los 180 kilómetros por hora, pero nadie dejo de ayudar a retirar el barro de la tienda. Hicieron otro barrido, moviéndose hacia el este con el viento, arrojando ríos de barro al Uzboi Vallis, aún no cubierto.

Cuando la tormenta pasó, la tienda estaba bastante limpia, pero la tierra a ambos lados de Nirgal Vallis se encontraba cubierta de una gruesa capa de barro helado, y los voluntarios estaban calados hasta los huesos. Se amontonaron en los ascensores y bajaron al piso del cañón, exhaustos y ateridos, y cuando salieron se miraron los unos a los otros, figuras completamente negras a excepción de los visores. Nirgal se quitó el casco y se echó a reír a carcajadas, inconteniblemente, y entonces tomó un poco de barro de su casco y lo arrojó a los otros, y empezó la batalla. Muchos consideraron prudente no quitarse el casco, y fue un espectáculo extraño el que se desarrolló en el suelo oscuro de aquel cañón: ciegas figuras fangosas arrojándose pelotas de barro, corriendo hacia el arroyo, resbalando mientras luchaban y se sumergían.

Maya Katarina Toitovna se despertó de un humor de perros, turbada por un sueño que olvidó deliberadamente al salir de la cama, como cuando se tira de la cadena después de la primera visita al retrete. Los sueños eran peligrosos. Se vistió de espaldas al pequeño espejo sobre el lavamanos y luego bajó a los comedores comunes. Toda Sabishii se había construido de acuerdo con el particular estilo marciano/japonés, y el vecindario de Maya parecía un jardín zen, musgo y pinos que aparecían aquí y allá entre piedras pulidas de color rosa. El conjunto tenía una belleza sobria que Maya encontraba desagradable, una especie de reproche a sus arrugas. Lo ignoró lo mejor que pudo y se concentró en el desayuno. El mortal aburrimiento de las necesidades diarias. Sentados a otra mesa, Vlad, Ursula y Marina comían con un grupo de issei de Sabishii. Los sabishianos llevaban la cabeza afeitada, y vestidos con los monos de trabajo parecían monjes zen. Uno de ellos encendió una diminuta pantalla sobre la mesa. Un programa de noticias terrano, una producción metanacional de Moscú que guardaba la misma relación con la realidad que *Pravda* en otro tiempo. Algunas cosas nunca cambiaban. Ésta era la emisión en inglés, y el de la locutora era mucho mejor que el suyo, aún después de todos esos años. «Les ofrecemos las últimas noticias en este cinco de agosto de dos mil ciento catorce.»

Maya se puso rígida en la silla. En Sabishii estaban en Ls 246, muy cerca del perihelio, el cuarto día de noviembre 2. Los días eran cortos en ese año marciano 44. Maya no tenia ni idea de cuál era la fecha terrana, hacía años que no lo sabia. Pero allá en la Tierra era el día de su cumpleaños. Su... tuvo que calcularlo... su 130 aniversario.

Sintiéndose enferma, frunció el ceño y dejó caer el bagel a medio comer en el plato, y lo miro. Los pensamientos atravesaban su cerebro como pájaros en desbandada; era incapaz de seguirlos, tenia la mente en blanco. ¿Qué significaba aquello, esa horrible edad antinatural? ¿Por qué habían tenido que encender la pantalla justo en ese momento?

No termino la medialuna de pan, que de pronto adquirió un aspecto ominoso, y salió a la mañana otoñal. Bajo por el encantador bulevar principal del barrio antiguo de Sabishii, verde en el césped, rojo en los arces de fuego de copas anchas; uno de estos ocultaba parcialmente el sol bajo y resplandecía de escarlata. Al otro lado de la plaza que había delante de los dormitorios vio a Yeli Zudov jugando a los bolos con una niña pequeña, quizá la tataranieta de Mary Dunkel. Ahora muchos de los Primeros Cien vivían en Sabishii, que les servia como una especie de demimonde; intervenían en la economía local y residían en el barrio antiguo, con identidades falsas y pasaportes suizos, lo que les permitía estar en la superficie. Todo muy sólido, y además sin necesidad de la cirugía estética que tanto había alterado a Sax, porque la edad se había ocupado de hacerlos irreconocibles. Maya podía pasear por las calles de Sabishii y la gente solo vería una vieja arpía entre muchas otras. Si los oficiales de la Autoridad Transitoria la detenían, identificarían a una tal Ludmilla Novosibirskaya. Pero lo cierto era que no la detendrían.

Paseo por la ciudad, tratando de escapar de si misma. Desde el extremo norte

de la tienda se veía, fuera de la ciudad, el macizo de la roca extraída del agujero de transición de Sabishii. Formaba una colina larga y sinuosa que subía y se perdía en el horizonte a través de las altas cuencas de *krummholz* de Tyrrhena. habían depositado la roca de manera que vista desde el cielo ofreciera la imagen de un dragón que tenia las tiendas de la ciudad entre sus garras. Una hendidura en sombras que cruzaba la colina marcaba el punto donde una garra nacía en la piel escamosa de la criatura. El sol de la mañana brillaba como el ojo de plata del dragón, que volvía la mirada hacia la ciudad por encima del hombro.

Su ordenador de muñeca emitió un pitido y atendió la llamada con irritación. Era Marina.

—Saxifrage está aquí —dijo—. Nos encontraremos en el jardín de piedra occidental dentro de una hora.

—Allí estaré —dijo Maya, y cortó la conexión.

Menudo día le esperaba. Vagó hacia el oeste por el borde de la ciudad, distraída y deprimida. Ciento treinta años. Se sabia que había abjasianos en Georgia, o en el Mar Negro, que habían alcanzado una alta edad sin el tratamiento. Seguramente seguían pasando sin él, el tratamiento gerontológico sólo se había distribuido en la Tierra, según las isóbaras del dinero y el poder, y los abjasianos siempre habían sido pobres. Felices, pero pobres. Trato de recordar cómo era Georgia, en la región del Caucaso donde se encuentra con el Mar Negro. La ciudad se llamaba Sukhumi. Seguramente la había visitado en su juventud, porque su padre era georgiano. Pero no consiguió evocar ni una sola imagen, ni un solo fragmento. En verdad, apenas recordaba nada de su vida en la Tierra: Moscú, Baikonur, la vista desde la *Novy Mir*, nada en absoluto. El rostro de su madre al otro lado de la mesa, riendo sobriamente mientras planchaba o cocinaba. Maya sabía que eso había ocurrido porque repetía las palabras surgidas de la memoria de cuando en cuando, cuando se sentía triste. Pero las imágenes de verdad... Su madre había muerto sólo diez años antes de que el tratamiento estuviese disponible. Ahora tendría ciento cincuenta años, una edad no tan disparatada; el record actual estaba en los ciento setenta y seguiría subiendo. Aparte de los accidentes y enfermedades poco comunes, y de algún ocasional error médico, nada mataba a los que habían recibido el tratamiento, salvo el asesinato; y el suicidio.

Llegó a los jardines de roca de occidente sin haber visto ninguna de las hermosas y estrechas calles de la parte vieja de Sabishii. Por eso los viejos acababan por olvidar los sucesos recientes, porque ni siquiera los advertían. Una memoria perdida antes de haber existido, porque uno estaba absorto en el pasado.

Vlad, Ursula, Marina y Sax estaban sentados en un banco del parque, enfrente de los habitats originales de Sabishii, que todavía se usaban, al menos los gansos y los patos. El estanque, el puente y las riberas de rocalla y bambú parecían salidos de un viejo grabado en madera o de una pintura sobre seda. Más allá del muro de la tienda la gran nube térmica del agujero de transición se elevaba más blanca y espesa que nunca a medida que el pozo se hacía más profundo y la atmósfera más húmeda.

Se sentó en un banco frente a sus viejos compañeros y les miro duramente. Vejestorios y brujas arrugados y manchados. Casi parecían extranjeros,

desconocidos. Ah, pero ahí estaba la mirada provocativa de Marina, y la pequeña sonrisa de Vlad, extraña en la cara de un hombre que había vivido con dos mujeres, aparentemente en armonía y desde luego en una completa y aislada intimidad, durante ochenta años. Aunque se rumoreaba que Marina y Ursula eran una pareja de lesbianas y Vlad una especie de compañero o mascota. Pero nadie podía asegurarlo. Ursula también parecía feliz, como siempre. La tía favorita de todo el mundo. Sí, concentrándose uno podía verlos. Solo Sax tenía un aspecto totalmente distinto, un hombre apuesto con una nariz rota que todavía no le habían enderezado. Destacaba en medio de su atractiva nueva cara como una acusación contra ella como si hubiese sido Maya quien le había hecho aquello, y no Phyllis. Sax no se dignó mirarla; siguió observando mansamente los patos que picoteaban a sus pies, como si los estudiase un científico en acción. Salvo que él era un científico loco ahora, que echaba a perder todos los planes de ellos, ajeno por completo a cualquier discurso racional.

Maya apretó los labios y miró a Vlad.

—Subarashii y Amexx están aumentando los efectivos de las tropas de la Autoridad Transitoria —dijo éste—. Recibimos un mensaje de Hiroko. Han convertido la unidad que atacó Zigoto en una especie de fuerza expedicionaria, y ahora se están moviendo hacia el sur, entre Argyre y Hellas. Parece que desconocen la situación de la mayoría de los refugios ocultos, pero comprueban los puntos calientes uno por uno, y entraron en Christianopolis y la convirtieron en su centro de operaciones. Son unos quinientos, armados hasta los dientes y protegidos desde la órbita. Hiroko dice que a duras penas ha conseguido evitar que Coyote, Harmakhis y Kasei y la guerrilla de Marteprimero los ataquen. Los radicales están determinados a atacar sí la unidad localiza algún otro refugio.

Ésos son los jóvenes alocados de Zigoto, pensó Maya con amargura. Les habían dado una pésima educación, a los ectógenos y a toda la generación sansei, casi en los cuarenta ahora, y ansiosos de pelea. Peter y Kasei y el resto de los nisei rondaban los setenta, y en el curso de una vida ordinaria ya se habrían convertido en los líderes del mundo. Sin embargo, ahí estaban, a la sombra de unos padres que no morían. ¿Como debían sentirse? ¿A qué los moverían esos sentimientos? Tal vez algunos imaginaban que otra revolución les daría la oportunidad que necesitaban. Quizá la única oportunidad. La revolución era el dominio de los jóvenes, después de todo.

Los viejos permanecieron sentados, mirando los patos en silencio. Un grupo sombrío y desalentado.

—¿Qué les ocurrió a los cristianos? —preguntó Maya.

—Algunos fueron a Hiranyagarbha. Los demás se quedaron.

Las fuerzas de la Autoridad Transitoria se apoderaran de las tierras del sur, quizá significaba que la resistencia se había infiltrado en las ciudades, pero ¿con qué propósito? Diseminados no conseguirían conmover el orden de los dos mundos, basado como estaba en la Tierra. De pronto Maya tuvo la sensación de que todo el proyecto de independencia no era mas que un sueño, una fantasía consoladora para los decrépitos sobrevivientes de una causa perdida.

—Ya saben por qué se ha producido esta escalada —dijo, echándole una mirada fulminante a Sax—. Por culpa de esos grandes sabotajes.

Sax no dio muestras de haberla oído.

—Fue una lástima que no consiguiésemos fijar un plan de acción en Dorsa Brevia —se lamentó Vlad.

—Dorsa Brevia —gruñó Maya despectivamente.

—Era una buena idea —dijo Marina.

—Quizá lo era. Pero sin un plan de acción aceptado por todos, la cuestión constitucional sólo fue... —Maya sacudió una mano.— Construir castillos de arena. Un juego.

—La idea era que cada grupo haría lo que considerase más conveniente —dijo Vlad.

—Ésa fue la idea del sesenta y uno —señaló Maya—. Y ahora, si Coyote y los radicales desencadenan una guerra de guerrillas, tendremos un nuevo sesenta y uno.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —le preguntó Ursula intrigada.

—¡Deberíamos hacernos cargo del asunto! *Nosotros* elaboramos el plan, *nosotros* decidimos qué hacer, y lo propagamos por toda la resistencia. Si no asumimos la responsabilidad, lo que ocurra será culpa nuestra.

—Eso es lo que Arkadi trató de hacer —apuntó Vlad.

—¡Al menos Arkadi lo intentó! ¡Deberíamos tener en cuenta los puntos positivos de su trabajo! —Rió brevemente.— Nunca pensé que me oiría decir esto. Pero tenemos que colaborar con los bogdanovistas y con todos aquellos que deseen unirse a la causa. ¡Tenemos que hacernos cargo! Somos los Primeros Cien, los únicos con autoridad para hacerlo. Los sabishianos nos ayudarán, y los bogdanovistas accederán.

—También necesitamos a Praxis. —dijo Vlad—. A Praxis y a los suizos. Tiene que ser un golpe más que una guerra general.

—Praxis quiere ayudar —dijo Marina—, pero ¿qué hay de los radicales?

—Tenemos que coaccionarlos —dijo Maya—. Cortarles los suministros, detener a sus miembros...

—Eso llevaría a una guerra civil —objetó Ursula.

—¡Pues hay que detenerlos de algún modo! Si empiezan un revuelta demasiado pronto y las metanacionales caen sobre nosotros, será nuestro fin. Todos esos ataques desordenados tiene que acabar. No consiguen nada, y hacen que se refuerce la seguridad y que todo sea aún más difícil para nosotros. Cosas como sacar a Deimos de su órbita sólo consiguen hacerlos más conscientes de nuestra presencia.

Sin dejar de mirar los patos, Sax habló con su extraña cadencia musical:

—Hay ciento catorce naves de tránsito Tierra-Marte. Cuarenta y siete objetos en óbito marciano... en órbita marciana. El nuevo Clarke es una estación espacial perfectamente defendida. Deimos llevaba camino de convertirse en lo mismo. Una base militar. Una plataforma de ataque.

—Era un luna vacía —dijo Maya—. En cuanto a los vehículos en órbita, tendremos que ocuparnos de ellos a su debido tiempo.

De nuevo Sax no pareció notar que ella había hablado. Seguía mirando los

malditos patos, parpadeando, mirando de cuando en cuando a Marina.

—Tiene que ser una decapitación —dijo Marina—, como Nadia, Nirgal y Art dijeron en Dorsa Brevia.

—Habrá que ver si encontramos el cuello —señaló Vlad secamente. Cada vez más furiosa con Sax, Maya dijo:

—Cada uno de nosotros tiene que hacerse cargo de una de las ciudades importantes y organizar a la población en una resistencia unificada. Quiero regresar a Hellas.

—Nadia y Art están en Fosa Sur —dijo Marina—. Pero necesitaremos a todos los Primeros Cien para que esto funcione.

—Los primeros treinta y nueve —precisó Sax.

—Necesitamos a Hiroko —dijo Vlad—, y que Hiroko le meta un poco de sentido común a Coyote.

—No hay nadie que pueda hacer eso —dijo Marina—. Pero es verdad que necesitamos a Hiroko. Iré a Dorsa Brevia y hablare con ella, y trataremos de controlar el sur.

—¿Sax? —dijo Vlad.

Sax salió bruscamente de su ensimismamiento y miro a Vlad parpadeando. Tampoco ahora dedicó una mirada a Maya, a pesar de que estaban discutiendo un plan propuesto por ella.

—Gestión integral de plagas. —dijo—. Siembras plantas resistentes entre las malas hierbas. Y entonces las plantas resistentes acaban con las malas hierbas. Tomare Borroughs.

Furiosa por el desprecio de Sax, Maya se puso de pie y rodeó el pequeño estanque. Se detuvo en la orilla opuesta y aferró la barandilla junto al estanque con ambas manos. Miró con resentimiento al grupo al otro lado del agua, sentados en los bancos como pensionistas, charlando sobre la comida y el tiempo y los patos y la última partida de ajedrez.

¡Maldito Sax, maldito! ¿Es que iba a reprocharle lo ocurrido con Phyllis,

esa mujer despreciable, por toda la eternidad?

De pronto escuchó sus voces, lejanas pero claras. Detrás del sendero había una pared curva de cerámica que rodeaba casi por completo el estanque y actuaba como una especie de galería de ecos; Maya oía las palabras una fracción de segundo después de que fuesen articuladas por los menudos movimientos de sus bocas.

—Fue una tragedia que Arkadi no sobreviviese —dijo Vlad—. Los bogdanovistas hubiesen cedido más fácilmente.

—Sí —dijo Ursula—. Él y John. Y Frank.

—Frank —dijo Marina con desdén—. Si no hubiese asesinado a John, nada de esto habría sucedido.

Maya parpadeó. La barandilla le permitió mantenerse derecha.

—*¿Qué...?* —gritó sin detenerse a pensar.

Al otro lado del estanque, las pequeñas figuras se sobresaltaron y la miraron. Ella se separó de la barandilla, primero una mano, luego la otra, y rodeó el estanque casi corriendo, tropezando en dos ocasiones.

—¿Qué quieres decir? —le gritó a Marina mientras se acercaba a ellos, las palabras saliendo de su boca con vehemencia.

Vlad y Ursula la detuvieron a unos pasos de los bancos. Marina permaneció sentada, y miró a otro lado con resentimiento. Vlad había extendido los brazos para sujetar a Maya, y ésta los dio un manotazo y se plantó delante de Marina.

—¿Qué pretendes con esas sucias mentiras? —gritó; la voz le dolía en la garganta—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Fueron árabes quienes mataron a John, todo el mundo lo sabe!

Marina hizo una mueca y sacudió la cabeza, mirando al suelo.

—¿Bien? —gritó Maya.

—Era una manera de hablar. —dijo Vlad detrás de ella—. Frank hizo mucho para minar la autoridad de John durante esos años, y sabes que es verdad. Algunos dicen que fue el quien incitó a la comunidad musulmana contra John, eso es todo.

—¡Bah! —dijo Maya—. ¡Todos hemos discutido entre nosotros, no significa nada!

Entonces noto que Sax la miraba directamente, ahora que estaba furiosa, mirándola con una extraña expresión, fría e imposible de analizar,

¿de acusación, de venganza, de que? Maya se dio la vuelta, y huyó.

Se encontró delante de la puerta de su habitación sin que recordase haber cruzado Sabishii, y se arrojó al interior como si se arrojase a los brazos de su madre. Pero una vez dentro de la austera y hermosa habitación de madera se detuvo en seco a unos pasos de la cama, perturbada por el recuerdo de otra habitación que había dejado de ser el útero materno para atraparla, en otro momento de sorpresa y miedo... ninguna respuesta, ninguna distracción, ninguna escapatoria... Vio su rostro encima del pequeño lavamanos como si fuese un retrato enmarcado: macilenta, vieja, los bordes de los ojos enrojecidos, como los ojos de un lagarto. Una imagen nauseabunda. Eso era: la vez que ella había visto al polizón en el *Ares,* la cara vista a través de una tinaja de algas. Coyote: una conmoción por algo que había resultado ser realidad, no alucinación.

Y lo mismo podía ocurrir también con esas noticias sobre John y Frank.

Intentó recordar. Intentó con todas sus fuerzas evocar a Frank Chalmers, recordarlo de veras. Había hablado con él esa noche en Nicosia, en un encuentro en el que destacaron la torpeza y la tensión. Frank como siempre en el papel del agraviado y rechazado. Estaban juntos cuando dejaron a John inconsciente y lo arrastraron a la granja para que muriese. Frank no podía haber...

Sin embargo, estaban los sicarios. Siempre se podía pagar a alguien para que actuase por uno. No era que a los árabes les interesase el dinero. Pero el honor, el orgullo... pagados con honor, o con algún *quid pro quo* político, la clase de moneda que Frank acuñaba con tanta maestría...

Pero recordaba tan poco de esos años, tan pocos *detalles.* Cuando se concentraba y se forzaba a recordar, era aterrador lo poco que conseguía. Fragmentos, momentos, trozos de toda una civilización pasada. Una vez se había enfadado tanto que había destrozado una taza de café sobre la mesa, el asa rota había quedado como restos de comida sobre la mesa.

¿Pero dónde había ocurrido, y cuando, y con quién? ¡No lo sabía!

—¡Aah! —gritó involuntariamente, y el ojeroso rostro antediluviano del espejo de pronto la sorprendió con su patético sufrimiento de reptil. Era tan fea. Y una vez ella había sido hermosa y, orgullosa de serlo, lo había utilizado como un escalpelo. Ahora el cabello, antes de un blanco inmaculado, tenía un gris mortecino; había cambiado después del último tratamiento. Y empezaba a ralear, ¡oh, Dios!, en algunos sitios. Repugnante. Había sido bella, hacía mucho tiempo. Ese rostro regio de halcón... y ahora... Como si la baronesa Blixen, también ella de una belleza poco común en su juventud, se hubiese convertido en la sifilítica bruja Isak Dinesen y hubiese sobrevivido durante siglos, como un vampiro o un zombi: el cadáver estragado de un lagarto vivo, ciento treinta años, cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...

Se plantó delante del lavamanos y con un movimiento brusco hizo girar el espejo sobre sus goznes, dejando al descubierto un atestado botiquín. Las tijeras de manicura estaban en el estante superior. En algún lugar de Marte fabricaban tijeras de manicura, de magnesio, naturalmente. Tiró de un mechón de pelo hasta que le dolió y cortó a ras del cuero cabelludo con las tijeras. Las cuchillas no estaban afiladas, pero si tiraba con fuerza servían. Tenía que ir con cuidado para no cortarse, un pequeño vestigio de su vanidad no lo consentiría. Por eso fue una tarea larga, esmerada y dolorosa. Pero en cierto modo la consolaba estar tan concentrada en aquello, ser tan metódica, tan destructiva.

El corte inicial había sido un trasquilón y tuvo que perder mucho tiempo recortando para igualar. Una hora. Pero no conseguía cortar el pelo a la misma medida, y al fin sacó la navaja del armario y acabó por afeitarse la cabeza. Se secó los cortes, que sangraban profusamente, con papel higiénico, ignorando las viejas cicatrices que habían quedado al descubierto y los feos bultos en su cráneo desnudo.

Cuando termino, observo su aspecto en el espejo; andrógino, marchito, demente. El águila se convirtió en buitre; cabeza rapada, cuello curvo, ojos redondos, pequeños y brillantes, nariz ganchuda y una pequeña boca descendente sin labios. Miró largamente ese rostro espantoso, y hubo momentos en los que no pudo recordar nada sobre Maya Toitovna. Estaba atrapada en el presente, extraña a todo.

Un golpe en la puerta la sobresaltó y la liberó del hechizo. Vaciló, de pronto avergonzada, casi asustada. Una parte de ella graznó:

—Adelante.

La puerta se abrió. Era Michel. La vio y se detuvo en el umbral.

—¿Y bien? —inquirió ella, mirándolo y sintiéndose desnuda. Michel tragó con dificultad y ladeó la cabeza.

—Hermosa como siempre —dijo, con una sonrisa torcida. Ella tuvo que

reírse. Después se sentó en la cama y sollozó.

—A veces —dijo luego, secándose los ojos—, desearía dejar de ser Maya Toitovna. Estoy tan cansada de mí y de mis acciones. Michel se sentó junto a ella.

—Estamos encerrados en nosotros mismos hasta el final. Es el precio que pagamos por pensar. ¿Pero qué preferirías ser, un convicto o un idiota?

Maya sacudió la cabeza.

—Estaba en el parque con Vlad, Ursula, Marina y Sax, que por cierto me odia, y los miraba... Tenemos que hacer algo; pero al mirarlos y al recordar, al intentar recordar, de pronto pensé que éramos personas muy dañadas.

—Han ocurrido muchas cosas —dijo Michel, y le acarició la mano.

—¿Tienes problemas para recordar? —preguntó Maya temblando, y aferró la mano de Michel como si fuese un salvavidas—. A veces tengo tanto miedo de olvidarlo todo. —Rió entre sollozos.— Supongo que eso significa que preferiría ser convicto antes que idiota. Si olvidas, te liberas del pasado, pero entonces nada tiene sentido. Así que no hay escapatoria —empezó a llorar otra vez—, recuerdes u olvides, duele lo mismo.

—Los problemas de memoria son bastante comunes a nuestra edad —dijo Michel gentilmente—. Sobre todo los sucesos a distancia media, por decirlo así. Hay ejercicios que ayudan.

—No es un músculo.

—Lo sé. Pero la capacidad de recordar parece reforzarse con el uso. Y el acto de recordar refuerza los recuerdos. Si te paras a pensarlo, tiene sentido. Sinapsis físicamente reforzadas o reemplazadas, ese tipo de cosas.

—Pero ¿y si no puedes enfrentarte a los recuerdos?... Oh, Michel — Maya aspiro temblorosa una gran bocanada de aire.— Ellos dicen... Marina dijo que Frank había matado a John. Se lo dijo a los otros cuando creyó que yo no los oía, ¡y lo dijo como si fuese algo que todos sabían! —Le aferró el hombro y lo apretó como si fuese a arrancarle la verdad con las uñas.— ¡Dime la verdad, Michel! ¿Es cierto? ¿Es eso lo que todos creen que ocurrió?

Michel negó con la cabeza.

—Nadie sabe lo que ocurrió.

—¡Yo estaba allí! ¡Estaba en Nicosia esa noche, y ellos no! ¡Yo estaba con Frank cuando ocurrió! ¡Él no sabía nada, lo juro!

Michel miró de reojo, indeciso, y ella exclamó:

—¡No pongas esa cara!

—No, Maya, no. Es que estoy tratando de recordar todos los rumores que he oído. Han circulado muchos sobre lo que ocurrió esa noche. Es cierto, algunos dicen que Frank estuvo involucrado o relacionado con los saudíes que mataron a John. Dicen que se encontró con el que murió al día siguiente y otras cosas.

Maya rompió a sollozar con fuerza. Se dobló sobre el estómago y apoyó la cara en el hombro de Michel, las costillas sacudiéndose espasmódicamente.

—No puedo soportarlo. Si no sé lo que ocurrió, ¿cómo puedo recordarlo? ¿Cómo puedo pensar en ellos?

Michel la abrazó, tratando de tranquilizarla. Le masajeó los músculos de la espalda una y otra vez.

—Ah, Maya.

Después de un largo rato, ella se levantó y se lavó la cara con agua fría, evitando mirar el espejo. Regresó a la cama y se sentó, la imagen misma del desaliento, rezumando oscuridad.

Michel le tomó la mano otra vez.

—Me pregunto si no te ayudaría saber. O al menos saber tanto como puedas. Investigar, ya sabes. Leer sobre Frank y John. Hay libros sobre ellos. Y preguntar a otros que estaban en Nicosia, sobre todo a los árabes que vieron a Selim el-Hayil antes de que muriese. Te daría una especie de control, pienso. No sería recordar exactamente, pero tampoco seria olvidar. Ésas son las dos únicas alternativas, por extraño que parezca. Tenemos que asumir nuestro pasado, ¿comprendes? Tenemos que hacerlo parte de lo que somos ahora, mediante un acto de imaginación. Es una labor creativa, activa. No es un proceso simple. Pero te conozco, siempre te sientes mejor cuando estás activa, cuando tienes un poco de control sobre las cosas.

—No sé si podré —dijo ella—. No puedo soportar no saber, pero tengo miedo de saber. No quiero saber. Sobre todo si es cierto.

—Inténtalo y a ver como te sientes —sugirió Michel—. Puesto que ambas alternativas son dolorosas, quizá prefieras la acción.

—Bien. —Sorbió con la nariz y su mirada atravesó la habitación. Desde el fondo del espejo una resuelta asesina la observaba.— Dios mío, soy *tan* fea —dijo, y la sensación de náusea fue tan intensa que temió vomitar.

Michel se puso de pie y fue hasta el espejo.

—Existe un síndrome llamado desorden dismórfico del cuerpo —dijo—

. Está relacionado con los trastornos obsesivo-compulsivos, y con la depresión. Hace tiempo que vengo advirtiendo en ti síntomas de ese trastorno.

—Es mi cumpleaños.

—Ah. Bien, es un problema tratable.

—¿Los cumpleaños?

—El desorden dismórfico del cuerpo.

—No pienso tomar drogas.

Michel cubrió el espejo con una toalla y se volvió y la miró.

—¿Qué quieres decir? Puede ser sencillamente una falta de serotonina. Una insuficiencia química. No hay nada de qué avergonzarse. Todos tomamos drogas. La clomipramina es muy útil para este problema.

—Lo pensaré.

—Y nada de espejos.

—¡No soy una niña! —refunfuñó Maya—. ¡Sé qué aspecto tengo! —Se levantó de un salto y arrancó la toalla del espejo. Un buitre, un reptil insano, un pterodáctilo, feroz... en cierto modo era impresionante.

Michel se encogió de hombros. Tenía una pequeña sonrisa en la cara, y ella tuvo deseos de borrársela de un puñetazo o de un beso. A él le gustaban los lagartos.

Sacudió la cabeza.

—En fin. Elige la acción, dices. —Meditó—. Ciertamente prefiero la acción en la situación en la que nos encontramos. —Compartió con él las noticias del sur, y lo que les había propuesto a los otros—. Me ponen tan furiosa. Están esperando que vuelva a producirse el desastre. Todos menos Sax, y es un cañón descontrolado con todos esos sabotajes, sin consultar a nadie más que a esos idiotas... ¡Tenemos que hacer algo *coordinarlo*!

—Bien —dijo él enfáticamente—. Estoy de acuerdo. Lo necesitamos. Ella lo miró.

—¿Vendrás a Hellas conmigo?

Y él sonrió, una sonrisa espontánea de placer. ¡Estaba encantado de que ella se lo pidiera! Esa sonrisa le traspasó el corazón.

—Sí —contestó él—. Tengo algunos asuntos pendientes, pero puedo resolverlos deprisa. Sólo necesito unas pocas semanas.

Y volvió a sonreír. Michel la amaba, era evidente; no sólo como terapeuta, sino como hombre. Pero con un cierto aislamiento, propio de él, del terapeuta. De modo que ella pudiera respirar. Ser amada y poder respirar. Seguir teniendo un amigo.

—Así que todavía puedes soportar estar conmigo, aun con esta apariencia.

—Oh, Maya. —Michel rió.— Sí, sigues siendo hermosa, si quieres saberlo. Y desde luego quieres saberlo, gracias a Dios. —La abrazo, y luego la alejó un poco y la estudió.— Es algo austero, pero está bien.

Ella lo empujó.

—Y nadie me reconocerá.

—Nadie que no te conozca. —Se puso de pie.— Vamos, ¿tienes hambre?

—Sí. Deja que me cambie de ropa.

Michel se sentó en la cama y la miró mientras ella se cambiaba,

empapándose de ella. El cuerpo de Maya era sorprendente, indudablemente femenino incluso a esa ridícula edad póstuma. Ella podía acercarse y aplastarle un pecho en la cara y él mamaría como un chiquillo. En vez de eso, Maya se vistió, sintiendo que su estado de ánimo rozaba el fondo e iniciaba la ascensión; el mejor momento de la curva sinusoidal, como el solsticio de invierno para los hombres del paleolítico, el momento de alivio en que sabes que el sol volverá, algún día.

—Esto es bueno —dijo Michel—. Necesitamos que lleves la delantera de nuevo, Maya. Tienes la autoridad para hacerlo, la autoridad natural. Y es bueno que repartas el trabajo y te concentres en Hellas. Un buen plan. Pero, ya sabes, se necesitará algo más que la ira.

Maya se pasó un jersey por la cabeza (sentía una sensación rara, con la cabeza desnuda), y luego lo miró, sorprendida. Él levantó un dedo amonestador.

—Tu ira será útil, pero no puede serlo todo. Frank no era más que ira, ¿recuerdas? Y ya ves a dónde lo llevó. Tienes que luchar no solo contra lo que odias, sino también por aquello que amas, ¿comprendes? Por eso tienes que averiguar qué es lo que amas. Tienes que recordarlo, o crearlo.

—Si, si —dijo Maya, de pronto irritada—. Te quiero a ti, pero cállate —alzó la barbilla con gesto imperioso.— Vayamos a comer.

El tren que salía de Sabishii y circulaba por la pista Burroughs-Hellas no era muy largo: una pequeña locomotora y tres vagones de pasajeros, todos medio vacíos. Maya recorrió todo el tren y se sentó en un asiento al fondo del último vagón. La gente la miró, pero sólo brevemente. A nadie parecía chocarle su falta de pelo. Al fin y al cabo, había muchas mujeres buitre en Marte, algunas en ese mismo vagón. Vestían también monos de trabajo de color cobalto, orín o verde claro, viejas devastadas por los rayos ultravioleta. Un cliché: los viejos veteranos de Marte, que estaban allí desde el principio, que lo habían visto todo, siempre dispuestos a aburrirte hasta las lágrimas con cuentos de tormentas de polvo y puertas de antecámara atascadas.

Bien, mejor así. No habría sido conveniente que la gente anduviera dándose codazos y exclamando: «¡Ésa es Toitovna!». Sin embargo, al sentarse no pudo evitar sentirse fea y olvidada. Una estupidez, porque en verdad necesitaba que la olvidasen. Y la fealdad que le disgustaba contribuía a que así fuera: el mundo quiere olvidar la fealdad.

Se hundió en el asiento y miró alrededor. Al parecer un contingente de turistas japoneses terranos había visitado Sabishii. Estaban sentados delante, charlando y mirando a todas partes con sus videogafas, grabando cada minuto de la película de sus vidas que nadie vería jamás.

El tren se puso en marcha suavemente. Sabishii aún era una pequeña ciudad tienda en las colinas, pero la tierra ondulada que se extendía entre ella y la pista principal estaba tachonada de pináculos labrados y pequeños refugios. Las pendientes que subían al norte estaban cubiertas por la nieve de las primeras tormentas del otoño, y el sol rebotaba con relámpagos enceguecedores en los espejos de hielo cuando los viajeros pasaban junto los estanques congelados. Los oscuros arbustos achaparrados descendían de los ancestros de Hokkaido y le daban al paisaje un aspecto verdinegro. Eran jardines bonsai, islas en un áspero mar de roca quebrada.

Naturalmente, a los turistas japoneses el paisaje les pareció mejor. Aunque probablemente eran de Burroughs, nuevos emigrantes que habían ido a visitar el primer asentamiento japonés en Marte, como si hiciesen un viaje de Tokio a Kyoto. O quizás eran nativos y nunca habían visto el Japón. Lo sabría en cuanto los viese andar.

La pista corría al norte del Cráter Jarry-Desloges, que desde el exterior parecía una gran mesa redonda. Las pendientes eran un amplio abanico de escombros cubiertos de nieve, salpicados de árboles y de abigarrados tapices de

líquenes, flores alpinas y brezo, cada especie con su particular sello de color, y todo el campo sembrado de bloques erráticos que habían vuelto a caer del cielo cuando el cráter se formó. Un campo de piedra roja inundado desde abajo por una marea irisada.

Maya contempló la colina de colores intensos, casi aturdida. Nieve, liquen, brezo, pino: sabía que el mundo había cambiado mientras ella vivía oculta bajo el casquete polar. Sabía que ese mundo había sido diferente: Maya había vivido en un mundo rocoso y había experimentado los intensos acontecimientos de aquellos años, su corazón aplastado bajo su impacto hasta convertirse en estisovita. Pero le costaba tanto conectar con todo aquello. Los pocos recuerdos que tenía no despertaban en ella ninguna sensación. Se recostó en el asiento y cerró los ojos, y trató de relajarse, de dejar que lo que tuviese que venir a ella viniese.

No era un recuerdo específico sobre un suceso concreto, sino más bien una suerte de composición: Frank Chalmers denunciando o burlándose o tronando furiosamente. Michel tenía razón, Frank había sido un hombre airado. Pero no había sido solo eso. Ella más que nadie lo sabía: lo había visto en paz, o al menos feliz. O algo parecido. Temeroso de ella, solícito con ella, enamorado de ella. Maya había visto todo eso. Y también gritándole furiosamente por alguna pequeña traición, o por nada. Ciertamente había visto todo eso. Porque él la había amado.

Pero, ¿cómo había sido Frank en realidad? O mejor, ¿por qué fue de esa manera? ¿Había algo que explicase por qué eran así? Sabía tan poco de la vida de Frank antes de que se conocieran: una vida entera en Estados Unidos, una existencia que ella no había visto. El hombre corpulento y oscuro que había conocido en la Antártida... incluso esa persona se había perdido para ella, sepultada por todo lo que había ocurrido en el *Ares y* Marte. Pero antes de eso, nada, o casi nada. Había sido responsable de la NASA, había lanzado el programa de Marte, seguramente con el mismo estilo corrosivo que había exhibido en sus últimos años. Había estado casado poco tiempo, o eso le pareció recordar.

¿Como habría sido aquel matrimonio? Pobre mujer, Maya sonrió. Pero entonces oyó de nuevo la vocecita de Marina diciendo: «Si Frank no hubiese matado a John», y se estremeció. Miró el atril que tenía en el regazo. Los pasajeros japoneses cantaban, una canción de taberna por lo visto, porque se estaban pasando una botella. Jarry-Desloges había quedado atrás, y ahora se deslizaban por el borde septentrional del Sumidero lapygia, una depresión oval que podrían ver durante un buen trecho, saturada de cráteres, y en el interior de cada anillo una ecología ligeramente distinta. Era como mirar desde el aire una floristería bombardeada: las cestas desparramadas por todas partes, y rotas en su mayoría, aquí un tapiz amarillo, allá un palimpsesto rosa, o alfombras persas blanquecinas, azuladas o verdes...

Activó el atril y tecleó *Chalmers.*

La bibliografía era inmensa: artículos, entrevistas, libros, videos, una biblioteca de comentarios, diplomáticos, históricos, biográficos, psicológicos, psicobiográficos. Historias, comedias y tragedias, todos los géneros, incluyendo una ópera. Una infame coloratura terrana para sus pensamientos.

Apagó el atril, horrorizada. Respiró hondo durante unos minutos, lo activó de nuevo y pidió el archivo. No soportaría ver ninguna imagen; estudió la lista de

artículos de revistas populares, escogió uno al azar y empezó a leer.

Nació en Savannah, Georgia, en 1976, y creció en Jacksonville, Florida. Sus padres se divorciaron cuando él tenia siete años, y se quedó con su padre. Vivían en unos apartamentos cerca de Jacksonville Beach, una zona de edificios de estuco barato construidos en la década de 1940, detrás de un viejo paseo marítimo lleno de puestos de gambas y hamburguesas. Pasó algunas temporadas con unos tíos que vivían cerca del centro de la ciudad, dominado por los grandes rascacielos levantados por las compañías de seguros. La madre se trasladó a Iowa cuando él tenía ocho años. Su padre se unió a Alcohólicos Anónimos tres veces. Frank fue delegado de curso en la escuela secundaria, y capitán de los equipos de fútbol y de béisbol, en los que jugaba como centrocampista y de catcher. Lidero el proyecto para eliminar los jacintos que asediaban St. John River. «¡El artículo sobre él en el anuario del ultimo curso es tan extenso que uno sospecha que tiene que estar equivocado.» Fue admitido en Harvard y le concedieron una beca, después de lo cual lo transfirieron al MIT, donde se licenció en ingeniería y astronomía. Durante cuatro años vivió solo en una habitación encima de un garaje en Cambridge, y de ese período apenas se sabe nada; muy pocos parecían haberle conocido.

«Pasó por Boston como un fantasma.»

Después de salir de la universidad, aceptó un trabajo en el Cuerpo de Servicio Nacional en Fort Walton Beach, Florida, y fue entonces cuando saltó a la escena nacional. Dirigió uno de los mejores programas de trabajo social asociados con el CSN, la construcción de viviendas para los inmigrantes caribeños que desembarcaban en Pensacola. Allí lo conocían miles de personas, al menos en su faceta laboral. «Todo el mundo coincide en que era un líder carismático, un trabajador incansable en favor de la integración de los inmigrantes en la sociedad norteamericana.» Fue en esos años cuando contrajo matrimonio con Priscilla Jones, la hermosa hija de una influyente familia de Pensacola. La gente habló de su carrera política. «¡Estaba en la cima del mundo!»

En 2004 el CSN estaba acabado, y en 2005 empezó su preparación como astronauta en Huntsville, Alabama. Su matrimonio se rompió ese mismo año. En 2007 ya era astronauta, y rápidamente ocupó un cargo en la «administración de vuelo». Una de sus misiones espaciales más largas fueron las seis semanas que pasó en la estación espacial norteamericana con su camarada John Boone, ya entonces una estrella en ascenso. Chalmers se convirtió en director de la NASA en 2015, y nombraron a Boone capitán de la estación espacial. Chalmers y Boone defendieron el proyecto «Marte Apolo» ante el gobierno estadounidense, y después de que Boone aterrizase por primera vez en el planeta, en 2020, ambos formaron parte de los Primeros Cien y fueron a Marte en 2027.

Maya se quedo mirando los nítidos caracteres romanos. Los artículos decían que perdió el trabajo y el matrimonio en el mismo año. Habría que mirar con más

detalle ese 2005. Después parecía bastante claro que se había encerrado en sí mismo. Eso era lo que significaba generalmente ser astronauta, en la NASA o en Glavkosmos tratando siempre de conseguir más tiempo en el espacio, metiéndose en la administración para conseguir el poder para hacerlo... La breve descripción de ese período de su vida concordaba con el Frank que ella había conocido. No, la clave estaba en la juventud, la niñez. Era difícil imaginar cómo sería Frank entonces.

Volvió al índice y recorrió la lista de material biográfico. Había un artículo titulado «Promesas rotas: Frank Chalmers y el Cuerpo de Servicio Nacional». Maya tecleó el código y el texto apareció en pantalla. Lo ojeó rápidamente, hasta que tropezó con su nombre.

Como muchas personas con problemas estructurales en su vida Chalmers afrontó sus años en Pensacola ocupando los días con una actividad incesante. Si no tenía tiempo para descansar, no tenía tiempo para pensar. Ésa había sido una estrategia eficaz para él desde sus tiempos en la escuela secundaria, cuando además de sus actividades académicas dedicaba veinte horas a la semana a un programa de alfabetización. Y en Boston sus múltiples ocupaciones académicas lo convirtieron, en palabras de un compañero de clase, en un «hombre invisible». Se sabe menos de ese período de su vida que de cualquier otro. Parece ser que vivió en su coche durante el primer invierno en Boston, usando los aseos del gimnasio del campus. Sólo después de que se confirmara *su* transferencia al MIT se tiene una dirección de él...

Maya apretó la tecla de avance rápido.

La costa de Florida era una de las zonas más deprimidas de la nación en los comienzos del siglo XXI, la inmigración caribeña, el cierre de la base militar local y el paso del huracán *Dale* se sumaron para causar una gran miseria. «Te sentías como si estuvieses trabajando en África», declaró un voluntario del Cuerpo de Servicio Nacional. En los tres años que pasó allí tenemos una visión de Chalmers como criatura social, ya que consiguió fondos de ayuda federal para desarrollar el programa de empleo que tuvo un gran impacto en la zona, ayudando a los miles de personas que vivían en refugios provisión antes del paso del *Dale.* Los programas de formación enseñaron a la gente a construirse sus viviendas, a la vez que adquirían conocimientos que utilizar en cualquier lugar. Los programas fueron muy populares entre los beneficiados, pero la industria de desarrollo local se opuso a ellos. Chalmers fue, por tanto, una figura controvertida, y en los primeros años del nuevo siglo aparece a menudo en los medios de comunicación locales defendiendo con entusiasmo el programa y mostrándolo como parte de un esfuerzo popular de acción social. En el artículo para el *Walton Beach Journal* escribía: «La solución evidente es concentrar todas nuestras energías en el problema y trabajar de manera sistemática. Es necesario construir escuelas para que nuestros hijos aprendan a leer y enviarlos a la universidad para que se conviertan en médicos que nos curen y abogados que nos defiendan, y así el resultado será equitativo. Tenemos que ser autosuficientes». Gracias a los

resultados en Pensacola y Fort Walton Beach, el CSN consiguió más fondos de Washington y de las corporaciones participantes. En su momento álgido, en 2004, el CSN de la costa de Pensacola daba empleo a 20,000 personas, y fue uno de los principales factores responsables de lo que se dio en llamar «el renacimiento del Golfo». El matrimonio de Chalmers con Priscrilla Jones, vástago de una de las viejas familias adineradas de Panamá City, simbolizo la nueva síntesis de pobreza y privilegio en Florida, y los dos fueron una pareja notable en la sociedad de la Costa del Golfo durante casi dos años.

Las elecciones de 2004 marcaron el fin de este período. La repentina cancelación del CSN fue uno de los primeros actos de la nueva administración. Chalmers pasó dos meses en Washington testificando ante comités de la Cámara y el Senado, tratando de que se aprobara un proyecto de ley que relanzase el programa. El proyecto se aprobó, pero los dos senadores demócratas de Florida y un congresista de Pensacola no dieron su apoyo, y el Congreso no pudo anular el veto ejecutivo. El CSN «amenazaba a algunos sectores del mercado», declaró la nueva administración, y ése fue el fin. La acusación y posterior condena de diecinueve congresistas (incluyendo el diputado por Pensacola) por irregularidades en las concesiones de las obras ocurrió ocho años después, y para entonces el CSN estaba muerto y enterrado, y sus veteranos, diseminados.

Para Frank Chalmers aquél fue un momento decisivo. Se refugió en un aislamiento del que en muchos aspectos nunca salió. El matrimonio no sobrevivió al traslado a Huntsville, y Priscilla volvió a casarse poco después, con un amigo de la familia que conocía desde la aparición de Chalmers. En Washington, Chalmers llevó una vida austera en la que la NASA parece ser su único interés. Fue famoso por su jornada laboral de dieciocho horas y por su contribución a la fortuna de la NASA. Esos éxitos hicieron a Chalmers famoso, pero nadie en la NASA o en Washington declaró conocerlo bien. Su obsesiva hiperactividad sirvió de nuevo como máscara, y con ella el idealista trabajador social de la costa del Golfo desapareció para siempre.

Un alboroto en la parte delantera del vagón le hizo levantar la mirada. Los japoneses estaban de pie, bajando el equipaje. Eran sin duda nativos de Burroughs: la mayoría casi alcanzaban los dos metros, muchachos aborregados con sonrisas llenas de dientes y pelo negro uniforme y brillante. Ya fuese por la gravedad o la dieta, o por otro motivo, los nacidos en Marte eran muy altos. El grupo de japoneses le recordó a Maya los ectógenos de Zigoto, esos chicos extraños que habían crecido como malas hierbas. Y ahora, tras la desaparición de aquel pequeño mundo, condenado a desaparecer como todos los que lo precedieron, se habían dispersado por el planeta.

Maya hizo una mueca, y activó impulsivamente el avance rápido hasta llegar a las fotografías del artículo. Allí encontró una imagen de Frank a los veintitrés años, al principio de su carrera con el CSN: un muchacho de cabello oscuro con una sonrisa inteligente y segura, que miraba al mundo como si estuviese a punto de comunicarle algo que éste no sabía. ¡Era tan joven! Tan joven y tan confiado. A primera vista Maya pensó que era la inocencia de la juventud lo que lo hacía parecer tan confiado; pero en realidad la cara de Frank no tenía nada de inocente. Él no había tenido una infancia inocente. Pero era un luchador, y había encontrado un método, y estaba venciendo. Un poder que nadie podría

contrarrestar o eso parecía sugerir la sonrisa.

Pero si pateas al mundo, te rompes el pie, como decían en Kamchatka.

El tren redujo su marcha y se detuvo con suavidad. Estaban en la Estación Fournier, donde el ramal de Sabishii se unía a la pista principal Burroughs-Hellas.

Los japoneses de Burroughs salieron en fila, y Maya apago el atril y los siguió. La estación era sólo una tienda pequeña al sur del Cráter Fournier. El interior era simple, una cúpula en forma de T. Docenas de personas caminaban por los tres niveles del edificio, en grupos o solos, la mayoría con monos de trabajo corrientes, pero muchos con trajes de ejecutivo o uniformes metanacionales, o con ropa informal, que esos días consistía en pantalones holgados, blusas y mocasines.

Le alarmó ver a tanta gente, y se apresuró para dejar atrás los quioscos y los cafés abarrotados frente a las vías. Nadie miró a aquel andrógino calvo y marchito. Sintiendo la brisa en la calva, se puso en la cola para tomar el próximo tren al sur, con la fotografía del libro en la cabeza. ¿Alguna vez habían sido tan jóvenes?

A la una en punto el tren llegó desde el norte. Los guardias de seguridad salieron de una sala contigua a los cafés, y bajo su mirada aburrida, ella pasó la muñeca por un verificador portátil y subió al tren. Un nuevo procedimiento, y sencillo; pero mientras encontraba un asiento, su corazón empezó a latir con violencia. Los sabishianos, con ayuda de los suizos, habían derrotado al nuevo sistema de seguridad de la Autoridad Transitoria, pero no obstante tenía motivos para temer: ella era Maya Toitovna, una de las mujeres más famosas de la historia, uno de los criminales más buscados de Marte, y los pasajeros sentados la miraban mientras avanzaba por el pasillo, desnuda bajo un mono azul de algodón. Desnuda pero invisible a causa de su fealdad. Y lo cierto era que al menos la mitad de los ocupantes del vagón parecían tan viejos como ella, veteranos de Marte con aspecto de setentones pero que podían tener el doble de esa edad, arrugados, canosos, calvos, irradiados y con gafas, diseminados entre los jóvenes nativos altos y frescos como hojas de otoño entre árboles perennes. Y entre ellos alguien que parecía Spencer. Mientras arrojaba la bolsa al estante miró tres asientos más allá. La calva del hombre no le decía nada, pero estaba casi segura de que era él. Mala suerte. Por regla general, los Primeros Cien (los Primeros Treinta y nueve) procuraban no viajar juntos. Pero siempre existía la posibilidad de que la casualidad les jugara una mala pasada.

Se sentó junto a una ventanilla, preguntándose que estaría haciendo Spencer. Lo ultimo que había oído era que el y Sax habían formado un equipo tecnológico en Visniac para unas investigaciones sobre armamento de las que nadie sabia nada; eso había dicho Vlad. De modo que Spencer formaba parte del equipo de ecotaje, al menos hasta cierto punto. No parecía muy propio de el, y Maya se pregunto si no habría sido Spencer la influencia moderadora que se había advertido últimamente en las actividades de Sax. ¿Se dirigía a Hellas o a los refugios del sur? Bien, no lo averiguaría hasta que llegaran a Hellas, pues el protocolo era ignorarse hasta que estuviesen en privado.

De modo que ignoro a Spencer, si es que era él, e ignoró a los pasajeros que seguían entrando en el vagón. El asiento contiguo continuó vacío. Frente a ella

había dos hombres cincuentones de traje y aspecto de emigrantes y que al parecer viajaban con el mismo aspecto sentados delante de Maya al otro lado del pasillo. El tren salió de la estación. Los hombres hablaban sobre el juego: «¡La envió a una milla! ¡Tuvo suerte de encontrarla!» Golf, por lo visto. Norteamericanos seguramente. Ejecutivos de una metanacional que iban a visitar algo en Hellas. Maya sacó el atril y se puso los auriculares. Pidió el *Novy Frayda* y miró las diminutas imágenes procedentes de Moscú. Resultaba difícil concentrarse en las voces, que la adormecían.

El tren volaba hacia el sur. El locutor deploraba el conflicto creciente entre Armscor y Subarashii por los términos del plan de desarrollo de Siberia. Lágrimas de cocodrilo en realidad, porque el gobierno ruso llevaba años esperando la ocasión de enfrentar a los dos gigantes entre sí para poder sacar a subasta los campos petrolíferos siberianos en vez de tratar con una metanacional que dictaría todas las condiciones. Aquella desavenencia entre las dos metanacionales sorprendió a Maya. No esperaba que esa situación se prolongara: a las metanacionales les convenía seguir unidas para repartirse los recursos disponibles sin necesidad de disputárselos. Si se enfrentaban, el frágil equilibrio de poder podía derrumbarse sobre ellas, una posibilidad de la que sin duda estaban al corriente.

Recostó la cabeza en el respaldo, somnolienta, y contempló el paisaje fugitivo por la ventana. Ahora estaban bajando hacia el Sumidero lapygia y disfrutaban de una extensa vista hacia el sudoeste. Parecía la frontera entre taiga y tundra en Siberia, tal como la describían los noticiarios que acababa de ver: una inmensa pendiente quebrada y revuelta de hielo y nieve en la que asomaban la roca manchada de liquen y amorfos montículos de musgos color oliva y caqui, los cactus coral y los árboles enanos ocupando cada hueco disponible. Los pingos punteaban el suelo llano de un valle bajo como un repugnante sarpullido untado con alguna pomada. Maya se adormeció un rato.

La imagen del Frank de veintitrés años la despertó bruscamente. Meditó en lo que había leído, tratando de unir las piezas. El padre; ¿qué le había hecho unirse a Alcohólicos Anónimos tres veces, para rendirse dos (o tres) veces? Había algo raro. Y despues, como una respuesta a eso, la adicción al trabajo que concordaba con el Frank que había conocido, aunque debajo fuese idealista, impropio de él. La justicia social no era en lo que el Frank que había conocido creyera. Era un pésimo político, trabajando siempre en la retaguardia para evitar protegerse de lo peor. Toda una carrera limitando los daños, ganando prestigio personal. Sin duda era verdad. Aunque Maya creía que él siempre había ansiado el poder para limitar más los daños. Pero nadie podía separar el poder de sus motivos si se confundían como el musgo y la roca. El poder tenía múltiples facetas.

Si solo Frank no hubiese matado a John... Miró el atril, lo activó, tecleó el nombre de John. La bibliografía era interminable. Lo probó:

5.146 entradas. Y era sólo una lista seleccionada. A Frank le habían dedicado unos centenares como mucho. Pidió el índice y buscó «Muerte de».

¡Docenas, cientos de entradas! Sintiendo frío, pero a la vez sudorosa, Maya recorrió la lista rápidamente. La conexión de Berna, la Hermandad Musulmana, Marteprimero, UNOMA. Frank, ella misma, Helmut Bronski, Sax, Samantha. Sólo por los títulos, supo que se habían propuesto toda clase de conexiones y teorías sobre su muerte. Por supuesto. La teoría de la conspiración gozaba de gran

popularidad, como siempre. La gente quería que esas catástrofes significasen algo mas que la locura individual, y así la caza continuaba.

El disgusto por la extensión sin sentido de la lista casi le hizo cerrar el archivo. ¿No sería que tenía miedo? Abrió una de las muchas biografías, y apareció en pantalla una fotografía de John. Un fantasma de su viejo dolor la atravesó, dejando una desolación estéril. Fue hasta el capítulo final.

Los disturbios de Nicosia fueron una temprana manifestación de las tensiones internas de la sociedad marciana que más tarde provocaron el estallido de 2061. Para entonces, un gran número de técnicos árabes vivían en albergues mínimos, muy cerca de grupos étnicos con los que tenían enemistades históricas, y también cerca del personal administrativo, cuyos privilegios eran obvios. Una mezcla volátil de diferentes grupos se reunió en Nicosia para la fiesta de inauguración, y durante varios días la ciudad estuvo abarrotada.

La violencia nunca ha podido ser explicada satisfactoriamente. La teoría de Jensen, de que el conflicto intra-árabe —estimulado por la liberación libia de Siria— provoco los disturbios de Nicosia, es insuficiente. Allí se produjo también un ataque contra los suizos, así como un alto nivel de violencia sin objeto, imposible de explicar sólo por el conflicto árabe.

La destitución oficial de los responsables de Nicosia esa noche sigue dejando en el misterio el factor desencadenante del conflicto. Numerosos informes sugieren la presencia de un agente provocador nunca identificado.

A medianoche, al empezar el lapso marciano, Saxifrage Russell estaba en un café del centro de la ciudad, Samantha Hoyle recorrió el muro de la ciudad y Frank Chalmers y Maya Toitovna se habían encontrado en el parque occidental donde se habían pronunciado los discursos unas horas antes. Las peleas ya habían empezado en la medina. John Boone bajó por el bulevar central para investigar el alboroto, como hizo Sax Russell desde otra dirección. Diez minutos más tarde, Boone fue atacado por un grupo de entre tres y seis hombres jóvenes, algunas veces identificados como «árabes». Dejaron a Boone inconsciente y se lo llevaron a la rastra a la medina antes de que ninguno de los testigos reaccionase. Una búsqueda improvisada no encontró señales de él. No fue hasta las 12:27 AM que una partida más numerosa lo localizó en la granja de la ciudad. Lo trasladaron al hospital más cercano, en el bulevar de los Cipreses. Russell, Chalmers y Toitovna ayudaron a llevarlo hasta allí...

Un nuevo revuelo en la parte delantera del vagón arrancó a Maya del texto. Tenía la piel fría y pegajosa, y temblaba ligeramente. Algunos recuerdos nunca desaparecen, por mucho que uno los reprima: Maya no pudo dejar de recordar perfectamente los cristales en el suelo, la figura tendida en el césped, la expresión de perplejidad en el rostro de Frank, y una perplejidad distinta en el de John.

Unos oficiales avanzaban lentamente por el pasillo. Comprobaban identificaciones, papeles de viaje; y había otros dos en la parte trasera del vagón.

Maya desconectó el atril. Observó a los tres policías que avanzaban y se le aceleró el pulso. Esto era nuevo; ella no lo había visto nunca, y parecía que el resto de los viajeros tampoco. Se hizo el silencio en el vagón; todos miraban.

Cualquiera podía tener una identificación irregular, y eso impregnaba de una cierta solidaridad el silencio; todos los ojos estaban fijos en los policías; nadie miró alrededor para ver si alguien palidecía.

Los tres policías seguían con su tarea, ajenos a esta observación, e incluso a las personas a las que pasaban revista. Bromeaban y hablaban sobre los restaurantes de Odessa, y pasaban deprisa de una fila a la siguiente, haciendo señas para que la persona acercase la muñeca al pequeño lector, y echándole una rápida mirada al resultado, comparando sólo un instante las caras de las personas con las fotografías.

Llegaron a Spencer y el pulso de Maya se aceleró aún más. Spencer (si es que era él) aplicó una mano firme al lector, con la vista clavada en el respaldo del asiento delantero, De pronto algo en su mano le resultó muy familiar: debajo de las venas y las manchas hepáticas estaba Spencer Jackson, sin ninguna duda. Lo reconoció por los huesos. En ese momento estaba respondiendo una pregunta sin levantar la voz. El policía con el lector de voz y retina lo sostuvo frente a la cara de Spencer un momento y todos esperaron. Finalmente una breve línea apareció en la pantalla y siguieron adelante. Faltaban dos para que llegaran a ella. Incluso los exuberantes ejecutivos parecían impresionados, e intercambiaban muecas sardónicas y cejas enarcadas, como si considerasen grotesco que utilizasen esas medidas también en los vagones. A nadie le gustaba aquello, era un error. Maya cobró ánimo al advertirlo y miró por la ventana. Estaban subiendo la vertiente meridional del Sumidero, y el tren se deslizaba por la pendiente suave de la pista que corría sobre las colinas bajas sin aminorar la velocidad, como si se deslizara sobre una alfombra mágica sobre la aún más mágica alfombra del paisaje de *millefleur.*

Se detuvieron junto a ella. El que estaba más cerca llevaba un cinturón sobre el mono color orín, del que colgaban varios instrumentos, incluyendo una pistola aturdidora.

—Identificación de muñeca, por favor.

El hombre llevaba una tarjeta de identificación, con foto y dosímetro, que rezaba «Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas». Un joven inmigrante de rostro enjuto, de unos veinticinco años, aunque era más fácil adivinarlo por la fotografía, pues su cara en aquel momento parecía cansada. El hombre se volvió y dijo a la oficial detrás de él:

—Me gusta la ternera al parmesano que preparan allí.

Le puso el lector contra la muñeca. La oficial la observo con atención. Maya ignoró la mirada y se miró la muñeca, deseando tener un arma. Luego miró el objetivo del lector de voz y retina.

—¿A dónde va? —preguntó el joven.

—Odessa.

Un momento de silencio. Un sonoro *bip.*

—Disfrute de su visita. —Y se marcharon.

Maya trató de controlar la respiración, de aminorarla. Los lectores de muñeca medían el pulso, eran sencillos detectores de mentiras. Al parecer ella se había mantenido por debajo de la línea de las 110. Pero la voz, la retina, eso no se lo

habían cambiado nunca. El pasaporte suizo tenía que ser poderoso, puesto que invalidaba los registros anteriores cuando se consultaban, al menos en ese sistema de seguridad. ¿Lo habían hecho los suizos, los sabishianos, Coyote o Sax, o alguna fuerza que ella desconocía? ¿O habían descubierto su verdadera identidad y la dejaban libre para que los guiase hasta otros fugitivos de los Primeros Cien? Parecía tan probable como superar los grandes bancos de datos... más probable incluso.

Pero por el momento la habían dejado tranquila. La policía se había ido.

El dedo de Maya activó el atril, y sin pensarlo recuperó el texto que

estaba leyendo. Michel tenía razón; se sentía fuerte, dura, otra vez en su elemento. Teorías para explicar la muerte de John Boone. John había sido asesinado y ahora a ella la policía le comprobaba la identidad mientras viajaba en un tren corriente. Era difícil no sentir que había alguna relación de causa-efecto en ello, sentir que si John estuviese vivo, las cosas no serían así.

Se ha acusado a todas las figuras presentes en Nicosia esa noche de estar detrás del asesinato: Russell y Hoyle por sus profundas discrepancias sobre la política de Marteprimero, Toitovna a causa de una pelea de amantes, y los diferentes grupos étnicos y nacionales debido a disputas políticas, reales o imaginarias. Pero ciertamente las principales sospechas recayeron siempre en Frank Chalmers. Aunque hubo quienes lo vieron con Toitovna en el momento del ataque (lo que en otras teorías convierte a Toitovna en cómplice o coconspiradora), su relación con los egipcios y saudíes presentes en Nicosia aquella noche y su viejo enfrentamiento con Boone le señalan como la causa última del asesinato de Boone. Pocos niegan que Selim el-Hayil fuera el líder de los tres árabes que acabaron confesándose autores del crimen antes de su muerte/suicidio. Pero eso sólo arroja más sospechas sobre Chalmers, conocido amigo de El-Hayil. Se dice que algunos mensajes y documentos clandestinos aseguran que «el polizón» estaba en Nicosia y que vio a Chalmers y El-Hayil hablando esa noche. Puesto que «el polizón» es un mecanismo mítico mediante el que las gentes expresan las percepciones anónimas del marciano de a pie, es muy probable que esa historia refleje las observaciones de personas que no quisieron ser identificadas como testigos.

Maya fue hasta el final.

El-Hayil se encontraba en los últimos estadios de un paroxismo fatal cuando irrumpió en el hotel que ocupaban los egipcios y confesó ser el asesino de Boone, afirmando que él había sido el cabecilla, pero que lo habían ayudado Rashid Abou *y* Buland Besseisso, del ala Ahad de la Hermandad Musulmana. Los cuerpos de Abou y Besseisso fueron encontrados esa misma tarde en una habitación de la medina, envenenados con coagulantes que ellos mismos se habían administrado. Los asesinos de hecho de Boone estaban muertos. Por qué lo hicieron y con quién actuaron nunca se sabrá. No es la primera vez que se ha dado una situación similar, ni será la última; porque escondemos mucho más de lo que revelamos.

Releyendo las notas a pie de página, Maya se sorprendió por lo tópico de la situación, debatida por eruditos e historiadores y conspiradores de todas las creencias. Con un escalofrío de repulsión apagó el atril y enfrentó la ventana doble. Cerró los ojos, tratando de restaurar al Frank que había conocido, y a Boone. Durante años apenas había pensado en John; el dolor era demasiado intenso. Y, de una manera diferente, tampoco había querido pensar en Frank. Ahora quería recuperarlos. El dolor se había convertido en el fantasma del dolor, y ella necesitaba recuperarlos por su propio bien. Necesitaba saber.

El «mítico» polizón... Rechinó los dientes, rememorando el miedo ingrávido y alucinatorio de la primera vez que lo vio, la distorsionada cara morena de ojos saltones a través del cristal. ¿Sabía algo? ¿Estaba de verdad en Nicosia? Desmond Hawkins, el polizón, el Coyote. Un hombre extraño. Maya nunca había sido capaz de hablar normalmente con él. No sabía si podría ahora que necesitaba hacerlo; seguramente no.

¿Qué ocurre?, le había preguntado a Frank cuando oyeron los disparos.

Un encogimiento de hombros, una mirada oblicua. «Algo hecho con el impulso del momento.» ¿Dónde había oído eso antes? Había apartado los ojos al decirlo, como si no pudiese soportar la mirada de ella. Como si de algún modo hubiese dicho demasiado.

Las cadenas montañosas que rodeaban la Cuenca de Hellas eran más anchas en la medialuna occidental llamada Hellespontus Montes, la cadena marciana que más recordaba a las montañas terranas. Hacia el norte, donde la pista que venía de Sabishii y Burroughs se internaba en la depresión, la cadena era más angosta y baja, no tanto un terreno montañoso como una caída desigual hasta el suelo de la cuenca, la tierra empujada hacia el norte en ondas concéntricas. La pista bajaba por esa colina y con frecuencia tenía que zigzaguear por unas largas rampas talladas a los lados de esas olas de roca. El tren reducía mucho la velocidad en las curvas, y Maya podía contemplar sin prisas el basalto desnudo de la ola que estaban descendiendo, o la gran extensión al noroeste de Hellas, todavía a tres mil metros debajo de ellos: una amplia llanura desnuda, ocre y oliva en primer término, y un sucio blanco centelleando como un espejo roto en el horizonte. Ése era el glaciar sobre el Punto Bajo, aún helado, pero en proceso de fusión, con puntos derretidos en la superficie y bolsas de agua más profundas. Bolsas que hervían de vida y que de cuando en cuando irrumpían en la superficie del hielo, o incluso de la tierra adyacente, ya que ese lóbulo de hielo se extendía con rapidez. Estaban bombeando el agua de los acuíferos bajo las montañas circundantes y llenando la cuenca. La depresión más profunda en la parte noroccidental, donde habían estado Punto Bajo y el agujero de transición, era el

centro de este nuevo mar, que tenía más de mil kilómetros de largo, y un ancho máximo, sobre Punto Bajo, de trescientos kilómetros. El punto más bajo de Marte. Una situación muy promisoria, como Maya había mantenido desde el momento en que aterrizaron.

La ciudad de Odessa se había construido en lo alto de la pendiente norte de la cuenca, en la altura -1 kilómetro, donde pensaban estabilizar el nivel final del mar. Por tanto, era una ciudad portuaria que esperaba el agua, y por eso el borde meridional de la ciudad era un largo paseo o cornisa, una amplia explanada herbosa que corría dentro de la tienda, asegurada en el borde de un elevado rompeolas que ahora se alzaba sobre tierra desnuda. La vista del rompeolas mientras el tren se aproximaba hacía que pareciese una ciudad cuya mitad meridional se había desgajado y había desaparecido.

El tren entró en la estación ferroviaria de la ciudad. Maya tomó su bolsa y bajó detrás de Spencer. No se miraron, pero una vez fuera de la estación se unieron a un grupo que se dirigía a la parada de tranvías, y subieron al mismo tranvía azul, que circulaba detrás del parque de la cornisa que bordeaba el rompeolas. Cerca del extremo oeste de la ciudad, los dos bajaron en la misma parada.

Allí dominando un mercado al aire libre, sombreado por unos plátanos, había un complejo de apartamentos de tres pisos dentro de un jardín vallado, con unos cipreses jóvenes bordeando las paredes. Cada piso del edificio retrocedía con respecto al inferior, de modo que los dos niveles superiores tenían balcones, con árboles en macetones y jardineras llenas de flores colgadas de las barandas. Mientras subía la escaleras que llevaban al portal del jardín, Maya pensó que aquella arquitectura recordaba de algún modo las arcadas de Nadia. Pero con las últimas luces de la tarde, con sus paredes blancas y sus postigos azules, el conjunto tenía un aire mediterráneo o del Mar Negro, no distinto del que mostraban las lujosas residencias a orillas del mar de la Odessa de la Tierra. En el portal, Maya se volvió y contempló los plátanos del mercado; el sol se estaba poniendo sobre las Montañas de Hellespontus, al oeste, y sobre el hielo distante los destellos del sol eran tan amarillos como la mantequilla.

Siguió a Spencer por el jardín y el interior del edificio, se inscribió en la conserjería después de él, le dieron la llave y subió al apartamento que le habían asignado. Todo el edificio pertenecía a Praxis, y algunos apartamentos funcionaban como pisos francos, incluyendo el de ella, y sin duda el de Spencer. Tomaron el ascensor juntos y subieron hasta la tercera planta sin hablar. El apartamento de Maya estaba a cuatro puertas del de Spencer. Entró. Dos habitaciones espaciosas, una con una diminuta cocina en un rincón; un baño, un balcón vacío. Desde la ventana de la cocina se veían el balcón y el hielo lejano.

Dejó la bolsa sobre la cama y después bajó al mercado a comprar algo para cenar. Compró a unos vendedores con carritos y sombrillas y se sentó en un banco colocado en el césped que bordeaba la cornisa, y allí comió la souvlakia y bebió de una pequeña botella de retsina, mirando la multitud que paseaba tranquilamente por la cornisa. El borde más cercano del mar de hielo debía de estar a unos cuarenta kilómetros de distancia, y en ese momento, todo menos la parte más oriental estaba bajo la sombra de los Hellespontus, un azul oscuro que en el este se transformaba gradualmente en rosa rojizo.

Spencer se sentó junto a ella en el banco.

—Bonita vista —observó.

Ella asintió con un movimiento de cabeza y siguió comiendo. Le ofreció la botella de retsina.

—No, gracias —dijo él alzando un tamal a medio comer. Ella asintió de nuevo y tragó.

—¿En qué trabajas ahora? —preguntó cuando terminó.

—Fabrico componentes para Sax. Biocerámica, entre otras cosas.

—¿Para Biotique?

—Para una compañía hermana. Ella Hace Conchas Marinas.

—¿Qué?

—Es el nombre de la compañía. Otra división de Praxis.

—Hablando de Praxis… —Ella lo miró.

—Sí. Sax necesita esos componentes con urgencia.

—¿Para armas?

—Sí.

Ella meneó la cabeza con desaprobación.

—¿Podrías mantenerlo a raya durante un tiempo?

—Puedo intentarlo.

Miraron el sol escurriéndose por el cielo, fluyendo hacia el oeste como si fuese líquido. Detrás de ellos, las luces se encendieron en los árboles que dominaban el mercado y empezó a refrescar. Maya se sintió agradecida de tener a un viejo amigo sentado junto a ella en un silencio amable. El comportamiento de Spencer contrastaba vivamente con el de Sax; la amabilidad era su forma de disculparse por las recriminaciones en el coche después de lo de Kasei Vallis, y su perdón por lo que le había hecho a Phyllis. Y ella lo apreciaba. En cualquier caso, Spencer formaba parte de la familia original, y era agradable que estuviera allí, en un nuevo comienzo, una nueva ciudad, una nueva vida… ¿Cuántas llevaban ya?

—¿Conociste bien a Frank? —preguntó.

—En realidad no. No como tú y John.

—¿Crees… crees que tuvo algo que ver con el asesinato de John? Spencer siguió mirando el hielo azul en el horizonte oscuro. Al fin,

tomó la botella de retsina del banco, junto a ella, y bebió. La miró.

—¿Acaso importa ahora?

En el pasado Maya había dedicado muchos años a la Cuenca de Hellas, convencida de que su escasa elevación la convertía en un lugar ideal para un

asentamiento. Ahora, todas la tierras ligeramente por encima del nivel -1 kilómetro que rodeaban la cuenca se estaban colonizando, tierras que ella había sido una de las primeras en explorar. Aún conservaba sus viejas notas sobre ellas en la IA, de las que Ludmilla Novosibirskaya hizo buen uso.

Trabajaba en la administración de la compañía hidrológica que estaba inundando la cuenca. El equipo formaba parte de un consorcio de organizaciones dedicadas al desarrollo de la región de Hellas, entre ellas las compañías petrolíferas del Grupo Económico del Mar Negro, la compañía rusa que había intentado reanimar el área de los mares Caspio y Aral y su compañía, Aguas Profundas, filial de Praxis. El trabajo de Maya incluía coordinar las numerosas actividades hidrológicas de la región, así que, de nuevo, estaría en el corazón del proyecto de Hellas, del cual en el pasado había sido la fuerza motriz. Esto era muy satisfactorio por diversas razones, algunas extrañas: por ejemplo, la ciudad Punto Bajo, que ella había proyectado (un emplazamiento erróneo, tenía que admitirlo), estaba bajo las aguas, cada día más profundas. Eso estaba bien: sepulta el pasado, sepulta el pasado, sepulta el pasado…

Así pues, ella tenía un trabajo y un apartamento, que decoró con muebles de segunda mano, utensilios de cocina y plantas en macetas. Y Odessa resultó ser una ciudad agradable. Estaba construida principalmente con piedra amarilla y tejas color tierra, y emplazada en un sector de la pendiente que se curvaba hacia dentro mas de lo corriente, por lo que toda la ciudad miraba al centro del muelle seco y gozaba de una amplia vista de la cuenca hacia el sur. En los barrios menos elevados se concentraban los comercios, las oficinas y los parques, y los más altos eran barrios residenciales y zonas ajardinadas. La ciudad quedaba justo por encima de los 30° de latitud sur, y por tanto Maya había pasado del otoño a la primavera: el enorme círculo caliente del sol brillaba sobre las calles empinadas de la zona alta y derretía la nieve invernal de los bordes de la masa de hielo y de los picos de las Montañas Hellespontus, en el horizonte occidental. Una ciudad pequeña y hermosa.

Y más o menos un mes después de su llegada, Michel vino desde Sabishii y tomó el apartamento contiguo. Por sugerencia de Maya, instaló una puerta que los comunicaba, y después de eso anduvieron por los dos apartamentos como por uno solo, viviendo en una domesticidad conyugal que Maya no había experimentado nunca, una normalidad tranquilizadora. Maya no amaba apasionadamente a Michel, pero era un buen amigo, un buen amante y un buen terapeuta, y tenerlo cerca era como tener un ancla que le impedía salir volando entusiasmada por la hidrología o el fervor revolucionario, y también hundirse demasiado en los terribles abismos de la desesperación política o la repugnancia personal. Maya odiaba las inevitables oscilaciones de sus estados de ánimo, y apreciaba cualquier cosa que Michel hiciese para atenuar el ciclo. Por ejemplo, no tenían espejos en el apartamento y tomaba clomipramina. Pero los fondos de las ollas y las ventanas por la noche, le daban las malas noticias si ella quería saberlas, como ocurría con frecuencia.

Spencer vivía en el otro extremo del corredor, y casi parecía que estaban otra vez en la Colina Subterránea, una sensación que reforzaban los ocasionales visitantes de fuera de la ciudad, que utilizaban el apartamento como piso franco. Cuando algún otro miembro de los Primeros Cien venía, salían y recorrían el muelle seco, contemplaban el horizonte de hielo e intercambiaban noticias como los viejos camaradas hacen en todas partes. Marteprimero, liderado por Kasei y

Harmakhis, era cada vez más radical. Peter trabajaba en el ascensor, atraído como una polilla hacia su luna. Sax había interrumpido su insensata campaña de sabotaje por el momento, gracias a Dios, y se estaba concentrando en los esfuerzos industriales de Vishniac, donde se fabricaban misiles aire- espacio y similares. Maya meneó la cabeza con desaprobación al oír esto. No sería el poderío militar lo que les daría la victoria; en ese punto particular ella coincidía con Nadia, Nirgal y Art. Necesitarían algo más,

algo que ella no lograba visualizar, y ese blanco en sus pensamientos era una de las cosas que podía inducir el descenso en la curva sinusoide de sus estados de ánimo, lo que la ponía frenética.

El trabajo de coordinación de los diferentes aspectos del proyecto de inundación empezó a ponerse interesante. Iba en tranvía o dando un paseo hasta las oficinas, en el centro de la ciudad, y allí procesaba todos los informes que enviaban los numerosos equipos de prospección y perforación, todos rebosantes de entusiastas estimaciones de las cantidades de agua que añadirían a la cuenca, y acompañados de solicitudes de más personal y equipo, hasta que al fin desbordaron las posibilidades de Aguas Profundas. Juzgar las diferentes peticiones era difícil desde la oficina, y muchas veces su equipo técnico ponía los ojos en blanco y se encogía de hombros.

—Es como ser juez en un concurso de mentirosos —dijo uno de ellos. Y además llegaban informes de los asentamientos que se estaban construyendo alrededor de la cuenca, y la gente que trabajaba allí no pertenecía al Grupo del Mar Negro o a las metanacionales asociadas. Muchos sencillamente no se identificaban. Uno de los equipos de prospección de Maya encontró una ciudad-tienda no oficial, y la dejaron en paz. Y la población de los dos grandes proyectos de los cañones de los sistemas Dao Vallis y Harmakhis-Reull era mucho mayor que la registrada en las listas oficiales; gente, por tanto, que tenía que estar viviendo bajo identidades falsas, como ella misma, o fuera de la red. Una situación muy interesante.

El año anterior se había terminado una pista circumHellas, un trabajo de ingeniería complicado, porque el borde de la cuenca estaba fracturado por numerosas grietas y crestas y lleno de los cráteres producidos por la reentrada masiva de deyecciones. Pero estaba la pista, y Maya decidió satisfacer su curiosidad y hacer un viaje para inspeccionar los proyectos de Aguas Profundas y echar un vistazo a alguno de los nuevos asentamientos.

Para que la acompañase designó a una de las areólogas de la compañía, una joven llamada Diana, encargada de la cara este. Los informes que presentaba eran sucintos y poco interesantes. Maya se había enterado por Michel de que era la niña del hijo de Esther, Paul. Esther había tenido a Paul muy poco despues de abandonar Zigoto, y por lo que Maya sabía nunca había dicho quién era el padre. Así que podía ser su marido Kasei, en cuyo caso Diana era sobrina de Jackie y tataranieta de John e Hiroko, o podía ser Peter, como muchos suponían, y entonces Diana era medio sobrina de Jackie y tataranieta de Ann y Simón. Maya lo encontraba muy intrigante, y además la joven era una de las yonsei, la cuarta generación marciana, interesante para Maya sin importar su ascendencia.

E interesante también por derecho propio, como descubrió Maya cuando la

conoció en las oficinas de Odessa unos pocos días antes del viaje. Con su gran talla (más de dos metros de altura, y sin embargo redonda y musculosa), su gracia fluida y sus facciones asiáticas de pómulos altos, parecía pertenecer a una nueva raza, presente allí para acompañar a Maya en esa nueva esquina del mundo.

Diana estaba completamente obsesionada con la Cuenca de Hellas y sus aguas ocultas. Habló del tema durante horas, con tanta profusión y detalle que Maya acabó convencida de que había resuelto el misterio de la paternidad: una martemaníaca como ésa tenía que estar emparentada con Ann Clayborne, y eso quería decir que Paul había sido engendrado por Peter. Maya estaba sentada en el tren junto a aquella joven enorme, mirándola o mirando por la ventana la escarpada pendiente norte de la cuenca, preguntando, observando que las piernas de Diana chocaban contra el respaldo del asiento delantero. No hacían los asientos de tren a la medida de los nativos.

Una de las cosas que fascinaba a Diana era que la Cuenca de Hellas estaba rodeada por mucha más agua subterránea de la que habían predicho los modelos areológicos. El descubrimiento, hecho en el campo en la pasada década, había inspirado el actual proyecto de Hellas, transformando la hermosa idea de un hipotético mar en una posibilidad tangible. Asimismo, había forzado a los areólogos a reconsiderar sus modelos teóricos de la historia primitiva marciana, y había empujado a otros a buscar alrededor de todas las grandes cuencas de impacto del planeta; las expediciones de reconocimiento estudiaban ya los Montes Charitum y Nereidum, que rodeaban Argyre, y las colinas que encerraban Isidis sur.

Alrededor de Hellas casi habían completado el inventario: habían encontrado unos treinta millones cúbicos, aunque algunos prospectores afirmaban que el recuento aún no estaba completo.

—¿Hay alguna manera de saber cuándo terminarán? —pregunto Maya a Diana, pensando en las peticiones de recursos que inundaban su oficina.

Diana se encogió de hombros.

—Al final, sencillamente uno ya ha mirado en todas partes.

—¿Qué hay del suelo de la cuenca? Después de inundarlo, ¿podremos encontrar algún acuífero allí?

—No.

Diana le explicó que casi no había agua bajo el suelo de la cuenca. El suelo había sido desecado por el impacto original, y ahora sólo era una capa de sedimentos eólicos de casi un kilómetro de profundidad, bajo la cual había una dura capa de roca brechada que se había formado durante las breves pero formidables presiones del impacto. Esas mismas presiones habían originado las profundas fracturas en todo el borde, y esas fracturas habían permitido que una cantidad inusualmente grande de gases escapase del interior del planeta. Los gases se habían filtrado hacia la superficie y se habían enfriado, y el agua que contenían había formado acuíferos líquidos y zonas de permafrost altamente saturado.

—Un señor impacto —observó Maya.

—Fue ciertamente grande.

Por regla general, explicó Diana, los cuerpos de impacto tenían una décima parte del tamaño del cráter o cuenca que excavaban (igual que las figuras históricas, pensó Maya); así que en este caso el planetesimal había sido un cuerpo de unos doscientos kilómetros de diámetro, y había caído en una zona de tierras altas marcada por numerosos cráteres antiguos. Los restos de ese cuerpo indican que probablemente era un asteroide común, de condrito carbonoso, con mucha agua y algo de niquel-hierro. Llevaba una velocidad de entrada de 72.000 kilómetros por hora, y había caído en un ángulo ligeramente inclinado hacia el este, lo que explicaba la enorme región devastada al este de Hellas, además de las crestas concéntricas altas y relativamente bien organizadas de los Hellespontus Montes, al oeste.

Entonces Diana enunció otra regla empírica que llevó a Maya a establer analogías libres con la historia humana: cuanto mayor era el cuerpo de impacto, menor era la porción del mismo que sobreviviría de el. Casi hasta el último pedazo de éste se había vaporizado en el choque cataclísmico. Pero había un pequeño bólido gravitatorio bajo el Cráter Gledhill, que algunos areólogos afirmaban que con total seguridad era el vestigio enterrado del planetesimal, era quizás una diez milésima parte del original, o menos; sostenían también que ese pedazo proporcionaría todo el níquel y el hierro que necesitarían si alguien se molestaba en desenterrarlo.

—¿Es eso factible? —preguntó Maya.

—En realidad no. Es más barato explotar los asteroides.

Cosa que ya estaban haciendo, pensó Maya con pesar. Eso era lo que significaba en esos tiempos una sentencia de prisión bajo el régimen de la UNTA: años en el cinturón de asteroides, manejando los robots de actividad circunscrita y las mineras. Eficiente, dijo la Autoridad Transitoria. Prisiones remotas y productivas.

Pero Diana seguía pensando en el pavoroso nacimiento de la cuenca. El impacto había ocurrido hacía unos tres mil quinientos millones de años, cuando la litosfera del planeta era más delgada, y su interior más caliente. Las energías liberadas por el impacto eran casi inimaginables: la energía total generada por la humanidad durante toda su historia no era nada comparada con ella, por tanto la actividad volcánica resultante había sido considerable. Hellas estaba rodeada por varios volcanes antiquísimos posteriores al impacto, incluyendo Australis Tholus, al sudoeste, Amphitrites Patera, al sur, y Hadriaca Patera y Tyrrhene Patera, al nordeste. Cerca de todas esas regiones volcánicas se habían encontrado acuíferos líquidos.

Dos de ellos se habían desbordado en la superficie en tiempos antiguos, dejando en la pendiente oriental de la cuenca característicos valles sinuosos excavados por el agua: Dao Vallis, que nacía en las onduladas pendientes de Hadriaca Patera, y mas al sur un par de valles conectados conocidos como el sistema Harmakhis-Reull, con una extensión de casi mil kilómetros. Los acuíferos en las cabeceras de estos valles se habían vuelto a llenar en los eones siguientes, y ahora grandes equipos de construcción habían cubierto Dao con una tienda y estaban trabajando en Harmakhis-Reull, y habían dejado correr el agua de los acuíferos a lo largo de los valles techados, hacia unos desagües en el

suelo de la cuenca. Maya estaba muy interesada en esas nuevas zonas añadidas a la superficie habitable, y Diana, que las conocía bien, la llevaría a Dao a visitar a unos amigos.

El tren se deslizó por el borde septentrional de Hellas todo ese primer día, y tuvieron a la vista el hielo que cubría el suelo de la cuenca continuamente. Pasaron por una pequeña ciudad en la ladera de una colina, llamada Sebastopol, con muros de un amarillo florentino a la luz de la tarde, y después llegaron a La Puerta del Infierno, la ciudad situada en el extremo final de Dao Vallis. Salieron de la estación a última hora de la tarde y contemplaron la ciudad tienda que se extendía a sus pies, situada bajo un gran puente colgante. El puente sostenía la pista de trenes, que atravesaba Dao Vallis justo por encima de la boca del cañón; de modo que había unos diez kilómetros de distancia entre las torres en suspensión. Desde el borde del cañón junto al puente, donde estaba la estación de trenes, se veía la boca del cañón, ensanchándose a medida que se internaba en la depresión, extendiéndose en una celosía de extrañas nubes manchadas por el sol. En la otra dirección alcanzaban a ver una buena porción del cañón empinado y angosto. Mientras bajaban por una calle escalonada que descendía en zigzag hasta la ciudad, el nuevo material de la tienda que cubría el cañón sólo se apreciaba como una bruma rojiza contra el color del cielo vespertino, resultado de una capa de arena menuda sobre la tienda.

—Mañana iremos corriente arriba por la carretera del borde —dijo Diana—, y tendremos una vista panorámica. Después regresaremos por el suelo del cañón para que veas cómo es.

Bajaron la calle, que tenía setecientos escalones numerados. Dieron un paseo por el centro de la ciudad y cenaron, y luego volvieron a subir hasta las oficinas de Aguas Profundas, justo en el muro del valle bajo el puente. Durmieron allí, y a la mañana siguiente partieron con un pequeño rover de la compañía.

Diana, al volante, enfiló hacia el nordeste, siguiendo una carretera paralela al borde del cañón que corría junto a los enormes fundamentos de hormigón de la tienda. A pesar de que los materiales eran diáfanos hasta el punto de ser invisibles, el extraordinario tamaño de la techumbre la convertía en una pesada carga. La mole de hormigón de los fundamentos les ocultaba el cañón, y cuando llegaron al primer mirador Maya aún no lo había visto desde que salieran de La Puerta del Infierno. Diana detuvo el rover en una pequeña zona de aparcamiento encajada en los anchos cimientos, se pusieron los trajes y salieron. Subieron por la escalera de madera que parecía ascender hasta el cielo sin ningún soporte, aunque un examen más detenido reveló la viga de aerogel transparente que la sostenía y las capas de la tienda, que tranqueaban el espacio que separaba unas vigas de otras. Encima de las escaleras había una pequeña plataforma de observación rodeada de barandas, desde la que se alcanzaba a ver una gran extensión del cañón en ambas direcciones.

Y había una corriente de agua: un río discurría por Dao Vallis. el suelo del cañón estaba moteado de verde, de una colección de verdes. Maya identificó tamariscos, algodoneros, álamos temblones, cipreses, sicómoros, robles achaparrados, bambú de la nieve, salvia… y luego, en los taludes a los pies de las paredes del cañón, numerosas variedades de arbustos y plantas rastreras, y naturalmente carrizos, musgos y líquenes. Y fluyendo a través de esta exquisita

floresta, un río.

No era una corriente azul con rápidos blancos. El agua era opaca en los tramos más lentos y del color del orín. En los rápidos y cascadas espumeaba con ricos tonos rosados. Los tonos marcianos clásicos, originados, explicó Diana, por la arena menuda en suspensión en el agua, como el légamo glaciar. Y también por el color del cielo reflejado, que ese día era una especie de malva brumoso, que se transformaba en lavanda alrededor del sol velado, tan amarillo como el iris de un tigre.

Pero el color del agua no tenía importancia: era un río que discurría por un valle fluvial, plácido en algunos tramos, agitado en otros, que formaba vados de grava, bancos de arena, brazos estrangulados, islas lemniscatas desmoronadas, allí un meandro de aguas profundas y perezosas, abundantes rápidos, y corriente arriba un par de pequeñas cascadas. Bajo la más alta de esas cascadas alcanzaban a ver la espuma rosada volviéndose casi blanca, y unas manchas blancas flotaban corriente abajo y quedaban enganchadas en las rocas y ramas que sobresalían en las riberas.

—El río Dao —dijo Diana—. También llamado Rubí por la gente que vive allí.

—¿Cuántos son?

—Unos pocos miles. La mayoría viven muy cerca de La Puerta del Infierno. Corriente arriba hay unas cuantas granjas familiares. Y por descontado, la estación del acuífero en la cabecera del cañón, donde trabajan algunos cientos.

—¿Es uno de los acuíferos más grandes?

—Sí. Casi tres millones cúbicos de agua. La estamos bombeando a una velocidad de inundación. Bueno, ya se nota allá abajo. Casi cien mil metros cúbicos al año.

—¿Eso quiere decir que dentro de treinta años no habrá rio?

—Exacto. Aunque podrían bombear agua de vuelta a la cabecera mediante una tubería, y soltarla de nuevo. O, ¿quién sabe?, si la atmósfera se vuelve bastante húmeda, las pendientes de Hadriaca Patera podrían acumular neveros lo suficientemente grandes para servir como cuenca fluvial. En ese caso, el río fluctuaría con las estaciones; pero eso es lo que hacen los ríos, ¿no?

Maya miró el paisaje que se extendía ante sus ojos, que le recordaba mucho algo que había visto en su juventud, un río... ¿El alto del Rioni, en Georgia? ¿El Colorado, que había visto durante una visita a los Estados Unidos? No podía recordarlo. Toda aquella vida parecía tan borrosa.

—Es hermoso —dijo, y meneó la cabeza; el paisaje tenía una cualidad nueva para ella, una visión fugaz de un futuro lejano.

—Sigamos la carretera un trecho más y podremos observar Hadriaca. Maya asintió y regresaron al rover. En una o dos ocasiones, mientras continuaban subiendo, la carretera se levantó sobre los cimientos lo suficiente para que disfrutaran de otra vista del suelo del cañón, y Maya vio que el pequeño río se abría paso entre rocas y vegetación. Pero Diana no se detuvo y Maya no vio señales de asentamientos.

En el extremo superior del cañón cubierto se alzaba el gran bloque de hormigón de la planta física, que albergaba los mecanismos de intercambio de

gases y la estación de bombeo. Un bosque de molinos de viento se erguía en la pendiente al norte de la estación, las grandes palas mirando al oeste y girando con lentitud. Sobre todo el conjunto se alzaba el cono ancho y bajo de Hadriaca Patera, un volcán cuyos flancos estaban insólitamente surcados por una apretada cuadrícula de canales de lava, los más recientes cruzando sobre los más antiguos. Ahora la nieve del invierno había cubierto los canales, pero no la roca negra entre ellos, desnudada por los fuertes vientos que acompañaban a las tormentas de nieve. El resultado era un enorme cono negro que se levantaba hacía el cielo amoratado, festoneado con centenares de lazos blancos enredados.

—Qué hermoso —dijo Maya—. ¿Pueden ver esto desde el suelo del cañón?

—No. Pero muchos trabajan en el borde, en el pozo o en la central eléctrica. Así que lo ven cada día.

—Esos colonos... ¿quiénes son?

—Vayamos a conocerlos —dijo Diana. Maya asintió. Le gustaba el talante de Diana, que le recordaba un poco a Ann. Los sansei y yonsei eran demasiado extraños para Maya, pero Diana era más normal que la mayoría, un poco reservada, quizá, pero comparada con sus contemporáneos más exóticos y los chicos de Zigoto, agradablemente normal.

Mientras Maya observaba a Diana, pensando en esto, Diana condujo el rover por una carretera que descendía hacia el cañón por la pendiente de un antiguo talud. Allí se había producido el reventón original del acuífero, pero había muy poco terreno caótico: sólo taludes titánicos, tendidos en su ángulo de reposo.

El suelo del cañón era llano y regular. Pronto estuvieron rodando sobre él, por una pista de regolito rociada con un fijador que corría junto al río siempre que era posible. Después de media hora alcanzaron una pradera verde, encajada en la curva perezosa de un grueso meandro. En el centro de esta pradera, en un bosquecillo de pinos piñoneros y álamos, se acurrucaba un grupo de tejados bajos de tablillas; una hebra de humo salía de una solitaria chimenea.

Maya contempló el asentamiento (corrales y pastos, huertos y establos, colmenas), maravillada por su belleza y su arcaica integridad, por la despreocupación que mostraba con respecto al gran altiplano desértico de roca roja que se cernía sobre el cañón... despreocupación por todo en verdad, por la historia, por el tiempo mismo. Un mesocosmos.

¿Pensaban en esas pequeñas casas en los problemas de Marte y de la Tierra? ¿Por qué habrían de hacerlo?

Diana detuvo el coche, y unas cuantas personas se acercaron cruzando la pradera. La presión bajo la tienda era de 500 milibares, lo que ayudaba a sostenerla, ya que la atmósfera tenía una media de 250 milibares ahora. Maya abrió la antecámara y salió sin casco, sintiéndose desnuda e incómoda.

Los colonos eran jóvenes nativos. La mayoría habían venido en los últimos años desde Burroughs y Elysium. Había también algunos terranos, dijeron, no muchos, pero un programa de Praxis traía grupos de países pequeños, y allí en el valle habían dado la bienvenida a suizos, griegos y navajos. Y había un asentamiento ruso cerca de La Puerta del Infierno. En el valle se oían muchos idiomas diferentes, pero el inglés era la lengua franca y la primera lengua de casi todos los nativos. Tenían acentos que Maya no había escuchado nunca, y

cometían curiosos errores gramaticales, al menos para su oído.

—Fuimos corriente abajo y vimos que algunos suizos estaban trabajando en el río. Estabilizando las riberas en algunos lugares con plantas y rocas. Dicen que dentro de pocos años estará lo suficientemente limpio como para que el agua sea transparente.

—Seguirá teniendo el color de los acantilados y del cielo —dijo Maya.

—Claro, por supuesto. Pero el agua clara tiene mejor aspecto.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Maya.

Ellos se miraron de reojo y fruncieron el ceño, meditándolo.

—Por el aspecto que tiene en la mano. Maya sonrió.

—Es maravilloso que dispongan de tanto espacio. Es increíble los espacios tan grandes que pueden cubrir ahora, ¿no les parece?

Ellos se encogieron de hombros, como si no se les hubiese ocurrido pensarlo.

—Esperamos con ansiedad el día en que quitaremos el tendido —dijo uno—. Extrañamos la lluvia y el viento.

—¿Cómo lo saben? Pero ellos lo sabían.

Ella y Diana regresaron al coche y siguieron su camino, dejando atrás diminutas aldeas, granjas aisladas, una pradera con ovejas, viñas, huertas, campos cultivados, grandes invernaderos atestados, centelleando como laboratorios. Una vez un coyote cruzó la pista delante del coche. Y en lo alto de un pequeño montículo verde, bajo un talud, Diana divisó un oso pardo, y luego algunas ovejas Dalí. En las pequeñas aldeas la gente intercambiaba comida y herramientas en los mercados y comentaba los sucesos del día. No les llegaban las noticias de la Tierra, y a Maya le parecieron asombrosamente ignorantes. Todos menos una pequeña comunidad rusa; hablaban un ruso mestizo, pero a Maya se le llenaron los ojos de lágrimas. Ellos le contaron que las cosas en la Tierra se estaban cayendo a pedazos. Como siempre. Se alegraban de estar en el cañón.

En una de las pequeñas aldeas había un mercado al aire libre en plena actividad, y en mitad de la multitud estaba Nirgal, comiéndose una manzana y asintiendo vigorosamente mientras escuchaba lo que alguien le decía. Entonces las vio salir del coche y se acercó corriendo y abrazó a Maya, levantándola del suelo.

—¡Maya! ¿Qué haces aquí?

—He venido de visita desde Odessa. Ésta es Diana, la hija de Paul.

¿Qué haces tú aquí?

—Ah, visitando el valle. Tienen algunos problemas con el suelo y estoy intentando ayudarlos.

—Cuéntame.

Nirgal era ingeniero ecológico, y parecía haber heredado algo del talento de Hiroko. El mesocosmos era relativamente nuevo, estaban trasplantando por todo el valle, y aunque habían preparado el suelo, las deficiencias de nitrógeno y potasio no dejaban prosperar a las plantas. Mientras recorrían el mercado Nirgal

le explicó esto y les señaló las cosechas locales y los bienes importados, describiendo la economía del valle.

—¿Entonces no son autosuficientes? —preguntó Maya.

—No, no. Ni de lejos. Pero cultivan buena parte de la comida que necesitan, e intercambian cosechas, o las regalan.

Entonces, Nirgal trabajaba en la eco-economía también. Ya había hecho muchos amigos allí: la gente se acercaba constantemente y lo abrazaba, y como él le había echado el brazo por los hombros a Maya, también se veía incluida en el abrazo, y luego la presentaba a los jóvenes nativos, contentos de ver a Nirgal de nuevo. Él recordaba todos los nombres, les preguntaba cómo les iba, y seguía preguntando mientras continuaban la visita al mercado, pasando delante con mesas de pan y verduras, con bolsas de cebada y fertilizantes, con cestas de bayas y ciruelas. Pronto hubo una pequeña muchedumbre siguiéndolo, y finalmente se instalaron alrededor de unas largas mesas de pino fuera de una taberna. Nirgal retuvo a Maya junto a él el resto de la tarde, y ella miró las caras jóvenes, relajadas y felices, advirtiendo lo mucho que Nirgal se parecía a John —la gente se sentía atraída por su calidez, y luego la compartían con otros—, todo se convertía en una fiesta tocado por su gracia. Se sirvieron las bebidas unos a otros, y ofrecieron un banquete a Maya, «todo local, todo local», y hablaron con aquel rápido inglés marciano, contando chismes y explicando sus sueños. Oh, sin duda era un muchacho especial, tan mágico como Hiroko, y sin embargo sencillo. Diana, por ejemplo, no se despegaba de su lado, y muchas mujeres jóvenes parecían deseosas de ocupar su lugar o el de Maya. Quizás habría sido así en el pasado. Bien, ser una anciana *babushka* tenía algunas ventajas. Podía mimarlo desvergonzadamente, y él reía, y ellas no podían hacer nada. Sí, había algo carismático en Nirgal: el mentón delgado, la boca inquieta y risueña, los ojos castaños, muy separados, ligeramente asiáticos, las cejas pobladas, el cabello negro y revuelto, el cuerpo largo y lleno de gracia, aunque era más bajo que la mayoría. Nada excepcional. Era más bien su forma de ser, amigable, curiosa y risueña.

—¿Y la política? —le preguntó ella esa noche, mientras bajaban de la aldea al río—. ¿Qué les dices?

—Utilizo el documento de Dorsa Brevia. Mi idea es que deberíamos ponerlo en vigor inmediatamente, en nuestra vida diaria. Mucha gente en este valle han abandonado la red oficial, ¿sabes?, y viven según la economía alternativa.

—Ya lo he notado. Ésa es una de las cosas que me trajo aquí.

—Sí, bien, ya ves lo que está ocurriendo. A los sansei y yonsei les gusta. Piensan en ello como en un sistema de cosecha propia.

—La cuestión es qué piensa la UNTA de esto.

—¿Qué pueden hacer? No creo que les importe demasiado, por lo que he visto. —Él viajaba constantemente, llevaba años haciéndolo, y había visto mucho de Marte, mucho más que ella.— Es difícil vernos, y además no los estamos desafiando. De modo que no se molestan en pensar en nosotros. Ni siquiera son conscientes de lo extendidos que estamos.

Maya meneó la cabeza con aire de duda. Estaban en la ribera del río, que en ese punto gorgoteaba ruidosamente sobre los bajíos; la nocturna superficie

púrpura apenas reflejaba la luz de las estrellas.

—Es tan cenagoso —dijo Nirgal.

—¿Qué nombre os dais? —preguntó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Es una especie de partido político, Nirgal, o un movimiento social. Tienen que darle algún nombre.

—Oh. Bien, algunos dicen que somos booneanos, o una rama de Marteprimero. Pero creo que no es muy adecuado. Yo personalmente no lo llamo de ninguna manera. Tal vez Ka. O Marte Libre. Decimos eso como una especie de saludo. Verbo, nombre, no importa. Marte Libre o Liberad a Marte.

Maya asintió. Sentía la brisa fría y húmeda en la mejilla, y el brazo de Nirgal rodeándole la cintura. Una economía alternativa, que funcionaba sin el gobierno de la ley; fascinante pero peligroso. Porque podía convertirse en una economía negra dirigida por mafiosos, y contra eso poco podría hacer una aldea idealista como aquella. Por tanto, Maya pensó que en realidad era una solución ilusoria frente a la Autoridad Transitoria.

Sin embargo, cuando compartió esta reflexión con Nirgal, él coincidió con ella.

—Yo no lo veo como el paso definitivo. Pero pienso que ayuda. Es lo que podemos hacer ahora. Y cuando llegue la hora...

Maya asintió en la oscuridad. Caminaron de regreso a la aldea, donde la fiesta continuaba aún. Allí, al menos cinco muchachas empezaban a maniobrar para ser la última junto a Nirgal cuando la fiesta terminase. Después de una carcajada con una leve nota de amargura (si ella fuese joven, las otras no tendrían *oportunidad)* Maya los dejó y se fue a la cama.

Después de conducir durante dos días corriente abajo desde la aldea mercado, todavía a cuarenta kilómetros de La Puerta del Infierno, doblaron un recodo y pudieron ver el cañón en toda su extensión, hasta las torres del puente colgante de las pistas férreas. Como algo salido de otro mundo, pensó Maya, con una tecnología desconocida. Las torres tenían seiscientos metros de altura y entre ellas había diez kilómetros de separación: un puente en verdad inmenso, que convertía a La Puerta del Infierno en una ciudad enana, que apareció en el horizonte una hora después, los edificios derramándose por las escarpadas paredes del cañón como una dramática villa costera en España o Portugal, pero todo a la sombra del inmenso puente. Inmenso, sí, y sin embargo había puentes dos veces más grandes que aquél en Chryse, y con los continuos avances en la ciencia de los materiales las posibilidades eran infinitas. El nuevo filamento de nanotubo de carbono del cable del ascensor tenía una fuerza tensora que sobrepasaba incluso las necesidades del ascensor, y con él uno podía construir cualquier puente que se le antojase: había quien hablaba de tender uno sobre Marineris, y algunos proponían en broma instalar un teleférico entre los regios volcanes de Tharsis para ahorrarse la caída vertical de quince mil metros entre los tres picos.

Cuando estuvieron de nuevo en La Puerta del Infierno, Maya y Diana

devolvieron el rover al garaje y devoraron una opípara cena en un restaurante en mitad de la pared del cañón. Diana tenía que visitar a unos amigos, así que después de la cena Maya se excusó y fue a las oficinas de Aguas Profundas y a su habitación. Pero al otro lado de las puertas acristaladas, dominando el pequeño balcón, el gran arco del puente se tendía entre las estrellas, y al recordar el Cañón Dao y a sus pobladores, y la negra Hadriaca ribeteada de blanco con sus canales llenos de nieve, le costó mucho conciliar el sueño. Salió al balcón y pasó gran parte de la noche sentada en una silla, arrebujada en una manta, contemplando la parte inferior del gigantesco puente y pensando en Nirgal y los jóvenes nativos, y en lo que significaban.

Se suponía que a la mañana siguiente debían tomar el tren circumHellas, pero Maya le pidió a Diana que la llevase al suelo de la cuenca para ver con sus propios ojos qué le ocurría al agua del Rio Dao. Diana accedió encantada.

En el extremo inferior de la ciudad la corriente se concentraba en un angosto embalse, represado por un grueso dique de hormigón con una bomba hidráulica, instalado justo en el muro de la tienda. Fuera de la tienda, el agua era canalizada a través de la cuenca mediante una amplia tubería recubierta de aislante, levantada sobre unos pilares de tres metros. La tubería bajaba la suave pendiente oriental de la cuenca y ellas la siguieron en el rover de la compañía hasta que los fracturados acantilados de La Puerta del Infierno desaparecieron bajo las dunas bajas a sus espaldas. Una hora después, las torres del puente aún eran visibles, asomando sobre la línea del horizonte.

Unos pocos kilómetros más allá, la tubería cruzaba una planicie rojiza de hielo resquebrajado, una especie de glaciar que se abría en abanico a derecha e izquierda sobre la planicie hasta donde alcanzaba la vista. Era la orilla del nuevo mar, o al menos uno de los lóbulos, congelado. La tubería sobrevolaba el hielo, luego descendía hasta él y desaparecía a unos dos kilómetros de la orilla.

El anillo de un cráter, pequeño y casi sumergido, asomaba en medio del hielo como una doble península curva. Diana siguió las rodadas que llevaban a una de las penínsulas. El mundo que se extendía ante ellas estaba completamente cubierto de hielo; detrás tenían la pendiente de arena.

—Este lóbulo es muy extenso —dijo Diana—. Mire allí. —Señaló un centelleo plateado en el horizonte occidental.

Maya tomó unos binoculares del salpicadero. Alcanzó a ver lo que parecía ser el borde occidental del lóbulo, que daba paso a las dunas de arena. Mientras miraba, una masa de hielo del borde se desplomó, como un glaciar de Groenlandia precipitándose al mar, y cuando chocó contra la arena se rompió en mil pedazos blancos. El agua corrió sobre las dunas, un agua tan oscura como la arena del río Rubí. Una gran nube de polvo se elevó de la corriente, y el viento la arrastró hacia el sur. Los bordes de la nueva inundación empezaron a blanquear, pero Maya notó que poco tenía que ver con la escalofriante velocidad de congelación de la inundación en Marineris en el 61. ¡Se mantenía en estado líquido, apenas sin escarchada, durante minutos, al aire libre! El mundo era mas templado, desde luego, y la atmósfera mas densa, a veces por encima de 260 milibares y la temperatura exterior era en ese momento de 271°K. ¡Un día muy agradable! Escrutó la superficie del lóbulo con los binoculares y advirtió el

resplandor blanco de los estanques que se habían vuelto a congelar, limpios y llanos.

—Las cosas están cambiando —dijo Maya, como hablando consigo misma, y Diana no respondió.

Poco después toda la superficie de la marea de aguas oscuras emblanqueció y dejó de moverse.

—Ahora aflorará por otro sitio —dijo Diana—. Funciona como la sedimentación en el delta de un río. El canal principal de este lóbulo en realidad se encuentra bastante más al sur.

—Me alegro de haberlo visto. Regresemos.

Regresaron a La Puerta del Infierno y esa noche cenaron juntas otra vez, en el mismo restaurante terraza bajo el gran puente. Maya le hizo a Diana muchas preguntas sobre Paul y Esther, Kasei, Nirgal, Rachel, Emily, Reull y el resto de la prole de Hiroko, y sobre los hijos de éstos, y sobre los nietos. ¿Qué hacían ahora? ¿Qué pensaban hacer? ¿Tenía Nirgal muchos seguidores?

—Oh, sí, por supuesto. Usted misma lo vio. Viaja continuamente, y hay toda una red de nativos en las ciudades del norte a quienes les importa Nirgal. Amigos, y amigos de amigos, y así sucesivamente.

—¿Y crees que esa gente apoyará...?

—¿Otra revolución?

—Iba a decir movimiento de independencia.

—Lo llame como lo llame, lo apoyarán. Apoyarán a Nirgal. La Tierra les parece una pesadilla, una pesadilla que trata de arrastrarnos. Y ellos no quieren eso.

—¿Ellos? —preguntó Maya sonriendo.

—Oh, yo tampoco. —Diana sonrió también—. Nosotros.

Mientras rodeaban Hellas en el sentido de las agujas del reloj, Maya tuvo motivos para recordar esa conversación. Un consorcio de Elysium, sin ninguna conexión metanacional o con la UN que Maya pudiese descubrir, acababa de terminar de techar los valles Harmakhis-Reull empleando el mismo método utilizado en Dao. Ahora había centenares de personas en esos dos cañones conectados instalando los aireadores y preparando los suelos, y sembrando y plantando la naciente biosfera del mesocosmos de los cañones. Los invernaderos y plantas de procesamiento producían casi todo lo que necesitaban para continuar los trabajos, y obtenían los metales y gases de las tierras desoladas de Hesperia al este, y los trasladaban a Sujumi, una ciudad situada en la montaña de Harmakhis Vallis. Esas gentes tenían los programas iniciales y las semillas, y no parecían hacer mucho caso de la Autoridad Transitoria: no habían pedido permiso para llevar a cabo su proyecto, y mostraban una abierta antipatía hacia los burócratas del Grupo del Mar Negro, que normalmente representaban a las metanac terranas.

Con todo, andaban muy escasos de mano de obra, y agradecían los técnicos y los trabajadores no especializados que les proporcionaba Aguas Profundas, y cualquier maquinaria que pudieran gorronear de sus cuarteles generales.

Prácticamente todos los grupos que Maya conoció en Harmakhis-Reull le pidieron ayuda. Muchos eran jóvenes nativos que parecían pensar que tenían tanto derecho al material como los demás, aunque no perteneciesen a Aguas Profundas o ninguna otra compañía.

Y al sur de Harmakhis-Reull, en las colinas accidentadas detrás del borde de la cuenca, menudeaban los equipos de prospección en busca de acuíferos. Al igual que en los cañones techados, la mayoría de los integrantes de esos equipos había nacido en Marte, muchos de ellos después de 2061. Y eran diferentes, profundamente diferentes, compartían intereses y entusiasmos que no podían compartir con ninguna otra generación, como si una tendencia de selección hubiese producido una distribución bimodal, de tal suerte que los representantes del antiguo *Homo sapiens* cohabitaban ahora en el planeta con el *Homo ares,* criaturas altas, esbeltas y gráciles que se sentían en casa, y que charlaban profundamente absortos mientras proseguían con las labores que convertirían la Cuenca de Hellas en un mar.

Y ese gigantesco proyecto era absolutamente natural para ellos. En una parada en la pista, Maya y Diana se apearon y en compañía de unos amigos de Diana viajaron en rover hasta una de las crestas de las Zea Dorsa, que se internaba en el cuadrante sudoriental del suelo de la cuenca. Ahora muchas de esas dorsa eran penínsulas que desaparecían bajo otro lóbulo de hielo, y Maya contempló los glaciares de orillas profundamente agrietadas, y trató de imaginar un tiempo en el que la superficie del mar estuviera centenares de metros por encima de sus cabezas, y esas aristas de las crestas basálticas no serían más que unos *blips* en el sonar de algún barco, hogar de estrellas de mar, camarones, krill y una extensa gama de bacterias creadas por la ingeniería genética. Ese tiempo no estaba muy lejano, aunque uno se sorprendiese al advertirlo. Pero Diana y sus amigos, éstos en concreto de ascendencia griega, o quizá turca, estos jóvenes zahoríes marcianos no parecían sobrecogidos por ese futuro inminente, ni por la vastedad del proyecto. Aquél era su trabajo, su vida... para ellos *tenia* una escala humana, no había nada antinatural. En Marte el trabajo humano consistía en proyectos faraónicos como aquél. Crear océanos. Construir puentes que dejaban el Golden Gate a la altura de un juguete. Aquellos jóvenes ni siquiera miraban esa cresta que pronto dejaría de ser visible: estaban hablando de otras cosas, de amigos comunes en Sujumi y cosas por el estilo.

—¡Ésta es una obra prodigiosa! —les dijo Maya con aire de reproche—

. ¡Esto es infinitamente mayor que todo lo hecho hasta ahora! ¡Este mar será tan grande como el Caribe! ¡Jamás ha habido un proyecto como éste en la Tierra, ninguno! ¡Ni de lejos!

Una mujer de rostro ovalado y bondadoso y piel hermosa rió con ganas.

—Me importa un comino la Tierra —dijo.

La nueva pista se curvaba siguiendo el borde meridional, y cruzaba transversalmente algunas crestas y barrancos que recibían el nombre de Axius Valles. Estas ondulaciones iban de las colinas escarpadas del borde hasta el suelo de la cuenca, obligando al viaducto de la pista a alternar entre grandes puentes arqueados y profundas gargantas y túneles. El tren al que habían subido después de Zea Dorsa era un corto convoy propiedad de la oficina de Odessa, así

que Maya pudo detenerse en casi todas las pequeñas estaciones del trayecto, y conversó con los equipos de construcción y prospección. En una de ellas todos eran emigrantes nacidos en la Tierra, para Maya mucho más comprensibles que los alegres nativos. Eran gentes de estatura normal, que andaban tambaleándose, sorprendidos y entusiasmados, o consternados y quejosos, y en cualquier caso conscientes de lo insólito de la empresa. Llevaron a Maya a un túnel en una cresta, y resultó que era un túnel de lava que venía de Amphitrites Patera: la cavidad cilíndrica era del mismo tamaño que la de Dorsa Brevia, pero muy inclinada. Los ingenieros estaban bombeando el agua del acuífero de Amphitrites al interior del túnel, que usaban como tubería hasta el suelo de la cuenca. Así pues, los sonrientes hidrólogos nativos de la Tierra la llevaron a una galería de observación excavada en la pared; el agua negra rugía en el fondo del enorme túnel, cubriendo apenas el suelo incluso a 200 metros cúbicos por segundo, el rugido amplificado por el eco del basalto.

—¿No es estupendo? —exclamaron los inmigrantes, y Maya asintió, feliz de estar en compañía de gente cuyas reacciones entendía—. Es como un sumidero gigantesco, ¿no?

De nuevo en el tren, los jóvenes nativos asintieron a las exclamaciones de Maya con educación, pero pronto estuvieron discutiendo sobre algún rasgo del suelo de la depresión que Maya no podía ver.

El tren rodeó el arco sudoccidental de la depresión, y la pista los llevó hacia el norte. Pasaron sobre cuatro o cinco grandes tuberías que partían serpenteando de los cañones elevados de los Hellespontus Montes, a la izquierda, cañones entre dentadas crestas de roca desnuda, como salidos de Afganistán o Nevada, los picos cubiertos de nieve blanca. A la derecha se veían manchas de hielo quebrado y sucio en el suelo de la depresión, y con frecuencia las placas blancas y lisas de aludes recientes. Había varios edificios en lo alto de las colinas que flanqueaban la pista, pequeñas ciudades tienda que parecían salidas del renacimiento toscano.

—Esas colinas estarán de moda para vivir —le dijo Maya a Diana—. Estarán entre las montañas y el mar, y las bocas de algunos de esos cañones acabarán siendo pequeños puertos.

Diana asintió.

—Buen lugar para navegar.

Al llegar a la última curva de su circunnavegación, la pista tuvo que cruzar el Glaciar Niesten, el vestigio helado del reventón masivo que había sofocado Punto Bajo en el 61. No era sencillo hacer esa travesía, puesto que el glaciar tenía treinta y cinco kilómetros de ancho en su punto más estrecho, y no habían tenido tiempo ni equipo para construir un puente colgante sobre él. En vez de eso, habían clavado pilares en el hielo y los habían asegurado en la roca subyacente. Los pilares estaban provistos de proas semejantes a las de los rompehielos en la cara que miraba corriente arriba, y en la cara opuesta habían colocado una especie de pontones, que se deslizaban sobre el hielo del glaciar mediante pequeños cojines inteligentes que se dilataban o contraían para compensar los desniveles del hielo.

El tren aflojo la velocidad para cruzar el pontón, y mientras se deslizaban por

el, Maya miro corriente arriba. Pudo ver donde había caído el glaciar, muy cerca del cráter Niesten. Unos rebeldes no identificados habían reventado el acuífero de Niesten con una explosión termonuclear, y habían provocado una de las cinco o seis inundaciones más grandes de 2061, casi tan importante como la que había arrasado los cañones de Marineris. El hielo aún era un poco radiactivo. En ese momento yacía inmóvil bajo el puente, y las secuelas de aquella terrible inundación sólo eran un sorprendente campo de bloques de hielo fracturados. Diana dijo algo a propósito de unos escaladores que se divertían subiendo por las paredes del glaciar. Maya tembló de disgusto. La gente estaba tan loca. Pensó en Frank, arrastrado por la inundación de Marineris, y soltó una palabrota.

—¿No lo aprueba? —preguntó Diana. Ella volvió a maldecir.

Una tubería recubierta de aislante pasaba debajo del puente hacia Punto Bajo. Aún estaban drenando el fondo del acuífero reventado. Maya había supervisado la construcción de Punto Bajo, había vivido allí durante años, con un ingeniero cuyo nombre no recordaba, y ahora estaban bombeando lo que quedaba en el fondo del acuífero Niesten para añadirlo al agua que cubría la ciudad. El gran reventón del 61 había quedado reducido a agua regulada discurriendo por una esbelta tubería.

Maya sintió un torbellino de emociones en su interior, removidas por todo lo que había visto durante el viaje, por todo lo que había ocurrido y lo que iba a ocurrir. ¡Ah, las mareas interiores, los relámpagos de las mareas en su mente! Si consiguiese reducir su espíritu como ellos habían reducido el acuífero, drenándolo, controlándolo, infundiéndole sensatez. Pero las presiones hidrostáticas eran muy intensas, los reventones,

cuando se producían, eran violentos. Ninguna canalización podría contenerlos.

—Las cosas están cambiando —les dijo a Michel y Spencer—. Me parece que ya no las comprendemos.

Maya se reincorporó a su vida en Odessa, contenta de estar de vuelta, pero también intranquila, inquisitiva, viéndolo todo con ojos nuevos. En la pared, detrás de la mesa de su despacho tenía colgado un dibujo de Spencer, un alquimista arrojando un gran volumen a un mar turbulento. Al pie Spencer había escrito: «Destruyo mi libro».

Maya salía del apartamento por la mañana temprano y bajaba por la cornisa hasta las oficinas de Aguas Profundas, cerca del muelle seco, al lado de otra empresa de Praxis, Separation de L'Atmosphere. Pasaba el día trabajando con el equipo de síntesis, coordinando las unidades de campo y concentrándose ahora en las pequeñas operaciones móviles que se desplazaban alrededor del suelo de la depresión, trabajos de minería y reordenación del hielo de último minuto. De cuando en cuando trabajaba en el diseño de los pequeños caseríos errantes, disfrutando de su vuelta a la ergonomía, su vieja especialidad aparte de la cosmonáutica. Un día en que se ocupaba de una nueva concepción de armarios airó sus bocetos y experimentó una sensación de *deja vu.* Se pregunto si no habría hecho ese mismo trabajo antes, en algún momento de su pasado perdido, y también cómo era posible que las penalidades se grabaran tan firmemente en la memoria, mientras que el conocimiento era tan frágil. No podía recordar la

educación que le había dado sus virtudes ergonómicas, pero las tenía, a pesar de que hacía décadas que no las usaba.

Pero la mente era extraña. Algunos días la sensación de *deja vu* se volvía tan palpable como un picor, tanto que sentía cada uno de los sucesos del día como ya vividos con anterioridad. Era una sensación que se hacía más incómoda cuanto mas se prolongaba, hasta que el mundo se convertía en una espantosa prisión, y ella era una esclava del destino, un mecanismo de relojería incapaz de hacer nada que no hubiese hecho en el pasado. Cierta vez duro toda una semana, y Maya se sintió casi paralizada; nunca había experimentado un asalto tan brutal al sentido de su vida. Michel estaba muy preocupado y le aseguró que se trataba de la manifestación mental de un desorden físico. Maya trató de creerlo, pero como nada de lo que él le recetó alivió la sensación no le quedó más remedio que aguantar y esperar que aquello pasara.

Cuando al fin pasó, Maya se esforzó por olvidar la experiencia. Y cuando volvía a repetirse, le decía a Michel: «Ay Dios, ya vuelve otra vez», y él preguntaba: «¿Es que te había ocurrido antes?», y los dos reían, y ella se las arreglaba como mejor podía. Solía sumergirse en los detalles del trabajo que tenía entre manos, planificando los equipos de prospección, asignándoles las zonas según los informes de los areógrafos y los resultados de los equipos de prospección que regresaban de sus misiones. Era un trabajo excitante, una suerte de gigantesca búsqueda del tesoro que exigía una educación continuada en areografía, en los hábitos secretos del agua submarciana. Esta dedicación intensa le permitía enfrentarse con bastante éxito al *deja vu,* y después de un tiempo se convirtió en otra más de las extrañas sensaciones que la atormentaban, peor que la euforia pero mejor que las depresiones o esos momentos en que la avasallaba una sensación opuesta al *deja vu,* la certeza de que nunca le había sucedido nada parecido a aquello, incluso cuando lo que hacía era subir a un tranvía. *Jamais vu,* lo llamaba Michel, con aire preocupado. Muy peligroso, por lo visto. Pero no se podía hacer nada. A veces servía de bien poco vivir con alguien especializado en problemas psicológicos. Uno corría el riesgo de convertirse en un caso clínico particularmente interesante. Necesitarían muchos pseudónimos para describirla a ella.

De todas maneras, los días que tenía suerte y se sentía bien, el trabajo la absorbía por completo, y libraba entre las cuatro y las siete, cansada y satisfecha. Volvía a casa andando bajo la luz característica de la tarde avanzada en Odessa: toda la ciudad a la sombra de Hellespontus, el cielo por tanto rebosante de luz y color, las nubes resplandeciendo mientras navegaban hacia el hielo, y las superficies bruñidas por el reflejo de la luz, con una infinita gama de colores entre el azul y el rojo, diferentes cada dia, cada hora. Paseaba perezosamente bajo las hojas de los árboles del parque, y tranqueaba el portón del edificio de Praxis. Luego subía al apartamento y cenaba con Michel, que por lo general había tenido un dia muy largo atendiendo a los terranos llegados con ataques de nostalgia, o a los veteranos con una variedad de tormentos similares al *deja vu* de Maya o la disociación de Spencer: pérdida de memoria, anomia, olores fantasma y cosas por el estilo, viejos problemas gerontológicos que raras veces se daban en las personas con vidas más cortas, advertencias ominosas de que el tratamiento tal vez no penetraba en el cerebro todo lo necesario.

Sin embargo, muy pocos nisei, sansei o yonsei visitaban a Michel, lo que le sorprendía.

—Es sin duda una buena señal para las perspectivas a largo plazo de la habitación de Marte —dijo una noche cuando llegó después de un día tranquilo en su despacho de la planta baja.

Maya se encogió de hombros.

—Pueden estar locos y no saberlo. Cuando hice aquel viaje alrededor de la cuenca tuve la sensación de que así era.

Michel la miró.

—¿Quieres decir locos o sólo diferentes?

—No lo sé. No parecían ser conscientes de lo que hacían.

—Cada generación se constituye como sociedad secreta. Y a éstos se les podría llamar areurgos. Está en su naturaleza manipular el planeta. Tienes que concederles al menos eso.

Por lo general, cuando Maya llegaba a casa, el apartamento estaba perfumado con los fragantes olores de los intentos de Michel de cocinar a la provenzal, y solía haber una botella de vino tinto abierta sobre la mesa. Durante la mayor parte del año comían en la terraza, y cuando estaba en la ciudad y le apetecía, Spencer se les unía, como lo hacían también los frecuentes visitantes. Mientras comían comentaban el trabajo del día y los sucesos del planeta y de la Tierra.

Y así Maya vivía los días corrientes de una vida corriente, *la vie quotidienne,* y Michel la compartía con su sonrisa socarrona, el hombre calvo con un elegante rostro galo, irónico y jovial, y siempre tan objetivo. La luz del día moribunda se concentraba en una franja de cielo sobre los picos mellados de Hellespontus, intensos rosas, plateados y violetas, que se fundían en índigos oscuros y negros cárdenos, y ellos bajaban la voz durante la fase final del crepúsculo que Michel llamaba *entre chien et loup.* Luego recogían los platos y limpiaban la cocina. Todo rutinario, sabido, inmersos en ese *deja vu* que uno mismo decide, que le da la felicidad.

Algunas tardes, sin embargo, Spencer arreglaba las cosas para que ella asistiera a una reunión, casi siempre en alguna de las comunas de la parte alta de la ciudad, vagamente afiliadas a Marteprimero, aunque la gente que asistía a las reuniones no se parecía mucho a los radicales de Marteprimero que Kasei había liderado en el congreso de Dorsa Brevia, sino más bien a los amigos de Nirgal de Dao, más jóvenes, menos dogmáticos, más egocéntricos y felices. Aunque deseaba conocerlos, esos jóvenes perturbaban mucho a Maya, y el día anterior a la reunión vivía en un estado de anticipación intranquila. Luego, después de la cena, un pequeño grupo de amigos de Spencer los pasaban a buscar y los acompañaban por la ciudad, en tranvía o a pie, normalmente en dirección a los barrios altos de Odessa, donde había una mayor concentración de apartamentos.

En esa zona edificios enteros se estaban convirtiendo en baluartes alternativos, y sus ocupantes pagaban el alquiler, tenían trabajos en la parte baja de la ciudad, pero fuera de eso estaban completamente desconectados de la economía oficial. Cultivaban en invernaderos, terrazas y tejados, y fabricaban material de programación y de construcción, y pequeños instrumentos y agroherramientas para venderlas, intercambiarlas o compartirlas. Las reuniones

se celebraban en salas comunes o en los pequeños parques y jardines de la parte alta. A veces, algunos grupos de rojos de fuera de la ciudad se les unían.

Maya empezaba pidiendo a la gente que se presentase, y de ese modo se enteró de muchas cosas: la mayoría estaban entre los veinte y los cuarenta años, habían nacido en Burroughs, Elysium o Tharsis, o en campamentos de Acidalia o el Gran Acantilado. También había un pequeño porcentaje de veteranos de Marte y algunos inmigrantes, sobre todo rusos, lo que complació a Maya. Eran agrónomos, ingenieros ecológicos, obreros de la construcción, técnicos, tecnócratas, empleados municipales, personal de servicio. Y muchos de ellos desarrollaban su trabajo en el marco de la creciente economía alternativa. Los edificios comunales de este movimiento se habían convertido en laberintos de apartamentos de una sola habitación, con los baños al final del pasillo. Iban a trabajar a pie o en tranvía, y pasaban ante la mansión fortaleza ocupada por los ejecutivos metanacionales de visita.

(Todos los empleados de Praxis vivían en apartamentos como los suyos, lo que habían advertido con aprobación.) Todos habían recibido el tratamiento y lo consideraban normal. Tenían una salud excelente, y sabían bien poco de enfermedades y clínicas de salud abarrotadas. Era un remedio popular entre ellos salir al exterior en traje y respirar una bocanada de aire. Se decía que eso acababa con cualquier malestar que uno pudiera tener. Eran grandes y fuertes, y tenían una mirada que Maya reconoció una noche: la del Frank joven, la mirada de la fotografía que había visto en el atril, ese idealismo, ese punto de ira, el conocimiento de que las cosas no iban bien, la seguridad de que ellos podían arreglarlas. Ah, los jóvenes, pensó. Circunscripción natural de la revolución.

Y allí estaban, en sus reducidas habitaciones, reuniéndose para discutir los problemas del momento, cansados pero felices. Esas reuniones también eran fiestas, parte de la vida social de esas gentes, y era importante tenerlo en cuenta. Maya solía ir hasta el centro de la habitación, se sentaba en una mesa, si era posible, y decía:

—Soy Maya Toitovna. Estoy aquí desde el principio.

Entonces les hablaba de aquellos tiempos, de la vida en la Colina Subterránea, esforzándose por recordar, hasta que al fin fue tan insistente como la propia historia en su intento de explicarles por qué las cosas eran como eran en Marte.

—Miren —les decía—, nunca podrán regresar.

Los cambios fisiológicos les habían vedado la Tierra para siempre, tanto a inmigrantes como a nativos, pero sobre todo a los nativos. Ahora todos eran marcianos. Tenían que ser un estado independiente, soberano, o semiautónomo como mínimo. La semiautonomía quizá bastase, dadas las realidades de los dos mundos justificaría que lo llamasen un Marte libre. Pero en el estado actual de las cosas no tenían poder real sobre sus vidas. A cien millones de kilómetros de distancia otros decidían sobre el destino de todos ellos. Estaban despedazando el hogar para arrancarle los metales y llevárselos. Era un despilfarro que beneficiaba a una pequeña élite metanacional que estaba dirigiendo los dos mundos como un feudo de su propiedad. No, tenían que ser libres, eso no significaba desentenderse de la terrible situación de la Tierra, sino ejercer una influencia real sobre lo que estaba ocurriendo allí. De otro modo sólo serían

testigos impotentes de la catástrofe. Y luego serían absorbidos por el torbellino. Eso era intolerable. Tenían que actuar.

Los grupos comunales eran muy receptivos a este mensaje igual que los grupos más tradicionales de Marteprimero y los bogdanovistas urbanos, e incluso algunos rojos. Para todos ellos en cada reunión, Maya enfatizaba la importancia de coordinar todas las acciones.

—¡La revolución no es lugar para la anarquía! Si cada uno intenta llenar Hellas por su cuenta, es muy probable que arruine el trabajo de otros, e incluso hasta se podría sobrepasar el nivel menos uno, echando a perder todo aquello por lo que hemos trabajado. Ocurre lo mismo con esto. Es necesario que trabajemos juntos. No lo hicimos en el sesenta y uno, y por eso fue un fiasco. Aquello fue más interferencia que sinergia,

¿comprenden? Una actitud estúpida. Esta vez tenemos que trabajar unidos.

Dígaselo a los rojos, exclamaban los bogdanovistas. Y Maya los empalaba con la mirada y decía:

—Estoy hablando con ustedes ahora. No creo que les gustase oír lo que les digo a ellos. —El comentario los hacía reír y se relajaban al imaginar cómo reñía a otros. Que la considerasen la Viuda Negra, la bruja malvada que podía maldecirlos, la Medca que podía matarlos, no era en absoluto una parte desdeñable de su ascendiente sobre ellos, y por eso de cuando en cuando Maya montaba un numerito truculento y enseñaba los dientes. Les hacía preguntas crudas, y aunque normalmente eran ingenuos sin remedio, algunas veces las respuestas la impresionaban, sobre todo las referidas a Marte. Algunos estaban acumulando cantidades ingentes de información: inventarios de los arsenales metanacionales, instalaciones aeroportuarias, redes de información, listados y programas de localización de satélites y astronaves, bases de datos. Algunas veces, al escucharlos, parecía que todo era factible. Eran jóvenes, claro, e increíblemente ignorantes en muchos aspectos, de modo que era muy fácil sentirse superior a ellos; pero tenían aquella vitalidad animal, aquella salud y energía. Y eran adultos, así que otras veces, al mirarlos Maya comprendía que la tan cacareada experiencia de la edad quizá sólo era cuestión de heridas y cicatrices, que las mentes jóvenes con respecto a las viejas tal vez fueran como los cuerpos jóvenes con respecto a los viejos: más fuertes, más vitales, menos deformadas por los daños.

Así que no perdía esto de vista ni siquiera cuando los sermoneaba con la misma severidad que a los niños de Zigoto, y despues de las clases se esforzaba por mezclarse con ellos y conversar, comer con ellos y escuchar sus historias. Luego de una hora, Spencer anunciaba que tenían que marcharse. Esto implicaba que había venido de otra ciudad. Aunque, así como Maya había visto algunas de aquellas caras en las calles de Odessa, ellos tenían que haberla visto también, y sabían que pasaba mucho tiempo en la ciudad. Pero al salir Spencer y sus amigos la llevaban siguiendo un elaborado itinerario para asegurarse de que no los seguían. Sus acompañantes desaparecían en los callejones escalonados de la parte alta de la ciudad antes de que Spencer y Maya llegaran al cuadrante occidental y al edificio de apartamentos de Praxis. Se escurrían por el portón y la puerta se cerraba con un tintineo metálico, lo cual le recordaba a Maya que el soleado apartamento doble que compartía con Michel era un piso franco.

Una noche, después de una tensa reunión con un grupo de jóvenes areólogos e ingenieros, mientras le explicaba a Michel cómo había ido todo, tecleó en el atril y encontró la fotografía del joven Frank de aquel artículo, e imprimió una copia. El artículo había sacado de un periódico de la época la foto, en blanco y negro y bastante granulosa. La pegó en la pared de la pequeña cocina, encima del fregadero, sintiéndose extraña y desasosegada.

Michel levantó la vista de su IA y miró la fotografía, e hizo un gesto de aprobación.

—Es sorprendente lo mucho que uno puede leer en la cara de las personas.

—Frank no pensaba lo mismo.

—Es que él tenía miedo de esa habilidad.

Maya no contestó. No lo recordaba. Pero recordó la expresión en los rostros de los asistentes a la reunión de esa noche. Era cierto, lo revelaban todo, máscaras cuyas expresiones se correspondían con las frases que sus propietarios habían dicho. Las metanac se han desbocado. Están llevando las cosas al límite. Son egoístas, sólo se interesan en sí mismas. El metanacionalismo es una nueva clase de nacionalismo, pero sin ningún sentimiento de hogar. Es patriotismo monetario, una especie de enfermedad. La gente está sufriendo mucho en la Tierra. Y si las cosas no cambian, sucederá lo mismo en Marte. Nos infectará.

Todo esto expresado con la mirada de la foto, esa mirada sincera y honrada, confiada y segura. Que podía convertirse en cinismo, Frank era la prueba. Era posible doblegar el fervor, o que se perdiera, el cinismo podía ser muy contagioso. Tendrían que actuar antes de que eso sucediera; no demasiado pronto, pero tampoco demasiado tarde. Calcular el momento adecuado sería el problema. Pero si calculaban bien...

Cierto día llegaron noticias de Hellespontus. Habían descubierto un nuevo acuífero, muy profundo comparado con los demás, bastante alejado de la depresión y muy grande. Diana especuló que en las épocas glaciales tempranas había fluido hacia el oeste desde la cordillera Hellespontus, y se había acumulado fuera, bajo la superficie: unos veinte millones de metros cúbicos, más que ningún otro acuífero, lo que elevaba la cantidad de agua localizada del ochenta por ciento al ciento veinte por ciento de la cantidad necesaria para llenar la cuenca hasta el nivel de -1 kilómetro.

Era una noticia sorprendente, y todo el grupo del cuartel general se reunió en el despacho de Maya para discutirla y señalarla en los grandes mapas, los areólogos cartografiando ya el recorrido de las canalizaciones sobre las montañas y debatiendo los méritos relativos de los distintos tipos de tubería. En el mar del Punto Bajo —así llamaban al «estanque» en las oficinas—, que ya mantenía una robusta comunidad biótica basada en la cadena alimentaría del krill antártico, había una zona derretida en expansión en el fondo, calentada por el agujero de transición y el peso de muchas toneladas de hielo. La mayor presión atmosférica y las temperaturas más cálidas significaban que cada vez habría más zonas derretidas en la superficie: los icebergs resbalarían, chocarían entre sí y se quebrarían, dejando más superficie expuesta; el calor aumentaría con la fricción y la luz solar, y se formaría una especie de banquisa de hielo. En ese punto, el agua bombeada —adecuadamente dirigida para reforzar las fuerzas de Coriolis—,

daría inicio a una corriente que circularía en sentido contrario a las agujas del reloj.

Hablaron y hablaron y llevaron el juego tan lejos que cuando salieron a celebrarlo con una comida casi fue una conmoción ver la cornisa dominando la llanura pedregosa de la cuenca vacía. Pero ese día el presente no los desanimaría. Todos bebieron mucho vodka en la comida, tanto que se dieron el resto de la tarde libre.

Por eso, cuando Maya regresó al apartamento no estaba en condiciones de afrontar a Kasei, Jackie, Antar, Art, Harmakhis, Rachel,

Emily, Frantz y unos cuantos amigos más, todos apretujados en su sala de estar. Estaban de paso, con rumbo a Sabishii donde pensaban encontrarse con algunos amigos de Dorsa Brevia, y luego irían a Burroughs y pasarían unos meses trabajando allí. Sus felicitaciones por el descubrimiento del nuevo acuífero eran sinceras, todas menos la de Art; en realidad no les interesaba. Esto y el apartamento lleno, no ayudaron a Maya, afectada por el vodka, o que Jackie fuera tan efervescente todo el tiempo, entregada tanto al orgulloso Antar (el invicto caballero de la preislámica, como una vez le había explicado él mismo), como al taciturno Harmakhis; los dos se estiraban bajo sus caricias, sin que pareciera importarles que acariciase también al otro o juguetease con Frantz. Maya los ignoró. Quién sabía de qué perversiones eran capaces los ectógenos, criados como una camada de gatos. Y ahora eran vagabundos, gitanos, radicales, revolucionarios, y quién sabía qué más. Como Nirgal, sólo que él tenía una profesión, y un plan, mientras que esa pandilla... Decidió posponer el juicio. Pero tenía sus dudas.

Habló con Kasei, que por lo general era bastante más serio que los ectógenos más jóvenes: un hombre maduro de cabellos grises, que se parecía a John en los rasgos, pero no en la expresión, mostrando su colmillo de piedra mientras observaba con expresión oscura el comportamiento de su hija. Desgraciadamente, esta vez tenía un montón de planes para librar al mundo del complejo de seguridad de Kasei Vallis. Era evidente que había tomado la reubicación de Koroliov en el valle que llevaba su nombre como una afrenta personal, y los daños que había causado al complejo la incursión para rescatar a Sax no habían bastado para resarcirlo; en verdad, parecían haberle gustado tanto que deseaba más. Un hombre caviloso, Kasei, con temperamento —quizá lo había heredado de John—, aunque en realidad no se parecía ni a John ni a Hiroko, lo que Maya encontraba encantador. Pero su plan de destruir Kasei Vallis era un error. Al parecer Coyote y él habían desarrollado un programa que neutralizaba todos los códigos de cierre del recinto de Kasei Vallis, y ahora planeaban reducir a los centinelas, encerrar a los ocupantes de la ciudad en rovers programados para viajar hasta Sheffield y luego volar todo él complejo.

Tal vez funcionara, pero en cualquier caso era una declaración de guerra, una seria brecha en la estrategia tácita que habían establecido desde que Spencer disuadiera a Sax de seguir derribando objetos del cielo. La estrategia consistía simplemente en desaparecer de la faz de Marte: nada de represalias, ni sabotajes, que las fuerzas de seguridad encontrasen vacíos los refugios... Aun Ann parecía atenerse en cierto modo a ese plan. Maya le recordó todo esto a Kasei al mismo tiempo que encomiaba la idea y lo animaba a ponerla en práctica cuando llegase el momento oportuno.

—Pero tal vez entonces no podamos romper los códigos —se quejó Kasei—. Es una oportunidad que sólo se presenta una vez. Y después de lo que Peter y Sax hicieron con la lupa espacial, y Deimos, no se puede decir que ignoran nuestra presencia. ¡Seguramente creen que somos más de los que somos en realidad!

—Pero no lo saben a ciencia cierta. Y queremos mantener el misterio, esa invisibilidad. Invisible es invencible, como dice Hiroko. Aún así, recuerda cómo reforzaron la vigilancia después de que Sax se desmandara. Y si perdiesen Kasei Vallis, tal vez traerían una fuerza militar aún mayor. Y eso nos pondría las cosas más difíciles.

Kasei sacudió la cabeza con un gesto obstinado. Jackie, desde el otro extremo de la habitación, dijo alegremente:

—No te preocupes, Maya, sabemos lo que hacemos.

—¡Algo de lo que pueden jactarse! Pero ¿alguien más lo sabe? ¿O es que tú eres la princesa de Marte ahora?

—Nadia es la princesa de Marte —dijo Jackie, y fue a la cocina. Maya la miró con el ceño fruncido y advirtió que Art la observaba con curiosidad. El hombre no se inmutó cuando Maya lo miró, y ella fue a la habitación a cambiarse de ropa. Michel estaba allí, improvisando unas camas en el suelo. Sería una noche irritante.

A la mañana siguiente, cuando Maya se levantó temprano y fue al lavabo, con una fuerte resaca, Art ya estaba levantado.

—¿Vienes a desayunar fuera? —le susurró él por encima de los cuerpos de los durmientes.

Maya asintió. Se vistió y salieron. Cruzaron el parque y siguieron la cornisa de vivos colores a la luz horizontal del sol naciente. Sobre el muro blanco manchado por el amanecer alguien había hecho una pintada, con la ayuda de una plantilla, a juzgar por el tamaño y la nitidez, de un rojo chulón:

NUNCA PODRÁN REGRESAR

—¡Por Dios! —exclamó Maya.

—¿Qué?

Ella señaló el graffiti.

—Ah, sí —dijo Art—. Sheffield y Burroughs están cubiertas con esa pintada. Da qué pensar, ¿eh?

—¡Ka uau!

A pesar del frío, se sentaron a una pequeña mesa redonda y comieron pastas y bebieron café turco. El hielo en el horizonte brillaba como el diamante, revelando movimientos bajo la superficie.

—Qué vista tan fantástica —dijo Art.

Maya miró al corpulento terrano con atención, complacida con su respuesta. Él era un optimista, como Michel, pero mas astuto, más natural. Lo que en Michel era política, en Art era temperamento. Ella siempre lo había considerado un espía, desde el momento en que lo rescataron de su demasiado oportuna avería en el yermo: un espía de William Fort, de Praxis, quizás hasta de la Autoridad Transitoria. Pero llevaba con ellos tanto tiempo, y además era amigo íntimo de Nirgal, de Jackie, de Nadia. Y de hecho, ellos trabajaban con Praxis ahora, dependían de los suministros, la protección y la información sobre la Tierra que la empresa les proporcionaba. Así que ya no estaba segura, no sólo de si Art era un espía, sino de lo que, en este caso, era un espía.

—Tienes que impedirles que ataquen Kasei Vallis —dijo Maya.

—No creo que estén esperando mí permiso.

—Ya sabes lo que quiero decir. Puedes disuadirlos.

—Bien —dijo Art—. Supongo que temen no poder volver a descifrar los códigos. Pero Coyote parece estar bastante seguro de haber descubierto el protocolo. Y fue Sax quien le ayudó a encontrarlo.

—Díselo a ellos.

—No servirá de nada. Te escuchan más a ti que a mí.

—Es verdad.

—Podemos celebrar un concurso... ¿A quién hace menos caso Jackie? Maya soltó una carcajada. Cualquiera podría ganar.

Art sonrió.

—Deberías colar tus recomendaciones dentro de Pauline, imitando la voz de John Boone.

Maya volvió a reír.

—¡Buena idea!

Hablaron sobre el proyecto de Hellas y ella explicó la importancia del acuífero descubierto al oeste de Hellespontus. Art seguía en contacto con Fort, y describió los vericuetos de la última decisión del Tribunal Mundial, de la que Maya no sabía nada. Praxis había entablado un pleito contra Consolidados, porque estaba planeado anclar el ascensor espacial terrano en Colombia, tan cerca del emplazamiento escogido por Praxis, en Ecuador, que ponía en peligro ambos lugares. El tribunal había decidido en favor de Praxis, pero Consolidados no había hecho caso de la sentencia y había seguido adelante. Había construido una base en su nuevo país cliente y ya estaban preparados para hacer descender el cable allí. Las demás metanacionales disfrutaban viendo la autoridad del Tribunal Mundial desafiada, y respaldaban a Consolidados, lo que estaba creándole dificultades Praxis.

—Esas metanacionales siempre están peleándose, ¿no? —dijo Maya.

—Así es.

—Lo que hay que hacer es provocar más peleas entre ellas. Las cejas de Art salieron disparadas hacia arriba.

—¡Un plan peligroso!

—¿Para quién?

—Para la Tierra.

—Me importa un comino la Tierra —dijo Maya, saboreando las palabras.

—Únete a la multitud —masculló Art pesaroso, y ella volvió a reírse.

Felizmente, la tropa de Jackie partió pronto para Sabishii. Maya decidió visitar el acuífero recién descubierto. Tomó un tren que rodeaba la cuenca en sentido contrario a las agujas del reloj, sobre el Glaciar Niesten, y que luego enfilaba hacia el sur descendiendo por la gran pendiente occidental, dejaba atrás la ciudad colina de Montepulciano y llegaba a una diminuta estación llamada Yaonisplatz. Desde allí viajó en coche, por una carretera que seguía un valle a través de las abruptas cumbres del Hellespontus.

La carretera no era más que un burdo tajo en el regolito rociado con fijador, señalada por radiofaros y obstruida en los lugares umbríos por ventisqueros de nieve estival endurecida y sucia. Era una región muy extraña. Desde el espacio, el Hellespontus tenía una cierta coherencia visual *y* areomorfológica, ya que las deyecciones arrancadas de la cuenca se habían depositado, al caer, en círculos concéntricos. Pero en la superficie esos anillos irregulares eran casi indistinguibles, un caos de piedras caídas del cielo. Y las fantásticas presiones generadas por el impacto habían originado toda suerte de metamorfosis extrañas; las más conspicuas, habían dado como resultado los conos de explosión, bloques cónicos de piedra fracturada; algunos tenían fallas tan grandes que el coche cabía en ellas, mientras que otros eran pedruscos con fallas microscópicas, como la antigua cerámica china.

Maya atravesó aquel paisaje sobrecogida por la frecuente aparición de estas tétricas piedras *kami:* conos de impacto que habían caído de punta y se habían mantenido en equilibrio; otros habían caído sobre material más blando, y al erosionarse éste se habían convertido en dólmenes inmensos, hileras de colmillos gigantescos y altas columnas lingam encapuchadas, como las conocidas con el nombre de Falo del Gran Hombre; y también capas sedimentarias curiosamente superpuestas (el conjunto mas conocido era Platos en el Fregadero), grandes paredes de basalto columnar hexagonal y otras paredes tan lisas y relucientes como inmensos pedazos de jaspe.

El anillo de deyecciones más exterior era el que más se asemejaba a una cadena montañosa convencional, y apareció delante de ella en la tarde como salido del Hindukush, desnudo y enorme bajo las nubes galopantes. La carretera cruzaba esa cadena por un desfiladero entre dos picos parecidos a jorobas. Maya detuvo el rover en el ventoso desfiladero y miró atrás, y no vio sino un mundo de montañas escarpadas: picos y crestas moteados por las sombras de las nubes y la nieve, y aquí y allá el anillo de algún cráter para darle al paisaje un aspecto en verdad sobrenatural.

Delante, la pendiente se precipitaba hacia Noachis Planura, picada de

cráteres, y abajo se alcanzaba a ver un campamento minero con los rovers dispuestos en círculo. Maya se dio prisa y llegó a ese campamento a última hora de la tarde. La recibió un reducido contingente de viejos amigos beduinos, además de Nadia, que había ido a consultarlos sobre la plataforma de perforación para el nuevo acuífero. Todos estaban muy impresionados por el descubrimiento.

—Se extiende hasta más allá del Cráter Proctor, y seguramente llega hasta Kaiser —dijo Nadia—. Parece que también llega muy lejos hacia el sur, tanto que quizá se comunica con el de Australis Tholus. ¿Fijaron alguna vez el límite septentrional de ese acuífero?

—Creo que sí —dijo Maya, y empezó a teclear en el ordenador de muñeca para averiguarlo. Hablaron casi exclusivamente del agua durante la cena temprana, y después se acomodaron en el rover de Zeyk y Nazik y paladearon sin prisas los sorbetes que Zeyk les ofreció, contemplando el carbón del pequeño brasero en el que había cocinado el shish kebab. La conversación giró inevitablemente hacia la situación del momento, y Maya repitió lo que le había dicho a Art, que deberían fomentar las disensiones entre las metanacionales, si podían.

—Eso conduciría a una guerra mundial —dijo Nadia con agudeza—. Y si sigue la pauta, será la peor. —Meneó la cabeza con disgusto.— Tiene que haber una solución mejor.

—No nos necesitan a nosotros para empezarla —dijo Zeyk—, se han metido en la espiral que lleva a la guerra.

—¿De verás lo crees? —dijo Nadia—. Bien, si sucede supongo que tendremos la oportunidad de dar el golpe aquí.

Zeyk negó con la cabeza.

—Marte es su salida de emergencia. Hace falta mucha coerción para obligar a los poderosos a renunciar a un lugar como éste.

—También muchas clases de coerción —dijo Nadia—. En un planeta en el que la superficie es mortífera, deberíamos ser capaces de encontrar medios que no implicaran matar a la gente. Debería haber una nueva tecnología para hacer la guerra. He comentado el tema con Sax y está de acuerdo.

Maya dio un respingo y Zeyk sonrió.

—¡Sus nuevos métodos se parecen mucho a los viejos, hasta donde yo sé! ¡Derribar esa lente espacial...! ¡Nos encantó! En cuanto a sacar a Deimos de su orbita, bien, comprendo sus razones hasta cierto punto. Cuando los misiles crucero salen...

—Tenemos que procurar no llegar a eso. —Nadia tenía una expresión obstinada, y Maya la miró con sorpresa. Nadia estratega revolucionaria. Nunca lo hubiera creído posible. En fin, seguramente sólo pensaba en proteger sus proyectos de construcción. O un proyecto de construcción particular, en un plano diferente.

—Deberías hablar a las comunas de Odessa —le sugirió Maya—. Son seguidores de Nirgal.

Nadia asintió y se inclinó para devolver uno de los carbones al centro del brasero con un pequeño atizador. Miraron el fuego; un espectáculo insólito en

Marte, pero a Zeyk le gustaban los fuegos, lo suficiente como para tomarse la molestia de prepararlos. Las cenizas grises revoloteaban sobre el naranja marciano de los carbones encendidos. Zeyk y Nazik describieron con voces quedas la situación de los árabes en el planeta, compleja como de costumbre. Los radicales estaban casi siempre fuera con las caravanas, buscando metales y agua y puntos areotérmicos, al parecer con un comportamiento pacífico y sin ofrecer el menor indicio de que no formaban parte del orden metanacional. Pero estaban ahí, esperando, listos para actuar.

Nadia les dio las buenas noches y se fue a dormir, y entonces Maya dijo vacilante:

—Háblame de Chalmers.

Seyk la miró, tranquilo e impasible.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber qué parte tuvo en el asesinato de Boone. Zeyk desvió la mirada, incómodo.

—Aquella fue una noche complicada en Nicosia —protestó—. Los árabes han hablado de ella largo y tendido. Es agotador.

—¿Y qué dicen?

Zeyk miró a Nazik que declaró:

—El problema es que todos dicen cosas diferentes. Nadie sabe lo que ocurrió en realidad.

—Pero ustedes estaban allí. Presenciaron muchas cosas. Cuéntenme lo que vieron.

Al oír eso, Zeyk la observó con atención, y luego asintió.

—Bien. —Respiró hondo, se concentró. Solemnemente, como si estuviese declarando en un tribunal, dijo:— Estábamos reunidos en la Hajr el-kra Meshab, después de los discursos. La gente estaba furiosa con Boone porque corría el rumor de que había suspendido la construcción de una mezquita en Fobos, y su discurso no había aclarado gran cosa. Nunca nos gustó la sociedad marciana que él proponía. Así que estábamos refunfuñando cuando Frank llegó. Debo decir que fue muy alentador verlo allí en aquel momento. Nos parecía entonces que era el único capaz de oponerse a Boone. Así lo veíamos, y Frank nos animaba: descalificaba a Boone sutilmente, hacía bromas que nos indisponían aún más con Boone al tiempo que hacían aparecer a Frank como el único bastión contra él. Yo estaba enojado con Frank por exaltar los ánimos de los jóvenes. Selim el-Hayil y algunos de sus amigos del ala Ahad estaban allí, y se los veía muy nerviosos, no sólo por Boone, sino también por el ala Fetah. Verás, los Ahad y los Fetah discrepaban en muchas cuestiones: panarabismo contra nacionalismo, relaciones con Occidente, actitud hacia los sufíes... Era una división fundamental en esa joven generación de la Hermandad.

—¿Sunnitas-chiítas? —preguntó Maya.

—No. Se trataba más bien de conservadores y liberales; se suponía que los liberales eran seglares y los conservadores, religiosos, tanto sunnitas como chiítas. El-Hayil era el líder de la Ahad conservadora, y estaba en la caravana con

la que Frank viajó ese año. Hablaban mucho y Frank le preguntó muchas cosas; de esa manera llegaba al corazón de la persona, comprendía las motivaciones o la posición de uno.

Maya asintió; reconocía a Frank en esa descripción.

—Así que Frank lo conocía bien, y esa noche el-Hayil estuvo a punto de decir algo en cierto momento, pero Frank lo miró y se calló. Yo mismo lo vi. Entonces Frank se marchó, y el-Hayil lo hizo inmediatamente después.

Zeyk tomó un sorbo de café y meditó un momento.

—No volví a verlos en las dos horas siguientes. Las cosas empezaron a ponerse feas antes de que mataran a Boone. Alguien se dedicó a grabar eslóganes en las ventanas de la medina, y la Ahad pensó que era la Fetah, y algunos Ahad atacaron a un grupo Fetah. Después de eso hubo refriegas por toda la ciudad, y lucharon también con algunos obreros de la construcción norteamericanos. Había disturbios por todas partes. Fue como si de repente todo el mundo se hubiera vuelto loco. Maya asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo recuerdo.

—Entonces, oímos que Boone había desaparecido, y fuimos a la Siria a comprobar los códigos de las antecámaras para ver si había salido por allí, y descubrimos que alguien había salido y no había vuelto a entrar, íbamos a salir cuando nos enteramos de lo que había sucedido. Era increíble. Regresamos a la medina donde se habían reunido todos, y nos confirmaron la noticias. Conseguí entrar en el hospital después de media hora de empujones. Lo vi. Ustedes estaban con él.

—No me acuerdo.

—Bueno, tú estabas, pero Frank se había ido. Luego de ver a Boone salí y les dije a los otros que era verdad. La noticia conmocionó incluso a los Ahad, estoy seguro: Nasir, Ageyl, Abdullah...

—Sí —dijo Nazik.

—Pero el-Hayil, Rashid Abou y Buland Besseisso no estaban con nosotros. Y habíamos regresado a la residencia que hay delante de Hajr el-kra Meshab cuando oímos un fuerte golpe en la puerta. Cuando la abrimos, el-Hayil se desplomó en la habitación. Se le veía muy mal, sudaba y tenía arcadas, y la piel llena de manchas rojas. Se le había hinchado mucho la garganta y casi no podía hablar. Lo llevamos al cuarto de baño y vimos que el vómito lo sofocaba. Llamamos a Yussuf y estábamos tratando de llevar a Selim a la clínica de nuestra caravana cuando nos detuvo. «Me han asesinado», dijo. Le preguntamos qué significaba eso, y él dijo: «Chalmers».

—¿Dijo eso? —preguntó Maya.

—Yo le pregunté: «¿Quién te hizo esto?», y él contestó: «Chalmers». Como si la voz llegara desde una gran distancia, Maya oyó que Nazik decía:

—Pero hubo más. Zeyk asintió.

—Yo le pregunté: «¿Qué quieres decir?», y él dijo: «Chalmers me ha matado. Chalmers y Boone». Pronunció cada palabra con un gran esfuerzo. Añadió: «Nosotros planeamos matar a Boone». Nazik y yo nos encogimos al oír esto, y

Selim me agarro del brazo. —Zeyk alargo las manos y aferró un brazo invisible—. *«Quiere echarnos de Marte.»* Dijo esto de una manera... no lo olvidare jamás. Lo creía de verdad. ¡Creía que Boone nos iba a echar de Marte! —Meneó la cabeza.

—¿Qué sucedió entonces?

—Él... —Zeyk abrió las manos.— Tuvo un espasmo. Primero la garganta, y luego todos los músculos... —Apretó los puños.— Se puso rígido y dejó de respirar. Intentamos hacerlo respirar, pero no se recuperó. Quién sabe, quizás una traqueotomía. Respiración asistida. Antihistamínicos. —Se encogió de hombros—. Murió en mis brazos.

Hubo un largo silencio y Maya contempló a Zeyk recordando. Había pasado medio siglo desde esa noche en Nicosia, y Zeyk era viejo entonces.

—Me sorprende lo bien que lo recuerdas —dijo—. Mis recuerdos,

incluso los de una noche como aquélla..., son difusos.

—Lo recuerdo todo —dijo Zeyk sombrío.

—Él tiene el problema inverso de todo el mundo —dijo Nazik mirando a su marido—. Recuerda demasiado. Duerme muy mal.

Maya reflexionó un momento.

—¿Qué hay de los otros dos? Zeyk apretó los labios.

—No estoy seguro. Nazik y yo pasamos el resto de la noche con Selim. Hubo una discusión a propósito de su cadáver. No sabíamos si llevarlo a la caravana y ocultar lo sucedido o avisar a las autoridades inmediatamente.

O presentarse a las autoridades con un asesino muerto, pensó Maya, advirtiendo la expresión cautelosa de Zeyk. Quizá también se había discutido eso. El estaba contando la historia a su manera.

—No sé lo que les ocurrió en realidad. Nunca lo supe. Había muchos Ahad y Fetah en la ciudad esa noche, y Yussuf oyó lo que Selim había dicho. Así que pudieron haberlo hecho sus enemigos, sus amigos, ellos mismos. Murieron esa misma noche, en una habitación de la medina. Coagulantes.

Zeyk se estremeció.

Otro silencio. Zeyk suspiró y volvió a llenar su taza. Nazik y Maya declinaron.

—Pero, ya ves, eso es sólo el principio —dijo Zeyk—. Eso es lo que vimos, lo que podemos contar. Después de eso, ¡nada! —hizo una mueca.— Discusiones, especulación, teorías sobre todo tipo de conspiraciones. Lo corriente. Ya no asesinan a nadie a secas. Desde los Kennedy, parece que todo se reduce a ver cuántas historias se pueden inventar para explicar los mismos hechos, está el encanto de la teoría de la conspiración: no en la explicación, sino en la narrativa. Como Scherezade.

—¿No crees en ninguna de ellas? —preguntó Maya, sintiéndose de pronto desesperada.

—No. No hay ninguna razón para que lo haga. La Ahad y la Fetah estaban enfrentadas. Frank y Selim estaban relacionados de alguna manera. Cómo eso afectó a Nicosia, si la afectó... —soltó resoplido—. No sé, no alcanzo a ver cómo alguien puede saberlo. El pasado... Que Alá me perdone, el pasado parece un

demonio que viene a torturar mis noches.

—Lo siento. —Maya se puso de pie. La pequeña habitación de repente pareció estrecha y sofocante. Al vislumbrar las estrellas vespertinas por la ventana, dijo:— Voy a dar un paseo.

Ellos asintieron y Nazik la ayudó a ponerse el casco.

—No tardare.

El cielo estaba cubierto por una espectacular maraña de estrellas y sobre el horizonte occidental se veía una banda de color malva. Los Hellespontus se levantaban al este, y el resplandor incandescente confería a sus picos un rosado oscuro que dentaba el índigo sobre ellos, ambos colores tan puros que la línea de transición parecía vibrar.

Maya caminó lentamente hacia un afloramiento, tal vez a un kilómetro de distancia. Algo crecía en las grietas del suelo, liquen o musgo rastrero, los verdes eran ahora negros. Procuró pisar sobre las piedras. Las plantas ya lo tenían bastante difícil en Marte para que encima las pisaran. Todos los seres vivos. El frío del crepúsculo la caló, y sintió la X de los filamentos térmicos de sus pantalones contra las rodillas mientras caminaba. Tropezó y parpadeó para aclararse la vista. El cielo estaba lleno de estrellas brumosas. En algún lugar del norte, en el Aureum Chaos, el cuerpo de Frank Chalmers yacía bajo una capa de hielo y sedimentos, con su traje como ataúd. Muerto mientras salvaba a los demás de ser arrastrados. Aunque él habría desdeñado una descripción así con todas sus fuerzas. Un error de cálculo, insistiría él, nada más. Consecuencia lógica de tener más energía que los demás, una energía alimentada por su ira: contra ella, contra John, contra la UNOMA y todos los poderes terrestres. Contra su esposa. Contra su padre. Contra su madre, contra sí mismo. Contra todo. El hombre airado; el hombre más airado que había existido. Y su amante. Y el asesino de su otro amante, el gran amor de su vida, John Boone, que podía haberlos salvado a todos. Que habría sido su compañero para toda la vida.

Y ella los había azuzado el uno contra el otro.

Hay cosas que hay que olvidar. *Shikata ga nai.*

Cuando regresó a Odessa, Maya hizo lo único que podía con lo que había aprendido, olvidarlo, y se sumergió en el proyecto de Hellas. Pasaba muchas horas en la oficina estudiando informes y asignando operarios a las distintas obras de perforación y construcción. Con el descubrimiento del Acuífero Occidental las expediciones de prospección dejaron de ser urgentes, y los esfuerzos se concentraron en canalizar y bombear los acuíferos ya descubiertos, y en construir la infraestructura de los asentamientos del borde. Así, las perforadoras siguieron a las prospecciones, y los equipos de canalización salieron detrás de las perforadoras, y los techadores trabajaron en torno a la pista y en el cañón Reull, sobre Harmakhis, ayudando a los sufíes a enfrentarse con una

pared terriblemente fracturada. Ya habían empezado a llegar inmigrantes al puerto espacial construido entre Dao y Harmakhis, que se trasladaban a la cuenca alta de Dao. Participaban en la transformación de Harmakhis- Reull y colonizaban las nuevas ciudades tienda del borde. Era un imponente ejercicio de logística, que se ajustaba casi en todos los detalles a su viejo sueño de desarrollo para Hellas. Pero ahora que estaba sucediendo, se sentía irritable y extraña en extremo; ya no estaba segura de lo que quería para Hellas, o para Marte, o para ella misma. A menudo se sentía a merced de sus cambios de humor, y los meses que siguieron a su visita a Zeyk y Nazik (aunque ella no advirtió la correlación) fueron especialmente violentos, una oscilación irregular entre la euforia y la desesperación, con el período equinocial estropeado por el conocimiento de que estaba de paso hacia arriba o hacia abajo.

En estos meses con frecuencia vapuleó a Michel, molesta por su serenidad, por la aparente paz consigo mismo, canturreando por la vida como si sus años con Hiroko le hubieran permitido encontrar respuestas a todas sus preguntas.

—Fue culpa tuya —le dijo ella, para forzarlo a reaccionar—. No estabas cuando te necesité. No estabas cumpliendo con tu obligación.

Michel ignoraba el comentario y trataba de apaciguarla, y eso la ponía frenética. Ahora ya no era su terapeuta, sino su amante, y si no podías conseguir que tu amante se pusiera furioso, ¿qué clase de amante era ése? Advirtió entonces el lío espantoso que suponía que el amante fuese también terapeuta, cómo la visión objetiva y el tono tranquilizador se convertían en mero distanciamiento profesional. Un hombre haciendo su trabajo: era intolerable estar expuesta al juicio de esa mirada, como si él estuviese por encima de todo y no tuviese problemas ni emociones que no podía dominar. Había que desafiar esa postura. Y por eso (olvidándose de olvidar) gritó: ¡Yo los maté a los dos! Los atrapé y jugué a enfrentarlos para acrecentar mi poder. ¡Lo hice deliberadamente y tú no me serviste de ninguna ayuda! ¡También fue culpa tuya!

Él murmuró algo, empezando a preocuparse, porque veía lo que se avecinaba, como una de esas frecuentes tormentas que se abalanzaban sobre la cuenca desde Hellespontus, y ella rió y le dio una bofetada, y al verlo retroceder, lo provocó gritándole «¡Vamos, cobarde, defiéndete!», hasta que finalmente él se refugió en el balcón, aguantando la puerta con el talón, mirando los árboles del parque y maldiciendo en voz alta en francés mientras ella aporreaba el cristal. Una vez Maya rompió uno de los cristales y Michel abrió la puerta con violencia, todavía maldiciendo en francés, la apartó de un empujón y salió de la casa.

Pero por lo común Michel esperaba a que ella se derrumbara y empezara a llorar, y entonces entraba y hablaba en inglés, lo que señalaba el retorno de su compostura. Y con un aire apenas disgustado retomaba de nuevo la intolerable terapia.

—Mira —decía—, todos estábamos sometidos a una gran presión entonces, fuéramos o no conscientes de ello. Vivíamos una situación completamente artificial, y peligrosa. Si hubiésemos fracasado, todos habríamos muerto. Teníamos que seguir adelante. Algunos soportaron la tensión mejor que otros. Yo no salí demasiado bien, ni tampoco tu. Pero aquí estamos. Y las presiones continúan, algunas las de entonces y algunas nuevas. Pero ahora las estamos soportando mucho mejor que entonces. Al menos la mayor parte del tiempo.

Y entonces Michel salía e iba a un café de la cornisa, y estaba una hora o dos sentado ante un cassis, dibujando caricaturas de caras en su atril, que borraba en cuanto las terminaba. Maya sabía porque algunas noches iba a reunirse con él, y se sentaba a su lado con un vaso de vodka, con una disculpa en sus hombros caídos. ¿Cómo podía decirle que pelearse de cuando en cuando ayudaba, que la ponía en el camino ascendente de la curva, cómo podía decírselo sin provocar aquel pequeño encogimiento de hombros de Michel, deprimido y angustiado? Además, él ya lo sabía. Lo sabía y la perdonaba.

—Tú los querías a los dos —decía—, pero de diferente manera. Y había cosas que no te gustaban de ellos. Además, hicieses lo que hicieses, no puedes asumir la responsabilidad de sus acciones. Ellos las eligieron, y tú sólo fuiste un factor más.

La ayudaba oír aquello. Y la ayudaba pelear. Se sentía mejor, al menos durante unas semanas o unos días. El pasado era demasiado incompleto, una desordenada colección de imágenes. Con el tiempo olvidaría, seguramente. Aunque los recuerdos más firmes parecían mantenerse gracias a un cemento en el que se mezclaba la pena y el remordimiento. Quizá tardaría un tiempo en olvidarlos, a pesar de que eran tan corrosivos, tan dolorosos e inútiles. ¡Inútiles! Era mejor concentrarse en el presente.

Pensando en eso una tarde, sola en el apartamento, miró largamente la fotografía del joven Frank sobre la fregadera, pensando en arrancarla y destruirla. Un asesino. Concentrarse en el presente. Pero ella también era una asesina, y la persona que lo había empujado al asesinato. Si es que uno podía empujar a alguien. En cualquier caso, ella era su compañera en ese asunto. Así que después de mucho reflexionar dejó la fotografía donde estaba.

Sin embargo, con el paso de los meses, por el ritmo lento de los días marcianos y las estaciones de seis meses, la fotografía se convirtió en poco más que un elemento decorativo, como utensilios de madera o la hilera de cazos y ollas de fondo de cobre colgados de la pared, o el pequeño velero de la sal y la pimienta. Parte del decorado dispuesto para ese acto de la obra, podía desaparecer por completo en cualquier momento, como habían desaparecido todos los decorados anteriores, mientras ella pasaba a la siguiente reencarnación. O no.

Pasaron las semanas, y luego los meses, veinticuatro por año. El primer dia del mes caía en lunes tantas veces que parecía casi siempre. De pronto ya había transcurrido un tercio del año marciano y una nueva estación hacía hecho acto de presencia, y el mes de veintisiete días pasaba y de pronto un domingo era el primer dia del mes, hasta que finalmente también esto empezaba a ser una norma inmutable, mes tras mes. La rueda de los años marcianos seguía su lento curso. Ya se habían descubierto los acuíferos más importantes en torno a Hellas, y el trabajo se concentró en la excavación y la canalización. Los suizos habían desarrollado lo que llamaban la tubería andante, creada especialmente para las obras en Hellas y Vastitas Borealis. Estos artilugios se desplazaban sobre el paisaje distribuyendo el agua uniformemente, de manera que cubrían el suelo de la depresión sin crear montañas de hielo en las bocas de las tuberías fijas, como había venido ocurriendo hasta ese momento.

Maya fue a ver una de esas tuberías en acción acompañada de Diana. Vista desde un dirigible, se parecía notablemente a una manguera de jardín, serpenteando a causa de la alta presión del agua.

De cerca era impresionante y casi pintoresca. Enorme, se desplazaba majestuosamente sobre las capas de hielo liso ya depositadas, suspendida a unos dos metros sobre pilares ventrudos que terminaban en grandes esquíes de pontón. La tubería avanzaba varios kilómetros por hora, empujada por la presión del agua que vomitaba, que salía en diferentes ángulos, determinados por ordenador. Una vez que se había deslizado hasta el fin del arco, los motores volvían la boquilla y la tubería reducía la velocidad, se detenía y avanzaba en dirección opuesta.

El agua salía disparada en un denso chorro blanco, describía un arco en el aire y caía sobre la superficie como una lluvia menuda de polvo rojo y vapor de escarcha. Corría sobre la superficie en amplias oleadas fangosas que de inmediato empezaban a desplazarse con lentitud, hasta detenerse, lisas y blancas, ya congeladas. No se trataba de hielo puro, sin embargo; habían añadido al agua nutrientes y diferentes tipos de bacterias, y por eso tenía un tono rosa lechoso y se derretía más deprisa que el hielo puro. En verano y en los días cálidos de primavera y otoño, en la superficie afloraban con frecuencia numerosos estanques de agua, poco profundos y de muchos kilómetros cuadrados de extensión. Los hidrólogos informaban también que había grandes bolsas de agua bajo la superficie. Y a medida que las temperaturas continuaban subiendo en todo el planeta y los depósitos de hielo en la cuenca se engrosaban, las capas del fondo se derretían a causa de la presión. Las grandes placas de hielo que cubrían las zonas derretidas se deslizaban por las pendientes, por ínfimas que fuesen, y se acumulaban en montones fracturados en los puntos más bajos de la depresión, formando fantásticos yermos poblados de crestas de presión, seracs, lagunas que se helaban cada noche, bloques de hielo que semejaban rascacielos caídos. Esas grandes pilas inestables se movían y se resquebrajaban con el calor del día, con estampidos atronadores que alcanzaban a oírse en Odessa y las ciudades del borde. Volvían a congelarse cada noche con fuertes estampidos y crujidos, hasta que el ciclo convirtió algunos puntos del suelo de la cuenca en un caos indescriptible.

No era posible viajar sobre esas superficies, y la única manera de observar el proceso era desde el aire. Una semana del otoño de M-48, Maya decidió unirse a Diana, Rachel y algunos más que iban a visitar el pequeño asentamiento en la pendiente del centro de la cuenca, al que llamaban Isla Menos Uno, aunque todavía no era una isla, puesto que Zea Dorsa aún no había sido cubierta. Pero iban a inundar la última parte de Zea Dorsa dentro de pocos días, y Diana y otros hidrólogos de la oficina pensaban que era una buena idea presenciar aquel acontecimiento histórico.

Justo antes de la partida, Sax se presentó en el apartamento, solo. Venía de Sabishii y se dirigía a Vishniac, y pasaba por allí para visitar a Michel. Maya se alegró de estar a punto de irse. Aún se sentía incómoda con él, y el sentimiento era mutuo: Sax habló con Michel y Spencer evitando mirarla a los ojos. ¡Ni una palabra para ella! Desde luego Michel había pasado muchas horas conversando con él durante su rehabilitación, pero a pesar de todo se puso furiosa.

Por eso, cuando Sax se enteró de su inminente viaje a Menos Uno y preguntó si él también podía ir, Maya quedó desagradablemente sorprendida. Pero Michel le echó una mirada implorante, fugaz como un relámpago, y de inmediato Spencer manifestó también el deseo de acompañarla, seguramente para impedir que arrojase a Sax fuera del dirigible. Maya accedió, malhumorada.

Cuando partieron, un par de mañanas después, «Stephen Lindholm» y «George Jackson» los acompañaban, dos ancianos que Maya no se molestó en presentar a los demás, comprendiendo que Diana, Rachel y Frantz ya sabían quiénes eran. Los jóvenes parecieron muy entusiasmados al subir la escalerilla y la góndola alargada del dirigible, y Maya frunció los labios con irritación. El viaje no iba a ser lo mismo con Sax.

El vuelo desde Odessa a Menos Uno duraba unas veinticuatro horas. El dirigible era más pequeño que los viejos monstruos de los primeros tiempos. Se trataba de una nave con forma de cigarro llamada *Tres Diamantes,* y la góndola era larga y espaciosa. Aunque las poderosas hélices lo impulsaban a bastante velocidad y mantenían la estabilidad a pesar de los fuertes vientos, Maya se sentía a bordo de un ingenio poco controlable, el zumbido de los motores apenas audible por encima del aullido del viento del oeste. Se acercó a una ventana y miró abajo, dándole la espalda a Sax.

La vista era maravillosa. Odessa ofrecía un hermoso espectáculo de árboles frondosos y techos de tejas sobre la pendiente septentrional. Después de un par de horas de vuelo dificultoso hacia el sudeste, la llanura de hielo de la cuenca ocupó toda la superficie visible del mundo, como si sobrevolaran el Océano Ártico o un mundo de hielo.

Navegaban a bastante altitud y a unos cincuenta kilómetros por hora. Durante la tarde del primer día, el paisaje de hielo quebrado siguió teniendo un blanco sucio, profusamente salpicado de bolsas de agua que reflejaban el púrpura del cielo y de cuando en cuando resplandecían como la plata bajo el sol. Al oeste divisaron un dibujo espiralado, largas líneas de agua marcando el lugar que había ocupado el agujero de transición de Punto Bajo.

Al atardecer, el hielo mostró una mezcla de rosados, naranjas y marfiles opacos, veteados por largas sombras negras. Siguieron volando en las tinieblas, bajo las estrellas, sobre una blancura luminosa y agrietada. Maya dormitó intranquila en uno de los largos bancos bajo las ventanas, y se despertó antes del alba, que desplegó otra maravilla de colores: los púrpuras del cielo eran mucho más oscuros que el hielo rosado de la superficie, una inversión que le daba un aspecto surreal a todo.

A media mañana volvieron a divisar tierra; sobre el horizonte, elevándose sobre el hielo, flotaba un óvalo de colinas color siena, alrededor de cien kilómetros de largo y cincuenta de ancho, el equivalente a escalar en Hellas el macizo central que solía encontrarse en el fondo de los cráteres de tamaño medio, y lo suficientemente alto como para permanecer muy por encima del nivel previsto del agua, lo que proporcionaría al futuro mar una isla central bastante consistente.

En aquellos momentos el asentamiento de Menos Uno, en el extremo noroccidental, no era más que una serie de pistas de despegue, plataformas de

lanzamiento, postes para los dirigibles y una desordenada colección de pequeños edificios, algunos con una pequeña tienda estación, los demás aislados y desnudos como bloques de hormigón caídos del cielo. Allí sólo vivía una pequeña dotación de científicos y técnicos, además de los areólogos que los visitaban.

El *Tres Diamantes* viró y ancló en uno de los postes y fue arrastrado a tierra. Los pasajeros abandonaron la góndola por un túnel y el jefe de estación les ofreció un pequeño recorrido por el aeropuerto y el complejo residencial.

Luego de una cena mediocre, se pusieron los trajes y salieron a dar un paseo por el exterior. Avanzaron entre dispersos edificios utilitarios y luego bajaron por la colina hacia lo que les habían señalado como la futura línea de costa. Cuando llegaron allí, descubrieron que desde esa altura no se veía el hielo, sólo una planicie baja y arenosa, sembrada de pedruscos, que se extendía hasta el horizonte cercano, a unos siete kilómetros de distancia.

Maya marchaba desganadamente detrás de Diana y Frantz, que parecían estar empezando una relación amorosa. Al lado de ellos caminaba otra pareja de nativos del equipo de la base, aún más jóvenes que Diana, tomados del brazo y muy acaramelados. Los jóvenes medían más de dos metros, pero no eran tan ágiles y esbeltos como la mayoría de los nativos; debían de haber hecho musculación hasta alcanzar las proporciones de los levantadores de peso terranos, a pesar de su altura. Sin embargo caminaban como si bailasen sobre las rocas de aquella playa vacía. Maya los observó, maravillada como siempre por la nueva especie. Sax y Spencer venían detrás, y ella incluso hizo algún comentario por la vieja frecuencia de los Primeros Cien. Pero Spencer se limito a hablar de fenotipo y genotipo, y Sax ignoró la observación y empezó a bajar la pendiente.

Spencer fue con él, y Maya los siguió, avanzando despacio para observar las nuevas especies: entre la arena que rodeaba las piedras asomaban penachos de hierba, y también plantas bajas, malas hierbas, cactos, arbustos, e incluso algunos árboles diminutos y nudosos, refugiados en la base de las rocas. Sax caminaba de aquí para allá, pisando con cautela, agachándose para observar alguna planta, incorporándose de nuevo con una mirada desenfocada, como si la sangre hubiese abandonado su cabeza. O quizás aquélla era la mirada del Sax sorprendido, algo que no recordaba haber visto nunca. Maya se detuvo y miró alrededor; en realidad era sorprendente descubrir tal despliegue de vida allí donde nadie había sembrado nada. O quizá los científicos de la estación lo habían hecho. Y la depresión era baja, cálida, húmeda... Los jóvenes marcianos bailaban sobre todo aquello, evitando graciosamente las plantas casi sin advertirlas. Sax se detuvo delante de Spencer e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

—Estas plantas acabarán bajo el agua —dijo quejumbroso, casi como si preguntara.

—Así es —dijo Spencer.

Sax miró brevemente a Maya. Tenía los puños crispados. ¿Y ahora qué? ¿La estaba acusando de asesinar a esas plantas también?

—Pero la materia orgánica ayudará a sostener la vida acuática posterior —dijo Spencer.

Sax miró alrededor. Cuando su mirada tropezó con Maya, ella notó que entrecerraba los ojos, como angustiado. Luego reanudó su deambular sobre el

intrincado tapiz de plantas y rocas.

Spencer miró a Maya a los ojos y alzó las manos enguantadas, tomo disculpándose por la manera en que Sax la ignoraba. Maya se volvió y subió la pendiente.

Al final todo el grupo trepó hasta una loma situada al norte de la estación, sobre el nivel -1, lo suficientemente alta para que pudiesen ver el hielo en el horizonte occidental. El aeropuerto estaba justo debajo de ellos, y a Maya le recordó la Colina Subterránea o las estaciones antárticas: imprevisto, sin estructura, sin tener en cuenta la ciudad isla que crecería después. Los jóvenes especularon sobre cómo sería esa ciudad: un centro de veraneo, seguramente, cada hectárea edificada o ajardinada, con embarcaderos en cada pequeña cala de la costa, y palmeras, playas, pabellones... Maya cerró los ojos y trató de imaginar lo que los jóvenes iban describiendo; luego los abrió y vio roca y arena y plantas achaparradas. No se había formado ninguna imagen en su mente. Fuera lo que fuese lo que el futuro deparase, sería una sorpresa para ella. No podía imaginarlo, era una suerte de *jamáis vu* que presionaba el presente. Una súbita premonición de muerte la recorrió, y lucho por librarse de ella. Nadie podía imaginar el futuro. Un vació en su mente no significaba nada, era normal. Era la presencia de Sax lo que la perturbaba, recordándole cosas que no podía permitirse recordar. No, era una bendición que el futuro estuviese vacío. La liberaba del *deja vu.* Una extraordinaria bendición.

Sax se había quedado rezagado, y contemplaba la cuenca que se abría a sus pies.

Al día siguiente subieron de nuevo al *Tres Diamantes* y pusieron rumbo al sudoeste, hasta que el capitán soltó el ancla justo al oeste de Zea Dorsa. Había pasado mucho tiempo desde que Maya viajara con Diana y sus amigos hasta allí, y ahora las crestas no eran más que huesudas penínsulas de roca que se internaban hacia Menos Uno en el hielo quebrado y desaparecían bajo él una tras otra. Todas excepto la más grande, una cadena ininterrumpida que separaba dos toscas masas de hielo, la occidental unos doscientos metros más baja que la oriental. Ésa, explicó Diana, era la última franja de tierra que comunicaba Menos Uno y el borde de la cuenca. Cuando el istmo fuese cubierto por el agua, la cresta central se convertiría en una isla.

La masa de hielo al este de la dorsa sobreviviente casi alcanzaba la cima de la cresta en un punto. El capitán del dirigible soltó más cabo de anclaje y la nave se desplazó hacia el este, arrastrada por el viento, hasta que estuvieron justo encima de la cresta,

y vieron que sólo faltaban unos pocos metros de roca por cubrir. En el este se veía una tubería andante, una manguera azul que se deslizaba suavemente adelante y atrás sobre sus pilares mientras su boca disparaba agua sobre la superficie. Además del zumbido de los propulsores se escuchaban crujidos y detonaciones sordas. Había agua bajo el hielo, explicó Diana, y el peso del agua vertida en la superficie hacía que algunas secciones del hielo rozasen la dorsa apenas sumergida. El capitán señaló hacia el sur, y Maya vio una hilera de icebergs salir disparados al aire; describieron arcos en distintas direcciones y cayeron quebrándose en mil pedazos.

—Será mejor que retrocedamos un poco —dijo el capitán—. Mi reputación saldrá ganando si no nos derriba un disparo o un iceberg.

La boca de la tubería andante apuntaba en dirección a ellos, y entonces, con un débil rugido sísmico, las aguas cubrieron la cresta. Una marea de aguas oscuras trepó por la roca y se precipitó por la ladera occidental en una cascada de varios cientos de metros de ancho. Los doscientos metros de la caía bajaron en una cortina plácida. En el contexto del inmenso mundo de hielo que se perdía en el horizonte en todas direcciones, no había más que un hilillo de agua, pero siguió derramándose el agua de la masa oriental en cascadas rugientes, encauzada por el hielo que la flanqueaba, el agua del lado occidental formaba arroyos que discurrían por las grietas del hielo. Maya sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Probablemente un recuerdo de la inundación de Marineris, pero no podía estar del todo segura.

El volumen de la cascada fue disminuyendo poco a poco, y en menos de una hora se detuvo y se congeló, al menos en la superficie. Aunque era un soleado día de otoño, estaban a dieciocho grados bajo cero, y una flota de cumulonimbos deshilachados se acercaba por el oeste, indicando un frente frío. Así que, finalmente, el agua se quedó inmóvil, pero dejó atrás una cascada de hielo que recubría la roca con mil tubos blancos y lisos. La cresta se había convertido en dos promontorios ligeramente separados, como las otras crestas de las Zea Dorsa, todas sumergiéndose en el hielo como penínsulas gemelas. El Mar de Hellas era continuo, y Menos Uno, una verdadera isla.

Después de aquello, los viajes en el tren circumHellas y los diferentes vuelos de reconocimiento ya no le parecieron lo mismo, pues Maya ya sólo podía ver la red de glaciares entrelazados y el caos de hielo de la cuenca como el nuevo mar, subiendo, cubriéndolo todo y salpicando. Y de hecho, el mar líquido bajo la superficie de hielo cerca de Punto Bajo crecía más deprisa durante las primaveras y los veranos de lo que encogía durante los otoños e inviernos. Y los fuertes vientos encrespaban las olas sobre las superficies líquidas, olas que en el verano quebraban el hielo entre ellas, originando banquisas, una flotilla de trozos de hielo que al pasar sobre las pequeñas ondulaciones crujía de manera tan audible que casi impedía la conversación en los dirigibles.

Y en el año M-49 el ritmo de bombeo del agua de los acuíferos alcanzó su punto máximo: vertían 2.500 metros cúbicos de agua en el mar. Una cantidad que llenaría la cuenca hasta el nivel -1 kilómetro en el plazo de seis años marcianos. Para Maya eso no era mucho tiempo, porque podían seguir los progresos, delante de Odessa, en el horizonte. En invierno, las tormentas que descargaban sobre las montañas cubrían el suelo de la cuenca con un manto de nieve asombrosamente blanco. En primavera, la nieve se derretía, pero la nueva orilla del mar de hielo estaba más cerca que el otoño anterior.

En el hemisferio norte ocurría lo mismo, como revelaban los informes y sus infrecuentes viajes a Burroughs. Las grandes dunas septentrionales de Vastitas Borealis se inundaban rápidamente, ya que se estaba vertiendo sobre ellas el agua de los enormes acuíferos de Vastitas y la región polar norte, extraída con

unas plataformas de perforación que se iban alzando a medida que el hielo se acumulaba debajo de ellas. En los veranos septentrionales, unos caudalosos ríos partían del casquete polar, en proceso de fusión, tallaban canales en las arenas estratificadas y corrían a reunirse con el hielo. Y unos pocos meses después de que Menos Uno se convirtiese en una isla, otros informes mostraron las imágenes de una franja de tierra aún no cubierta en Vastitas, desapareciendo bajo una marea oscura que se precipitaba desde el norte, el este y el oeste. Esto comunicaba definitivamente los dos lóbulos de hielo, de modo que ahora había un mar que rodeaba el mundo en el norte. Naturalmente, de momento sólo cubría la mitad de la tierra comprendida entre las latitudes sesenta y setenta, pero una fotografía de satélite mostró que unas grandes bahías de hielo empezaban a extenderse ya hacia el sur, invadiendo las profundas depresiones de Chrysae Isidis.

Sumergir el resto de Vastitas requeriría veinte años marcianos más, ya que la cantidad de agua que se necesitaba para llenarla era mucho mayor que la necesaria para Hellas. Pero las operaciones de bombeo también eran mayores, de modo que todo avanzaba muy deprisa, y todos los actos de sabotaje de los rojos apenas hacían mella en ese progreso. El proceso se estaba acelerando a pesar de los cada vez más frecuentes sabotajes y ecotajes porque algunos de los nuevos métodos mineros eran muy radicales y efectivos. Los noticiarios mostraron imágenes de las voladuras termonucleares subterráneas en lo profundo de Vastitas. Esto derretía extensas áreas de permafrost, lo que proporcionaba mas agua a las bombas. Esas explosiones parecían repentinos hielomotos que convertían la superficie en un borboteo lodoso. El agua se congelaba rápidamente en la superficie, pero debajo tendía a mantenerse en estado líquido. Explosiones similares bajo el casquete polar norte estaban causando inundaciones casi tan vastas como los grandes reventones de 2061. Y toda esa agua se escurría hacia Vastitas.

En la oficina de Odessa seguían todo esto con interés profesional. Una estimación reciente de la cantidad de agua subterránea había alentado a los ingenieros de Batistas a predecir un nivel final del mar muy próximo a este dato, el nivel kilómetro-0 que había sido establecido en los días de la aerología. Diana y otros hidrólogos pensaron que el hundimiento del terreno en Vastitas, resultante del bombeo de los acuíferos y el permafrost, haría que el nivel del mar fuese inferior al fijado. Pero allí arriba estaban seguros de haber tenido en cuenta esos factores y de que alcanzarían la marca.

Jugueteando con los diferentes niveles del mar en un mapa de la IA de la oficina descubrieron la forma que tendría ese océano, el Gran Acantilado formaría en muchos puntos la línea de costa meridional. En algunos lugares eso significaría una pendiente suave; en el terreno fracturado, archipiélagos; en ciertas regiones, acantilados verticales. Los cráteres recortados servirían como magníficos puertos. El macizo de Elysium se convertiría en una isla continente, igual que los restos del casquete polar norte. Lo que subsistiera del casquete sería la única zona del norte por encima del nivel kilómetro-0.

Eligiesen el nivel del mar que eligiesen, un gran brazo meridional del océano cubriría Isidis Planitia, más hundida que Vastitas. Y estaban bombeando también el agua de los acuíferos de las tierras altas que rodeaban Isidis. Así, la vieja llanura iba a convertirse en una gran bahía, y por eso los equipos de construcción estaban erigiendo un gran dique en arco alrededor de Burroughs.

La ciudad estaba muy cerca del Gran Acantilado, pero quedaba por debajo del nivel fijado. Se convertiría en una ciudad portuaria tan importante como Odessa, a orillas de un mar que rodearía el mundo.

El dique tenia doscientos metros de altura y trescientos de ancho. A Maya le inquietó la idea de que un dique protegiera la ciudad, aunque a juzgar por las fotografías aéreas se trataba de una obra faraónica, imponente. Tenía forma de herradura y los extremos trepaban por la pendiente del Gran Acantilado, y era tan grande que planeaban construir sobre él una especie de barrio de moda que dispondría de un puerto recreativo.

Pero Maya recordó lo que había sentido una vez de pie sobre un dique en Holanda, con la tierra a un lado más baja que el Mar del Norte en el otro lado; se había sentido desorientada, más desequilibrada que ingrávida. Y desde una perspectiva más racional, las noticias terranas informaban que todos los diques del planeta estaban soportando la presión de una ligera subida del nivel del mar causada por el calentamiento global iniciado dos siglos antes. Una subida de sólo un metro amenazaría muchas de las zonas bajas de la Tierra, y se suponía que el océano septentrional de Marte subiría en la década siguiente nada menos que un kilómetro. ¿Quién podía garantizar que serían capaces de regular el nivel del mar con tal precisión que el dique sería seguro? El trabajo de Maya en Odessa la obligaba a preocuparse por esa clase de control, aunque ellos intentaban lo mismo en Hellas, y creía haberlo conseguido. Mejor que así fuera, puesto que la situación de Odessa les dejaba muy poco margen de error. Pero los hidrólogos ya habían hablado de utilizar el «canal» abierto por la lente espacial antes de su destrucción como desagüe hacia el océano septentrional, si se hacía necesario. Para ellos estaba muy bien pero el océano septentrional no contaría con ese recurso.

—Oh —dijo Diana—, siempre pueden bombear cualquier exceso a la Cuenca Argyre.

En la Tierra, los disturbios, los incendios, los sabotajes, se sucedían diariamente por parte de aquellos que no habían conseguido el tratamiento, los mortales, como los llamaban. Alrededor de todas las grandes ciudades habían surgido pueblos amurallados, barrios fortaleza donde los que habían recibido el tratamiento podían satisfacer todas sus necesidades vitales por medio de teleenlaces, teleoperación, generadores portátiles, incluso comida de invernadero y sistemas de filtrado del aire, igual que las tiendas en Marte.

Una tarde, harta de Michel y Spencer, Maya salió a comer sola. Últimamente sentía con cierta frecuencia la necesidad de estar sola. Fue paseando hasta un café de la acera que daba a la cornisa, y se sentó a una de las mesas de la terraza, bajo los árboles adornados con luces. Pidió antipasto y espagueti, y comió distraídamente, bebiendo una pequeña garrafa de chianti y escuchando a una pequeña orquesta. El líder tocaba una especie de acordeón con botones, un bandoneón, y sus compañeros, violín, guitarra, piano y contrabajo. Un puñado de viejos marchitos, de la edad de ella, que atacaban con un ritmo vivo melancólicas melodías agridulces: canciones gitanas, tangos y piezas extrañas que parecían improvisar. Cuando terminó de comer, se quedo sentada largo rato, escuchándolos, bebiendo sin prisas un ultimo vaso de vino y después un café, mirando a los otros comensales, las hojas de los árboles, el distante paisaje

helado más alla de la cornisa, las nubes que venían de Hellespontus. Trataba de pensar lo menos posible. Durante un rato funcionó y ella hizo una escapada dichosa a una Odessa anterior, a una Europa tan dulce y triste como los duelos de violín y bandoneón. Pero entonces los comensales que ocupaban la mesa próxima comenzaron a debatir que porcentaje de población terrana había recibido el tratamiento —uno decía que el diez por ciento, otro que el cuarenta—, una señal de la guerra de información, o simplemente del nivel del caos que había allí. Al volverse para alejarse de ellos, vio el titular de un periódico en la pantalla encima de la barra, y leyó las frases que iban apareciendo: el Tribunal Mundial había suspendido sus actividades para trasladarse de La Haya a Berna, y Consolidados había aprovechado la oportunidad para intentar una absorción hostil de las empresas de Praxis en Cachemira, lo que a todos los efectos significaba un gran golpe y una pequeña guerra contra el gobierno de Cachemira desde la base de Consolidados en Pakistán. Y eso podía arrastrar a la India al conflicto. La India había estado colaborando con Praxis en los últimos tiempos. India contra Pakistán, Praxis contra Consolidados... y la mayor parte de la población mundial sin tratamiento y desesperada...

Esa noche, cuando llegó a casa, Michel le dijo que esa agresión implicaba un nuevo nivel de respeto hacia el Tribunal Mundial, puesto que Consolidados había hecho coincidir su movimiento con la suspensión de actividades del tribunal. Pero, dada la devastación de Cachemira y las repercusiones para Praxis, Maya no tuvo humor para escucharlo. Michel era tan obstinadamente optimista que a veces parecía estúpido, y era doloroso estar cerca de él. Había que admitirlo: vivían en una situación que se ensombrecía por momentos. El ciclo de locura estaba iniciándose de nuevo en la Tierra, atrapada en su inexorable sinusoide, una curva mucho más espantosa que la de Maya, y pronto se encontrarían inmersos en uno de esos paroxismos descontrolados, luchando por evitar la aniquilación. Ella lo presentía. Iban a repetirlo.

Maya empezó a ir al café de la esquina con regularidad, para escuchar la orquesta y estar sola. Se sentaba de espaldas a la pantalla, pero era imposible no pensar en las cosas que estaban sucediendo. La Tierra: la maldición que pesaba sobre ellos, su pecado original. Intentó comprender, intentó verlo como lo habría hecho Frank. Intentó escuchar la voz de él analizando. El Grupo de los Once (el viejo G-7 más Corea, Azania, México y Rusia) seguía teniendo la mayor parte del poder terrestre a causa de su fuerza militar y financiera. Los únicos competidores reales de estos viejos dinosaurios eran las grandes metanacionales, que habían surgido fusionadas de las trasnac, como Atenea. Esas metanac —en la economía de los dos mundos sólo había espacio para una docena de ellas por definición— estaban naturalmente interesadas en apropiarse de las naciones del Grupo de los Once, puesto que poseían muchas naciones más pequeñas. Las metanac que tuviesen éxito en esta empresa seguramente ganarían el juego de dominación entre ellas. Y por esa razón algunas estaban intentando dividir y conquistar el G-11, esforzándose por enfrentar a sus miembros o sobornándolos para desertar. Y todo el tiempo compitiendo entre ellas, de manera que mientras algunas se habían aliado con naciones del G-11 en un intento de dominarlas, otras se habían dedicado a aumentar su influencia en naciones pobres o en los bebés tigre. Se había establecido, por tanto, un complejo equilibrio de poder, las viejas naciones poderosas contra las nuevas grandes metanacionales. Y la Liga

Islámica, India, China y las metanacionales pequeñas eran núcleos de poder independientes, fuerzas impredecibles. En consecuencia el equilibrio de poder era necesariamente frágil, porque la mitad de la población de la Tierra vivía en India y China, un hecho que Maya nunca llegaría comprender del todo —la historia era tan extraña—, y no se sabía por qué lado de la balanza se decantaría esa mitad de la humanidad.

Y había que preguntarse a qué obedecían en realidad todos esos conflictos. ¿Por qué, Frank?, pensó mientras escuchaba la amarga melancolía de los tangos. ¿Qué movía a los dirigentes de esas metanacionales? Podía ver la sonrisa cínica de Frank, la de aquellos años. Los imperios tienen una vida media larga, le había dicho él cierta vez. Y la idea de un imperio tiene una vida media aún más larga. Por eso aún existía gente que intentaba ser Gengis Khan, gobernar el mundo sin que importara el costo: ejecutivos de metanac, dirigentes del Grupo de los Once, generales de los ejércitos...

Además, sugirió Frank en su mente, tranquila, brutalmente, la Tierra tenía una capacidad máxima de carga. La población se había sobrepasado.

Por tanto, mucha gente moriría. Todo el mundo lo sabía. La lucha por los recursos era consecuentemente violenta. Y los que combatían, perfectamente racionales. Pero desesperados.

Los músicos siguieron tocando, su áspera nostalgia cada vez mas intensa conforme pasaban los meses; y llegó el largo invierno, y tocaron durante las oscuras nevadas, mientras el mundo entero se sumía en las tinieblas, entre *chien et loup.* Había algo tan pequeño en el resuello del bandoneón, en esas humildes melodías; una vida normal, que intentaba sobrevivir con tanta obstinación en una franja de luz bajo los árboles desnudos...

Así que cuando viajaban alrededor de Hellas y se encontraban con grupos de Marteprimero, Maya se alegraba por la gente que se esforzaba en creer que sus acciones podían cambiar las cosas, a pesar de que veían el gran vórtice abrirse a sus pies. Maya se enteró por ellos de que, adondequiera que iba, Nirgal insistía ante los nativos en que la situación en la Tierra era crucial para su propio destino, a pesar de que pareciera muy lejana. Y esto estaba teniendo un efecto: la gente que asistía a las reuniones llegaba cargada de noticias sobre Consolidados, Amexx y Subarashii, y sobre las últimas incursiones de la policía de la UNTA en las tierras altas meridionales, incursiones que habían obligado a abandonar Salientes y otros refugios ocultos. El sur estaba vaciándose, y todos los ocultos se guarecían en Hiranyagarbha, Sabishii, Odessa o los cañones al este de Hellas.

Algunos de los jóvenes nativos que Maya conoció parecían pensar que el hecho de que la UNTA se apropiase del sur era bueno, porque de ese modo habían iniciado la cuenta atrás hacia la acción. Ella censuró esa idea.

—No son ellos los que tienen que determinar el calendario —les decía—, sino nosotros, tenemos que aguardar el momento conveniente, y entonces actuar de común acuerdo. Si no comprenden eso... ¡Es que son unos *imbéciles*!

Frank siempre había fustigado a sus oyentes. Esas gentes necesitaban algo más. O, para ser exactos, merecían algo más. Algo positivo, algo que los atrajese al tiempo que los motivaba. Frank también había dicho eso, pero raras veces lo había puesto en practica. Necesitaban que los sedujesen, como los bailarines nocturnos de la cornisa. Probablemente esa gente salía a divertirse las otras noches de la semana. Y la política necesitaba apropiarse de esa energía erótica; de otro modo todo se reduciría a resentimiento y control de daños.

Tanto que ella los seducía. Lo hacía incluso cuando estaba preocupada o asustada o de mal humor. Pasaba entre ellos pensando en cómo sería el sexo con aquellos jóvenes altos y ágiles, y entonces se sentaba en medio y les hacía preguntas. Los miraba a los ojos, todos tan altos que, sentada sobre una mesa, quedaba a la altura de los ojos de ellos, sentados en las sillas, y los arrastraba a una conversación que intentaba que fuese íntima y agradable. ¿Qué querían de la vida, de Marte? Muchas veces se le escapaba una carcajada al oír sus respuestas, sorprendida por su ingenuidad o su ingenio. Todos soñaban con un Marte propio más radical que cualquiera de los que Maya podía imaginar, verdaderamente independiente, igualitario, justo y gozoso. Y en algunos aspectos ellos ya habían dado vida a esos sueños: muchos tenían sus pequeñas madrigueras en los apartamentos comunales, y trabajaban en una economía alternativa que cada vez tenía menos relación con la Autoridad Transitoria o las metanacs, una economía regida por la teoría eco-económica de Marina y la areofanía de Hiroko, por los sufíes y Nirgal, y por los jóvenes errantes que lo seguían. Creían que vivirían eternamente, que vivirían en un mundo de sensual belleza; veían normal el confinamiento en las tiendas, pero sólo como un estadio, como el confinamiento en el mesocosmos de un útero cálido, al que seguiría inevitablemente la salida a una superficie libre, ¡como si naciesen, sí! Eran embriones de areurgos, como los llamaba Michel, jóvenes dioses que manipulaban su mundo, gentes que se sabían destinadas a ser ubres y confiaban en alcanzar esa libertad pronto. Entonces llegaban malas noticias de la Tierra y la asistencia aumentaba; y en esas reuniones el ambiente no era de miedo, sino de determinación, como la expresión en el rostro del Frank de la foto. Una disputa entre ex aliados de Armscor y Subarashii sobre Nigeria termino con el empleo de armas biológicas (ambas partes negaban su responsabilidad), y la población, los animales y las plantas de Lagos y la zona circundante había sido diezmada por enfermedades espantosas. En las reuniones de ese mes, los jóvenes marcianos hablaban airadamente, los ojos relampagueantes, de la ausencia de una autoridad de la ley en la Tierra en la que se pudiese confiar. ¡El orden metanacional global era demasiado peligroso para que se le permitiera gobernar Marte!

Maya los dejó hablar durante una hora sin otro comentario que «Lo sé». ¡Y lo sabía! Casi se le saltaban las lágrimas cuando los miraba, cuando veía cuánto los indignaba la crueldad y la injusticia. Entonces planteaba los puntos de la Declaración de Dorsa Brevia uno por uno, explicando las críticas surgidas, lo que significaban y lo que supondría para sus vidas su aplicación en el mundo real. Ellos conocían ese tema mejor que ella misma, y esa discusión los encendía más que cualquier asunto relacionado con la Tierra, los angustiaba menos y los entusiasmaba más. Y cuando intentaba hacerlos imaginar un futuro basado en la declaración, los hacía reír: ridículos escenarios de armonía colectiva todo el mundo en paz y feliz. Ellos conocían la realidad de las estrecheces y las peleas de sus pequeños apartamentos compartidos, y por eso reían. La luz que brillaba en

los ojos de los jóvenes marcianos cuando reían... Incluso ella, que no reía nunca, dejaba asomar una sonrisa que reordenaba el mapa invisible de arrugas de su cara.

Y entonces daba por terminada la reunión, sintiendo que había hecho un buen trabajo. ¿De qué servía una utopía si no había alegría? ¿Qué sentido tenía todo su esfuerzo si no incluía la risa de los jóvenes? Eso era lo que Frank no había comprendido nunca, o al menos en sus últimos años. Y por eso Maya abandonó las medidas de seguridad de Spencer y salía con la gente de la reunión e iban al puerto, o a algún parque, o a un café, para charlar, tomar una copa o comer, y le parecía haber encontrado una de las llaves de la revolución, una llave cuya existencia Frank desconocía, pero que intuía cuando miraba a John.

—Claro —dijo Michel cuando ella volvió a Odessa y trató de explicarle todo esto—. Pero Frank nunca creyó en la revolución. Él era un diplomático, un cínico, un contrarrevolucionario. La alegría no estaba en su naturaleza. Para él todo se reducía al control de daños.

Pero Michel le llevaba la contraria muchas veces en esos tiempos. Él había aprendido a provocarla en vez de tranquilizarla cuando advertía en ella señales de que necesitaba una pelea, y ella lo valoró mucho y descubrió que ya no necesitaba pelear tan a menudo.

—Vamos —dijo ella después de la caracterización que Michel había hecho de Frank, y lo empujó a la cama y lo sedujo, por pura y simple diversión, sólo para arrastrarlo al dominio de la alegría y forzarlo a admitirlo. Ella sabía que Michel se consideraba obligado a devolverla al punto medio de sus oscilaciones emocionales, y Maya comprendía por qué mejor que nadie, y apreciaba el punto de anclaje que él trataba de ofrecerle; pero a veces, revoloteando en lo alto de la curva, no veía razón para no disfrutar uno de esos momentos de vuelo ingrávido, una suerte de *status orgasmus* espiritual... Y por eso lo arrastraba por el pene hasta ese nivel. Y lo hacia durante una hora o dos. Después, era posible que bajasen las escaleras juntos, que saliesen por el portón, cruzasen el parque y fueran al café sintiéndose relajados y en paz, donde se sentaban de espaldas a la pantalla y escuchaban al guitarrista de flamenco o a la vieja orquesta de tangos interpretando a Piazzolla. Hablando desenfadadamente del trabajo alrededor de la cuenca. O sin decir nada.

Una mañana de finales del verano de M-49, bajaron al café con Spencer y se sentaron a la luz del crepúsculo, contemplando las nubes de color cobre oscuro que centelleaban sobre el hielo distante bajo el cielo púrpura. Los vientos del oeste solían llevar masas de aire sobre Hellespontus, de modo que los frentes de nubes espectaculares sobre el hielo formaban parte de su vida diaria. Algunas nubes parecían sólidos objetos lobulados, como estatuas minerales que no podían ser arrastradas por el viento, escupiendo rayos de sus vientres negros sobre el hielo.

Y mientras contemplaban una nube se oyó un fragor apagado; el suelo tembló ligeramente, y los cubiertos tintinearon en la mesa. Agarraron los vasos y se pusieron de pie, como el resto de los parroquianos del café. Y en el silencio sorprendido Maya advirtió que todos miraban hacia el sur, hacia el hielo. La gente corría hacia la cornisa, se pegaba al muro de la tienda y miraba. En el débil

índigo del atardecer, bajo las nubes de cobre, se alcanzaba a ver movimiento, un centelleo en el borde de la masa blanca y negra. Avanzaba hacia ellos a través de la planicie.

—Agua —dijo alguien.

Todos se movieron como atraídos por un imán, los vasos en la mano,

olvidados de todo mientras se acercaban al muro de la tienda, en el borde del muelle seco, y se apoyaban contra él espiando las sombras en la llanura: negro sobre negro, salpicado de blanco aquí y allá. Durante un segundo Maya recordó la inundación de Marineris y se estremeció. Un liquido ácido se generó en su esófago; ahogándola, y trató de adormecer su recuerdos. Era el Mar de Hellas lo que venía hacia ella, el mar que ella había soñado, y que ahora inundaba la cuenca. Un millón de plantas estaban muriendo en ese momento, como Sax le había hecho recordar. La bolsa de agua de Punto Bajo había estado creciendo, conectándose con otras, derritiendo el hielo carcomido que las separaba, calentada por el largo verano, las bacterias y las ráfagas de vapor de las voladuras en el hielo circundante. Una de las paredes de hielo septentrionales debía de haberse roto, y ahora la inundación oscurecía la llanura al sur de Hellas. El borde más cercano no estaba a más de quince kilómetros. Ahora todo lo que podían ver de la llanura era un revoltijo de sal y pimienta. La pimienta predominante en primer término transformándose rápidamente en sal, la tierra iluminándose mientras el cielo se oscurecía, lo que siempre daba a las cosas un aspecto sobrenatural. El vapor de escarcha flotaba sobre el agua, que reflejaba la luz de Odessa.

Pasó tal vez media hora, y todo el mundo seguía en la cornisa, mirando en silencio, hasta que la inundación se congeló y el crepúsculo terminó. Entonces se produjo el regreso súbito de las voces y de la música electrónica de un café dos puertas más allá. Una salva de carcajadas. Maya fue a la barra y pidió champaña, chisporroteando. Por una vez su estado de ánimo estaba en consonancia con las circunstancias, y quería celebrar la extraña visión de sus propios poderes desatados, desplegados sobre el paisaje. Propuso un brindis a todo el café:

—¡Por el Mar de Hellas, y por todos los marineros que navegarán por él, sorteando icebergs y tormentas para alcanzar la orilla lejana!

Todos vitorearon, y la gente a lo largo de la cornisa se unió al brindis y a los vítores; un momento de frenesí. La orquesta gitana tocó una canción marinera con aires de tango, y Maya sintió la pequeña sonrisa tirando de la piel de sus mejillas el resto de la noche. Ni siquiera una discusión sobre la posibilidad de que una nueva oleada desbordara el rompeolas de Odessa pudo borrarle esa sonrisa. En la oficina habían calculado las posibilidades con bastante precisión, y cualquier derrame, como ellos lo llamaban, era improbable, por no decir imposible. Nada le ocurriría. Odessa estaría bien.

Pero las noticias que llegaban amenazaban con inundarlos de otra manera. En la Tierra, las guerras entre Nigeria y Azama habían originado un encarnizado conflicto económico de alcance mundial entre Armscor y Subarashii. Los fundamentalistas cristianos, musulmanes e hindúes habían hecho de tripas corazón y habían declarado que el tratamiento de longevidad era obra de Satán;

un gran numero de los no tratados se estaba uniendo a esos movimientos y derrocaban gobiernos y asaltaban las explotaciones metanacionales a su alcance. Entre tanto, las grandes metanacionales intentaban resucitar a la UN y proponerla como alternativa al Tribunal Mundial. Y muchos de los grandes clientes de las metanacs, y ahora el Grupo de los Once, apoyaban el proyecto. Michel consideraba esto una victoria, ya que de nuevo demostraba que temían al Tribunal Mundial. Y el fortalecimiento de cualquier organismo internacional, aunque fuese la UN, dijo, era mejor que nada. Pero ahora había dos sistemas de arbitraje distintos, uno de ellos controlado por las metanacs, lo que les permitía evitar el sistema que no les convenía.

Y en Marte las cosas no marchaban mucho mejor. La policía de la UNTA recorría el sur sin encontrar resistencia, salvo algunas explosiones inexplicadas entre sus vehículos robot. Prometheus era el último refugio que habían descubierto y clausurado. De todos los grandes refugios sólo Vishniac continuaba oculto, y se mantenían inactivos para seguir así. La región polar sur ya no formaba parte de la resistencia.

En este contexto no fue ninguna sorpresa ver en las reuniones a gente asustada. Se necesitaba valor para unirse a una resistencia que estaba encogiendo a ojos vista, como la isla Menos Uno. La gente se veía arrastrada a ello por la rabia, pensaba Maya, la indignación y la esperanza. Pero de todas maneras tenían miedo. Nada aseguraba que aquel movimiento triunfaría.

Y sería tan fácil infiltrar un espía entre esos nuevos asistentes. A Maya le costaba mucho confiar en ellos a veces. ¿Serían todos ellos lo que afirmaban ser? Era imposible estar seguro. Una noche, en una reunión con mucha gente nueva, sentado delante había un joven cuyo aspecto inquietó a Maya. Después de la sesión, muy poco inspirada, ella salió con los amigos de Spencer, volvió directamente al apartamento y se lo mencionó a Michel.

—No te preocupes —dijo él.

—¿Qué quieres decir con eso? El se encogió de hombros.

—Los miembros se siguen la pista. Y el equipo de Spencer se está armado.

—Nunca me lo dijiste.

—Pensé que lo sabías.

—Vamos, Michel, no me trates como si fuera tonta.

—No lo hago, Maya. En fin, es todo lo que podemos hacer, a menos que nos escondamos.

—¡No estoy proponiendo que lo hagamos! ¿Es que crees que soy una cobarde?

Una expresión agria cruzó el rostro de Michel, y dijo algo en francés. Entonces respiró hondo y le lanzó en francés uno de sus insultos. Pero Maya recordó que él había decidido que las peleas eran buenas para ella y catárticas para él, de modo que podían utilizarse, cuando eran inevitables, como método terapéutico. Y eso era intolerable. Era manipularla. Sin pensar en nada más Maya entró en la cocina, tomó un cazo de cobre y se lo arrojó á Michel, a quien la sorpresa apenas le permitió esquivarlo.

—*Putaine!* —rugió—. *Pourquoi ce fa? Pourquoi?*

—No me gusta que me traten como a una niña —contestó ella, satisfecha porque él estaba enfadado de verdad, pero aún furiosa—.

Maldito matasanos, si no fueses tan malo en tu trabajo los Primeros Cien al completo no se habrían vuelto locos y este mundo no estaría tan fastidiado. Es todo culpa tuya. —Y salió dando un portazo. Fue hasta el café para cavilar sobre la desgracia que era tener un psiquiatra como compañero, y también sobre su intolerable comportamiento; tan reacio al control. Esa vez él no fue a reunirse con ella, aunque Maya se quedó hasta la hora de cerrar.

Y entonces, poco después de que volviera a casa y se tendiera en el sofá y se quedara dormida, se oyó un golpe en la puerta, con una urgencia que los asustó. Michel corrió y observó por la mirilla. Abrió. Era Marina.

Se sentó pesadamente en el sofá junto a Maya, y tomándole las manos con sus manos temblorosas dijo:

—Tomaron Sabishii. Las fuerzas de seguridad. Hiroko y su círculo de allegados estaba de visita. También estaban todos los del sur que se habían refugiado allí después de los asaltos. Y Coyote. Todos allí, Nanao, Etsu, y los issei...

—¿Se resistieron? —preguntó Maya.

—Lo intentaron. Mataron a muchos en la estación. Eso los detuvo un tiempo, y creo que algunos pudieron llegar al laberinto. Pero habían rodeado toda la zona y entraron por las paredes tienda. Fue igual que en Cairo en el sesenta y uno, lo juro.

De pronto se echó a llorar, y Michel también se sentó a su lado. Marina se cubrió la cara con las manos y sollozo. Propió de su carácter, por lo general austero, que en la realidad de las noticias que traía se reveló en toda su crudeza.

Marina se seco los ojos y la nariz. Michel le dio un pañuelo. Continuo con más calma:

—Me temo que hayan asesinado a muchos. Yo estaba fuera con Vlad y Ursula, en una de las cavernas, y nos quedamos allí tres días. Luego fuimos a uno de los garajes ocultos y salimos en rovers roca. Vlad fue a Burroughs y Ursula a Elysium. Intentamos comunicarnos con los miembros de los Primeros Cien, especialmente con Sax y Nadia.

Maya se levantó y fue a vestirse. Después salió al corredor y llamó a la puerta de Spencer. Regresó a la cocina y puso a calentar agua para el te evitando mirar la fotografía de Frank, que la miraba como diciéndole: *Te lo dije. Así funcionan las cosas.* Llevó unas tazas al comedor y descubrió que las manos le temblaban tanto que el líquido caliente se derramaba. Michel estaba pálido y sudoroso, y no escuchaba lo que Marina decía. Era natural. Si el grupo de Hiroko estaba allí, eso significaba que toda la familia de Michel había desaparecido, capturados o asesinados. Maya les alcanzó las tazas, y luego llegó Spencer y se lo contaron todo. Maya sacó una manta y se la puso sobre los hombros a Michel, reprochándose lo poco oportuno de su ataque unas horas antes. Se sentó junto a él, apretándole el muslo, tratando de expresar con aquel contacto que estaba allí, que ella también era su familia y que ya se habían acabado sus juegos: nunca más lo trataría como a una mascota o un saco de arena... Tratando de decirle

que lo amaba. Pero el muslo de Michel era como cerámica tibia, y él no notaba la mano de ella, apenas era consciente de su presencia. Y a Maya se le ocurrió que era precisamente en los momentos de mayor necesidad cuando uno podía hacer menos por el otro.

Se levantó y le sirvió un poco de té a Spencer, evitando mirar la fotografía o la pálida imagen de su cara reflejada en la oscura ventana de la cocina, la cansada y desolada mirada de buitre que ella no podía sostener. No se puede mirar atrás.

Por el momento no podían hacer más que sentarse y esperar a que la noche acabara. Y tratar de digerir las noticias, de sobrellevarlas. Así que se sentaron, hablaron, escucharon a Marina contar lo sucedido con más detalle. Hicieron varias llamadas por las líneas de Praxis tratando de averiguar algo más. Allí siguieron, silenciosos, encerrados en sus propias reflexiones, en sus universos solitarios. Los minutos transcurrieron como horas, las horas como años: el tiempo infernal de una vigilia, el más antiguo de los rituales humanos, durante el cual el hombre trataba de encontrar, sin éxito, el sentido de una catástrofe.

Al fin amaneció, un alba encapotada, la tienda perlada de gotas de lluvia. Después de unas lentas y dolorosas horas de espera, Spencer estableció contacto con todos los grupos de Odessa. Durante ese día y el siguiente difundieron la noticia, que Mangalavid y las demás redes informativas habían omitido. Pero era evidente que había sucedido algo precisamente por la ausencia de Sabishii en los noticiarios. Circulaban muchos rumores, que ganaban gravedad debido a la falta de noticias, rumores que proclamaban desde la independencia de Sabishii a su destrucción. En las tensas reuniones de la semana siguiente, Maya y Spencer compartieron con todo el mundo lo que les había contado Marina, y luego discutieron sobre lo que harían. Maya intentó por todos los medios disuadir a la gente de lanzarse al ataque antes de que estuviesen preparados, pero era difícil: estaban furiosos, y asustados, y esa semana se produjeron numerosos incidentes en Hellas, en todo Marte, en realidad: manifestaciones, pequeños sabotajes, ataques a las instalaciones y el personal de seguridad, paradas en las IAs, huelgas de brazos caídos.

—¡Tenemos que demostrarles que no pueden hacer esto impunemente! —dijo Jackie por la red.

Incluso Art estaba de acuerdo con ella:

—Creo que las protestas cívicas de buena parte de la población los detendrán. Obligará a esos bastardos a pensárselo dos veces antes de repetir algo así.

No obstante, la situación no tardó en estabilizarse. Sabishii volvió a aparecer en las noticias y el regular movimiento de trenes y la vida allí se reanudaron, aunque ya no fue como antes: una gran fuerza policial ocupaba la ciudad; controlaban las puertas de la estación y trataban de descubrir todas las cavidades del laberinto. Durante ese período, Maya mantuvo largas conversaciones con Nadia, que estaba trabajando en Fosa Sur, y con Nirgal y Art, e incluso con Ann, que llamó desde uno de sus refugios particulares en el Aureum Chaos. Todos coincidían en que sin importar lo que hubiese sucedido en Sabishii, por el momento necesitaban abstenerse de intentar una insurrección general. Sax llamó a Spencer para decirle que necesitaba tiempo. Esto tranquilizó

a Maya, pues aquél no era el momento apropiado. Sospechaba que los habían provocado con la esperanza de que intentaran una revolución prematura. Ann, Kasei, Jackie y los otros radicales —Dao, Antar, incluso Zeyk—, se mostraron inquietos y tristes por la espera.

—Ustedes no comprenden —les dijo Maya—. Hay un nuevo mundo desarrollándose ahí fuera, y cuanto mas esperemos más fuerte será. Esperen un poco.

Mas o menos un mes después del cierre de Sabishii, recibieron un breve mensaje de Coyote en los ordenadores de muñeca, una breve imagen de su cara asimétrica, inusualmente seria, diciéndoles que había escapado por los túneles y que estaban en el sur, en uno de sus escondites.

—¿Qué hay de Hiroko? —preguntó Michel— ¿Qué ha pasado con Hiroko y los demás?

Pero Coyote ya había cortado.

—No creo que hayan capturado a Hiroko —dijo entonces Michel, caminando por la habitación—. ¡Ni a Hiroko ni a ninguno de ellos! Si los hubiesen capturado, la Autoridad Transitoria lo habría anunciado a bombo y platillo. Apuesto a que Hiroko ha llevado al grupo a la clandestinidad. No estaban muy conformes con la situación desde Dorsa Brevia, a ellos no les gusta comprometerse, ésa fue la razón de su marcha la primera vez. Todo lo sucedido desde entonces sólo los ha reafirmado en su opinión de que no pueden confiar en que nosotros construiremos la clase de mundo que ellos quieren. Así que han aprovechado la ocasión para desaparecer otra vez. Quizá la caída de Sabishii los forzó a hacerlo sin advertirnos primero.

—Tal vez —dijo Maya, procurando aparentar que era una posibilidad digna de consideración. Sonaba como si Michel intentase negar la realidad, pero si eso le ayudaba ¿a quién le importaba? Además, Hiroko era capaz de cualquier cosa. Pero tuvo que dar a su respuesta un carácter propio de Maya, o él pensaría que sólo trataba de tranquilizarlo—. Pero ¿adonde irían?

—Otra vez al caos, supongo. Aún quedan muchos de los viejos refugios.

—¿Pero y tú?

—Se pondrán en contacto conmigo más adelante. Michel meditó un momento, y luego la miró.

—O quizá saben que tú eres mi familia ahora.

De manera que él había sentido su mano en esa hora terrible. Le dedico una sonrisa tan desvalida que a ella se le encogió el corazón y lo abrazó estrechamente, tratando de mostrarle cuánto lo quería y qué poco le gustaba esa mirada desolada.

—En eso tienen razón —dijo con voz ronca—. Pero deberían ponerse en contacto contigo de todas formas.

—Lo harán. Estoy convencido de que lo harán.

Maya no sabía qué pensar de la teoría de Michel. Coyote había escapado a través del laberinto, y seguramente había ayudado a otros a hacer lo mismo. E Hiroko habría sido la primera de la lista. La próxima vez que viese a Coyote lo

sometería a un minucioso interrogatorio sobre el particular, aunque él nunca le había contado nada. En fin, Hiroko y su círculo habían desaparecido. Muertos, capturados o escondidos, sin importar el golpe cruel que aquello significaba para la causa, pues Hiroko era el alma de gran parte de la resistencia.

Pero Hiroko era tan extraña. Una parte de Maya, inconsciente y reprimida, no se sentía del todo descontenta por la salida de escena de Hiroko. Maya nunca había sido capaz de comunicarse normalmente con ella, de comprenderla, y aunque la quería, la ponía nerviosa tener un poder tan imprevisible rondando cerca complicando las cosas. Y también la irritaba que Hiroko tuviese tanta influencia entre las mujeres, una influencia sobre la que Maya no tenía ningún poder. Por supuesto, sería terrible que hubiesen capturado a su grupo, o que los hubiesen matado. Pero si habían decidido desaparecer otra vez no sería una mala cosa, simplificaría la situación en un momento en que necesitaban desesperadamente la simplificación, y a Maya le proporcionaría un mayor dominio sobre lo que estaba por venir.

Así que deseó de todo corazón que la teoría de Michel fuese cierta, y asintió y simuló aceptar con reservas realistas el análisis que el había hecho. Luego fue a una reunión a aplacar los ánimos de una comuna de nativos furiosos. Transcurrieron las semanas, y luego los meses. Parecía que habían sobrevivido a la crisis. Pero la situación degeneraba en la Tierra, y Sabishii, su ciudad universitaria, la joya del demimonde, vivía bajo una especie de ley marcial; e Hiroko, el alma de la resistencia, había desaparecido. Maya, al principio contenta en parte por verse libre de ella, se sentía cada vez más oprimida por su ausencia. El concepto de un Marte Libre formaba parte de la areofanía después de todo... y verlo reducido a mera política, a la supervivencia del más apto...

La vida parecía haber perdido el espíritu. Y a medida que avanzaba el invierno, y las noticias de la Tierra hablaban del progresivo agravamiento de los conflictos, Maya advirtió que la gente parecía buscar la diversión desesperadamente. Las fiestas se hicieron más ruidosas y salvajes. La cornisa era una celebración nocturna continua, y algunas noches señaladas, como la *Fassnacht* o la de Noche Vieja, toda la ciudad se apretujaba mientras bailaban y bebían y cantaban con una alegría feroz bajo los pequeños lemas rojos pintados en todas las paredes. NUNCA PODRAN REGRESAR. MARTE LIBRE. ¿Pero cómo? ¿Cómo?

La fiesta de Año Nuevo de ese invierno fue especialmente frenada. Era el año marciano 50, y la gente celebraba el aniversario como era debido. Maya paseó con Michel por la cornisa, y desde detrás de su máscara de dominó observó con curiosidad las ondulantes filas de bailarines que pasaban junto a los jóvenes cuerpos danzantes, las figuras enmascaradas, pero casi desnudas de cintura para arriba, como salidas de una antiquísima ilustración hindú, pechos y pectorales agitándose al compás del nuevo calipso. ¡Era tan extraño! ¡Esos jóvenes alienígenas eran ignorantes, pero tan hermosos! ¡Tan hermosos! Y esa ciudad que ella había ayudado a construir, erguida sobre el puerto seco... Sintió que se elevaba, que cruzaba el equinoccio y alcanzaba la gloriosa euforia. Quizá sólo fuese un desequilibrio bioquímico, seguramente debido a la situación sombría de los dos mundos, *entre chien el loup,* pero la impulsó a arrastrar a Michel, y bailaron hasta que estuvo cubierta de sudor. Se sintió muy bien.

Luego estuvieron un rato sentados en el café; casi una pequeña convención

de los Primeros Treinta y Nueve: ella y Michel, Spencer, Vlad, Ursula y Marina, y Yeli Zudov y Mary Dunkel, que había escapado de Sabishii un mes después de su ocupación, y Mijail Yangel, que venía de Dorsa Brevia, y Nadia, que había subido desde Fosa Sur. Diez.

—La décima parte —observó Mijail. Pidieron una botella tras otra de vodka, como si quisieran ahogar el recuerdo de los otros noventa, incluyendo al desdichado equipo de la granja, que en el mejor de los casos se había ocultado, y en el peor había sido asesinado. Los rusos del grupo, curiosamente mayoría esa noche, propusieron brindis de su país.

¡Llenemos la bodega! ¡Bebamos hasta los ojos! ¡Remojémonos el gaznate!... Tenían tantas variedades que Michel, Mary y Spencer se quedaron boquiabiertos. Era como los esquimales y la nieve, les explicó Mijail.

Y luego siguieron bailando, los diez formando una fila que zigzagueaba peligrosamente entre la multitud de jóvenes. ¡Cincuenta largos años marcianos y aún estaban vivos, aún bailaban! ¡Era un milagro!

Pero como ocurría siempre en la demasiado predecible fluctuación de los estados de ánimo de Maya, al llegar a lo alto perdió velocidad y empezó la repentina bajada. Empezó cuando notó los ojos rosados detrás de las máscaras, cuando advirtió que todo el mundo trataba de evadirse a su mundo privado, en el que no tendrían que conectar con nadie salvo con el compañero de cama de esa noche. Y ellos no eran diferentes.

—Vamonos a casa —le dijo a Michel, que seguía saltando delante de ella al compás de la música, disfrutando de la vista de todos esos esbeltos joven marcianos—. No soporto esto.

Pero él quería quedarse, y también los otros, y al final ella volvió sola a casa. Cruzó el jardín y subió las escaleras hasta el apartamento. El escándalo de la fiesta la persiguió.

Y allí, sobre la fregadera, el joven Frank le sonreía a su aflicción. Claro que las cosas funcionaban así, decía la mirada intensa del joven. Ya conozco esa historia, la aprendí a golpes. Aniversarios, bodas, momentos felices... todo voló. Desapareció. Nunca significó nada. La sonrisa firme, fiera, determinada; y los ojos. Era como mirar las ventanas de una casa vacía. Derribó una taza de café, que se hizo añicos en el suelo. El asa quedó girando y ella gritó, se dejó caer en el suelo, se rodeó las rodillas con los brazos y lloró.

Con el nuevo año se enteraron de que también en Odessa se habían reforzado las medidas de seguridad. Al parecer la UNTA había aprendido la lección con Sabishii y atenazaría las otras ciudades de una manera más sutil: nuevos pasaportes, comprobaciones de seguridad en los garajes y las puertas de la ciudad, acceso restringido a los trenes. Se rumoreaba que andaban detrás de los Primeros Cien en particular, acusándolos de intentar derrocar a la Autoridad Transitoria.

A pesar de todo Maya deseaba continuar asistiendo a las reuniones de Marte Libre, y Spencer siguió llevándola.

—Mientras podamos hacerlo —dijo ella. Y así, una noche subieron juntos las largas escaleras de piedra de la parte alta de la ciudad. Michel la acompañaba

por primera vez desde el ataque a Sabishii, y Maya pensó que se estaba recuperando del golpe de aquella noticia, de la noche terrible que siguió a la llegada de Marina.

Pero en esa reunión encontraron a Jackie Boone y el resto de su pandilla, Antar y los zigotos, que habían llegado a Odessa en el tren circumHellas, huyendo de las tropas de la UNTA en el sur, y furiosos por el asalto de Sabishii, más militantes que nunca. La desaparición de Hiroko y su grupo había llevado a los ectógenos al límite; Hiroko era madre de muchos de ellos, después de todo, y todos parecían de acuerdo en que había llegado el momento de empezar una revolución a gran escala. No había un minuto que perder, dijo Jackie a la concurrencia, si querían rescatar a los sabishianos y a los colonos ocultos.

—No creo que capturasen a la gente de Hiroko —dijo Michel—. Creo que volvieron a ocultarse con Coyote.

—Deseas que sea así —dijo Jackie, y Maya sintió que una mueca despectiva le cubría la cara.

—Nos habrían mandado algún mensaje si estuviesen en dificultades —argumentó Michel.

Jackie sacudió la cabeza.

—Ellos nunca se ocultarían otra vez, menos ahora que la situación es crítica. —Harmakhis y Rachel hicieron gestos de asentimiento—. Y además, ¿qué hay de los sabishianos y del asedio de Sheffield? Y también ocurrirá aquí. No, la Autoridad Transitoria está apoderándose del planeta.

¡Tenemos que actuar ahora!

—Los sabishianos han demandado a la Autoridad Transitoria —dijo Michel—, y siguen en Sabishii, caminando libremente.

Jackie lo miró con desprecio, como si Michel fuese un imbécil, un imbécil asustado y débil, demasiado optimista. El pulso de Maya se aceleró, y rechinó los dientes.

—No podemos actuar ahora —dijo con aspereza—. Aún no estamos preparados.

Jackie le echó una mirada feroz.

—¡Si fuera por ti, nunca estaríamos preparados! Esperaremos hasta que tengan todo el planeta en sus garras, y entonces ya no podremos hacer nada aunque queramos. Que es exactamente lo que tú quieres, estoy segura.

Maya saltó de la silla.

—Hay cuatro o cinco metanacionales disputándose Marte, igual que están disputándose la Tierra. Si nos metemos en medio, el fuego cruzado acabará con nosotros, sencillamente. Necesitamos escoger el momento conveniente para nosotros, y ese momento llegará cuando se hayan herido de muerte entre ellas. Entonces tendremos la posibilidad real de tener éxito. De otro modo, ellas impondrán su ritmo, y tendremos otro sesenta y uno, ¡sólo caos y muerte!

—Sesenta y uno —exclamó Jackie—. Siempre sales con el sesenta y uno. ¡La excusa perfecta para no mover un dedo! ¡Sabishii y Sheffield están cerradas, y también Burroughs, Hiranyag y Odessa serán las siguientes, y el ascensor trae

policías a diario, que están matando o deteniendo a centenares de personas, como a mi abuela, que es la verdadera líder de todos nosotros, y de lo único que sabes hablar es del sesenta y uno! ¡El sesenta y uno te ha hecho una cobarde!

Maya se adelantó y golpeó a Jackie en un lado de la cabeza, y Jackie se abalanzó sobre ella y la derribó sobre una mesa. Casi sin aliento, Maya se las arregló para aferrar una de las muñecas de Jackie, que le estaba dando puñetazos, y mordió el antebrazo tan fuerte como pudo, como si quisiera arrancarle la carne. Entonces Jackie grito: «¡Ramera!, ¡ramera!,

¡asesina!», y Maya escucho las palabras que también salían de su propia garganta: «Estúpida mujerzuela, estúpida mujerzuela». Le dolían las costillas y los dientes. Alguien le tapó la boca, y a Jackie también, y la gente siseaba: —¡Shsss, shsss, cállense, nos van a oír, informarán sobre nosotros, y vendrá la policía!

Finalmente Michel apartó su mano de la boca de Maya y ella siseó «¡Estúpida mujerzuela!» una última vez. Luego se sentó y les echó una mirada que dejó petrificados al menos a la mitad de los presentes. Soltaron a Jackie, que empezó a insultar a Maya en voz baja, y Maya escupió un «¡Cállate!» tan salvaje que Michel se interpuso entre ellas otra vez.

—Arrastrando a todos los chicos de tu harén por la polla y dándotelas de líder —gruñó Maya—. ¡Y todo eso sin una sola idea en tu cabeza vacía!

—¡No tengo por qué escuchar esto! —gritó Jackie, y todos susurraron «¡Shsss!», y Jackie abandonó la sala.

Eso fue un error, una retirada, y Maya se levantó y aprovechó para reprocharle al auditorio su estupidez con un susurro desgarrado y, cuando consiguió dominar su genio, para demostrarles por qué debían esperar el momento oportuno. Aunque era una petición racional de paciencia y atención, un argumento irrebatible, su furia era evidente. Durante la perorata todos la miraron como si fuese un gladiador sangriento, la Viuda Negra, y a ella, todavía con los dientes doloridos después de morder a Jackie, le costaba mostrarse como un modelo de sensatez. Tenía la boca hinchada, y reprimiendo un creciente sentimiento de humillación, siguió hablando, fría, apasionada, autoritaria. La reunión terminó con el acuerdo malhumorado y tácito de retrasar una insurrección masiva y continuar inactivos. Cuando volvió a estar en sus cabales, se hallaba hundida en el asiento de un tranvía entre Michel y Spencer, tratando de contener las lágrimas. Tendrían que alojar a Jackie y el resto de su grupo mientras estuviesen en Odessa, porque el suyo era un piso franco después de todo. Asi que no podría escapar de la situación. Y mientras tanto había policías custodiando los edificios oficiales y la planta física de la ciudad, comprobando la muñeca de todo el que entraba. Si no se presentaba en el trabajo, tal vez irían a preguntarle qué pasaba, y si iba a trabajar y comprobaban su identidad no era seguro que su identificación y pasaporte suizos pasaran la prueba. Se rumoreaba que la balcanización de la información posterior al sesenta y uno estaba empezando a fundirse en un gran sistema integrado que había recuperado la información anterior a la guerra. De ahí la necesidad de los nuevos pasaportes. Y si ella tropezaba con uno de esos sistemas estaría perdida. La mandarían a los asteroides o a Kasei Vallis, donde la torturarían y le destrozarían el cerebro como a Sax.

—Quizá ya ha llegado la hora —les dijo a Michel y Spencer—. S¡

cierran todas las ciudades y pistas, ¿qué otra opción tenemos?

Ellos no contestaron. No sabían qué hacer, igual que ella. De pronto, todo el proyecto de la independencia pareció otra vez una fantasía, un sueño tan irrealizable ahora como cuando Arkadi lo había abrazado, Arkadi, tan alegre y tan equivocado. Nunca se librarían de la Tierra, nunca. No podían hacer nada.

—Quiero hablar con Sax primero —dijo Spencer.

—Y con Coyote —dijo Michel—. Quiero preguntarle qué ocurrió exactamente en Sabishii.

—Y con Nadia —dijo Maya, y se le hizo un nudo en la garganta. Nadia se habría sentido avergonzada de ella si la hubiera visto en esa reunión, y eso le dolía. Necesitaba a Nadia, la única persona en Marte en cuyo buen juicio confiaba.

—Ocurre algo raro con la atmósfera —se quejó Spencer mientras hacían transbordo—. Tengo mucho interés en oír lo que piensa Sax sobre esto. Los niveles de oxígeno están subiendo más deprisa de lo que yo hubiera esperado, sobre todo en Tharsis norte. Es como si hubiesen distribuido alguna bacteria sin genes suicidas. Sax ha reunido a su antiguo equipo del Mirador de Echus, a todos los que siguen vivos, y han estado trabajando en Acheron y Da Vinci, en proyectos de los que nadie sabe nada. Es como aquellos malditos molinos de viento calefactores. Así que quiero hablar con él. Tenemos que trabajar conjuntamente en eso; de otro modo...

—¡De otro modo tendremos otro sesenta y uno! —insistió Maya.

—Lo sé, lo sé. Tienes razón sobre eso, Maya, estoy de acuerdo. Espero que haya muchos entre nosotros que también estén de acuerdo.

—Necesitaremos algo más que esperanza.

Lo que significaba que ella tendría que salir y hacerlo en persona, viajar de una ciudad a otra, de un piso franco a otro, como había hecho Nirgal durante años, sin hogar ni trabajo, reuniéndose con el mayor número posible de células revolucionarias, tratando de mantenerlas a bordo. O al menos evitando que saltaran demasiado pronto. No podría continuar trabajando en el proyecto del Mar de Hellas.

Así que su vida se había acabado. Bajó del tranvía y observo brevemente el parque de la cornisa. Luego se volvió y cruzó el portón y el jardín, subió la escalera, avanzó por el pasillo familiar sintiéndose pesada y vieja, y muy cansada. Metió la llave correcta en la cerradura sin pensar, entró en el apartamento y miró sus cosas: los anaqueles de libros de Michel, la lámina de Kandinsky sobre el sofá, los dibujos de Spencer, la mesita de café, los muebles desvencijados, la reducida cocina con todo en su sitio, incluyendo la pequeña cara sobre la fregadera. ¿Cuántas vidas atrás había conocido esa cara? Todas esas piezas del mobiliario seguirían caminos distintos. Se quedó de pie en medio de la habitación, exhausta y desolada, lamentándose por todos esos años que habían pasado casi sin que ella los advirtiese; casi una década de trabajo productivo, de vida real, arrastrada ahora por esta última tormenta de la historia, un paroxismo que ella tendría que intentar dirigir o al menos capear de manera que pudiesen sobrevivir. Maldito mundo, maldita intrusión, esa carga sin sentido que les

imponía, el inexorable barrido del presente que destrozaba sus vidas. Había querido aquel apartamento, aquella ciudad, aquella vida, con Michel, Spencer, Diana y los colegas del trabajo, con sus hábitos, su música y sus pequeños placeres cotidianos.

Miró a Michel con aire sombrío; estaba detrás de ella, en el umbral, mirando alrededor como si tratara de grabar el lugar en la memoria. Después de un encogimiento de hombros muy galo, él dijo, tratando de sonreír:

—Nostalgia anticipada. —También él lo sentía, comprendía... no era el estado de ánimo de Maya, esta vez era la realidad.

Haciendo un esfuerzo, Maya le devolvió la sonrisa, se acerco y le tomó la mano. Abajo se oyó un estrépito: la tropa de Zigoto subía por las escaleras. Podían quedarse en el apartamento de Spencer.

—Si funciona —dijo ella—, algún día regresaremos.

Marchaban en la mañana fresca, pasando ante los cafés aún cerrados. En la estación se arriesgaron a presentar sus viejas identificaciones y consiguieron los billetes. Tomaron un tren hasta Montepulciano, y una vez allí alquilaron trajes y cascos, salieron de la tienda, bajaron la colina, e internándose en un profundo barranco en las estribaciones de las colinas, desaparecieron del mundo de la superficie. Coyote los esperaba allí con un rover-roca. Atravesaron el corazón de los Hellespontus, subieron a una red de valles bifurcados, franquearon desfiladero tras desfiladero en aquella cadena montañosa, tan caótica que parecía haber caído del cielo, un laberinto de pesadilla de tierras agrestes, y finalmente bajaron la pendiente occidental, dejaron atrás el Cráter Rabe y alcanzaron las colinas rodeadas de cráteres de las tierras altas de Noachis. Volvían a estar fuera de la red, vagando de una manera desconocida para Maya.

Coyote fue de gran ayuda en la primera parte de ese período. Había cambiado, pensó Maya: parecía abatido por la invasión de Sabisbii, preocupado. No contestó a sus preguntas sobre Hiroko y la colonia oculta.

Repitió «No lo sé» tantas veces que ella empezó a creerlo, sobre todo cuando el rostro de él mostró una reconocible expresión humana de angustia que hizo añicos su famosa preocupación incombustible.

—De verdad que no sé sí consiguieron escapar o no. Yo ya no estaba en el laberinto cuando el ataque comenzó, y salí en un coche tan deprisa como pude, pensando que podría ayudar mejor desde el exterior. Pero nadie más escapó por esa salida. Claro que yo estaba en el lado norte, y ellos podían haber salido por el sur. Se alojaban en el laberinto también, e Hiroko dispone de salidas de emergencia, igual que yo. Pero no sé lo que ocurrió.

—Entonces tratemos de averiguarlo —dijo Maya.

Coyote los llevó hacia el norte. En cierto punto pasaron por la pista Sheffield-

Burroughs, utilizando un largo túnel en el que apenas cabía el rover. Pasaron la noche en ese agujero oscuro, y se aprovisionaron y durmieron el sueño inquieto de los espeleólogos. Cerca de Sabishii, descendieron a otro túnel oculto y lo siguieron durante varios kilómetros hasta desembocar en una pequeña cueva garaje que formaba parte del laberinto del monte sabishiano. Las cuevas cuadradas detrás de ella parecían tumbas neolíticas, ahora con calefacción e iluminadas con fluorescentes. Allí los recibió Nanao Nakayama, uno de los issei, tan alegre como siempre. Les habían devuelto Sabishii, a medias, y aunque la policía de la UNTA ocupaba la ciudad, principalmente las puertas y la estación de trenes, ignoraban aún la extensión del laberinto, y por tanto no podían impedir que los sabishianos ayudaran a la resistencia. Sabishii había dejado de ser un demimonde abierto, dijo Nanao, pero seguían trabajando.

Tampoco él sabía qué había sido de Hiroko.

—No vimos que la policía se llevara a ninguno de ellos —dijo—. Pero tampoco encontramos a Hiroko y su grupo en el laberinto cuando las cosas se calmaron. No sabemos adonde fueron. —Tironeó de su pendiente de turquesa, evidentemente perplejo—. Creo que escaparon. Hiroko siempre procuraba tener una salida de emergencia allá donde estuviera, al menos eso me contó Iwao una vez que nos emborrachamos con sake junto al estanque de los patos. Eso de desaparecer es propio de Hiroko. Suponemos que eso fue lo que hizo. Pero vengan, vengan, seguro que les apetece bañarse y comer algo. Y después, si quisieran hablar con algunos de los sansei y yonsei que se han refugiado aquí, les harían mucho bien.

Se quedaron en el laberinto un par de semanas, y Maya se reunió con varios grupos de refugiados recientes. Pasaba la mayor parte del tiempo animándolos, asegurándoles que pronto podrían volver a la superficie, incluso a Sabishii; estaban reforzando las medidas de seguridad, pero las redes eran demasiado permeables y la economía alternativa estaba demasiado extendida como para que pudiesen controlarla. Suiza les proporcionaría pasaportes nuevos, Praxis, empleos, y así volverían a la actividad. Lo importante era coordinar los esfuerzos y resistir la tentación de saltar demasiado pronto.

Nanao le dijo a Maya que Nadia estaba haciendo un llamamiento similar en Fosa Sur, y que el equipo de Sax les pedía más tiempo. Así que había algún acuerdo en cuanto a la política a seguir, al menos entre los veteranos. Y Nirgal trabajaba en estrecha colaboración con Nadia, apoyando esa política. Había que procurar refrenar a los grupos más radicales, y en eso Coyote podía hacer mucho. Él quería visitar algunos de los refugios rojos, y Maya y Michel lo acompañaron hasta Burroughs.

La región entre Sabishii y Burroughs estaba saturada de cráteres de modo que pasaban las noches serpenteando entre colinas circulares de cima llana, y al alba se detenían en pequeños refugios atestados de rojos que no se mostraban muy hospitalarios con Maya y Michel. Pero escuchaban a Coyote con atención, e intercambiaban noticias sobre docenas de lugares de los que Maya no había oído hablar. La tercera noche bajaron la pendiente abrupta del Gran Acantilado, atravesaron un archipiélago de islas mesa y desembocaron en la planicie de Isidis. Desde el borde se alcanzaba a ver un vasto panorama, y en la lejanía una elevación semejante a la del agujero de transición sabishiano atravesaba el paisaje, describiendo una gran curva que partía del cráter Du Martheray, en el

Gran Acantilado, en dirección noroeste, hacia Syrtis. Ése era el nuevo dique, les explicó Coyote, construido por un grupo de robots controlados desde el agujero de transición de Elysium. Era colosal, y parecía una de las dorsa de basalto del sur, pero su textura aterciopelada revelaba que se trataba de regolito y no de roca volcánica.

Maya contempló la larga cresta. Las consecuencias de sus acciones recombinadas en cascada estaban fuera de su control, pensó. Podían tratar de construir bastiones para contenerlas, pero ¿aguantarían esos bastiones?

Entraron en Burroughs por la Puerta Sur con sus identificaciones suizas, y se alojaron en un piso franco dirigido por bogdanovistas de Vishniac, que ahora trabajaban para Praxis. Era un apartamento amplio y luminoso en mitad de la pared occidental de Hunt Mesa, con una magnífica vista sobre el valle central. El apartamento de encima era una academia de baile y durante la mayor parte del día convivían con un leve tump-tump-tump. Sobre el horizonte occidental, una nube irregular de polvo y vapor marcaba el lugar donde los robots trabajaban en el dique; cada mañana Maya miraba por la ventana, reflexionando sobre las noticias de Mangalavid y los largos mensajes de Praxis. Entonces se sumergía en el trabajo del día, que era absolutamente subterráneo y a menudo se reducía a celebrar reuniones en el apartamento, o enviar mensajes de vídeo. No tenía nada que ver con la vida que había llevado en Odessa, y le costaba acostumbrarse, lo cual le hacía sentirse irritable y sombría.

Sin embargo, aún podía pasear por las calles de la gran ciudad, un ciudadano anónimo entre miles, podía caminar junto al canal o sentarse en los restaurantes de Princess Park, o en lo alto de una de las mesas menos de moda. Y allá adonde fuera veía el graffiti rojo hecho con plantilla: MARTE LIBRE. O PREPÁRENSE. O bien, como una advertencia de su alma: NUNCA PODRÁN REGRESAR. Por lo que podía ver, el populacho ignoraba esos mensajes, y las brigadas de limpieza los borraban; pero seguían apareciendo, rojos y nítidos, normalmente en inglés, pero a veces en ruso, y entonces el viejo alfabeto se le antojaba un amigo perdido hacía tiempo, como un flash subliminal del inconsciente colectivo, si es que tal cosa existía. Y de algún modo esos mensajes conservaban su carga electrizante. Era extraño el poderoso efecto que podía conseguirse con medios tan simples. La gente accedería a hacer casi cualquier cosa si le hablaban sobre ella el tiempo suficiente.

Las reuniones de Maya con las pequeñas células de las diferentes organizaciones de la resistencia iban bien, aunque advirtió que había profundas divisiones entre ellas, particularmente la aversión que rojos y marteprimeros sentían por los bogdanovistas y los grupos de Marte Libre, a quienes los rojos consideraban verdes, y por tanto una manifestación más del enemigo. Eso podía representar un problema. Pero Maya hizo lo que pudo, y al menos la escuchaban, de modo que tenía la sensación de que estaban progresando. Y poco a poco fue aclimatándose a Burroughs y a la vida que llevaba allí. Michel le organizó una rutina con los suizos y Praxis, y con los bogdanovistas ocultos en la ciudad, que le permitía reunirse con los grupos con más frecuencia sin comprometer la seguridad de los pisos francos. Y en cada reunión las cosas parecían marchar mejor. El único problema insoluble radicaba en los numerosos grupos que querían una revolución inmediata. Tanto rojos como verdes aceptaban el

liderazgo radical de los rojos de Ann en las tierras desoladas y de los jóvenes impulsivos del círculo de Jackie, y había cada vez más sabotajes en las ciudades, que provocaban el correspondiente aumento de la presión policial, hasta tal punto que pareció que la situación explotaría. Maya empezó a verse como una especie de freno, y con frecuencia perdía el sueño, preocupada por la escasa atención que prestaba a ese mensaje. Por otro lado, ella había sido la responsable de que los viejos bogdanovistas y otros veteranos tomaran conciencia del poder del movimiento nativo, animándolos cuando se deprimían. Ann seguía destrozando estaciones, en compañía de los rojos, en las tierras desoladas. Las cosas no funcionan así repetía Maya una y otra vez, aunque nunca sabía si Ann había recibido el mensaje.

A pesar de todo, había señales alentadoras. Nadia estaba en Fosa Sur, formando un poderoso movimiento que parecía estar bajo su influencia y muy cerca de los planteamientos de Nirgal. Vlad, Ursula y Marina habían vuelto a ocupar los viejos laboratorios de Acheron, bajo la égida de la compañía de bioingeniería de Praxis, nominalmente al cargo. Mantenían un contacto continuo con Sax, refugiado en el cráter Da Vinci con su viejo equipo de terraformación, que recibía la ayuda de los minoanos de Dorsa Brevia. La habitación de aquel gran túnel de lava se había extendido hacia el norte mucho más que en los tiempos del congreso, y muchos de los nuevos segmentos se habían destinado a albergar a los fugitivos que venían de los refugios destrozados o abandonados del sur, además de diferentes industrias. Maya vio vídeos de gente conduciendo por inacabables segmentos cubiertos, trabajando bajo la luz parda de las claraboyas, dedicados a lo que sólo podía llamarse industria militar: construyendo aviones y rovers camuflados, misiles espacio-espacio, bloques refugio reforzados (algunos ya instalados en el túnel de lava, por sí abrían alguna brecha desde el exterior), misiles espacio-tierra, armas antitanque, armas de mano y, según le contaron los minoanos a Maya, diferentes armas ecológicas que Sax había diseñado.

Esa clase de trabajo, y la destrucción de los refugios del sur, había originado lo que desde fuera parecía una fiebre de guerra en Dorsa Brevia, que preocupaba a Maya. Sax, en el corazón de todo eso, era un cañón enloquecido, un cerebro brillante pero dañado, obstinado y distante, un auténtico científico chalado. Aún no había hablado con ella, y sus ataques a Deimos y la lupa espacial, aunque efectivos, eran la causa, en opinión de Maya, del recrudecimiento de los ataques en el sur. Ella siguió enviando a Dorsa Brevia mensajes llamando a la calma y la paciencia, hasta que Ariadne replicó con irritación:

—Maya, ya lo sabemos. Estamos trabajando con Sax, sabemos lo que tenemos entre manos y no necesitamos que insistas. Si quieres ayudar, habla con los rojos, pero déjanos tranquilos.

Maya maldijo al vídeo y habló con Spencer sobre el tema.

—Sax cree que sí vamos a llevar esto adelante podemos llegar a necesitar armas. Es una actividad profiláctica —dijo Spencer— a mí me parece sensato.

—¿Y qué pasa con la idea de la decapitación?

—Quizás él piensa que está construyendo la guillotina. Mira, habla con Nirgal y Art. O incluso con Jackie.

—Con quien quiero hablar es con Sax. Tiene que hablarme alguna vez, maldito sea. Intenta convencerlo de que hable conmigo. ¿Lo harás?

Spencer accedió, y una mañana concertó una llamada con Sax por su línea privada. Fue Art quien contestó, pero prometió convencer a Sax para que hablara.

—Está muy ocupado estos días, Maya. Tendrías que verlo. La gente lo llama general Sax.

—Válgame Dios.

—Así es. También hablan de la generala Nadia y la generala Maya.

—Eso no es lo que me llaman. —La Viuda Negra, seguramente, o la Bruja, la Asesina. Ella lo sabía.

Y la mirada esquiva de Art se lo confirmó.

—Bien —dijo él—, da igual. Con Sax es una especie de chiste. La gente habla de la venganza de las ratas de laboratorio, ese tipo de bromas.

—Pues a mí no me hace gracia.

La idea de otra revolución parecía prosperar, ganar un peso que no guardaba relación con ninguna lógica. Estaba fuera del control de Maya, fuera del control de todos. Incluso los esfuerzos colectivos, dispersos y ocultos como estaban, parecían faltos de coordinación o concebidos sin una idea clara de lo que pretendían conseguir, o por qué lo querían. Sencillamente ocurría.

Trató de explicarle parte de esto a Art, y él asintió.

—Eso es historia, supongo. Es complicada. Tienes que cabalgar sobre el tigre y al mismo tiempo retenerlo. Hay muchos grupos diferentes en el movimiento, y todos tienen ideas propias. Pero verás, creo que esta vez lo estamos haciendo mejor. Estoy trabajando en algunas iniciativas allá en la Tierra, negociando con Suiza y alguna gente del Tribunal Mundial. Y Praxis nos está manteniendo muy bien informados sobre lo que sucede entre las metanacionales en la Tierra, lo que quiere decir que no nos veremos arrastrados a algo que no comprendemos.

—Claro —admitió Maya.

Las noticias y análisis que enviaba Praxis eran mucho más detallados que los de cualquier televisión comercial, y puesto que las metanacionales continuaban abocadas a lo que ellos llamaban metanatricidio, allí en Marte, en los refugios y pisos francos, podían seguirlo golpe a golpe. Subarashii se había apoderado de Mitsubishi, y luego de su viejo enemigo Armscor, y luego se había enfrentado a Amexx, que intentaba separar la Unión de Estados del Grupo de los Once. Nada podía parecerse menos a la situación de la década de 2050. Aunque pequeño, era un consuelo.

Y entonces Sax apareció en la pantalla, detrás de Art, y la miró. Cuando vio que era ella, dijo:

—¡Maya!

Ella tragó con dificultad. ¿Estaba perdonada, entonces, por el asesinato de Phyllis? ¿Comprendía por qué lo había hecho? La nueva cara de Sax no le daba ninguna pista: era tan impasible como la antigua, y más difícil de descifrar porque aún no estaba familiarizada con ella.

Maya se dominó y le preguntó qué planes tenía.

—No tengo planes —dijo él—. Aún estamos con los preparativos. Tenemos que esperar un desencadenante. Un suceso desencadenante. Es muy importante. Hay un par de posibilidades que estoy observando con atención. Pero nada más por el momento.

—Bien —dijo ella—. Pero escucha, Sax. —Y entonces le comunicó todas sus preocupaciones: el poder de las tropas de la Autoridad Transitoria, reforzadas por las grandes metanacs centristas; la constante tendencia hacia la violencia de las facciones más radicales de la resistencia; la sensación de que volvían a caer en el mismo patrón de conducta. Mientras ella hablaba, él parpadeaba a su viejo estilo, y así supo que de verdad era él quien la escuchaba debajo de esa cara nueva, escuchándola al fin. Y por eso ella se extendió más de lo que pretendía, vomitándolo todo, su desconfianza hacia Jackie, su miedo por estar en Burroughs, todo. Fue como si hablase con un confesor, o como si suplicase, como si suplicase al científico racional que no dejase que las cosas se desviasen de nuevo. Que no se volviese loco. Maya se escuchó balbucear, y se dio cuenta de lo asustada que estaba.

El parpadeó con una especie de comprensión neutra, de simpatía. Pero al fin se encogió de hombros y dijo muy poco. Ése era el general Sax, remoto, taciturno, que le hablaba desde el extraño mundo de su nueva mente.

—Dame doce meses —le dijo—. Necesito doce meses más.

—Muy bien, Sax. —Ella se sintió más tranquila—. Haré lo que pueda.

—Gracias, Maya.

Y se fue. Maya se quedó sentada, mirando la pantalla en blanco, exhausta, llorosa, aliviada. Absuelta, por el momento.

Retornó al trabajo con entusiasmo: se reunía con grupos casi cada semana y de cuando en cuando viajaba fuera de la red a Elysium o Tharsis para hablar con las células de las ciudades altas. Coyote se hacía cargo de sus viajes, y la llevaba por todo el planeta en vuelos nocturnos que le recordaron el sesenta y uno. Michel se ocupaba de su seguridad, y la protegía con ayuda de un grupo de nativos que incluía a varios ectógenos de Zigoto; la trasladaban de un piso franco a otro en las ciudades que visitaban. Y ella hablaba y hablaba. No se trataba sólo de conseguir que esperaran, también había que coordinarlos, forzándolos a admitir que estaban del mismo lado. A veces parecía que estaba llegando a alguna parte, podía verlo en la expresión del auditorio. Otras veces tenía que concentrar todos sus esfuerzos en refrenar (con frenos gastados, quemados) a los radicales. Estos ya eran muchos, y su número seguía creciendo: Ann y los rojos, los marteprimeros de Kasei, los bogdanovistas liderados por Mijail, los booneanos de Jackie, los árabes radicales liderados por Antar, uno de los muchos novios de Jackie, Coyote, Harmakhis, Rachel... Era como tratar de detener una avalancha en la que ella misma estaba atrapada, agarrando las rocas mientras caía con ellas. En esa situación, la desaparición de Hiroko empezó a perfilarse como un desastre.

Los ataques de *deja vu* regresaron, más intensos que nunca. Maya había vivido en Burroughs antes, en una época similar a aquélla..., quizá sólo fuera eso.

Pero era tan angustioso, esa profunda y firme convicción de que todo había sucedido antes exactamente de la misma forma. Maya se levantaba e iba al cuarto de baño, y eso ciertamente ya había sucedido, incluyendo la rigidez y los pequeños dolores y molestias. Luego salía y se encontraba con Nirgal y algunos de sus amigos, y admitía que era una crisis, no una coincidencia. Todo había sucedido de la misma manera antes, era un mecanismo de relojería. Un golpe del destino. Muy bien, se decía, ignóralo. Ésta es la realidad. Somos criaturas del destino. Al menos no sabes lo que sucederá después.

Hablaba mucho con Nirgal, tratando de comprenderlo y de que él la comprendiera. Aprendió mucho de él; lo imitaba en las reuniones, imitaba su luminosa y abierta seguridad, que tanto atraía a la gente. Se hicieron muy famosos: salían en las noticias, estaban en la lista de los buscados por la UNTA. Ninguno de los dos podía andar despreocupadamente por la calle. Así que existía un vínculo entre ellos, y Maya aprendió cuanto pudo de él, y creía que Nirgal también aprendía de ella. Maya tenía influencia después de todo. Era una relación provechosa, su mejor vínculo con la juventud. Nirgal la hacía feliz, le daba esperanza.

¡Pero que todo sucediera en la garra despiadada del destino dominador! Lo ya visto, lo ya vivido; no era sino química cerebral, decía Michel, un simple retraso o repetición neuronal, que provocaba la sensación de que el presente era una especie de pasado. Y quizá lo fuera. Así que ella aceptó el diagnóstico y tomó las pastillas que él recetó sin queja ni esperanza. Por la mañana y por la noche abría el compartimiento donde él dejaba la medicación de toda la semana y tomaba las pastillas sin hacer preguntas. Ya no lo atacaba; no sentía la necesidad de hacerlo. Quizá la noche de vigilia en Odessa la había curado, o quizás el había dado con la mezcla adecuada de drogas. Ella así lo esperaba. Iba con Nirgal a las reuniones, regresaba al apartamento debajo de la academia de baile, exhausta. Y sin embargo sufría de insomnio. Su salud empeoró, enfermaba con frecuencia, tenía problemas digestivos, ciática, dolores en el pecho... Ursula aconsejó repetir el tratamiento gerontológico. Siempre ayuda, dijo. Y con las últimas técnicas de localización de cadenas rotas, es más rápido que nunca. Sólo tendría que perder una semana como mucho. Pero Maya no podía permitirse perder una semana. Más adelante, le dijo a Ursula. Cuando todo esto termine.

Algunas noches, cuando no podía dormir, leía sobre Frank. Se había llevado la fotografía del apartamento de Odessa, y ahora estaba pegada en la pared junto a su cama, en el piso franco de Hunt Mesa. Aún sentía la presión de esa mirada electrizante, y por eso pasaba las horas de insomnio leyendo sobre él, tratando de seguir sus esfuerzos diplomáticos. Esperaba encontrar cosas positivas que imitar y descubrir los fallos que debía evitar.

Una noche, después de una tensa visita a Sabishii y la comunidad que se ocultaba en el laberinto, Maya se quedó dormida sobre el atril, en el que había estado leyendo un libro sobre Frank. Entonces soñó con él y se despertó. Agitada, fue a la sala estar y bebió un vaso de agua; regresó y reanudó la lectura.

Ese libro se centraba en los años que mediaban entre la firma del tratado de 2057 y el comienzo de la insurrección de 2061, los años durante los que Maya había estado más cerca de el. Pero ella los recordaba muy vagamente, sólo algunos inconexos y fugaces momentos de eléctrica intensidad, separados por

largas zonas en sombra. Y el texto no despertó en ella ningún sentimiento de reconocimiento, a pesar de que la mencionaba con cierta frecuencia. Una especie *de jamais vu* histórico.

Coyote dormía en el sofá, y murmuró algo en sueños, se despertó y miró alrededor, buscando el origen de la luz. Pasó por delante de Maya en dirección al baño y miró por encima del hombro de ella.

—Ah —exclamó entonces, enfáticamente—. Dicen muchas sobre él. — Y se alejó por el pasillo.

Cuando regresó, Maya dijo:

—Supongo que tú conoces mejor el tema.

—Sé cosas sobre Frank que ellos desconocen, eso seguro. Maya lo miró.

—Tú también estabas en Nicosia. —Entonces recordó haberlo leído en alguna parte.

—Pues sí, allí estaba.

Se dejó caer pesadamente en el sofá y miró al suelo.

—Vi a Frank esa noche, arrojando ladrillos contra las ventanas. Él sólito empezó los disturbios. —Levantó la vista y la miró—. Estuvo hablando con Selim el-Hayil en el parque del vértice media hora antes de que atacaran a John. Imagínate el resto.

Maya apretó los dientes y miró el atril, ignorándolo. Coyote se tendió en el sofá y empezó a roncar.

Esas noticias no eran nuevas. Y Zeyk lo había dejado claro, nadie conseguiría desenredar aquel nudo, sin importar lo que hubieran visto o pensaran que habían visto. Nadie podía estar seguro de nada sucedido en un pasado tan remoto, no se podía confiar en los recuerdos, que cambiaban sutilmente en cada evocación. Lo único fiable eran aquellas imágenes espontáneas que brotaban de las profundidades, las *mémoires involuntaires,* tan vividas que tenían que ser ciertas. Pero a menudo concernían a sucesos sin importancia. No. El relato de Coyote era tan poco digno de confianza como los demás.

Empezó a leer el texto de la pantalla.

Los esfuerzos de Chalmers para detener la oleada de violencia de 2061 fueron infructuosos sencillamente porque ignoraba la extensión real del problema. Como muchos de los Primeros Cien, se engañaba con respecto a la población real de Marte en 2050, que sobrepasaba el millón de personas. Persuadido de que Arkadi Bogdanov dirigía y coordinaba la resistencia, sólo porque lo conocía, ignoró la influencia de Oskar Schnelling en Koroliov, y de los ampliamente difundidos movimientos rojos, como Elysium Libre, o la de aquellos que abandonaron las colonias oficiales a centenares. Debido a la ignorancia y a la falta de imaginación, sólo abordó una pequeña fracción del problema.

Maya se incorporó y se desperezó, y echó una mirada a Coyote. ¿Era eso

cierto? Trató de recordar esos años. Frank sí era consciente de todo aquello. «Jugando con las agujas, cuando son las raíces las que están enfermas.» ¿No le había dicho Frank eso durante ese período?

No lo recordaba. *Jugando con las agujas cuando son las raíces las que están enfermas.* La frase flotaba allí, aislada, separada de un contexto que podría haberle dado sentido. Pero Maya tenía la profunda certeza de que Frank sabía de la existencia de un gran cúmulo de resentimiento y resistencia oculto; ¡nadie había sido más consciente de eso que él! ¿Cómo podía ignorarlo el escritor? ¿Como podía cualquier historiador, sentado en una silla y escogiendo entre los informes, determinar qué cosas habían sabido ellos, o siquiera capturar el ambiente de ese momento, la naturaleza fragmentaria y caleidoscópica de la crisis diaria, cada momento de la tormenta que ellos habían vivido...?

Intentó recordar la cara de Frank, y surgió una imagen de él, sentado con aire desgraciado a una mesa de café, el asa blanca de una taza girando a sus pies. Ella había roto la taza, pero ¿por qué? No lo recordaba. Pasó deprisa las páginas del libro, volando sobre los meses con cada párrafo, el análisis seco completamente divorciado de lo que ella podría recordar. Entonces un frase llamó su atención, y leyó como si una mano la aferrase por el cuello y la forzara a hacerlo.

Desde su aventura en la Antártida, Toitovna ejerció una influencia sobre Chalmers que nunca se interrumpió, sin importar cuánto interfiriese en los planes de él. Asi, cuando Chalmers regresó de Elysium el mes anterior al inicio de la Sublevación, Toitovna se reunió con él en Burroughs, y pasaron una semana juntos, durante la cual fue evidente para todos que las cosas no iban bien entre ellos. Chalmers quería quedarse en Burroughs mientras durase la crisis; Toitovna quería que regresara a Sheffield. Una noche, él se presentó en uno de los cafés junto al canal tan perturbado y furioso que los camareros se inquietaron. Y cuando apareció Toitovna, creyeron que él estallaría. Pero se quedó sentado mientras ella le recordaba todo lo que habían compartido, lo que se debían, todo su pasado juntos. Y finalmente él cedió a sus deseos y regresó a Sheffield, donde fue incapaz de controlar la revolución.

Maya miró la pantalla. ¡Todo eso era mentira, mentira, nada de eso había sucedido! ¿Una aventura en la Antártida? ¡No, nunca, nunca!

Pero ella lo había enfrentado una vez en un restaurante... seguramente los habían observado... era difícil precisarlo. Ese libro era estúpido, pura especulación, en absoluto histórico. Quizá uno descubriría que todas las historias eran falsas si tuviese la posibilidad de regresar y ver las cosas. Todo mentiras. Intentó rememorar, apretó los dientes y se puso rígida, y los dedos se le curvaron como si quisiesen hurgar en su mente. Pero era como intentar clavarlos en la roca. No acudió a su mente ninguna imagen del encuentro en el café; las frases del libro las cubrían.

¡Ella le recordaba todo lo que habían compartido! ¡No! Una figura encorvada sobre una mesa, ahí estaba la imagen... y entonces él levantó los ojos hacia ella...

Pero la cara que le miraba era el rostro juvenil en la cocina de Odessa.

Maya gimió, se mordió los puños apretados y sollozó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Coyote, soñoliento.

—No.

—¿Has encontrado algo?

—No.

Frank estaba siendo borrado por los libros. Y por el tiempo. Los años habían pasado, y para ella, incluso para ella, Frank Chalmers se estaba convirtiendo en una diminuta figura histórica entre otras muchas, remota, como si la hubiese enfocado con el extremo equivocado del telescopio. Un nombre en un libro. Alguien sobre el que leer, junto a Bismarck, Talleyrand, Maquiavelo. Su Frank... desaparecido para siempre.

Pasaba varias horas al día estudiando los informes de Praxis con Art tratando de encontrar pautas y de comprenderlas. Recibían tanta información a través de Praxis que ahora tenían el problema inverso al del período previo a la crisis de 2061; entonces no tenían información, ahora tenían demasiada. Cada día la situación se agravaba con una multitud de crisis, y Maya solía acabar al borde de la desesperación. Varias naciones miembros de la UN, todas clientes de Consolidados o de Subarashii,

habían pedido la abolición del Tribunal Mundial, puesto que sus funciones eran superfluas. Muchas metanacionales habían secundado de inmediato la propuesta, y puesto que en sus comienzos el Tribunal Mundial había sido una agencia de la UN, había quienes decían que sería una acción legal y que obedecía a una razón histórica. Pero la primera consecuencia sería la interrupción de algunos arbitrajes en curso, lo que provocaría una guerra entre Ucrania y Grecia.

—¿Es que no hay responsables? —exclamó Maya—. ¿Quién ha planeado esta jugada?

—Algunas metanacionales tienen presidentes, y todas tienen consejos ejecutivos, que se reúnen y discuten las cosas, y deciden qué órdenes dar. Es como Fort y los dieciocho inmortales en Praxis, aunque Praxis es más democrática que la mayoría. Los consejos de las metanacionales designan un comité ejecutivo para la Autoridad Transitoria, y ésta toma algunas decisiones locales. Podría darte sus nombres, pero no creo que sean tan poderosos como los que llevan la batuta.

—No importa. —Por supuesto que había responsables. Pero nadie controlaba nada. Sucedía lo mismo en los dos bandos, sin duda. Al menos ése era el caso en la resistencia. El sabotaje, contra las plataformas del océano de Vastitas sobre todo, era pandémico ahora, y ella sabía de quién había sido la idea. Discutió con Nadia la conveniencia de comunicarse con Ann, pero Nadia negó con la cabeza.

—No hay ninguna posibilidad. No he conseguido hablar con Ann desde Dorsa Brevia. Es una de las rojas más radicales.

—Como siempre.

—Bien, no creo que antes lo fuera. Pero eso no importa ahora.

Maya meneó la cabeza con disgusto y volvió al trabajo. Pasaba cada vez más tiempo trabajando con Nirgal, recibiendo su instrucción y aconsejándole a su vez. Más que nunca él era su mejor contacto con la juventud, el más poderoso y además moderado. Nirgal quería esperar el desencadenante y entonces organizar una acción conjunta, igual que ella, y ésa era una de las razones por las que ella gravitaba en torno a él. Pero también influía el carácter de Nirgal, su calidez y su buen ánimo, la consideración que le demostraba. No podía ser más diferente de Jackie, aunque Maya sabía que los unía una compleja relación que se remontaba a la niñez. Pero últimamente parecían distanciados, lo que a ella no le desagradaba, y enemistados políticamente. Jackie, como Nirgal, era un líder carismático, y reclutaba mucha gente para las filas booneanas del grupo de Marteprimero, que abogaba por la acción inmediata, y eso la alineaba más con Harmakhis que con Nirgal. Maya hizo cuanto estuvo en su mano para apoyar a Nirgal en esta división entre los nativos: en las reuniones, defendía las políticas y acciones verdes, moderadas, no violentas, y coordinadas desde un centro. Pero advertía que a la mayoría de los nativos de las ciudades recientemente politizados les atraía Jackie y Marteprimero, radicales, rojos, violentos y anárquicos... Al menos ella lo veía así. Y las cada vez más frecuentes huelgas, manifestaciones, refriegas callejeras, sabotajes y ecotajes tendían a darle la razón.

Y no eran sólo los nativos los que se unían a Jackie; había también muchos inmigrantes descontentos, los que hacía poco que habían llegado. Esta tendencia desconcertaba a Maya, y lo comentó con Art.

—Bien —dijo el diplomáticamente—, es bueno tener el mayor número de inmigrantes posible de nuestra parte.

Cuando no estaba colgado del enlace con la Tierra, Art se pasaba el tiempo yendo y viniendo entre los grupos de la resistencia, tratando de ponerlos de acuerdo; aquélla era su línea de acción.

—¿Pero por qué se unen a ella precisamente? —preguntó Maya.

—Caramba... —dijo Art, agitando una mano—, ya sabes, esos inmigrantes llegan y ven las manifestaciones. Y preguntan y oyen historias, y creen que si participan en esas manifestaciones los nativos serán muy amables con ellos, ¿comprendes? Tal vez alguna joven nativa se mostrará muy cordial. Muy cordial. Así que allá van, pensando que si ayudan alguna de esas muchachas altas se los llevará a casa al final del día.

—Vamos, Art —dijo Maya.

—Bueno, ya sabes —dijo Art—, a algunos les pasa.

—Y de esa manera nuestra Jackie consigue sus nuevos reclutas.

—Bien, no me parece descabellado pensar que ocurre lo mismo con Nirgal. Y no estoy seguro de que la gente haga fiestas distintas entre ellos. Eso es un detalle, algo que tú percibes mejor que ellos.

Maya no contestó. Recordó a Michel diciéndole que era importante luchar por lo que amaba, además de hacerlo contra lo que odiaba. Y ella amaba a Nirgal, era cierto. Era un joven extraordinario, el mejor entre los nativos. No había que despreciar ese tipo de motivaciones, esa energía erótica que arrastraba a la gente a las calles... Sin embargo, si la gente fuese un poco más sensata... Jackie estaba llevándolos directamente hacia otra revuelta desordenada y espasmódica, y los

resultados podían ser desastrosos.

—Ése es también uno de los motivos por los que la gente te sigue a ti, Maya.

—¿Qué...?

—Me has oído perfectamente.

—Vamos. No seas tonto.

Aunque era agradable oírlo. Quizás ella podría extender la lucha por el control a ese nivel también. Aunque estaría en desventaja. Crearía un partido de viejos. Bien, en realidad eso eran. En Sabishii habían acordado que los issei asumieran el control de la resistencia y la guiaran por la senda recta. Y muchos de ellos llevaban muchos años dedicados a eso. Pero lo cierto era que no había funcionado. Porque la nueva mayoría era una especie nueva con ideas propias. Los issei sólo podían cabalgar sobre el tigre, hacer lo que pudieran. Maya suspiró.

—¿Cansada?

—Exhausta. Este trabajo me matará.

—Descansa un poco.

—A veces, cuando hablo con esa gente me siento como una cobarde conservadora y cauta que no sabe decir otra cosa que no. No hagan esto, no hagan aquello, siempre. Estoy tan harta. Me pregunto a veces si Jackie no tendrá razón.

—¿Bromeas? —dijo Art abriendo mucho los ojos—. Tú eres quien está manteniendo en pie el espectáculo, Maya. Tú, Nadia y Nirgal. Y yo. Pero tú tienes el aura. —La fama de asesina, quería decir él—. Sólo estás cansada. Ve a descansar. Es casi el lapso marciano.

Algunas noches después, Michel la despertó: en el otro lado del planeta, unidades de seguridad de Armscor, supuestamente integradas en Subarashii, se habían apoderado del ascensor y habían echado a la policía regular de Subarashii. En la hora de incertidumbre que siguió, un grupo de Marteprimero había tratado de apoderarse del Enchufe, en las afueras de Sheffield. El intento fracasó y la mayor parte de los atacantes había muerto. Subarashii se había apoderado entonces de Sheffield, Clarke y todo lo que había en medio, y de buena parte de Tharsis. Ahora caía la tarde allí, y una gran muchedumbre se había lanzado a las calles para protestar por la violencia, o por la invasión, no lo habían acabado de decidir. Era inútil. Medio dormida, Maya vio con Michel a la policía, con trajes y cascos, romper la manifestación en segmentos y dispersarla con gases lacrimógenos y porras de goma.

—¡Estúpidos! —gritó Maya—. ¿Por qué hacen eso? ¡Van a conseguir que todo el poder militar terrano caiga sobre nosotros!

—Parece que se están dispersando —dijo Michel mirando la pequeña pantalla—. Quién sabe, Maya. Imágenes como éstas pueden encender a la gente. Ellos habrán ganado esta batalla pero perderán apoyo en todas partes.

Maya se tendió en un sofá frente a la pantalla, aún no lo suficientemente despierta como para pensar.

—Quizás —dijo—. Pero será más difícil que nunca refrenar a la gente el

tiempo que Sax necesita.

Michel no le dio ninguna importancia al comentario.

—¿Cuánto tiempo espera que sigas ingeniándotelas?

—No lo sé.

Escucharon a los reporteros de Mangalavid describir los disturbios como acciones terroristas. Maya gimió. Spencer hablaba por otra IA con Nanao en Sabishii.

—El nivel de oxígeno está subiendo muy deprisa, tiene que haber algo ahí fuera sin genes suicidas. ¿Los niveles de dióxido de carbono? Si, están bajando deprisa también... Hay un puñado de bacterias fijadoras del carbono realmente eficaces ahí fuera, proliferando como las malas hierbas. Le he preguntado a Sax pero él sólo parpadea... Sí, está tan descontrolado como Ann. Y ella anda por ahí saboteando cualquier proyecto que se le pone a tiro.

Cuando Spencer cortó, Maya le preguntó:

—¿Cuánto tiempo pretende Sax que aguantemos? Spencer se encogió de hombros.

—Hasta que tengamos lo que él llama un desencadenante. O una estrategia coherente. Pero si no podemos detener a los rojos y Marteprimeros, poco importará lo que Sax quiera.

Las semanas pasaron lentamente. En Sheffield y Fosa Sur empezó una campaña de manifestaciones callejeras. Maya pensaba que sólo incrementaría la represión, pero Art las defendió.

—Tenemos que demostrarle a la Autoridad Transitoria lo amplia que es la resistencia, para que cuando llegue el momento no traten de aplastarnos por pura ignorancia, ¿me comprendes? En estos momentos necesitamos que se sientan rechazados y sobrepasados en número. Demonios, las grandes masas de gente en las calles son casi lo único que asusta a los gobiernos.

De todas maneras, Maya no podía hacer nada. Pasaban los días y ella sólo podía trabajar duro, viajando y hablando con grupos, mientras sus músculos se convertían en alambres tensos y casi no dormía, salvo una hora o dos cerca del alba.

Una mañana de la primavera septentrional de M-52, año 2127, Maya se despertó más descansada que de costumbre. Michel aún dormía. Se vistió y salió. Cruzó el gran paseo central hacia los cafés junto al canal. Eso era lo extraordinario de Burroughs: a pesar del estricto control de las fuerzas de seguridad en las puertas y estaciones, uno aún podía pasear por la ciudad a ciertas horas, y entre las multitudes el riesgo de ser detenida era ínfimo. Así que se sentó y bebió café y comió pastas y observó las bajas nubes grises que pasaban sobre la ciudad y seguían la pendiente de Syrtis hacia el dique, al este. La circulación del aire dentro de la tienda era rápida, para proporcionar un contrapunto cinético a lo que ocurría sobre sus cabezas. Era extraño. Se había

acostumbrado a que el aspecto del cielo no se correspondiera con el viento de las tiendas. Los esbeltos tubos arqueados del puente entre el Monte Ellis y Hunt Mesa estaban poblados de figuras humanas, puntos de color que parecían hormigas, gente ocupada en sus tareas matinales, desarrollando vidas normales. Se puso de pie, pagó la cuenta e inició un largo paseo. Caminó junto a las hileras de blancas columnas Bareiss, subió hasta las nuevas tiendas por Princess Park, recorrió las colinas pingo, que se habían convertido en el emplazamiento de los apartamentos de moda. Allí, en el alto distrito occidental, uno podía mirar atrás y ver toda la ciudad, los árboles y los tejados divididos por el paseo y sus canales, las mesas enormes y muy separadas, semejantes a vastas catedrales. Sus extraños flancos de roca estaban cuarteados y estriados, y las centelleantes hileras de ventanas eran lo único que revelaba que habían sido vaciados y convertidos en ciudades, pequeños mundos sobre la roja llanura de arena, bajo la inmensa tienda invisible, conectados por pasarelas colgantes que brillaban como las burbujas de jabón. ¡Ah, Burroughs!

Regresó con las nubes, por calles estrechas flanqueadas de bloques de apartamentos y jardines, a Hunt Mesa y a su hogar bajo la academia de baile. Michel y Spencer habían salido, y ella estuvo un buen rato mirando por la ventana, viendo las nubes veloces sobre la ciudad, tratando de hacer el trabajo de Michel, echarle el lazo a sus estados de ánimo y arrastrarlos a una especie de centro estable. En el techo se oyeron unos golpes. Otra clase empezaba. Pero luego oyó golpes provenientes del vestíbulo, delante de la puerta, y llamaron con violencia. Abrió con el corazón agitado.

Eran Jackie, Antar, Nirgal, Art, Rachel, Frantz y el resto de los ectógenos, que entraron en tropel hablando a la velocidad del sonido, de manera que no pudo entender qué decían. Ella los recibió con toda la cordialidad que pudo, dada la presencia de Jackie, y entonces recobró el dominio y apartó todo rastro de odio de sus ojos, y habló con todos, incluso con Jackie, de sus planes. Habían ido a Burroughs a ayudar a organizar una manifestación en el parque del canal. Habían hecho correr la voz entre las células, y esperaban que un gran número de ciudadanos no alineados se unieran a ellos.

—Espero que esto no precipite ninguna represalia —dijo Maya. Jackie le dedicó una sonrisa triunfal, por supuesto.

—Recuerda, nunca podrán regresar —dijo.

Maya puso los ojos en blanco y fue a calentar agua, tratando de sofocar la amargura. Se reunirían con los líderes de todas las células de la ciudad, y Jackie se apropiaría de la reunión y exhortaría a la revolución inmediata, sin sentido ni estrategia. Y Maya no podía hacer nada para impedirlo...

Así que recogió los abrigos de todos, repartió plátanos y apartó pies de los cojines del sofá, sintiéndose como un dinosaurio en un clima nuevo, entre criaturas veloces y calientes que desdeñaban sus movimientos pesados.

Art la ayudó con las tazas de té, desaliñado y tranquilo como siempre. Maya le preguntó qué noticias tenía de Fort, y él la dio el informe diario sobre la Tierra. Subarashii y Consolidados eran atacadas por los ejércitos de lo que parecía ser una alianza fundamentalista, aunque ilusoria, porque el fundamentalismo cristiano y el musulmán se odiaban, y ambos despreciaban a los hindúes. Las grandes metanacionales habían utilizado a la nueva UN para advertir que

defenderían sus intereses con las fuerzas necesarias. Praxis, Amexx y Suiza habían pedido la intervención del Tribunal Mundial, y también la India, pero nadie más.

—Al menos aún temen al Tribunal Mundial —dijo Michel.

Pero para Maya era evidente que el metanatricidio estaba degenerando en una guerra entre los acaudalados y los «mortales», que podía ser mucho más explosiva: guerra total, y no decapitación.

Art y ella conversaron sobre la situación mientras servían el té. Espía o no, Art conocía la Tierra, y tenía un juicio político incisivo que a ella le parecía muy útil. Era como una versión dulce de Frank, y aunque no podía precisar por qué, la complacía oscuramente. Nadie advertiría nunca tal semejanza en ese hombre corpulento y sigiloso, sólo ella.

Entonces empezó a llegar más gente al apartamento, los líderes de las células y visitantes de fuera de la ciudad. Maya se sentó y escuchó hablar a Jackie. Todos los miembros de la resistencia, pensó Maya, actuaban sólo en representación de sí mismos, pero la manera en que Jackie utilizaba a su abuelo como un símbolo, haciéndolo ondear como sí fuera una bandera para reunir a sus tropas, era repugnante. No era John lo que había atraído a los seguidores, sino la blusa escotada de sucia mujerzuela de Jackie. No le extrañaba que Nirgal se hubiese distanciado de ella.

Ahora los arengaba con su mensaje incendiario de costumbre, defendiendo con entusiasmo la rebelión inmediata, sin importar que hubiese una estrategia acordada. Y para los llamados booneanos, Maya no era más que una vieja amante del gran hombre, o quizá la razón por la que había muerto: una odalisca fósil, una vergüenza histórica, el objeto del deseo de los hombres, como Helena de Troya convocada por Fausto, insustancial y extraña. ¡Aj, era desesperante! Pero mantuvo una expresión de calma, se levantó y fue a la cocina con el pensamiento en otra parte, haciendo lo que se esperaba de las amantes, mantener a la gente cómoda y alimentada. No podía hacer otra cosa.

En la cocina, se quedó mirando los tejados por la ventana. Había perdido la influencia que alguna vez había tenido sobre la resistencia. Todo iba a desmoronarse antes de que Sax o alguno de ellos considerase que estaban listos. Jackie vociferaba con animación en la sala de estar, organizando una manifestación que tal vez reuniría a diez mil personas en el parque, o quizá a cincuenta mil, nadie podía decirlo. Y si las fuerzas de seguridad respondían con gases lacrimógenos y porras, habría heridos, incluso muertos; muertos sin ningún propósito que podrían haber vivido mil años. Y sin embargo, Jackie seguía hablando, entusiasmada, flamígera. El sol centelleó en lo alto a través de un claro entre las nubes, como plata brillante, ominosamente grande. Art entró en la cocina y se sentó a la mesa; activó su IA y pegó la cara a ella.

—He recibido una nota de la sede de Praxis. —Leyó la pantalla, con la nariz pegada a ella.

—¿Es que eres corto de vista? —exclamó Maya con irritación.

—No creo… ¡Dios mío! ¿Está Spencer ahí fuera? Dile que venga rápidamente.

Maya fue hasta la puerta y le hizo señas a Spencer. Jackie continuaba hablando. Spencer se sentó junto a Art, ahora apoyado en el respaldo, con los

ojos fuera de las órbitas y boquiabierto. Spencer leyó durante cinco segundos y también se echó hacia atrás y miró a Maya con una extraña expresión.

—¡Ya lo tenemos! —dijo.

—¿Qué?

—El desencadenante.

Maya se acercó a él y leyó por encima de su hombro.

Se agarró a Spencer, invadida por una extraña sensación de ingravidez. Ya no tendría que retener más la avalancha, había cumplido con su misión, lo había conseguido. A las puertas del fracaso, el destino había vuelto las tornas.

Nirgal entró en la cocina para preguntar qué ocurría, atraído por el tono de sus voces. Art se lo explicó con la mirada brillante, sin poder ocultar su excitación. Nirgal se volvió a Maya y preguntó:

—¿Es cierto?

Ella lo habría podido besar. En vez de eso, se limitó a asentir con la cabeza, desconfiando de su voz, y fue a la sala de estar. Jackie seguía con su arenga y a Maya le causó un placer inmenso interrumpirla.

—Se suspende la manifestación.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Jackie, sorprendida y molesta—.

¿Por qué?

—Porque vamos a iniciar una revolución.

DÉCIMA PARTE

Cambio de fase

Estaban haciendo surfing-pelícano cuando los saltos de los aprendices en la playa les indicaron que ocurría algo grave. Volaron hasta la orilla, se posaron en la arena húmeda y se enteraron de las noticias. Una hora después despegaban a bordo del Gollum, *un pequeño avión espacial Skunkworks. Pusieron rumbo al sur, y cuando alcanzaron los 50.000 pies estaban sobre Panamá. El piloto enderezó el morro y activó los cohetes, y el impulso aplastó a los viajeros en los sillones de gravedad durante varios minutos. Los tres pasajeros iban sentados en la cabina, detrás del piloto y el copiloto. La plancha exterior del avión, que parecía de peltre, empezó a calcinarse y rápidamente adquirió un intenso resplandor broncíneo que se fue haciendo cada vez más brillante. Los pasajeros se sintieron como Sadrac, Mesac y Abednego, sentados en el horno llameante y sin sufrir daño alguno.*

La plancha se enfrió un poco y el piloto cambió de trayectoria horizontal. Se encontraban a unas ochenta millas de la Tierra y debajo veían el Amazonas y la hermosa columna vertebral de los Andes. Mientras seguían avanzando hacia el sur, uno de los pasajeros, geólogo, les explicó a los otros la situación.

—El hielo de la Antártida Occidental descansa sobre una cadena montañosa submarina de tipo alpino, prolongación de la placa continental, que tiene una gran actividad geotérmica.

—¿La Antártida Occidental? —preguntó Fort entrecerrando los ojos.

—Esa es la mitad menor, la parte de la península que apunta hacia América del Sur y la Barrera de Ross. El casquete occidental se encuentra entre las montañas de la península y las Montañas Transantárticas, en el centro del continente. Miren, he traído un globo terráqueo. —Sacó un globo inflable del bolsillo, lo hinchó y lo pasó a sus compañeros de cabina.

»Por tanto el casquete de hielo occidental descansa sobre roca que se encuentra por debajo del nivel del mar. Pero el suelo está caliente porque hay volcanes bajo el hielo, y el hielo del fondo empieza a derretirse. Esta agua se mezcla con los sedimentos de los volcanes y aflora, una sustancia llamada till, que tiene una consistencia semejante a la de la pasta dentrífica. Cuando el hielo se desliza sobre esta sustancia, avanza más deprisa de lo normal. Por eso había corrientes de hielo

en la zona occidental, una especie de glaciares rápidos sobre hielo más lento. La Corriente de Hielo B amansaba dos metros por día, por ejemplo, mientras que el hielo que la flanqueaba se desplazaba a dos metros por año. Y B tenía cincuenta kilómetros de ancho y uno de profundidad. En resumen, que del casquete nacían una media docena de lenguas glaciares que desembocaban en el Mar de Ross. —Señaló esas corrientes invisibles en el mapa.— En este punto, las corrientes de hielo y el casquete se separan del lecho de roca y flotan sobre el Mar de Ross. Es la llamada línea de varado.

—¿A causa del calentamiento global? —preguntó uno de los amigos de Fort.

El geólogo meneó la cabeza.

—El calentamiento global ha influido muy poco. Ha elevado ligeramente la temperatura y el nivel de los océanos, pero si hubiera sido sólo eso apenas habríamos notado los efectos. El problema es que todavía estamos en el período de calentamiento que empezó al final de la última glaciación, y ese calentamiento propaga lo que los geólogos llamamos impulso térmico a través del hielo polar. Ese impulso ha estado creciendo durante los últimos ocho mil años. Y la línea de varado ha ido desplazándose durante ese tiempo. Hace tres meses, uno de los volcanes bajo el hielo entró en erupción. El retroceso de la línea de varado se había acelerado en los últimos años y la había situado muy cerca de ese volcán. Y por lo que parece la erupción ha trasladado la línea sobre el mismo volcán. Ahora el agua oceánica circula entre el hielo y el lecho de roca, justo sobre la erupción, y como resultado de eso el casquete se está resquebrajando: se alza, se desliza hacia el Mar de Ross y es arrastrado por las corrientes.

Volaban sobre la Patagonia. El geólogo respondió sus preguntas señalándoles los accidentes del relieve de los que hablaba en el globo inflable. Eso ya había ocurrido varias veces antes, explicó. La Antartida Occidental había sido océano, tierra firme o casquete de hielo muchas veces desde que los movimientos tectónicos la depositaran en esa posición hacía millones de años. Y al parecer existían puntos inestables en el ciclo de los cambios climáticos, los «puntos de inestabilidad», que provocaban cambios brutales en pocos años.

—Esos cambios son instantáneos en términos geológicos. Por ejemplo, en los hielos de Groenlandia hay indicios de que una vez pasamos de una glaciación a un período interglacial en sólo tres años. Imagínense.

—¿Y esa ruptura de los hielos? —preguntó Fort.

—Bien, pensamos que se detendrá en el espacio de doscientos años, bastante deprisa geológicamente hablando. Un suceso desencadenante. Pero esta vez la erupción del volcán ha agravado la situación. Miren, ahí está el Cinturón Banana.

Señaló abajo. Al otro lado del Estrecho de Drake alcanzaron a ver una estrecha península montañosa helada que apuntaba en la misma dirección que el coxis de Tierra del Fuego.

El piloto viró a la derecha y luego a la izquierda, describiendo un amplio círculo. Abajo apareció la imagen familiar de la Antártida como se veía en las fotografías de satélite, pero con colores mas brillantes: el azul cobalto del océano, la guirnalda de margaritas de los sistemas ciclónicos alejándose hacia el norte, la textura barnizada que el sol confería al agua, el centelleo de la gran masa de hielo y las flotas de diminutos icebergs blancos destacando en el azul.

Pero había algo extraño en la familiar Q del continente: detrás de la coma de la Península Antártica se abrían unas grietas oscuras en el blanco inmaculado. Y el Mar de Ross aparecía surcado por largos fiordos de un azul oceánico y una estructura radial de grietas de color turquesa. Y unos icebergs tabulares, trazos del continente en verdad, flotaban frente a las costas del Mar de Ross en dirección al Pacifico Sur. El más grande tenía la extensión de la Isla Sur de Nueva Zelanda.

Comentaron con asombro el tamaño de los icebergs y el relieve del quebrado y ahora reducido hielo occidental (el geólogo les indicó el punto donde creía que estaba el volcán, que no difería del resto de la capa de hielo), y luego callaron y siguieron contemplando el panorama.

—Esa es la Barrera de Ronne —dijo el geólogo unos minutos después—, y el Mar de Weddell. Sí, hay desprendimientos en las profundidades. Allí, en el extremo de la Barrera de Ross, estaba la Estación McMurdo. El hielo cruzó la bahía y arrasó la base.

El piloto inició una segunda pasada sobre el continente.

—¿Qué efectos tendrá esto? —preguntó Fort.

—Bien, los modelos teóricos indican que el nivel de los mares subirá unos seis metros.

—¡Seis metros!

—Bueno, pasarán algunos años antes de que las aguas alcancen ese nivel, pero es definitivo. Esta ruptura catastrófica elevará el nivel del mar dos o tres metros en el plazo de unas semanas. El hielo restante resistirá unos meses, o como mucho unos años, y después añadirá tres metros más.

—¿Cómo es posible que el nivel de todo el océano suba tanto?

—Es mucho hielo.

—¡No puede haber tanto!

—Pues la verdad es que sí. Contiene la mayor parte del agua dulce del planeta. Afortunadamente el este de la Antártida Oriental es estable. Si se derritiera, los mares subirían sesenta metros.

—Seis metros ya es suficiente —murmuró Fort. Completaron la segunda vuelta. El piloto dijo:

—Deberíamos regresar.

—Esto es el fin de todas las playas del mundo —dijo Fort apartándose de la ventana. Luego añadió—: Será mejor que vayamos a rescatar nuestras cosas.

Cuando empezó la segunda revolución marciana, Nadia estaba en el cañón superior de Shalbatana Vallis, al norte de Marineris. De hecho, podría decirse que ella la inició.

Había abandonado Fossa Sur temporalmente para supervisar la instalación de la cubierta de Shalbatana, similar a la de Nirgal Vallis y los valles de la zona este de Hellas: una tienda enorme que albergaba una ecología de clima templado. También allí había un río, alimentado por el agua bombeada desde el acuífero Lewis, 170 kilómetros al norte. Shalbatana era un cañón sinuoso, lo que daba al fondo del valle un aspecto pintoresco, pero había complicado mucho la construcción del techo.

A pesar de eso Nadia había prestado poca atención al proyecto, absorta en lo que acontecía en la Tierra en aquellos momentos. Estaba en contacto con su grupo de Fossa Sur y con Art y Nirgal en Burroughs, que la mantenían al corriente de las novedades. Le interesaban sobre todo las actividades del Tribunal Mundial, que intentaba mediar en el grave conflicto que enfrentaba a las metanacionales de Subarashii y el Grupo de los Once con Praxis, Suiza y la reciente alianza China-India. El intentó parecía condenado al fracaso, porque los fundamentalistas habían empezado su campaña de atentados y las metanacionales se preparaban para defenderse. Nadia llegó a la triste conclusión de que la Tierra había vuelto a entrar en la espiral que llevaba al caos.

Pero todas esas crisis se revelaron insignificantes cuando Sax la llamó y le comunicó que el casquete de hielo de la Antártida Occidental se había desprendido. Nadia había atendido la llamada en uno de los remolques de construcción y miró el pequeño rostro de la pantalla.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Se ha separado del lecho de roca. Un volcán ha entrado en erupción y las corrientes oceánicas están destrozando el hielo.

Las imágenes de vídeo que Sax le transmitió eran de Punta Arena, una ciudad portuaria chilena, con los muelles y calles inundados; luego apareció Puerto Elisabeth, en Azania, donde la situación era la misma.

—¿A qué velocidad avanza? —preguntó Nadia—. ¿Es como un maremoto?

—No, se comporta más bien como una marea alta. Pero ésta no volverá a bajar.

—Entonces hay tiempo suficiente para la evacuación —dijo Nadia—, pero no para construir infraestructuras. ¡Y dices que subirá seis metros!

—Pero eso será a lo largo de... Bueno, nadie sabe cuánto tiempo. Algunos estiman que una cuarta parte de la población terrana se verá afectada.

—Lo creo. Oh, Sax...

Una estampida a escala mundial hacia las tierras altas. Nadia siguió mirando las imágenes, cada vez más aturdida conforme se le revelaba la verdadera magnitud de la catástrofe. Las ciudades costeras serían cubiertas por las aguas. ¡Seis metros! Le costaba imaginar que existiera una masa de hielo capaz de elevar el nivel de todos los océanos de la Tierra sólo un metro, ¡pero seis! Era una

prueba alarmante de que el planeta no era tan grande después de todo. O bien de que la capa de hielo de la Antártida Occidental era inmensa. Después de todo cubría casi un tercio de un continente y según los informes tenía tres kilómetros de profundidad. Mucho hielo. Sax dijo que la Antártida Oriental no estaba amenazada. Nadia sacudió la cabeza para librarse de la estupefacción y se concentró en las noticias. Habría que evacuar a toda la población de Bangladesh, trescientos millones de personas, por no hablar de las ciudades costeras de la India, como Calcuta, Madras, Bombay. También Londres, Copenhague, Estambul, Amsterdam, Nueva York, Los Angeles, Nueva Orleans, Miami, Río, Buenos Aires, Sidney, Melbourne, Singapur, Hong Kong, Manila, Yakarta, Tokio… Y ésas eran sólo las más importantes. Mucha gente vivía en la costa en un mundo agobiado por la superpoblación y el agotamiento de los recursos. Y ahora las necesidades básicas iban a ahogarse en agua salada.

—Sax —dijo—, tenemos que ayudarlos. No sólo…

—En realidad no podemos hacer gran cosa. Pero estaremos en mejor posición para hacerlo si somos independientes. Primero una cosa y luego la otra.

—¿Lo prometes?

—Sí —dijo él, sorprendido—. Es decir, haré lo que pueda.

—Eso es todo lo que te pido. —Nadia pensó un momento—. ¿Lo tienes todo listo?

—Sí. Queremos empezar disparando misiles contra los satélites militares y de vigilancia.

—¿Qué hay de Kasei Vallis?

—Estoy en ello.

—¿Cuándo quieres empezar?

—¿Te parece bien mañana?

—¡Mañana!

—Tengo que ocuparme de Kasei pronto. Ahora se dan las condiciones favorables.

—¿Qué piensas?

—Creo que lo mejor sería empezar mañana. No tiene sentido esperar más.

—Dios mío —dijo Nadia pensando deprisa—. Estamos a punto de quedar detrás del sol, ¿no?

—Así es.

La importancia de esa posición respecto a la Tierra era puramente simbólica, porque hacía tiempo que las comunicaciones estaban aseguradas gracias a un gran número de satélites repetidores, pero significaba que incluso los transbordadores más rápidos tardarían meses en cubrir el trayecto entre la Tierra y Marte.

Nadia respiró hondo y dijo:

—Adelante.

—Esperaba que dijeras eso. Llamaré a Burroughs y transmitiré el mensaje.

—¿Nos encontraremos en la Colina Subterránea?

El lugar se había convertido en el punto de reunión en caso de emergencia. Sax estaba en el refugio del Cráter Da Vinci, que albergaba la mayoría de los silos de misiles; por lo tanto ambos se encontraban a un día de viaje de la Colina Subterránea.

—Sí —dijo él—. Mañana. —Y cortó la comunicación. Y de esa manera Nadia inició la revolución.

Nadia encontró un programa que mostraba la fotografía de satélite de la Antártida y la miró sumida en una especie de sopor. Las vocecitas de la pantalla hablaban muy deprisa y afirmaban que el desastre era consecuencia de un ecotaje perpetrado por Praxis, que había enterrado bombas de hidrógeno en el zócalo de la Antártida.

—¡Será posible! —exclamó ella asqueada. Ningún noticiario repitió esa afirmación ni la desmintió, una manifestación más del caos. Pero el metanatricidio continuaba. Y ellos formaban parte de él.

La existencia quedó reducida de inmediato a eso, una desagradable reminiscencia de 2061. Como en los viejos tiempos, su estómago se convirtió en una nuez de hierro, dolorosa y opresiva. Ya hacía tiempo que tomaba medicación para las úlceras, pero desgraciadamente no servía de mucho ante ese tipo de ataque. Tranquilízate. Ha llegado la hora. Lo esperabas, tú has puesto los fundamentos. Ahora es el momento del caos. En el corazón de todo cambio de fase había una zona de caos recombinante en cascada. Pero existían métodos para comprenderlo, para enfrentarse a él.

Nadia cruzó el pequeño hábitat móvil y contempló brevemente la idílica belleza del valle de Shalbatana, su arroyo de guijarros rosados, los árboles jóvenes y los algodoneros en las riberas y las islas. Si las cosas salían mal era probable que Shalbatana Vallis no fuese habitado nunca, que quedara como una burbuja vacía hasta que las tormentas de barro hundieran el techo o algo fallase en la ecología del mesocosmos. En fin...

Se encogió de hombros, despertó a su equipo y les dijo que partían hacia la Colina Subterránea. Cuando les explicó la razón del viaje todos prorrumpieron en vítores.

Acababa de amanecer y el día de primavera se anunciaba cálido, la clase de jornadas en que se podía trabajar con trajes holgados, capuchas y mascarillas, y que sólo por las rígidas botas con aislamiento le recordaban a Nadia la voluminosa indumentaria de los primeros años. Viernes, Ls 101, 2 de julio 2, año marciano 52, fecha terrana (la miró en su ordenador de muñeca): 12 de octubre de 2127. Faltaba poco para el primer centenario de su llegada a Marte, aunque nadie parecía tener intención de celebrado. ¡Cien años! Era un pensamiento extraño.

Otra revolución de julio y otra revolución de octubre. Una década después del bicentenario de la revolución bolchevique. Extraña coincidencia. Pero también ellos lo habían intentado. Todos los revolucionarios de la historia lo habían hecho, la mayoría campesinos desesperados que luchaban por sus hijos. Como en su Rusia natal. Muchos en ese siglo amargo lo habían arriesgado todo para crear una vida mejor, y a pesar de eso se habían visto arrastrados al desastre. Era aterrador, como si la historia de la humanidad se redujese a sucesivos asaltos para suprimir la miseria que siempre fracasaban.

Pero su alma rusa, el cerebelo siberiano, tomó esa fecha como un buen auspicio. O, en todo caso, como un recordatorio de lo que no tenía que repetirse del 61. Les dedicaría ese momento a todos ellos, a las heroicas víctimas de la catástrofe soviética, a los amigos muertos en el 61, a Arkadi, Alex, Sasha, Roald, Janet, Evgenia y Samantha, que aún atormentaban sus sueños y sus nebulosos recuerdos, girando como electrones alrededor de la nuez de hierro en su interior, advirtiéndole que no forzara la situación, que lo hiciera bien esta vez para redimir sus vidas y sus muertes. Recordó que alguien le había dicho en una oportunidad:

«La próxima vez que hagan una revolución, será mejor que prueben otras vías»

Y allí estaban. Pero las unidades de la guerrilla de Marteprimero al mando de Kasei no mantenían el contacto con el cuartel general en Burroughs, y había otros muchos factores fuera del control de Nadia. Caos recombinante en cascada. ¿Sería diferente esta vez?

Nadia y su reducido equipo fueron a la estación, unos kilómetros al norte, y subieron a un tren de mercancías que circulaba por una pista secundaria hacia la pista principal Sheffield-Burroughs. Las dos ciudades se habían convertido en bastiones metanacionales y Nadia temía que no repararan en medios para asegurar la comunicación ferroviaria. La Colina Subterránea era de gran importancia, pues ocupándola se podía cortar la línea. Y por esa misma razón Nadia deseaba alejarse cuanto antes de ella y del sistema de pistas. Quería volar como en el 61: los instintos de entonces intentaban imponerse ahora, como si no hubiesen transcurrido sesenta y seis años, y la conminaban a esconderse.

Se deslizaron sobre el desierto y franquearon rápidamente el desfiladero entre los abismos de Ophir y Juventae. Nadia seguía en contacto con el cuartel general de Sax en Da Vinci. Los técnicos del equipo de Sax intentaban imitar su estilo seco pero, igual que los jóvenes acompañantes de Nadia, no podían disimular la excitación. Cinco de ellos le explicaron que habían lanzado un ataque con misiles tierra-espacio desde los silos ecuatoriales, un gran espectáculo de fuegos artificiales, y habían derribado todas las plataformas de armamento y la mayoría de los satélites de comunicaciones metanacionales en órbita.

—¡Un ochenta por ciento de éxito en el primer barrido!... ¡Pusimos en órbita nuestros satélites de comunicaciones!... Ahora sí será un enfrentamiento de igual a igual...

Nadia los interrumpió.

—¿Funcionan vuestros satélites?

—¡Creemos que sí! Sólo podremos asegurarlo cuando hagamos una

verificación completa, pero estamos demasiado ocupados.

—Pues dedíquenle atención prioritaria, ¿me comprenden? Comprueben uno inmediatamente. Necesitamos un sistema redundante, un sistema *muy* redundante.

Cortó la comunicación y tecleó una de las frecuencias codificadas que Sax le había proporcionado. Unos segundos más tarde hablaba con Zeyk, que estaba en Odessa ayudando a coordinar las actividades en la Cuenca de Hellas. Él le dijo que todo estaba desarrollándose según lo previsto. Sólo hacía unas horas que el plan se había puesto en marcha, pero parecía que la labor de organización de Maya y Michel había valido la pena, porque todas las células de Odessa se habían lanzado a las calles para explicar lo que había ocurrido y la población había reaccionado con una manifestación espontánea y la huelga general; habían ocupado la cornisa y la mayoría de los edificios públicos, y trataban de hacer lo mismo con la estación. El personal de la Autoridad Transitoria retrocedía hacia la estación y la planta física, como habían previsto.

—Cuando todos estén dentro —dijo Zeyk—, anularemos la IA de la planta y se encontrarán en una cárcel. Tenemos controlados todos los sistemas de soporte vital de la ciudad, así que poco podrán hacer, excepto volarla con ellos dentro, pero no creemos que lo hagan. Buena parte de los representantes de la UNTA de la ciudad son sirios de Niazi. Hablaré con Rashid mientras intentamos neutralizar la planta para evitar que alguien quiera convertirse en mártir.

—No creo que haya muchos que quieran llegar al martirio por las metanacionales —dijo Nadia.

—Espero que no, pero nunca se sabe. De momento todo va bien por aquí. Y en Hellas es aún más fácil: las fuerzas de seguridad son allí escasas y en la población hay muchos nativos o inmigrantes radicales, así que se limitan a rodear a la policía y desafiarla. El resultado suele ser el empate o las fuerzas de seguridad desarmadas. Dao y Harmakhis-Reull se han declarado cañones libres y han ofrecido refugio a quien lo necesite.

—¡Bien!

Zeyk notó el sorprendido entusiasmo en la voz de Nadia y le advirtió:

—No creo que sea tan fácil en Burroughs y Sheffield. Y es preciso que nos apoderemos del ascensor para que no empiecen a dispararnos desde Clarke.

—Al menos Clarke está enganchado a Tharsis.

—Es cierto, pero creo que sería preferible apoderarse del ascensor y no que vuelva a caer.

—Lo sé. He oído que los rojos han estado elaborando un plan con Sax para tomarlo.

—¡Que Alá nos proteja! Tengo que irme, Nadia. Dile a Sax que los programas para la planta funcionaron perfectamente. Y escucha, deberíamos reunirnos contigo en el norte. Si aseguramos Hellas y Elysium deprisa, eso favorecerá la ocupación de Burrroughs y Sheffield.

Las cosas se desarrollaban según lo previsto, pues. Y lo que era más importante, todos se mantenían en contacto. Ése era un punto esencial: entre todas las pesadillas del 61 pocas eran peores que la impotencia provocada por la

destrucción del sistema de comunicaciones. Después de eso habían sido como insectos a los que habían arrancado las antenas, moviéndose a ciegas. Por eso Nadia le había insistido tanto a Sax sobre la necesidad de reforzar las comunicaciones. Y él había construido una flota de pequeños satélites de comunicaciones, camuflados y reforzados en la medida de lo posible, y ahora estaban en órbita. Así que todo marchaba bien. Y aunque no desapareció, la nuez de hierro al menos no le oprimió tanto las costillas. Calma, se dijo. Éste es el momento. Concéntrate en él.

La pista secundaria alcanzó la gran línea ecuatorial, cuyo trazado había sido alterado el año anterior para evitar el hielo de Chryse; transbordaron a un tren corriente y siguieron hacia el oeste. El tren constaba sólo de tres vagones y Nadia y su grupo, unas treinta personas, ocupaban el primero para ver la pantalla. Lo que llegaba eran noticias oficiales de Mangalavid desde Fossa Sur, confusas e insustanciales, que combinaban los informes meteorológicos corrientes con breves apuntes sobre las muchas ciudades en huelga. Nadia mantenía el contacto con Da Vinci y el piso franco de Marte Libre en Burroughs, y mientras duró el viaje permaneció atenta a las dos pantallas, recibiendo las informaciones simultáneas como si escuchara música polifónica. Descubrió que podía seguirlas sin dificultad y se sintió insaciable. Praxis enviaba informes continuos sobre la situación terrana, confusa pero no incoherente y oscura como la del 61. Gran parte de la actividad en la Tierra consistía en poner a la población de las zonas costeras fuera del alcance de las aguas, la gran marea de la que había hablado Sax. El metanatricidio continuaba, con golpes quirúrgicos de decapitación, ataques y contraataques de los comandos de las diferentes corporaciones, combinados con acciones legales e informes parlamentarios de todo tipo, incluyendo varias demandas y contrademandas que al fin habían sido presentadas ante el Tribunal Mundial, lo que Nadia consideraba alentador. Pero esas maniobras quedaban empequeñecidas ante la inundación global. E incluso los peores atentados (imágenes de explosiones, catástrofes aéreas, carreteras destrozadas por los ataques a las limusinas) eran preferibles a una escalada bélica, que si empleaba armas biológicas podía acabar con la vida de millones de personas. Lo sucedido en Indonesia lo ilustraba: un grupo radical de liberación de Timor Oriental que seguía el modelo del grupo peruano Sendero Luminoso había contaminado la isla de Java con un germen no identificado, y a los problemas originados por la inundación se sumaban ahora centenares de miles de muertos. En un continente esa epidemia habría supuesto una catástrofe dantesca, y en realidad nada garantizaba que no fuese a ocurrir. Pero mientras tanto, aparte de esa espantosa excepción, la guerra en la Tierra, si es que podía calificarse así al caos metanatricida, se circunscribía a la lucha en las altas esferas. Era un consuelo, aunque si las metanacionales le tomaban el gusto al método no era descabellado pensar que lo emplearan en Marte, más tarde, cuando se hubiesen reorganizado. Los informes de Praxis Ginebra parecían indicar que las metanac ya habían reaccionado: un transbordador rápido con un nutrido contingente de «expertos en seguridad» había salido de la órbita terrestre rumbo a Marte hacía tres meses y se esperaba que alcanzara el sistema marciano «dentro de unos días», y la UN utilizaba la noticia en sus comunicados oficiales para alentar a las fuerzas policiales sitiadas por los terroristas, según ellos.

Uno de los grandes trenes que circulaban alrededor del planeta apareció en la

vía contigua y Nadia dejó de mirar las pantallas. Un momento antes habían estado deslizándose sobre la vacía y ondulada meseta de Ophir Planum y al siguiente un expreso de cincuenta vagones pasaba resoplando junto a ellos. Pero no aminoró la velocidad, de modo que fue imposible averiguar si había alguien detrás de los cristales reflectantes. El tren los dejó atrás y pronto se perdió en el horizonte.

Las noticias seguían llegando a un ritmo frenético y los reporteros parecían apabullados por los sucesos del día: disturbios en Sheffield, huelgas en Fossa Sur y Hephaestus. Las noticias se superponían en una sucesión tan rápida que Nadia no podía creer que fueran reales.

La sensación de irrealidad persistió en la Colina Subterránea, porque la vieja y soñolienta colonia semiabandonada bullía de actividad, como en el primer año marciano. Los simpatizantes de la resistencia habían estado llegando en gran número durante todo el día, procedentes de las estaciones de Ganges Catena y Hebes Chasma y de la vertiente norte de Ophir Chasma. Los bogdanovistas habían organizado una marcha sobre la reducida unidad de seguridad de la UNTA acantonada en la estación, y la multitud había rodeado el edificio. Bajo la tienda que ahora las cubría la vieja arcada y el cuadrado original de cámaras abovedadas parecían muy pequeños y pintorescos.

Cuando llegaron a la estación un hombre con un megáfono rodeado de unos veinte guardaespaldas mantenía una acalorada discusión con la multitud embravecida. Nadia bajó del tren, se acercó a los sitiadores y se apropió del megáfono de una mujer joven.

—¡Jefe de estación! ¡Jefe de estación! —gritó repetidas veces en ruso y en inglés hasta que todos callaron, sorprendidos, porque no sabían quién era ella. El equipo de construcción de Nadia se distribuyó estratégicamente entre la multitud y ella se abrió paso hasta el puñado de hombres y mujeres con chalecos antibalas. El rostro curtido y arrugado del jefe de estación lo delataba como un veterano. Los jóvenes que lo acompañaban llevaban la insignia de la Autoridad Transitoria y parecían asustados. Nadia bajó el megáfono y dijo—: Soy Nadia Cherneshevski. Yo construí esta ciudad, y ahora la estamos tomando bajo nuestro control.

¿Para quién trabajan ustedes?

—Para la Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas —contestó el jefe de estación resueltamente y mirándola como si ella hubiese salido de la tumba.

—¿Pero en qué unidad? ¿Para qué metanacional?

—Somos una unidad de Mahjari.

—Mahjari trabaja con China ahora, y China con Praxis, y Praxis con nosotros. Estamos del mismo lado aunque ustedes no lo sepan. Y opinen lo que opinen del asunto, lo cierto es que los aventajamos en número.

¡Que todos los que estén armados levanten la mano! —gritó dirigiéndose a la muchedumbre.

Todos levantaron la mano, algunos blandiendo pistolas aturdidoras o de clavos, o fusiles soldadores.

—Miren, no deseamos un baño de sangre —dijo Nadia al cada vez más

cerrado grupo de guardias delante de ella—. Ni siquiera queremos retenerlos como prisioneros. Aquí está nuestro tren. Pueden ir a Sheffield a reunirse con sus compañeros sí así lo desean. Allí se enterarán del nuevo estado de las cosas. O hacen eso o volaremos la estación. Vamos a tomarla de un modo u otro y sería una estupidez morir cuando la revolución ya es un hecho. Tomen el tren y vayan a Sheffield, háganme caso. Allí podrán subir al ascensor si quieren. O si lo prefieren únanse a nosotros ahora mismo para conseguir un Marte libre.

Nadia se quedó mirando al hombre serenamente, más relajada que en ningún otro momento de ese día. La acción proporcionaba un gran alivio. El hombre cuchicheó con su equipo durante cinco minutos, de espaldas a ella.

Al fin se volvió y miró a Nadia.

—Tomaremos el tren.

Y así la Colina Subterránea se convirtió en la primera ciudad liberada.

Esa noche Nadia fue dando un paseo hasta el parque de remolques. Los dos hábitats que no se habían convertido en laboratorios conservaban aún el mobiliario original. Después visitó las cámaras abovedadas y el Cuartel de los Alquimistas, y al fin regresó al hábitat en que había vivido al principio y se tendió en uno de los colchones del suelo, extenuada.

Era extraño estar allí sola, tendida en aquel lugar poblado de fantasmas, tratando de recuperar las sensaciones de aquellos días. Demasiado extraño; a pesar de su cansancio no consiguió dormir. En aquel duermevela la asaltó una visión borrosa: desembalaba el contenido de las naves de carga, programaba los robots que ponían los ladrillos, recibía una llamada de Arkadi desde Fobos. Dormitó intranquila hasta que poco antes del alba el hormigueo de su dedo fantasma la despertó.

Y entonces, incorporándose con un gemido, le costó imaginar que despertaba a un mundo agitado en el que millones de personas se preguntaban ansiosas qué les depararía el nuevo día. Recorrió con la vista los estrechos confines del que había sido su primer hogar en Marte y tuvo la sensación de que las paredes se movían, latían ligeramente, como si estuviera mirando a través de un visionador estéreo temporal que le revelara las cuatro dimensiones a un tiempo, inmersas en una luz alucinatoria y pulsátil.

Almorzaron en las cámaras abovedadas, en la gran sala donde una vez Ann y Sax habían discutido los méritos de la terraformación. Sax había ganado la disputa, pero Ann seguía en el exterior, combatiendo como si aquello no se hubiera decidido hacía ya mucho tiempo.

Nadia se concentró en el presente, en su IA y en la afluencia de noticias que inundaba la mañana dominical, la parte superior de la pantalla reservada al piso franco de Maya en Burroughs, la inferior a los informes de Praxis desde la Tierra.

Maya estaba actuando heroicamente, como siempre, vibrando de aprensión, conminando a todos a actuar según su visión particular de cómo tenían que desarrollarse las cosas, ojerosa y sin embargo llena de energía. Mientras masticaba metódicamente casi sin advertirlo el delicioso pan de la Colina Subterránea, Nadia la escuchó relatar las novedades. En Burroughs ya había caído la tarde y el día había sido ajetreado. Todas las ciudades marcianas eran un torbellino. En la Tierra se habían inundado ya todas las zonas costeras, y el desplazamiento masivo de la población tierra adentro estaba provocando un caos. La nueva UN había condenado a los revolucionarios de Marte como oportunistas despiadados que se aprovechaban de una situación de sufrimiento sin precedentes en beneficio de su causa egoísta.

—Y es cierto —le dijo Nadia a Sax cuando éste entró, recién llegado de Da Vinci—. Estoy segura de que más tarde nos lo echarán en cara.

—No si los ayudamos.

Nadia no dijo nada y le ofreció pan, observándolo con atención. A pesar de sus facciones distintas, cada día se parecía más a Sax: impasible, parpadeando mientras echaba una ojeada a la vieja cámara de ladrillos. Parecía como si la revolución fuese la última de sus preocupaciones.

—¿Estás preparado para volar a Elysium? —preguntó ella.

—Eso mismo iba a preguntarte yo.

—Bien. Dame un minuto para recoger mi bolsa.

Mientras metía la ropa y la IA en su vieja mochila, su ordenador de muñeca emitió un pitido y Kasei apareció en la pantalla. El rostro surcado de profundas arrugas y enmarcado por largos cabellos canosos era una curiosa combinación de John e Hiroko: la boca de John, estirada en una amplia sonrisa, y los ojos orientales de Hiroko, llenos de alegría.

—Hola, Kasei —dijo Nadia sin poder disimular su sorpresa—. Me parece que no te había visto nunca en mi muñeca.

—Circunstancias excepcionales —dijo él, imperturbable. Ella siempre lo había considerado un hombre austero, pero evidentemente la revolución era un gran tónico. Por su expresión Nadia comprendió de pronto que él había estado esperando ese momento toda la vida—. Verás,

Coyote, yo y un puñado de rojos estamos aquí en Chasma Boreatis, y nos hemos apoderado del reactor y el dique. La gente de aquí ha cooperado…

—¡Nos han animado a hacerlo! —gritó alguien detrás de él.

—Bien, sí, todos nos han dado su apoyo aquí, menos un grupo de seguridad de más o menos cien personas que se ha atrincherado en el reactor. Amenazan con fundir el reactor si no los dejamos irse a Burroughs.

—¿Y? —dijo Nadia.

—¿Y? —repitió Kasei, y rió—. Pues bien, Coyote dice que te preguntemos qué hay que hacer.

Nadia dio un respingo.

—Caramba, me cuesta mucho creerlo.

—¡Eh, nadie lo cree aquí tampoco! Pero eso es lo que ha dicho Coyote, y nos gusta complacer al viejo bastardo siempre que podemos.

—Bien, pues que se marchen a Burroughs. No es tan grave que la ciudad cuente con un centenar más de policías, y cuantos menos reactores se fundan, mejor. Aún estamos nadando en la radiación de la última vez.

Sax entró en la habitación mientras Kasei meditaba.

—¡De acuerdo! —dijo Kasei—. Si eso es lo que quieres. Hablaré contigo más tarde, tengo que irme, ka.

Nadia miró la pantalla en blanco y frunció el ceño.

—¿De qué se trataba? —preguntó Sax.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Nadia, y le resumió la conversación mientras intentaba comunicarse con Coyote. No hubo respuesta.

Después de un silencio, Sax dijo:

—Bien, tú eres la coordinadora.

—Mierda. —Nadia se echó la bolsa al hombro.— Vamonos.

Despegaron en uno de los nuevos 51B, pequeños y rápidos. Darían un amplio rodeo hacia el noroeste, sobre el mar de hielo de Vastitas, para evitar las fortalezas metanacionales de Ascraeus y el Mirador de Echus. Poco después de despegar avistaron el hielo que llenaba Chryse al norte, los sucios icebergs salpicados de algas rosadas y estanques de agua. La vieja carretera de radiofaros que llevaba a Chasma Borealis había desaparecido hacía mucho tiempo, y aquel sistema de canalización de agua hacia el sur ya sólo era una nota técnica a pie de página para los libros de historia. Al mirar el caos de hielo Nadia recordó el aspecto de la superficie en aquel primer viaje, las ubicuas colinas y depresiones, las dolinas en forma de embudo, los grandes barjanes, el terreno increíblemente estratificado en las últimas arenas antes del casquete polar... Todo eso había desaparecido, sepultado por el hielo. Y el casquete polar se había convertido en un aglomerado de grandes zonas de fusión y corrientes de hielo, ríos fangosos y lagos líquidos cubiertos de escarcha... en todas las variantes de suspensión de sólido en líquido, y todo ello deslizándose por las pendientes de la alta meseta circular sobre la cual descansaba el casquete polar hacia el mar boreal que ceñía el mundo.

Por tanto el aterrizaje quedó descartado durante la mayor parte del viaje. Nadia miraba los instrumentos nerviosamente, consciente de que muchas cosas podían estropearse en una máquina nueva durante una crisis, cuando el mantenimiento era descuidado y el error humano aumentaba.

Unas volutas de humo blanco y negro aparecieron en el horizonte, derivando de sudoeste a este a causa del fuerte viento.

—¿Qué es eso? —preguntó Nadia inclinándose hacia la ventanilla de la izquierda.

—Kasei Vallis —dijo Sax desde el asiento del piloto.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Está en llamas. Nadia lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una vegetación abundante en el valle, y también al pie del Gran Acantilado. Árboles y arbustos resinosos en su mayor parte. Y árboles de semillas pirófilas, ya sabes, especies que necesitan el fuego para propagarse. Diseñadas por Biotique. Manzanita espinosa, endrino, secoya gigante y otras.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque yo las planté.

—¿Y ahora les prendes fuego? Sax asintió y miró el humo.

—Pero, Sax, ¿no es muy alto el porcentaje de oxígeno de la atmósfera?

—Del cuarenta por ciento.

Nadia lo miró aún más atentamente, sospechando de pronto.

—¡Fuiste tú quien subió los niveles! ¡Jesús, Sax, puedes haber prendido fuego al mundo entero!

Nadia miró la base de la columna de humo. En la gran zona de Kasei Vallis había una línea de llamas, el frente del fuego ardiendo con un resplandor blanco más que amarillo; magnesio fundido.

—¡Nada podrá apagarlo! —gritó—. ¡Has incendiado el mundo!

—El hielo —dijo Sax—. No hay nada en la dirección del viento más que el hielo de Chryse. Sólo quemará unos cuantos miles de kilómetros cuadrados.

Nadia lo miró, sorprendida y horrorizada. Sax miraba de cuando en cuando el fuego, pero siempre atento a los instrumentos del avión, con una curiosa expresión de reptil, pétrea, inhumana.

El complejo de seguridad metanac en la curva de Kasei Vallis apareció en el horizonte. Las tiendas ardían como antorchas, los cráteres de la pendiente interior eran hogueras que lanzaban llamaradas blancas hacia el cielo. Era evidente que un viento intenso bajaba de Echus Chasma y se encauzaba por Kasei Vallis avivando las llamas. Una tormenta de fuego. Y Sax miro abajo sin parpadear, con las mandíbulas tensas.

—Dirígete al norte —le ordenó Nadia—. Salgamos de aquí.

Sax inclinó el avión y viró, y ella meneó la cabeza con disgusto. Miles de kilómetros cuadrados calcinados, toda esa vegetación, introducida con tanto esmero... los niveles de oxígeno globales aumentados significativamente... Miró con desconfianza a la criatura sentada a su lado.

—¿Por qué no me dijiste nada de todo esto?

—No quería que lo impidieras. Así de sencillo.

—¿Eso quiere decir que podía haberlo impedido?

—Sí.

—¿Y qué más me has ocultado?

—Sólo esto —dijo Sax. Tensaba y relajaba los músculos maxilares y a Nadia le recordó de pronto a Frank Chalmers—. Los prisioneros han sido trasladados a

las minas de los asteroides. Sólo era el lugar de entrenamiento de la policía secreta, los torturadores, y ellos nunca se rendirán. —Volvió su mirada de lagarto hacia ella.— Estaremos mejor sin ellos. —Y siguió pilotando.

Nadia contemplaba aún la viva línea de fuego cuando la radio emitió su código personal. Esta vez era Art, con una expresión muy preocupada.

—Necesito tu ayuda —dijo—. La gente de Ann ha reconquistado Sabishii y muchos sabishianos han salido del laberinto para ocupar la ciudad, pero los rojos que están al mando les han dicho que se vayan.

—¿Qué...?

—Ya lo sé, no creo que Ann sepa nada de esto aún, y no responde a mis llamadas. Hay rojos por ahí que hacen que ella parezca booneana, te lo juro. Pero he contactado con Ivana y Raúl y han conseguido detenerlos hasta que tú les digas algo. Es todo lo que he podido hacer.

—¿Por qué yo?

—Creo que Ann les dijo que te escucharan.

—Mierda.

—Bien, ¿quién más podría hacerlo? Maya se ha creado demasiados enemigos conteniendo los ánimos de todo el mundo estos últimos años.

—Creía que tú eras el diplomático aquí.

—¡Y lo soy! Pero lo único que conseguí es que todos accedieran a posponer la acción hasta que tú dieras tu veredicto. Lo siento, Nadia. Estoy dispuesto a hacer lo que digas para ayudarte.

—¡Más te vale porque gracias a ti estoy en este lío! El sonrió.

—No es culpa mía que todo el mundo confíe en ti.

Nadia cortó la conexión y probó los diferentes canales de radio rojos. Al principio no consiguió encontrar a Ann. Pero mientras la buscaba oyó mensajes suficientes como para darse cuenta de que había muchos jóvenes radicales que Ann ciertamente desaprobaría, o así quería creerlo ella, gente que con el resultado de la revolución aún incierto estaba volando plataformas en Vastitas, desgarrando tiendas, desumando pistas, amenazando con desmarcarse de los otros rebeldes si éstos no colaboraban con ellos en su campaña de ecotaje y se tenían en cuenta todas sus exigencias, etcétera.

Ann respondió al fin a la llamada de Nadia. Parecía una furia vengadora, insobornable y un tanto loca.

—Mira —dijo Nadia sin preámbulos—, un Marte independiente es la mejor oportunidad que tendrás de conseguir lo que quieres. ¡Si intentas apropiarte de la revolución la gente lo recordará, te lo advierto! Una vez que tengamos la situación bajo control, puedes proponer lo que quieras, pero hasta entonces para mí sólo será un chantaje. Es una puñalada por la espalda. Así que obliga a esos rojos de Sabishii a devolver la ciudad a sus habitantes.

—¿Qué te hace pensar que me escucharán? —dijo Ann furiosa.

—¿A quién si no?

—¿Qué te hace pensar que desapruebo sus acciones?

—¡Mi impresión de que eres una persona cuerda!

—Yo no voy por ahí dando órdenes.

—¡Pues si no puedes ordenarles nada, razona con ellos! Explícales que revoluciones más poderosas que la nuestra fracasaron debido a esos comportamientos estúpidos. Diles que se contengan, que paren los desmanes.

Ann cortó la comunicación sin molestarse en responder.

—Mierda —dijo Nadia.

Su IA continuó inundándola con información. La fuerza expedicionaria de la UNTA regresaba de las tierras altas meridionales y parecía dirigirse a Hellas o Sabishii. Sheffield continuaba en manos de Subarashii. La situación de Burroughs seguía indecisa: las fuerzas de seguridad parecían controlar la ciudad, pero los refugiados seguían llegando desde Syrtis y otros lugares y había una huelga general. A juzgar por las imágenes la población se pasaba el día en los parques y bulevares manifestando su oposición a la Autoridad Transitoria o tratando de averiguar lo que sucedía.

—Tendremos que pensar algo para Burroughs —dijo Sax.

—Lo sé.

Pusieron rumbo al sur otra vez, dejaron atrás la mole de Hecates Tholus, en el extremo septentrional del macizo de Elysium, y aterrizaron en el puerto espacial de Fossa Sur. El vuelo había durado doce horas, pero habían atravesado nueve franjas horarias en dirección oeste y habían cruzado la línea de datación de la latitud 180°, así que era mediodía del domingo cuando el autobús del aeropuerto los llevó hasta el borde de la ciudad y entraron por la antecámara de la cima.

Fossa Sur y las otras ciudades de Elysium, Hephaestus y Elysium Fossa habían manifestado abiertamente su apoyo a Marte Libre. Las tres formaban una especie de unidad geográfica: un brazo meridional del hielo de Vastitas discurría entre el macizo de Elysium y el Gran Acantilado y aunque habían tendido pistas sobre puentes de pontones para franquearlo, Elysium se convertiría en un continente isla. La población de esas ciudades se había lanzado a las calles y había ocupado los edificios públicos y las plantas físicas. Sin la amenaza de ataques orbitales que los respaldasen, los escasos policías de la Autoridad Transitoria se habían vestido de civiles y se habían confundido con la multitud o habían tomado el tren para Burroughs. Elysium formaba parte decididamente de Marte Libre.

En las oficinas de Mangalavid Nadia y Sax se enteraron de que un nutrido grupo armado de rebeldes se había apoderado de la emisora y durante las veinticuatro horas y media del día emitía programas por los cuatro canales abogando por la revolución, con largas entrevistas a gente de las ciudades y estaciones independientes. Durante el lapso marciano emitirían un especial dedicado a los sucesos del día anterior.

Algunas estaciones mineras aisladas en las fisuras radiales de Elysium y los Phlegra Montes eran explotaciones metanacionales, principalmente de Amexx y

Subarashii, y los trabajadores, nuevos inmigrantes, permanecían en sus campamentos y mantenían la boca cerrada o amenazaban a cualquiera que tratase de molestarlos; algunos incluso habían manifestado su intención de reconquistar el planeta o resistir hasta que llegasen refuerzos de la Tierra.

—Ignórenlos —aconsejó Nadia—. Traten de inutilizar su sistema de comunicaciones y déjenlos en paz.

Los informes sobre el resto de Marte eran más prometedores. Senzeni Na estaba en manos de gentes que se llamaban a sí mismos booneanos, aunque no tenían relación con Jackie, issei, nisei, sansei y yonsei que de inmediato bautizaron John Boone el agujero de transición y declararon Thaumasia un «asentamiento neutral y pacífico de Dorsa Brevia». Koroliov, ahora sólo una pequeña ciudad minera, se había rebelado con tanta violencia como en el 61, y sus ciudadanos, muchos de ellos descendientes de la vieja población de la prisión, llamaron Sergei Pavlovich Koroliov a la ciudad y la declararon zona libre anarquista. Los antiguos edificios de la prisión se habían transformado en un gigantesco bazar y espacios comunales donde eran especialmente bien recibidos los refugiados de la Tierra. Nicosia era otra ciudad libre. Cairo estaba bajo el control de las fuerzas de seguridad de la Amexx. Odessa y las demás ciudades de la Cuenca de Hellas seguían defendiendo la independencia con tesón, a pesar de que la línea circumHellas había sido interrumpida en varios puntos. Los sistemas magnéticos que permitían la circulación eran demasiado vulnerables. Por esa razón muchos trenes iban vacíos y muchos servicios eran cancelados, pues la gente prefería viajar en rover o avión a acabar varados en cualquier lugar en vehículos que ni siquiera tenían ruedas.

Nadia y Sax pasaron el resto del domingo siguiendo el desarrollo de los acontecimientos y haciendo sugerencias, si les preguntaban, sobre situaciones problemáticas. En general a Nadia le parecía que todo estaba marchando muy bien. Pero el lunes tuvieron malas noticias de Sabishii. La fuerza expedicionaria de la UNTA había llegado desde el sur y había recuperado toda la superficie de la ciudad después de una lucha encarnizada durante toda la noche contra la guerrilla roja. Los rojos y la población original de Sabishii se habían retirado al laberinto del montículo y a los refugios exteriores, y todo auguraba que la lucha se extendería al laberinto. Art predijo que la fuerza de seguridad sería incapaz de penetrar y se vería forzada a abandonar la ciudad, en tren o avión, en dirección a Burroughs para reforzar las fuerzas allí concentradas. Pero la pobre Sabishii había sido cruelmente dañada por el asalto y por el momento estaba en manos de la policía.

Cuando cayó la noche, Nadia y Sax salieron a comer algo. El suelo del cañón de Fossa Sur estaba cubierto por una densa arboleda: las secoyas gigantescas dominaban un sotobosque de pinos y enebros y, en los tramos más bajos del cañón, de álamos y robles. Mientras atravesaba el parque a lo largo del arroyo, la gente de Mangalavid fue presentándolos a cuantos se cruzaban con ellos, la mayoría nativos, contentos de conocerlos. A Nadia le parecía extraño ver a tanta gente feliz. En la vida corriente no había tantas sonrisas ni extraños que conversaban entre sí como conocidos... Las cosas podían seguir derroteros musitados cuando el orden social desaparecía: la anarquía y el caos, pero también la comunión.

Comieron en la terraza de un restaurante junto a la corriente central y luego

regresaron a las oficinas de Mangalavid. Nadia se instaló de nuevo delante de la pantalla y siguió hablando con diferentes comités de organización. Se sentía como Frank en el 61, trabajando por teléfono en una frenética sucesión de comunicaciones superdirectas. Sólo que ahora estaban en comunicación con todo Marte y ella tenía la certeza de que aunque no controlaba nada, al menos estaba al corriente de lo que ocurría. Y eso no tenía precio. El hierro de la nuez de su interior empezó a convertirse en algo semejante a la madera.

Después de un par de horas, cabeceaba durante los pocos segundos que mediaban entre una llamada y la siguiente. En la Colina Subterránea y Shalbatana estaban en mitad de la noche, y ella no había dormido desde la llamada de Sax para comunicarle lo de la Antártida. Eso significaba que llevaba cuatro o cinco días sin dormir; no, en realidad eran tres días, aunque le pesaban como dos semanas.

Acababa de tumbarse en un sofá cuando se oyó una barahúnda y todos se precipitaron al vestíbulo y luego a la plaza empedrada donde estaban las oficinas. Nadia se tambaleó torpemente detrás de Sax, que la sostuvo por el brazo.

Había un agujero en la tienda. La gente lo señalaba pero Nadia no podía distinguirlo.

—Éste es nuestro mejor logro —dijo Sax con un leve gesto de satisfacción en los labios—. La presión bajo la tienda es sólo ciento cincuenta milibares superior a la externa.

—Es decir que las tiendas no estallan como globos pinchados —dijo Nadia, recordando con un escalofrío algunas de las cúpulas reventadas del 61.

—Y el aire que está entrando tiene un elevado nivel de oxígeno y nitrógeno. Aunque el nivel de dióxido de carbono sigue siendo muy alto, ya no nos envenenamos al instante.

—El agujero tendría que ser muy grande —dijo Nadia.

—Exacto.

Ella meneó la cabeza.

—Tenemos que modificar la atmósfera de todo el planeta para estar verdaderamente a salvo.

—Cierto.

Nadia volvió bostezando. Se sentó delante de la pantalla y empezó a ver los cuatro canales de Mangalavid, alternándolos rápidamente. Casi todas las ciudades importantes estaban o abiertamente a favor de la independencia o no se pronunciaban, y las fuerzas de seguridad controlaban las plantas físicas aunque no ocurría nada, y la población estaba en las calles esperando los acontecimientos. Había también cierto número de ciudades y campamentos de las compañías que seguían fieles a las metanacionales, pero en el caso de Punto Bradbury y Huo Hsing Vallis, ciudades vecinas en el Gran Acantilado, sus metanacionales, Amexx y Mahjari, estaban enfrentadas en la Tierra. El efecto que esto tendría en esas ciudades norteñas aún no estaba nada claro, pero Nadia estaba segura de que no las ayudaría a resolver su situación.

Varias ciudades importantes continuaban en manos de Subarashii y Amexx, y estaban actuando como un imán para las unidades aisladas de la policía de la

UNTA. Burroughs era la principal pero podía decirse lo mismo de Cairo, Lasswitz, Sudbury y Sheffield. En el sur, los refugios que no habían sido abandonados o destruidos por la fuerza expedicionaria se revelaban abiertamente, y Vishniac Bogdanov estaba construyendo una tienda de superficie sobre el antiguo aparcamiento de vehículos robot contiguo al agujero de transición. De modo que el sur recobraría su estatus de bastión de la resistencia, aunque Nadia no creía que fuese a servir de mucho. Y el casquete polar norte se encontraba inmerso en tal caos medioambiental que importaba poco en manos de quién estuviera; el hielo se deslizaba hacia Vastitas, pero la meseta polar estaba cubierta por la nieve invernal y era la región más inhóspita de Marte, por lo que no quedaba allí ningún asentamiento permanente.

Por tanto el litigio azotaba las latitudes templadas y ecuatoriales, la banda planetaria limitada por el hielo de Vastitas al norte y por las dos grandes cuencas al sur. Y el espacio orbital, naturalmente. Pero los ataques de Sax a los satélites metanacionales habían tenido éxito, y apartar a Deimos de las inmediaciones del planeta se consideraba ahora una feliz ocurrencia. Sin embargo, el ascensor seguía en manos metanacionales y los refuerzos de la Tierra llegarían en cualquier momento. Y al parecer el equipo de Sax en Da Vinci había utilizado casi todo el armamento del que disponía en el primer ataque.

En cuanto a la soletta y el espejo anular, eran tan grandes y frágiles que eran indefendibles: si alguien quería destruirlos, no tendría dificultades. Pero Nadia no lo consideraba necesario. Si ocurría, significaría que los rojos habían decidido hacerlo por su cuenta y riesgo. Y si lo hacían... Bien, podían pasar perfectamente sin esa insolación adicional. Tendría que preguntarle a Sax su opinión sobre el asunto. Y hablar con Ann para ver cuál era su posición; o quizá sería mejor no darle ideas. Ya vería cómo marchaban las cosas. Y ahora qué más...

Se quedó dormida sobre la pantalla. Cuando despertó estaba tendida en el sofá y tenía un hambre de lobo. Sax estaba leyendo la pantalla de ella.

—Las cosas pintan mal en Sabishii —dijo cuando la vio incorporarse con dificultad. Ella fue al cuarto de baño y cuando regresó miró por encima del hombro de Sax y leyó mientras él seguía hablando—. Los policías no consiguieron hacerse con el laberinto, así que salieron para Burroughs. Pero mira. —Tenía dos imágenes en pantalla: en la parte superior Sabishii ardiendo con tanta furia como Kasei Vallis, en la inferior una marea de tropas derramándose de los trenes en la estación de Burroughs, con armaduras ligeras y armas automáticas y con el puño alzado. Burroughs rebosaba de fuerzas de seguridad, y habían tomado Branch Mesa y Double Decker Butte como acuartelamientos. Así que ahora además de las tropas de la UNTA había en la ciudad fuerzas de Subarashii y Mahjari, en realidad de todas las metanacionales, y Nadia se preguntó qué era lo que en realidad estaba ocurriendo entre ellas en la Tierra, si no habrían llegado a algún acuerdo o alianza como resultado de la crisis. Llamó a Art en Burroughs y se lo preguntó.

—Quizás estas unidades marcianas están tan desconectadas que han firmado su propia paz —dijo él—. Tal vez estén abandonados a su suerte.

—Pero si nosotros mantenemos el contacto con Praxis...

—Sí, pero los pillamos por sorpresa porque ignoraban que la resistencia

contara con tantas simpatías. La estrategia de Maya de mantenernos tranquilos ha dado resultado. No, esos grupos seguramente están aislados, en cuyo caso podríamos decir que Marte es ya independiente y que está inmerso en una guerra civil para decidir quién manda. Por lo tanto, si esos tipos de Burroughs nos llaman y nos dicen:

«Muy bien, Marte es un mundo lo suficientemente grande como para que coexistan diferentes formas de gobierno. Ustedes tienen el suyo, y nosotros tenemos Burroughs, no traten de sacarnos de aquí», ¿qué les diremos?

—No creo que nadie entre ellos aspire a tanto —dijo Nadia—. Sólo hace tres días que perdieron el contacto. —Señaló la pantalla—. Mira, ahí está Derek Hastings, jefe de la Autoridad Transitoria. Era jefe de Control de Misión en Houston cuando emprendimos el viaje y es peligroso: inteligente y muy obstinado. Mantendrá el tipo hasta que lleguen los refuerzos.

—¿Entonces qué crees que deberíamos hacer?

—No tengo ni idea.

—¿No podemos ignorar a Burroughs?

—No creo. Estaremos en una posición mucho más ventajosa si salimos de detrás del sol con el control absoluto. Si quedan tropas terranas resistiendo heroicamente el sitio en Burroughs es seguro que vendrán a salvarlos. Dirán que es una misión de rescate y vendrán a recuperar todo el planeta.

—No será fácil tomar Burroughs con todas esas tropas allí.

—Lo sé.

Sax, que dormía en un sofá en el otro extremo de la habitación, abrió un ojo.

—Los rojos hablan de inundarla —señaló.

—¿Qué...?

—Está por debajo del nivel del hielo de Vastitas. Y hay agua bajo el hielo. Sin el dique...

—No —dijo Nadia—. Hay doscientas mil personas en Burroughs además de las tropas de seguridad. ¿Qué se supone que tiene que hacer la población? Es imposible evacuar a tanta gente. Es una locura. Es como repetir el sesenta y uno. —Cuanto más lo pensaba más furiosa se ponía.—

¿En qué piensa esa gente?

—Tal vez sólo sea una amenaza —dijo Art en la pantalla.

—Las amenazas son inútiles a menos que aquellos a los que estás amenazando crean que las llevarás a cabo.

—Quizá lo crean.

Nadia negó con la cabeza.

—Hastings no es tan estúpido. ¡Demonios, él podría evacuar sus tropas por el puerto espacial y dejar que la población se ahogase! ¡Y entonces nos convertiríamos en monstruos y la Tierra vendría a darnos caza sin tardanza! ¡Ni hablar!

Se levantó y fue a desayunar algo; pero al mirar el grupo de pastas en la

cocina descubrió que ya no tenía apetito. Tomó una taza de café y volvió a las oficinas, advirtiendo el temblor de sus manos.

En 2061 Arkadi se había enfrentado a un grupo disidente que había enviado un asteroide en una trayectoria de colisión con la Tierra, sólo como amenaza. Pero habían destruido el asteroide con la mayor explosión provocada por el hombre. Y después de aquello la guerra en Marte había seguido un curso mortífero que antes no había tenido. Y Arkadi había sido incapaz de detenerlo.

Y podía ocurrir otra vez.

—Tenemos que ir a Burroughs —le dijo a Sax.

La revolución suspende los hábitos además de la ley. Pero del mismo modo que la naturaleza aborrece el vacío, el ser humano aborrece la anarquía.

Los hábitos se infiltraron en el nuevo terreno como las bacterias y fueron seguidos de procedimientos, protocolos, *fellfields* de discurso social, en su evolución hacia los bosques de la ley que culminaban el proceso. Nadia advirtió que algunos acudían a ella para resolver sus conflictos confiando en su juicio quizá porque ella era lo más parecido a una figura estable que veían. Art la llamaba el solvente universal, y cierta vez Maya se refirió a ella como la generala Nadia, porque sabía que ese calificativo la molestaría, como así ocurrió. Personalmente Nadia prefería verse como Sax la había definido ante su fiel tropa de técnicos, jóvenes Sax en potencia: «Nadia es el arbitro designado, hablen con ella». Ah, el poder de los nombres. Arbitro en vez de general. A cargo de la negociación que Art llamaba «cambio de fase». Nadia le había oído emplear el término durante una larga entrevista que concedió a Mangalavid, con esa cara de palo que no permitía adivinar si hablaba en serio o en broma: «Bien, no creo que lo que estamos viviendo sea una revolución, no. Es un paso perfectamente natural aquí, así que puede hablarse más bien de estadio evolutivo o de lo que en el campo de la fisica llaman un cambio de fase».

Sus comentarios posteriores revelaron a Nadia que en realidad Art ignoraba lo que era un cambio de fase. Pero ella sí lo sabía y el planteamiento del concepto le pareció fascinante. Vaporización de la autoridad terrana, condensación del poder local y la fusión final... podía describirse de muchas maneras. La fusión se producía cuando las partículas acumulaban la suficiente energía térmica para superar las fuerzas intracristalinas que mantenían su estructura. Por tanto, si se consideraba a las metanacionales como estructuras cristalinas... Sin embargo, la energía requerida dependía de la índole de las fuerzas de cohesión, interiónicas o intermoleculares: el cloruro de sodio, interiónico, fundía a 801°C, el metano, intermolecular, a -183°C. ¿Qué fuerzas, entonces? ¿Y cuánto había de subir la temperatura?

En este punto la analogía misma se fundía. Pero los nombres ejercían un gran influjo sobre la mente humana. Cambio de fase, gestión integral de plagas, desempleo selectivo; ella los prefería a la vieja y devastadora noción de *revolución* y le alegraba que los nuevos términos circularan en Mangalavid y en las calles.

Pero había unos cinco mil policías armados hasta los dientes en Burroughs y Sheffield, recordó, que aún se consideraban servidores de la ley enfrentados a amotinados armados. Y para resolver eso necesitarían algo más que semántica.

En general las cosas marchaban mejor de lo que ella había esperado por una simple cuestión demográfica. Al parecer todos los nacidos en Marte se habían lanzado a las calles y ocupaban edificios oficiales, estaciones ferroviarias, puertos espaciales. Y a juzgar por los programas de Mangalavid, todos ellos se oponían firmemente (y de manera poco realista en opinión de Nadia) a que poderes *de otro planeta* los controlasen de la manera que fuese. Eso significaba más de la mitad de la población de Marte, y buena parte de los veteranos y los nuevos inmigrantes opinaban lo mismo.

—Llámalos recién llegados —le aconsejó Art por teléfono—. O colonos y colonialistas, según que estén de nuestro lado o no. Eso es lo que Nirgal ha estado haciendo y creo que ayuda a la gente a reflexionar.

En la Tierra la situación era menos clara. El conflicto entre las metanacionales de Subarashii y las metanacionales del sur continuaba, pero en el contexto de la gran inundación se había convertido en una amarga atracción menor. Era difícil saber qué pensaban los terranos en general del conflicto en Marte.

Pero pensaran lo que pensasen, un transbordador rápido estaba a punto de llegar con refuerzos policiales. Por esa razón grupos de la resistencia de todo el planeta se movilizaron para converger en Burroughs y Art encomió y apoyó esa acción desde la ciudad. Él era, pensó Nadia, un diplomático sutil: grande, amable, modesto, comprensivo, «poco diplomático», que inclinaba la cabeza cuando conferenciaba con otros, dándoles la sensación de que eran ellos quienes dirigían el proceso.

Infatigable. Y muy inteligente. Muy pronto consiguió que afluyesen a Burroughs incluso grupos de las guerrillas rojas y de Marteprimero, que parecían considerar su presencia allí como una especie de sitio. Nadia se percataba de que mientras los rojos y marteprimeros que conocía —Ivana, Gene, Raúl, Kasei— se mantenían en contacto con ella y respetaban su papel como arbitro, había radicales de ambos grupos que la veían fuera de lugar o incluso como un estorbo. Esto la enfurecía, porque estaba segura de que si Ann la apoyara sin reservas los elementos más radicales dejarían de actuar por su cuenta. Se quejó amargamente de esto a Art después de ver un comunicado rojo en el que se planificaba la mitad occidental de la «convergencia» en Burroughs. Art consiguió que Ann contestara su llamada y la pasó a Nadia.

Y allí estaba otra vez, como una de las furias de la revolución francesa, tan severa y sombría como siempre. Su último intercambio, a propósito de Sabishii, pesaba aún sobre ellas. El asunto había quedado fuera de discusión cuando la UNTA recuperó e incendió la ciudad, pero Ann seguía furiosa, lo que irritaba profundamente a Nadia.

Tras un saludo frío, la conversación degeneró casi al instante en discusión. Ann veía en la revolución la oportunidad de dar al traste con todos los esfuerzos terraformadores y de aligerar al planeta del mayor número posible de ciudades y ciudadanos, con ataques directos si era necesario. Asustada por esa visión apocalíptica, Nadia discutió amarga y luego furiosamente. Pero Ann estaba

completamente enajenada.

—Me haría inmensamente feliz ver Burroughs totalmente destruida —

declaró con frialdad.

Nadia apretó los dientes.

—Si destruyes Burroughs lo destruyes todo. ¿Adonde se supone que va a ir la gente que vive allí? No eres mejor que un asesino, un asesino de masas. Simón estaría avergonzado.

Ann frunció el ceño.

—El poder corrompe, ya lo veo. Pásame a Sax, anda. Estoy harta de tanta histeria.

Nadia pasó la llamada a Sax y salió. No era el poder lo que corrompía a la gente, sino los locos quienes corrompían al poder. Bien, tal vez se había enfadado con demasiada facilidad o había sido muy dura. Pero le daba miedo ese rincón oscuro de Ann, capaz de hacer cualquier cosa, y el miedo corrompe mucho más que el poder. Combina los dos y...

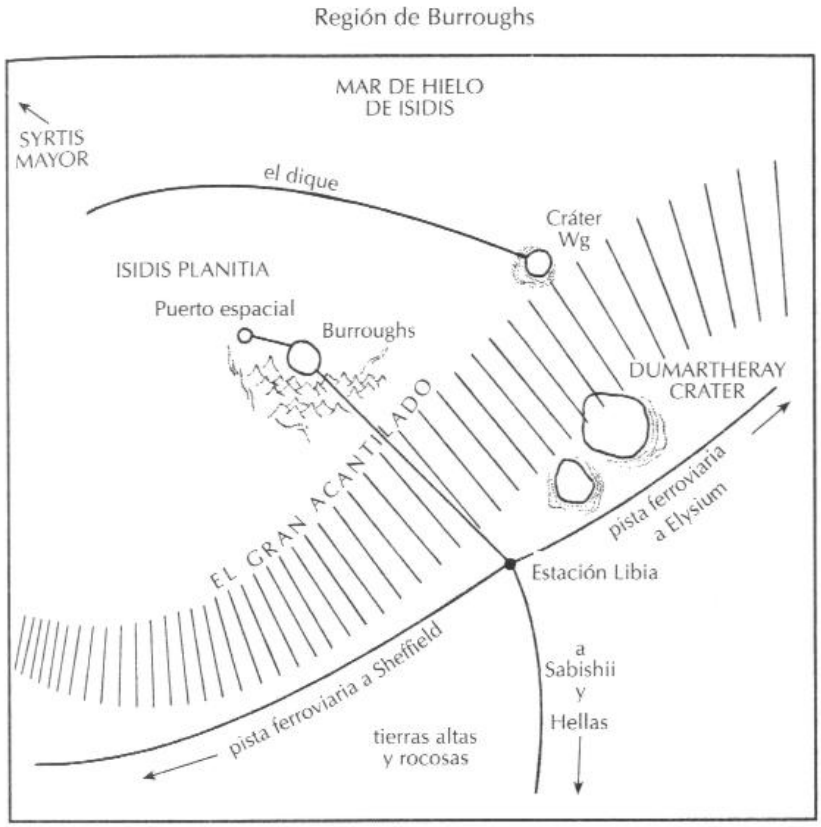
Con un poco de suerte habría indignado lo suficiente a Ann como para devolver esa parte oscura a su rincón. Psicología barata, como le señaló Michel con delicadeza cuando ella lo llamó a Burroughs. Una estrategia derivada del miedo. Pero no podía evitarlo, estaba asustada. La revolución significaba destruir una estructura y crear otra, pero destruir era mucho más fácil que crear, y por tanto las dos partes de la obra no necesariamente estaban destinadas a tener el mismo éxito. Construir una revolución era como levantar un arco: hasta que las dos columnas y la clave del arco no ocupaban su posición cualquier insignificancia podía echarla abajo.

Al caer la noche del miércoles, cinco días después de la llamada de Sax a Nadia, unas cien personas partieron hacía Burroughs en avión, porque las pistas se consideraban demasiado vulnerables al sabotaje. Volaron toda la noche y al alba aterrizaron en una pista rocosa cercana a un gran refugio bogdanovista en la pared del cráter Du Martheray, en el Gran Acantilado, al sudeste de Burroughs. El sol subió entre la bruma como una burbuja de mercurio, iluminando unas melladas colinas blancas que se levantaban al norte sobre la llanura de Isidis: un nuevo mar de hielo cuyo progreso hacia el sur había sido detenido por el dique, que se arqueaba sobre el paisaje como la larga represa de tierra de poca altura que era.

Nadia subió a la cima del refugio, donde una ventana, disimulada en una grieta horizontal bajo el borde, permitía ver las tierras que se extendían entre el Gran Acantilado y el dique y el hielo que éste retenía. Estuvo un buen rato contemplando el paisaje, bebiendo café mezclado con kava. Al norte se extendía el mar helado salpicado de seracs, largas crestas de presión y láminas blancas de gigantescos lagos de superficie helada. Justo debajo de donde ella estaba se veían las primeras estribaciones del Gran Acantilado, moteadas de cactos de Acheron, que se extendían sobre la roca como arrecifes de coral. Unas praderas escalonadas seguían el curso de las pequeñas corrientes heladas que bajaban del

Gran Acantilado, que en la distancia parecían largas diatomeas embutidas en la roca.

Separando hielo y desierto, el dique era como una cicatriz parda que suturaba dos realidades distintas.



Nadia lo estudió con los binoculares. El extremo meridional era una cresta de regolito que subía por las faldas del Cráter Wg y terminaba en su borde, medio kilómetro por encima del que sería el nivel final del mar. Desde allí el dique se extendía en dirección noroeste, y desde su punto de observación Nadia alcanzaba a ver unos cuarenta kilómetros antes de que se perdiese en el horizonte al oeste del Cráter Xh. Ese cráter estaba rodeado de hielo hasta casi el borde y el interior circular parecía un extraño sumidero rojo. Salvo en ese punto, el hielo se apretaba contra el dique. Del lado del desierto el dique podía tener unos doscientos metros de altura, aunque era difícil precisarlo porque al pie de la pared se abría una amplia zanja. En el otro lado, el hielo subía hasta la mitad de la pared, o quizá más.

El dique tenía trescientos metros de ancho en la cima. Todo ese regolito desplazado —Nadia silbó con admiración— representaba varios años de trabajo de un gran equipo de dragas y excavadoras robóticas. Y a pesar de que el muro era inmenso para cualquier escala humana, Nadia temía que no alcanzara a contener un océano de hielo. Y el hielo era la menor de las amenazas: cuando se fundiera las corrientes arrancarían el regolito como si fuera barro. Y el hielo ya estaba derritiéndose; se decía que bajo la sucia superficie blanca se extendían

inmensas bolsas de agua y que algunas ya filtraban el dique.

—¿Quieres decir que no tendrán que reemplazarlo con hormigón? —le preguntó a Sax, que se había reunido con ella y miraba con otros binoculares.

—Imagínate —dijo. Nadia se preparó para lo peor, pero él añadió—: Cubrirán el dique con un revestimiento de diamante. Eso durará bastante. Quizás unos cuantos millones de años.

Probablemente sería así. Tal vez habría algunas filtraciones en la base. Pero en cualquier caso tendrían que mantener el sistema a perpetuidad y sin margen para el error, porque Burroughs se encontraba a solo veinte kilómetros al sur del dique y unos ciento cincuenta metros por debajo de su nivel. Acabaría siendo un lugar extraño. Nadia enfocó los binoculares en la dirección de la ciudad, pero ésta se encontraba unos setenta kilómetros al noroeste, bajo la línea del horizonte. Sin duda los diques serían eficaces; los diques de Holanda habían resistido durante siglos, protegiendo millones de personas y centenares de kilómetros cuadrados de tierra hasta la última inundación. E incluso ahora seguían resistiendo, y las invasiones serían las corrientes laterales que penetrarían por Bélgica y Alemania. Por tanto eran eficaces. Pero seguía siendo un destino extraño.

Nadia examinó la roca mellada del Gran Acantilado. Lo que en la distancia parecían flores eran en realidad enormes masas de cactos coralinos. Una corriente de agua parecía una escalera hecha de nenúfares. La pendiente irregular de roca roja ofrecía un paisaje desolado, surrealista, encantador.

Un repentino espasmo de miedo la atravesó: algo iría mal y ella moriría y ya no podría contemplar aquel mundo y su evolución. Un misil podía aparecer en el cielo violeta en cualquier momento; el refugio era un blanco ideal si algún comandante asustado del puerto espacial de Burroughs descubría su localización y decidía actuar por su cuenta. Estarían muertos en cuestión de minutos.

Pero así era la vida en Marte. Podían morir en cualquier momento como consecuencia de incontables sucesos adversos, como siempre. Apartó esos pensamientos y bajó las escaleras con Sax.

Quería ir a Burroughs para evaluar la situación, caminar entre los ciudadanos y ver que decían y hacían. A última hora del jueves le dijo a Sax:

—Vayamos a echar un vistazo. Pero al parecer era imposible.

—Todas las puertas están controladas —le informó Maya—. Y registran minuciosamente todos los trenes que llegan a la estación. Ocurre lo mismo con el metro que va al puerto espacial. La ciudad está cerrada. En realidad somos rehenes.

—Podemos seguir los acontecimientos a través de las pantallas —

observó Sax—. No importa.

Nadia accedió de mala gana. *Shikata ga nai.* Pero le desagradaba la situación, le parecía que se estaba acercando con rapidez a un punto muerto, al menos allí. Y le intrigaban enormemente las condiciones de Burroughs.

—Dime cómo van las cosas —le pidió a Maya por el enlace telefónico.

—Bien, ellos controlan las infraestructuras —dijo Maya—. La planta física, las puertas, todo. Pero no hay bastantes para obligar a la gente a quedarse en sus casas o ir a trabajar. Así que no saben qué hacer.

Nadia lo comprendía, porque tampoco ella sabía qué hacer. Los trenes llegaban con las tropas de las ciudades tienda que las habían entregado a los rebeldes. Y los recién llegados se unían a sus camaradas y recorrían la ciudad en grupos armados hasta los dientes que nadie se atrevía a molestar. Se alojaban en Branch Mesa, Double Decker Butte y Syrtis Negra, y sus líderes se reunían con cierta frecuencia en el cuartel general de la UNTA en la Montaña Mesa, pero no daban órdenes.

Reinaba la incertidumbre. Las oficinas de Praxis y Biotique en Hunt Mesa funcionaban como centro de información para todos ellos, divulgando las noticias de la Tierra y el resto de Marte mediante tablones de anuncios y pantallas gigantes en las calles. Esos medios, junto con Mangalavíd y otros canales privados, permitían que todos se mantuvieran bien informados sobre el curso de los acontecimientos. De cuando en cuando se producían grandes aglomeraciones de gente en los parques y bulevares, pero lo habitual era ver docenas de grupos pequeños en una especie de parálisis activa, algo a medio camino entre una huelga general y una crisis de rehenes. Todos se preguntaban qué ocurriría después. La población parecía animada, muchas tiendas y restaurantes continuaban abiertos y la gente que entrevistaban en ellos no parecía crispada.

Mirándolos mientras engullía algunos alimentos, Nadia sintió el irresistible deseo de estar allí, de hablar con la gente. Alrededor de las diez, y comprendiendo que no dormiría, volvió a llamar a Maya y le pidió que se pusiese las videogafas y saliese a dar un paseo por la ciudad. Maya, tan ansiosa como ella, si no más, la complació de buen grado.

Muy pronto Maya estaba fuera transmitiéndole lo que veía a Nadia, que aguardaba inquieta ante una pantalla en la sala de descanso de Du Martheray. Sax y otros acabaron mirando por encima de su hombro las imágenes oscilantes que Maya transmitía y escuchando sus comentarios.

Maya bajó a buen paso por el bulevar del Gran Acantilado hacia el valle central. Una vez allí, entre los vendedores ambulantes del extremo superior del Parque del Canal, aminoró el paso y miró lentamente alrededor para darle a Nadia una panorámica. La gente llenaba las calles, conversando, inmersos en una especie de atmósfera festiva. Cerca de Maya dos mujeres iniciaron una animada conversación sobre Sheffield. Unos recién llegados se acercaron a Maya y le preguntaron qué iba a ocurrir ahora, al parecer seguros de que ella lo sabría, «¡Sólo porque soy vieja!», comentó Maya con disgusto cuando se fueron. Nadia casi sonrió. Algunos jóvenes reconocieron a Maya y se acercaron a saludarla alegremente. Nadia observó ese encuentro desde el punto de vista de Maya, advirtiendo el encandilamiento de la gente. ¡De manera que así aparecía el mundo ante Maya! No era extraño entonces que se creyera tan especial, si la gente la miraba de ese modo, como si fuese una temible diosa salida de un mito…

Era turbador en más de un sentido. Nadia pensaba que su vieja compañera se arriesgaba a que la detuvieran y así se lo dijo. Pero la imagen osciló de un lado

a otro cuando Maya sacudió la cabeza y dijo:

—¿Ves algún policía? Las fuerzas de seguridad se concentran en las puertas y estaciones y yo me mantengo alejada de ellos. Además, ¿para qué van a molestarse en detenerme si toda la ciudad está arrestada?

Siguió con la mirada un vehículo blindado que en ese momento circulaba por el bulevar y que no redujo la velocidad, como dándole la razón.

—Eso es para que sepamos que están armados —comentó Maya sombría.

Llegó hasta el Parque del Canal y luego tomó el sendero que llevaba a la Montaña Mesa. Hacía frío esa noche; las luces que reflejaba el canal revelaban que la superficie del agua estaba helándose. Pero si las fuerzas policiales habían pensado que eso desanimaría a los ciudadanos, se equivocaban. El parque estaba atestado y la gente seguía llegando. Se reunían en belvederes y cafés, o alrededor de unas grandes bobinas calefactoras anaranjadas. Y allá donde Maya mirara se veía gente dirigiéndose al parque. Había músicos tocando e individuos hablando a través de pequeños altavoces portátiles. Otros miraban las noticias en sus ordenadores de muñeca o en pantallas de atril.

—¡Reunión esta noche! —gritó alguien—. ¡Reunión en el lapso marciano!

—No estaba al corriente de esto —dijo Maya con aprensión—. Tiene que ser obra de Jackie.

Miró alrededor tan deprisa que las imágenes en la pantalla le dieron vértigo a Nadia. Había gente por todas partes. Sax fue a otra pantalla y llamó al piso franco de Burroughs en Hunt Mesa. Contestó Art, el único que quedaba allí. Jackie había convocado una manifestación multitudinaria en el lapso marciano; se había difundido por todos los medios de comunicación de la ciudad. Nirgal estaba con ella.

Nadia le transmitió todo esto a Maya, que maldijo con furia.

—¡La situación es demasiado volátil para una cosa así! Maldita sea esa mocosa.

Pero no podía hacer nada. Miles de personas llenaban los bulevares y afluían al Parque del Canal y a Princess Park, y cuando Maya miró alrededor alcanzaron a ver figuras diminutas en los bordes de las mesas y llenando los tubos peatonales sobre el parque.

—Los oradores hablarán desde Princess Park —dijo Art en la pantalla de Sax.

—Tienes que llegar allí, Maya —le dijo Nadia—, y deprisa. Tal vez puedas ayudar a controlar la situación.

Maya se puso en camino, y mientras se abría paso entre la multitud Nadia siguió hablando con ella, sugiriéndole lo que debía decir si tenía oportunidad de hablar. Las palabras le salían a borbotones, y cuando hizo una pausa para reflexionar Art intervino con sus sugerencias, hasta que Maya dijo:

—Un momento, un momento; ¿todo eso es cierto?

—No te preocupes de si es cierto o no —dijo Nadia.

—¡Que no me preocupe dices! —exclamó Maya en su muñeca—. ¡Que no me preocupe de si lo que digo a cien mil personas, a la población de dos mundos, es cierto!

—Nosotros haremos que sea cierto —dijo Nadia—. ¡Vamos, inténtalo! Maya echó a correr. Otros caminaban en la misma dirección que ella, subiendo por el Parque del Canal hacia la zona entre el Monte Ellis y la Montaña Mesa, y su cámara les transmitía imágenes oscilantes de nucas y algunos rostros encendidos de excitación que se volvían cuando ella gritaba pidiendo paso. Gritos y vítores se alzaban de la multitud, que cada vez era más apretada. Maya empujaba para abrirse paso. Muchos eran jóvenes mucho más altos que ella. Nadia fue a la pantalla de Sax para mirar las imágenes de Mangalavid, que alternaba entre la cámara instalada en el borde de un viejo pingo que dominaba Princess Park y enfocaba la tribuna de oradores y una cámara situada en uno de los puentes tubo. Los dos mostraban una muchedumbre inmensa; quizás unas ochenta mil personas, calculó Sax con la nariz a un centímetro de la pantalla, como si los estuviera contando uno a uno. Art se las arregló para conectar con Nadia y Maya al mismo tiempo, y ambos continuaron hablándole mientras Maya luchaba por avanzar entre la multitud.

Antar había terminado un breve pero incendiario discurso en árabe mientras Maya daba los últimos empujones, y Jackie hablaba en ese momento detrás de la hilera de micrófonos. Su voz, repetida y amplificada por infinidad de altavoces, flotaba en todas partes. Las frases eran recibidas con grandes aclamaciones que impedían a muchos oír lo que decía a continuación.

—... No permitiremos que utilicen Marte como un mundo de recambio... una clase dirigente responsable de la destrucción de la Tierra... ratas que abandonan el barco que se hunde... ¡organizarán el mismo caos en Marte si les dejamos!... ¡no sucederá! ¡Porque ahora estamos en un Marte libre! ¡Marte libre! ¡Marte libre!

Levantó el puño al cielo y la muchedumbre creciente rugió repitiendo las palabras al unísono: *¡Marte libre! ¡Marte libre! ¡Marte libre!*

En medio de ese cántico, Nirgal subió a la plataforma y al verlo muchos empezaron a gritar *«Nirgal, Nirgal»,* y se produjo así un formidable contrapunto coral.

Cuando llegó al micrófono Nirgal agitó una mano pidiendo silencio, pero el auditorio siguió repitiendo su nombre y el entusiasmo vibró en esa gran voz colectiva, como si cada uno de los presentes fuese amigo personal de él y se sintiera enormemente complacido de reencontrarlo. Y eso no estaba demasiado lejos de la verdad, pensó Nadia, porque Nirgal había pasado buena parte de su vida viajando.

Los gritos fueron apagándose hasta reducirse a un vasto rumor sobre el cual el saludo de Nirgal se oyó sin dificultad. Mientras él hablaba, Maya siguió acercándose a la plataforma, ya más fácilmente porque la gente se había quedado quieta, aunque a veces también ella se detenía a escuchar y mirar a Nirgal y sólo se acordaba de avanzar cuando los vítores y aplausos coronaban muchas de sus frases.

El joven se expresaba en un tono cordial y tranquilo, lo que permitía escucharlo con facilidad.

—Para todos aquellos que hemos nacido en Marte —dijo— éste es nuestro hogar.

Tuvo que esperar casi un minuto a que se acallara el clamor de la multitud, en su mayoría nativos, observó Nadia.

—Nuestros cuerpos están constituidos por átomos que hasta no hace mucho formaban parte del regolito —prosiguió Nirgal—. Somos marcianos hasta la médula. Somos porciones vivas de Marte. Somos seres humanos que han asumido un compromiso permanente, biológico, con este planeta, que es nuestro hogar. Y nunca podremos regresar. —El bien conocido eslogan levantó otra oleada de ovaciones.

»En cuanto a aquellos que nacieron en la Tierra, bien, hay diferentes clases. Cuando la gente se traslada a un lugar nuevo, algunos intentan quedarse allí y hacer del lugar su hogar; éstos son los colonos. Otros vienen para trabajar un tiempo y luego regresar al lugar del que vinieron, y a éstos los llamamos visitantes o colonialistas.

»Los nativos y colonos somos aliados naturales. Después de todo los nativos no somos más que los hijos de los primeros colonos. Éste es el hogar de todos. En cuanto a los visitantes... también hay lugar para ellos en Marte. Cuando decimos que Marte es libre, no estamos diciendo que los terranos ya no podrán venir aquí. ¡En absoluto! Somos hijos de la Tierra de un modo u otro. Es nuestro mundo natal, y nos alegramos de ayudarlos cuanto podamos.

Este último comentario pareció sorprender a la multitud, que no respondió con el acostumbrado coro de aplausos.

—Pero lo cierto —continuó— es que lo que ocurre en Marte no debe ser decidido por los colonialistas ni por nadie en la Tierra. —Los gritos se elevaron, sofocando en parte lo que decía.—... una simple afirmación de nuestro deseo de autodeterminación... nuestro derecho natural... la fuerza motriz de la historia de la humanidad. Marte no es una colonia y no será tratado como tal. Ya no existe en Marte ninguna colonia. Marte es libre.

Las aclamaciones alcanzaron su mayor intensidad y brotó de nuevo el cántico: *¡Marte libre! ¡Marte libre!*

Nirgal interrumpió el clamor.

—Como marcianos libres, intentamos recibir a todo terrano que quiera venir a nosotros. Ya sea para vivir aquí un tiempo y luego regresar o para instalarse permanentemente. Y tenemos intención además de hacer lo posible para ayudar a la Tierra en esta hora de crisis medioambiental. Tenemos bastante experiencia en inundaciones —risas— y podemos ayudarlos. Pero de ahora en adelante las metanacionales ya no serán las mediadoras en el intercambio del que sacan tajada. Nuestra ayuda será un regalo que beneficiará a los pobladores de la Tierra mucho más que cualquier cosa que hubieran podido arrancarnos como colonia. Y esto es así en el sentido literal de la suma de recursos y trabajo que serán transferidos de Marte a la Tierra. Confiamos en que la población de ambos mundos acogerá de buen grado el nacimiento de un Marte libre.

Retrocedió y agitó una mano, y los vítores y el cántico recomenzaron. Nirgal se quedó en la plataforma, sonriendo y saludando, complacido pero sin saber qué hacer.

Durante su intervención Maya había continuado avanzando poco a poco, y a través de sus videogafas Nadia vio que se encontraba al pie de la plataforma, entre la gente de la primera fila. Maya agitó los brazos repetidas veces, tapando la imagen; Nirgal lo advirtió y la miró.

Cuando descubrió a Maya, sonrió, se acercó a ella y la aupó a la plataforma. La llevó delante de los micrófonos y Nadia vio la imagen fugaz de la expresión de sorpresa y disgusto en la cara de Jackie Boone antes de que Maya se quitara las videogafas. La imagen de la pantalla osciló frenéticamente y terminó mostrando las planchas de la plataforma. Nadia soltó una maldición y corrió a la pantalla de Sax con el corazón en la boca. Sax seguía con las imágenes de Mangalavid, tomadas ahora desde el puente entre el Monte Ellis y la Montaña Mesa. Desde ese ángulo se veía el mar de gente que rodeaba el pingo y llenaba el valle central de la ciudad hasta el Parque del Canal. Debía de estar allí casi toda la población de Burroughs. En el estrado Jackie parecía estar gritándole a Nirgal al oído. Nirgal no le respondió y la dejó con la palabra en la boca. Maya se veía pequeña y vieja al lado de Jackie, pero su porte tenía la majestad de un águila, y cuando Nirgal se acercó a los micrófonos y dijo: «Tenemos con nosotros a Maya Toitovna», la aclamaron ruidosamente.

Maya hizo ademanes para acallar a la muchedumbre mientras se adelantaba.

—¡Silencio! ¡Silencio! Gracias. Quedan algunos anuncios serios por hacer todavía.

—¡Jesús! —exclamó Nadia, y se aferró al respaldo de la silla de Sax.

—Marte es independiente ahora, sí. ¡Silencio, por favor! Pero como acaba de decir Nirgal eso no significa que existamos aislados de la Tierra. Eso es imposible. Hemos reclamado la soberanía de acuerdo con el derecho internacional y hemos recurrido al Tribunal Mundial para que confirme este estatus legal de inmediato. Hemos firmado acuerdos previos que llevan implícito el reconocimiento de esta independencia y hemos establecido relaciones diplomáticas con Suiza, India y China. También hemos iniciado una asociación económica no exclusiva con Praxis, la cual, como todos los arreglos que haremos en el futuro, sólo buscará beneficiar a ambos mundos. Todo esto ha sentado las bases para la creación de nuestra relación formal, legal y semiautónoma con los diferentes organismos legales de la Tierra. Esperamos la completa e inmediata confirmación y ratificación de estos acuerdos por el Tribunal Mundial, las Naciones Unidas y otros organismos relevantes.

La declaración fue recibida con una aclamación general, aunque no tan ruidosa como las que había provocado la intervención de Nirgal. Maya los dejó explayarse. Cuando el griterío disminuyó un poco, Maya continuó.

—En lo referente a la situación en Marte, nuestras intenciones son reunirnos en Burroughs inmediatamente y utilizar la Declaración de Dorsa Brevia como punto de partida para el establecimiento de un gobierno marciano independiente.

Más gritos, mucho más entusiastas.

—Sí, sí —dijo Maya con impaciencia, tratando de acallarlos—.

¡Silencio! ¡Escuchen! Antes de nada tenemos que resolver el problema de la oposición. Como saben, estamos reunidos delante del cuartel general de las tropas de la Autoridad Transitoria de las Naciones Unidas, que en este momento nos estarán escuchando en la Montaña Mesa. —Señaló el lugar.— A menos que hayan salido y se hayan unido a nosotros. —Gritos, cánticos.— ...A ellos quiero decirles que no tenemos intención de causarles ningún daño. La Autoridad Transitoria debe ahora comprender que la *transición* ha tomado una nueva forma y ordenar a sus fuerzas de seguridad que no intenten sujetarnos. Por otra parte,

¡ya no podrán hacerlo! —Estruendosa ovación.— ...no les haremos ningún daño. Y les aseguramos el acceso sin trabas al puerto espacial, donde hay aviones que los llevarán a Sheffield y de allí a Clarke, si es que no desean emprender con nosotros esta nueva empresa. Esto no es un sitio ni un bloqueo. Es simplemente...

Se interrumpió, extendió las manos y la muchedumbre le contestó. Nadia trató de que Maya, todavía en el estrado, la oyera por encima del alboroto, pero era evidente que no podría. Sin embargo, al fin Maya miró su ordenador de muñeca. La imagen temblaba al ritmo de su brazo.

—¡Eso estuvo muy bien, Maya! ¡Estoy orgullosa de ti!

—¡Sí, bueno, cualquiera puede soltar un cuento bonito! Art dijo casi gritando:

—¡Intenta que se dispersen!

—De acuerdo —dijo Maya.

—Habla con Nirgal —aconsejó Nadia—. Que se encarguen Jackie y él.

Despues que hagan todo lo posible para que nadie ataque la Montaña Mesa o algo por el estilo. Vamos.

—¡Ja! —exclamó Maya—. Sí. Dejaremos que Jackie lo haga.

La imagen de su pequeña pantalla de muñeca osciló en todas direcciones. Había demasiado ruido para que los observadores se enterasen de nada. Las cámaras de Mangalavid mostraban un grupo de gente conferenciando en el escenario.

Nadia fue a sentarse; se sentía tan exhausta como si hubiese pronunciado ella el discurso.

—Estuvo magnífica —declaró—. Se acordó de todo lo que le dijimos. Ahora sólo tenemos que convertirlo en realidad.

—Enunciarlo ya lo convierte en una realidad —señaló Art—. Diablos, la población de los dos mundos lo ha visto. Y Praxis ya está en ello. Y Suiza nos respaldará. Haremos que funcione.

—La Autoridad Transitoria tal vez no esté de acuerdo —dijo Sax—. Tenemos un mensaje de Zeyk. Unos comandos rojos han bajado de Syrtis. Han tomado el extremo occidental del dique y están avanzando en dirección este a lo largo de él. No están muy lejos del puerto espacial.

—¡Eso es justo lo que tenemos que evitar! —exclamó Nadia—. ¿Qué creen que están haciendo? —Sax se encogió de hombros.

—A las fuerzas de seguridad no les va a gustar nada —dijo Art.

—Tendremos que hablar con ellos directamente —dijo Nadia después de reflexionar—. Solía hablar con Hastings cuando él era Control de Misión. No lo recuerdo muy bien, pero no creo que fuera un histérico.

—No nos hará daño averiguar qué piensa —dijo Art.

Nadia se encerró en una habitación tranquila, consiguió una pantalla, llamó al cuartel general de la UNTA en la Montaña Mesa y se identificó. Aunque eran

las dos de la mañana sólo tardaron cinco minutos en pasarle a Hastings.

Lo reconoció al momento, aunque ella habría dicho que había olvidado la cara del hombre hacía mucho. Un tecnócrata bajo, de rostro delgado y demacrado, algo colérico. Cuando él la vio en la pantalla hizo una mueca.

—Ustedes otra vez. Siempre dije que enviamos a los cien primeros equivocados.

—No lo dudo.

Nadia estudió su cara, tratando de imaginar qué clase de hombre había podido ser jefe de Control de Misión en un siglo y jefe de la Autoridad Transitoria en el siguiente. Solía enfadarse con ellos cuando estaban en el *Ares,* los arengaba a propósito de cualquier pequeña desviación en el cumplimiento de la normativa y se había puesto furioso cuando dejaron de enviar videograbaciones hacia el final del viaje. Un burócrata cargado de reglas y órdenes, la clase de hombre que Arkadi despreciaba, pero con el que se podía razonar.

O al menos se lo pareció al principio. Discutió con él durante diez o quince minutos, explicándole que la manifestación que acababan de presenciar en el parque reflejaba lo que estaba sucediendo por todo Marte, que el planeta entero se había vuelto contra ellos, que eran libres de ir al puerto espacial y marcharse.

—No tenemos intención de marcharnos —dijo Hastings.

Las fuerzas de la UNTA a su mando controlaban la planta física, le dijo, y por tanto la ciudad era suya. Los rojos podían apoderarse del dique si querían, pero no podían volarlo porque había doscientas mil personas en la ciudad, que eran en efecto rehenes. Se esperaba la llegada de refuerzos en el próximo transbordador continuo, que llevaría a cabo la inserción en órbita en las siguientes veinticuatro horas. Así que los discursitos no significaban nada. Eran un farol.

Dijo todo esto con una calma absoluta, y si no hubiese estado tan furioso, Nadia habría dicho que estaba satisfecho de sí mismo. Era más que probable que hubiera recibido órdenes de la Tierra de resistir en Burroughs y esperar los refuerzos. Con toda seguridad la división de la UNTA en Sheffield había recibido el mismo mensaje. Y con Burroughs y Sheffield en sus manos y los refuerzos a punto de llegar no era extraño que creyeran llevar las de ganar. Incluso podía decirse que su opinión estaba justificada.

—Cuando la gente recupere el sentido común —dijo Hastings con severidad—, lo tendremos todo controlado. Lo único que de verdad importa ahora es la inundación antártica. Es esencial que ayudemos a la Tierra en esta hora de necesidad.

Nadia se rindió. Hastings era un cabezota, y además tenía un punto a su favor. Varios puntos, en realidad. Así que terminó la conversación con toda la educación que pudo diciéndole que volvería a contactar con él más tarde, tratando de imitar el estilo diplomático de Art. Se reunió con los demás.

A medida que transcurría la noche siguieron recibiendo informes de Burroughs y de todas partes. Sucedían demasiadas cosas como para que Nadia se sintiera cómoda yéndose a dormir, y Sax, Steve, Marian y los otros

bogdanovistas parecían pensar lo mismo. Así que se sentaron encorvados en las sillas con los ojos cada vez más irritados y doloridos por el continuo parpadeo de las imágenes. Algunos rojos estaban desmarcándose de la coalición principal de la resistencia y seguían su propia agenda, una escalada de sabotajes y asaltos por todo el planeta, tomando pequeñas estaciones por la fuerza y la mitad de las veces metiendo a sus ocupantes en coches y volando las estaciones. Otro «ejército rojo» había atacado con éxito la planta física de Cairo, matando a la mayoría de los guardias de seguridad y obligando al resto a rendirse.

La victoria los había enardecido, pero los resultados no eran tan buenos en todas partes. Por las llamadas de algunos sobrevivientes diseminados se habían enterado de que un ataque rojo había destruido la planta física de Laswitz y abierto grandes brechas en la tienda, y aquellos que no habían conseguido refugiarse en edificios seguros o coches habían muerto.

—¿Qué demonios están haciendo? —gritó Nadia. Pero nadie respondió. Esos grupos no contestaban a las llamadas. Ni tampoco Ann.

—Si al menos discutieran sus planes con los demás —dijo Nadia, atemorizada—. No podemos permitir que la situación entre en la espiral del caos, es demasiado peligroso...

Sax fruncía los labios, inquieto. Fueron a la sala común a desayunar algo y luego a descansar un poco. Nadia tuvo que obligarse a comer. Había pasado una semana exacta desde la llamada de Sax y no recordaba nada de lo que había comido durante ese tiempo. Advirtió con sorpresa que estaba muerta de hambre. Empezó a devorar huevos revueltos.

Cuando casi habían acabado de comer Sax se inclinó hacia ella y dijo:

—Mencionaste algo de discutir los planes.

—¿Y bien? —dijo Nadia con el tenedor suspendido en el aire.

—Bien, ese transbordador en camino cargado de policías...

—¿Qué ocurre con él? —Después de sobrevolar Kasei Vallis ella no confiaba en que Sax fuese razonable; el tenedor empezó a temblarle en la mano.

—Bien, tengo un plan —dijo Sax—. En realidad lo elaboró mi grupo de Da Vinci.

Nadia trató de estabilizar el tenedor.

—Cuéntame.

El resto del día pasó como una bruma para Nadia. Abandonó cualquier intento de dormir y trató de comunicarse con grupos rojos, trabajó con Art redactando mensajes para la Tierra y les explicó a Maya y Nirgal y al grupo de Burroughs la última idea de Sax. Parecía que el ritmo de los acontecimientos, ya muy acelerado, se había desbocado y nadie podía gobernarlo. No había tiempo para comer, dormir o ir al baño, pero todas esas cosas tenían que hacerse, y por

eso Nadia bajó tambaleándose al vestuario de mujeres y se dio una larga ducha; después engulló un almuerzo espartano de pan y queso, se tendió en un sofá y durmió un poco. Pero fue ese duermevela inquieto durante el cual su cerebro funcionaba a cámara lenta y los sucesos del día aparecían borrosos, deshilvanados y deformados e incorporaban las voces de la habitación. Nirgal y Jackie no se llevaban bien; ¿significaría eso un problema?

Se levantó tan cansada como antes. En la habitación seguían hablando de Nirgal y Jackie. Nadia fue al retrete y luego en busca de un café.

Zeyk, Nazik y un gran contingente árabe habían llegado a Du Martheray mientras ella dormía, y Zeyk asomó la cabeza por la puerta de la cocina:

—Sax dice que el transbordador está a punto de llegar.

Du Martheray estaba sólo seis grados por encima del ecuador y por eso tendrían una buena vista de ese aerofrenado, que ocurriría justo después de la puesta de sol. Las condiciones meteorológicas colaboraron, el cielo era diáfano. El sol bajó, el cielo se oscureció en el este y en el oeste el arco de colores sobre Syrtis mostró los tonos del espectro: amarillo, naranja, una estrecha franja de verde pálido, azul verdoso e índigo. Luego el sol desapareció detrás de las colinas negras y los colores del cielo se volvieron más intensos y luego transparentes, como si la bóveda celeste fuese cien veces mayor.

Y en medio de todos esos colores, entre las dos estrellas vespertinas, una estrella blanca apareció y surcó el cielo, dejando una corta estela recta. Ésa era la espectacular entrada en escena de los transbordadores continuos cuando ardían en la atmósfera superior, tan visible de día como de noche. Sólo tardaban un minuto en cruzar el cielo de un horizonte a otro, como estrellas fugaces lentas y brillantes.

Pero esta vez, cuando aún estaba muy alta en el oeste, fue debilitándose hasta convertirse en un punto pálido. Y luego desapareció.

La sala de observación de Du Martheray estaba atestada y muchos lanzaron exclamaciones ante aquel espectáculo sin precedentes, a pesar de estar sobre aviso. Cuando hubo desaparecido por completo Zeyk le pidió a Sax que explicara cómo lo habían hecho. La ventana de inserción orbital para el aerofrenado de los transbordadores era estrecha, dijo Sax, del mismo modo que lo había sido para el *Ares.* Había muy poco margen para el error. Así que los técnicos de Sax en Da Vinci habían cargado un cohete con pedazos de metal —como si fuera un barril de chatarra, dijo él—, y lo habían lanzado hacía unas horas. La carga había estallado en el camino de la MOI del transbordador pocos minutos antes de la llegada de éste, esparciendo la chatarra en una ancha banda horizontal, aunque de poca altura. Las inserciones orbitales estaban totalmente controladas por ordenador, y por eso cuando el radar del transbordador había identificado el reguero de partículas, la IA de navegación no había tenido muchas opciones. Pasar por debajo habría expuesto la nave a una atmósfera más densa, que la habría consumido; y pasar a través de ellas implicaba el riesgo de agujerear el escudo de calor y arder. *Shikata ga nai.* En vista de los riesgos, la IA tuvo que renunciar al aerofrenado volando por encima de la chatarra y así rebotar fuera de la atmósfera, lo que significaba que el transbordador ahora avanzaba hacia el exterior del sistema solar casi a su velocidad máxima, 40.000 kilómetros por hora.

—¿Tienen alguna otra manera de reducir velocidad que no sea el aerofrenado? —preguntó Zeyk.

—La verdad es que no —contestó Sax—. Por eso aerofrenan.

—¿Entonces el transbordador está condenado?

—No necesariamente. Pueden utilizar otro planeta como ancla gravitatoria que los lance de nuevo hacia aquí o de vuelta a la Tierra.

—¿Entonces van en dirección a Júpiter?

—Bien, Júpiter se encuentra en el otro extremo del sistema solar en estos momentos.

Zeyk sonreía.

—¿Hacia Saturno, entonces?

—Es probable que pasen muy cerca de varios asteroides secuenciales —dijo Sax— y puedan reorientar su choque… su *curso.*

Zeyk soltó una carcajada, y aunque Sax siguió hablando sobre estrategias de corrección de trayectorias, las numerosas conversaciones que surgieron impidieron que nadie lo oyera.

De modo que ya no tenían que preocuparse por los refuerzos de la Tierra, al menos por el momento. Pero a Nadia se le ocurrió que esa noticia podía hacer que la policía de la UNTA en Burroughs se sintiera atrapada y por tanto fuese más peligrosa. Los rojos seguían aproximándose a la ciudad por el norte, lo que sin duda acentuaría la desazón de los policías. La misma noche que el transbordador pasó de largo, grupos de rojos en rovers blindados completaron la toma del dique. Eso significaba que estaban muy cerca del puerto espacial de Burroughs, diez kilómetros al norte de la ciudad.

Maya apareció en la pantalla.

—Si los rojos toman el puerto espacial —le dijo a Nadia—, el cuerpo de seguridad estará atrapado en Burroughs.

—Lo sé. Eso es justo lo que no nos conviene. Especialmente ahora.

—Lo sé. ¿Puedes manejar a esa gente?

—Ya no me consultan.

—Creía que tú eras el gran líder allí.

—Yo creía que lo eras tú —replicó Nadia. La risa de Maya fue áspera y desabrida.

Llegó otro informe de Praxis, un paquete de noticiarios terranos retransmitido a través de Vesta con la última hora de las inundaciones y los desastres que había provocado en Indonesia y otras zonas costeras, pero también con algunas noticias políticas, incluyendo solicitudes de nacionalización de holdigns metanacionales presentadas por los militares de algunos países clientes del Club del Sur, que los analistas de Praxis interpretaban como el inicio de una revuelta de los gobiernos contra las metanacionales.

La multitudinaria manifestación de Burroughs había aparecido en las noticias de muchos países y era tema de conversación en los gabinetes públicos o privados de todo el mundo. Suiza había confirmado que establecería relaciones diplomáticas con un gobierno marciano «que sería designado en el futuro», como subrayó Art con una sonrisa. Praxis había hecho lo mismo. El Tribunal Mundial anunciaba que consideraría la demanda presentada por la Coalición Neutral Pacífica de Dorsa Brevia contra la UNTA —demanda que los medios de comunicación terranos habían bautizado «Marte vs. Terra»— lo antes posible. Y el transbordador continuo había informado de su inserción abortada; al parecer planeaban girar en los asteroides. A Nadia le pareció muy alentador que ninguno de estos sucesos fuese tratado como noticia de primera página en la Tierra, donde el caos provocado por la inundación seguía siendo de máxima importancia. Los refugiados se contaban por millones y a muchos les faltaba lo indispensable...

Precisamente por eso habían iniciado la revolución entonces. En Marte los movimientos en favor de la independencia controlaban la mayoría de las ciudades. Sheffield seguía siendo un bastión metanacional, pero Peter Clayborne estaba allí al mando de los insurgentes de Pavonis, coordinando las actividades con una envidiable serenidad. Eso era así en parte porque los elementos más radicales habían evitado Tharsis y porque la situación en Sheffield era tan complicada que no quedaba mucho margen de maniobra. Los insurgentes controlaban Arsia y Ascraeus y la pequeña estación científica del Cráter Zp en el Monte Olimpo, e incluso buena parte de la ciudad de Sheffield. Pero el enchufe del ascensor y el barrio de la ciudad que lo rodeaba estaban en manos de las fuerzas de seguridad, muy bien pertrechadas y dispuestas a todo. De manera que Peter ya tenía bastante trabajo en Tharsis y no podría ayudarlos con Burroughs. Nadia mantuvo una breve conversación con él, describiéndole la situación en Burroughs y rogándole que llamara a Ann y le pidiese que frenara a los rojos. Él prometió hacer lo que pudiese, pero no parecía confiar en que convencería a su madre.

Nadia intentó hablar con Ann pero no lo consiguió. Luego llamó a Hastings, pero la conversación fue improductiva. Hastings ya no era la figura enfadada y arrogante con la que había hablado la noche anterior.

—¿Qué tratan de probar con la ocupación del dique? —exclamó él con furia—. ¿Es que piensan que voy a creerme que reventarán el dique con doscientas mil personas en la ciudad, la mayoría del lado de ustedes? ¡Es absurdo! ¡Pero escúchenme, hay gente en esta organización a la que le disgusta que pongan en peligro a la población de esa manera! ¡Les advierto que no me hago responsable de lo que pueda suceder si no abandonan el dique de inmediato, y toda Isidis Planitia! ¡Sáquelos de ahí!

Y cortó la comunicación antes de que Nadia tuviese tiempo de contestar, requerido por alguien que había entrado en la habitación durante su diatriba. Un hombre asustado, pensó Nadia, y la nuez de hierro volvió a empujar en su interior. Un hombre desbordado por la situación. Una evaluación precisa, sin duda. Pero no le había gustado la última expresión de la cara de Hastings. Intentó reestablecer el contacto, pero nadie respondió en la Montaña Mesa.

Un par de horas después Sax la despertó en su silla y ella supo qué era lo que

preocupaba tanto a Hastings.

—La unidad de la UNTA que incendió Sabishii salió en vehículos blindados e intentó arrebatarles el dique a los rojos —dijo Sax con expresión grave—. Al parecer lucharon por el sector más cercano a la ciudad. Y acabamos de enterarnos por algunos rojos de que han abierto una brecha en el dique.

—¿Qué...?

—Habían enterrado cargas explosivas como amenaza y en medio del combate decidieron detonarlas. Eso es lo que dicen.

—Dios mío. —Su somnolencia se desvaneció arrastrada por una explosión interna, una descarga de adrenalina que le recorrió todo el cuerpo.— ¿Tienes alguna confirmación?

—Una gran nube de polvo oculta las estrellas.

—Dios mío. —Se acercó a una pantalla con el corazón golpeándole con fuerza en el pecho. Eran las tres am.— ¿Existe alguna posibilidad de que el hielo obstruya el agujero?

Sax desvió la mirada.

—No lo creo. Depende de lo grande que sea la brecha.

—¿No podrían utilizar explosivos para cerrarla?

—Me parece que no. Mira, éste es el vídeo que enviaron unos rojos que se encontraban al sur del dique. —Señaló la pantalla, que mostraba una imagen de infrarrojos negra en la parte izquierda y verde negruzco en la derecha, y atravesada por una línea verde bosque.— Eso del centro es la zona de explosión, más caliente que el regolito. Las cargas debían de estar colocadas cerca de una bolsa de agua o tal vez prepararon otra deflagración para licuar el hielo detrás de la brecha. El caso es que está saliendo mucha agua y eso ensanchará la brecha. Tenemos un serio problema.

—¡Sax! —exclamó ella y se aferró al hombro de él mientras miraba la pantalla—. La gente de Burroughs, ¿qué van a hacer ahora? Maldita sea,

¿en qué estaría pensando Ann?

—Tal vez no haya sido cosa de Ann.

—¡Ann o cualquiera de los rojos!

—Los atacaron. Puede haber sido un accidente. O quizás alguien en el dique pensó que las fuerzas de seguridad se apoderarían de los explosivos, en cuyo caso todos estaríamos en un callejón sin salida. — Meneó la cabeza.— Esas situaciones siempre acaban mal.

—Malditos sean. —Nadia sacudió la cabeza con fuerza, como si tratara de aclarar sus ideas.— ¡Tenemos que hacer algo! —Pensó frenéticamente.— ¿Quedarán las cimas de las mesas por encima de la inundación?

—Durante un tiempo. Pero Burroughs se encuentra en el punto más bajo de esa pequeña depresión. Por eso la ubicaron allí, porque los flancos de la cuenca proporcionaban horizontes amplios. No, las cimas de las mesas también acabarán cubiertas. No puedo precisar cuánto tardará en ocurrir porque desconozco la velocidad y el caudal de la inundación. Pero veamos, el volumen a

llenar es de unos... —Tecleó deprisa, pero tenía una mirada vacía y de pronto Nadia comprendió que otra parte del cerebro de Sax estaba haciendo los cálculos más deprisa que su IA, una visión gestalt de la situación, mirando al infinito, meneando la cabeza adelante y atrás como un hombre ciego.— Podría tardar muy poco —susurró antes de terminar los cálculos—. Si la bolsa es suficientemente grande.

—Tenemos que suponer que así es. Él asintió.

Se sentaron lado a lado mirando la IA de Sax.

—Cuando trabajaba en Da Vinci —dijo Sax, vacilante— intenté anticipar posibles escenarios. La forma que tendrían las cosas futuras. Me preocupaba que algo así pudiese suceder. Ciudades destrozadas. Aunque yo pensaba más bien en las ciudades tienda. O en incendios.

—¿Y? —dijo Nadia mirándolo.

—Se me ocurrió un experimento... *un plan.*

—Cuéntame —dijo Nadia con calma.

Pero Sax leía en ese momento lo que parecía ser un informe meteorológico de última hora que acababa de aparecer sobre los números de la pantalla, Nadia esperó pacientemente y cuando él levantó la vista preguntó:

—¿Y bien?

—Hay una bolsa de altas presiones que está bajando hacia Syrtis desde Xanthe. Estará sobre nosotros poco antes de que acabe el día. En Isidis Planitia la presión será de unos trescientos cuarenta milibares, con aproximadamente cuarenta y cinco por ciento de nitrógeno, cuarenta de oxígeno y quince de dióxido de carbono...

—¡Sax, me importa un comino el tiempo que hará!

—Es respirable —dijo. La miró con esa expresión de reptil tan suya, la expresión de un lagarto, un dragón o una fría criatura posthumana apta para habitar en el vacío—. Casi respirable, si filtras el dióxido de carbono. Y podemos hacerlo. En Da Vinci fabricamos unas mascarillas de una aleación de circonio reticular. El principio es muy sencillo. Las moléculas de CO_2 son más grandes que las del oxígeno y el nitrógeno, así que hemos creado un filtro molecular. Es un filtro activo además, porque incorporamos una capa piezoeléctrica y la carga generada cuando el material se dobla durante la inhalación y la exhalación potencia la transferencia activa del oxígeno a través del filtro.

—¿Y qué pasa con el polvo? —preguntó Nadia.

—Hay una serie graduada de filtros. Primero detienen las arenas menudas, luego el polvo y finalmente el CO_2. —Miró a Nadia.— Se me ocurrió que tal vez la gente se vería en la necesidad de salir de una ciudad. Así que fabricamos medio millón de ellas. Los bordes están hechos con un polímero fijador que se adhiere a la piel. Así que te pones la mascarilla en la cara y respiras el aire ambiente. Sencillo.

—Entonces evacuaremos Burroughs.

—No veo que tengamos otra alternativa. No podemos sacar a tanta gente por aire o por tren con la rapidez necesaria. Pero sí podemos caminar.

—¿Caminar hacia adonde?

—A la Estación Libia.

—Sax, hay setenta kilómetros entre Burroughs y la Estación Libia.

—Setenta y tres.

—¡Eso es un paseo muy largo!

—Creo que la mayoría conseguirá llegar si se ven obligados —dijo él sin alterarse—. Y los que no aguanten pueden viajar en rovers o dirigibles. Luego, conforme vayan llegando a Libia partirán en los trenes. O en dirigibles. La estación puede albergar a unas veinte mil personas. Si las apretujas un poco, claro.

Nadia escrutó el rostro inexpresivo de Sax.

—¿Dónde están esas mascarillas?

—En Da Vinci. Pero ya están cargadas a bordo de aviones rápidos y podríamos tenerlas aquí en un par de horas.

—¿Estás seguro de que funcionarán? Sax asintió.

—Las hemos probado. Y traje unas cuantas conmigo. Puedo mostrártelas. — Se levantó, fue hasta su vieja bolsa negra, la abrió y sacó un manojo de mascarillas blancas. Le dio una a Nadia. Era una de esas máscaras que cubren la nariz y la boca, parecida a las antipolvo utilizadas en la construcción, sólo que más gruesa y con un borde pegajoso.

Nadia la inspeccionó, se la puso y tensó la delgada correa detrás de la cabeza. Respiraba fácilmente, sin sensación de ahogo, igual que con las mascarillas antipolvo, y el sello parecía correcto.

—Quiero probarla fuera —dijo.

Sax pidió que enviaran las mascarillas desde Da Vinci y luego se dirigieron a la antecámara del refugio. Se había corrido la voz del plan y de la prueba, y todas las mascarillas que Sax había traído fueron rápidamente solicitadas. Acompañando a Nadia y Sax saldrían otras diez personas, entre ellos Zeyk, Nazik y Spencer Jackson, que había llegado a Du Martheray una hora antes.

Todos llevaban el último modelo de traje de superficie, monos hechos de varias capas de tejido aislante que aún llevaban filamentos calefactores pero no los materiales constrictores necesarios para las presiones bajas de los primeros tiempos.

—Intenten pasar sin la calefacción —les dijo Nadia a los demás—. Así veremos qué tal se aguanta el frío llevando ropas de ciudad.

Se pusieron las máscaras y entraron en la antecámara del garaje. El aire se enfrió muy deprisa y la puerta exterior se abrió.

Salieron a la superficie.

El golpe del frío hizo que a Nadia le dolieran las sienes y los ojos, y costaba no jadear un poco, seguramente porque habían pasado de 500 milibares a 340. Le lloraban los ojos y le goteaba la nariz, pero lo que más impresionó a Nadia fue

llevar los ojos al descubierto. El frío penetró a través del traje y ella tembló. Un frío muy parecido al siberiano, pensó.

260°K, -13° centígrados. No era tanto después de todo. Simplemente no estaba acostumbrada. Las manos y los pies se le habían helado más de una vez en Marte, pero hacía muchos años —¡más de un siglo en verdad!— que su cabeza y sus pulmones no sentían un frío como aquél.

Los otros conversaban en voz alta y las voces sonaban extrañas al aire libre, sin cascos ni intercoms. Sentía el cuello del traje, donde debía haber descansado el casco, muy frío sobre las clavículas y la nuca. Una delgada escarcha nocturna cubría la fracturada y antiquísima roca negra del Gran Acantilado. Nadia disfrutaba del viento y de una visión periférica que nunca había tenido con un casco. Las lágrimas le corrían por las mejillas debido al frío. No sentía ninguna emoción particular. La sorprendía sin embargo lo despejado que se veía todo sin visor, con una definición casi alucinatoria incluso a la luz de las estrellas. El cielo oriental mostraba un profundo azul de Prusia y unos cirros altos reflejaban la luz como una rosada cola equina. Las ondulaciones dentadas del Gran Acantilado aparecían grises bajo las estrellas, orladas de sombras negras.

¡El viento en los ojos!

La gente hablaba sin intercomunicadores, con voces incorpóreas, las bocas ocultas tras las máscaras. No se escuchaba ningún murmullo, zumbido, siseo o respiración mecánica. Después de haber escuchado esos sonidos durante más de un siglo aquel silencio ventoso parecía extraño, como una especie de vacío auditivo. Nazik llevaba un velo beduino.

—Hace frío —le dijo a Nadia—. Me arden las orejas. Siento el viento en los ojos, en la cara.

—¿Cuánto duran los filtros? —le preguntó Nadia a Sax, casi gritando para asegurarse de que la oyera.

—Cien horas.

—Es lástima que haya que exhalar a través de ellos. Eso añade mucho más CO_2 al nitro.

—Sí, pero no he encontrado forma de evitarlo.

Estaban en la superficie de Marte con las cabezas descubiertas, respirando el aire con el auxilio de unas simples mascarillas. El aire era tenue pero no se sentía mareada. El elevado porcentaje de oxígeno compensaba la baja presión atmosférica. Era la presión parcial del oxígeno lo que importaba.

—¿Es la primera vez que alguien hace esto? —preguntó Zeyk.

—No —dijo Sax—. Las usamos mucho en Da Vinci.

—¡Qué maravilla! ¡No hace tanto frío como yo pensaba!

—Y si caminas a buen paso —dijo Sax— entrarás en calor.

Caminaron por los alrededores un rato, moviéndose con precaución en la oscuridad. Hacía mucho frío, dijera lo que dijera Zeyk.

—Deberíamos regresar —propuso Nadia.

—Tendrías que quedarte a ver el amanecer —dijo Sax—. Es muy hermoso sin

los cascos.

Sorprendida de escuchar ese comentario en boca de él, Nadia repuso:

—Ya tendremos ocasión de ver otros amaneceres. En estos momentos quedan muchas cosas por discutir. Además, hace frío.

—Es agradable —protestó Sax—. Mira, eso es col Kerguelen. Y eso de ahí arenaria. —Se arrodilló y apartó una hoja vellosa para mostrarles la diminuta flor blanca que ocultaba, apenas visible en las primeras luces del alba.

Nadia lo miró.

—Volvamos —dijo. Y volvieron.

Se quitaron las máscaras y entraron en los vestuarios restregándose los ojos y soplándose las manos enguantadas.

—¡No hacía tanto frío! ¡El sabor del aire era dulce!

Nadia se quitó los guantes y se tocó la nariz. La carne estaba helada pero no tenía la palidez de la incipiente congelación. Miró a Sax, en cuyos ojos brillaba una expresión salvaje insólita en él... una visión extraña y conmovedora. Todos parecían excitados, rebosantes de alegría, quizás acentuada por el contrapunto de la peligrosa situación de Burroughs.

—Llevo años intentando elevar los niveles de oxígeno —le decía Sax a Nazik, Spencer y Steve.

—Pensaba que sólo era para avivar el incendio de Kasei Vallis —dijo Spencer.

—Oh, no. Una vez que consigues una cierta proporción de oxígeno, que el fuego arda o no depende de la sequedad de los materiales a quemar. No, esto era para elevar la presión parcial del oxígeno de manera que animales y personas puedan respirar. Si consiguiéramos reducir los niveles de dióxido de carbono...

—¿Entonces habéis fabricado máscaras para los animales?

Todos rieron. Fueron a la sala de descanso y Zeyk preparó café mientras comentaban el paseo y se tocaban las mejillas unos a otros para comparar el frío.

—¿Cómo sacaremos a la gente de la ciudad? —le preguntó Nadia a Sax de pronto—. ¿Y si las fuerzas de seguridad mantienen las puertas cerradas?

—Rasgaremos la tienda —contestó él—. Tendremos que hacerlo de todos modos para que la gente salga más deprisa. Pero no creo que bloqueen las puertas.

—Van todos hacia el puerto espacial —gritó alguien—. Las fuerzas de seguridad están tomando el metro para el puerto espacial. Abandonan el barco, los bastardos. Y Michel dice que la estación de trenes... ¡Han inutilizado la Estación Sur!

Esto provocó un alboroto. En medio de él Nadia le dijo a Sax:

—Expliquemos el plan a Hunt Mesa y vayamos allá para distribuir las máscaras.

Sax asintió.

Comunicaron el plan de evacuación rápidamente a toda la población de Burroughs a través de Mangalavid y los ordenadores de muñeca mientras viajaban en una gran caravana desde Du Martheray hasta una cadena de colinas bajas al sudoeste de la ciudad. Poco después de que los alcanzaran los dos aviones que transportaban las mascarillas desde Da Vinci sobrevolaron Syrtis y aterrizaron en un área despejada de las llanuras que se extendían ante el muro occidental de la ciudad. Al otro lado de Burroughs, los observadores apostados en la cima de Double Decker Butte informaron de que habían avistado la riada avanzando por el nordeste: agua parda salpicada de hielo que se precipitaba por el pliegue profundo que dentro de la ciudad ocupaba el Parque del Canal. Y las noticias sobre la Estación Sur resultaron ser ciertas: habían inutilizado las pistas volando el generador de inducción lineal. Nadie sabía quiénes eran los autores, pero hecho estaba y los trenes habían quedado inmovilizados. Por eso, cuando los beduinos llevaron las máscaras a las puertas Oeste, Sudoeste y Sur encontraron multitudes congregadas frente a ellas, todos con trajes de superficie con filamentos calefactores o con las ropas más abrigadas de que disponían... no precisamente idóneas para lo que se avecinaba, pensó Nadia mientras distribuía máscaras en la puerta Sudoeste. En los últimos tiempos la mayoría de los habitantes de Burroughs salían tan raramente a la superficie que cuando lo hacían alquilaban los trajes. Pero no había suficientes trajes para todos y tendrían que arreglarse con los abrigos de ciudad, que eran bastante livianos y no contaban con protección para la cabeza. En el mensaje que se había difundido se recomendaba vestirse para resistir 255°K y por eso casi todo el mundo llevaba varias capas de ropa y parecía muy grueso.

Las anchas puertas permitían la salida de quinientas personas cada cinco minutos, pero con toda una ciudad por evacuar no era ni mucho menos suficiente. Las máscaras se habían distribuido ya y era poco probable que a alguien le hubiese pasado desapercibida la situación de emergencia en la ciudad. Por tanto Nadia propuso rasgar la tienda para que la gente saliera más deprisa. Y todos estuvieron de acuerdo.

Apareció Nirgal, deslizándose entre la multitud como Mercurio con un recado urgente, sonriendo y saludando a todo el mundo, a la gente que quería abrazarlo o estrecharle la mano o simplemente tocarlo.

—Voy a rasgar la tienda —le dijo Nadia—. Todos tienen máscaras y es preciso que salgamos más deprisa de lo que las puertas permiten.

—Buena idea —dijo él—. Deja que lo anuncie.

Dio un salto de tres metros, se agarró a un remate del arco de hormigón de la puerta y se aupó hasta quedar en equilibrio sobre una banda de tres centímetros de ancho. Activó el pequeño altavoz portátil que llevaba y dijo:

—¡Atención, por favor!... Vamos a rasgar la tienda de la ciudad justo por encima del muro... Se originará una brisa, no muy fuerte... después de eso, la gente que está más cerca del muro saldrá primero, por supuesto... no hay

necesidad de correr... cortaremos grandes secciones y la gente tendrá que salir en el espacio de media hora. Prepárense para el frío... será *muy estimulante.* Por favor, pónganse las máscaras y comprueben el sello, y el sello de quienes tengan al lado.

Miró a Nadia, que sacó una pequeña soldadora láser y la alzó sobre su cabeza para que Nirgal y la multitud pudieran verla.

—¿Todos preparados? —preguntó Nirgal por el altavoz. Toda la gente visible en aquella gran masa humana tenía una mascarilla cubriéndole la mitad inferior de la cara. —Parecen bandidos —les dijo Nirgal, y todos ellos rieron.— ¡Adelante! —exclamó, mirando a Nadia.

Y ella cortó la tienda.

Un comportamiento sensato de supervivencia es casi tan contagioso como el pánico, y la evacuación fue rápida y ordenada. Nadia cortó unos doscientos metros de tienda por encima del muro de hormigón y la presión del interior originó una corriente de aire hacia el exterior que mantuvo las capas transparentes de la tienda levantadas, de manera que la gente pudo pasar sobre el muro de un metro de altura sin tener que lidiar con ellas. Otros cortaron la tienda cerca de las otras dos puertas, y más o menos en el tiempo que se tarda en vaciar un gran estadio la población de Burroughs estuvo fuera de la ciudad y expuesta al frío matinal de Isidis. Presión: 350 milibares, temperatura: 261° Kelvin, es decir, -12° Celsius.

Los beduinos de Zeyk formaron una escolta de rovers que guiaban la masa de evacuados hacia las colinas Moeris, pocos kilómetros al sudoeste de la ciudad. La vanguardia de la riada empezó a lamer el muro oriental de la ciudad cuando los últimos evacuados alcanzaron esas colinas, y algunos exploradores rojos informaron que el agua corría ya a lo largo del muro por el norte y el sur y que aún no alcanzaba el metro de altura.

Por un pelo. Nadia se estremeció. Se detuvo en lo alto de una de las colinas tratando de evaluar la situación. La gente había hecho lo que había podido, pero la mayoría no llevaba suficiente ropa; no todos poseían botas aisladas, y muchos llevaban la cabeza desprotegida. Los árabes se asomaban a las ventanillas de sus rovers para enseñar a la gente a improvisar capuchas con pañuelos, toallas o chaquetas. Pero hacía mucho frío a pesar del sol y de la ausencia de viento, y los ciudadanos de Burroughs que no trabajaban en la superficie parecían pasmados. Nadia podía distinguir a los rusos recién llegados de la Tierra por sus gorros abrigados, traídos de casa. Los saludaba en ruso y casi siempre le sonreían:

—Esto no es nada —gritaban—; buena temperatura para patinar,

¿da?

—Manténganse en movimiento —aconsejaba Nadia a todos—.

Manténganse en movimiento. —Se suponía que las temperaturas subirían por la tarde, quizá por encima de cero.

En el interior de la ciudad condenada las mesas aparecían desnudas y desoladas a la luz de la mañana, como un titánico museo de catedrales, las hileras de ventanas incrustadas en ellas como joyas, la vegetación como pequeños jardines coronando la roca roja. Su población estaba en la llanura, enmascarados como bandidos o víctimas de la fiebre del heno, envueltos en muchas capas de ropa, algunos con ligeros trajes con calefacción, otros cargando cascos para usarlos si era necesario. Y los peregrinos volvían la vista hacia su ciudad, gente en la superficie de Marte con las caras expuestas al aire tenue y gélido, de pie con las manos en los bolsillos, y sobre ellos altos cirros que semejaban virutas metálicas pegadas sobre el cielo de intenso color rosado. La extrañeza del espectáculo era divertida y terrorífica al mismo tiempo, y Nadia recorrió las lomas hablando con Zeyk, Sax, Nirgal, Jackie, Art. Incluso envió otro mensaje a Ann, aunque nunca había contestado a ninguno:

—Asegúrate de que las fuerzas de seguridad no tengan dificultades en el puerto espacial —dijo, incapaz de disimular la cólera—. Déjales el camino libre.

Diez minutos después su muñeca emitió un pitido.

—Lo sé —dijo Ann. Y nada más.

Ahora que ya habían salido de la ciudad Maya se sentía optimista.

—Echemos a andar —gritó—. ¡Hay un largo camino hasta la Estación Libia y ya ha pasado la mitad del día!

—Cierto —dijo Nadia. En realidad muchos habían alcanzado ya la pista que partía de la Estación Sur de Burroughs y la seguían ahora en dirección sur, subiendo por la pendiente del Gran Acantilado.

Se alejaron de la ciudad. Nadia se detenía a menudo para animar a los caminantes y por eso volvía la vista a Burroughs, a los tejados y jardines bajo la burbuja transparente de la tienda a la luz del día, a ese verde mesocosmos que durante tanto tiempo había sido la capital de su mundo. Ahora el agua oscura con trozos de hielo había rodeado casi todo el muro y una apretada marea de sucios icebergs descendía por la profunda grieta avanzando hacia la ciudad en un torrente cada vez más ancho, llenando el aire con un fragor que le erizó el vello de la nuca, el bramido de Marineris…

El terreno por el que avanzaban estaba salpicado de plantas bajas, sobre todo musgos de la tundra y flores alpinas y de cuando en cuando ramos de cactos del hielo que parecían bocas de incendios negras y erizadas. Las moscas enanas, alteradas por la extraña invasión, zumbaban alrededor. La temperatura era notablemente superior a la de la mañana y seguía subiendo; parecía que estaban por encima de cero.

—¡Doscientos setenta y dos! —gritó Nirgal cuando Nadia le preguntó. Nirgal

pasaba cada pocos minutos, recorriendo la columna de un extremo a otro constantemente. Nadia miró su ordenador de muñeca: 272°K. Corría una brisa ligera del sudoeste. Los informes meteorológicos indicaban que la zona de altas presiones seguiría sobre Isidis durante al menos un día más.

La gente descubría a veces voces familiares bajo las máscaras o bien ojos conocidos entre las capuchas y las máscaras, y se iban formando pequeños grupos de conocidos, amigos y compañeros de trabajo que caminaban juntos. Una nube de vapor se elevaba de la multitud, la exhalación de la masa, que se disipaba rápidamente. Los rovers del ejército rojo que habían rodeado la ciudad avanzaban junto a la columna y sus ocupantes repartían bebidas calientes. Nadia los miraba con furia, soltando reniegos silenciosos en la intimidad de su máscara, pero uno de los rojos leyó su mirada y le dijo con irritación:

—Nosotros no rompimos el dique, ¿sabe?; fueron los guerrilleros de Marteprimero. ¡Kasei!

Y el hombre siguió su camino.

Se había acordado que las barrancas del lado oriental de la pista se usarían como letrinas. Ya habían subido un buen trecho y la gente se detenía y volvía la vista a la ciudad extrañamente vacía, con su nuevo anillo de agua oscura plagada de hielo. Algunos nativos cantaban fragmentos de la areofanía mientras caminaban, y al oírlos a Nadia se le encogió el corazón.

—Sal de nuevo —murmuró—; maldita seas, Hiroko; por favor... sal de nuevo.

Divisó a Art y apretó el paso para alcanzarlo. Estaba haciendo comentarios por el ordenador de muñeca, al parecer para una cadena de noticias de la Tierra.

—Oh, sí —dijo haciendo un rápido aparte cuando Nadia le interrogó—. Estamos en vivo y somos un buen espectáculo. Además pueden remitirse al escenario de la inundación.

Desde luego. La ciudad con sus mesas, rodeada de agua oscura cargada de hielo que humeaba débilmente, la superficie encrespada, las orillas burbujeando furiosamente por la carbonatación a medida que las oleadas descendían desde el norte, el rumor como de olas en una tempestad... La temperatura ambiente estaba ahora un poco por encima de cero y el agua no se congelaba ni aun cuando se estancaba o el hielo quebrado cubría la superficie. Nadia nunca había presenciado nada que le hiciese tomar conciencia con más fuerza de la transformación de la atmósfera: ni las plantas, ni la progresiva coloración azul del cielo, ni siquiera el hecho de estar a cara descubierta, respirando a través de una mascarilla. El espectáculo del agua helándose durante la inundación de Marineris, que pasaba del negro al blanco en menos de veinte segundos, la había marcado más profundamente de lo que había sospechado. Y ahora tenían agua al aire libre. La ancha y profunda grieta que albergaba Burroughs parecía una gargantuesca Bahía de Fundy en la que la marea subía velozmente.

Se oyeron unas exclamaciones entre los caminantes, como cantos de pájaros sobre el bajo continuo de la inundación. Nadia desconocía el motivo. Entonces advirtió que había movimiento en el puerto espacial.

El puerto estaba situado sobre una ancha meseta al noroeste de la ciudad, y desde la altura en que se encontraban la población de Burroughs pudo ver

perfectamente que se abrían las grandes puertas de los hangares y salían cinco aviones espaciales gigantescos uno detrás de otro: un siniestro espectáculo militar. Los aviones rodaron hasta la terminal principal y las pasarelas se encajaron en sus costados. No sucedió nada más y los refugiados escalaron las primeras estribaciones del Gran Acantilado durante casi una hora, hasta que las pistas y la mitad inferior de los hangares desaparecieron en el brumoso horizonte. El sol estaba muy al oeste ahora.

La atención volvió a la ciudad, ya que el agua había abierto una brecha en la parte oriental del muro y en la Puerta Sudoeste corría sobre el remate en el punto donde habían cortado el material de la tienda. Poco después inundó Princess Park, el Parque del Canal y Niederdorf, dividiendo la ciudad en dos, y subió lentamente por los bulevares laterales, cubriendo los tejados de la parte baja de la ciudad.

Entonces uno de los reactores apareció volando sobre la meseta, dando la sensación de que era demasiado lento para volar, como ocurre siempre con los aviones grandes cuando vuelan a poca altura. Había despegado en dirección sur, de modo que para los espectadores creció y creció sin que pareciera ganar velocidad, hasta que el rumor sordo de sus ocho motores los alcanzó y el avión voló sobre ellos con la lentitud de un abejorro. Mientras se alejaba pesadamente hacia el oeste, apareció el siguiente, pasó sobre la ciudad cubierta de agua y luego sobre ellos y se perdió en el oeste. Y lo mismo ocurrió con los restantes, todos con el mismo aspecto reñido con la aerodinámica, hasta que el último desapareció en el horizonte.

Marcharon más rápido. Los más fuertes se adelantaron. Era importante empezar a embarcar a la gente en los trenes en Libia lo antes posible, y todos lo sabían. Los trenes estaban llegando de todas partes, pero la estación era pequeña y tenía pocas vías, de modo que la coreografía de la evacuación sería compleja. Eran las cinco de la tarde, el sol empezaba a hundirse detrás de la pendiente de Syrtis y la temperatura caía en picado. La columna se estiraba a medida que los caminantes más rápidos, nativos y recién llegados sobre todo, apretaban el paso. La gente de los rovers informó que tenía varios kilómetros de largo y que continuaba alargándose. Recorrían la columna recogiendo gente y dejándola más adelante. Todos los cascos y trajes disponibles estaban siendo usados. Coyote apareció en la escena viniendo desde el dique, y al verlo Nadia sospechó de pronto que él estaba detrás de la voladura del dique. Pero después de saludarla alegremente por el ordenador de muñeca y de preguntarle cómo iban las cosas, Coyote regresó a la ciudad.

—Pide a los de Fossa Sur que envíen un dirigible a sobrevolar la ciudad —sugirió— por si alguien ha quedado atrapado y se ha refugiado en la cima de las mesas. Hay gente que duerme de día, y cuando se despierten se van a llevar una buena sorpresa.

Soltó una carcajada salvaje, pero tenía razón y Art hizo la llamada. Nadia caminaba en la retaguardia, con Maya, Sax y Art, escuchando los informes que llegaban. Ordenó que los rovers circularan por la pista inutilizada para no levantar polvo. Intentó ignorar que estaba cansada. Era más falta de sueño que fatiga muscular, pero iba a ser una noche larga, y no sólo para ella. Muchos habitantes de la ciudad ya no estaban acostumbrados a andar grandes

distancias. A ella le ocurría lo mismo a pesar de que recorría las obras a pie y no trabajaba sentada a una mesa de oficina como la mayoría. Por fortuna estaban siguiendo una pista y podían caminar sobre la superficie regular si querían, entre los raíles de suspensión y el de reacción que corría por el centro. La mayoría prefirió seguir por las carreteras de hormigón o grava paralelas a la pista.

Salir de Isidis Planitia en cualquier dirección que no fuese el norte significaba marchar cuesta arriba. La Estación Libia estaba unos setecientos metros por encima de Burroughs, una diferencia de nivel nada desdeñable; pero afortunadamente la pendiente iba elevándose de forma gradual a lo largo de los setenta kilómetros y no había tramos muy escarpados.

—Nos ayudará a mantenernos calientes —murmuró Sax cuando Nadia lo comentó.

El día avanzó y las sombras alargadas de los caminantes se proyectaron hacia el este, como si fueran de gigantes. A sus espaldas las mesas de la ciudad inundada, oscura y vacía, fueron desapareciendo una tras otra, y finalmente Double Decker Butte y Moeris Mesa se hundieron en el horizonte. Las sombras pardas de Isidis se hicieron más intensas y el cielo se oscureció sobre el horizonte mientras el ardiente sol bajaba, y los caminantes avanzaban lentamente por aquel mundo rojizo como un ejército maltrecho en retirada.

Nadia conectaba con Mangalavid de cuando en cuando, y las noticias sobre el resto del planeta la tranquilizaron. Todas las ciudades importantes estaban en manos del movimiento de independencia. El laberinto de Sabishii había proporcionado refugio a los sobrevivientes del incendio que aún no había sido sofocado del todo. Nadia habló con Nanao y Etsu mientras caminaba. La pequeña imagen de Nanao en su muñeca revelaba el agotamiento del hombre y Nadia le dijo que se sentía muy apesadumbrada porque las dos ciudades más grandes de Marte habían sido destruidas, Sabishii incendiada, Burroughs inundada.

—No, no —dijo Nanao—. Las reconstruiremos. Sabishii está en nuestro espíritu.

Habían enviado todos los trenes salvados del fuego hacia Libia, como muchas otras ciudades. Las más cercanas enviaban también dirigibles y aviones. Los dirigibles podrían ayudarlos durante la marcha nocturna. Y más importante sería el agua que traerían con ellos, puesto que la deshidratación en la noche fría y superárida sería el peor enemigo. Nadia ya tenía la garganta reseca y bebió con agradecimiento la taza de agua caliente que le tendieron desde un rover. Alzó la máscara y bebió rápidamente.

—¡Ultima ronda! —anunció la mujer que distribuía el agua—. Sólo nos queda para otras cien personas.

Un mensaje de índole distinta les llegó de Fossa Sur. Varios campamentos mineros alrededor de Elysium se habían declarado independientes tanto de las metanacionales como del movimiento Marte Libre y habían exigido que los dejaran en paz. Algunas estaciones ocupadas por los rojos habían hecho lo mismo. Nadia soltó un bufido.

—Bien —le dijo a la gente de Fossa Sur—. Envíenles una copia de la Declaración de Dorsa Brevia y que la estudien. Si se comprometen a respetar lo

acordado acerca de los derechos humanos, no hay razón para molestarlos.

El sol se puso. El largo atardecer siguió lentamente su curso.

El crepúsculo purpúreo teñía el aire neblinoso cuando un rover roca se acercó por el este y se detuvo delante del grupo de Nadia. Unas figuras con máscaras y capuchas se apearon y caminaron hacia ellos. Por la silueta Nadia reconoció a la que encabezaba el grupo: era Ann, alta y delgada, que venía hacia ella, distinguiéndola entre el gentío sin vacilación a pesar de la falta de luz. Así se reconocían los Primeros Cien...

Nadia miró a su vieja amiga. Ann parpadeaba a causa del repentino frío.

—No fuimos nosotros —dijo Ann bruscamente—. La unidad de Armscor se presentó con rovers blindados y hubo una batalla. Kasei temía que si recuperaban el dique eso los animaría a recuperar todo el planeta. Seguramente tenía razón.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé. Murieron muchos en el dique. Y muchos tuvieron que escapar de la inundación subiendo a Syrtis.

Allí estaba, sombría, sin muestras de arrepentimiento. Nadia se maravilló de que pudiesen leerse tantas cosas en una silueta, una figura oscura recortada contra las estrellas. La caída de los hombros, tal vez. La inclinación de la cabeza.

—Continuemos, entonces —dijo Nadia. No se le ocurría qué más decir en esa circunstancia. El hecho de haber colocado explosivos en el dique...

pero ya no tenía remedio—. Sigamos caminando, sigamos.

La luz se escurrió de la tierra, del aire, del cielo. Caminaron bajo las estrellas, en un aire tan glacial como el de Siberia. Nadia podía haber caminado más deprisa, pero prefirió quedarse con el grupo de cola para ayudar. Algunos llevaban a cuestas niños pequeños, aunque la verdad era que no había muchos en la retaguardia de la columna: los más pequeños viajaban en los rovers y los mayores iban delante, con los caminantes más rápidos. Los niños no abundaban en Burroughs.

Los haces de luz de los rovers atravesaban el polvo que levantaban y Nadia se preguntó si el polvo no obstruiría los filtros de CO_2. Lo mencionó en voz alta y Ann dijo:

—Aprieta la máscara contra la cara y sopla fuerte. O puedes contener la respiración, sacarte la máscara y limpiarla con aire comprimido, si tienes un compresor a mano.

Sax asintió.

—¿Ya conoces estas máscaras? —le preguntó Nadia a Ann. Ella asintió.

—He pasado muchas horas usándolas.

—De acuerdo. —Nadia experimentó con la suya: la apretó contra la boca y sopló enérgicamente. Pronto se quedó sin resuello—. Deberíamos caminar por la pista y las carreteras para no levantar polvo. Y hay que decir a los rovers que

vayan más despacio.

Durante las dos horas siguientes caminaron rítmicamente. Nadie los adelantó y nadie se quedó rezagado. El frío era cada vez más intenso. Los faros de los vehículos iluminaban la columna de personas, quizá de unos doce o quince kilómetros de longitud, que se perdía en el horizonte. Una hilera de luces oscilantes e intermitentes, el rojo resplandor de las luces de posición de los rovers... una visión extraña. De cuando en cuando oían sobre sus cabezas el zumbido de los dirigibles que llegaban de Fossa Sur; flotaban como vistosos ovnis con todas las luces de vuelo encendidas, descendían para soltar los cargamentos de comida y agua y recogían grupos de la retaguardia. Luego subían zumbando y se alejaban hasta convertirse en brillantes constelaciones que desaparecían por el este.

Durante el lapso marciano un grupo de nativos exuberantes trató de cantar, pero el aire era demasiado frío y seco y pronto desistieron. A Nadia le gustó la idea y tarareó mentalmente sus favoritas: *Hello Central Give Me Dr. Jazz, Bucket's Got a Hole in it, On the Sunny Side of the Street.*

Conforme avanzaba la noche de mejor humor se sentía. Empezaba a parecer que el plan funcionaría. No estaban dejando atrás a cientos de personas postradas, aunque los rovers informaban de que un buen número de nativos se había quedado sin aliento demasiado pronto y requerían asistencia. Habían pasado de 500 milibares a 340, lo que equivalía a subir de 4.000 metros a 6.500 en la Tierra, un salto considerable a pesar de que el alto porcentaje de oxígeno en el aire marciano mitigaba los efectos. Así pues, la gente empezaba a ser víctima del mal de las alturas, que por lo general afectaba más a los jóvenes. Algunos nativos habían partido muy alegremente y ahora lo pagaban con dolores de cabeza y náuseas. Pero de momento el rescate de los jóvenes en dificultades se realizaba con éxito. Y la retaguardia de la columna mantenía un ritmo regular.

Nadia caminaba a veces de la mano de Art o Maya, a veces inmersa en su mundo privado, evocando fragmentos del pasado. Recordó algunas de las marchas peligrosas en el frío de aquel mundo: durante la gran tormenta con John en el Cráter Rabe, buscando el radiofaro con Arkadi, detrás de Frank por Noctis Labyrinthus la noche que escaparon del asalto de Cairo... También aquella noche había experimentado una extraña alegría, que quizá se debiera a que estaba libre de responsabilidad, a que no era más que un soldado acatando órdenes. El sesenta y uno había sido un desastre, y esta revolución podía acabar en lo mismo. De hecho, nadie ejercía un control global de la situación. Pero las voces seguían llegando a su muñeca procedentes de todo Marte. Y nadie iba a bombardearlos desde el espacio. Los elementos más intransigentes de la Autoridad Transitoria probablemente habían muerto en Kasei Vallis, un aspecto de la «gestión integral de plagas» de Art que no era ninguna broma. Y el resto de la UNTA estaba numéricamente desbordado. Ni ellos ni nadie serían capaces de dominar un planeta entero de disidentes. O estaban demasiado asustados para intentarlo.

Eso significaba que se las habían apañado para que esta vez las cosas se desarrollaran de otra manera. O quizá la situación en la Tierra había cambiado y los distintos fenómenos de la historia marciana sólo eran reflejos distorsionados de esos cambios. Demasiado probable. Una idea inquietante cuando se consideraba el futuro. Pero eso aún estaba por venir, ya lo afrontarían cuando

llegase. Por el momento tenían que preocuparse de llegar a la Estación Libia. La cualidad física del problema y de su solución la complacían enormemente. Al fin algo que podía gobernar. Caminar. Respirar el aire glacial. Intentar calentarse los pulmones con el resto del cuerpo, a través del corazón... ¡algo semejante a la misteriosa redistribución del calor de Nirgal, sí lo conseguía!

Descubrió que de cuando en cuando se quedaba dormida unos instantes sin dejar de caminar, y se preguntó sí no se estaría intoxicando con CO_2. Le dolía mucho la garganta. La cola de la columna empezaba a retrasarse y los rovers recogían a quienes estaban exhaustos, los llevaban hasta Libia y regresaban en busca de otros. Muchos sufrían ahora el mal de las alturas y los rojos indicaban a las víctimas cómo quitarse las máscaras para vomitar y colocárselas antes de respirar. Una operación complicada y desagradable en el mejor de los casos, y muchos además estaban intoxicados con dióxido de carbono. A pesar de todo se acercaban a su punto de destino. Las imágenes de Libia mostraban algo parecido a una estación de metro de Tokio en hora punta, pero los trenes llegaban y partían regularmente, de modo que habría sitio para todos.

Un rover pasó junto a ellos y los ocupantes les preguntaron sí querían subir.

—¡Largo de aquí! —dijo Maya—. ¡Vayan a ayudar a quien lo necesite y no nos hagan perder más tiempo!

El conductor se alejó deprisa para ahorrarse reprimendas y Maya añadió con voz ronca:

—Al diablo con todo. Tengo ciento cuarenta y tres años y que me cuelguen si no hago todo el camino a pie. Aligeremos un poco el paso.

Siguieron avanzando, contemplando el desfile de luces oscilantes en la bruma que se extendía delante. Hacía muchas horas que a Nadia le dolían los ojos, pero ahora ni siquiera la anestesia del frío lo hacía tolerable. Los sentía resecos e irritados y le escocían al parpadear. Unas gafas de motorista además de las máscaras hubieran sido muy indicadas.

Tropezó con una piedra y un recuerdo de juventud la asaltó: un camión averiado los había dejado a ella y sus compañeros de trabajo en los Urales meridionales en pleno invierno. Habían tenido que caminar desde las afueras de la abandonada Chelyabinsk-65 hasta Chelyabinsk-40, unos cincuenta kilómetros de yermo en una zona industrial estalinista devastada: fábricas quemadas, chimeneas quebradas, alambradas caídas, esqueletos de camiones... y todo eso en medio de la nieve de la gélida noche invernal bajo unas nubes amenazadoras. En aquel entonces lo había vivido como un sueño. Compartió el recuerdo con los que la rodeaban con voz ronca. Le dolía la garganta, pero no tanto como los ojos. Estaban tan acostumbrados a utilizar los intercoms que se sentían extraños hablando sólo a través del aire. Pero deseaba hablar.

—No sé cómo pude olvidar aquella noche. Pero debe de hacer ciento veinte años que sucedió.

—Pues ésta será otra noche memorable —dijo Maya.

Compartieron breves historias sobre los mayores fríos que habían soportado. Las dos mujeres rusas podían relatar diez incidentes más fríos que cualquiera de los de Sax o Art.

—¿Y qué hay del más caliente? —las desafió Art—. Ahí seguro que gano. Una

vez participaba en un concurso de tala de troncos con sierra mecánica. Eso en realidad se reduce a un concurso entre sierras, así que cambié el motor de mi sierra por el de una Harley-Davidson y corté el tronco en menos de diez segundos. ¡Pero los motores de las motocicletas se refrigeran con el chorro de aire, como saben; de modo que me achicharré las manos!

Todos rieron.

—Eso no cuenta —objetó Maya—. No fue todo el cuerpo.

Se veían menos estrellas ahora. Al principio Nadia lo atribuyó al polvo o a sus ojos irritados. Pero entonces miró su ordenador de muñeca y vio que casi eran las cinco de la madrugada. Pronto amanecería. Y Libia se encontraba a pocos kilómetros. Estaban a 256° Kelvin.

Llegaron con la salida del sol. Estaban distribuyendo tazas de té caliente que olían a ambrosia. La estación estaba atestada y rodeada de miles de personas. Pero la evacuación se había llevado a cabo de manera fluida hasta el momento, organizada por Ursula, Vlad y un grupo de bogdanovistas. Los trenes llegaban por las tres pistas del sudeste y el oeste, cargaban y partían. Y los dirigibles flotaban en el horizonte. La población de Burroughs se dispersaría: algunos irían a Elysium y otros a Hellas, y más al sur, a Hiranyagarbha y Christianopolis, y otros a las pequeñas ciudades en el camino a Sheffield, incluyendo la Colina Subterránea.

Esperaron su turno. Con la luz del alba advirtieron que todo el mundo tenía los ojos muy enrojecidos, lo que unido a las máscaras apelmazadas cubriéndoles la boca les daba un aspecto salvaje. Evidentemente habría que tener en cuenta las gafas de motorista para futuros paseos por el exterior.

Finalmente Zeyk y Marina escoltaron a los últimos peregrinos a la estación. A esas alturas ya se había constituido un buen grupo de los Primeros Cien —el magnetismo que siempre los reunía en los momentos de crisis—: Maya, Michel, Nadia, Sax, Ann, Vlad, Ursula, Marina, Spencer, Ivana, el Coyote…

Jackie y Nirgal guiaban a la gente hasta los trenes, agitando los brazos como directores de orquesta y ayudando a aquellos cuyas piernas flaqueaban. Los Primeros Cien fueron juntos hasta el andén. Maya ignoró a Jackie al pasar junto a ella y subió al tren. Nadia lo hizo a continuación, y luego los demás. Recorrieron el pasillo entre rostros felices de dos colores, marrón de polvo arriba, blanco alrededor de la boca. Había algunas máscaras sucias en el suelo, pero la mayoría de la gente conservaba la suya en las manos.

Las pantallas en la parte frontal de los vagones mostraban las imágenes de Burroughs desde un dirigible: la ciudad era esa mañana un mar de agua cubierto de hielo y salpicado de manchas oscuras. Sobre ese nuevo mar se levantaban las nueve mesas de la ciudad como islas de paredes escarpadas, aunque no muy altas; los jardines de las cimas y las ventanas contrastaban extrañamente con el sucio hielo quebrado.

Nadia y el resto de los Primeros Cien siguieron a Maya hasta el último vagón. Maya se volvió, y al verlos a todos allí dijo:

—Caramba, ¿es que éste va a la Colina Subterránea?

—A Odessa —dijo Sax. Ella sonrió.

Los ocupantes del vagón se trasladaron adelante para dejarles el fondo, y ellos les agradecieron la cortesía y se sentaron. Poco después todo el tren estaba lleno. Los pasillos rebosaban de gente. Vlad dijo algo acerca de que el capitán es el último en abandonar el barco que se hunde. El comentario le pareció deprimente a Nadia. Se sentía verdaderamente exhausta y ya ni siquiera recordaba cuánto hacía que no dormía. Le gustaba Burroughs y había invertido una cantidad ingente de tiempo en su construcción… Recordó lo que Nanao había dicho a propósito de Sabishii. Burroughs también estaba en su espíritu. Quizá cuando la costa del nuevo océano se estabilizara podrían reconstruirla en otro lugar. Y en cuanto al presente, Ann estaba sentada en el otro extremo del vagón y Coyote avanzaba hacia ellos por el pasillo; se detuvo para pegar la cara al cristal y levantar el pulgar en dirección a Jackie y Nirgal, todavía fuera, que luego subieron a los primeros vagones. Michel se reía de algo que había dicho Maya, y Ursula, Marina, Vlad, Spencer… Todos los que formaban la familia de Nadia estaban junto a ella, sanos y salvos, al menos por el momento. Y el momento era todo lo que tenían… Se hundió en el asiento. Estaría dormida en cuestión de minutos, lo sentía en los ojos ardientes y secos. El tren empezó a moverse.

Sax permanecía atento a su pantalla de muñeca y Nadia le preguntó soñolienta:

—¿Qué ocurre en la Tierra?

—El nivel del mar continúa subiendo. Ya alcanza los cuatro metros. Parece que las metanacionales han dejado de pelearse, al menos por el momento. El Tribunal Mundial ha decretado un alto el fuego. Praxis ha volcado todos sus recursos en paliar los efectos de la inundación y al parecer algunas metanacionales han seguido su ejemplo. La Asamblea General de las Naciones Unidas se ha reunido en Ciudad de México y la India ha reconocido que firmó un tratado con un gobierno marciano independiente.

—Eso es un pacto con el diablo —dijo Coyote desde el otro lado del compartimiento—. India y China son demasiado grandes para nosotros. Esperen y verán.

—¿Entonces ya no se lucha allá abajo? —preguntó Nadia.

—No está demasiado claro que vaya a ser permanente —dijo Sax.

—Nada es permanente —replicó Maya. Sax se encogió de hombros.

—Necesitamos formar un gobierno —continuó Maya—, y deprisa, para presentar un frente unido ante la Tierra. Cuanto más organizados parezcamos, menos probable será que vengan a atacarnos.

—Vendrán —dijo Coyote desde la ventana.

—No si les demostramos todo lo que pueden conseguir de nosotros por las buenas —dijo Maya, irritada por la actitud de Coyote—. Eso los detendrá.

—Vendrán de todas maneras.

—Nunca estaremos fuera de peligro a menos que la Tierra se serene y se estabilice —dijo Sax.

—La Tierra no se estabilizará nunca —replicó Coyote. Sax volvió a encogerse de hombros.

—¡Somos nosotros los que tenemos que estabilizarla! —exclamó Maya, amenazando con un dedo a Coyote—. ¡Por el bien de todos! ¡Por nuestro propio bien!

—Areoformaremos la Tierra —dijo Michel con su sonrisa irónica.

—Pues claro, ¿por qué no? —dijo Maya—. Si es lo que se necesita. Michel se inclinó y le besó la mejilla polvorienta.

Coyote meneó la cabeza.

—Eso es como pretender mover el mundo sin un fulcro —dijo.

—El fulcro está en nuestras mentes —declaró Maya para sorpresa de Nadia.

Marina, que también estaba atenta a su ordenador de muñeca, anunció:

—Las fuerzas de seguridad aún controlan Clarke y el cable. Peter dice que se han retirado de Sheffield y que sólo ocupan el Enchufe. Y alguien...

¡ey!, parece que han visto a Hiroko en Hiranyagarbha. Permanecieron en silencio.

—Conseguí los informes de la UNTA sobre el ataque de Sabishii —dijo Coyote después de un rato—, y no mencionaban a Hiroko ni a nadie de su grupo. No creo que los capturasen.

—Lo que está escrito no guarda relación con lo que ocurrió —dijo Maya con expresión lúgubre.

—En sánscrito —recordó Marina— Hiranyagarbha significa «el embrión de oro».

Nadia se sintió acongojada. Aparece otra vez, Hiroko, vuelve, rogó para sus adentros. Aparece, maldita seas, por favor. La expresión de Michel le oprimía el corazón. Toda su familia había desaparecido...

—Todavía no es seguro que dominemos todo el planeta —dijo Nadia para distraerlo, y lo miró a los ojos—. No pudimos ponernos de acuerdo en Dorsa Brevia, ¿por qué íbamos a estarlo ahora?

—Porque somos libres —replicó Michel, recobrándose—. Y ahora de verdad. Somos libres para intentarlo. Y uno sólo pone todas sus fuerzas en algo cuando sabe que no hay marcha atrás.

El tren redujo la velocidad para cruzar la pista ecuatorial y los pasajeros se balancearon con él.

—Hay algunos rojos volando las estaciones de bombeo de Vastitas — dijo Coyote—. No creo que se pueda llegar con facilidad a un acuerdo sobre la terraformación.

—Eso seguro —dijo Ann con voz ronca. Se aclaró la garganta—. Nos desembarazamos también de la soletta.

Y echó una mirada furiosa a Sax, pero éste se limitó a encogerse de hombros.

—Ecopoyesis —dijo—. Ya hemos conseguido una biosfera. Es cuanto necesitamos. Un mundo hermoso.

El paisaje quebrado iluminado por la desnuda luz de la mañana fría pasaba velozmente ante las ventanillas. Los innumerables macizos de hierba, musgo y líquenes que asomaban entre las rocas daban una coloración caqui a las pendientes de Tyrrhena. Los pasajeros las contemplaron en silencio. Nadia se sentía embotada pero trataba de ordenar sus pensamientos, de evitar que todo se confundiera con la maraña de colores del exterior...

Recorrió el vagón con la mirada y algo en su interior cambió. Aún tenía los ojos secos y doloridos, pero ya no tenia sueño. La tensión de su estómago cedió por primera vez desde que empezara la revolución y respiró libremente. Miró los rostros de sus amigos: Ann todavía enfadada con ella, Maya enfadada con Coyote, todos cansados y sucios, con los ojos enrojecidos como si fueran el pequeño pueblo rojo, los iris como piedras semipreciosas brillando en monturas de sangre. Y se oyó decir:

—Arkadi se sentiría orgulloso.

Los demás la miraron sorprendidos, porque Nadia nunca hablaba de él.

—Y también Simón —dijo Ann.

—Y Alex. Y Sasha. Y Tatiana...

—Y todos nuestros compañeros ausentes —añadió Michel, antes de que la lista se alargara más.

—Pero no Frank —dijo Maya—. Frank estaría furioso por una u otra razón.

Todos rieron y Coyote dijo:

—Y nosotros te tenemos a ti para mantener la tradición, ¿no es así?

—Y rieron aún más cuando ella lo amenazó agitando un dedo furioso.

—¿Y John? —preguntó Michel inmovilizándole el brazo y mirándola. Ella liberó el brazo y siguió amenazando a Coyote con el dedo.

—¡John no andaría lamentándose ni se despediría de la Tierra como si pudiésemos continuar sin ella! ¡John Boone estaría entusiasmado en un momento como éste!

—Deberíamos recordarlo —dijo Michel—. Deberíamos tratar de pensar en lo que él haría ahora.

Coyote sonrió.

—Recorrería el tren de arriba abajo pasándoselo en grande. Todo el viaje hasta Odessa sería una fiesta. Música y baile por todas partes.

Se miraron unos a otros.

—¿Y bien? —dijo Michel.

Coyote señaló los vagones de cabeza.

—La verdad es que no suena como si necesitaran nuestra ayuda.

—No importa —dijo Michel. Y echaron a andar hacia la parte delantera del tren.

A Lou Aronica, Víctor R. Baker, Paul Birch, Donald Blankenship, Michael H. Carr, Peter Ceresole, Robert Craddock, Martyn Fogg, Jennifer Hershey, Fredric Jameson, Jane Johnson, Damon Knight, Alexander Korzhenevski, Christopher McKay, Beth Meacham, Rick Miller, Lisa Nowell, Stephen Pyne, Gary Snyder, Lucius Shepard, Ralph Vincinanza y Tom Whitmore.

Y muy especialmente, de nuevo, a Charles Sheffield.